

YACKIN

Año 34/ Vol. XXV, No.1/ 2009

REVISTA DEL INSTITUTO HONDUREÑO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

Instituto Hondureño de Antropología e Historia



YAXKIN

Revista semestral del Instituto Hondureño de
Antropología e Historia
Año 34, Volúmen XXV, No. 1, 2009

Consejo Editorial

Ing. Virgilio Paredes
Gerente

Ms. Eva Martínez
Sub-Gerente de Patrimonio

Lic. Martha Patricia Cardona
Subgerente de Promoción y Coordinación de Regionales

Lic. Omar Alexis Talavera
Unidad de Historia

Dr. Víctor Manuel Ramos
Unidad de Publicaciones

Diseño y diagramación: Christine Schweers

Traducciones de José Antonio Funes

Correspondencia

Unidad de Publicaciones

Instituto Hondureño de Antropología e Historia

Villa Roy, Barrio Buenos Aires,

Tegucigalpa, Honduras

publicaciones@ihah.hn

Tel: (504) 2220-6954 y (504) 2222-2552

© Instituto Hondureño de Antropología e
Historia

Cubierta anterior: Rafael Heliodoro Valle, retrato
pintado por Mario Castillo. Este retrato es propiedad
de Oscar Acosta.

Cubierta posterior: Rafael Heliodoro Valle.
Fotografía cortesía de María de los Ángeles Chapa
Bezanilla

Impreso en Honduras.
Tegucigalpa, 2011.

*Se prohíbe la reproducción parcial o total de
esta obra en cualquier tipo de soporte, sea éste
mecánico, fotocopiado o electrónico, sin la
respectiva autorización por escrita del Instituto
Hondureño de Antropología e Historia.*

Contenido

	página
Presentación <i>Víctor Manuel Ramos</i>	7
Un Documental sobre la Historia y Cultura de Honduras por Doris Stone <i>Darío A. Euraque</i>	9
Escritores hondureños fallecidos, retratados por Mario Castillo, que sostuvieron correspondencia con Rafael Heliodoro Valle <i>Víctor Manuel Ramos</i>	13
La Guerra del Fútbol <i>Ryszard Kapuściński</i>	19
Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969 <i>Jorge Bueso Arias</i>	45
Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras <i>Robert J. Sharer, David W. Sedat, Alessandro Pezzati</i>	73
Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera <i>Arqueólogo Oscar Neil Cruz, Arqueólogo Ranferi Juárez</i>	93
Elegía al volver a la Casona Antigua <i>Justiniano Vásquez</i>	120
Arquitectura vernácula en Honduras El Significado del Mesón Casa de los Bueso y el Centro Histórico de Santa Rosa de Copán <i>Darío A. Euraque</i>	121
A través de Madeira, las Antillas y Centro América <i>Jégor von Sivers</i>	131

A propósito del viaje «Analogía y subjetividad en Exploraciones y Aventuras en Honduras» <i>Miguel Barahona</i>	163
La vida y los viajes de Federico Lunardi <i>Pierleone Massajoli</i>	183
Notas geográficas sobre los ingleses de Río Negro y el comercio de la caoba en Honduras durante la época colonial <i>Craig S. Revels</i>	203
Gestores de la correspondencia El Museo Británico, Oficina de Relaciones Exteriores y las Ruinas de Centro América <i>Robert D. Aguirre</i>	217
Historia e identidad en Honduras <i>Rafael Murillo Selva</i>	271
Senderos del mestizaje <i>Irma Leticia de Oyuela</i>	301
Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio (Sitios de interés arqueológico) <i>Jesús Ricardo Rodríguez Rivera</i>	319

Presentación

Víctor Manuel Ramos

El lector tiene en sus manos un nuevo número de Yaxkin que, con este ejemplar, inicia sus 34 años de existencia, convertida así, en la decana de las revistas hondureñas. Aparece justo en el año en que se celebran dos efemérides importantes para el país. La primera: el Cincuenta aniversario de la muerte de Rafael Heliodoro Valle, y, la segunda, el Cuarenta aniversario de la guerra entre Honduras y El Salvador, más conocida como «la guerra del fútbol».

Atendiendo estos imperativos de la historia nacional, la Revista recoge un trabajo de nuestro editor, con las mini biografías de algunos escritores hondureños que mantuvieron correspondencia con Rafael Heliodoro Valle, como complemento del libro, editado por el IHAH, «*Guía del archivo de la correspondencia personal de Rafael Heliodoro Valle*», de la Dra. Ludmilla Valadez Valderrábano. Luego, en conmemoración de la Guerra, publicamos dos trabajos trascendentales, uno del destacado cronista polaco Ryszard Kapuściński y otro de uno de los testigos y actores de este hecho histórico, el Lic. Jorge Bueso Arias. Ambos artículos serán de un extraordinario interés para los lectores. Paralelamente el IHAH publica el libro del General Walter López, otro importante actor en la guerra, «*Surcando los cielos tras la democracia en Honduras*».

Seguidamente se incluyen dos estudios sobre los primeros trabajos de identificación y ubicación de los principales sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras. Uno, de los investigadores Sharer, Sedat y Pezzati; y, el otro, de los arqueólogos del IHAH, Cruz y Juárez. Luego de su lectura se podrá tener una idea más completa de las diversas civilizaciones que poblaron nuestro territorio, en la época precolombina, y de las diferentes relaciones, sobre todo comerciales y culturales, que se establecían entre estos pueblos. Estos sitios no tienen la monumentalidad de Copán, pero si nos dicen mucho de la cultura de quienes los habitaron. Con estos avances, el IHAH ha procedido a incluir, en el índice del patrimonio cultural de la nación, a estos sitios arqueológicos, para que sean protegidos por la ley.

Hacemos entrega de la segunda aproximación a la arquitectura vernácula de Honduras con la publicación de un trabajo sobre la Casa Bueso, de Santa Rosa de Copán, al que le hemos adjuntado un hermoso poema de Justiniano Vásquez.

Incluimos, también, varios artículos de viajeros a Honduras. Interesantísima

resulta la crónica de Jégor von Sivers que nos describe la vida en Trujillo y Omoa en el año 1861. Le siguen dos trabajos: uno sobre el libro de Wells y otro sobre Federico Lunardi, más un interesante trabajo sobre la explotación ilegal de la madera de caoba, en el Río Tinto, por parte de los ingleses, durante la época colonial.

Un aporte trascendental constituye el trabajo de Robert Aguirre en que describe las intrigas entre los súbditos británicos y sus embajadores en Centro América, para ganarles a los norteamericanos en la ambición de ambos gobiernos de apoderarse de la Ruinas de Copán y trasladarlas a museos de sus países.

No podían faltar dos trabajos fundamentales para el conocimiento de la historia de la identidad nacional de Honduras, con dos enfoques diferentes pero concluyentes y que aportan valiosa información.

Hay, además, un artículo sobre el uso de la nueva tecnología informática para la localización de sitios arqueológicos y la administración del patrimonio cultural.

Finalmente, el Dr. Euraque comenta la película de Doris Stone sobre la Honduras de 1950, película que se adjunta en formato de DVD para algunos ejemplares de esta Revista y que indudablemente disfrutarán plenamente los fieles lectores de Yaxkin.

Un Documental sobre la Historia y Cultura de Honduras por Doris Stone.

Darío A. Euraque

A comienzos de la década de 1980, Samuel Kafati, el recordado cineasta hondureño, le entregó a Rene Pauck, francés-hondureño cultivador del buen cine, una película sobre la historia y cultura de Honduras en el siglo XX. Kafati compartió su tesoro con Pauck para que éste transfiriera la película al formato de un video VHS que luego se transmitiría por Canal 5. Hoy en día, Pauck conserva la película, y también el VHS, y Pauck comparte el documental con el pueblo hondureño en el formato DVD que se distribuye en esta edición de nuestra revista *Yaxkin*. El haber rescatado este documental es un gran aporte al patrimonio cultural y documental de nuestro país.

Varias razones explican esta afirmación. Primero, el documental registra una especie de introducción a la historia de Honduras desde la colonia hasta la década de 1950, un aporte casi sui generis en nuestro país. Segundo, el documental permite al público trasladarse a lugares y espacios de nuestros entornos patrimoniales mientras se ofrece un discurso sobre los orígenes y actualidad de los mundos urbanos y rurales de Honduras de esa época. Durante 38 minutos, el documental nos permite viajar a Copan Ruinas, Comayagua, Gracias, Intibucá- La Esperanza, Tela, Roatán, el Zamorano, San Pedro Sula y por supuesto, Tegucigalpa. Es más: presenciamos la Danza del látigo, un Guancasco en Intibucá, el cultivo del tabaco en occidente, el cultivo de café, el cultivo de bananos, el procesamiento aceite de Palma Africana en San Alejo, danzas garífunas, embarques en el Puerto de Amapala, y una elegante fiestaailable en el Chico Club en Tegucigalpa.

Si eso fuera poco, nos aseguran Pauck e historiadores que consultó en su momento, el documental registra la visión antropológica de, nada menos que, Doris Stone y de toda una tradición intelectual. Doris Stone (1909-1994) fue un personaje legendario en la historia de la arqueología de Honduras y Centroamérica, en las décadas de 1940, 1950 y 1960. Rafael Helidoro Valle, el gran historiador y humanista de Honduras, amigo también de Stone, en 1954 la comparó con Ephraim Squier, el embajador norteamericano que tanto contribuyó a difundir la riqueza arqueológica, geográfica e histórica de Honduras en el siglo XIX ante el público norteamericano. El documental registra toda una serie de vivencias de Stone en

Honduras, especialmente en aldeas, caseríos y pueblos del interior, en «tierras de pan llevar», según la famosa frase de Heliodoro Valle.

Stone nació en Nueva Orleans en 1909, siendo hija de Samuel Zemurray, fundador de la Cuyamel Fruit Co. en Honduras, una de las importantes empresas bananeras en la época en que Honduras se convirtió en la principal exportadora de esa fruta en las Américas. La compañía tenía su sede inicial en el occidente de la Fortaleza de Omoa.¹ Durante su niñez, Stone fue testigo del ensanchamiento del poderío económico de las empresas bananeras de su padre, a tal grado que, para comienzos de 1930, Zemurray compró a la antigua rival, la United Fruit Co., empresa con la cual, en la década de 1920, se disputó el acceso al poder político que le permitían ejercer los dos partidos tradicionales de Honduras, el Partido Liberal y el Nacional.² Nos señala un relato biográfico que Stone «llegó a conocer a los grupos indígenas a través de los Indios que laboraban con la compañía pero que aún mantenían contacto con sus pueblos en las montañas...»³

En 1930, Stone se graduó de Radcliffe College, en los recintos de la Universidad de Harvard, donde sus asignaturas en arqueología complementaron su licenciatura en antropología en Radcliffe. En Harvard estudio con los más famosos catedráticos especialistas en arqueología de esa universidad, en particular Alfred Tozzer, y Sylvanus Morley. Morley a su vez gozaba de sendas investigaciones en Copan, y también promovió la restauración en Copan asumida por la Institución Carnegie en la década de 1930. En esa coyuntura conoció a Gustavo Stromsvik, el gran restaurador noruego que tanto bien hizo en Copan. Durante la década de 1920 también cultivó amistad con Dorothy Popepnoe, la intrépida arqueóloga norteamericana que investigó en la costa norte, y muriera trágicamente en Lancetilla, Tela en Diciembre 1932.

Durante la década de 1920 y 1930, los ejecutivos de las mencionadas empresas bananeras, además de involucrarse en la política vernácula de Honduras, se inmiscuyeron en el mercado de extracción de restos arqueológicos en los alrededores de las plantaciones bananeras y sus aldeas, las mismas donde Stone y otros arqueólogos realizaban investigaciones, especialmente en las riberas de los

¹ Mario R. Argueta *Bananos y Política: Samuel Zemurray y la Cuyamel Fruit Company en Honduras* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1989).

² Mario R.: *Tiburcio Carías: Anatomía de Una Época, 1923-1948*, segunda edición (Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 2008), pp. 221-267.

³ Joaquín Vargas Coto: «Doris and the Indians,» *Americas*, Vol. 5, No. 1 (1953), pp. 9-10.

⁴ Christina Luke: «Diplomáticos, vaqueros bananeros y arqueólogos en Honduras occidental: Historia del comercio de materiales precolombinos,» *Yaxkin*, Tegucigalpa, Año 32, Vol. XXIII, No (2007): 31-69.

Un Documental sobre la Historia y Cultura de Honduras por Doris Stone

rios Ulúa, Chamelecón, Aguán y Humuya.⁴ Según Stone, Horace Prowse, «de la compañía frutera... me acompañó en cada una de mis expediciones al interior de la República»...⁵ A veces la acompañaba el futuro presidente Juan Manuel Gálvez, antiguo abogado de la Cuyamel Fruit Co. Según *La Época*, diario del régimen del General Carías, el 10 de febrero de 1947, «ingresaron a [La Paz] el señor Ministro de Guerra doctor Juan Manuel Galvez y la doctora Doris Stone, quienes continuarán su ruta hacia Guajiquiro, donde van a explorar unos montículos y cuevas de los mayas.»⁶

Fue en la antesala de los viajes con el Ministro Galvez que, entre 1931 y 1938, Stone se desempeñó como una investigadora asociada del Middle American Research Institute (MARI) en la Universidad de Tulane, institución que su padre dotó, en 1924, con un magnífico financiamiento, una biblioteca y hasta restos arqueológicos para fundar un Departamento antecesor del MARI. Durante estos años de la década de 1930, Stone, apoyada en sus conocimientos profesionales y sus privilegiados contactos en las plantaciones bananeras de la United Fruit Co., realizó investigaciones pioneras en la arqueológica de la costa caribeña de Honduras, incluyendo los sitios hoy convertidos en parques arqueológicos, como Los Naranjos, en las cercanías del Lago de Yojoa, y otros en proceso de diseño, como Yarumela, en el Valle de Comayagua.⁷

En 1941, Stone publicó *Archaeology of the North Coast of Honduras* (Arqueología de la Costa Norte de Honduras, edición de la United Fruit Co. en 1943), donde agradeció al General Tiburcio Carías Andino, a Juan Manuel Gálvez, viejo amigo de viaje buscando restos arqueológicos, y a Walter Turmbull, Vice-Presidente de la United Fruit Co. en Honduras. Durante esta década, ya trasladada su residencia de Nueva Orleans a Costa Rica, Stone cultivó relaciones intelectuales importantes en Honduras, con personajes como Monseñor Federico Lunardi, Esteban Guardiola, Ángel Hernandez, Jesús Aguilar Paz, Abraham Williams y Jesús Núñez Chinchilla, el primer hondureño que gozara de estudios superiores en antropología, y quien se convirtió en el primer Gerente del Instituto Hondureño de Antropología e Historia (IHAH), al fundarse en 1952.⁸ En 1947, Stone apoyó una

⁵ Doris Stone: *Arqueología de la Costa Norte de Honduras* (San Pedro Sula: Compañía Editora de Honduras, 1943), «Preámbulo».

⁶ Alexis Machuca, *Noticiero Paceño* (Tegucigalpa: Ediciones Guardabarranco, 2007), p. 108.

⁷ Marilyn Bailey Ogilvie y Joy Dorothy Harvey (editoras): «Doris Stone Zemurray (1909–1994)», en *The Biographical Dictionary of Women in Science: Pioneering Lives from Ancient Times to the mid-20th Century* (London and New York: Routledge), pp. 1240–1241.

⁸ Doris Stone, *The Archeology of Central and Southern Honduras* (Cambridge: Peabody Museum, 1957), Prólogo.

solicitud de asistencia financiera hecha por Núñez Chinchilla ante la United Fruit Co. para continuar con estudios en México.⁹

Posteriormente, Stone cultivó amplias relaciones en Honduras, aunque parece ser que su énfasis en investigaciones en Centroamérica fue en Costa Rica. Sin embargo, siempre estuvo vinculada a la Escuela Agrícola Panamericana El Zamorano, fundada por su padre, a comienzos de la década de 1950. Cuando su padre murió, en 1961, Stone se trasladó de nuevo a Nueva Orleans, a la mansión ubicada en la Avenida St. Charles, donde se habían instalado para vivir, en 1917. La estadía fue breve, puesto que la mansión fue donada a la Universidad de Tulane para que sirviera como residencia del Rector de esa universidad. Mientras tanto, la influencia de Stone en la arqueología de Honduras persistió. Ricardo Agurcia, el reconocido arqueólogo del mundo maya en Copán, siendo Gerente del IHAH en la década de 1980, le rindió tributo a Stone ante el gremio al cual ella dedicó su vida profesional.¹⁰

Por todo lo expuesto, en el documental que ahora distribuimos en esta *Yaxkin* los lectores encontrarán un verdadero tesoro que registra toda una aproximación a la cultura hondureña en la década de 1950. Allí también encontrarán textos de estudio para escudriñar los discursos que la legendaria Doris Stone desplegó en su afán por conocer a la Honduras en que su padre invirtió capitales y acumuló riquezas.

⁹ Darío A. Euraque, «Antropólogos, Arqueólogos, Imperialismo y la Mayanización de Honduras: 1890-1940,» en: Euraque, *Conversaciones Históricas con el Mestizaje y su Identidad nacional en Honduras* (San Pedro Sula: Centro Editorial, 2004), p. 51.

¹⁰ Ricardo Agurcia Fasquelle, «Snakes, Jaguars, and Outlaws: Some Comments on Central American Archeology,» en *Research and Reflections in Archeology: Essays in Honor of Doris Stone*, E. Wyllys Andrews V. (editor) (New Orleans: Tulane University, 1986): 1-7.

Escritores hondureños fallecidos, retratados por Mario Castillo, que sostuvieron correspondencia con Rafael Heliodoro Valle

Víctor Manuel Ramos

En este año de 2009, se cumple el cincuenta aniversario de la muerte de Rafael Heliodoro Valle (1891–1959), acaecida en la ciudad de México. Con motivo del tránsito de tan insigne intelectual hondureño, el gobierno de ese país, encabezado por el Presidente Adolfo Ruiz Mateos, póstumamente por vez primera, y en reconocimiento agradecido a un hijo adoptivo que brindó tantas luces a la investigación histórica de la patria de Benito Juárez, le impuso la condecoración de la Cruz del Águila Azteca, la más alta que otorga esa nación. El Presidente había sido su alumno en la Escuela Nacional Preparatoria Cuando el Secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Tello Barraud, le aclaró al Presidente que nunca se había otorgado esa condecoración a fallecidos, el Mandatario le respondió: «Siempre hay una primera vez».

Rafael Heliodoro Valle se destacó como poeta, historiador, narrador, periodista, diplomático y académico. Y repartió sus afanes creadores y de investigador entre su amada patria Honduras y el México que le acogió, siendo un adolescente, para brindarle una formación académica más firme y para ofrecerle un círculo de amistades intelectuales que potenciaron, indudablemente, sus grandiosas capacidades y vocaciones.

El Instituto Hondureño de Antropología e Historia, bajo la dirección del Dr. Darío Euraque, no puede pasar desapercibida esta grandiosa efeméride de la historia cultural del país. Con tal motivo ha preparado innumerables festejos en honor a quien dio tanto honor a Honduras. Entre el conjunto de esos festejos se publica la interesante «*Guía del archivo de la correspondencia de Rafael Heliodoro Valle*¹», elaborada por la Dra. Ludmilla Valadez Valderrábano, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esta guía muestra, a legos y estudiosos, los valiosos círculos intelectuales que rodearon a nuestro humanista y es una apreciable ayuda en el estudio de la vida y obra de Rafael Heliodoro.

¹ Ludmilla Valadez Valderrábano: *Guía del archivo de la correspondencia de Rafael Heliodoro Valle*. Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Cuadernos de Antropología e Historia, 8, Tegucigalpa, 2009.

La lista de personas e instituciones, con las cuales Rafael Heliodoro Valle mantuvo una activa correspondencia, asciende al número de 2195, cifra que nos habla claramente de la amplitud del círculo de intelectuales que rodeaba al maestro. Como un complemento al amoroso trabajo que, sobre la correspondencia de Rafael Heliodoro Valle, ha realizado la Dra. Ludmilla Valadez Valderrábano, quiero hacer una breve semblanza de cada uno de esos amigos entrañables para que los lectores sepan quien era quien en la vida de Rafael Heliodoro Valle.

Para la edición de este número de la Yaxkin, y dado que no sería posible que quepan todos, me he limitado a los escritores hondureños que mantuvieron correspondencia con Rafael Heliodoro Valle y que están incluidos en el libro «Retratos de escritores hondureños»² que publiqué, con imágenes pintadas por Mario Castillo y con la colaboración de Oscar Acosta, un biógrafo e infatigable admirador del maestro Valle. Estos hondureños tienen además la particularidad de haber sido retratados para una colección de cincuenta lienzos que son propiedad de Oscar Acosta y que además suman las particularidades de haber sido sus amigos y de Rafael Heliodoro Valle y de estar todos fallecidos. Los mencionaremos en el orden cronológico de sus nacimientos.

Lucila Gamero de Medina (1873 – 1964). Novelista, cuentista y académica. Una de las primeras narradoras hondureñas. Mantuvo correspondencia con RHV desde 1936 a 1949, con 5 cartas.

Luis Andrés Zúniga (1878 – 1954). Poeta, dramaturgo, fabulista y académico. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1951). La correspondencia con RHV ocurrió entre 1913 y 1954, con 45 misivas.

Julián López Pineda (1882 – 1959). Periodista, ensayista, poeta, narrador, diplomático y académico. Su correspondencia con RHV fue entre 1948 y 1955, con 21 cartas.

Yanuario Landa Blanco (1888 – 1977). Nació en Puerto Cortés y falleció en Tegucigalpa. Colaborador de diario «El Día» de Tegucigalpa y de la revista «Extra». Su correspondencia con RHV fue entre 1948 y 1954, con 19 cartas.

² Mario Castillo, Oscar Acosta y Víctor Manuel Ramos: *Retratos de escritores hondureños*. Fondo Editorial UPNFM, Tegucigalpa, 2002.

*Escritores hondureños, retratados por Mario Castillo, que sostuvieron correspondencia con
Rafael Heliodoro Valle*

Carlos Izaguirre (1895 – 1956). Narrador, novelista, poeta y académico. Tradujo del inglés al español. Sustituye a RHV en la embajada de Honduras en Washington, luego de una intriga urdida por el gobierno de Honduras en contra de RHV en la que participa el mismo Izaguirre. Su correspondencia con RHV se realiza entre 1926 y 1952, con 30 misivas.

Guillermo Bustillo Reina (1898 – 1964), Poeta y periodista. Recibió el Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1962). Editó la Revista Continente junto con Arturo Martínez Galindo, en Nueva Orleans. La correspondencia con RHV se sitúa entre 1917 y 1947, con 12 cartas.

Arturo Mejía Nieto (1899 – 1983) Narrador, es autor de varios libros de remembranzas. Residió en Buenos Aires en donde se desempeñó como Embajador de Honduras y donde también falleció. La profusa correspondencia de 266 cartas con RHV se desarrolla entre 1921 y 1958.

Paca Navas de Miralda (1900 – 1969). Narradora, periodista y poetisa. Mantuvo correspondencia con RHV, entre 1941 y 1952 y se conservan en el archivo epistolar 8 cartas.

Jorge Fidel Durón (1902 – 1954). Jurista, novelista, periodista, ensayista narrador y académico. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1974) y Rector de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Fue fundador y director de la Academia Hondureña de la Lengua. Su correspondencia con RHV se mantuvo entre 1917 y 1957 y se conservan 109 misivas.

Clementina Suárez (1906 – 1991). Poetisa y académica. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1970). Clementina introdujo una poesía novedosa y audaz. Fue retratada por más de un centenar de pintores entre ellos Diego Rivera. Su correspondencia con RHV se realizó entre 1930 y 1948, con 7 cartas.

Ramón Ernesto Cruz (1903 – 1985). Jurista, ensayista, historiador y académico. Fue Presidente de la República. La correspondencia con RHV la mantuvo entre 1948 y 1951 con un total de 6 cartas.

José Antonio Peraza (1904 – 1981). Médico y prosista. Ejerció como Ministro de Salud. Su obra la dedicó a José Martí y a Francisco Morazán. La correspondencia

con RHV fue durante 1945 con 15 cartas.

Marcos Carías Reyes (1905 – 1949). Narrador, ensayista, periodista, académico y político. La correspondencia con RHV, con 59 cartas, transcurrió entre 1937 y 1949, año en que fallece Carías Reyes.

Medardo Mejía (1907 – 1981). Poeta, historiador, ensayista, narrador, periodista, editor y académico. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1971). Su correspondencia con RHV acaeció entre 1937 y 1947, con 14 cartas.

José R. Castro (1909 – 1968). Poeta, diplomático, cronista y periodista. El intercambio epistolar con RHV transcurrió entre 1929 y 1951, con 98 cartas.

Alejandro Rivera Hernández (1909 -1968). Prosista y jurista. Se destacó por sus crónicas. Su correspondencia con RHV ocurrió entre 1948 y 1950, con 4 misivas.

Alejandro Valladares (1910 – 1976). Periodista y poeta. Fue director del importante Diario «El Cronista». Mantuvo correspondencia con RHV entre 1935 y 1957, con 30 cartas.

Manuel Luna Mejía (1911 -1994). Poeta, antólogo, parlamentario y académico. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1985). Mantuvo intercambio de cartas con RHV entre 1948 y 1949, con 3 cartas.

Rafael Paz Paredes (1911 – 1974). Poeta, jurista y ensayista. Escribió sobre temas jurídicos relacionados con el derecho internacional de la aeronáutica civil. Casado con la poetisa mexicana Margarita Paz Paredes, mantuvieron ambos correspondencia con RHV entre 1947 y 1949, con 10 misivas.

Francisco Sánchez Reyes (1911 – 1978). Periodista y diplomático. Su intercambio postal con RHV ocurrió entre 1917 y 1930, con 4 misivas.

Juan Bautista Valladares Rodríguez (1911 – 1996). Historiador, diplomático, prosista y académico. Colaboró con RHV para la compilación de las obras de Ramón Rosa y se relacionó con él, vía correo, entre 1935 y 1957, mediante 98 misivas.

*Escritores hondureños, retratados por Mario Castillo, que sostuvieron correspondencia con
Rafael Heliodoro Valle*

Claudio Barrera (1912 – 1970). Poeta vanguardista y antólogo. Usaba, para firmar sus libros, este nombre que es un seudónimo. Su nombre verdadero era Vicente Alemán. Ganó el Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1954). Mantuvo correspondencia con RHV firmando con su seudónimo, entre 1946 y 1949, con 9 misivas; y con su nombre, en 1949, con 81 cartas.

Céleo Murillo Soto (1912 – 1966). Poeta, ensayista, parlamentario y académico. Su correspondencia con RHV fue muy profusa, entre 1945 y 1954, con 176 misivas.

Alejandro Castro hijo (1914 -1995). Narrador, periodista y editor. Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa (1995). Se relacionó con RHV mediante correspondencia entre 1928 y 1947, con 21 misivas.

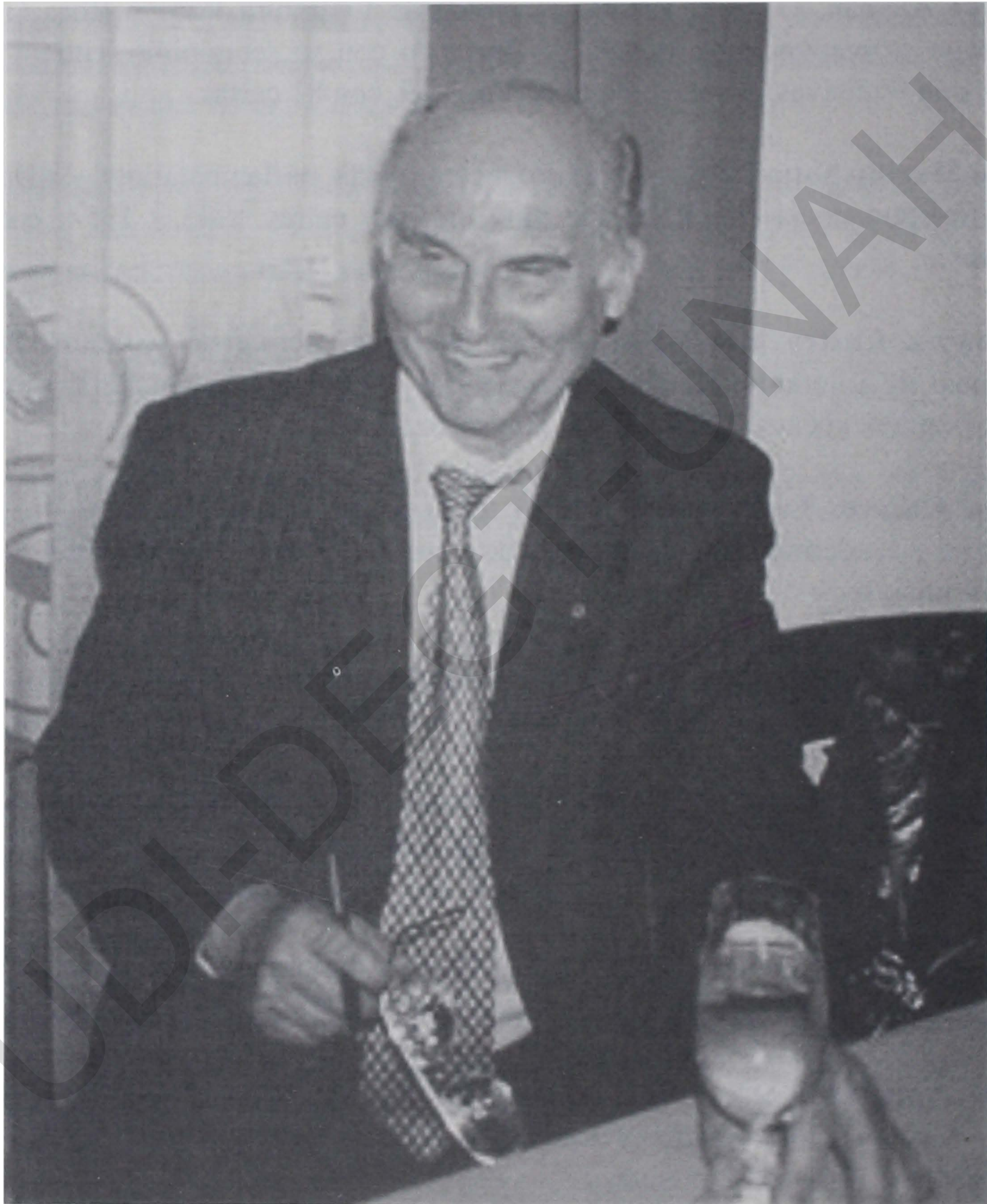
Víctor Cáceres Lara (1915 – 1993). Historiador, periodista, narrador, poeta, ministro y académico. Su correspondencia con RHV se sitúa entre 1948 y 1951, con 14 misivas.

Jacobo Cárcamo (1916 – 1959). Poeta vanguardista que residió en México donde fallece. Sus 6 cartas con RHV datan entre 1939 y 1942.

Eliseo Pérez Cadalso (1920 – 1999). Jurista, narrador, periodista, parlamentario y académico. Se relaciona con RHV mediante correspondencia epistolar entre 1945 y 1948, con 13 misivas.

Jorge Federico Travieso (1920 – 1953). Poeta y diplomático. Fallece a temprana edad. La correspondencia con RHV ocurre entre 1951 y 1957, con 6 cartas.

Jaime Fontana (1922 – 1972) es el seudónimo de Víctor Eugenio Castañeda. Poeta, periodista, diplomático y académico. Su correspondencia con RHV se sitúa entre 1949 y 1951, con 5 misivas.



La Guerra del Fútbol¹

Ryszard Kapuściński

Luis Suárez dijo que habría guerra, y yo siempre creía a pies juntillas todo lo que él decía. Vivíamos juntos en Ciudad de México, y Luis me daba clases sobre América Latina. Me enseñaba lo que es y cómo comprenderla. Tenía un olfato especial para ver venir los acontecimientos. En su tiempo, predijo certeramente la caída de Goulart en Brasil, la de Bosch en la República Dominicana y la de Jiménez en Venezuela. Mucho antes del regreso de Perón, creía firmemente que el viejo caudillo volvería a ser presidente de Argentina, como también vaticinó la muerte inminente del dictador de Haití, François Duvalier, cuando todo el mundo le auguraba muchos años de vida. Luis sabía moverse por las arenas movedizas de la política de este continente, en las que aficionados como yo cometíamos error tras error y acabábamos hundiéndonos sin remisión.

En esta ocasión, Luis expresó su opinión sobre la guerra que se nos avecinaba, después de doblar el periódico en el que acababa de leer una crónica deportiva, dedicada al partido de fútbol que habían jugado las selecciones nacionales de Honduras y El Salvador. Los dos equipos luchaban por clasificarse para el Mundial que, según lo anunciado, se celebraría en México en 1970.

El primer partido se jugó el domingo 8 de junio de 1969 en la capital de Honduras, Tegucigalpa.

Nadie en todo el mundo prestó la más mínima atención a este acontecimiento.

El equipo de El Salvador llegó a Tegucigalpa el sábado, y todos sus miembros pasaron la noche en blanco en el hotel. No pudieron dormir porque fueron víctima de una guerra psicológica que desencadenaron los hinchas hondureños. El hotel se vio rodeado por un hervidero de gente. La multitud arrojaba piedras contra los cristales y aporreaba láminas de hojalata y bidones vacíos. A cada momento estallaban con estruendo los petardos. Se disparaban en aullidos espantosos los cláxones de los coches que habían rodeado el hotel. Los hinchas silbaban, chillaban, proferían gritos llenos de hostilidad. El escándalo se prolongó durante toda la noche. Y todo para que los jugadores del equipo contrario, sin haber

¹ tomado de *Las ideas políticas en Honduras. Tránsito del siglo XX al XXI*. Compilación de Óscar Acosta. Federación de Organizaciones para el Desarrollo de Honduras, Tegucigalpa, 2009.

podido pegar ojo, nerviosos y cansados, perdieran el partido. En Latinoamérica, semejantes prácticas están a la orden del día, así que no sorprenden a nadie.

Al día siguiente, Honduras venció al equipo de El Salvador, muerto de sueño, por 1 a 0.

Cuando el delantero centro del equipo hondureño, Roberto Cardona, metió en el último minuto el gol de la victoria, en El Salvador, una muchacha de dieciocho años, Amelia Bolaños, que estaba viendo el partido sentada frente al televisor, se levantó de un salto y corrió hacia el escritorio, en uno de cuyos cajones su padre guardaba una pistola. Se suicidó de un disparo en el corazón. «Una joven que no pudo soportar la humillación a la que fue sometida su patria», publicó al día siguiente el diario salvadoreño El Nacional. Transmitido en directo por televisión, al entierro de Amelia Bolaños asistió la capital entera. Encabezaba el cortejo fúnebre la compañía de honor del ejército de El Salvador, portando su estandarte. Detrás del féretro, cubierto con la bandera nacional, marchaba el presidente de la república acompañado de sus ministros. Tras el gobierno desfilaban los once jugadores del equipo de El Salvador, que esa misma mañana habían vuelto al país a bordo de un avión especial, no sin que antes, en el aeropuerto de Tegucigalpa, les llenaran de vituperios, les escupieran en la cara, los ridiculizaran y vilipendiaran.

Una semana después se celebraba en un campo de fútbol de bello nombre, Flor Blanca, de la capital salvadoreña, San Salvador, el partido de vuelta. Esta vez fue el equipo de Honduras el que pasó la noche en blanco: una multitud de hinchas encolerizados rompieron todos los cristales de las ventanas del hotel para, a continuación, arrojar al interior de las habitaciones toneladas de huevos podridos, ratas muertas y trapos apestosos. Los jugadores fueron llevados al estadio en carros blindados de la I División Motorizada de El Salvador, lo que los salvó de la venganza del vulgo sediento de sangre que se apiñaba a lo largo del trayecto, enarbolando los retratos de la heroína nacional, Amelia Bolaños.

Las afueras del estadio estaban tomadas por el ejército. Alrededor del campo mismo, cordones de soldados del regimiento de élite de la Guardia Nacional blandían sus metralletas listas para disparar. Cuando sonó el himno nacional de Honduras, el estadio estalló en gritos, silbidos, abucheos e insultos, que no cesaron hasta la última nota. A continuación, en lugar de la bandera nacional de Honduras, que había sido quemada minutos antes para gran júbilo de los espectadores, locos de alegría, los anfitriones izaron en el asta un harapo sucio y hecho jirones. Resulta evidente que, dadas las circunstancias, los jugadores de Tegucigalpa no pudieron pensar en el juego. Sólo pensaban en si iban a salir de allí con vida. «Menos mal que hemos perdido este partido», dijo con alivio el entrenador del equipo visitante,

La Guerra del Fútbol

Mario Griffin.

El Salvador ganó por 3 a 0.

Directamente del campo de fútbol, el equipo de Honduras fue llevado al aeropuerto en los mismos carros blindados que lo habían traído. Peor suerte corrieron sus hinchas, que, golpeados y pateados sin piedad, huían hacia la frontera. Dos personas resultaron muertas. Docenas tuvieron que ser hospitalizadas. Ciento cincuenta coches hondureños fueron incendiados. Pocas horas después, la frontera entre ambos países quedaba cerrada.

Todo esto lo leyó Luis en el periódico y dijo que habría guerra. En sus tiempos había sido un gran reportero y conocía a la perfección su terreno.

En América Latina, decía, la frontera entre el fútbol y la política es tan tenue que resulta casi imperceptible. Es larga la lista de los gobiernos que cayeron o fueron derrocados por los militares sólo porque la selección nacional había perdido un partido. Los periódicos llaman traidores a la patria a los jugadores del equipo perdedor. Cuando Brasil ganó en México el Campeonato Mundial, un amigo mío, exiliado político brasileño, estaba destrozado: «La derecha militar», dijo, «tiene asegurados por lo menos cinco años de gobierno sin que nadie la importune.» En su camino hacia el título de campeón, Brasil ganó a Inglaterra. El diario *Jornal dos Sports*, que se publica en Río de Janeiro, explica la causa de la victoria en el artículo titulado «Jesús defiende a Brasil» con estas palabras: «Cada vez que el balón se acercaba a nuestra portería y parecía que nada podría salvarnos del gol, Jesús bajaba un pie de entre las nubes y despedía la pelota fuera del campo.» El artículo se publicó acompañado de dibujos que ilustraban ese fenómeno sobrenatural.

El que va al campo de fútbol puede perder la vida. Tomemos como ejemplo un partido en el que México pierde con Perú por 1 a 2. Desesperado, un hincha mexicano exclama en tono sarcástico: «¡Viva México!» Instantes después muere masacrado por la multitud. No obstante, también hay veces en que esas fuertes emociones acumuladas se descargan de otra forma. Después del partido en el que México ganó a Bélgica por 1 a 0, borracho de tanta felicidad, Augusto Mariaga, alcaide de la cárcel de Chilpancingo (estado de Guerrero), que alberga exclusivamente a presos condenados a cadena perpetua, recorre los pasillos pistola en mano, dispara al aire y, al grito de «¡Viva México!», abre una a una todas las celdas, dejando en libertad a 142 criminales peligrosos. El tribunal absuelve a Mariaga, «porque, según se puede leer en la motivación de la sentencia, actuaba llevado por un arrebató de patriotismo».

—¿Crees que merece la pena ir a Honduras?— le pregunté a Luis, que en

Yaxkin Año 34, Vol. XXV, No. 1, 2009

aquella época era redactor de Siempre, un semanario serio e influyente.

—Creo que sí — me contestó—, seguro que pasará algo. A la mañana siguiente aterricé en Tegucigalpa.

Al anochecer un avión sobrevoló la ciudad y arrojó una bomba. Todo el mundo oyó el estruendo del estallido. Las colinas que rodean la capital multiplicaron la violenta explosión del metal reventado, por lo que más tarde hubo quienes sostuvieron que se trataba de todo un bombardeo. El pánico se apoderó de la ciudad. La gente se refugiaba en los portales, los comerciantes cerraban sus tiendas. Los conductores abandonaban los coches en medio de la calle. Una mujer corría por la acera, gritando: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo!» De pronto enmudeció, y todo se sumió en el silencio. Un silencio tal que la ciudad parecía muerta. Al cabo de unos instantes se apagó la luz, y toda Tegucigalpa quedó sumida en la más profunda oscuridad.

Fui corriendo al hotel, irrumpí más que entré en mi habitación, coloqué una hoja de papel en la máquina de escribir y me puse a redactar el texto de un telegrama para Varsovia. Tenía mucha prisa, porque sabía que era el único corresponsal extranjero en Tegucigalpa y que podía ser el primero en transmitir al mundo la noticia del estallido de la guerra en América Central.

La habitación estaba tan oscura que no podía ver nada. Bajé a tientas a la recepción, donde me dejaron una vela. Volví al cuarto, encendí la vela y puse mi transistor. El locutor daba lectura al comunicado del gobierno de Honduras sobre el inicio de la guerra con El Salvador. Después vino la noticia de que el ejército salvadoreño había comenzado los ataques a Honduras a lo largo de toda la línea del frente.

Empecé a escribir:

TEGUCIGALPA (HONDURAS) PAP 14 DE JULIO VÍA TROPICAL RADIO
RCA HOY A LAS SEIS DE LA TARDE EMPEZÓ LA GUERRA ENTRE
EL SALVADOR Y HONDURAS LA AVIACIÓN DE EL SALVADOR
BOMBARDEÓ CUATRO CIUDADES HONDUREÑAS STOP AL MISMO
TIEMPO LAS TROPAS DE EL SALVADOR VIOLARON LA FRONTERA
CON HONDURAS INTENTANDO PENETRAR EN EL INTERIOR DEL
PAÍS STOP EN RESPUESTA AL ATAQUE DEL AGRESOR LA AVIACIÓN
DE HONDURAS BOMBARDEÓ LOS MÁS IMPORTANTES CENTROS
INDUSTRIALES Y OBJETIVOS ESTRATÉGICOS DE EL SALVADOR
Y LAS FUERZAS TERRESTRES EMPRENDIERON ACCIONES
DEFENSIVAS.

La Guerra del Fútbol



Ryszard Kapuściński, cuarto de izquierda a derecha, en el Hotel Honduras Maya, con Víctor Manuel Ramos, actual Jefe de la Unidad de Publicaciones del IHAH, con una diputada suiza, Nataniel Hill Arboleda del Consejo Mundial de la Paz, Sergo Mikoyan, de la Revista América Latina y Raúl Felipe Cálix, también mencionados de izquierda a derecha.

En aquel instante oí gritar desde la calle: «¡Apaga la luz!», una, dos, más veces, y con una voz cada vez más apremiante y nerviosa, así que me vi obligado a apagar la vela. Seguí escribiendo a tientas, a ciegas; sólo de cuando en cuando alumbraba el teclado de la máquina con la llama de una cerilla.

LA RADIO INFORMA QUE SE LIBRAN DUROS COMBATES EN TODO EL FRENTE Y QUE LAS TROPAS DE HONDURAS CAUSAN GRANDES BAJAS AL EJÉRCITO DE EL SALVADOR STOP EL GOBIERNO EXHORTA A LA NACIÓN A DEFENDER LA PATRIA EN PELIGRO Y APELA A LA ONU PARA QUE CONDENE LA AGRESIÓN.

Bajé al vestíbulo con el telegrama, encontré al propietario del hotel y le rogué que buscara a alguien que me acompañara a Correos. Como había llegado ese mismo día, desconocía Tegucigalpa por completo. No es que sea una ciudad grande —apenas un cuarto de millón de habitantes—, pero está situada sobre colinas, lo que hace que tenga un entramado de calles complicado. El propietario quería ayudarme, pero no tenía a nadie disponible, y yo tenía prisa. Al final, llamó a la policía. Ningún agente tenía tiempo. Así que llamó a los bomberos. Al cabo de un rato llegaron tres, con sus uniformes de trabajo, cascos y hachas incluidos. Nos saludamos a ciegas; no pude ver sus rostros. Les supliqué que me condujeran a Correos. «Conozco muy bien Honduras», mentí, «y sé que es un país que alberga a la gente más hospitalaria del mundo. Estoy seguro de que: no me negarán el favor. Es muy importante que el mundo sepa la verdad sobre quién empezó la guerra, quién disparó primero, etc., y quiero asegurarles que lo que he escrito es la purísima verdad. Ahora lo primordial es el tiempo; debemos darnos prisa».

Salimos del hotel. A través de la oscura noche sólo pude distinguir la línea de la calle. No sé por qué, pero hablábamos en voz muy baja, susurrando. Contaba los pasos en un intento de memorizar el camino. Estaba a punto de llegar a mil, cuando los bomberos se detuvieron y uno de ellos llamó con los nudillos a una puerta. Desde el interior, una voz nos preguntó con insistencia quiénes éramos. Luego la puerta se abrió fugazmente, tan sólo un instante, para que desde fuera no se viese la luz. Ahora ya estaba dentro. Me dijeron que esperara. En todo Honduras había un solo aparato de télex, que en esos momentos estaba ocupado por el presidente de la república. El presidente mantenía por télex un intercambio de impresiones con la embajada de Honduras en Washington, a la que le ordenaba solicitar ayuda militar al gobierno de Estados Unidos. La consulta se prolongó lo indecible, porque tanto el presidente como el embajador usaban un lenguaje

La Guerra del Fútbol

increíblemente salpicado de florituras, amén de que la conexión se cortaba a cada momento.

Hasta medianoche no conseguí comunicarme con Varsovia. La máquina imprimió el número TL 813480 PAP VARSOVIA. Di un salto de alegría. El operador me preguntó:

—¿Varsovia es un país?

—No es un país. Es una ciudad. El país se llama Polonia.

—Polonia, Polonia -repitió en un intento de reconocerlo, pero vi que el nombre no le evocaba nada.

Preguntó a Varsovia:

HOW RECEIVED MSG BIBI + + = :?

y Varsovia contestó:

RECEIVED OK OK GREE FOR RYSIEK TKS TKS + + + !

Abracé al operador efusivamente, deseándole que saliera de la guerra sano y salvo, y me dispuse a regresar al hotel. Apenas salí a la calle y recorrí una veintena escasa de metros, me di cuenta de que me había perdido. Estaba envuelto en una oscuridad total, densa, espesa e impenetrable, como si una venda negra me cubriera los ojos; no podía ver nada en absoluto, ni siquiera mis propios brazos, extendidos hacia adelante. El cielo debía de haberse cubierto de nubes pues habían desaparecido las estrellas, y en ninguna parte se veía luz alguna.

Estaba solo en medio de una ciudad extraña y desconocida, que no podía ver y que parecía haber quedado sepultada bajo tierra. Un silencio cargado de tensión lo envolvía todo; la ciudad había enmudecido como si la hubieran hechizado, ni una sola voz, ningún sonido llegaba de ninguna parte. Caminaba hacia adelante, palpando, como un ciego, las paredes, las cañerías de desagüe y las rejas de los escaparates. Me percaté de que mis pasos retumbaban sobre la acera, así que empecé a andar de puntillas y con sumo sigilo. De pronto, mi mano dio en el vacío: no había más pared; debía de haber llegado al final de la manzana. ¿Había salido a una plaza? ¿O tal vez se trataba del final de un terraplén y tenía delante un precipicio? Palpé el suelo con los pies. ¡Asfalto! Estaba en medio de una calzada. Crucé al otro lado y volví a pegarme al muro. Perdido, sin saber dónde quedaba Correos ni dónde estaba el hotel, seguí avanzando. De repente oí un estruendo ensordecedor, sentí que perdía el equilibrio y me desplomé sobre la acera.

Había volcado un cubo de basura de hojalata.

En aquel tramo, la calle debía de bajar en pendiente, porque el cubo rodó con estrépito durante un buen rato. En ese momento oí abrirse muchas ventanas,

de donde me llegaban unos susurros llenos de terror: «¡Silencio! ¡Silencio!», voces ahogadas de una ciudad que quería que aquella noche el mundo se olvidara de ella, que deseaba sumirse en la oscuridad y el silencio, que se defendía de ser desenmascarada. A medida que se alejaba, vacío, el cubo de basura calle abajo, se abrían más y más ventanas y se repetían los susurros de «¡Silencio!, ¡silencio!», suplicantes unos, furiosos otros. Pero no había manera de detener al monstruo de hojalata, que rodaba por las desiertas calles como enloquecido, chocando con estrépito contra los adoquines, las farolas y los bordillos. Aterrorizado y empapado en sudor, me tendí sobre la acera, pegándome a ella como una lapa. Temía que empezasen a dispararme. Había cometido un acto de traición contra la ciudad. El enemigo podía haber oído el ruido del cubo de basura y así localizar la situación de Tegucigalpa, que, en semejante oscuridad y silencio, no había manera de detectar. Pensé que no me quedaba más que una salida: huir, largarme de allí lo más lejos posible. Me levanté de un salto y eché a correr. Me dolía la cabeza debido al fuerte golpe que me había dado al caer sobre la acera. No obstante, seguí corriendo como un poseso hasta que tropecé con algo y volví a caer de bruces. Sentí el sabor de la sangre en la boca. Me levanté y me apoyé contra una pared. El cerco de los muros se cerraba sobre mí, un ser indefenso, acorralado por una ciudad que ni siquiera podía ver. Agucé la vista en espera de la luz de las linternas, convencido de que me seguirían para darme caza. Atraparían al intruso que había infringido la última orden dada en esta guerra, orden que prohibía a todo el mundo salir a la calle durante la noche. Pero no ocurrió nada; todo estaba sumido en un silencio sepulcral y la más absoluta oscuridad. Seguí a tientas mi incierto camino, con los brazos extendidos, perdido en el laberinto de las calles, magullado, sangrando y con la camisa hecha jirones. Debía de llevar allí siglos enteros, seguramente había llegado ya hasta el fin del mundo. De repente cayó un aguacero, una violenta tormenta tropical. Por un instante un rayo iluminó la ciudad fantasma. Me vi en medio de unas calles que me eran completamente desconocidas, vi unos edificios viejos y míseros, una casa de madera, un farol, el empedrado. Todo desapareció en una fracción de segundo. Sólo se oía el ruido de la lluvia y, de cuando en cuando, los bandazos del viento. Temblando de frío y empapado, permanecí inmóvil durante un rato, sacudido por escalofríos. Palpé el muro hasta encontrar la entrada de un portal, donde me refugié del aguacero. Acurrucado entre el muro y el portal, intenté dormir, pero no lo logré.

De madrugada me encontró allí una patrulla del ejército. —Estúpido insensato— me dijo un sargento con cara de sueño-, ¿dónde te metes en una noche de guerra?

La Guerra del Fútbol

Me contemplaban con miradas llenas de sospecha; querían llevarme a la comandancia de la ciudad. Por suerte llevaba encima mi documentación y pude explicarles lo que había pasado. Me acompañaron al hotel. Durante el camino, el sargento me dijo que los combates no habían dejado de librarse durante toda la noche, pero como el frente estaba lejos, en Tegucigalpa no se podían oír los disparos.

Desde la mañana, la gente cavaba trincheras y levantaba barricadas. La ciudad se preparaba para el sitio. Las mujeres hacían acopio de alimentos y sellaban las ventanas con tiras de papel adhesivo. La gente corría por las calles sin orden ni concierto en un ambiente de pánico generalizado. Brigadas de estudiantes pintaban lemas con grandes caracteres en las paredes y en las vallas. Un cargamento de poesía se volcó en Tegucigalpa, y en pocas horas sus muros se cubrieron con miles de inscripciones.

NI LO SUEÑEN CABEZAS DURAS.
JAMÁS CONQUISTARÁN NUESTRO HONDURAS

U otras como éstas:

¡EH, PAISANOS. SIN TEMOR
A DEGOLLAR AL AGRESORI

¡VENGAREMOS EL 3 A 0!

¡CUBRA LA INFAMIA A PORFIRIO RAMOS.
QUE SE ACUESTA CON UNA SALVADOREÑA!

QUIEN VEA A RAIMUNDO GRANADOS
AVISE A LA POLICÍA.
¡ES UN ESPÍA DE EL SALVADOR!

Los latinoamericanos, que ya de por sí están obsesionados con los espías, los servicios secretos, los complots y las conspiraciones, ahora, en circunstancias de guerra, en todo el mundo veían a un confidente de la quinta columna. Mi situación tampoco se presentaba color de rosa. A ambos lados del frente, la propaganda había desatado una campaña salvaje culpando a los comunistas de todas las desgracias, y yo era el único corresponsal en la zona procedente de un

país socialista. Queda quedarme allí hasta el final de la guerra, pero sabía que podían expulsarme en cualquier momento.

Fui a Correos e invité al operador a una cerveza. El hombre estaba muy asustado, porque, aunque su padre era hondureño de origen, su madre era ciudadana de El Salvador. Como mestizo, se encontraba entre los sospechosos. No sabía qué suerte iba a correr. Desde la mañana, la policía agrupaba a todos los salvadoreños en unos improvisados campos de concentración, estadios las más de las veces. En toda Latinoamérica, los estadios cumplen esta doble función: en tiempos de paz sirven como terreno de juego, y en tiempos de crisis se convierten en campos de concentración.

Se llamaba José Málaga. Bebíamos cerveza en un bar próximo a Correos. Nos unía la misma situación de inseguridad e incertidumbre, los dos estábamos subidos en el mismo carro. José telefoneaba a cada momento a su madre, que se había encerrado en casa, y le decía: «Mamá, estoy bien, no han venido a buscarme, sigo trabajando.»

Al mediodía llegaron cuarenta corresponsales, mis colegas de México. Fueron en avión hasta Guatemala, y allí alquilaron un autobús, pues el aeropuerto de Tegucigalpa permanecía cerrado. Todos querían ir al frente. Para conseguir este objetivo, nos dirigimos al palacio presidencial, un edificio feo, de fachada seudomodernista y pintado de un azul chillón, situado en pleno centro de la ciudad. Ahora, el palacio aparecía rodeado de ametralladoras, ocultas tras sacos de arena. En la explanada había baterías antiaéreas. Hombres uniformados aparecían por doquier. En el interior del palacio los soldados dormían por los pasillos entre montones de armas. El desorden generalizado era la nota dominante del lugar.

Todas las guerras provocan un terrible desorden y no hacen sino malgastar vidas y cosas. La humanidad lleva miles de años de guerras y, sin embargo, parece que cada vez se empieza desde el principio, como si se tratase de la primera guerra en la historia.

Nos recibió un capitán que se presentó como el portavoz del ejército. Preguntado por la situación, dijo que sus tropas obtenían victoria tras victoria a lo largo de todo el frente y que el enemigo sufría graves pérdidas.

—De acuerdo—convino Green, de la AP—, pero nosotros queremos verlo.

En todas partes hacíamos hablar a los norteamericanos, pues aquélla era su zona de influencia y, como les hacían caso, podían conseguir muchas cosas. El capitán anunció que saldríamos hacia el frente al día siguiente, con la única condición de cumplir el requisito de traer dos fotografías.

La Guerra del Fútbol

Llegamos por carretera a un lugar donde vimos dos cañones de artillería y grandes cantidades de municiones amontonadas bajo un árbol. Delante teníamos la carretera que conducía a El Salvador. A ambos lados del camino se extendían tierras pantanosas y, tras la franja de la ciénagas, la selva, verde y tupida. De la frontera con El Salvador nos separaban ocho kilómetros.

Empapado en sudor y con la barba crecida, el comandante que estaba al frente de la defensa de la carretera nos dijo que no podíamos continuar. Que allí empezaba el territorio de operaciones militares en el que ambos ejércitos libraban duros combates, luchando de tal manera que resultaba muy difícil determinar dónde actuaba y qué controlaba cada uno de los contendientes. En la espesura de la selva no se veía nada. A menudo, destacamentos de bandos enemigos, errando perdidos entre la maleza, se percataban de su mutua presencia sólo en el momento en que se encontraban cara a cara. Por añadidura, los dos ejércitos usaban el mismo tipo de uniforme, llevaban idénticas armas y hablaban la misma lengua, así que, cuando una patrulla topaba con otra, no podía saber si había dado con los suyos o con el enemigo.

El comandante nos aconsejó que volviésemos a Tegucigalpa, pues en caso de intentar adentrarnos en la selva nos exponíamos a morir sin saber ni tan siquiera a manos de quién (como si eso tuviese alguna importancia, pensé). Pero entonces las cámaras de televisión insistieron en que tenían que seguir adelante y llegar a la primera línea de fuego para filmar a los soldados en acción, cómo disparaban y cómo morían. Gregor Straub, de la NBC, dijo que tenía que conseguir el primer plano del rostro de un soldado chorreando sudor. Rodolfo Carrillo, de la CBS, pretendía captar la imagen de un oficial moralmente derrotado que, sentado junto a un arbusto, llorara desconsolado porque habían muerto todos los hombres de su destacamento. El cámara francés quería conseguir un plano general en el que se viera el ataque de un batallón hondureño a uno de El Salvador o a la inversa. Alguien más pretendía rodar la secuencia de un soldado cargando a costas el cuerpo de un amigo muerto. Los cámaras fueron secundados por los reporteros de la radio. Enrique Amado, de Radio Mundo, quería grabar el gemido de un soldado herido de muerte, suplicando ayuda con un hilo de voz cada vez más débil, hasta que exhalara el último suspiro. Charles Meadows, de Radio Canadá, deseaba hacerse con la voz de un soldado maldiciendo la guerra en medio de un tiroteo infernal. Noatake Mochida, de Radio Japan, quería obtener el grito de un oficial que, superponiéndose a la barahúnda de los cañones, hablase con su superior a través de un radioteléfono japonés.

Debido al fuerte estímulo de la competitividad, que siempre se manifiesta

en estos casos, muchos otros corresponsales también se mostraron dispuestos a seguir adelante. Si ya se había decidido la televisión norteamericana, ¿cómo habrían podido dejar de hacerlo sus colegas de las agencias de prensa? Ya que iban ‘las agencias norteamericanas, ¿cómo podían faltar la Reuter y la AFP? Puesto que iba el reportero de la NBC, ¿cómo podía quedarse el de la BBC? Llevado por un arrebatado de patriotismo, y siendo el único polaco entre aquella gente, decidí unirme al grupo que había optado por emprender la temeraria marcha. Se quedaron bajo el árbol aquellos que dijeron estar enfermos del corazón y los que aducían que los detalles no les interesaban porque se disponían a escribir tan sólo comentarios generales.

Finalmente, unos veinte hombres enfilamos el asfalto vacío e inundado por el sol. El riesgo o, más bien, la locura de aquella marcha consistía en que la carretera pasaba por lo alto de un terraplén, de modo que éramos un blanco perfecto para ambos ejércitos, ocultos en la selva, de la que nos separaban unos cien metros. Bastaba con que nos enviaran una sola ráfaga de ametralladora.

Al principio todo iba bien. Aunque podíamos oír un intenso tiroteo y las explosiones de los proyectiles de artillería, aquellos sonidos nos llegaban de una distancia bastante lejana todavía, de unos dos kilómetros. Para que no decayeran los ánimos, no dejábamos de hablar, nerviosa y agitadamente (a decir verdad, sin sentido). Hubo quien no paró de contar chistes. Y todo para dar la impresión de normalidad: hete aquí ni más ni menos que un grupo de hombres caminando tan tranquilos por una carretera. No obstante, después de recorrer un kilómetro, el miedo empezó a hacer mella en nosotros. Verdaderamente, resulta muy desagradable la sensación que experimenta uno cuando camina consciente de que en cualquier momento le pueden meter un balazo. Las piernas se le vuelven como de plomo y gotas de sudor le empapan la frente. Sin embargo, nadie reconoció abiertamente que tenía miedo. Primero, alguien propuso que nos detuviésemos un rato para descansar. Nos convenía sentarnos unos minutos para tomar aire. Al reanudar la marcha, dos empezaron a quedarse cada vez más rezagados, fingiendo haberse enzarzado en una conversación tan sumamente interesante que no lograban mantener el ritmo de los demás. Después, alguien vio un grupo de árboles de extraordinario interés y quería contemplarlos con más detenimiento. Luego, otros dos declararon que tenían que regresar, porque se habían dejado olvidados los filtros de sus cámaras. Volvíamos a descansar en unas pausas cada vez más largas y frecuentes. Al final quedábamos diez.

Mientras tanto, a nuestro alrededor no pasaba nada. Caminábamos por una carretera vacía hacia El Salvador, respirando un aire puro, cristalino y maravilloso,

La Guerra del Fútbol

y contemplando la puesta del sol. En realidad, fue aquel sol el que nos brindó la oportunidad de salir airosos de tan apurada situación, pues de pronto los cámaras de televisión sacaron sus fotómetros y declararon que ya no había luz suficiente para rodar. No había nada que hacer, ni planos generales, ni enfoque de detalles, ni movimiento, ni inmovilidad. Además, la primera línea de fuego quedaba aún muy lejos. Se haría de noche antes de que la alcanzásemos.

Emprendimos el camino de vuelta. Bajo el árbol y junto a los dos cañones de artillería, nos esperaban aquellos que estaban enfermos del corazón, los que querían escribir comentarios generales, y los que habían regresado antes, unos por haberse enzarzado en una conversación de máximo interés y otros por haberse dejado olvidados los filtros.

El comandante, empapado en sudor y con la barba crecida (se llamaba Policarpo Paz), nos proporcionó un camión militar, que nos llevó a Nacaome, en la retaguardia del frente, para que allí pasáramos la noche. Al llegar al pueblo, nos reunimos en una especie de consejo en el curso del cual se tomó la decisión de que los norteamericanos llamarían inmediatamente al presidente, pidiéndole que diera la orden de llevarnos al frente, a la primera línea de fuego, al infierno de la guerra, a la tierra rociada de sangre.

Por la mañana nos mandaron un avión que debía llevarnos al otro extremo del frente, allí donde se libraban los más duros combates. La lluvia que había caído durante la noche convirtió la pista de despegue del aeropuerto militar de Nacaome en un pardo barrizal. El viejo y descacharrado DC-3, negro por el hollín de sus tubos de escape, aparecía sumergido en el agua como si de un hidroavión se tratara. Tiroteado el día anterior por cazas salvadoreños, tenía el casco lleno de boquetes, tapados con unos tablones de madera sin pulir. La sola visión de aquellas tablas aterrorizó a los que decían estar enfermos del corazón. Se quedaron en Nacaome para luego regresar a Tegucigalpa.

Los demás sí volamos al otro extremo del frente, a Santa Rosa de Copán. Al tomar velocidad para despegar, el avión despedía tanto fuego y tanto humo como lo hubiese hecho un cohete emprendiendo viaje a la luna. En el aire, chirriaba y crujía mientras daba bandazos de un lado para otro como un borracho azotado por un fuerte viento de Otoño. Ora bajaba en picado, ora se disparaba hacia arriba en un lance a la desesperada, todo menos volar de un modo normal, en línea recta. En el interior del avión, que estaba destinado a transportar mercancías, no había ningún tipo de banco o butaca. Nos agarrábamos con todas nuestras fuerzas a una barra de hierro para no estrellarnos contra los laterales. Las fuertes ráfagas de viento, que entraban por los anchos boquetes, parecían querer arrancarnos la

cabeza. Sólo los pilotos, dos muchachos jóvenes y despreocupados, nos sonreían a través de los retrovisores la mar de divertidos, como si hubiesen acabado de inventar un juego estupendo.

—Lo más importante—me gritaba a voz en cuello Antonio Rodríguez, de EFE, en un intento de hacerse oír a pesar del rugir de los motores y el ruido del viento— es que sigan funcionando los motores. ¡Ay, madre mía, que sigan funcionando!

En Santa Rosa de Copán (un pueblucho somnoliento, ahora repleto de militares), un camión nos llevó al cuartel, atravesando callejones llenos de barro. El cuartel se encontraba en una antigua fortaleza española, rodeada por un muro gris e hinchado por la humedad. Cuando penetramos en el interior, en el patio vimos a tres prisioneros heridos que estaban siendo sometidos a un interrogatorio.

—¡Hablen! —rugía el oficial encargado de interrogados—, ¡confiésenlo todo!

Debilitados por la pérdida de sangre, los prisioneros apenas si balbuceaban. Desnudos de cintura para arriba, permanecían de pie, uno con una herida en el vientre, otro en el brazo y el tercero con una mano destrozada por la metralla. El que tenía una herida en el vientre no aguantó mucho tiempo; entre gemidos, se retorció como si hiciera una pirueta de baile y se desplomó sobre el suelo. Los otros dos enmudecieron, contemplando a su compañero con miradas ausentes y aturcidas.

Un oficial nos condujo ante el comandante de la guarnición. El capitán, pálido y demacrado por el cansancio, no sabía qué hacer con nosotros. Ordenó que se nos proporcionaran unas camisas militares. Mandó a su ordenanza que trajera café. El comandante temía que en cualquier momento pudieran aparecer unidades salvadoreñas. Santa Rosa estaba situada en el centro de la línea de ataque del enemigo, es decir, junto al camino que une el Atlántico con el Pacífico. El Salvador, situado en la costa del Pacífico, ambicionaba conquistar Honduras, bañada por el Atlántico. De conseguirlo, el pequeño El Salvador se habría convertido de repente en una potencia de dos océanos. El camino más corto al Atlántico conducía precisamente por el lugar donde nos encontrábamos: pasaba por Ocotepeque, Santa Rosa de Copán, San Pedro Sula, y llegaba a Puerto Cortés. Las avanzadillas blindadas de El Salvador se habían adentrado ya bastantes kilómetros en territorio hondureño. Avanzaban siguiendo la orden: ¡Salir al Atlántico!, ¡salir a Europa!, ¡salir al mundo!

Su radio repetía: «CUATRO GOLPES, MANO DURA, Y NI RASTRO DE HONDURAS.»

La Guerra del Fútbol

Honduras, más pobre y débil, se defendía con uñas y dientes. Por las abiertas ventanas del cuartel se veía cómo oficiales de alta graduación mandaban al frente nuevos destacamentos. Reclutas muy jóvenes aparecían formados en irregulares filas. Eran unos muchachos de pequeña estatura y aspecto frágil, morenos, indios todos ellos, y sus rostros expresaban tensión y miedo al tiempo que valor y determinación. Los oficiales les decían algo mientras señalaban con el brazo horizontes lejanos. Después aparecía un cura que rociaba con agua bendita a los pelotones que iban a la muerte.

Al mediodía y en un camión descubierto, fuimos al frente. Los primeros cuarenta kilómetros del viaje transcurrieron en calma. Penetrábamos en unas tierras cada vez más montañosas, en unos cerros verdes, cubiertos por la tupida frondosidad de la selva tropical. En sus laderas aparecían chozas de barro abandonadas, algunas calcinadas. En un tramo vimos a los habitantes de toda una aldea andando, con hatillos al hombro, a lo largo del camino. En otro lugar, un nutrido grupo de hombres vestidos con camisas blancas y tocados con anchos sombreros nos amenazaban agitando sus machetes y fusiles. Después, a lo lejos, muy lejos, oímos ecos de cañonazos.

De repente, alcanzamos un punto en el camino donde imperaba una agitación febril. Llegábamos a un prado que penetraba como una cuña en la selva, un lugar al que traían a los heridos. Unos yacían sobre camillas y otros directamente sobre la hierba. Deambulaban entre ellos varios soldados y dos enfermeros; no había médico. A un lado, cuatro soldados cavaban un hoyo. Los heridos yacían silenciosos, pacientes; se nos antojaba de lo más extraordinario esa paciencia suya, esa capacidad sobrehumana para soportar el dolor, tan característica de los indios. Aquí, nadie gritaba ni pedía auxilio. Los soldados les daban de beber agua y los enfermeros, muy primitivos, les curaban las heridas lo mejor que sabían. No me cabía en la cabeza lo que vi a continuación. Uno de los enfermeros, bisturí en mano, iba de un herido a otro y les extraía las balas del cuerpo, como se sacan las pepitas de una manzana. El otro vertía tintura de yodo sobre las heridas y las tapaba con gasas.

En un momento dado, los soldados trajeron en un camión a un campesino herido. Era salvadoreño. La bala se le había incrustado en la rodilla. Le ordenaron tumbarse en la hierba. El campesino, descalzo, estaba pálido y ensangrentado. El enfermero removía el bisturí en el interior de su rodilla en un intento de encontrar la bala. El campesino gimió.

—Cállate, pobre diablo—le dijo el enfermero—, no me molestés.

Ayudándose con los dedos, finalmente extrajo la bala, Roció la herida con

el yodo y la vendó de cualquier manera.

—Levántate y sube al camión—le dijo un soldado de la escolta—, ¡vamos!

El campesino se puso en pie a duras penas sobre la hierba y se encaminó, cojeando, hacia el camión. No dijo ni una palabra, ni un solo gemido salió de su boca.

—¡Arriba!—le ordenó el soldado.

Nos lanzamos en ayuda del campesino, pero el escolta nos rechazó con un culatazo. Ya no era un hombre bueno. Era un soldado de la primera línea del frente, enfurecido y con los nervios alterados. El campesino se agarró con las manos a las altas barras de la caja del camión y se encaramó a la plataforma. Su cuerpo se desplomó sobre ella con estruendo. Pensé que había muerto. Pero unos instantes después su cabeza asomaba entre las tablas y un rostro gris, de expresión tensa a la vez que ingenua, esperaba sumiso el siguiente acto del destino.

—Denme un cigarrillo—nos pidió con un ronco hilo de voz. Tiramos al interior del camión todos los cigarrillos que llevábamos encima. El camión se puso en marcha mientras él reía feliz; tenía tantos cigarrillos que podría satisfacer las ansias de fumar de su pueblo entero.

Entretanto, los enfermeros aplicaban una gota a gota a un soldado que agonizaba. Muchos curiosos contemplaban la operación. Unos se sentaban alrededor de la camilla en la que se estaba muriendo el herido, otros permanecían de pie, apoyados sobre sus fusiles. El moribundo tendría unos veinte años. Le habían alcanzado once balas. Si aquellas once balas se hubieran alojado en un cuerpo débil y viejo, el hombre habría dejado de existir en el acto. Pero las balas penetraron en un cuerpo joven, fuerte, recio, de modo que la muerte encontraba una tenaz resistencia. El herido yacía inconsciente, ya al otro lado de la existencia, y sin embargo lo que aún le quedaba de vida libraba, obstinada, su última y desesperada batalla. El soldado estaba desnudo de cintura para arriba, y todos veían cómo se tensaban sus músculos y las gotas de sudor se deslizaban por su moreno torso. Observando aquellos músculos tenía y los chorros de sudor todo el mundo podía comprobar con sus propios ojos la encarnizada lucha con que la vida desafiaba a la muerte. Todos seguían con angustioso interés aquel feroz combate, porque querían saber cuánta fuerza había en la vida y cuánta en la muerte. Todos querían saber hasta dónde la vida era capaz de luchar contra la muerte, y si una vida joven que aún existía y se negaba a rendirse conseguiría ganarle el pulso a la muerte.

—¿Tiene alguna posibilidad de sobrevivir?—preguntó uno de los

La Guerra del Fútbol

soldados.

—Ninguna—respondió el enfermero, sosteniendo en lo alto una botella de suero.

Todo el mundo se sumió en un grave silencio. Violenta y entrecortada, la respiración del herido recordaba la de un corredor de fondo después de una carrera agotadora.

—¿Alguno de ustedes lo conocía?—preguntó al cabo de un rato uno de los soldados.

El corazón del herido trabajaba con todas sus fuerzas, hasta el punto de que se oían sus febriles latidos.

—Nadie—le contestó otro soldado.

Por el camino subían camiones, los motores rugían. Junto al bosque, cuatro soldados cavaban un hoyo.

—¿Es de los nuestros o es uno de ellos?—preguntó el soldado sentado junto a la camilla.

—No se sabe—le respondió el enfermero tras unos instantes de silencio.

—Es de su madre—dijo uno de los soldados que permanecían de pie a un lado.

—Ahora ya es de Dios—agregó otro, pasado un rato. Se quitó la gorra y la colgó en el cañón de su fusil.

—El cuerpo del herido temblaba, víctima de violentas sacudidas. Bajo la brillante piel morena aún latían sus músculos.

—Qué fuerte es la vida—habló en tono lleno de asombro el soldado que se apoyaba en su fusil—. Todavía sigue en él. Todavía sigue.

Los demás contemplaban al herido con una expresión de gravedad dibujada en sus rostros. El silencio lo envolvía todo. El moribundo respiraba cada vez más despacio; la cabeza se le caía hacia atrás. Los soldados o se sentaban inmóviles o se arrebujaban los unos contra los otros, como si quisieran conservar un resto del calor ofrecido por un fuego a punto de extinguirse en medio de un campo helado. Al final, aunque esta situación aún se prolongó durante un buen rato, alguien habló:

—Ahora sí que ya se ha ido. La vida que le quedaba lo ha abandonado.

Contemplándolo, sobrecogidos, permanecieron un rato más junto al muerto, pero al ver que allí ya no iba a pasar nada, se dispersaron, cada uno por su lado.

Nosotros seguimos nuestro camino, que ahora bordeaba un cerro cubierto de vegetación. Después de atravesar un pueblo abandonado, San Francisco,

enfilamos un sinuoso camino, erizado de curvas y más curvas. Al salir de una de ellas, nos vimos envueltos de repente en pleno caos de la guerra. Soldados disparando y corriendo de un lado para otro, el aire atravesado por el silbido de las balas, ametralladoras apostadas a ambos lados del camino escupiendo largas ráfagas de fuego. El conductor frenó en seco, y en ese preciso instante, justo delante de nosotros, estalló una granada. Al cabo de un segundo oímos un nuevo silbido y una nueva explosión. Después otra y otra. ¡Santo cielo!, pensé, esto es el fin. La plataforma de nuestro camión quedó vacía en un abrir y cerrar de ojos, como si un ciclón nos hubiera barrido de allí. Huimos en desbandada, los unos por encima de los otros, para alcanzar la tierra lo más rápido posible, para rodar hacia una cuneta o hacia cualquier otro sitio, con tal de desaparecer. Mientras corría vi por el rabillo del ojo cómo el grueso operador de la televisión francesa, conmocionado, iba de un lado para otro en una febril búsqueda de su cámara. Alguien le gritó: «¡Al suelo!», y sólo aquella voz, y no las explosiones de las granadas ni el traqueteo de las ametralladoras, lo devolvió a la realidad; el operador se desplomó sobre la tierra, cayendo como un muerto.

Salí disparado hacia donde me parecía que el ruido no era tan intenso, corrí entre los arbustos y la maleza como alma que se lleva el diablo, en un desesperado intento de alejarme lo más posible de aquella curva, en la que habíamos caído en medio del fragor de una batalla campal; corrí montaña abajo por la tierra desnuda de la pendiente, tropezando mil veces sobre el barro resbaladizo, soñando con alcanzar el bosque, la tupida selva. Caía, me levantaba y volvía a correr, hasta que oí el estampido de un nuevo tiroteo que estalló delante de mis narices; las balas silbaban entre las ramas y rugía el fuego que lanzaban las ametralladoras. Me tiré al suelo boca abajo, pegándome a la tierra hasta con el último átomo de mi cuerpo.

Cuando controlé los nervios y me calmé lo suficiente para abrir los ojos, vi un pedazo de tierra por el que caminaban las hormigas.

Caminaban disciplinadas una tras otra por sus múltiples senderos. No era el mejor momento para observar insectos, pero la sola imagen de unas hormigas caminando tan tranquilas, la visión de un mundo diferente, de otra realidad, me devolvió la capacidad de razonar. Pensé que si conseguía dominar el miedo lo bastante para ser capaz de taparme por algún tiempo los oídos y dedicarme tan sólo a la observación de las hormigas en mi afanosa peregrinación, empezaría a racionalizar las cosas con un mínimo de rigor. Pegado a la tierra entre los matorrales, me tapé los oídos con toda la fuerza que quedaba en mis dedos y observé a las hormigas.

La Guerra del Fútbol

No sé cuánto tiempo permanecí allí, con la nariz pegada a la tierra, pero cuando levanté la cabeza, vi ante mis ojos el rostro de un soldado.

Quedé como paralizado. Lo que más me aterraba era caer en manos de los salvadoreños, que no habrían vacilado ni un segundo en matarme. El salvadoreño era un ejército cruel, cegado por su fatuidad, que en la locura de la guerra fusilaba a todo aquel que caía en sus manos. Alimentado por la propaganda hondureña, ésa era al menos mi convicción. Quizá habrían respetado la vida de un norteamericano o un inglés, aunque no necesariamente. El día anterior habíamos visto en Nacaome el cuerpo de un misionero norteamericano masacrado por los salvadoreños.

El soldado estaba tan sorprendido como yo. Arrastrándose por la selva, me vio en el último momento. Se acomodó el casco, adornado con hojas y hierba. Tenía un rostro oscuro, ajado y demacrado. En la mano apretaba un viejo máuser.

—¿Quién eres?—me preguntó.

—Y tú, ¿a qué ejército perteneces?

—Honduras—decidió responderme, porque ya se había dado cuenta de que yo era allí un extraño que no luchaba ni con unos ni con otros.

—¡Honduras! ¡Hermano querido!

Lleno de alegría, saqué un papel del bolsillo. Era un salvoconducto firmado por el comandante en jefe del ejército hondureño, el coronel Ramírez Ortega, dirigido a las unidades destacadas en el frente y autorizándome a permanecer en los territorios donde se desarrollaban las operaciones de guerra. Todos los miembros de nuestro grupo de periodistas habíamos recibido uno en Tegucigalpa, antes de salir para el frente.

Le dije al soldado que debía llegar como fuera a Santa Rosa y de allí a Tegucigalpa para enviar un telegrama a Varsovia. Él se mostró muy contento, pues al hacerse una acertada composición de lugar vio que, esgrimiendo la orden del comandante en jefe del ejército (el escrito obligaba a todos los subordinados a prestarme ayuda), podría valerse de mí para retirarse a la retaguardia.

—Iremos juntos, señor—me dijo— El señor dirá que me mandó acompañarle.

Era un recluta, un campesino pobre al que habían llamado a filas hacía una semana, que desconocía el ejército y al que la guerra le importaba poco; sólo pretendía sobrevivir.

En derredor nuestro estallaban los proyectiles, silbaban las balas, disparaban los cañones, traqueteaban las ametralladoras; a lo lejos se oían gritos y el olor a humo y pólvora impregnaba el aire.

La compañía a la que pertenecía mi soldado se dirigía a rastras entre los matorrales hacia la cima de la montaña en la que, saliendo de una curva, habíamos caído de lleno en el infierno de la guerra y donde había quedado nuestro camión. Desde el lugar en el que yacíamos pegados a la tierra se veían las suelas de goma, gruesas y acanaladas, las botas de la compañía arrastrándose, suelas que se deslizaban por la hierba, después se quedaban inmóviles, luego volvían a deslizarse, uno, dos, uno, dos; unos metros hacia adelante y de nuevo un parón. El soldado me dio un golpecito en el hombro y me dijo:

—Señor, ¡mire cuántos zapatos!

Clavó la vista en las botas de los soldados de la compañía que se arrastraban, entornó los ojos, reflexionando con gravedad acerca de algo que le preocupaba y, finalmente, habló con una voz llena de desazón:

—Toda mi familia anda descalza.

Empezamos a arrastrarnos por la selva.

El tiroteo amainó por unos instantes, y el soldado se detuvo, cansado. Me dijo con voz jadeante que lo esperara mientras él volvía hasta el lugar donde acababa de producirse el último combate de su compañía. Los vivos seguramente ya se habrían alejado de allí, me dijo, pues tenían la orden de perseguir al enemigo hasta la misma frontera, y en el campo de batalla sólo quedarían los muertos, que ya no necesitaban zapatos. Él iría hasta aquel lugar, descalzaría a algunos muertos, escondería las botas entre los arbustos y señalaría el escondrijo. Cuando terminara la guerra y lo licenciaran, regresaría y calzaría a toda su familia. Ya había calculado que por un par de botas militares le darían tres pares de zapatos de niño, y él era padre de nueve criaturas.

Por un momento pensé que se había vuelto loco, y hasta llegué a decirle que lo tomaba bajo mi mando y que debíamos seguir arrastrándonos sin perder un minuto. Pero el soldado no me prestó la más mínima atención. Obsesionado con los zapatos, ansiaba llegar a la línea de fuego para recoger su botín, toda una fortuna desperdigada entre la hierba, y esconderlo antes de que lo sepultaran bajo tierra. Para él, sólo ahora la guerra empezaba a cobrar sentido, ya tenía un objetivo. Ya sabía lo que quería y lo que debía hacer. Por mi parte, tenía la certeza de que no nos volveríamos a encontrar nunca más si en aquel momento él se marchaba de allí. Por nada del mundo quería quedarme solo en medio de aquel trozo de selva. Ignoraba quién lo controlaba, desconocía las posiciones de los ejércitos, y tampoco sabía cuál era la mejor dirección que debía tomar. No hay nada peor que verse solo en una guerra extraña y en un país extraño. Así que, decidido a no separarme de él, seguí al soldado, siempre a rastras, en dirección al campo de

La Guerra del Fútbol

batalla. Llegamos a un lugar en el que se abría un pequeño claro en medio del espesor de la selva desde donde pudimos ver, a través de los troncos y las ramas, el desolador paisaje de después de una batalla. El frente se había desdoblado en dos flancos, los proyectiles estaban al otro lado de la montaña que se levantaba a nuestra izquierda, mientras que a nuestra derecha se oía el estruendo de las ametralladoras, que si bien parecía llegar de debajo de la tierra, debía de proceder del desfiladero. Ante nuestra vista apareció un mortero abandonado en medio de un campo sembrado de cadáveres.

Le dije al soldado que yo no daría un paso más. Que hiciese lo que había venido a hacer, no sin tomar las precauciones para no perderse, y que volviera lo más pronto posible. Me dejó su fusil y se lanzó tras su objetivo a grandes zancadas. No lo vi alejarse, sólo pensaba que nos descubrirían de un momento a otro, que alguien saldría de repente de entre los matorrales lanzando una granada. Con la cabeza hundida en la tierra, una tierra húmeda que olía a podrido y a humo, sentí náuseas. Ojalá no caigamos en una trampa, pensaba, ojalá consigamos alcanzar un mundo más tranquilo. Este soldado mío..., él sí que está contento por fin. Los nubarrones que se cernían sobre su cabeza han desaparecido para que el maná pueda caerle del cielo. Él ya ha ganado su guerra; volverá a su aldea con un saco de zapatos, lo vaciará en medio de la choza, y los niños bailarían de alegría.

El soldado trajo su botín y lo escondió entre los arbustos. Se enjugó la cara empapada de sudor y recorrió con la vista varias veces el lugar para no olvidado. Echamos a andar. Lloviznaba, y la niebla envolvía los claros del bosque. No seguíamos una dirección fija, nos limitábamos a mantenernos lo más alejados posible del teatro de operaciones. Debíamos de encontrarlos a poca distancia de Guatemala. Un poco más lejos estaba México. Y más allá, Estados Unidos. Pero para nosotros, en aquel momento, todos esos países pertenecían a otro planeta, un planeta lejano cuyos habitantes vivían su propia vida y pensaban en asuntos totalmente diferentes. Tal vez ni siquiera sabían que aquí teníamos una guerra. No hay guerra que se pueda transmitir a distancia. Una persona se sienta a la mesa y se pone a comer tan tranquila mientras ve la televisión: en la pantalla, torbellinos de tierra saltan por los aires —corte—, se pone en marcha la oruga de un tanque —corte—, los soldados caen abatidos y se retuercen de dolor, y el espectador pone mala cara y maldice furioso porque, pendiente de la pantalla, ha puesto demasiada sal en la sopa. La guerra vista a distancia y hábilmente manipulada en una mesa de montaje no es más que un espectáculo. En la realidad, el soldado no ve más allá de la punta de su nariz, tiene los ojos cubiertos de polvo e inundado de sudor, dispara a ciegas y se arrastra por la tierra como un topo. Y, sobre todo,

tiene miedo. El soldado destacado en el frente es muy parco en palabras; si se le pregunta, a menudo no contesta, encogiéndose de hombros por toda respuesta. Por regla general, pasa hambre y está muerto de sueño, ignora cuál será la siguiente orden y qué ocurrirá dentro de una hora. La guerra crea una situación en la que uno convive permanentemente con la muerte. Es una experiencia que siempre queda profundamente grabada en la memoria. Más tarde, conforme avanzan los años, el hombre recurre con una frecuencia cada vez mayor a sus vivencias de la guerra, como si con el paso del tiempo se le multiplicaran los recuerdos, como si hubiera pasado toda su vida en una trinchera.

Mientras atravesábamos sigilosamente el bosque pregunté al soldado por qué él y sus compatriotas luchaban contra El Salvador. Me respondió que no lo sabía, que eran asuntos del gobierno. Le pregunté cómo podía luchar sin saber en nombre de qué causa derramaba su sangre. Repuso que viviendo en el campo más le valla no hacer preguntas. El que pregunta despierta sospechas del alcalde de la aldea. Luego, el alcalde no duda en mandar al curioso a realizar trabajos de la comunidad. Al prestar esos servicios, el campesino se ve abocado a descuidar su terruño y a su familia, y pasa más hambre que nunca, que ya es decir. La miseria que los azota todos los días ya es suficiente. Hay que vivir de modo que el nombre de uno nunca llegue a los oídos de las autoridades, del poder. En cuanto oye un nombre, el poder lo apunta en seguida, y el hombre que lo lleva, una vez identificado, no dejará de tener problemas. Los asuntos del gobierno rebasan la capacidad de la mente de un campesino, pues los gobernantes tienen conciencia, algo que al campesino jamás le dará nadie.

Al anochecer, caminando por el bosque cada vez más erguidos, porque habían amainado ya los ecos del combate, llegamos a Santa Teresa, una aldea de barro y paja. Acampaba allí un batallón de infantería, diezmado en las luchas que había librado durante todo el día. Agotados y conmocionados por las vivencias del frente, los soldados vagaban entre las chozas. Seguía lloviznando; todos estaban sucios y cubiertos de barro.

Los soldados del puesto de guardia que habíamos encontrado al entrar en la aldea nos condujeron ante el comandante del batallón. Tras enseñarle el salvoconducto del jefe del ejército le pedí que me facilitara el viaje a Tegucigalpa. El buen hombre puso a mi disposición un coche, no sin advertirme que tendría que esperar hasta la mañana siguiente, porque me resultaría imposible viajar de noche y sin luces por aquellos caminos de montaña, convertidos en un barrizal, que pasaban entre abruptos barrancos. El comandante estaba sentado en una choza vacía y escuchaba la radio. El locutor daba lectura, uno tras otro, a los comunicados del

La Guerra del Fútbol

frente. Después oímos la noticia de que una serie de países de ambos hemisferios habían expresado su deseo de comenzar negociaciones con el propósito de poner fin a la guerra entre Honduras y El Salvador. Ya se habían pronunciado sobre la guerra países de Latinoamérica y algunos de Europa y Asia. Se esperaba una inminente toma de posición por parte de África. Asimismo se esperaba un comunicado sobre la postura de Australia y el resto de Oceanía. Llamaba la atención el silencio que guardaban China y Canadá. El silencio de Canadá se explicaba por el hecho de que Ottawa tenía en el frente a un corresponsal, Charles Meadows, y no quería que una declaración oficial le complicara la vida o le dificultara la realización de su comprometida y peligrosa misión.

A continuación, el locutor leyó una noticia procedente de Cabo Kennedy informando del lanzamiento del cohete Apolo XI. Tres astronautas, Armstrong, Aldrin y Collins se dirigían hacia la luna. El hombre alcanza las estrellas, descubre mundos nuevos, planea en la infinitud de la galaxia. Las felicitaciones llegan a Houston de todos los rincones de la tierra, informaba el locutor, la humanidad entera celebra el triunfo de la razón y el pensamiento.

Mi soldado, exhausto después del largo y arduo día, dormitaba en un rincón de la estancia. Lo desperté de madrugada para anunciarle nuestra partida. El chofer del batallón, vencido por el agotamiento y el sueño, nos llevó a Tegucigalpa en un jeep. Para no perder tiempo, fuimos directos a Correos. Allí, en una máquina prestada, escribí un telegrama que más tarde se publicó en los periódicos polacos. José Málaga lo envió en seguida, sin hacerme esperar turno y sin que pasara por la censura militar (de todos modos, el telegrama estaba escrito en polaco).

Mis compañeros regresaban del frente. Cada cual por su lado, porque todos se habían perdido en aquella curva donde habíamos caído en medio del fuego de la artillería. Enrique Amado, de Radio Mundo, había topado con una patrulla salvadoreña compuesta por tres hombres de la Guardia Rural. Se trata de un cuerpo de gendarmería privada al servicio de los grandes latifundistas de El Salvador, reclutado entre delincuentes y criminales, tipos muy peligrosos. Le ordenaron ponerse en la posición de quien va a ser fusilado. Enrique hizo todo lo posible por ganar tiempo: primero rezó un buen rato y después les pidió permiso para satisfacer una necesidad fisiológica. Sus verdugos disfrutaban viendo a un hombre aterrado de miedo. Después de divertirse un rato, volvieron a ordenarle que se pusiera firme para que pudieran fusilarlo. Pero en ese preciso instante, entre los matorrales, se oyó el tableteo de una ráfaga de ametralladora y uno de los soldados de la patrulla se desplomó sobre el suelo. Los otros dos fueron hechos prisioneros.

La guerra del fútbol duró cien horas. El balance: seis mil muertos, veinte mil heridos. Alrededor de cincuenta mil personas perdieron sus casas y sus tierras. Muchas aldeas fueron arrasadas.

Las hostilidades cesaron gracias a la intervención de los países de América Latina si bien la frontera entre Honduras y El Salvador sigue siendo, hasta la fecha, escenario de muchas escaramuzas armadas en el curso de las cuales mueren personas y las aldeas se convierten en cenizas.

La verdadera causa de la guerra del fútbol radicaba en lo siguiente: El Salvador, el país más pequeño de América Central, tiene la densidad de población más alta de todo el continente americano (más de 160 personas por kilómetro cuadrado). La gente se agolpa en un espacio tremendamente reducido, máxime cuando la inmensa mayoría de la tierra está en manos de catorce poderosos clanes de terratenientes. Incluso se dice que «El Salvador es la propiedad particular de catorce familias». Mil latifundistas poseen exactamente diez veces más extensión de tierra que la que poseen cien mil campesinos juntos. Dos tercio de la población rural no tienen ni un acre. En unas migraciones que se han prolongado durante años, una buena parte de este campesinado ha emigrado a Honduras, donde había grandes extensiones de tierras sin dueño. Honduras (112.000 kilómetros cuadrados) es casi seis veces mayor que El Salvador, al tiempo que tiene una población dos veces menor (alrededor de dos millones y medio de habitantes). Se trataba de una emigración bajo cuerda, ilegal, pero tolerada por el gobierno de Honduras durante años.

Los campesinos de El Salvador se establecían en Honduras, fundaban sus aldeas y llevaban una vida algo mejor que la que dejaban atrás. Su número alcanzó unos trescientos mil.

En los años sesenta se manifestaron los primeros síntomas de malestar entre los campesinos hondureños, que reclamaban tierras en propiedad. El gobierno proclamó un decreto de reforma agraria. Al ser un gobierno al servicio de la oligarquía terrateniente y ejecutor de la voluntad de Estados Unidos, el decreto no preveía ni la fragmentación de los latifundios ni el reparto de las tierras pertenecientes al trust americano United Fruit, que posee grandes plantaciones bananeras en el territorio de Honduras. El gobierno pretendía entregar a los campesinos hondureños las tierras ocupadas por los campesinos de El Salvador. Eso significaba que trescientos mil emigrantes salvadoreños debían regresar a su país, donde no tenían nada. A su vez, el también oligárquico gobierno de El Salvador se negó a recibirlos, llevado del temor de una revuelta campesina.

El gobierno de Honduras insistía y el gobierno de El Salvador se negaba.

La Guerra del Fútbol

Las relaciones entre los dos países se volvieron muy tensas. A ambos lados de la frontera, los periódicos llevaban a cabo una campaña de odio, calumnias e insultos. Mutuamente se tachaban de nazis, enanos, borrachos, sádicos, sabandijas, agresores, ladrones, etc. Organizaban pogromos e incendiaban comercios.

En estas circunstancias les tocó jugar a las selecciones nacionales de fútbol de Honduras y El Salvador. El partido decisivo se jugó en terreno neutral, en México (ganó El Salvador por 3 a 2). Los hinchas de Honduras fueron acomodados en un lado del estadio y los de El Salvador en el opuesto, sentándose en medio cinco mil policías mexicanos armados con imponentes porras.

El fútbol ayudó a enardecer aún más los ánimos de chovinismo y de histeria seudopatriótica, tan necesarios para desencadenar la guerra y fortalecer así el poder de las oligarquías en los dos países.

El Salvador fue el primero en atacar. Tenía un ejército mucho más fuerte y contaba con una victoria fácil.

La guerra terminó en un impasse. La frontera se mantuvo intacta. Es una frontera trazada a ojo en medio de la selva, en un terreno montañoso que reclaman ambos países.

Parte de los emigrantes regresaron a El Salvador, mientras que otros siguen viviendo en Honduras.

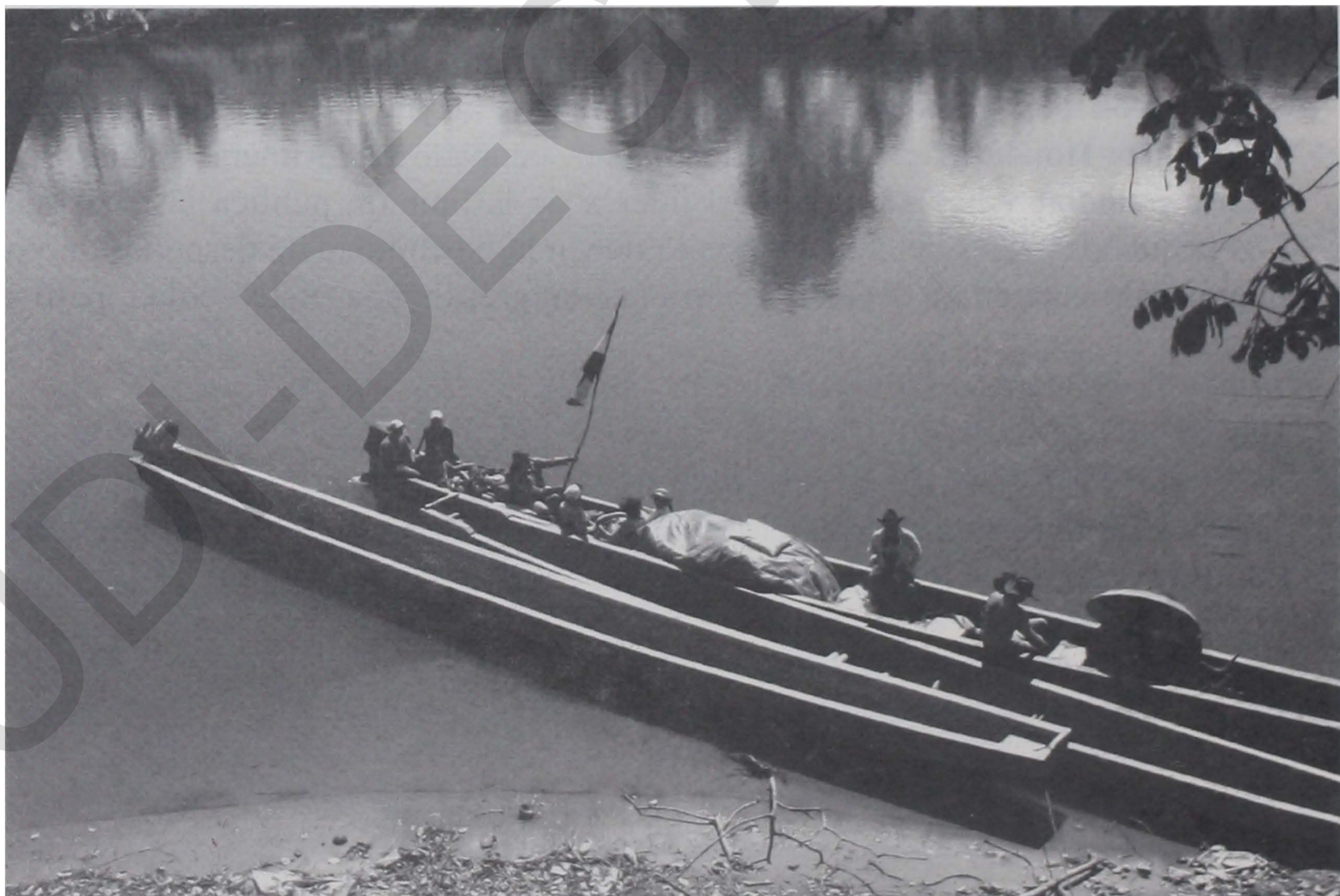
Los dos gobiernos estaban satisfechos de la guerra, porque durante varios días Honduras y El Salvador habían ocupado las primeras planas de la prensa mundial y habían atraído el interés de la opinión pública internacional. Los pequeños países del Tercer Mundo tienen la posibilidad de despertar un vivo interés sólo cuando se deciden a derramar sangre. Es una triste verdad, pero así es.

1969

Tomado del libro «La guerra del fútbol y otros reportajes», Ryszard Kapuściński, Editorial Anagrama, Barcelona, 1992



Familia tawahka. Krautara, Gracias a Dios. Foto de Víctor Manuel Ramos.



Pipante en que viajó por la zona tawahka, en abril de 2009, la expansión del IHAH, encabezada por el Dr. Darío Euraque. Wasparaní, Olancho. Foto de Víctor Manuel Ramos.

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969¹

Jorge Bueso Arias

Al leer el libro escrito por el Coronel César Elvir Sierra intitulado «EL SALVADOR, ESTADOS UNIDOS Y HONDURAS, La gran Conspiración del Gobierno Salvadoreño para La Guerra de 1969», en su página 141 se dice que una comisión integrada por el Comité Cívico Pro Defensa de Santa Rosa de Copán, llegó el 14 de julio de 1969 al Cuartel de Ocotepeque y sus miembros se entrevistaron con el Coronel Alvarado Dubón.

Dicha Comisión la integrábamos el Lic. Arturo A. Robles, el General DEM (en este caso, «DEM» quiere decir «De montaña», porque era General de nuestras famosas revoluciones de principios del siglo pasado) Humberto Barnica Milla, el P.M. Vicente Enamorado, el Lic. Guillermo Cáceres Pineda y este servidor.

Dice el Coronel Elvir Sierra en su libro que los miembros de la Comisión queríamos conocer de la situación en la Aduana El Poy por los últimos informes que se recibían de concentraciones de tropas del lado salvadoreño.- Agrega, que a pesar de las explicaciones que nos dieron los miembros de la Plana Mayor del Teatro de Operaciones, decidimos ir a la zona de la aduana «aunque van prevenidos de la peligrosidad del sitio», dice él.- Eso es cierto, íbamos prevenidos de posibles peligros, como se verá más adelante, cuando ese día fuimos al Poy.

En la página 171 del mismo libro, dice el Coronel Elvir Sierra «...En el Puesto de Mando del Teatro, en el Cuartel de Ocotepeque, se estaba terminando la reunión con los Comandantes de Unidades y las Planas Mayores, cuando el ruido de un avión DC-3, aparentemente salvadoreño, se escucha en el espacio y a los pocos minutos se escuchan varios estallidos de bombas en dirección a Sinuapa...».- Aunque las bombas no produjeron daños, sí causaron gran alarma entre la población que frenéticamente estaban abandonando sus casas.- Los que se van, dice él, «son los desplazados de guerra que están viviendo la angustia y el temor de aquella situación bélica».- Y termina el párrafo diciendo: «Una Comisión que había llegado de Santa Rosa de Copán, para conocer --siquiera en parte-- en sitio la amenaza salvadoreña, también salió huyendo».- Esto último no es cierto.

En vista de que todos los miembros de la Comisión que ese día fuimos a Ocotepeque, hoy están muertos, excepto este servidor, y para limpiar de mancha su memoria y aclarar que no salimos huyendo y para dar a conocer lo que ví y viví durante esa guerra, he decidido poner por escrito esas experiencias.

¹ tomado de Revista política de Honduras, Año X, No. 45, julio- septiembre de 2008; Editorial Iberoamericana, Tegucigalpa, 2008.

Para empezar, quiero recordar que a fines del mes de junio de 1969, el Consejo Central del Partido Liberal, ante los rumores de una posible invasión a nuestro país por parte de las fuerzas armadas salvadoreñas y considerando que yo había tenido relaciones de amistad con el General Oswaldo López Arellano, --a quien no había vuelto a ver después del golpe de estado del 3 de octubre de 1963, que, encabezado por él, las Fuerzas Armadas dieran al gobierno del Dr. Ramón Villeda Morales-- repito, el Consejo Central Ejecutivo me llamó a Santa Rosa de Copán para pedirme que me trasladara a Tegucigalpa para tratar con el General López Arellano sobre la situación tensa que se palpaba entre los gobiernos de Honduras y de El Salvador.

Se me dijo que el Consejo Central Ejecutivo deseaba que yo fuera a visitar al Presidente López Arellano para manifestarle que nuestro Partido estaba listo y en disposición de ayudar a defender de cualquier manera al país, no al gobierno, si se llegare a efectuar una invasión a nuestro territorio.- Se me advirtió que hiciera énfasis en eso: No lo hacíamos por el gobierno, lo hacíamos por Honduras.

Así fue que nos reunimos con Oswaldo (me acuerdo que llevaba dos puros, uno para él y otro para mí, ya que a ambos nos gusta o nos gustaba fumar puros) y le hice saber el mensaje que por mi medio le enviaba el Consejo Central Ejecutivo del Partido Liberal.

Cuando empezamos a analizar la situación y a discutir lo que se podía venir, pude notar, que de parte del Presidente López Arellano no había buena voluntad de hablar con los salvadoreños.- En un momento me dijo: «...allí me llama por teléfono ese enano», --refiriéndose al General Fidel Sánchez Hernández, en aquel entonces Presidente de El Salvador-- pero yo no quiero contestarle».- «El está siendo presionado para que nos invadan y si no lo hace pueden darle vuelta».- Yo le dije más o menos lo siguiente: «Mirá Oswaldo, hay que evitar que nos invadan, contéstale a Fidel, habla con él, pónganse de acuerdo en cualquier diferencia que pueda existir, pero hay que evitar que estalle la violencia entre estos dos países que han sido los más cercanos entre sí en Centroamérica».- Oswaldo me dijo: «Aquí no quieren a los salvadoreños, y el pueblo no los mira con buenos ojos».- Le contesté: «No siempre es así, Oswaldo, puede que en algunos pocos casos tengas razón, pero aquí hay muchos salvadoreños que son muy apreciados y sus hijos nacidos aquí son tan hondureños como tú o como yo».- En el curso de la conversación le pregunté: «Oswaldo, si derrocan al Presidente Sánchez Hernández, ¿quiénes llegarían al poder: Los halcones o las palomas?, (denominaciones que en aquel momento se usaban).- Y me dijo: «Los halcones, los que más desean la guerra con Honduras».- Y le contesté: «Por lo mismo, Oswaldo, hay que arreglar esto

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

pacíficamente, procura hablar con Fidel y terminen ese conflicto.- Hay que evitar que las estaciones de radio sigan encendiendo los ánimos de los dos pueblos, sobre todo del pueblo salvadoreño».- Pero no pude convencerle que dialogaran.

Tengo presente que en esos días había en Tegucigalpa una huelga de profesores y cuando ví que Oswaldo insistía en su posición, le manifesté que, por lo menos, arreglara lo de la huelga, porque si íbamos a tener problemas de afuera por lo menos que tuviéramos tranquilidad en el frente interno.- Pudimos haber seguido platicando, pero llegó el Arzobispo de Tegucigalpa, Monseñor Santos, a ver al Presidente, para tratar no sé que asunto y tuve que retirarme.

Esa misma noche informé al Consejo Central Ejecutivo de nuestro Partido de la plática con el General López y de cómo veía yo la situación, pero que yo, personalmente, a pesar de lo que se decía, no creía que se iba a llegar al extremo de que se rompieran las hostilidades entre los dos países.

Cumplida esa misión y que todos quedamos preocupados y pensativos, decidí regresar a Santa Rosa para donde emprendí viaje el sábado 12 de julio vía aérea, dejando a mi señora, Mercedes Callejas de Bueso, allí en la capital.

En ese tiempo habían dos rutas aéreas de Tegucigalpa a Santa Rosa: una era por Marcala – La Esperanza – Erandique y Gracias hasta llegar a Santa Rosa, y la otra era volando de Tegucigalpa - San Pedro Sula – Santa Bárbara hasta Santa Rosa.- En mi viaje opté por venirme por San Pedro Sula.- Al aterrizar en San Pedro Sula, como yo era amigo de varios pilotos de la SAHSA, uno de ellos, Hiram Fiallos, me manifestó que el día anterior al viajar a Ocotepeque, como para aterrizar en Ocotepeque tenía que sobrevolar una pequeña porción del territorio salvadoreño, le habían disparado los militares de aquel país, que afortunadamente no habían ocasionado daños al avión, pero sí me mostró que en un alerón de la cola del avión habían muestras de uno o dos proyectiles que habían alcanzado esa parte metálica, pero como venían en ángulo abierto habían rebotado, pero había quedado la seña de que habían pegado.

Al llegar a Santa Rosa, al día siguiente 13, atendiendo las excitativas del Gobierno, entre los habitantes de Santa Rosa organizamos un Comité Cívico Pro Defensa, del cual formamos parte todos los que integramos la Comisión que después fuimos a Ocotepeque y a la que en su libro el Coronel Elvir Sierra se refiere.

Reunidos en la Alcaldía de Santa Rosa ese domingo 13 de julio, se acordó integrar una Comisión para que el día siguiente fuéramos a Ocotepeque a enterarnos de cómo andaba la situación y llevarles algunos abastecimientos y provisiones a nuestras tropas .

Personalmente, yo no creía que el Gobierno y ejército salvadoreños cometieran el grave error de invadir nuestro país; creía que sólo era bulla de las radioemisoras y manera de protestar por algunas diferencias que habían existido entre ambos gobiernos.

Cuando fui Ministro de Economía del Gobierno del Dr. Villeda Morales, había sido un gran impulsador de la integración económica de Centroamérica, con miras a una posible integración política, (¡como pequé de demasiado optimista!) de estos 5 países de centroamérica y, por consiguiente, no me imaginaba que un Gobierno de un país hermano con el que recientemente habíamos acelerado la integración de la economía de estos países, diera un paso tan estúpido como el de invadirnos y provocar una guerra y la muerte de muchas personas.

Eso sí, con ocasión de que mi suegra, doña Juanita Bonilla de Callejas, con sus nietos e hijos de doña Mercy y míos, Manuel Venancio e Isabel, deseaban venir a pasar Navidad en 1968 con nuestra familia aquí en Santa Rosa, yo le sugerí que viajara por tierra vía El Salvador y que yo personalmente iría a traerlos a San Salvador.- Y así fue.- Pero al pasar la aduana del Poy, noté cierta conducta malcriada y antipática de los empleados hacia los hondureños, atrasándonos y ocasionándonos largas esperas.- Me molestó tanto esta actitud, puesto que antes había sido diferente, que les dije a los funcionarios y empleados salvadoreños que si no fuera porque tenía que ir a traer a mi familia a San Salvador, que de allí mismo me regresaba a Santa Rosa, que a San Salvador sólo íbamos a gastar parte de nuestro dinero.- Quedé muy extrañado de esa conducta.

Pero volviendo a la situación de amenaza de invasión en 1969, el lunes 14, como a eso del medio día, salimos hacia Ocotepeque en mi carro land rover los miembros de la Comisión anteriormente indicada, pero antes en la mañana le escribí una carta a Mercy, mi señora, a Tegucigalpa, diciéndole que yo creía que no había peligro alguno de que los salvadoreños nos invadieran y que no le hiciera caso a lo que las radioemisoras y periódicos decían, pero no le dije que en unas horas salíamos para la frontera.- Esa carta la mandé con algún pasajero que ese día volaba de Santa Rosa a Tegucigalpa.

Me acuerdo que el General Barnica Milla llevaba en una caja de cartón grande más de dos mil puros.- Cuando le preguntamos por qué los llevaba, nos dijo: «es para que los muchachos fumen en la noche y espanten los zancudos».- Me imagino que él recordaba la época cuando andaba en las revoluciones nuestras que así deben haberse defendido de esos insectos los soldados de ambos bandos.

Salimos, pues, para Ocotepeque.- Debemos haber llegado entre 2 y 3 de la tarde.- Inmediatamente nos reunimos con el Coronel Alvarado Dubón y su plana

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

mayor y ellos nos pusieron al tanto de cómo estaba la situación.- Me acuerdo que nos dijo que los salvadoreños tenían fuertes concentraciones de tropas en Citalá --ciudad salvadoreña cercana a la frontera-- y hasta un «obús 125» y que él creía que era inminente la invasión.- Nos contó que el Jefe de las tropas salvadoreñas era el Coronel Manuel de Jesús Velásquez, a quien apodaban «El Diablo» y que todo indicaba que de un momento a otro nos invadirían.

Yo seguía sin creer que eso podía suceder.- Allí estaban, entre otros, el Teniente Frank Ramirez Mathew, el teniente Wilfredo Sanchez, José Aburey, el Capitán José Abdenego Bueso, después General y recientemente fallecido, y otros militares jóvenes.

Me acuerdo que allí estaban presentes algunos reporteros de Diario La Prensa de San Pedro Sula y nos tomaron fotografías a los miembros de la comisión junto con el Coronel Alvarado y otros oficiales.

Al día siguiente, cuando ya se habían roto las hostilidades, aparecieron esas fotografías publicadas en el Diario La Prensa, y de la cual yo tengo una en mi oficina como recuerdo de esa fecha.

Como yo no creía realmente que hubiera una amenaza de invasión, después de la reunión, les sugerí a los compañeros que fuéramos al Poy, para ver cómo andaba la situación por allá.- El teniente Sanchez nos dijo «vayan con cuidado porque hoy en la mañana que yo iba por esa dirección me dispararon del lado de El Salvador».- Le dije: «Posiblemente reconocieron que el carro suyo era militar.- No creo que a nosotros nos disparen».- Y así, pues, debidamente advertidos de la peligrosidad del viaje, --como dice el Coronel Elvir Sierra-- decidimos ir al Poy.

Me acuerdo que empezamos a ver gente —hombres, mujeres y niños— con bultos de ropa y «tanates» en la cabeza, tal como se veía en las películas donde aparecen desplazados de guerra, y en una o dos ocasiones detuvimos el carro y les preguntamos a las personas que iban huyendo que porqué se iban hacia Ocotepeque.- Uno de ellos nos dijo «porque dentro del lado de Honduras vimos anoche unos soldados que no son hondureños y se dice que hoy van a invadir».

Tengo presente que sólo dos personas de nuestro grupo llevaban armas: el P.M. Vicente Enamorado, que era de estatura pequeña, que llevaba un revólver calibre 38, con cañón largo, y que le hacíamos la broma que casi le llegaba a la rodilla, y el General Barnica que llevaba una metralleta Thompson, como las llamaban.- Pero yo, siempre sin creer que nos invadirían, les hacía la broma que si encontrábamos soldados salvadoreños, ellos, que eran los únicos que llevaban armas, tenían que defendernos y que cuando por defendernos cayeran, nosotros tomaríamos las armas y seguiríamos peleando.- Claro todo esto era en broma,

porque yo seguía sin creer que nos invadirían.

Al llegar a unos 60 metros antes de la Aduana del Poy, un lugar que siempre había estado muy concurrido de vehículos y de personas, vimos que todo era soledad.- Sólo se miraba un gallo, dos gallinas y un perro, por lo cual detuve el carro y entonces sí les dije a mis compañeros: «hmmmmm...esto ya no me gusta, mejor regresémonos» y sin llegar al mero lugar del Poy, dimos la vuelta hacia Ocotepeque.

Cuando íbamos pasando por el desvío que conduce a la Antigua Ocotepeque, les dije: «Hombre, hace mucho tiempo que no voy a la «Vieja» (así le llaman a la Antigua Ocotepeque) vamos allá» y decidimos ir a visitarla.

Quiero aquí manifestarles que cuando bajábamos temprano de la tarde a Ocotepeque, por las cuestas cercanas a dicha ciudad habíamos encontrado un tractor bulldozer trabajando en la carretera, así que cuando íbamos llegando a la par de la iglesia de La Vieja y ví una nube de polvo que se levantaba del otro lado de Ocotepeque, mi reacción mental fue que eso se debía a una palada de tierra que el tractor había tirado al abismo, por lo que le dije a mis compañeros, haciendo todavía broma: «Miren, ya nos están bombardeando los salvadoreños», pero en eso vimos a dos muchachos jóvenes corriendo en contra de la dirección en que íbamos en mi carro y nos paramos y les preguntamos: «Qué pasa?.- Nos contestaron: «Están bombardeando Ocotepeque».- Me acuerdo que dije: «Que hijos de tantas» y salimos del carro.- Cerca de la iglesia hay unas grandes peñas que arrastró el Rio Marchala y corrí a subirme a una de ellas para tratar de ver hacia Ocotepeque y averigua con qué clase de avión nos estaban bombardeando.- Los demás compañeros se fueron a la iglesia y desde allá me decía el General Barnica «véngase Jorgito (que así me decía él), que allí corre peligro».- Yo les contestaba: «Quiero ver con qué clase de aviones nos están bombardeando.- Creo que es un DC-3 y creo que anda una avioneta con él».- El avión DC-3 hacía círculos; cuando pasaba sobre Ocotepeque dejaba caer proyectiles de morteros (como después me informaron el Capitán Abdenego Bueso y el Tte. Frank Ramírez) y cuando eso sucedía oíamos disparos de fusiles y ametralladoras que le hacían nuestros soldados desde tierra.-

Al fin se vino el General Barnica a subirse a la peña desde donde yo estaba, en el momento en que el avión DC-3 tomaba altura y emprendía viaje de regreso hacia El Salvador.- Me acuerdo que el General quiso dispararle y le dije : «No general, va muy alto, no desperdicie munición que la podemos necesitar más adelante».- En broma le decía después de que le había dicho: «Si dispara, con esa buena puntería que usted tiene, va a derribar ese avión y nos va a caer encima y

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

aplastarnos a todos».

Habiendo observado todo esto, salimos inmediatamente para Ocotepeque.- Tengo presente que entrando a Ocotepeque vimos que iban saliendo soldados nuestros con tortilla y frijoles en las manos subiéndose a los camiones para ir supuestamente al frente de batalla, porque al momento del ataque una buena parte de ellos estaba cenando en Ocotepeque.

Nos fuimos inmediatamente a ver al Coronel Alvarado y hablamos algo sobre lo sucedido.- Le pregunté: «Coronel, usted tiene el «dossier» del Coronel Velásquez, «El Diablo?» porque como uno había leído historias y visto películas sobre la segunda guerra mundial, sabe que a los oficiales en el frente de batalla les mandan un dossier de los Jefes de las fuerzas enemigas para formarse una idea de cómo actuarán.- Me dijo: «No, a mi no me han mandado nada».- Le preguntamos: ¿«Ya cruzaron la frontera las tropas de infantería?».- Nos dijo: «No, no han cruzado».- Me acuerdo que les dije: «que clase de militares son esos salvadoreños que no están aprovechando el elemento sorpresa», porque, de nuevo, leyendo historias y viendo películas de la segunda guerra, tras el bombardeo van las tropas de infantería atacando.- Les dije: «Esos militares salvadoreños no sirven.- Esos no nos van a vencer».

El Capitán Abdenego Bueso y el Teniente Ramirez nos fueron a mostrar en las calles algunos pequeños cráteres de bombas de mortero que desde el avión habían tirado hacia Ocotepeque.- Dicho sea de paso, la gran nube de polvo que había visto fue de una bomba de 500 libras que habían lanzado desde el avión con tan mala puntería que había caído a un kilómetro de Ocotepeque.

De allí empezamos a discutir la situación.- Como yo más o menos había estudiado teoría militar, le dije al Coronel: «Por lo que usted me dice, por lo lejos de su línea de comunicación y de abastecimiento de nuestras bases, me parece que usted va a tener que retirarse a las alturas y no tratar de defender la planicie que hay entre Ocotepeque y El Poy. Por lo que usted me dice, ellos tienen más gente y mejor armamento que nosotros, pues por lo que se ve se han venido preparando para invadirnos».

Seguimos haciendo comentarios y me acuerdo que en la Fuerza de Seguridad Pública (FUSEP) en Ocotepeque tenían radio, por lo cual con el Coronel Alvarado y otros oficiales nos trasladamos hacia allá.- Por el radio de la FUSEP empezó a pedir información de lo que había pasado en todo el país.- Así nos dimos cuenta de que aviones salvadoreños habían tratado de bombardear la base aérea de Toncontin, pero con lo mal pilotos que eran, no habían alcanzado la base.- Habían bombardeado Choluteca, también Juticalpa y creo que Catacamas y que habían

ametrallado Santa Rosa , pero que en ningún lado habían causado daños fuertes ni víctimas.- Y le informaron al Coronel Alvarado, y todos escuchamos, de algunos preparativos que estaban haciendo nuestras Fuerzas Armadas para defendernos.

Las oficinas del Coronel Alvarado estaban cerca de la FUSEP, así que regresamos comentando lo que había pasado, pero más tranquilos por el poco daño que nos habían hecho y que su infantería no había aprovechado el factor sorpresa y cruzado de inmediato la frontera, pero sí comentábamos que seguramente al día siguiente las fuerzas salvadoreñas nos atacarían.

Como a eso de las 8 de la noche que aún seguíamos en Ocotepeque, estando ya bien informados y conscientes que no había pasado gran cosa, decidimos regresar a Santa Rosa, pero no huyendo como dice el Coronel Elvir Sierra en su libro, sino que allí estuvimos como tres horas después del bombardeo comentando e informándonos de lo sucedido en el resto del país, dando ánimos y escuchando instrucciones (cuando podíamos) etc..- Ya cuando decidimos venirnos y estábamos a punto de subirnos al carro, y ya era oscuro, llegó un soldado de parte del Coronel Alvarado a preguntarme que si podíamos traer con nosotros a Santa Rosa a su hijo, Omar, de unos 17 años que allí estaba con él .- A lo que le contestamos que con mucho gusto lo haríamos.

Así emprendimos el viaje de regreso de Ocotepeque para Santa Rosa.- Cuando íbamos subiendo la cuesta del Portillo, que creo que está a unos 1,600 metros de altura sobre el nivel del mar, no se escuchaba estación de radio alguna ni de El Salvador ni de Honduras.- Era un silencio completo.- Por lo mismo, logramos sintonizar una estación de Costa Rica que estaba dando la noticia del ataque aéreo salvadoreño a nuestro país.- Me acuerdo que decían: «en estos momentos 200 aviones hondureños están calentando motores para ir a bombardear en la madrugada a San Salvador».- El General Barnica me preguntó: «Jorgito, ¿será cierto eso?».- Le contesté: «General, yo creo que si tendremos unos 30 aviones en condiciones de operar será mucho, pero eso que nosotros estamos escuchando, posiblemente, también, lo estén escuchando los salvadoreños y está bien que empiecen a sufrir por los bombardeos que seguramente le vamos a hacer mañana.- Yo lo siento, pero está bien que eso les pase. Ellos se lo buscaron».

Me causó admiración que en varios lugares que atravesamos ya se habían organizado varios pelotones de defensa y nos pedían bajarnos e identificarnos para ver quiénes éramos y dejarnos pasar.- En una estación gasolinera en La Labor, Ocotepeque, habían varios hombres, uno de ellos con un rifle 22 custodiándola.- Le dijimos: «Miren, este combustible guárdenlo y sólo vendan pequeñas cantidades a aquellos carros que lo necesiten.- Guarden lo demás porque nuestras

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

fuerzas armadas lo pueden ocupar mañana».- Así nos detuvieron en el desvío a San Marcos, en el de Lucerna, La Unión, Cucuyagua.- En uno de esos lugares nos dijeron que Santa Rosa estaba en llamas y que el hospital se había quemado, lo cual nosotros sabíamos que no era cierto por haber tenido noticias a través de la radio en Ocotepeque.- Ya cuando íbamos llegando al puente sobre el Río Higuito para tomar la cuesta que lleva a Santa Rosa, me acuerdo que en el puente había gran número de personas, talvez unas 200, y cansados como veníamos, les dije a mis compañeros: «Vamos a ver si nos dejan pasar sin atrasos».- Saqué la cabeza por la ventana del carro y empecé a gritar «ahí vienen, ahí vienen».- Y tal como dice la Biblia, que se abrieron en dos las aguas del Mar Rojo, así toda aquella gente se tiró hacia los lados de la carretera y pudimos pasar rápidamente.

Cuando íbamos bajando hacia el puente del Río Higuito, habíamos encontrado algunos camiones con tropas que venían de San Pedro Sula que iban hacia el lado de Ocotepeque.- Creo que les decían «Los Tigres».

Al llegar a Santa Rosa fuimos a la Municipalidad donde estaba reunido el Comité Cívico.- Como habíamos notado que Santa Rosa estaba a oscuras, les preguntamos «¿Porqué han apagado las luces?».- Nos dijeron: «Ordenes de Tegucigalpa por el peligro de que vengan a bombardearnos».- Les dije: «Debemos encender las luces.- Los pilotos salvadoreños son tan malos, que si vienen a bombardearnos de noche se van a estrellar en estos cerros que nos rodean.- Más peligro corremos nosotros de accidentarnos por la oscuridad».- Y así, pues, desde el 15 de julio Santa Rosa se iluminaba todas las noches durante la guerra.

Después de los comentarios y opiniones que todos hacíamos y expresábamos, cada uno se fue a dormir a su casa, pero quedamos en madrugar para estar atentos para lo que podría pasar y ver qué podíamos hacer.

Por mi parte, yo tomé la decisión de que mantendríamos abierto el Banco de Occidente, decisión que fue apoyada por nuestro cajero, en aquel entonces, P.M. Ricardo Orellana R., y los 7 u 8 empleados más que tenía el Banco.- Durante los días de la guerra abríamos normalmente y atendíamos el público con toda normalidad.

El día martes 15 yo me acercaba con frecuencia al cuartel militar y a la FUSEP para informarme de lo que podría estar pasando en el frente.- Así empezamos a tener noticias de las acciones militares que se estaban llevando a cabo en los diferentes frentes, así: Empezamos a recibir noticias de los combates en Ocotepeque y de la derrota de nuestras fuerzas armadas en aquel lugar, a pesar de la resistencia que habían presentado.- Por medio de la radio de la FUSEP nos dábamos cuenta de ello.

El Comité pro Defensa Nacional de Santa Rosa nos manteníamos en reunión constante y solicitábamos ayuda a la población de víveres y abastecimiento para las fuerzas armadas.- Ayuda que muy pronto empezó a llegar.

Como a eso de las 7 de la noche del día martes 15 de julio, estando varios de nosotros reunidos frente al Centro de Salud, que queda frente al parque Central de Santa Rosa, y ya teniendo la certeza de que nuestras fuerzas armadas venían en retirada de Ocotepeque y discutiendo la situación, se paró un autobús frente a nosotros, en el cual venían varios hombres de San Pedro Sula, entre ellos, me acuerdo, el señor Enrique Vitanza, que vestía ropa y botas de cazador y con rifle en mano.- Se pararon frente al grupo nuestro para preguntar algo pero no me acuerdo sobre qué.- Les preguntamos para dónde iban y nos contestaron que iban para el frente de batalla.- Entonces les preguntamos: «Y ustedes saben donde queda el frente de batalla, porque las noticias que hemos tenido es que puede estar en Ocotepeque, el Portillo, en La Labor, no sabemos por dónde».-Ellos preguntaron que dónde quedaban esos lugares.- Por lo cual al ver que no tenían ni siquiera un mapa, fui al local del Banco de Occidente que estaba a media cuadra del lugar donde nos encontrábamos a sacar una copia del mapa de Honduras que el Banco regala y que lo tenía debajo del vidrio del escritorio, y se los di para que con él se guiaran.

Cuando había arrancado el autobús y se les había dado la dirección para salir hacia Ocotepeque, de la oficina de Telégrafos, que queda a unos 50 metros de donde estábamos, salió un telegrafista dando palmadas y gritando «No se vayan, no se vayan, ya se tomaron Sensenti», sembrando la alarma entre todos los que allí nos encontrábamos.- Me fui a la oficina del telegrafista y le pregunté que cómo sabía que se habían tomado Sensenti.- Me contestó que el telegrafista de allá le había comunicado que habían entrado unos soldados a la ciudad.- Le pedí al telegrafista que a su vez se dirigiera al de Sensenti y le pidiera que averiguara si eran soldados hondureño o salvadoreños los que él había visto en Sensenti.- Contestó que no podía averiguar, pero que allí habían entrado y que él ya se iba.- Todo esto por clave «Morse».- Le pedí al telegrafista de Santa Rosa que le dijera que por favor se quedara para que nos diera la información cierta.- Y siempre por clave morse contestó que él no tenía alma de mártir y que ya se iba.- Recordando que en las antiguas revoluciones decían que cuando el telegrafista salía huyendo era señal que ya las fuerzas enemigas se habían tomado la plaza o estaban por tomársela y éste --el telegrafista-- al salir huyendo se llevaba el «aparato» de transmisión, le dije al telegrafista que le dijera que por lo menos se trajera el aparato.- Como a las 4 horas de esto, me dijeron que el telegrafista de Sensenti había pasado por Santa

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

Rosa para la ciudad de Florida, aquí en el norte del Departamento de Copán.

Como a las 9 de la noche decidí ir al Cuartel de nuestras Fuerzas Armadas, aquí en Santa Rosa, pregunté por mi conductor, a quien cariñosamente le llamamos «el Cantante», y no lo vimos por ningún lado, por lo cual tuve yo que conducir el carro.- (A los dos días supe que había ido a dar a La Ceiba porque al oír que el telegrafista gritaba que se habían tomado Sensenti, decidió alejarse de Santa Rosa).- Me fui, pues, al Cuartel donde había quedado una pequeña guarnición y allí me dijeron que definitivamente las fuerzas nuestras habían sido derrotadas y que el Coronel Alvarado Dubón venía hacia Santa Rosa con parte de la tropa.- Por radio venía comunicando por dónde venía.- Al oficial que estaba a cargo del Cuartel le pedí que por favor se dirigiera a todas las guarniciones de la zona militar que mandaran todos los refuerzos posibles para Santa Rosa para ver qué podíamos hacer para organizar la defensa de la ciudad, caso que fuera necesario.

Mi sorpresa fue que como a las 4 o 5 horas todo lo que nos llegó fueron unos 25 hombres al mando del Teniente Tomás Regalado, unos armados con rifle 22.- Eso era todo lo que había quedado en el Sur del Departamento de Santa Bárbara y en los pueblos de la región del norte de Copán.

Me quedé en el cuartel y platicué con el oficial que estaba allí más o menos tratando de darles ánimo de que la retirada nuestra de Ocotepeque casi era obligada por las condiciones en que nuestras fuerzas armadas habían tenido que combatir, pero que eso no quería decir que los salvadoreños ya nos habían vencido.- Salí un momento del cuartel general para hablar con los miembros del Comité Cívico Pro Defensa Nacional que estaban en reunión permanente en el edificio de la Alcaldía Municipal y cuando regresé, que debe haber sido como las 12 de la noche, me informaron que habían llegado los primeros soldados nuestros que habían peleado en Ocotepeque.- Les pregunté dónde estaban y me dijeron que tres de ellos estaban acostados descansando sobre unos sacos de maíz que ya habían empezado a llegar destinados para abastecer a nuestras tropas.- Estaban acostados y tenían los cascos puestos aún con hierbas y ramas que les ponen para camuflarse.- Cuando el oficial los despertó, ellos creyeron que yo era un oficial.- Se pararon en posición «firme» e hicieron el saludo militar, pero pude ver que estaban temblando del nerviosismo y fatiga del combate.- Inmediatamente pedí que les dieran algún alimento caliente porque no habían almorzado ni cenado y que los atendieran de la mejor forma posible.- Ya yo había empezado a tomar decisiones.

Allí me quedé e íbamos recibiendo noticias hasta que llegó el Coronel Alvarado como a la una o dos de la mañana.- Cuando yo entré a verlo a su oficina

me echó los brazos y casi llorando me dijo: «No vuelvo a pelear contra una superioridad numérica como la que nos echaron los salvadoreños».- Seguidamente me dijo: «El Cononel Torres Arias quedó en El Portillo con alguna gente para ver si allí paran el avance de los salvadoreños».- Se miraba que estaba bien afectado y muy impresionado y como allí se encontraban varios oficiales yo traté de calmarlo y le dije que lo que teníamos que hacer era prepararnos para defendernos y cortar el avance de los salvadoreños.- El se acostó a descansar en un catre.- Yo me quedé y me dí cuenta que mientras tanto el Alto Mando Militar nuestro había decidido que la Guardia Presidencial se movilizaría, creo que decían de Marcala a Santa Rosa al día siguiente.- Eso me calmó mucho y naturalmente me quedé cerca de los radios operadores para estar bien informado.- Como a eso de las 3 de la madrugada que ya aseguraron que ya tenían todo arreglado para que al día siguiente se movilizara la guardia presidencial, decidí irme a descansar.

Cuando pasaba frente a la Municipalidad donde aún estaban reunidos algunos miembros del Comité Cívico Pro Defensa me detuve y les dije: «Váyanse a descansar que mañana necesitaremos tener todas nuestras energías frescas».- Alguien me dijo: «Usted siempre optimista, Licenciado, quien sabe si mañana no se tomen Santa Rosa los salvadoreños».- Le dije: «No hombre, no hay tales- Esos no son militares de la calidad de los alemanes o de los americanos en sus avances.- Esos no van a llegar y además ya viene la guardia presidencial, así que vámonos a descansar, porque hoy, puede ser un día difícil».- Y dando el ejemplo, yo lo hice.

Recuérdese que Santa Rosa estaba iluminada.- Ya en la puerta de mi casa, me alcanzó el Lic. Manuel de J. Fajardo y me dijo: «Jorge, dicen que nos derrotaron en Ocotepeque, qué crees vos, ¿que debemos irnos o no?».- Estando platicando con él, vino a preguntarme lo mismo mi tío, don Julio Ayala Bueso, y les dije: «Es cierto que nos han derrotado en Ocotepeque.- Mañana viene la guardia presidencial y estoy seguro que los vamos a detener.- Si ellos creen que nos van a derrotar, están locos.- Enrique, mi hermano, no está aquí, está en Estados Unidos, y su señora, sus hijos e hijas están aquí y prácticamente yo soy el responsable de su seguridad.- Si temiera que los salvadoreños llegarían a Santa Rosa los despacharía.- También está aquí mi madre y también la despacharía.- Yo creo que no hay tales avances, así que conservemos la calma para que no vaya a venir el pánico a nuestra población».- Creo que después de nuestra conversación quedaron tranquilos y ellos no salieron huyendo de Santa Rosa, como otros muchos lo hicieron.

Naturalmente, uno no podía dormir tranquilo y antes de la seis de la mañana ya estaba nuevamente levantado.- Abrimos las oficinas del Banco para

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

dar el aspecto de normalidad, pero ya se había regado la noticia de que habíamos sido derrotados y mucha gente andaba alarmada diciendo que ya venían los salvadoreños a Santa Rosa y hubo una fuga de muchas personas hacia la costa norte.

El día miércoles temprano fui al Hospital de Occidente a ver si estaba ya listo para recibir a posibles heridos que pudieran venimos del frente de batalla.- Todo estaba listo.- Era admirable como el personal del Hospital había preparado todo para la emergencia.- Confieso que cuando regresaba, la calle principal de Santa Rosa, o sea la Avenida Centenario, estaba solitaria.- Frente al parque alguna gente tomaba el bus y por más que les hablaba tratando de convencerles que no se fueran, muchos decidieron marcharse.

Poco después de las 9 de la mañana fui al cuartel y me informaron que ya venían las tropas de la guardia presidencial, por lo cual me fui al campo de aviación a esperarlas.- Ya los oficiales militares y miembros del Comité habían arreglado en tener camiones para transportar la tropa hacia el frente.- Los primeros aviones que se avistaron eran aviones militares que sobrevolaban el campo a gran altura y que estaban protegiendo los aviones de transporte que traían las tropas que venían de Marcala y los aviones con cargamento, que como todos eran muy lentos, podían ser presa fácil de aviones de combate salvadoreños.- Vimos, pues, llegar los aviones y las tropas.- Estando yo observando lo que pasaba y como se organizaban nuestras tropas en formación, se me acercó una persona con uniforme y casco militar y ví que era el Dr. Ramón Custodio que venía como médico de la tropa y con quien nos saludamos y tuvimos una corta conversación.-

Volví al Banco y ví que había mucha gente retirando sus ahorros.- Por primera y única vez el Banco de Occidente, hizo uso de la facultad que le daba el Reglamento de Depósitos de Ahorros, de exigir un pre-aviso de 10 días por cualquier retiro de fondos.- Yo les decía a los clientes : «Yo sé que están alarmados, pero no tengan miedo.- Que si todos retiraban los fondos, el Banco cerraría (era el único banco en la zona y no había Banco Central), así que comprendan que lo más que les podemos dar son unos Dos Mil o Tres Mil Lempiras para sus gastos urgentes.- Todos comprendían y aceptaban.

Con la llegada de más tropas, ese día miércoles pasó un incidente desafortunado: En el Cuartel de Santa Rosa, estaba en el portón un jeep con un cañón sin retroceso montado en él con un ángulo aproximado de unos 45 grados.- Detrás de dicho cañón estaba un muchacho muy fornido y fuerte recostado en él y que era el artillero, como decían.- Naturalmente, había mucha gente allí.- Alguien, de alguna manera jaló el disparador y quizá el cañón estaba sin seguro, de tal

manera que se disparó.- La llamarada le pegó al muchacho en el pecho y lo tiró varios metros atrás.- Fue llevado de inmediato al Hospital de Occidente donde falleció.- El proyectil atravesó todo Santa Rosa y fue a explotar cerca del lugar que llamamos matorral donde hoy está el Instituto «Alvaro Contreras».- Al oír la gente estos dos estruendos, dijeron, ya nos están bombardeando los salvadoreños y hubo más fuga de personas.

Pero allí pude ver la disciplina de nuestros soldados en el Cuartel.- Yo estaba en el corredor del primer piso cuando se disparó el cañón, que hizo temblar el corredor de madera del segundo piso, inmediatamente oí a un oficial decir: «Compañía C, a formar».- Y rápidamente se formaron, a pesar de la confusión.- Luego se aclaró el incidente.

Ese día solamente se trató de la llegada de nuestras tropas de la Guardia Presidencial, de estar pendientes de las noticias del frente.- Pero a mí se me hacía extraño que los salvadoreños una vez tomada Ocotepeque, no hubieran avanzado hacia el interior del país.- Después supimos que se dedicaron a celebrar el triunfo, a tomarse fotografías y a saquear las casas y negocios de Ocotepeque.- Pero perdieron un día, que dio lugar a nuestras fuerzas a prepararse en los lugares de El Portillo y en las Mataras en donde todos sabemos fueron derrotadas las tropas salvadoreñas que quisieron avanzar de Ocotepeque hacia el interior de nuestro país.- Eso fue el jueves 16.

Me parece que para el 17 o para el 18, el Alto Mando de las Fuerzas Armadas envió al Coronel Palma Galvez para hacerse cargo de la reorganización de las Fuerzas Armadas de esta región y de la defensa del país por este lado.- Con el Coronel Palma Galvez yo había sido muy amigo a través de su sobrino, el mayor Roberto Galvez Barnes.- Así que yo me sentía más tranquilo sabiendo del triunfo de nuestras fuerzas armadas en las Mataras y en el sur del país y de la presencia del Coronel Palma Galvez y de otros oficiales en Santa Rosa para hacerse cargo de la defensa de acá.- Con él discutimos varias veces donde podíamos, como conector que era yo de la región, colocar líneas de defensa.- Aquí quiero yo mencionar algo: era admirable como nuestra población se volcaba con ayudas para nuestras fuerzas armadas: maíz, frijoles, ticucos o tamales de viaje --como les dicen en otro lado-- carne salada, quesos, lo que podían dar.- La Alcaldía Municipal y el Cuartel estaban llenos de esos abastecimientos.- Allí demostró el pueblo hondureño que estábamos unidos para defendernos de esa injustificada invasión.

Dos o tres días después del combate en Las Mataras, estando una noche en el Cuartel de Santa Rosa, llevaron unos dos o tres prisioneros salvadoreños

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

que los llevaban acostados en esas camitas de hierro plegables y tenían los dedos pulgares del pie amarrados al arco de metal en la parte posterior de la cama.- Se miraba que hacía varias horas que los tenían amarrados porque se notaban los dedos pulgares morados e inflamados, por lo que inmediatamente yo dije «que los soltaran, que pensaran en los prisioneros nuestros que podrían estar en poder de las tropas salvadoreñas».- El Dr. Rodolfo Interiano, estuvo de acuerdo y dijo que hasta podían perder los dedos.- Pidió que les llevaran algo de comer, manifestando que había que empezar dándoles pocos de leche, pero como tenían dos o tres días de no comer, tenía que ir gradualmente adaptándose el estómago a recibir alimentos.

Eso me sirvió al día siguiente cuando nos avisaron que en la FUSEP tenían otros dos prisioneros salvadoreños y cuando los fuimos a ver los tenían sin camisa.- Uno de ellos tenía por el estómago casi su piel pegada a la columna vertebral, por lo que inmediatamente dimos órdenes de que les empezaran a dar de comer y acordándome de lo que el Dr. Interiano había recomendado la noche anterior, mandamos a traer leche y que les empezaran a dar poco a poco.- Cuando les preguntamos cómo habían sido capturados, nos dijeron que ellos venían con las tropas que avanzaban sobre Santa Rosa, pero que en Las Mataras las tropas hondureñas los habían agarrado a tiros con granadas de mano y a morterazos que habían causado pánico entre sus tropas y que salieron corriendo y ellos vieron un agujero con cierta profundidad y allí se tiraron.- Nos contaron que estuvieron allí escondidos más de dos días y no salían porque sólo oían pasar a soldados hondureños.- Les preguntamos que cómo sabían que eran soldados hondureños los que pasaban, y nos dijeron que porque los soldados nuestros (los hondureños) usaban rifles largos que al caminar, les topaban con las caderas y ellos oían esos golpes, mientras que los salvadoreños traían rifles más cortos que al caminar no causaban ruido.

En todo este tiempo yo nunca me quité la corbata y lo hacía para dar la sensación de tranquilidad.- Estaba consciente que mucha gente observaba mi conducta y como yo pasaba mucho tiempo en el cuartel, por eso nunca me quitaba la corbata ni tampoco portaba armas y más bien les decía que si yo supiera que la cosa andaba tan mal, ya estaría en traje de campo y armado, así es que tengan confianza.

El día 18 vinieron a Santa Rosa el Mayor Galvez Barnes y el Capitan San Martín, ambos amigos míos, a ver cómo estaba todo y, naturalmente, me preguntaron como miraba yo las cosas.- Les informé que las tropas nuestras habían derrotado a las tropas salvadoreñas en San Rafael de las Mataras y les sugerí que

fuéramos allá.- Sugerencia que fue aceptada, así que salimos para aquel lugar.

Mientras tanto ya habían llegado varios médicos de San Pedro Sula para ayudar a tratar a nuestros posibles heridos, entre otros, me acuerdo el Dr. Juan Ramón Collart, mi hermano, el Dr. Luis Bueso Arias, el Dr. Arturo Bueso Chinchilla, el Dr. Florentino unos de ellos fueron a Cucuyagua y otros a La Labor y a Santa Lucía.- Salimos, pues, con el Mayor Galvez Barnes y el Capitán San Martín para San Rafael de las Mataras.- Unos dos kilómetros antes de llegar al Portillo venía un camión en dirección contraria.- Oímos unos disparos fuera de la carretera y me preguntaron que qué sería eso.- Yo les dije: «Alguien que anda por ahí perdido». Ellos me dijeron: «No será que andan salvadoreños dispersos por ahí».- «No, esos o fueron capturados o se fueron huyendo».- Pero al medio minuto venía bajando otro camión y nos hacían señales como que nos devolviéramos.- Tanto el Mayor Galvez Barnes como el Capitán San Martín dijeron que regresáramos, que algo estaba pasando.- Recuerdo que el Mayor Galvez Barnes me dijo: «A mí me pueden capturar por cualquier cosa, pero no por tonto, mejor regresémonos».- Nos regresamos a Santa Lucía donde habían establecido un puesto médico y estaban atendiendo a dos soldados salvadoreños heridos, a uno lo estaban interrogando.- Los médicos pedían que antes de interrogarles les dejaran atenderlos en su curación y después podían hacerlo.- Uno de ellos falleció y fue enterrado al otro lado de la carretera de Santa Lucía y el otro, me imagino, quedó preso.

Lo que quería el conductor del segundo camión, era preguntarnos si habíamos visto bajar al primer camión, ya que éste se había traído parte de las municiones que necesitaban nuestras tropas en El Portillo.- Por cierto que uno o días después los hermanos Babún de la Constructora Babún le adaptaron a un tractor unas planchas de hierro y le montaron una ametralladora y lo tenían como una especie de tanque en El Portillo a las órdenes del Capitán Arias.

Regresamos a Santa Rosa sin haber llegado a San Rafael de las Mataras.- Al día siguiente empezaron a llegar delegados militares de la OEA para vigilar la situación y enterarse de la situación y más adelante ver que se cumpliera con el convenio de paz.- Entre ellos venía el Coronel nicaragüense Dionisio Prado Vilchez, padre de Doña Sandra de Medina, esposa del apreciado Abogado Raúl Medina Reyes, vecino de aquí de Santa Rosa.

No sé si fue el viernes o sábado que vinieron los oficiales de la OEA y necesitaban ir al lugar donde estaban nuestras tropas.- Muchas de las personas que tenían carro en Santa Rosa se habían ido.- Así que habían pocos vehículos, entre ellos estaba el mío y también el del Ing. Horacio Humberto Medina, historiador, que con frecuencia escribía en Diario el Tiempo y que recientemente falleció.- Así

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

que cuando los señores de la OEA decidieron ir al frente utilizamos los dos carros, el de Horacio Humberto y el mío, ambos conducidos por sus propios propietarios.- Primero salí yo y horas después salió Horacio Humberto.

Llegamos al desvío hacia San Marcos y no sé por decisión de quien decidimos ir a dicha comunidad.- Un oficial hondureño que estaba en el desvío nos informó que San Marcos la habían tomado los salvadoreños, pero los Coroneles de la OEA decían que no creían, porque de ello no habían sido informados, por lo cual decidieron ir a averiguar.

Como mi hermano Rodolfo se quedó esperándonos allí, por lo que por cualquier cosa dejé mi identidad y todos mis documentos con él para ir a San Marcos, porque yo sí creía que estaba tomada.- Pasando por San Francisco del Valle, llamado también «Chucuyuco», un oficial de la OEA insistía en que San Marcos no estaba tomada.- De repente, vimos venir dos soldados, bajos de estatura por cierto, con unos rifles talvez más grandes que ellos, con una señora que venía adelante y me acuerdo que le dije al oficial de la OEA: «¿Y esos, qué son?».- Yo sabía que no eran soldados hondureños.- Al tenerlos cerca, vieron los de la OEA que eran soldados salvadoreños.- (Posiblemente reclutados recientemente porque no tenían la apariencia de militares entrenados). Les preguntamos que para dónde iban, nos dijeron que para San Francisco del Valle porque la señora que les acompañaba iba a regalarles unos quesos.- Yo les dije a los oficiales que les pidieran que se vinieran con nosotros.- Por cualquier peligro, hice que uno de ellos se sentara en el centro del «tornó» del carro, viendo hacia la carretera.- Llegamos a un retén salvadoreño y un oficial de la OEA, preguntó donde estaban los oficiales.- Le dijeron que en San Marcos en una casa de las señoritas Figueroa.

Quien estaba al mando de las tropas salvadoreñas en San Marcos era el Mayor Seguí, los oficiales de la OEA entraron a platicar con él.- Yo me quedé afuera sentado en la acera como cualquier conductor tratando de averiguar y conseguir cualquier información posible para pasarla a nuestras tropas.- Estando allí pasó al otro lado de la calle el señor Enrique (Quique) Rodezno y cuando me vió de un lado a otro de la calle me gritó: «Adiós Licenciado».- Yo contesté muy seco: «Adiós, señor».- Llevaba un libro en las manos, creo que una Biblia y creo que iba para la iglesia que estaba a media cuadra.- Yo ya había observado que los salvadoreños habían colocado una ametralladora en el boquete que hay sobre la puerta principal de la iglesia.- A su regreso de la iglesia ya no me saludó.- Momentos después llegó un muchacho como de unos 14 años de parte de don Quique a ver qué necesitaba.- Le dije: «Dígale que estoy de incógnito, que no me identifique».

Al rato salieron los oficiales de la OEA y el Mayor Seguí.- Este decía que tenían un soldado herido porque a un compañero se le había disparado el fusil y le había ocasionado una herida en una de sus cejas.- Me preguntaban que si yo podía llevarlo donde estaban las tropas salvadoreñas en La Labor.- Le dije al Mayor Seguí: «Mire, señalando en la dirección de la carretera, allá sólo hay tropas hondureñas; lo que podemos hacer y bajo la protección de estos señores oficiales de la OEA, es llevarlo al Hospital de Santa Rosa para que lo traten y garantizamos que va a ser tratado como todo soldado se lo merece».- Acuérdense que yo aparentaba ser conductor de la OEA, aunque nunca me puse esa insignia.- No sabían que era hondureño, por lo que me permitían, hasta cierto punto, escuchar lo que hablaban.- En eso estaban discutiendo qué hacer, cuando llegó un enfermero que venía con la tropa salvadoreña, diciendo que ya no había necesidad, que en el centro de salud de San Marcos habían encontrado unas agujas, con las cuales podrían costurar la herida y las mostraba.- Me acuerdo que eran una agujas pequeñas y curvas.- Así que ya no hubo necesidad de que el herido se viniera con nosotros.

Estando sentado en la acera de la calle, ví que llegó un avión DC-3 salvadoreño del cual se lanzó un paracaidista con un bulto grande frente a él y creo que cayó en lo que era el campo de aviación de San Marcos.- Más tarde oí decir al Mayor Seguí que él no necesitaba mejorar sus comunicaciones, que lo que él necesitaba eran municiones y que para qué le habían enviado a un radio operador, que era el paracaidista que había visto caer.- También tomé nota que sólo miraba en todo San Marcos dos camiones.

Al salir del desvío de San Marcos allí estaba ya el carro de Horacio y en los dos carros nos fuimos para Santa Lucía.- Llevé en mi carro al Coronel Alvarado y a un Coronel americano que era miembro de la Comisión de la OEA.- Los demás oficiales de la OEA se fueron en el carro que conducía Horacio Humberto.- Mi carro iba adelante y el de Horacio seguía.- En todo el trayecto de la carretera sólo se miraban unos perros y una que otra persona.

Nos acercamos a la orilla de la hondonada que divide a Santa Lucía del lugar llamado Llano Largo.- Como dije, iban conmigo el Coronel Alvarado y un oficial del ejército americano.- Desde allí pudimos ver Llano Largo y de lejos vimos unos soldados y cuando se le preguntó el Coronel Alvarado si eran hondureños o salvadoreños, dijo que no sabía y que lo mejor era que fuéramos a investigar.- El Coronel Alvarado iba conmigo y con un oficial norteamericano en mi carro.- La buena suerte que cuando al dar la vuelta el carro conducido por Horacio Humberto quedó adelante del mío.- Llano Largo, como su nombre lo indica, tiene una carretera de tierra en una recta bien larga.- En el extremo más

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

alto había una puerta de trancas.- Nosotros íbamos como unos 100 metros atrás del carro de Horacio Humberto donde iban los otros oficiales de la OEA.- En eso vimos que en casi todas las casas que estaban a la orilla de la carretera, que tenían postes o troncones en los corredores, que detrás de dichos postes habían soldados de la guardia nacional apostados, fácilmente reconocidos por las polainas y por el uniforme que usaban.- Ya estábamos en medio de ellos, así que inmediatamente tenía que regresar no fuera que nos capturaran al Coronel Alvarado.- Paré el carro y le dije al Coronel, que iba en medio del Oficial de la OEA y yo como conductor: «Coronel, húndase en el asiento lo más posible y quítese la gorra».- Aunque me habían dado una bandera de la OEA todavía no la había usado.- Me bajé del carro y ví una pareja de un señor y una señora ya de edad que nos miraban desde una media puerta de una casa a orillas de la carretera y fui donde ellos a pedirles que me permitieran cortar una caña para poner la bandera.- Ellos me contaron que hacía unas tres o cuatro noches habían peleado tropas hondureñas, que en su casa había caído un mortero, como efectivamente estaban las tejas rotas.- Que enfrente de la casa de ellos había muerto un soldado hondureño y vimos que estaban los casquillos regados por los disparos que había hecho nuestro soldado, tras una piedra que había puesto, me imagino que para defenderse.- Iba a entrar a cortar la caña, cuando desde el carro el Coronel Alvarado me llamaba: «Véngase, Licenciado, véngase, regrese rápido».- Y ví que venían dos soldados de la guardia nacional a un trote rápido en la posición de portar armas.- Dije para mí: «Ay, hoy si van a capturar al Coronel Alvarado».- Así que saqué la bandera en que se leía: O E A y extendiéndola frente a mí fui al encuentro de ellos y les pregunté: «Quién es el jefe de ustedes».- Me dijeron: «El Teniente Solano».- «¿Dónde está?» pregunté.- Y me señalaban y como a 100 metros estaba el oficial viéndonos con anteojos de larga vista.- Les dije: «Vayan a decirle al Teniente que estos oficiales de la OEA olvidaron una cámara allá abajo, que la vamos ir a traer y que por favor le digan eso a nuestros compañeros que ya pasaron, que ya volvemos».- Como yo ví que ellos insistían en ir al carro, les dije en tono autoritario: «Vengan, vamos a ver al Teniente Solano».- Como yo llevaba la bandera de la OEA, quizá por eso me obedecieron.- Al llegar al frente del Teniente Solano, le dije que los viejos y descuidados coroneles de la OEA habían olvidado una cámara y que teníamos que ir a traerla, que le dijeran a los compañeros que ya regresábamos.- Aceptó mi razonamiento y me regresé hacia el carro con la bandera de la OEA desplegada frente a mí, me fui muy despacio, me subí al vehículo con mucha tranquilidad, arranqué despacio, pero cuando ya ví que habíamos salido de la mirada de ellos le dije al Coronel: «Ahora sí Coronel, vámonos».- Y bajamos al desvío de la carretera

hacia San Marcos.- En ese desvío estaban algunas de nuestras tropas.

Por lo que nos había pasado, sí decidí poner la bandera de la OEA en el carro antes de regresar a Llano Largo, así es que mandé a cortar una vara fuerte y estando poniéndola en el carro, un soldado nuestro que estaba de centinela en el desvío, me silbó y me hacía señas para que fuera y ví que alrededor de unas 20 personas que estaban de este lado de la carretera, la estaban cruzando a gatas y rápidamente.- El soldado me dijo: «Mire lo que viene allí».- En ese momento ya yo sólo andaba con el Coronel americano, miembro de la misión de la OEA, y lo que vimos que venía era un camión con dos soldados salvadoreños de la guardia nacional en los pescantes de la cabina, dos más arriba, con uno o dos «chanecos» --como les dicen a los guías-- vestidos con ropa nueva de caqui (a saber si había sido robada de alguna tienda hondureña de San Marcos o de Cololaca) y en la cabina, con el chofer, uno o dos guardias.- Cuando ví que se habían detenido le dije al soldado «hágales señas de que se vengan»:- Yo me acerqué en mi carro hacia el camión, se bajó uno de los guardias, muy apuesto, por cierto, con bigote fino, en la posición de portar armas, se acercó donde nosotros (recuérdese que ya tenía en el carro la bandera de la OEA) y al preguntarle yo que «Qué deseaba», me dijo que quería permiso para pasar a La Labor a comunicarse con las tropas salvadoreñas.- (Por lo visto los oficiales salvadoreños seguían con la idea errónea de que La Labor estaba tomada por las tropas salvadoreñas).- Muy tranquilamente le contesté, señalando hacia mi izquierda, hacia atrás y hacia mi derecha que las tropas que están aquí son hondureñas, las que están atrás también son hondureñas, lo más que yo podía hacer es pasar su solicitud al oficial hondureño que estaba al mando de ellas de que «ustedes piden permiso para pasar a La Labor».- Y así di vuelta al carro y me fue hacia donde había dejado al Coronel Alvarado, quien en ese momento estaba recostado en el talud de un corte de la carretera.- Le dije: «Coronel Alvarado, unos soldados salvadoreños piden permiso para pasar a La Labor».- El me contestó sorprendido: «Cómo?».- Yo dije: «Ya cumplí con lo prometido y ahora hay que capturarlos».- El Coronel Alvarado todavía no creía, pero cuando vió que le insistí, y le dije: «Apúrense, hay que capturarlos, en San Marcos sólo tenían dos vehículos, así que si les capturamos ese camión les quitamos el 50% de las unidades de transporte con que cuentan», por lo que él dio la orden, así: «Mayor Zepeda, vaya inmediatamente».- El Mayor Zepeda salió corriendo, y como al minuto oímos disparos de ametralladora y fusil.

Cuando nosotros tomamos camino para Llano Largo de regreso ya nos dijeron que habían capturado a varios de los salvadoreños, que se les habían escapado dos o tres, pero que también habían capturado el camión al cual ya

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

habían empezado los salvadoreños a darle vuelta para regresar a San Marcos.- Entonces, con el oficial americano y ya con la bandera de la OEA, nos fuimos hacia Llano Largo.- Nos dejaron entrar hasta donde estaba el «Chele Medrano», platicando con los oficiales de la OEA que nos habían precedido, todo vestido de negro: camisa, pantalón, el sombrero, hasta la vaina del machete que tenía colgado cruzando su pecho, era negra.- Como tenía ojos azules redondos, como de gato, daba una impresión como de esos hechiceros o hiptonizadores.- Yo estaba como chofer a unos 5 metros de él, no sé lo que hablarían con los oficiales, pero salimos de regreso para Santa Rosa.- Cuando pasamos por el desvío, que debe haber sido una hora después de la captura del camión, los soldados nuestros tenían a los guardias y soldados salvadoreños que venían en el camión y que habían capturado, con las manos atrás de sus cuerpos amarrados de los dedos pulgares, sin camisa y sin botas.- Creo que eran entre unos 4 o 5.- Uno de los soldados salvadoreños, aparentemente un recluta, como de 18 años, el pobre estaba llorando y llamando a su mamá, por lo que yo le dije: «Mirá, sentite dichoso que has sido capturado por nuestras tropas ante estos Coroneles de la OEA que son testigos de tu captura.- No te va a pasar nada, tranquilízate, pronto terminará la guerra y podrás volver a tu país».- Así regresamos a Santa Rosa de Copán.

Esos días después de la invasión de las fuerzas salvadoreñas, era un constante ir y venir de aviones a Santa Rosa.- Yo iba al aeropuerto con frecuencia y en uno de esos días que fui al aeropuerto, encontré al Lic. Manuel Gamero, actual Director de Diario Tiempo, quien me preguntó si era cierto que yo había ido a San Marcos que estaba tomada por las tropas salvadoreñas y que si había ido también a Llano Largo y que si era cierto que casi habían capturado al Coronel Alvarado, que si era cierto que había estado hablando con oficiales salvadoreños y si había estado cerca del Chele Medrano, y le dije que sí.- Me preguntó que si habían hecho algo para capturarme. Le dije que no, que yo aparecía como conductor de la OEA.- Entonces, quizá, tranquilizado por lo que le dije, decidió ir a Ocotepeque con delegados de la OEA, pero con tan mala suerte que allá lo capturaron las fuerzas salvadoreñas y pasó el resto de la guerra en San Salvador.- Eso sí que lo sentí mucho, sobre todo si mi relato le había animado a él a ir a Ocotepeque.

Uno o dos días después, los Coroneles de la OEA decidieron ir otra vez a San Marcos y después a Llano Largo.- Ya en este viaje si ya ponía la bandera de la OEA en el carro, pero al llegar a Llano Largo había un cerco de piedra.- Para llegar a donde estaba el Chele Medrano, tenía que dejarse el vehículo fuera de la parte cercada y caminar a pie. En ese momento ya no me dejaron entrar a mi, sólo entraron los oficiales de la OEA, por lo que me quedé sentado fuera del carro.

Estando yo sentado venían dos oficiales salvadoreños, por cierto, uno de ellos pelirrojo.- Uno le decía al otro que quería atacar las tropas hondureñas, que era fácil cortar la carretera por La Labor --lo cual era cierto-- pero que el Estado Mayor o Alto Mando no lo dejaba.- Cuando se acercaron a mí, empezaron a hablar en inglés creyendo que yo no entendía, pero uno de ellos seguía insistiendo en atacar y cortar la vía de la carretera a nuestras fuerzas armadas.- Yo tomaba nota de todo ello para pasárselos a nuestros oficiales.

El día anterior o antes habían llegado ya los periódicos nuestros a Santa Rosa, donde daban la noticia de que nuestros pilotos habían derribado en el Sur dos o tres aviones salvadoreños y que en aquel frente habíamos detenido el avance de las tropas de dicho país.

Detrás del cerco de piedra que antes mencioné, estaban 4 o 5 centinelas de las tropas salvadoreñas y yo, como que si fuera un descuido, dejé caer fuera del carro todas las copias de los periódicos para que ellos las recogieran y leyeran lo que había pasado.- Además, me acerqué a dichos centinelas y, hablándoles con acento chapín, les dije más o menos lo siguiente: «Estos hondureños son jodidos, «usté», dicen que bajaron unos aviones y detuvieron el avance de las tropas salvadoreñas en el sur y en el Portillo y aquí en Ocotepeque».

Creo que ese día u otro, por una u otra razón, me tocó quedarme a dormir en Lucerna.- Las tropas nuestras estaban allí al mando del Coronel Miguel Angel García a quien le decía que era fácil que nuestra fuerza aérea atacara a las tropas del Chele Medrano porque estaban en un callejón sin salida.- «Claro», me dijo, «pero ya están en las negociaciones para restablecer la paz».- Me acuerdo que el Coronel García, que todavía vive, me dijo cuando estaba durmiendo sobre unos sacos de maíz : »Licenciado, usted no tiene porqué estar aquí con nosotros».- Le contesté: «Coronel, considero que es mi deber y deseo hacerlo; no crea que la estoy pasando mal».

Creo que dos días después de que había estado en San Marcos, tres altos oficiales, todos coroneles de la OEA, decidieron ir a San Marcos, por lo cual, creo que fue el Coronel Palma Galvez, me pidió que si podría prestar el carro o llevarlos.- Accedí a llevarlos y debemos haber salido algo tarde de Santa Rosa, porque como a eso de las 4:30 p.m. mi carro Land Rover empezó a fallarme, pero logramos que el motor volviera a funcionar.- Pero al estar exactamente bajando al puente que cruza la quebrada que está antes de llegar a San Francisco, dejó de funcionar completamente y por más que tratamos, no pudimos hacer que el motor arrancara.- Empezó a llover no tan fuerte, pero si era llovizna continua que mojaba, y en un momento que escampó, con un oficial de la OEA decidimos ir

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

a San Marcos para pedir que vinieran a auxiliarnos.- Habríamos caminado unos 200 o 300 metros y como estaba lloviendo y oscuro y por el peligro de que las tropas salvadoreñas nos confundieran con tropas hondureñas, decidimos regresar al carro.- Allí dormimos los tres oficiales y este servidor, medio mojados y para protegernos del frío, cubriéndonos con periódicos.

Cuando amaneció, dos coroneles de la OEA decidieron ir a San Marcos a buscar ayuda para componer el carro.- Recuérdese que estábamos entre las dos líneas de combate: adelante las salvadoreñas y atrás las hondureñas. Como a la media hora llegó un sargento o teniente de la guardia nacional de Nicaragua, que como parte de la misión de la OEA habían llegado a San Marcos.- Era un muchacho alto, fornido, trigueño y ojos verdes, en un jeep, quien desde que trató de encender mi carro dijo: «Es la bobina la que está mala.- A nosotros, en la guardia nacional, siempre nos hacen tener una bobina de repuesto y aquí ando una».- Efectivamente se la cambió al carro e inmediatamente encendió el motor y llegamos hasta San Marcos.- No me acuerdo cuánto tiempo estuvimos allí.- Por cierto cuando íbamos llegando a San Marcos como a las 6 o 7 de la mañana, iba saliendo el Chele Medrano para Llano Largo montado en una mula o macho disfrazado de campesino con sombrero de paja y con una toalla alrededor de la cara.- Iba con otro guardia, también vestido de campesino.- Me imagino que iban para Llano Largo, y por cualquier cuestión que le pudiera encontrar las tropas hondureñas iba disfrazado de campesino.- Todo esto yo le informé a los oficiales nuestros.

En la casa de las Señoritas Figueroa, donde estaba hospedado el Mayor Seguí y otros oficiales salvadoreños, dieron de desayunar a los oficiales de la OEA en el comedor, ya que no habíamos ni cenado la noche anterior.- A mí también me dieron desayuno, pero como era y aparentaba ser conductor, me lo dieron en la cocina.- Dicho sea de paso, después que entramos a San Marcos, cuando ya lo habían entregado los salvadoreños, las sirvientas de las señoritas Figueroa nos dijeron que los salvadoreños se habían llevado muchas cosas de la casa, «hasta la lora se llevaron», nos dijeron.

Cuando regresé de San Marcos después de pasar todo eso, naturalmente me sentía cansado y con toda la tensión nerviosa que habíamos pasado.- Me acuerdo que alguien me dijo que si quería ir a Tegucigalpa, (recuérdese que mi señora estaba allá) que iba una avioneta para la Capital, a lo cual accedí.- En dicha avioneta viajé con el Coronel Elvir Sierra, (autor del libro que ha dado motivo para este escrito) e iba piloteando nuestro periodista Jonathan Roussel.

Estuve un día allá en Tegucigalpa y al día siguiente me informaron que

venía un helicóptero para Santa Rosa, (yo había expresado que quería regresar pronto), y así lo hice.- El helicóptero, por alguna razón, aterrizó en Mapulaca o Cololaca uno de los lugares cerca de la frontera, sobre un cerro que habían aplanado la copa y el bosque de roble había sido cortado, pero había empezado a crecer y los retoños y el bosque nuevo estaba más o menos a un metro de altura, pero donde aterrizó el helicóptero naturalmente estaba limpio.- Yo fui el último en salir del helicóptero y cuando iba saliendo la bolsa izquierda de atrás de mi pantalón se me enganchó en algo del helicóptero y se me rompió.- De repente salieron varios soldados salvadoreños que estaban agazapados en el retoño del bosque, cuando vieron que eran oficiales de la OEA no dijeron nada y les dije: «Ustedes, como soldados, deben de tener aguja e hilo para costurar para que me arreglen el pantalón».- Efectivamente uno de ellos los tenía y así lo hizo.- Así que tuve el gusto de que un soldado salvadoreño la hiciera de sastre y me costurara mi pantalón.

En ese viaje de regreso, pero no me acuerdo en cuál de los pueblos porque aterrizamos en varios lugares, los vecinos nos llevaron a ver el altar de la iglesia que había sido profanado por los soldados salvadoreños.

Y hablando de iglesias, el 16 ó 17, el Padre Fausto Milla estaba celebrando misa en la Iglesia, creo que de Cerlaca, que siempre había sido reconocida como parte de nuestro territorio (como efectivamente lo es) cuando llegaron unos soldados salvadoreños a la iglesia y prácticamente lo forzaron a salir de la iglesia ya irse para salir a pie para el interior del departamento de Lempira.- Cuando nosotros nos dimos cuenta de eso, le pedimos al Padre Fausto que viajara a Tegucigalpa para que diera testimonio de lo que él había pasado y de lo mal que habían tratado a la población del lugar.

En los días en que se habían suspendido las hostilidades, pero aún no se habían retirado las tropas salvadoreñas de nuestro territorio, viajé una o dos veces más hacia la región de Llano Largo y de San Marcos y al Portillo.- En uno de esos viajes, acompañado de un fotógrafo de una revista norteamericana, íbamos a Llano Largo para ver dónde habían tenido lugar una de las refriegas o escaramuzas, nos informaron que cerca habían enterrado un soldado hondureño, creo que era un sargento de las tropas de San Pedro, de los llamados Tigres.- Vimos que había sido enterrado superficialmente; los cerdos lo habían escarbado y se miraban los huesos de un antebrazo y se miraba que estos animales le habían comido parte de la carne.- El reportero americano tomó fotografías y cuando le pregunté por qué tomaba fotografías de una cosa tan fea y nada agradable, él me dijo que era para un Museo de la Guerra, para que las generaciones futuras vieran

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

lo cruel y doloroso que resultan todas las guerras.

Entre el 16 y 17 empezaron a concentrarse en la Escuela «Jesús Banegas Membreño» los salvadoreños que residían en Honduras y que por motivos de seguridad los habían detenido.- Y allí se venía otro drama, porque además de ayudar en la defensa y situación de Honduras, algunos de nosotros nos preocupábamos de la suerte de aquellos salvadoreños que eran inocentes de todo lo que había pasado y muchos de ellos estaban casados con hondureños u hondureñas y tenían hijos nacidos en Honduras.- Representantes de la Iglesia Católica, de las Fuerzas Armadas y algunos vecinos de Santa Rosa nos encargamos de que se les diera alimentación y facilidades mientras permanecían detenidos y concentrados en Santa Rosa.

Me acuerdo que estando una vez en el Parque Central, venía un camión desde Villanueva, Cortés, con detenidos salvadoreños para que nosotros los concentráramos en Santa Rosa en el lugar que para ellos se había establecido en la Escuela Jesús Banegas Membreño, en la parte baja de Santa Rosa.- Yo me molesté mucho cuando miré aquel panorama de aquella gente angustiada y con dolor y que ya teníamos bastantes personas concentradas en dicha Escuela.- Cuando le pregunté al conductor del camión quién los mandaba, me dijo que era don Juan López, Alcalde Municipal de San Pedro Sula.- Le dije que se regresara y le dijera a Juan que ya nosotros no teníamos cupo aquí y que creía que algunos de ellos debían dejarlos ir con sus familias.- Como me dijeron que no tenían dinero para pagar el combustible para su regreso, les dí L100.00 para que pudieran echarle al camión y regresara.

Antes de irse el camión, se bajó uno de los guardianes civiles hondureños y se me acercó y me dijo: «Licenciado, usted ha hecho una buena cosa; no se imagina lo doloroso que era para nosotros ver a las esposas e hijos de estos hombres, amigos todos nuestros, llorando cuando los traíamos y se van a alegrar que los tienen cerca y los pueden ir a visitar».

Y hablando de estos salvadoreños que vivían en Honduras, tengo presente que un muchacho de unos 14 o 15 años, originario de Olanchito, hijo de un padre salvadoreño, pero madre hondureña, que estaban concentrados en Santa Rosa, me dijo: «Licenciado, yo nací aquí en Honduras y el único himno que yo sé cantar es el himno nacional de Honduras, porqué nos sacan?».- Le dije: «Tú eres tan hondureño como yo y como lo es tu madre, desgraciadamente él y ella quieren que tú y los demás hijos los acompañen y tienen que irse a El Salvador.- Tú tienes que acatar las decisiones de tus padres.- Créeme que a mi me duele que tú y tu familia se vayan, pero desgraciadamente por la invasión de las tropas salvadoreñas, se

ha llegado a estas situaciones extremas».- Así, yo miraba con mucho dolor cómo familias hondureñas con hijos hondureños de parejas mixtas de hondureños u hondureñas con salvadoreños o salvadoreñas tenían que salir del país por esos eventos tan dolorosos.

Yo estaba presente cuando se firmó el acta donde la OEA les traspasaba a las autoridades hondureñas el control de Ocotepeque, ya que antes los militares salvadoreños la habían entregado a los representantes de la OEA dicho control.- Cuando se discutía el acta, de los que yo me acuerdo que estaban, eran los Abogados Pedro Pineda Madrid y César Batres y no me acuerdo quiénes eran los militares.- Tengo presente que cuando se discutían los términos, uno de los representantes de la Comisión Hondureña insistía en que se manifestara en el acta que los negocios y casas de Ocotepeque habían sido saqueadas por las tropas salvadoreñas o por ciudadanos salvadoreños que habían llegado a la ciudad protegidos por las fuerzas salvadoreñas y que éstos se habían aprovechado para robarse muchos bienes de los negocios y de las familias de Ocotepeque, cuyos propietarios y miembros que habían sido obligados a huir.- Me acuerdo que los oficiales de la OEA decían que las tropas salvadoreñas, al entregar la ciudad, habían manifestado que el saqueo lo habían realizado personas del mismo Ocotepeque y que las fuerzas armadas salvadoreñas o ciudadanos salvadoreños no habían tenido participación alguna en el saqueo; que por eso ellos no querían que se incluyera esa parte en el acta.- Yo les manifesté y hasta un poco alterado, que quizá, como eran de la misma cofradía de los militares no querían poner esa parte en el acta, responsabilizando al ejército salvadoreño por la robancina.- Pero aún suponiendo, les dije, que personas hondureñas de Ocotepeque eran las que habían saqueado, la plaza estaba bajo control de ellos y con solo uno o dos disparos que hubieran hecho al aire cualquier turba se hubiera retirado; que insistíamos todos los de la Comisión, en que se pusiera que los militares salvadoreños eran responsables del saqueo, como creo que así se puso en el acta.

Tengo algo confuso en mis recuerdos, pero sí tengo presente que cuando recibimos la plaza de Ocotepeque yo me traje unos periódicos de El Salvador creo que eran de la Prensa Gráfica y el Diario Latino del 15 de julio de aquel año 1969 y en las dos ediciones decían mas o menos lo siguiente: «Nuestras gloriosas tropas estarán almorzando mañana en Choluteca y Santa Rosa».- ¡Cuán equivocados estaban en sus apreciaciones!

Pasados todos estos eventos y pasada la guerra, me encontré con el General Oswaldo López Arellano en una fiesta, creo que en el local del Club de Leones de Tegucigalpa, y cuando me vió me abrazó y me dijo: «Jorge, ya me contaron todo

Lo que vi y lo que viví en la Guerra con El Salvador en 1969

lo que hiciste tú en apoyo a nuestras fuerzas armadas.- A mí me hubiera gustado estar al frente de batalla, pero naturalmente no podía hacerlo».- Le contesté: «Claro, tú eres Presidente de la República y Comandante de las Fuerzas Armadas y tenías que estar aquí en la capital».- Y me preguntó que si yo quería algo.- Le contesté que no, que yo lo había hecho simplemente porque consideraba un deber hacerlo.- Entonces me preguntó que si todavía me gustaba la cacería, y le dije que sí, por lo cual días después me mandó a regalar un fusil calibre 223, que mucho le agradecí, y que todavía tengo en mi poder.

Y volviendo a los periódicos salvadoreños, las Fuerzas Armadas de nuestro país unos tres o cuatro meses después de que habían sucedidos todos estos eventos, me dieron un pergamino en reconocimiento --decía-- a lo que había hecho durante esos días de la guerra.

Yo consideraba que no lo merecía, pero de todas maneras lo agradecí mucho y lo guardé en un librero junto con los periódicos que antes menciono.- Mi señora, que no le gustaba tener papeles viejos, viendo aquellos periódicos salvadoreños que estaban medio sucios porque yo los había recogido del suelo, los botó, pero dentro de ellos también iba el pergamino que las Fuerzas Armadas concedieron y que todavía no había mandado a ponerle marco.

Durante la campaña en la cual yo fui candidato a la Presidencia de la República por el Partido Liberal, muchos nacionalistas, bajo bajo, me acusaban de que como yo había empujado la integración de los países centroamericanos --y que todavía creo en ella-- que si yo salía electo iba a entregarle parte del territorio nuestro a los salvadoreños, cosa, por supuesto, que jamás hubiera hecho.- Cuando traté de publicar fotocopia del pergamino que las Fuerzas Armadas me había dado, y no lo encontré, le pedí a las Fuerzas Armadas que me dieran una constancia de que me lo habían otorgado, pero no quisieron hacerlo alegando que yo lo quería para fines políticos, aunque me dijeron «en el libro de actas consta que se le otorgó».- Así que no pude usarlo para desvirtuar las acusaciones que se me había hecho.- Talvez si le hubiera hablado al General Oswaldo López Arellano éste hubiera dado instrucciones que se me diera la constancia, pero no quise molestarlo.

En síntesis, esto es algo de lo que yo me acuerdo y puede que esté algo desordenado.- Téngase presente que sucedió hace 39 años y desafortunadamente yo no tomé nota ni hice apuntes de lo que allí sucedía.- Si en alguna fecha me he confundido y he olvidado mencionar algunas personas que colaboraron también en la defensa de esta parte de Honduras, les pido disculpas y acháquenselo a los 88 años de edad a que Dios y la ciencia médica me han permitido llegar.



Mujer tawahka limpiando el arroz. Krautara, Gracias a Dios.

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

Robert J. Sharer
David W. Sedat
Alessandro Pezzati

El Proyecto de la Costa Norte (PCN) se llevó a cabo en un período de cuatro meses en 1986 con la finalidad de determinar si la costa caribena de Honduras presenta sitios arqueológicos ubicados en el período preclásico (ca. 1500 A.C. - 200 D.C.). Los resultados presentados aquí complementan los hallazgos de reconocimientos previos en la región (Healy 1974, 1978; Proyecto Raleigh n.d.; Stone 1941). Otros trabajos recientes sobre el noreste de Honduras han sido publicados por Begley (2004) and Cuddy (2007).

El Proyecto de la Costa Norte (aprobado en 1985 por el Instituto Hondureño de Antropología e Historia bajo la Gerencia del Lic. Ricardo Agurcia Fasquelle) fue ejecutado para tratar de localizar posibles asentamientos de ocupación durante el período preclásico en determinadas áreas de la costa de los departamentos de Colón y Atlántida. Un objetivo secundario era el de localizar y registrar, dentro de las áreas de investigación, sitios precolombinos de otros períodos que aún no habían sido reportados ó registrados. El primer objetivo no se pudo alcanzar--ningún sitio de edad preclásico fue identificado dentro de las áreas reconocidas. Sin embargo, se logró registrar un total de 17 nuevos sitios precolombinos perteneciendo a los períodos del clásico y posclásico (ca. 200-1500 D.C.).

Las investigaciones de campo empezaron el 22 de enero y fueron clausurados el 25 de abril de 1986. La sede del proyecto se estableció primero en La Ceiba, Atlántida, desde el 10 de enero hasta el 21 de febrero. Del 22 de febrero hasta el 30 de abril el proyecto permaneció en Trujillo, Colón. El proyecto estaba conformado con un personal de cuatro investigadores: Robert J. Sharer (University of Pennsylvania Museum), David W. Sedat (University of Pennsylvania Museum), Ildefonso Orellana (Instituto Hondureño de Antropología e Historia), y Alessandro Pezzati (University of Pennsylvania). El reconocimiento fue financiado por la University of Pennsylvania Museum y una beca para la investigación del Committee for Research and Exploration de la National Geographic Society, Washington D.C.

Áreas de investigación

La región de estudio se definió como las porciones de los Departamentos de Atlántida y Colón situados entre el nivel del mar y la curva de nivel de 20 m (franjas 1 y 2) y el margen norte del valle del Río Aguan cerca de la costa (franja 3). Específicamente investigamos tres áreas:

Franja 1: Desde La Ceiba, Atlántida, hasta 40 kms hacia el este de la vecindad de Balfate, Colón.

Franja 2: Desde Trujillo, Colón, hasta 10 kms hacia el oeste de la vecindad de Santa Fe, y 15 kms hacia el este de la vecindad del Cerro Las Lomas.

Franja 3: El margen norte del valle del Río Aguán, desde la vecindad del Cerro Las Lomas hasta 25 kms de la localidad de La Brea, desde la montaña hasta el camino.

Metodología

Nuestra metodología de investigación fue guiada por mapas a escala de 1:50,000 (del Instituto Geográfico Nacional del Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas) para definir las áreas más propensas para asentamientos preclásicos (como riberas de lagunas costeras, esteros, terrazas de río, etc.):

Franja 1: 26 áreas de investigación (22 de enero - 21 de febrero)

Franja 2: 6 áreas de investigación (22 de febrero - 25 de abril)

Franja 3: 9 áreas de investigación (22 de febrero - 25 de abril)

Estas áreas se registraron a pie y en vehículo por medio de dos grupos de dos investigadores buscando cualquier evidencia precolombina (montículos, concentraciones de cerámica, etc.). También se utilizó informantes locales para conocer de hallazgos anteriores o condiciones particulares de las localidades en investigación. Los materiales culturales encontrados en la superficie eran usados para establecer la cronología. En todo caso se registraron los sitios encontrados según la nomenclatura vigente del IHAH que incluye un código departamental, por ejemplo HCN para sitios arqueológicos en Colón, y HAT para sitios en Atlántida, seguido por número de serie, además de un nombre a cada sitio conforme a la localidad. Para una localización más exacta a cada sitio, se utilizaron las

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

coordenadas de los mapas de 1:50,000 (hojas 2863 II, 2963 I, 2963 II, 2963 III, 3063 III, y 3063 IV),

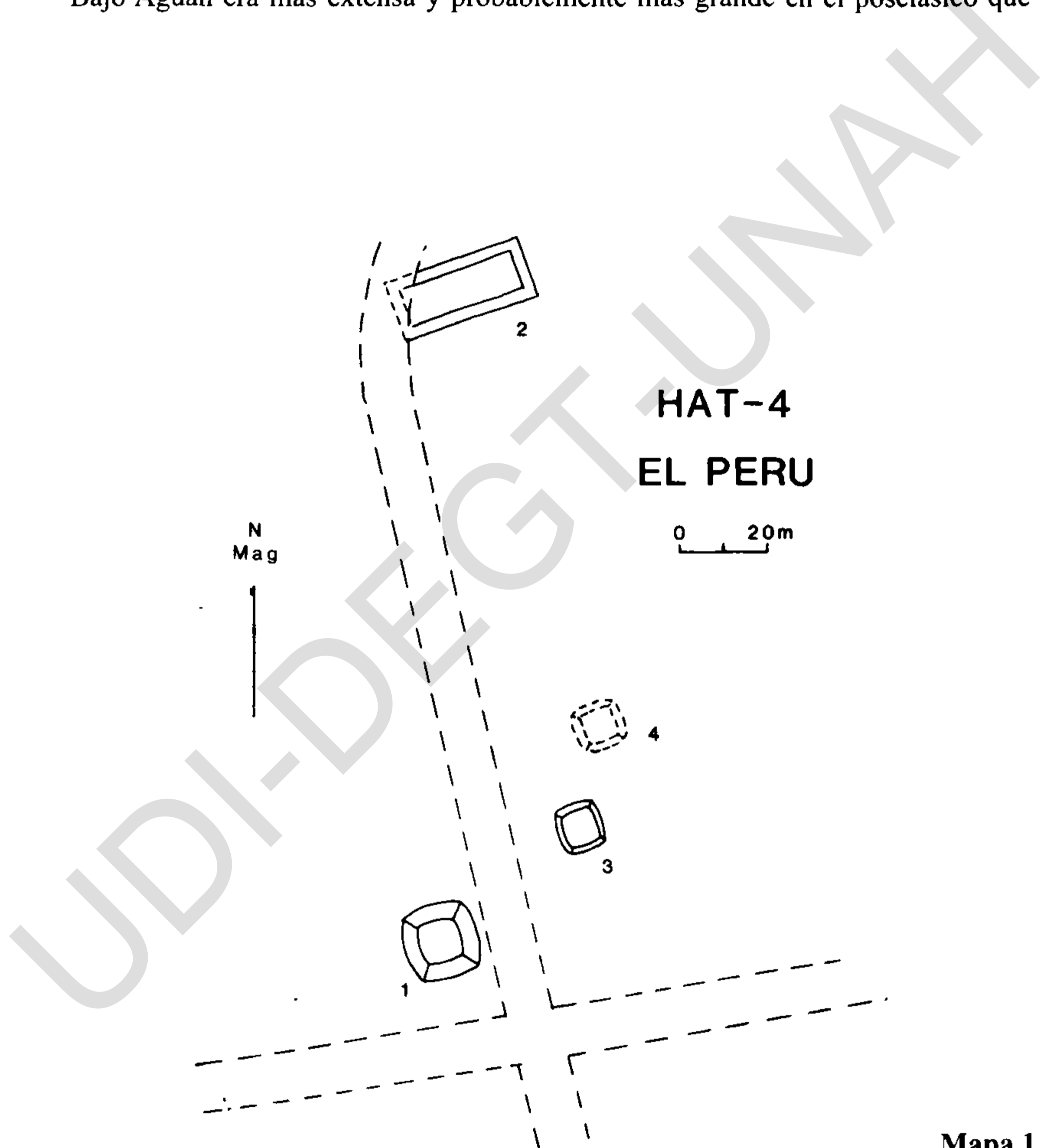
Algunos pozos de sondeo fueron ejecutados en dos sitios previamente reconocidos para determinar si materiales preclásicos pudiesen hallarse debajo de la superficie o de materiales culturales más recientes. Dos pozos (1 x 2 m) se localizaron sobre concentraciones superficiales de desperdicios de cerámica en el sitio HCN-24 (franja 3), cerca de las cuevas de Cuyamel conteniendo cerámica del preclásico mediano (Healy, 1974). Otro pozo (.75 x 1.5 m) fue abierto cerca de una concentración de tiestos superficiales en el sitio HCN-17 (franja 2), cerca Santa Fe y la costa norte. En estos dos sitios se estableció que las concentraciones de material cultural se extendía únicamente unos 30 cms debajo de la superficie, y no se encontraron evidencias del período preclásico u otros niveles culturales mas abajo.

Resultados de la investigación

Un total de 17 nuevos sitios precolombinos fueron identificados y registrados en formularios del Instituto Hondureño de Antropología e Historia como resultado de esta investigación: 10 dentro de franja 1, 3 en franja 2, y 4 en franja 3 (Tabla 1). Once de estos sitios poseen relativamente seguras evidencias de cronología (basados en colecciones de superficie) y pueden ser fechados en el clásico (2) o posclásico (9). Seis sitios no poseen ningunas evidencias de cronología. Con el propósito de clarificar el estado de los sitios registrados para Atlántida y Colón incluimos una lista de todos los sitios reconocidos en estos dos departamentos (Tabla 2).

Franja 1: corresponde a una área que nunca ha sido intensivamente reconocida, aunque fue reportada por primera vez hace 70 años por Doris Stone (1941). Anterior al Proyecto de la Costa Norte se habían registrados cinco sitios en esta región, pero tres de ellos (HAT-1 al 3) aparentemente son de la era histórica. Los dos restantes (HCN-103 Balfate y HCN-104 Bambú) son del posclásico, pero la previamente anotada información sobre estos sitios era incompleta ó equivocada (nuevos formularios de registro han sido llenados para estos sitios). El arreglo de distribución de sitios dentro de este área (franja 1) tiene muchas correspondencias con el arreglo del asentamiento de hoy día, particularmente en localización y espaciamiento. La ocupación en esta área costera parece haber empezado en el período clásico, pero la mayoría de la ocupación precolombina que se reconoce pertenece al posclásico.

Franjas 2 y 3 corresponden a áreas previamente reconocidas por Healy, hace más de 30 años, cuando se identificaron 24 sitios (Healy 1978). Sumándose los resultados obtenidos por Healy con los 7 sitios adicionales localizados por este proyecto, se puede concluir que la ocupación precolombina en el área de Trujillo-Bajo Aguan era más extensa y probablemente mas grande en el posclásico que

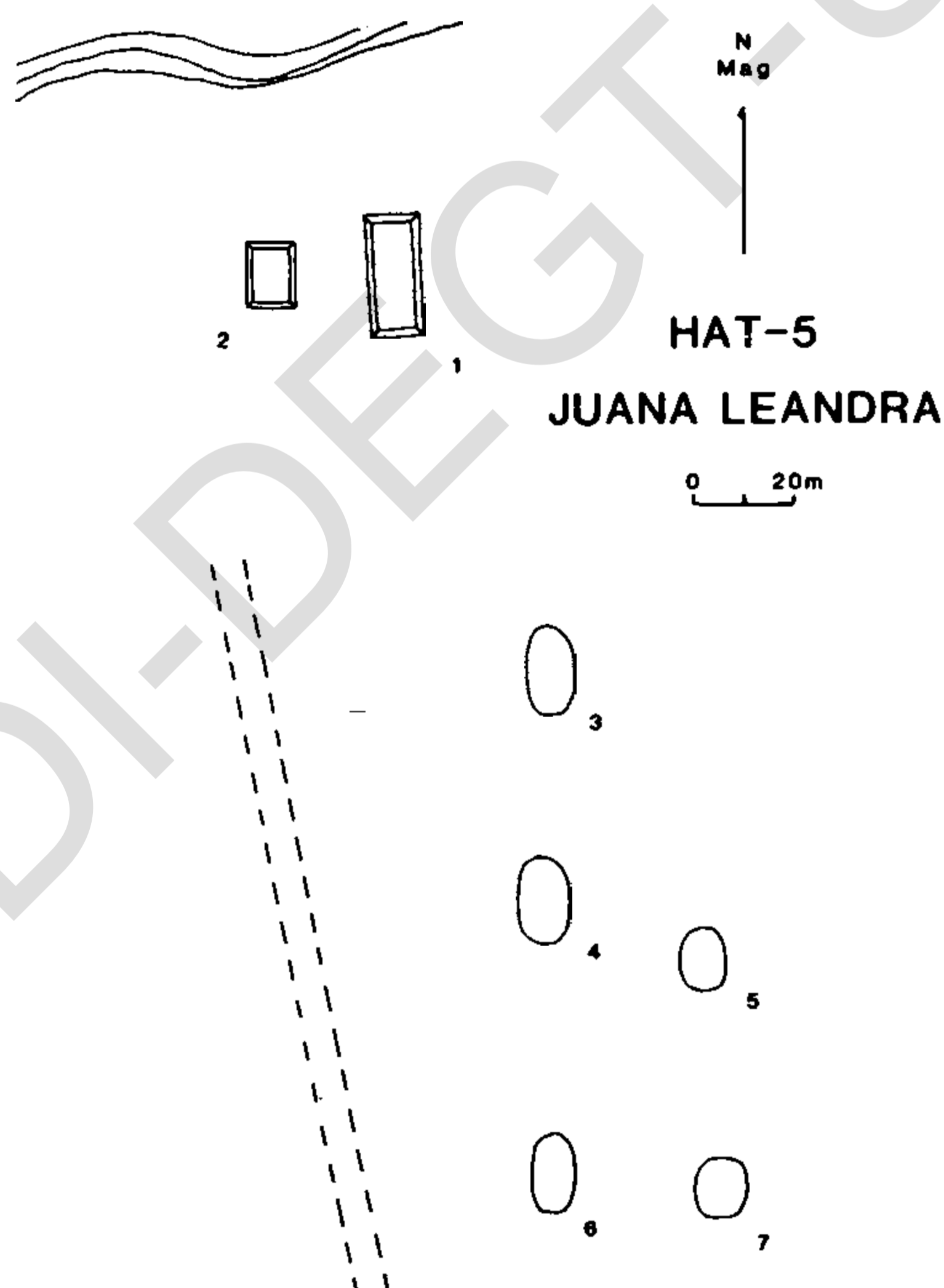


Mapa 1

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

Este sitio es un pequeño grupo de montículos de tierra localizado en la finca «El Perú», inmediatamente al norte de la vieja carretera La Ceiba-Jutiapa (Hoja 2863II: 291442), situado encima de una baja terraza sobre el llano costero. El sitio (Mapa 1) consiste de un montículo cónico aparentemente en buena condición (Estructura 1), aproximadamente 1.5 m de alto, y 150 m al norte, una plataforma alargada mal preservada de 1 m de alto (Estructura 2) que ha sido cortada a lo largo del borde occidental por la carretera de la finca. Vestigios de dos bajos montículos cónicos mal definidos, ambos bien arados (Estructuras 3 y 4), fueron detectados en un campo unos 40 a 50 m al noreste de la Estructura 1. El área conocida del sitio cubre aproximadamente 12,000 m². Ningún tiesto u otro artefacto fueron encontrados en la superficie. La edad del sitio es indeterminada, pero probablemente corresponde al posclásico.

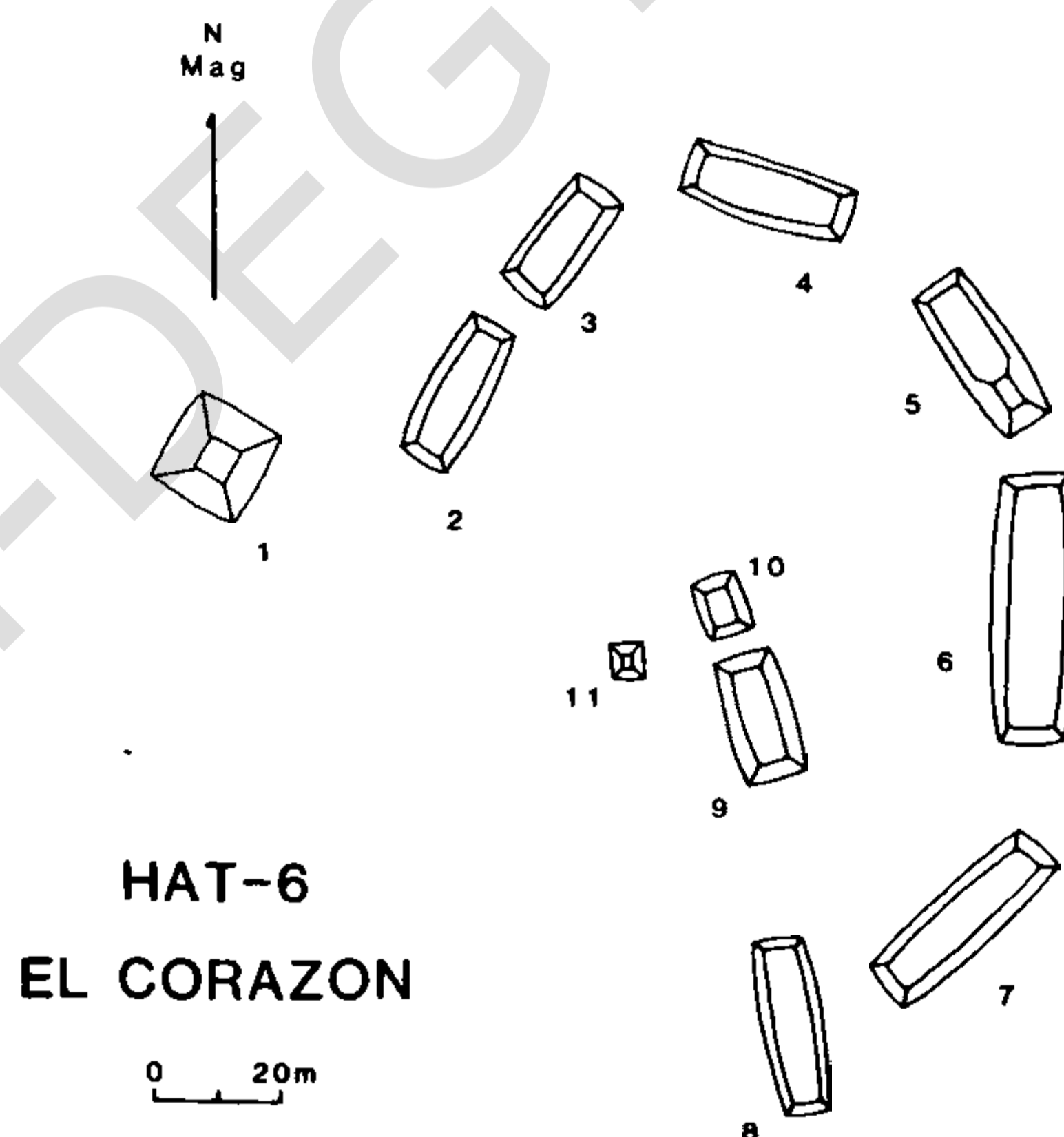
Juana Leandra (HAT-5)



Mapa 2

Situado encima de una terraza sobre el llano costero, este sitio (Mapa 2) consiste en montículos de tierra y plataformas con bordes de guijarros grandes (Hoja 2863II: 327446). La terraza es cortada por la Quebrada Juana Leandra que fluye a lo largo del borde septentrional y occidental del sitio. El sitio consiste en dos plataformas rectangulares bajas (Estructuras 1 y 2), alineadas de norte a sur, y definidas por un solo curso de guijarros grandes alrededor de sus perímetros (cada una aproximadamente 0.75 m de alto). Cinco montículos de tierra oblongos mal definidos (Estructuras 3-7), entre 0.5 y 1 m de alto, están situados en un campo aproximadamente 100 m al sur de Estructuras 1 y 2. Cuatro montículos de tierra más pequeños (Estructuras 8-11; no trazados en el mapa) fueron encontrados en una terraza más baja de la Quebrada Juana Leandra al norte de Estructuras 1 y 2. El área conocida del sitio cubre unos 45,000 m². Una muestra de cerámica y de fragmentos de obsidiana presuntamente de un basurero fue recolectados en la superficie de la cuesta de la terraza superior inmediatamente al norte de Estructuras 1 y 2. La edad del sitio, basada en esta muestra, es Posclásica.

El Corazón (HAT-6)



Mapa 3

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

Este sitio extenso está situado en la finca «El Corazón» (Hoja 2863II: 512446) en el llano aluvial del Río Papaloteca, 2.5 kms al oeste del presente cauce del río (la Quebrada El Corazón está situada aproximadamente a .5 km al oeste del sitio). El mapa del grupo principal del sitio fue trazado y este consiste en once bien definidas plataformas de tierra con corazones de ripio (Mapa 3). La plataforma más alta, Estructura 1, es un montículo cónico aproximadamente 4.5 m de alto y ha estado dañada por saqueadores. Un arco de seis alargadas plataformas más bajas (generalmente entre 1 y 1.5 m de alto) se extiende del nordeste de Estructura 1 al sudeste (Estructuras 2-7). Tres plataformas semejantes (Estructuras 8-10; la última es más pequeña que las otras), alineadas del norte al sur, están situadas en el extremo de este arco. Veinte metros al oeste hay un pequeño montículo cónico, Estructura 11, pero ha sido dañado por saqueadores. Este grupo principal cubre una área de aproximadamente 22,500 m², pero el sitio entero es más extenso--hay grupos de montículos más pequeños que no aparecen en el mapa. Estos grupos están situados unos 200 m al norte y en los campos unos 400 m al sur del grupo principal. Un poco sorprendentemente ningún tiesto u otro despojo cultural fue observado en los terraplenes de las estructuras o en la superficie del sitio. La edad del sitio, entonces, es indeterminada, pero un período de ocupación Posclásica es probable.

Las Piedras (HAT-7)



Figura 1: Vista del sitio (izquierda); Pedrejón A (dericho)

Este sitio es un taller de líticas antiguo, situado en la playa, aproximadamente 1.5 km al oeste de Sambo Creek entre un grupo de pedrejones al nivel del mar contemporáneo (Hoja 2863II: 379460). El sitio consiste en dos pedrejones de

granito modificados por múltiples ranuras de moler en las superficies superiores (designados Pedrejones A y B), y un pedrejón fracturado compuesto de un mineral duro, negro, y de granos finos (diorita?) que en la antigüedad puede haber sido el origen de la materia prima para los artefactos de piedra molida (Pedrejón C). Basado en el tamaño y la forma de las ranuras, el sitio parece haber sido usado antiguamente para la manufactura de hachas de piedra. El Pedrejón A, que tiene unos 50 ranuras, mide aproximadamente 2.2 m este-oeste, 1.9 m norte-sur, y .8 m de alto (Figura 1). El Pedrejón B, que tiene solo tres ranuras, mide aproximadamente 1.7 m este-oeste, 1.3 m norte-sur, 0.3 m de alto. El Pedrejón C mide aproximadamente 1 por 2 m por 1 m. de alto (parcialmente bajo el nivel del agua). Ningún despojo cultural fue observado en la vecindad del sitio; la edad del sitio, entonces, es indeterminada.

Antigual Lis Lis (HAT-8)

Este sitio aparece como una concentración extensa de despojos culturales localizado en el bajo llano costero, aproximadamente 3 kms al oeste del Río Papaloteca y 1.5 km al sudoeste de Salado Lis Lis (Hoja 2963III: 572449). El depósito superficial consiste en una densa pero poco profunda (profundidad máxima observada: 20 cm) acumulación de tiestos y conchas, con cantidades menores de obsidiana, adobe quemado, y fragmentos de piedra molida, todos indicativos de actividad doméstica antigua. El depósito es cortado por el camino a Salado Lis Lis y además dañado por actividades agrícolas modernas. Ningún montículo u otro vestigio de arquitectura antigua fueron observados. Sin embargo, el área está cubierta de matorral y este pudiera esconder pequeñas plataformas. Los límites exactos del depósito de superficie no fueron determinados, pero se extiende aproximadamente 100 m a lo largo de la carretera, y aproximadamente 25 m al oeste y 50 m al este de esta carretera. El tamaño presupuesto del sitio es aproximadamente 7,500 m². La evaluación de la muestra de cerámica rescatada del depósito de superficie indica el posclásico como la edad del sitio.

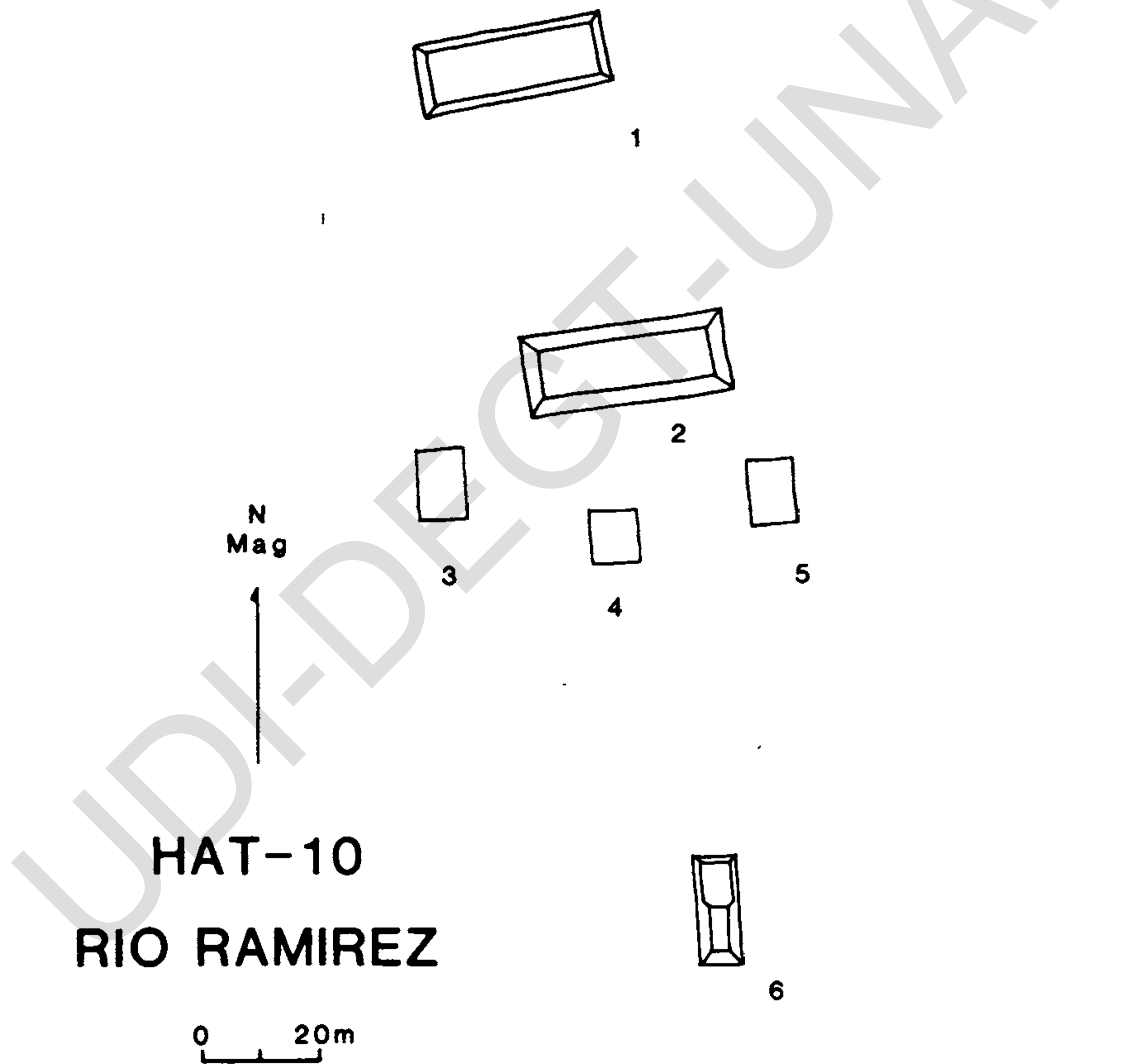
Corinto (HAT-9)

Este pequeño sitio está situado entre el asentamiento contemporáneo de Corinto (Hoja 2863II: 394456), aproximadamente 0.5 km al sur del Pueblo de Sambo Creek, entre los Ríos Cuyamel (al oeste) y Sambo Creek (al este). Los restos observados son limitados a un pequeño montículo de tierra (aproximadamente 1

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

por 3 m; 0.5 m de alto), y un depósito de despojos culturales, expuesto por dos hoyos en la propiedad de Carlos Alberto García. El tamaño del sitio (depósito debajo de la superficie) es indeterminado; la actividad moderna puede haber destruido cualquier resto adicional superficial de arquitectura. La edad de la ocupación es Posclásica, basado en la muestra de cerámica recolectada.

Río Ramírez (HAT-10)



Mapa 4

Un grupo de montículos de tierra a la vista de la playa, está situado en el llano costero aproximadamente 200 m al oeste del Río Ramírez en la propiedad de la finca «Granadita» (Hoja 2863II: 428459). El sitio (Mapa 4) consiste en dos grandes plataformas alargadas orientadas de este a oeste (Estructuras 1 y 2), y cinco montículos más pequeños (Estructuras 3-7). La plataforma situada más al norte, Estructura 1, es aproximadamente 0.8 m de alto y no es tan grande o bien definida como la Estructura 2, aproximadamente 2 m de alto que está localizada unos 50 m al sur. Inmediatamente al sur de estas dos plataformas hay tres montículos pequeños mal definidos, cada uno aproximadamente 0.5 m del alto (Estructuras 3-5). La Estructura 6, un montículo de dos niveles, como de 0.8 m de alto y muy dañado recientemente por saqueadores, está aproximadamente a 100 m al sur de Estructura 2, y 140 m más al sur se halla la Estructura 7, un pequeño montículo cónico solamente de 0.3 m de alto. El área conocida del sitio cubre más o menos 24,000 m². Aunque el sitio estaba en un campo de pasto cuando fue inspeccionado, muy pocos despojos culturales fueron observados en la superficie. Tres tiestos fueron recolectados y identificados, indicando una edad probable del período posclásico.

Granadita (HAT-11)

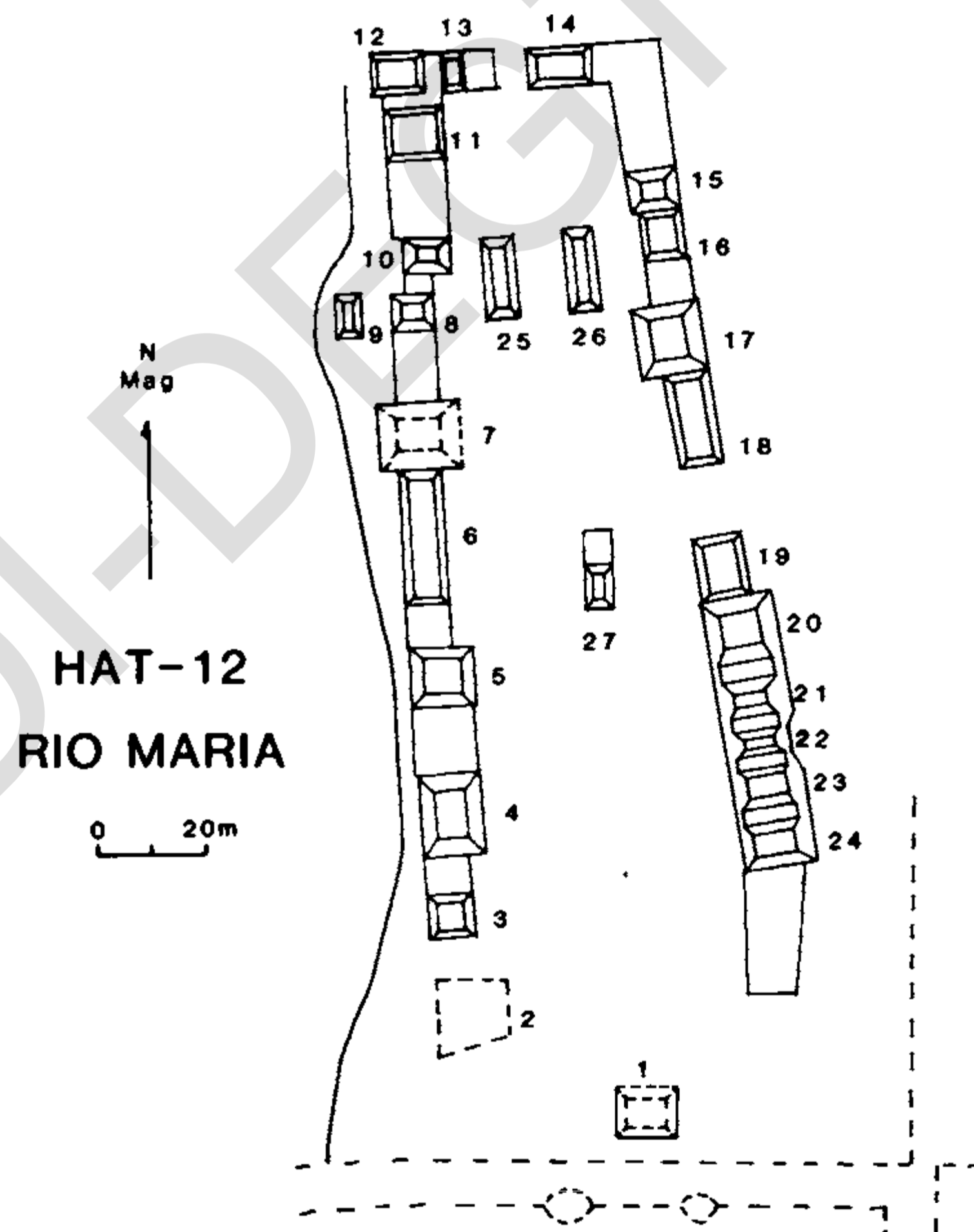


Mapa 5

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

Un sitio pequeño situado aproximadamente .8 km al sur del sitio HAT-10 (Río Ramírez), es posiblemente un satélite de ese sitio, también está en la finca «Granadita» (Hoja 2863II: 425452). Una pequeña quebrada intermitente está adyacente al lado oeste del sitio y el Río Ramírez fluye unos 200 m. al este. El sitio Granadita consiste en dos montículos de tierra (Mapa 5). El montículo que está situado más al norte (Estructura 1) es una plataforma alargada aproximadamente de 2 m de alto y orientado de este a oeste. La Estructura 2 es un montículo circular más pequeño como unos .8 m de alto, está situado aproximadamente 130 m al sur. Otras plataformas bajas pueden existir al norte y al este, pero esto no pudo ser confirmado a causa de la densa vegetación que cubre el sitio. El área conocida del sitio es de 8,000 m². Ningún despojo cultural superficial fue encontrado, por lo tanto la edad del sitio es indeterminada, pero una fecha en el posclásico es probable.

Riío Maria (HAT-12)



Mapa 6

Este sitio es un complejo a forma de «U» de 27 plataformas de tierra con corazones de ripio, situado encima de una terraza (probablemente nivelada y agrandada) aproximadamente 400 m al este del Río Maria, 1 km al sur del mar (Hoja 2863II: 319444). El sitio (Mapa 6) consiste en una serie de plataformas rectangulares bajas (Estructuras 2-24), variando de 0.5 a 3 m de alto, que están arregladas alrededor de tres lados de una plaza central (como unos 200 m norte-sur y 70 m este-oeste), abierta al sur. El tamaño total de este complejo arquitectónico es de aproximadamente 21,000 m². La mayor parte de las estructuras en el complejo están unidas por plataformas bajas y estrechas. Hay dos entradas adicionales a la plaza, una en el lado norte y otra en el lado este. Dos plataformas alargadas paralelas (Estructuras 25 y 26), orientadas del norte al sur, forman un aparente juego de pelota en la parte norte de la plaza. Una única pequeña plataforma de dos niveles (Estructura 27) está situada en el centro de la plaza, y un montículo aislado y mal preservado (Estructura 1) está al sur de la plaza. Algunas estructuras han sido saqueadas y casi destruidas por actividades recientes. El Presente propietario relató que había destruido con maquinaria las tres plataformas más grandes (Estructuras 1, 2, y 7) para balastro, pero que no encontró nada dentro estas tres estructuras.

Una muestra de cerámica fue recolectada de un esparcimiento superficial localizado en los campos arados al nordeste del complejo arquitectónico. Algunos tiestos erosionados fueron recobrados también de un corte del camino antiguo que expone un segmento de la porción sudoeste de la terraza que sirve como basamento del sitio. Dos montículos pequeños están situados aproximadamente 20 m al sur de Estructura 1, cortados por la misma carretera. Algunos montículos adicionales fueron observados en los campos al sur de esta carretera, pero la densa vegetación en esta área hizo imposible una identificación positiva. La evaluación de la muestra superficial de cerámica y del distintivo modelo arquitectónico indica una fecha en el período Clásico para el sitio.

Hacienda Jericó (HCN-95)

Este es un sitio sin restos arquitectónicos situado en el angosto llano costero al este de Trujillo, aproximadamente a 250 m de la playa y como a unos 500 m al sudoeste del estero de la Laguna Guaimoreto, inmediatamente al nordeste de la nueva carretera Trujillo-Puerto Castilla (Hoja 3063 IV: 151623). Es probable que este sitio es un parte del sitio Jericó descrito por Stone (1941:48). El sitio Hacienda Jericó consiste en un grande montículo de basura que puede ser en parte

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

natural, y una adyacente concentración superficial de despojos culturales, que juntos cubren una área de aproximadamente 10,000 m². Los materiales rescatados del montículo y del área del alrededor son en la mayor parte tiestos de cerámica y conchas. El Sitio ha sido arado y es muy perturbado por la agricultura moderna. La edad del sitio fue determinada a la era Posclásica, basada en el estudio de los tiestos superficiales.

Los Cocos (HCN-96)

Un sitio de montículos llamado Los Cocos está situado en la terraza de un río inmediatamente arriba de la planicie aluvial del Río Aguan, en la orilla oeste del Río Chapagüita, aproximadamente 1.2 km al sur-sudeste del sitio La Brea (HCN-24), y como unos 2.2 kms en la misma dirección de Cuyamel (Hoja 3063 III: 099443). Considerando que gran parte del sitio está cubierta por vegetación densa, fue imposible trazar un mapa o determinar el tamaño entero y composición del lugar. Dos montículos grandes, uno con evidencia de vestigios de fachadas de piedras, y tres montículos bajos fueron localizados entre una área de aproximadamente 50,000 m², pero hay indicaciones de que el sitio se extiende más allá de esta área. Un campo adyacente limpio de vegetación proporcionó abundantes tiestos superficiales. La fecha del sitio basada en esta colección de cerámica es posclásico.

Agua Amarilla (HCN-97)

Este fue aparentemente el sitio de un taller de líticas y está situado aproximadamente 250 m. al sur del Cerro La Peñita en la cima de una pequeña colina alargada que da al Río Amarillo inmediatamente al sur como unos 150 m al oeste de la nueva carretera Trujillo-Corocito (Hoja 3063 IV: 271536). El sitio consiste en un esparcimiento superficial de fragmentos usados de una piedra «tipo jade» de color verde o gris, saqueado por una serie de pozos que cubre una pequeña área de aproximadamente 2,000 m². Un fragmento modelado-decorado de un incensario de cerámica fue recolectado de la superficie del sitio. Una figurilla de cerámica y algunas cuentas tubulares fueron observadas en la posesión de un local que declaró que fueron encontrados en el sitio. Una fecha Posclásica es indicada por el fragmento del incensario de cerámica.

Río Negro (HCN-98)

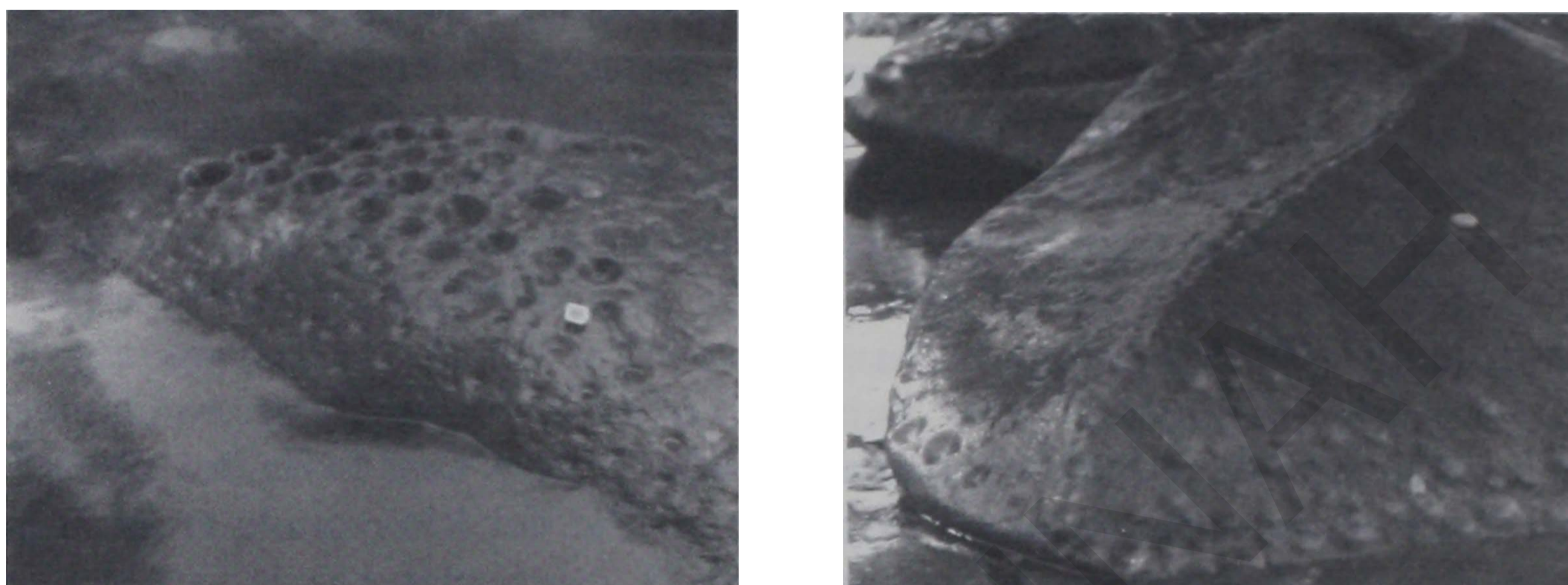


Figura 2: Pedrejón B (izquierda); Pedrejón C (derecho)

Un sitio insólito fue localizado en el cauce del Río Negro aproximadamente 3.5 kms de la boca del río a la Bahía de Trujillo y como 1 km río arriba del pequeño llano aluvial del río (Hoja 3063 IV: 149592). Aquí el cauce del Río Negro es rocoso y fluye en una serie de rápidos pequeños entre rocas. El sitio consiste en tres de estos pedrejones modificados por actividad humana, principalmente con depresiones circulares en forma de «cúpulas invertidas» (Figura 2). El Pedrejón A, el más río arriba, mide aproximadamente 2.2 por 1.3 m y 1.2 m de alto y está decorado en su superficie superior con cúpulas poco profundas alineadas y conectadas por ranuras. El Pedrejón B, como unos 3 m abajo de Pedrejón A, mide aproximadamente 4 por 2.5 m y 1 m de alto, y está cubierto, en su superficie superior, por unos 40 cúpulas profundas (promedio de 10 cm de hondo), algunas conectadas por ranuras. El Pedrejón C, como 1 m abajo de Pedrejón B, mide aproximadamente 6 por 3 m y 1.2 m de alto, y está decorado con alineamientos de cúpulas, la mayoría de poca profundidad y pequeñas (promedio de 2 cm de hondo y 4 cm de diámetro) que corren a lo largo de un filo que forma el eje del pedrejón, como también por las orillas de la misma. Cúpulas un poco más grandes rodean la base.

Aunque las cúpulas encontradas en el sitio de Río Negro pudieron haber servido para alguna labor utilitaria (usando una operación rotativa desgastante), el arreglo y esparcimiento de las cúpulas en el Pedrejón C sugiere que este lugar fue un foco de actividad ritual o religioso. Algunos pedrejones con decoraciones similares se han identificado en distintas regiones de Mesoamérica, comenzando

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

por lo menos en el Preclásico mediano, pero la falta de despojos culturales u otra evidencia de actividad humana en el sitio dejan la edad de Río Negro en una incógnita.

San Esteban (HCN-99)

Un sitio sin arquitectura situada encima de un depósito aluvial arriba del llano aluvial del Río Aguan, a lo largo de la orilla del Río de Tarros en la cooperativa contemporánea de San Esteban (Hoja 3063 III: 155496). El sitio consiste de un denso y extenso esparcimiento superficial de tiestos, los cuales en su mayoría son ollas de domésticas grandes y materiales culturales adicionales. No se observó indicios de montículos u otros restos arquitectónicos, aunque el sitio está muy dañado por las actividades modernas. El tamaño entero del esparcimiento superficial no fue determinado, y el cauce de un río seco adyacente también ha causado considerable daño al sitio. Los tiestos recolectados indican una ocupación del período Clásico.

Puerto Rico (HCN-100)

Este sitio pequeño fue hallado adentro de una cueva, una de las numerosas cavernas y fisuras pequeñas en la escarpa de una colina de piedra caliza aproximadamente 500 m al este del asentamiento de Puerto Rico (Hoja 2963 II: 052424). El sitio es un esparcimiento superficial de tiestos en la más grande de estas cuevas, que incluye algunos restos alrededor de la entrada y un depósito más denso en una de las pequeñas cámaras internas (como unos 10 m de la entrada). Este último ha sido perturbado por algunos pozos de saqueo, exponiendo tiestos de vasijas elaboradamente decoradas. Unos locales reportaron haber encontrado más cerámica en la entrada de una fisura adyacente, pero nada fue encontrado por nuestro reconocimiento. La muestra de cerámica recolectada en el sitio indica que la actividad pertenece al período posclásico.

Corozal Alto (HCN-101)

Un taller de líticas situado en el cauce de la Quebrada Corozal Alto, como 2.5 kms río arriba del estero y aproximadamente 0.75 km al sur del sitio Cruz (HCN-17), en un punto donde la quebrada tiene orillas muy escarpadas y fluye rápidamente (Hoja 2963 I: 066568). Consiste en dos pedrejones con múltiples

ranuras desgastadas en sus superficies superiores (Figura 3), probablemente usados para la manufactura de hachas o similares instrumentos de piedra. Este sitio es muy semejante al sitio Las Piedras, HAT-7. El Pedrejón A mide aproximadamente 1 por 1 m y 0.5 m de alto con más o menos una docena de facetas de moler bajas paralelas aproximadamente 40 cm de largo. El Pedrejón B mide 1 por 0.6 m y 0.5 m de alto con tres ranuras angostas. No se encontró otra evidencia de actividad humana en el área, por lo tanto la edad del sitio es indeterminada.

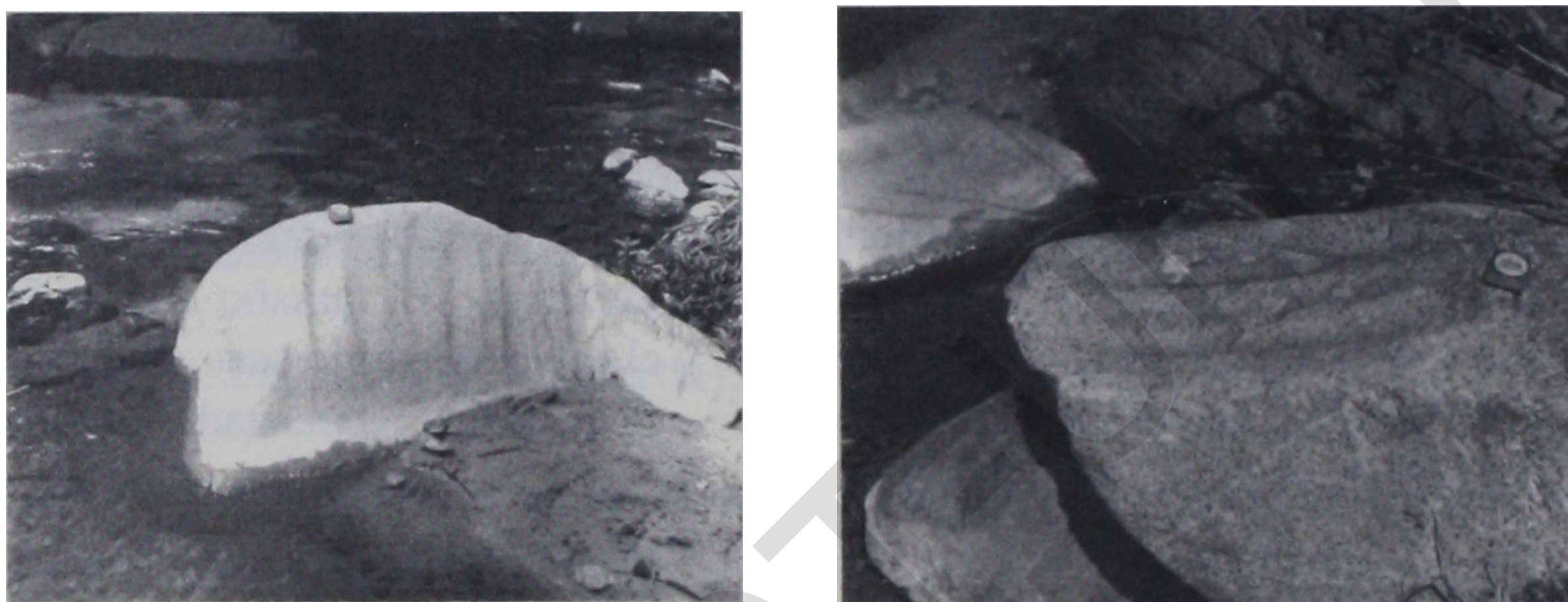


Figura 3. Corozo Alto (HCN-101): Pedrejón A (izquierda); Pedrejón B

El Proyecto de la Costa Norte buscó determinar las condiciones objetivas de la localización de sitios arqueológicos en la costa norte a través de reconocimientos arqueológicos. Al mismo tiempo, los resultados demostraron la dificultad en la detección indicadores del preclásico en dicha región. Considerando que no se hallaron evidencias de ocupación preclásica directas, la identidad de las antiguas poblaciones responsables para los entierros conteniendo cerámica del preclásico mediano en las cuevas de Cuyamel (Healy 1974) queda aún desconocido.

Se debe advertir, sin embargo, que existen algunos indicios indirectos de una ocupación preclásica en la región: 1) algunos tiestos erosionados recobrados de contextos secundarios demuestran ciertas modalidades preclásicas de forma; 2) por lo menos dos cabezas de figurillas cerámicas en la colección Galán (Trujillo) aparentan ser del preclásico. Para el presente la explicación de las evidencias que se tienen a mano es que la ocupación en la región Trujillo-Bajo Aguan se estableció

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

en el preclásico mediano, pero sitios de esta época son casi imposibles de detectar porque están profundamente cubiertos de aluvión ó destruidos por actividades posteriores. Alternativamente se puede formar la hipótesis que ninguna ocupación preclásica existió en esta región, y que los artefactos preclásicos recobrados aquí (particularmente la cerámica de las cuevas de Cuyamel) representan vestigios o reliquias depositados allí por poblaciones posteriores en el periodo clásico o posclásico. Por el presente favorecemos la primera explicación, pero advertimos que estas alternativas solo se podrán resolver por medio de un programa de investigación a mayor escala y mas intensivo, utilizando tecnología sofisticada y excavaciones profundas.

Tabla 1

	Sito No.	Nombre	Mapa	Coordenad	Tipo/Tamaño	Plano	Colección de superfíc	Periodo
FRANJA 1								
HAT-4 El Perú	HAT-4	El Perú	2863II	291442	4+ montículos	1:1000	nada	Indeterminado
	HAT-5	Juana Leandra	2863II	327446	7+ montículos	1:1000	tiestos, obsidiana	Postclásico
	HAT-6	El Corazón	2863II	512446	11+ montículos	1:1000	nada	Indeterminado
	HAT-7	Las Piedras	2863II	379460	pedras de amolar	nada	nada	Indeterminado
	HAT-8	Antigual Lis Lis	2963III	572449	superficie	nada	tiestos, obsid., conch:	Postclásico
	HAT-9	Corinto	2863II	394456	superficie	nada	tiestos	Postclásico
	HAT-10	Ri0 Ramirez	2863II	428459	7+ montículos	1:1000	tiestos	Postclásico
	HAT-11	Granadita	2863II	425452	2+ montículos	1:1000	nada	Indeterminado
	HAT-12	Ri0 Maria	2863II	319444	26+ montículos	1:1000	tiestos	Clásico
	HCN-102	Limera	2963III	603425	superficie	nada	tiestos, concha	Postclásico
FRANJA 2								
	HCN-95	Hcnda. Jericc	3063IV	151623	superficie	nada	tiestos	Postclásico
	HCN-98	Ri0 Negro	3063IV	149592	pedras "cúpules"	nada	nada	Indeterminado
	HCN-101	Corozal Ato	2963I	66568	pedras de amolar	nada	nada	Indeterminado
FRANJA 3								
	HCN-96	Los Cocos	3063III	99448	10+ monticulos	nada	tiestos	Postclásico
	HCN-97	Agua Amarill:	3063IV	271536	taller lítica	nada	1 tiesto	Postclásico
	HCN-99	San Esteban	3063III	155496	superficie	nada	tiestos	Clásico
	HCN-100	Puerto Rico	2963II	52424	cueva	nada	tiestos	Postclásico

*probablemente Postclásico

Yaxkin Año 34, Vol. XXV, No. 1, 2009

Numero	Nombre	Investigación	Numero	Nombre	Investigación
HAT-1	Sambo Creek	PG	HAT-7	Las Piedras	PCN
HAT-2	Corozal	PG	HAT-8	Antigual Lis Lis	PCN
HAT-3	Nueva Armenia	PG	HAT-9	Corinto	PCN
HAT-4	El Peru	PCN	HAT-10	Rio Ramirez	PCN
HAT-5	Juana Leandra	PCN	HAT-11	Granadita	PCN
HAT-6	El Corazon	PCN	HAT-12	Rio Maria	PCN
HCN-1	El Antigual	PH	HCN-53	Las Limas	PR
HCN-2	Km. 19.12	PH	HCN-54	Paletales	PR
HCN-3	Km 29	PH	HCN-55	Oda Higueros	PR
HCN-4	William's Ranch	PH	HCN-56	M. de Warasca I	PR
HCN-5	Selin Farm	PH	HCN-57	M. de Warasca II	PR
HCN-6	Gericht	PH	HCN-58	Warasca Petroglifos	PR
HCN-7	Cacao Creek	PH	HCN-59	Barranca Colorado 1	PR
HCN-8	Santa Rosa	PH	HCN-60	Barranca Colorado 2	PR
HCN-9	Areola	PH	HCN-61	Zapotal 1	PR
HCN-10	Campo Raso	PH	HCN-62	Zapotal 2	PR
HCN-11	Rio Amarillo	PH	HCN-63	La Manana	PR
HCN-12	Rio Claro	PH	HCN-64	Cusuna	PG
HCN-13	Corocto	PH	HCN-65	Cuyamel	PR
HCN-14	Matilde's Cave	PH	HCN-66	Rio Cuyamel	PR
HCN-15	Cuyamel Cave	PH	HCN-67	Agua Caliente 1	PR
HCN-16	Portillo Cave	PH	HCN-68	Agua Caliente 2	PR
HCN-17	Cruz	PH	HCN-69	Rio Nato 1	PR
HCN-18	Punta Betulia	PH	HCN-70	Rio Nato 2	PR
HCN-19	Empacadora	PH	HCN-71	Las Champas del Ocot	PR
HCN-20	Santa Fe	PH	HCN-72	Limoncito 1	PR
HCN-21	Castillo	PH	HCN-73	Limoncito 2	PR
HCN-22	Indigence-Tumbado	PH	HCN-74	Limoncito 3	PR
HCN-23	Bonito Oriental	PH	HCN-75	El Puente	PR
HCN-24	La Brea	PH	HCN-76	Obda. El Antigual 1	PR
HCN-25	Campamento	PG	HCN-77	Obda. El Antigual 2	PR
HCN-26	Bo. San Martin	PG	HCN-78	La Paleta	PR
HCN-27	Marañones	PG	HCN-79	Olingo	PR
HCN-28	Rio Negro Arriba	PG	HCN-80	Barranco	PR
HCN-29	Bo Cristales	PG	HCN-81	Embarcadero	PR
HCN-30	San Antonio	PG	HCN-82	El Jute	PR
HCN-31	Buccara	PG	HCN-83	Copen	PR
HCN-32	Rio Amarillo	PG	HCN-84	Paya	PR
HCN-33	El Guapinol	PG	HCN-85	Rio Paya	PR
HCN-34	Chiguento	PG	HCN-86	Tulito 1	PR
HCN-35	Hda. La Victoria	PG	HCN-87	Las Mangas 1	PR
HCN-36	Claura	PG	HCN-88	Las Mangas 2	PR
HCN-37	Tocamacho	PG	HCN-89	Tulito 2	PR
HCN-38	Guadalupe	PG	HCN-90	Las Mangas 3	PR
HCN-39	Cocolito	PG	HCN-91	Guachigir	PR
HCN-40	Sonoma	PR	HCN-92	La Garina	PR
HCN-41	Guaraska Farm	PR	HCN-93	Montaña de Cuyamel	PR
HCN-42	San Pedro	PR	HCN-94	Zambal de Claura	PR
HCN-43	Cerro Guaraska	PR	HCN-95	Hacienda Jericó	PCN
HCN-44	El Castillo	PR	HCN-96	Los Cocos	PCN
HCN-45	Kine Kisne 1	PR	HCN-97	Agua Amarilla	PCN
HCN-46	—?	PR	HCN-98	Rio Negro	PCN
HCN-47	Kine Kisne 2	PR	HCN-99	San Esteban	PCN
HCN-48	Enchute	PR	HCN-100	Puerto Rico	PCN
HCN-49	Chicacoa	PR	HCN-101	Corozal Alto	PCN
HCN-50	Claura	PR	HCN-102	Limera	PCN
HCN-51	—?	PR	HCN-103	Balfate	PG
HCN-52	—?	PR	HCN-104	Bambú	PG

CLAVE: PCN: Proyecto Costa Norte
PG: Proyecto Garfuna
PH: Paul F. Healy
PR: Proyecto Raleigh

Tabla 2

Sitios arqueológicos en la Costa Norte de Honduras

Bibliografía

Begley, Christopher

2004 *Intercambio interregional, conexiones externas, y estrategias de poder en el oriente de Honduras durante los períodos V y VI*. En VII Seminario de Antropología de Honduras «Dr. George Hasemann» pp. 287-302. Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia.

Cuddy, Thomas W.

2007 *Political Identity and Archaeology in Northeast Honduras*. Boulder: University Press of Colorado.

Healy, Paul F.

1974 *The Cuyamel Caves: Preclassic Sites in Northeast Honduras*. *American Antiquity* 39:435-447.

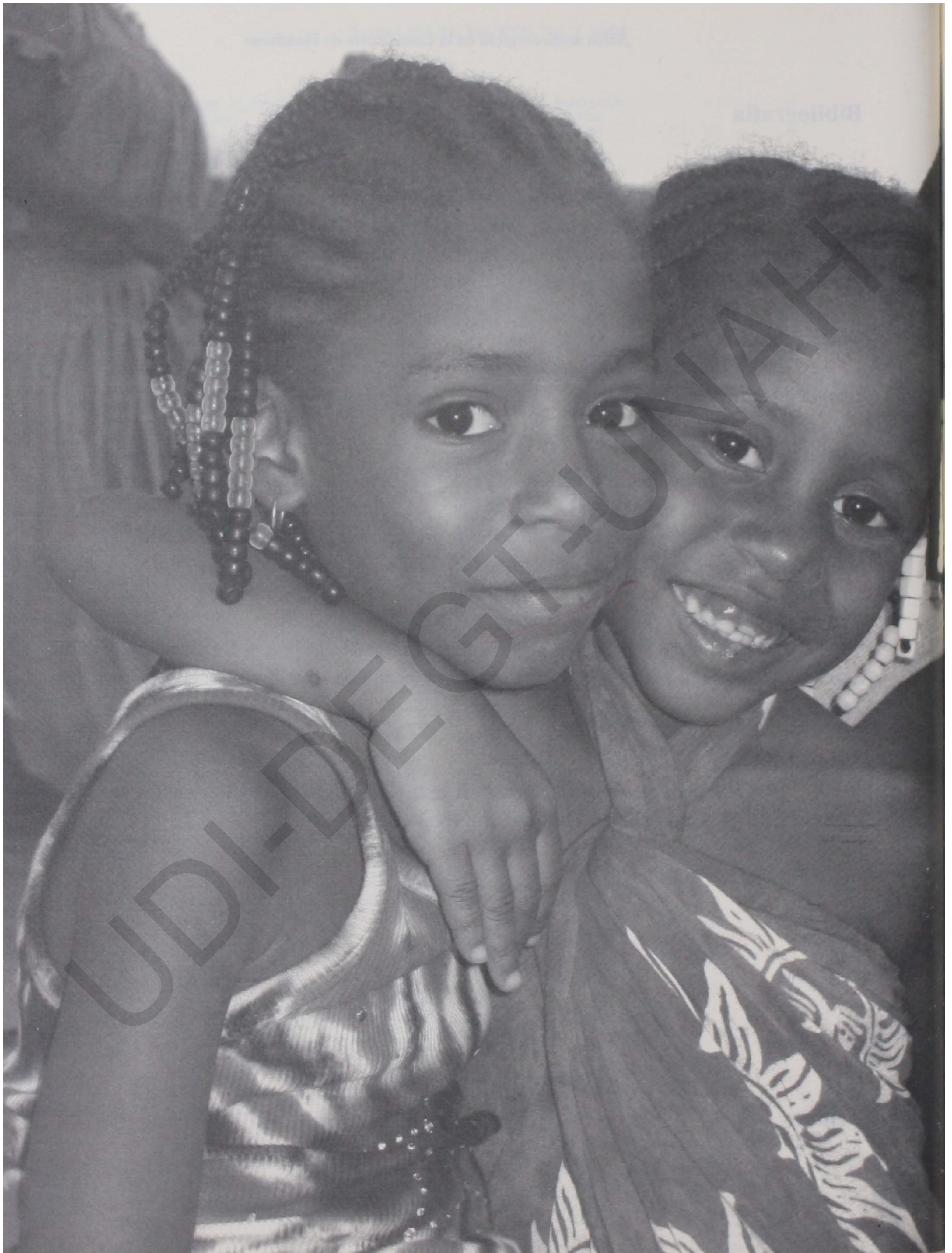
1978 *La arqueología del noreste de Honduras: Informe preliminar de la investigación de 1975 y 1976*. *Yaxkin* 2:159-173.

Proyecto Raleigh

n.d. *Operation Raleigh, Black River Expedition, Preliminary Archaeological Report*. Manuscrito entregado al Instituto Hondureño de Antropología e Historia. Tegucigalpa.

Stone, Doris Z.

1941 *Archaeology of the North Coast of Honduras*. Peabody Museum Memoirs No. 9. Cambridge: Harvard University.



Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

Arqueólogo Oscar Neil Cruz
Arqueólogo Ranferi Juárez

Introducción

El interés de realizar nuevos hallazgos históricos ha llevado al ser humano a la búsqueda de su origen, para ello se han creado a través del tiempo, ciencias y disciplinas con nuevas metodologías y técnicas de investigación para tratar de conocer el pasado.

En la actualidad la búsqueda del pasado de la humanidad ha tenido gran relevancia, debido al desarrollo de la Arqueología, la cual, como toda disciplina científica tiene una base teórica y técnica que facilitan el análisis de los restos materiales producidos por el ser humano a través del tiempo. Una de los métodos de investigación es el reconocimiento de superficie, el cual consiste en recorrer a pie una zona propuesta o transecto, para la búsqueda de nuevos sitios que no hayan dejado un registro escrito y así incorporar los nuevos sitios en un programa de registro nacional de sitios arqueológicos. El Instituto Hondureño de Antropología e Historia ha puesto mucho interés en el registro del patrimonio arqueológico de Honduras, como instrumento y estrategia de conservación y protección del patrimonio cultural, es así como se implementa, en la década de 1980, «*El Programa Nacional Sitios Claves*», el cual es una programa permanente que pretende, a través de reconocimientos sistemáticos de superficie, cubrir el Territorio Nacional con el objetivo de registrar los sitios arqueológicos desconocidos, pero que, a través de la memoria colectiva de los habitantes del país, es decir de sitios arqueológicos que por tradición oral o por conocimiento cotidiano de los pobladores de aldeas, caseríos, pueblos y ciudades tienen. A la vez se recorren áreas potenciales de asentamiento antiguo (prehispánico, colonial y republicano).

Durante esta temporada (Octubre-Noviembre 2008) se reconoció la cuenca del Río Cangrejal, ubicada en el Departamento de Atlántida, tomando en cuenta la geografía del lugar, ya que este lugar de alto potencial de asentamiento humano por los recursos naturales y de corredor con otras zonas y cuencas mas grandes, como la cuenca del Río Agúan, pudo haber tenido una cantidad relativamente alta

de asentamientos humanos, durante la época precolombina.

Justificación

Dado que en el área de los ríos Cangrejal y Aguán, llamado también Romano, en la zona baja más húmeda, los límites antiguos de la sabana son claros y que se localizan en las terrazas superiores del río, entre los bosques de galería que bordean los ríos tributarios, Yoro quedaría entre las terrazas que denominamos altas y que serían las únicas tierras en que la topografía, permite la agricultura permanente.

Ante lo anterior, se hace necesaria la búsqueda y registro de sitios arqueológicos localizados en estas dos cuencas, que permitan complementar aún más el registro de sitios arqueológicos que ya se tiene y corroborar si en los valles existieron asentamientos prehispánicos, dadas las características del terreno que pudieran haber hecho factible el asentamiento humano en el pasado, a partir de áreas seleccionadas para tal fin, siempre considerando las cualidades del terreno para la práctica de la agricultura.

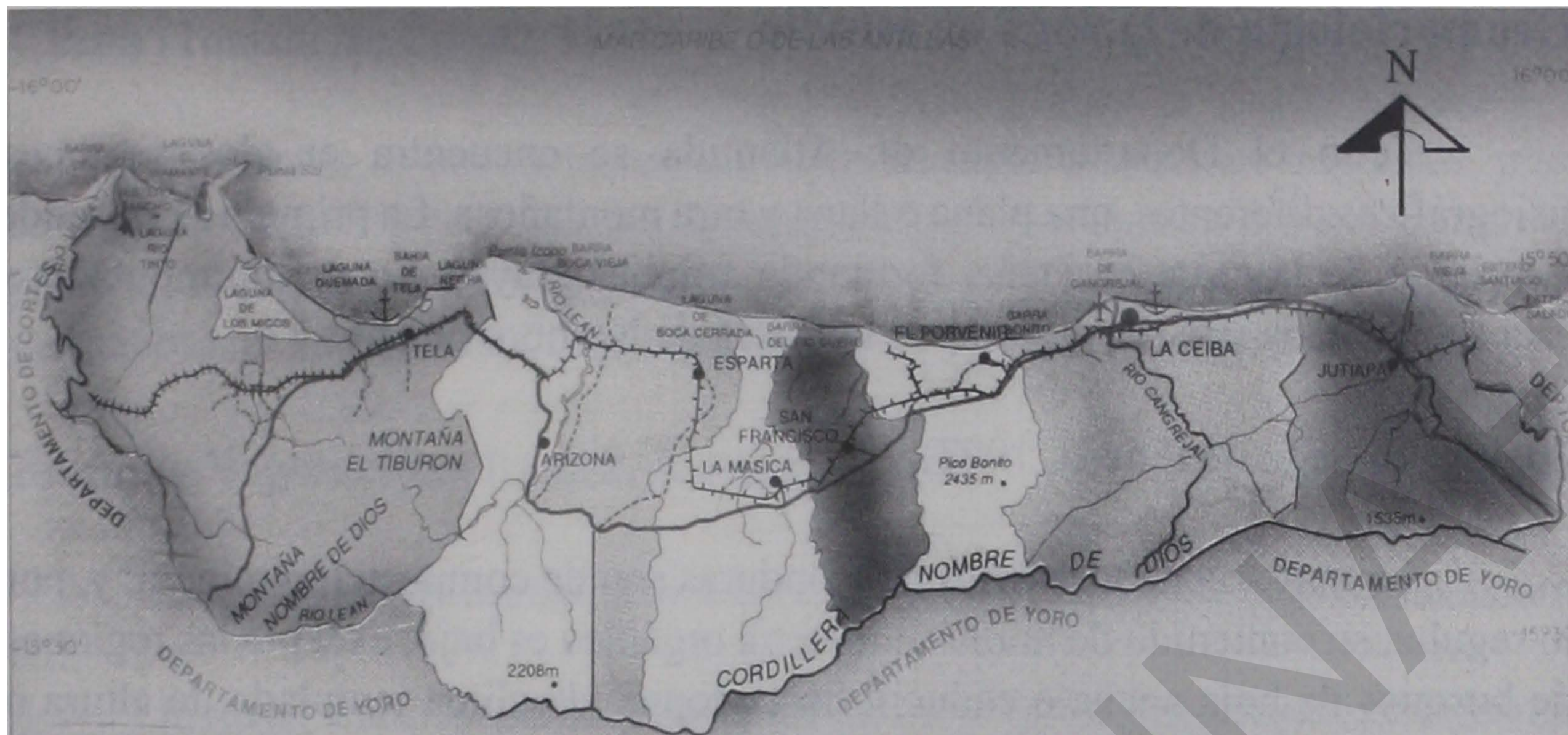
Ubicación del área en estudio

La ubicación del área de estudio se encuentra localizada en el Departamento de Atlántida, y abarca los municipios de La Ceiba, Jutiapa, El Porvenir y San Francisco, en la zona de la Cuenca de Río Cangrejal y su área de influencia en la llanura costera. (Ver mapa 1)

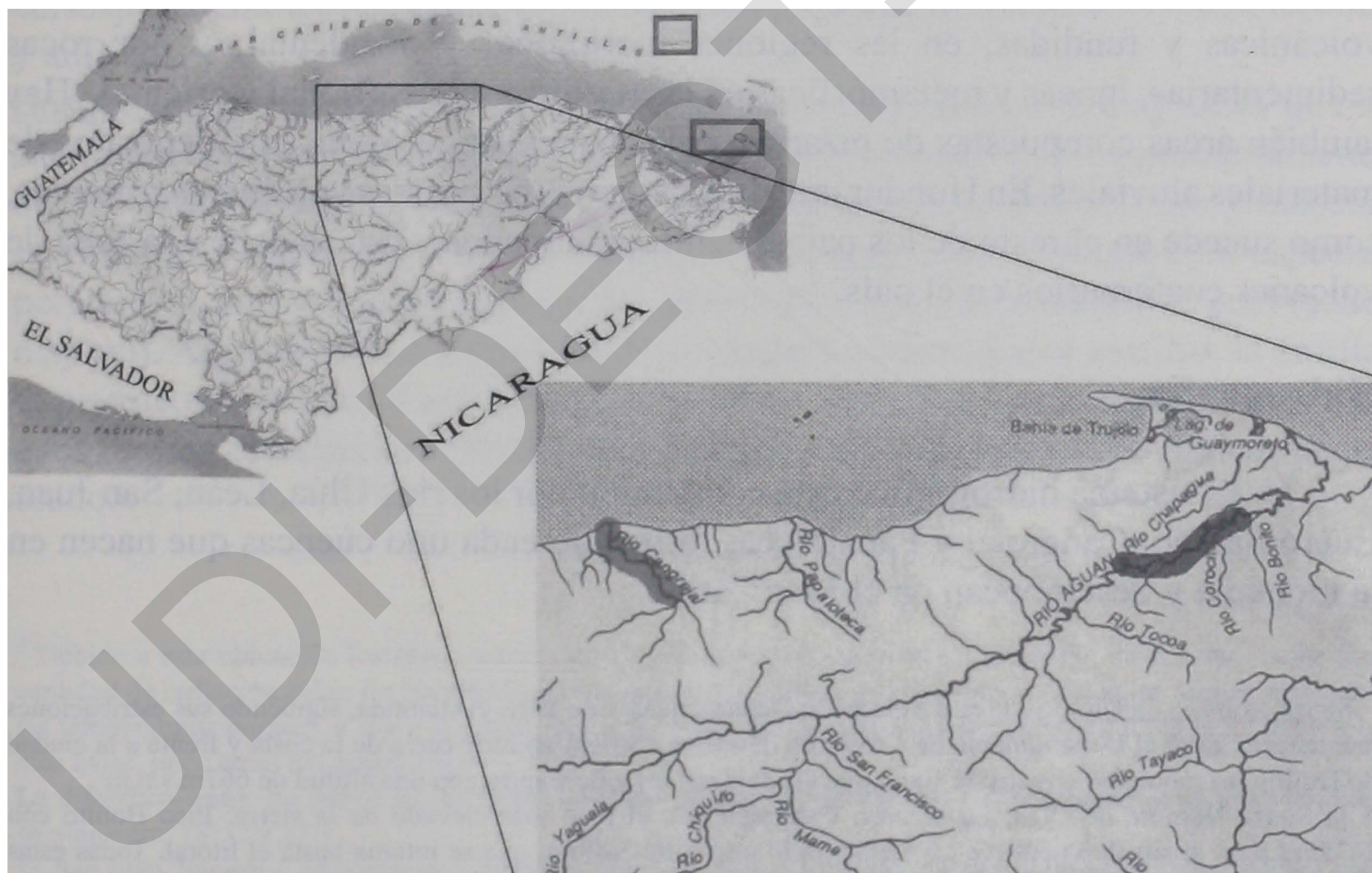
Cuenca del río Cangrejal

Los ríos Yaruca, Blanco y Viejo, son los que alimentan al río Cangrejal, el cual desemboca en la Barra del Cangrejal, en el Caribe hondureño. A las orillas del río se encuentra el sitio arqueológico Casa Blanca (AT-14), que se localiza al sur de la ciudad de La Ceiba, en el Departamento de Atlántida, sobre la carretera a Yaruca. Kilómetros más adelante, en la comunidad de Las Mangas, existe otro sitio arqueológico que tiene el mismo nombre que el poblado. (Ver mapa 2)

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera



Mapa 1. Departamento de Atlántida y la ubicación de los municipios que lo componen



Mapa 2. Territorio hondureño, en donde se indica la ubicación de las cuencas del Río Cangrejal y Río Aguan

Geomorfología de la zona en estudio

Todo el Departamento de Atlántida se encuentra en dos regiones fisiográficas diferentes, una plana o llana y otra montañosa. La primera se extiende a lo largo de la costa caribeña, formando amplias playas. La región montañosa esta accidentada por la orografía de la Sierra de Nombre de Dios.¹

Suelos (Tomado de Pineda, 1997)

La mayoría de los suelos de Honduras son de composición mineral y, por lo regular, su contenido de humus o materia orgánica es bajo, excepto las regiones de bosques de hoja ancha o caducifolios, propios de clima templado de altura o bien de la selva tropical o pluvioselva, en las cuales no ha intervenido la mano del hombre.

Desde el punto de vista geológico, la superficie de Honduras está constituida básicamente por ignimbritas terciarias, es decir, rocas de tobas volcánicas y fundidas, en las regiones meridional y occidental; y por rocas sedimentarias, ígneas y metamórficas en las regiones septentrional y oriental. Hay también áreas compuestas de pizarras, calizas, cenizas volcánicas y depósitos de materiales aluviales. En Honduras no hay cubiertas de cenizas volcánicas recientes, como sucede en el resto de los países centroamericanos y eso se debe a la falta de volcanes cuaternarios en el país.

Hidrografía

El sistema hidrográfico está constituido por los ríos Ulúa, Leán, San Juan, Cuero Salado, Cangrejal y Papaloteca, formando cada uno cuencas que nacen en la montaña y desembocan en el Mar Caribe.

¹ Sierra Nombre de Dios. Se localiza entre los Departamentos de Yoro y Atlántida, siguiendo sus estribaciones montañosas hasta el Departamento de Colón, en donde se encuentran muy cerca de la costa y frente a la ciudad de Trujillo las montañas o picos de Calentura (1235m.s.n.m) y de Capiro con una altitud de 667m.s.n.m.

A la Sierra Nombre de Dios, La Masica, Cangrejal con el pico más elevado de la sierra: Pico Bonito con 2435m.s.n.m. al sur de Puerto de La Ceiba, la Montaña de Salitrán que se interna hasta el litoral. Todas estas montañas están situadas en el Departamento de Atlántida. La Montaña de Mico Blanco en el Departamento de Colón, así como los picos ya mencionados de Calentura y Capiro. También forma parte de esta sierra la Montaña de El Tiburón, al occidente del Río Leán.

Estas montañas son fuente de numerosos ríos, muchos de ellos van directamente al mar y otros son afluentes del Río Aguán.

Clima (Tomado de Pineda, 1997)

Honduras se encuentra en las bajas latitudes o latitudes tropicales, pues se ubica entre los 12 y 19 grados de latitud norte². La Cuenca del Río Cangrejal presenta el clima lluvioso tropical de selva, en la llanura costera y, en la zona montañosa, el clima es de bosque tropical

Fauna y Vegetación (Tomado de Pineda, 1997)

Según la clasificación realizada por Pineda, la zona de estudio se encuentra en:

Selva Lluviosa: corresponde al bosque lluviosos tropical y ocupa la franja costera septentrional hasta los 600 m de altitud. Debido a su elevada humedad y a las altas temperaturas, posee una vegetación higrófila megatérmica con varios estratos. Los estratos superiores están formados por arboles de distintas alturas³. La fauna correspondiente a esta región, posee una gran variedad de mamíferos, aves, reptiles y anfibios.⁴

Bosque mixto subtropical: corresponde a los bosques húmedos tropicales que se extienden entre los 600 m y los 1200 m, con temperaturas de 23° C y precipitaciones de 1500 mm de media anual. Se localiza en los cordones montañosos y mesetas meridionales septentrionales y centrales. Los bosque están formados por especies perennes (pino) y caducifolias (roble, jiño cuabo, guarumo, chaparro, quebracho, níspero). Algunos de los mamíferos típicos son la musaraña, el zorrillo, la ardilla, el pisoste, el venado, el coyote, el gato montés y el chancho de monte). Entre las aves figuran el faisán de robledal, el tanuno, el correcaminos, y el gavián de pecho blanco.

² Debido a esta ubicación los rayos solares caen casi verticalmente sobre su territorio, de allí que recibe gran cantidad de radiación solar. En las regiones tropicales, como Honduras, son muy notables las oscilaciones entre las temperaturas durante el día y la noche. Durante el día las más elevadas son entre las 2 y 3 de la tarde y las más bajas, poco antes del amanecer.

La diferencia entre las temperaturas medias anuales en todo el territorio de Honduras no pasa de 9° C , pues oscilan entre 18° C y 27° C.

³ (San Juan, Sangre, Cedro común, Cedro real, Espavel, Binbayan, Sangredrigo, Gauyabon, Hule, madera rosa, Pino Brasil) y los inferiores por arbustos y epifitas (leanas, helechos, arborescentes, orquídeas).

⁴ Danto, pecari, jaguilla, tigrillo, mapachín, osos hormiguero, zorro de agua, manatí, mono araña y capuchina, perezoso); aves (colibrí , pájaro carpintero, búho de anteojos, tucan, lora de nuca roja, perico verde de la costa, cóndor, petirojo, guara verde, pato negro); reptiles (barba amarilla, cascabel, tamagaz, boa, tortuga golfina, caguama, iguana); anfibios (caimán café, rana trepadora).

Antecedentes históricos arqueológicos

Spinden, en 1925, realiza una descripción somera de la zona. Desde el antiguo camino real ascendió Río Aguan arriba hasta un sitio con montículos en la parte alta del valle. En esa zona encontró, en lo alto de un cerro, un montículo con paredes exteriores revestidas de piedra no labrada y en los alrededores, cerámica diferente a la de la zona inferior del río. Menciona que cerca de Olancho, observó hileras de montículos, cuya altura variaba entre 6 y 8 metros, uno de esos montículos conservaba aún parte de una escalinata de cerámica, con decoración plástica y los colores que ornaban los tiestos eran rojo y amarillo. (Stone, 1943)

En la parte inferior del Río Aguan, visitó Tocoa, donde menciona que hay montículos bajos en disposición irregular y de donde provienen manos de moler gigantes. La cerámica era igual a la del distrito de Trujillo. En Copete, otro sitio, encontró una gran villa de planta oval, rodeada de dos fosos que se complementaban con una empalizada en el lado interior; según Spinden era posible inundar los fosos con el agua del río y consideró la posibilidad de que el foso exterior indicara una ampliación de la aldea a partir del núcleo original. En Río Bonito localizó otro espacio oval rodeado por una fortificación de piedra que, en algunos casos, formaba una muralla doble. Siguiendo hacia el este, entre el Aguán y el Río Negro, visitó Piedra Blanca, brevemente, pero recogió material que fue trasladado al Peabody Museum; donde se encuentra en la actualidad. Esa cerámica permaneció sin estudiarse hasta 1971, cuando se le permitió al estudiante hondureño Véliz, analizarla para presentar su tesis (Reyes, 1976:244.245).

En 1933, William Duncan Strong realizó un viaje hasta Olancho y describe la ruina de Río Bonito, indicando que es rectangular, con muros de piedra de 4 pies de alto y hace referencias a otros sitios, pero lo importante es que el patrón de asentamiento parece incluir plazas y calzadas o alineamientos, al igual que recubrimientos en piedra no labrada. (Ídem).

Doris Stone (1941, 1972) casi no presenta material del Aguán, si bien lo menciona e integra a la «región maya» en la parte alta. Epstein, en 1957, realizó el estudio del material excavado por Junius Bird en el Norte de Honduras. La expedición de éste, visitó el sitio de Las Lomitas, que se encuentra en las planicies fluviales costeras, a 1 milla del Aguán. El sitio está rodeado por una fortificación en piedra y un foso cuyo diámetro es de 275 metros. En esas fechas la profundidad de los fosos era de 1.5 metros y el ancho de 8 y 10 metros de largo. En el interior había 10 montículos que no estaban orientados. Epstein lo ubica en el horizonte cocal.

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

Como ya se mencionó, en el año de 1971, Véliz estudió la colección procedente de Piedra Blanca; si bien menciona solamente el Horizonte Cocal para el sitio, en sus fotos se observan claramente asas adorno con el motivo del manatí, que ha sido ubicado a finales del Horizonte Selín, por lo que el sitio parece corresponder precisamente a la fase de transición entre los períodos clásico tardío final y el inicio del postclásico. En 1973 se elaboró un estudio de vasijas obtenidas por el IHAH de la cueva de Cuyamel. El material procedente de esa cueva comprende varias vasijas que pueden, posiblemente, asignarse al formativo medio, pero otras que serían del clásico y postclásico (Reyes Massoni y Véliz, 1974). Poco después Healy, de manera independiente publicó otro artículo sobre esa colección y algunas otras vasijas localizadas en esa zona; y, en 1975, apareció su informe sobre un sitio del Horizonte Selín. Por todo lo anterior, el Aguán es una región poco explorada arqueológicamente; es preciso recurrir a estudios de colecciones y su relación con cerámica de otras áreas, con la finalidad de formarnos una idea de la secuencia temporal, así como de los problemas arqueológicos que plantea. (ibidem).

Específicamente para la Cuenca del Cangrejal sus afluentes y la Llanura Costera, son pocos los trabajos de investigación que se han generado en el sitio. Mencionaremos los antecedentes directos con que se cuentan, a partir de intervenciones por parte del IHAH.

El sitio mejor conocido es el sitio de Casa Blanca, el cual se encuentra registrado desde el 21 de Agosto de 1989 a nombre de Vicente de Agurcia y José Menjivar. Desde entonces el sitio ha sido objeto de inspección y vigilancia por el IHAH.

Este importante sitio ha sufrido afectaciones a través de tiempo, como crecidas del Río Cangrejal, alteraciones humanas directa e indirectas, que ha afectado el estado de conservación del mismo. (Varela y Durón, 2006)

Objetivos y Metodología de recorrido

La arqueología en Honduras se ha enfocado, durante muchos años, en el reconocimiento de unas cuantas áreas geográficas, (Valle de Copán, Valle de La Entrada, Valle de Sula, Valle de Comayagua, Valle de Quimistán, Cuenca del Río Jicatuyo, Cuenca del Lago Yojoa) dejando el resto del país sin estudios de campo ni investigaciones sistemáticas. Uno de los objetivos de la Unidad de Arqueología del IHAH, es el buscar y registrar nuevos sitios arqueológicos, por áreas culturales arqueológicas, las cuales, serán tipificadas por orden de conocimiento inmediato

de zonas no conocidas arqueológicamente; o que han tenido menor impacto en las investigaciones dada su jerarquía; o por la falta de continuidad de las mismas, esto además, como parte del inventario nacional de sitios arqueológicos. De esta manera se plantea la necesidad de reconocer La Cuenca del Río Cangrejal sus afluentes principales y parte de la llanura costera inmediata a esta cuenca.

Dos son los objetivos principales de investigación y uno el objetivo de protección:

1. Un objetivo de alcance, es decir, es tratar de registrar el mayor número posible de sitios arqueológicos reconocidos en la cuenca del Cangrejal, sus afluentes principales a la llanura costera inmediata.
2. El segundo objetivo es académico y versa en la comprensión del tipo de asentamiento y su patrón, los cuales nos definirán estrategias de protección y conservación, para posteriormente plantear una segunda temporada de excavación arqueológica en los sitios con mayor potencial de información o, en todo caso, los sitios con mayor peligro de pérdida de información.
3. Delimitar y proponer una zona arqueológica de la cuenca del Río Cangrejal y sus área de influencia con base en los datos obtenidos del reconocimiento de superficie.

Resultados de los reconocimientos de superficie

Sitio: El Perú
Departamento: Atlántida
32 M.s.n.m

Descripción: ubicado en la llanura costera, a 1.4 Km del la playa, en la aldea El Perú. Se trata de un sitio conformado por 6 montículos de tierra apisonada de forma irregular, de aproximadamente 1.60 m de altura asentados en una pequeña planicie costera. Se observan escasos artefactos en superficie, lítica tallada como núcleos, pedernal y tiestos de cerámica erosionados. (Ver fotografía 1)

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

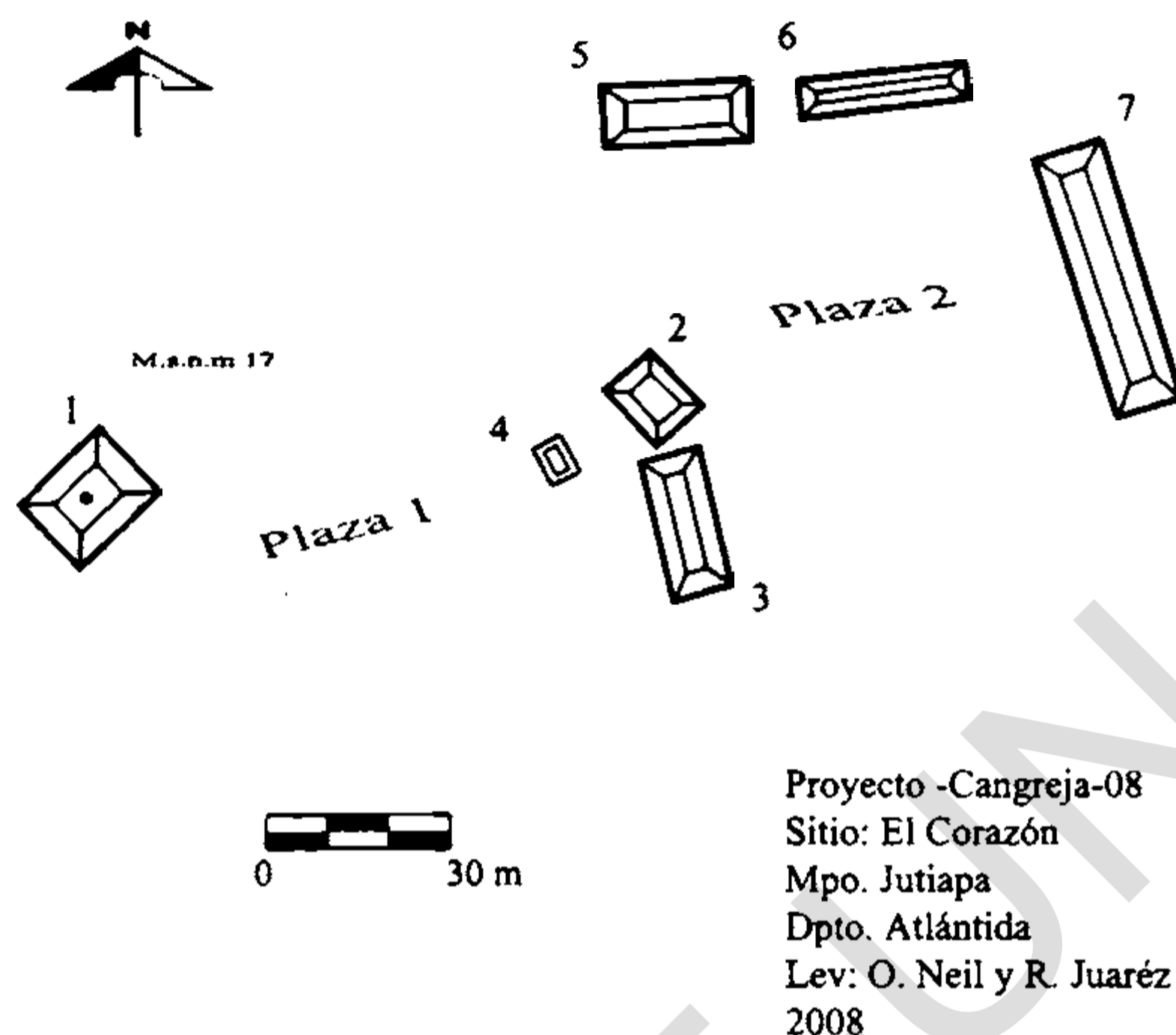


Sitio: Jutiapa El corazón
Departamento: Atlántida
17 M.s.n.m
Propietario Luis Espinoza y Giovani

Descripción: Sitio arqueológico ubicado en la llanura costera, conformando por 10 estructuras visibles en superficie alrededor de lo que parecen dos plazas. La altura de las estructuras es de 3-4 m, con un grado de conservación de regular a bueno. Por la complejidad del asentamiento y su ubicación, este lugar pudo haber sido un sitio que controlaba el acceso a las cuenca vecina del Río Papaloteca. (Ver fotografía a y b)



Fotografías 2 y 3, a) Estructura 1, b) Vista general de la Estructura 2, 3 y 4



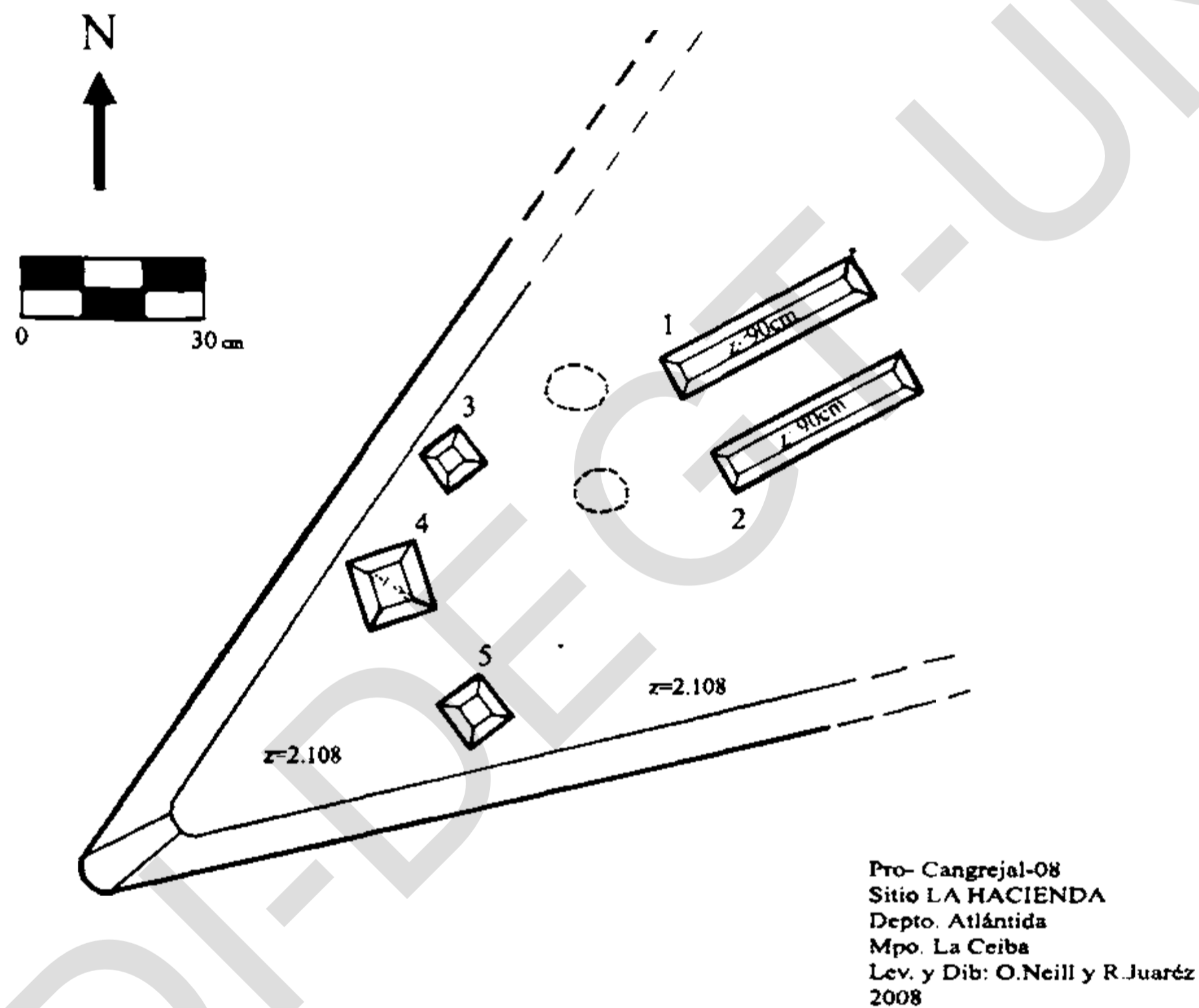
Levantamiento Planimétrico 1. Sitio arqueológico El Corazón

Sitio: La Hacienda
Departamento: Atlántida
351 M.s.n.m

Descripción: Sitio ubicado en el margen derecho del Río Viejo, sobre lo que parece ser una plataforma construida 2.10 metros sobre el nivel del suelo. El estado de conservación es de mala a regular, ya que sobre él actualmente se encuentra ubicada una hacienda agrícola. Se puede reconocer, en la superficie, dos estructuras paralelas las cuales miden 24.30 m de largo por 7 m de ancho con una altura de 90 cm aproximadamente con una orientación con respecto al Norte de 62° , siendo la distancia de separación de estas dos estructuras constante de 10 m, dada estas características descritas se trata de un juego de pelota, el cual es muy común encontrarlo en la zona cultural mesoamericana, pero al estar ubicado éste en el área intermedia o circuncaribe, no da paso a ricas interpretaciones sobre su presencia en esta zona. (Ver fotografía 4)

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

Fotografía 4. Juego de pelota de La Hacienda, estructuras 1 y 2.



Levantamiento Planimétrico 2. Sitio arqueológico de La Hacienda.

Sitio: La Colorada
Departamento: Atlántida
351 M.s.n.m

Descripción: Ubicado en el margen derecho del Río Viejo, este sitio junto con los sitios de la Hacienda Corazón, Casa Blanca y La Lucha (sitio no visitado)

presenta una arquitectura compleja en la distribución espacial de las estructuras arqueológicas. Podemos mencionar que hay un patrón de asentamiento muy parecido a los del área mesoamericana, ya que además de tener estructuras hechas de tierra y piedra, presenta espacios abiertos en el interior: las plazas, y muy cerca de él, se encuentran dos juegos de pelota. Esto le hace un lugar especial en el mundo prehispánico.

El sitio fue registrado en 1987 por el Representante Regional Norte, Juan Alberto Durón y Saúl Murillo, asignándole la nomenclatura At-013; donde se registró que el sitio cuenta con piedra careada y es de tipo habitacional, con estructuras de 3 a 4 metros de altura, con plazas y empedrados, siendo un sitio que fue ocupado, probablemente, en el periodo clásico.

Durante los últimos 20 años el sitio parece no haber tenido grandes cambios, solamente los que menciona la gente del lugar y que fueron provocados por el Mitch; el sitio no cuenta con un plano o dibujo planimétrico, en la última visita realizada al lugar se tomaron puntos georeferenciados del centro de 12 estructuras, las de mayor altura, teniendo así una idea de la distribución espacial, reflejada en papel, sin embargo, hace falta realizar un dibujo planimétrico del sitio, en su totalidad, así como rectificar la poligonal, ya que después del tiempo transcurrido, parece ser que el sitio se ha reducido. (Ver poligonal 3)

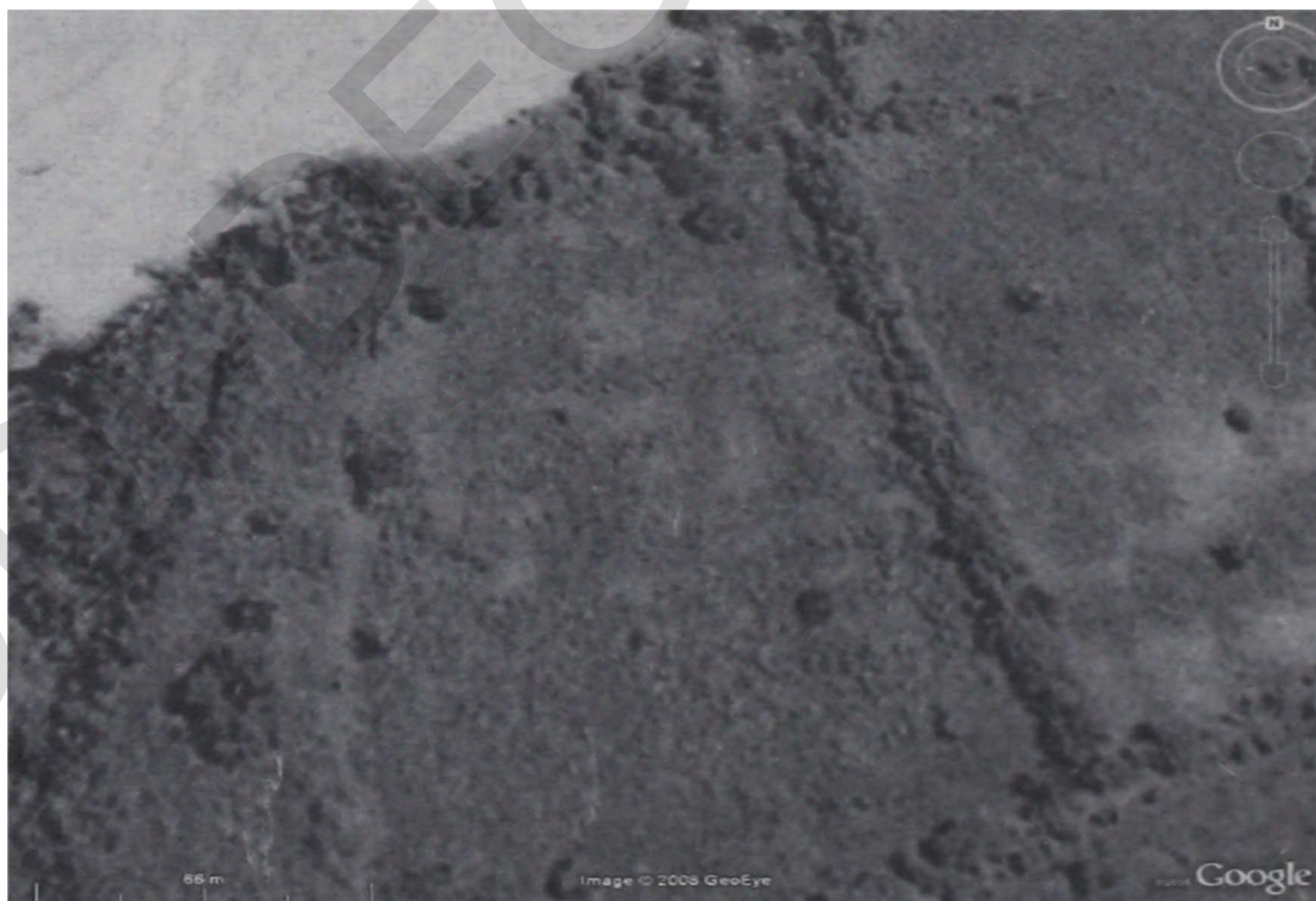


Imagen satelital 1. donde se observan montículos del sitio La Colorada

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

**Foto 5.
Estructura
principal.**



Foto 6. Vista general del sitio.



**Foto 7. Acceso principal a la
estructura principal.**

Sitio: Las Piedras
Departamento: Atlántida
0 M.s.n.m

Descripción: Sitio ubicado en la llanura costera, justo en la línea costera o playa, Se trata de una serie de rocas ubicadas sobre la playa de los cuales destaca una piedra semicircular la cual presenta una serie de tallados sobre su superficie, estos tallados son 73, y parece que fueron hechos con una herramientas de piedra, talvez, un percutor el cual tuvo que ser más duro que el granito que forma la roca. (Ver fotografía 8)

Los tallados tienen forma alargada y miden entre 40cm y 20cm, y de ancho entre 5cm y 7cm por 2cm de profundidad. Este tipo de tallado fue encontrado en otra piedra de granito en el sitio arqueológico de Finca Jericó ubicado en las

inmediaciones de la ciudad de Trujillo (Cruz y Rodríguez, 2007 y Rodríguez y Cruz, 2007) (Ver fotografía 9)



Fotografía 8. Vista general de los tallados en la roca



Fotografía 9. Vista comparativa del petroglifo encontrado en el sitio de La Finca Jericó en Trujillo.

Sitio: Las Mangas
Departamento: Atlántida
145 m.s.n.m

Descripción: Sitio ubicado en la rivera derecha del Río Cangrejal, en las inmediaciones de la comunidad actual de Las Mangas. Este sitio está compuesto por una serie de terrazas que van desde la orilla del margen del río hasta la parte más alta. Se pueden observar dos estructuras en superficie; la Estructura 1 es la estructura más grande, de forma cuadrangular, en cuya parte frontal se observa un alineamiento de piedras, parecidas a estructuras megalíticas que nos recuerdan mas al tipo de arquitectura del área intermedia. Este tipo de sitios arqueológicos en lo que a su distribución espacial nos muestra, son muy parecidos a los sitios que se localizan en el área intermedia, en donde el patrón predominante, es la distribución de terrazas habitacionales o de cultivo, presentando a veces una sola estructura en superficie, y alineamientos de piedras. (Ver fotografías 10, a la 13)

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera



Fotografía 10. de la Estructura 1



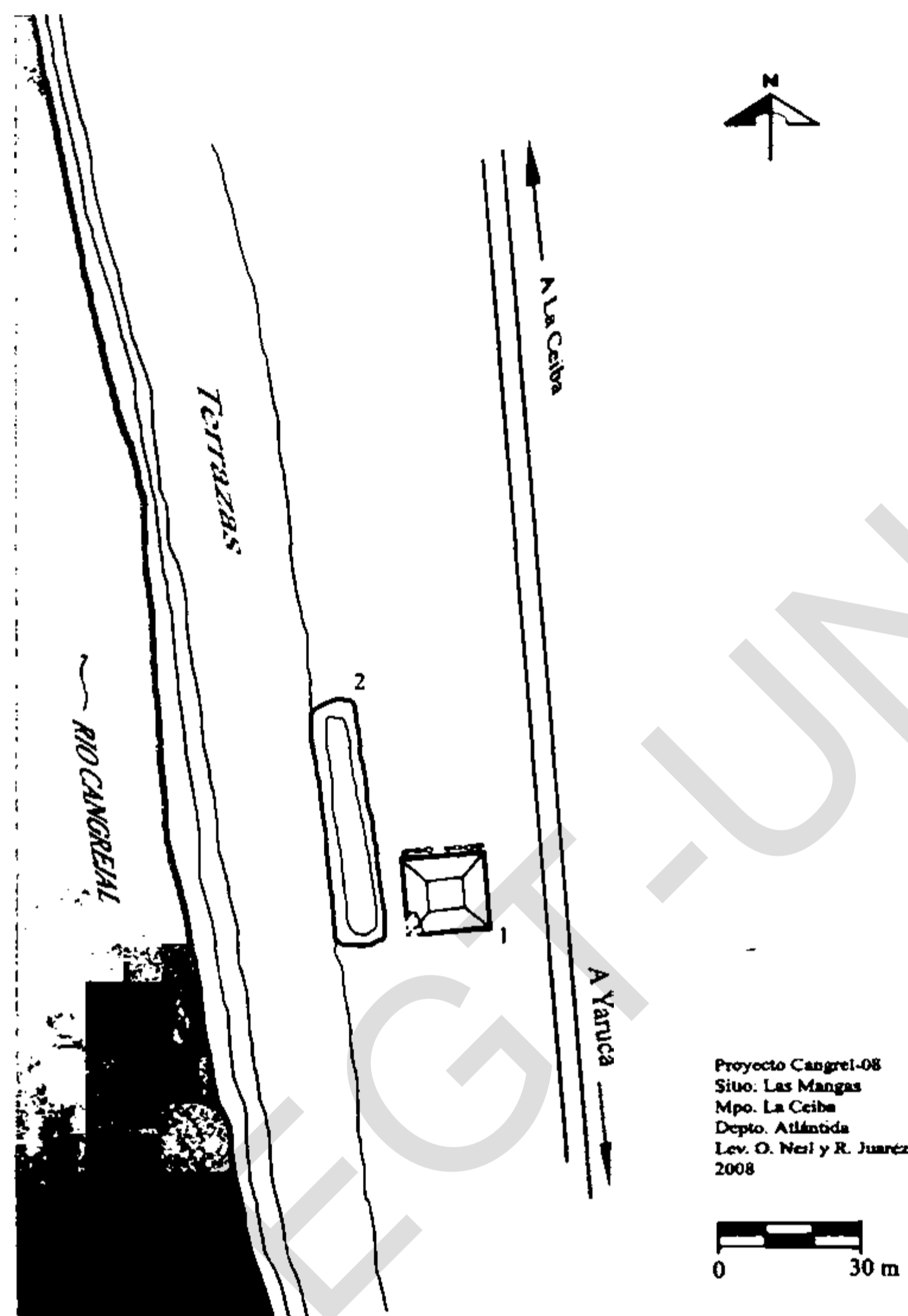
Fotografía 12. Vista del alineamiento de piedras en la parte frontal de la estructura 1



Fotografía 11. Vista general en panorámica de la Estructura 1



Fotografía 13. Vista de las terrazas que constituyen el sitio de la Mangas



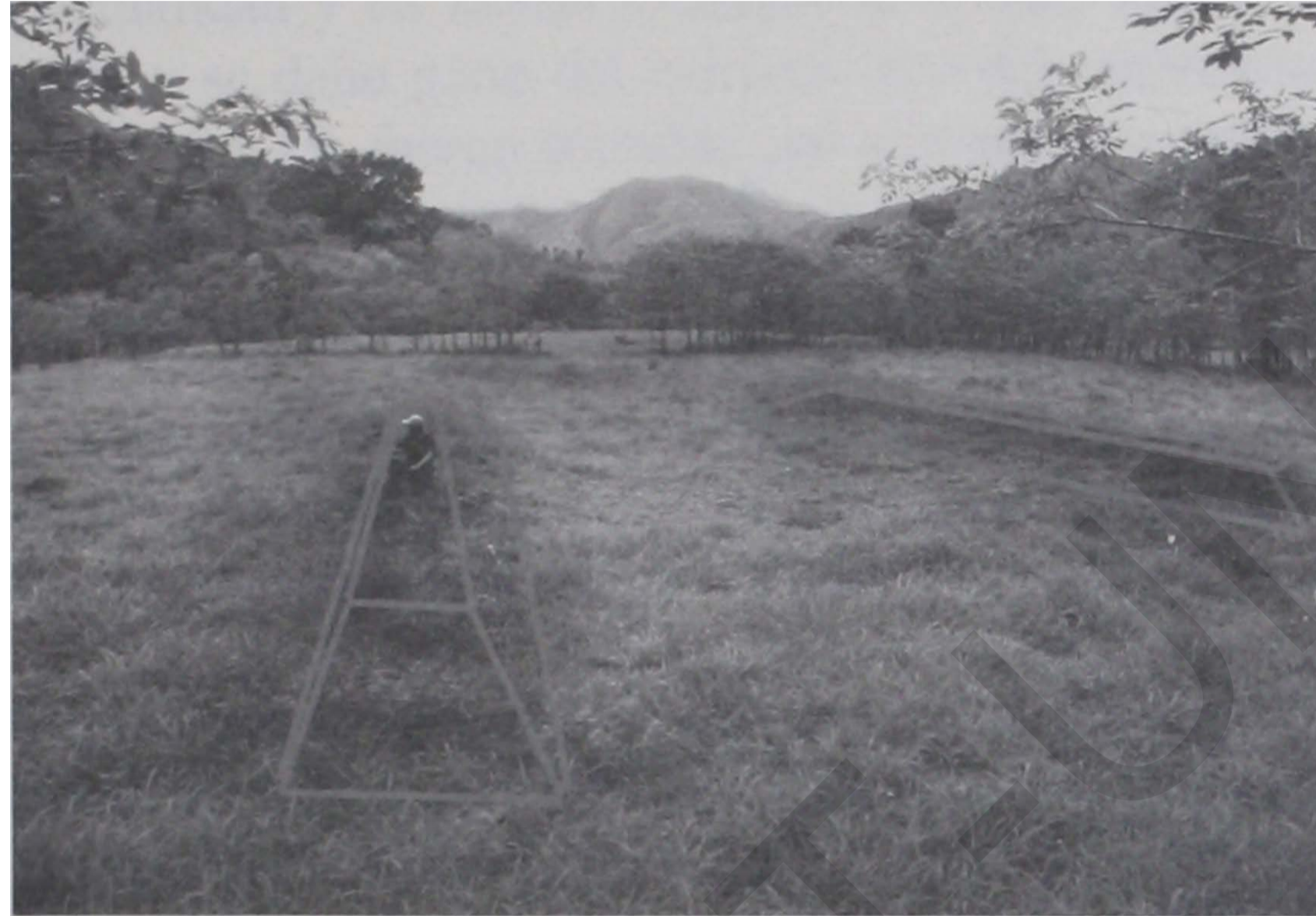
Levantamiento Planimétrico 3. Sitio arqueológico de Las Mangas

Sitio: Los Limpios
Departamento: Atlántida
313 m.s.n.m
Propietario: Fany de Canela

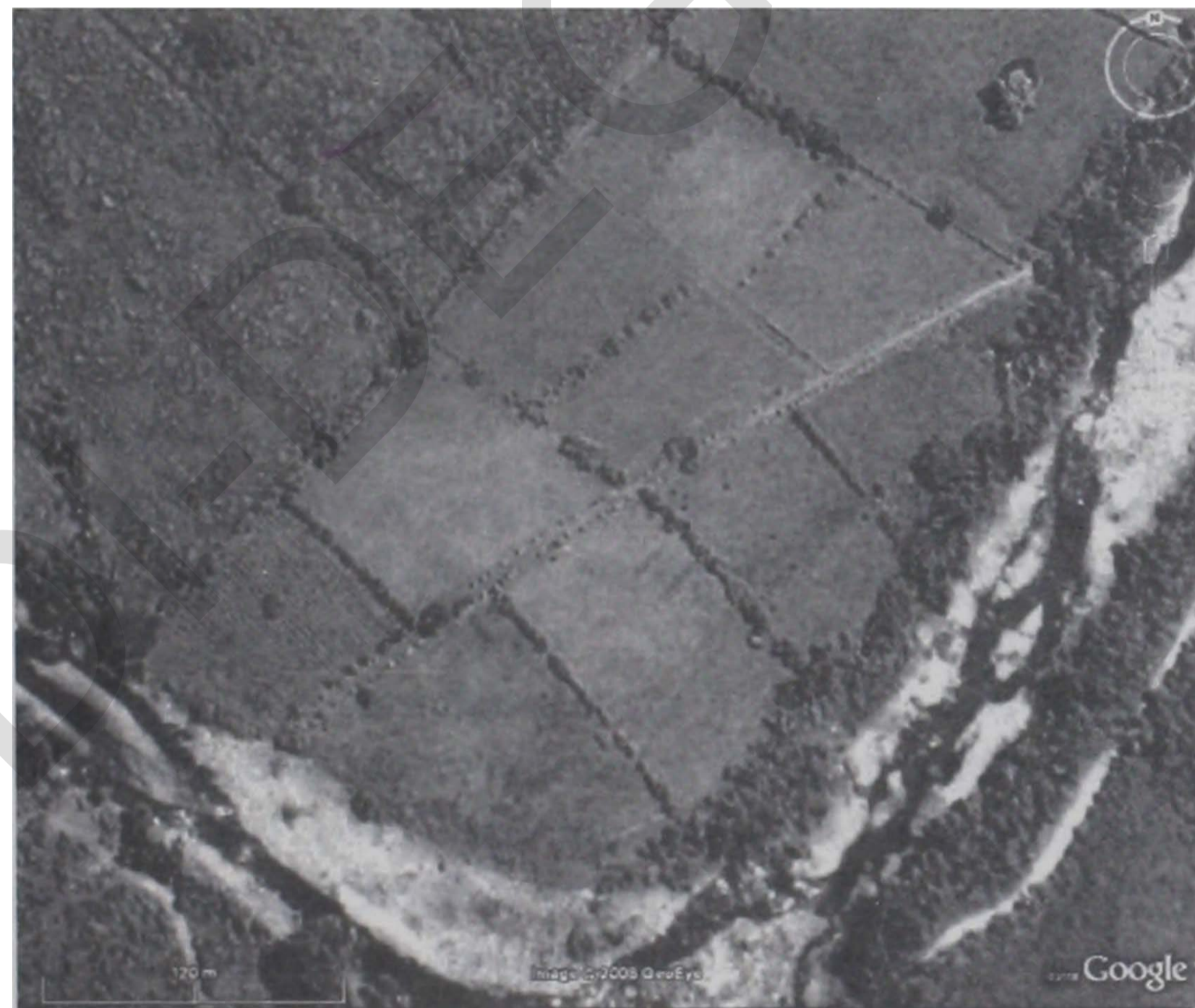
Descripción: Ubicado en el margen izquierdo del Río Blanco. Se trata de un sitio con 7 visibles en superficie, este sitio presenta lo que parece es un juego de pelota, ya que se observan dos estructura rectangulares paralelas de dimensiones similares las cuales miden 27 m de largo, por 9 m ancho y 1 m de alto, separadas por 8 m aproximadamente, con una orientación, con respecto al Norte, de 120°. Es importante señalar que este tipo de estructuras relacionadas a los juegos de pelota

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

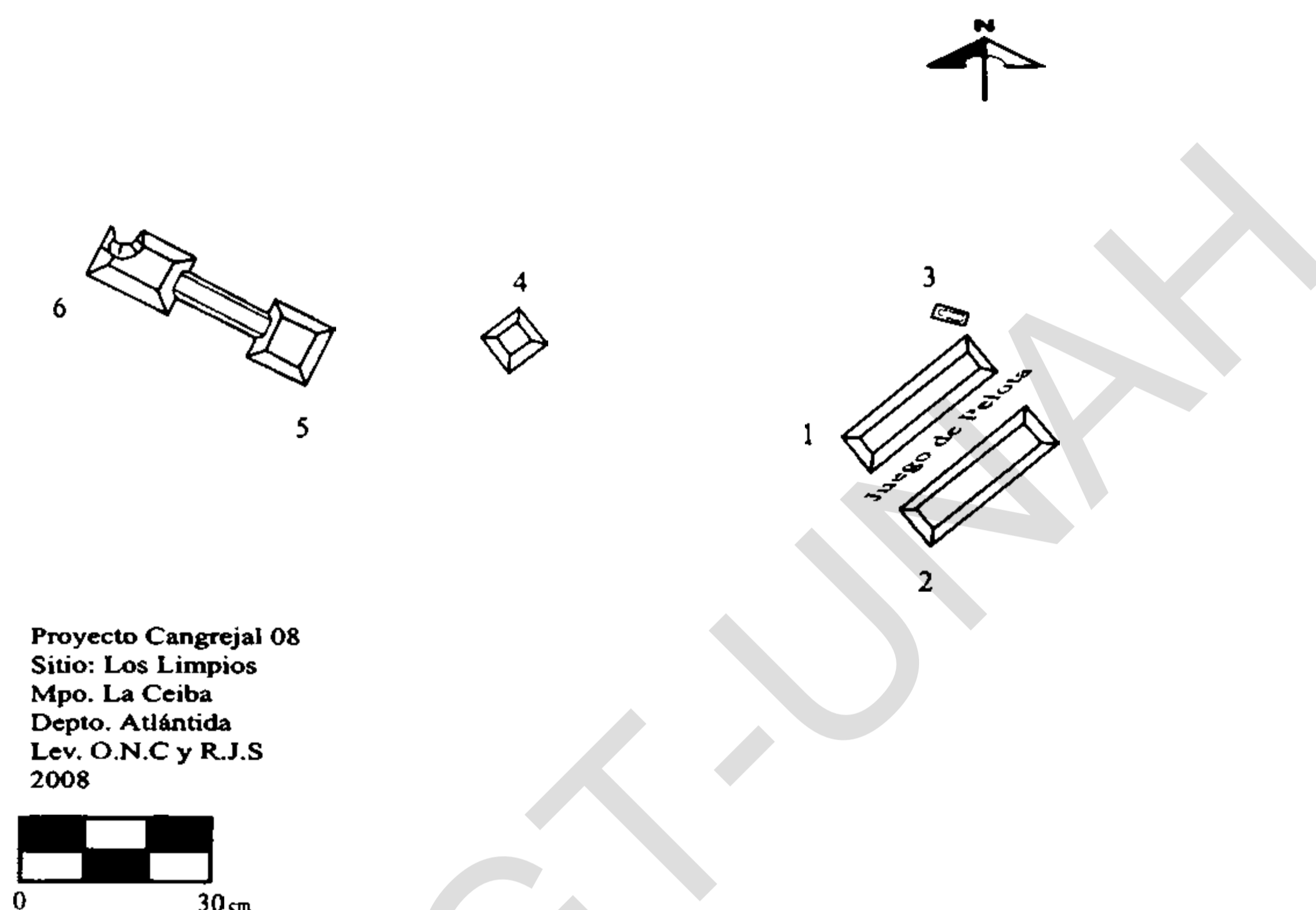
generalmente son asociadas a grupos mesoamericanos, por lo que su ubicación en el área límite circuncaribe o intermedia nos da un panorama de interacción, procesos de mesoamericanización de los grupos humanos que habitaron esta zona de Honduras en la época prehispánica. (Ver fotografías 14)



Fotografía 14. Juego de Pelota del sitios Los Limpios



Fotografía satelital 2. Sitio Los Limpios, nótense las dos estructuras paralelas del juego de pelota en el centro de la imagen



Levantamiento Planimétrico 4. Sitio arqueológico de Los Limpios

Sitio: Casa Blanca
Departamento: Atlántida
37 m.s.n.m

Descripción: El sitio arqueológico Casa Blanca AT-14 se localiza al sur de la ciudad de La Ceiba, en el Departamento de Atlántida, sobre la carretera a Yaruca, sobre un elevado terreno, al margen este del Río Cangrejal. Exactamente sobre la terraza aluvial del Río Cangrejal aproximadamente a 100-150 metros de su margen derecho. Para llegar a este sitio se toma la carretera que de la ciudad de La Ceiba conduce hacia Trujillo, Departamento de Colón, e inmediatamente que se cruza el puente conocido como Saopin sobre el Río Cangrejal al margen derecho, se toma un desvío que conduce a la comunidad de Yaruca. De la intersección, aproximadamente a 300-400 metros al margen izquierdo de la carretera y colindante con el caserío de Casa Blanca se encuentra este asentamiento arqueológico.

Actualmente el terreno en el sector oeste es baldío, no así en el lado este

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

del sitio donde se ven algunos escasos cultivos de plátano y una casa de habitación. En este extremo es donde se han concentrado los daños a la arquitectura aquí se encuentra el grupo principal de montículos, o sea; los más representativos del sitio pero, ahora se encuentran completamente dañados.

En la actualidad y en fechas recientes se aplanó toda la parte superior del montículo 16, y se dañó parte del extremo este del montículo 17, mientras que las estructuras 18 y 19, fueron cortadas casi a la mitad en fonna longitudinal, también se ve daño en los montículos 2, 5, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 17, 38 y 44. (Ver levantamiento 5 y 6)

En el sector oeste, el sitio se mantiene bastante conservado y sólo se ve daño en la esquina sureste del montículo 9 que es una plataforma pequeña de 2 metros de elevación, también fue hecho un corte en la falda de la terraza aluvial de aproximadamente unos 200-300 metros de largo y 1.5-2.00 metros de profundidad.

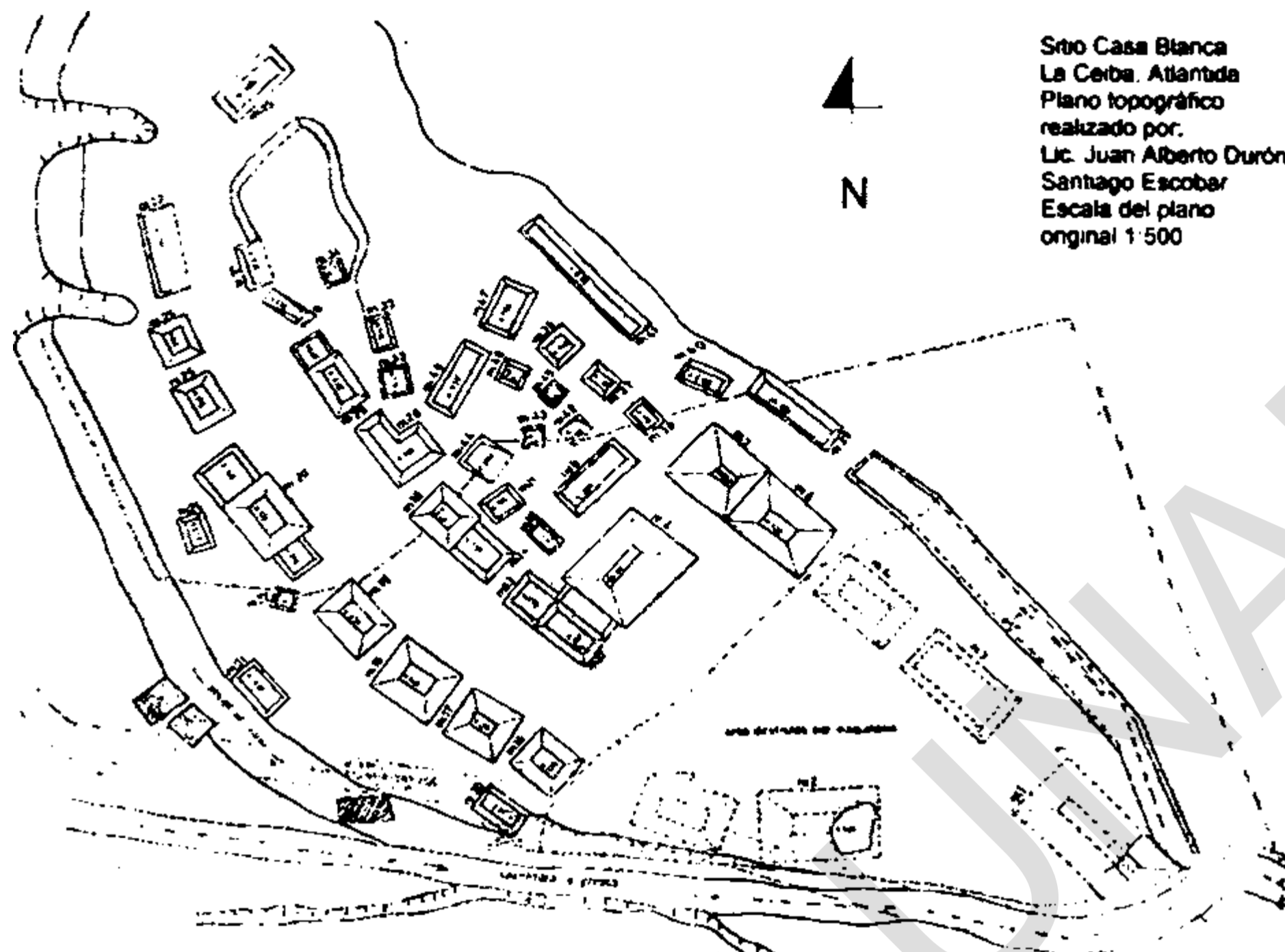
Sobre el montículo en mención, fue construida, hace mucho tiempo, una casa de habitación la cual se encuentra en estado de abandono. A causa de esta construcción se provocó la destrucción de toda la parte superior del montículo.

Casa Blanca tiene una extensión aproximada de 250 metros de norte a sur por 300 metros de este a oeste, cuenta en su totalidad con cincuenta estructuras. La más alta es la estructura 8 y mide 6.30 metros de elevación, la de mayor longitud es la estructura 41 y mide 46 metros de largo por 8.30 metros de ancho.

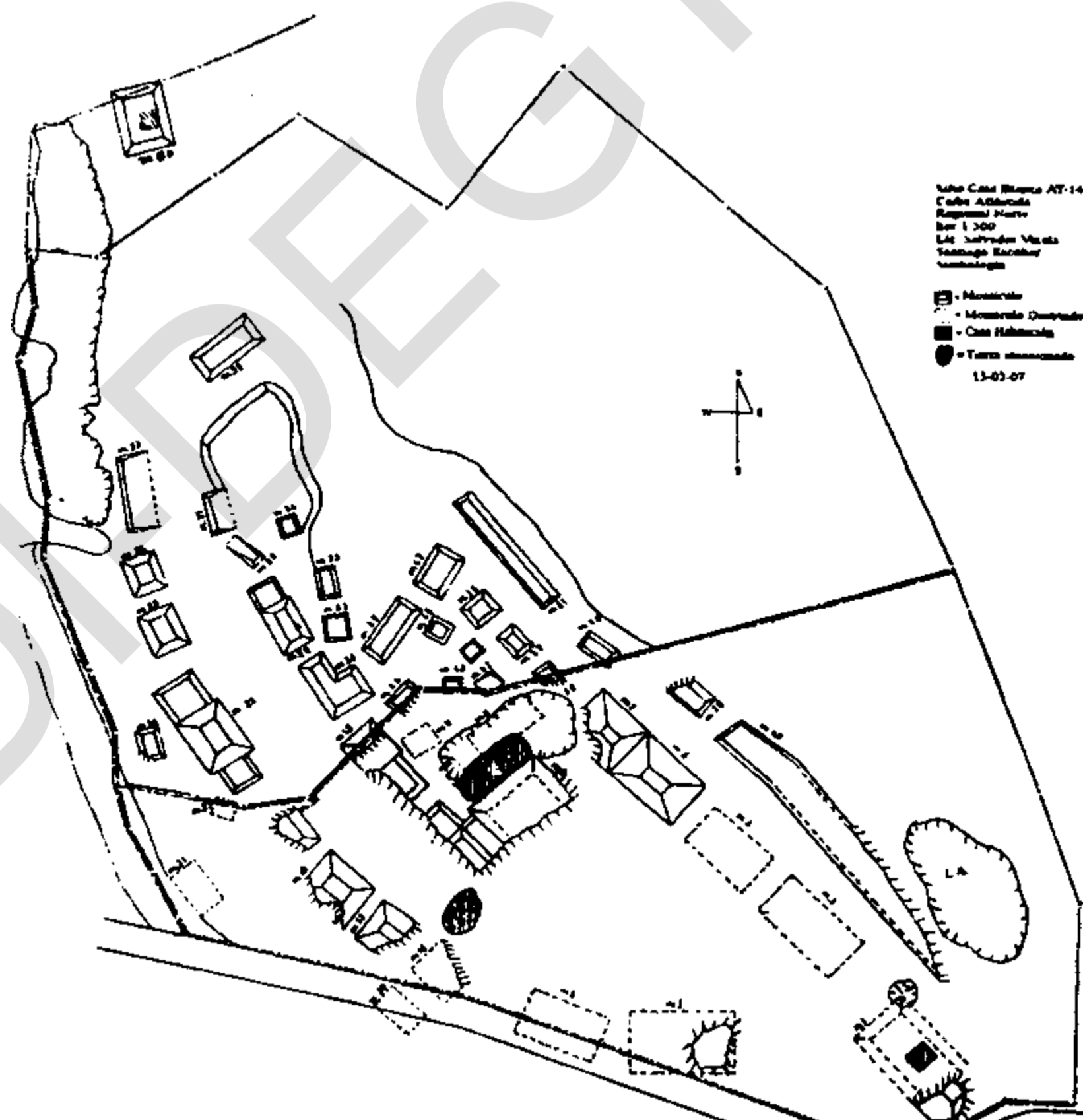
Los materiales utilizados en la construcción de las estructuras son piedras de canto rodado y principalmente con relleno de tierra, en un 80 % .

El patrón de ubicación de estructuras del sitio está bien definido y ordenado y la distribución ortogonal de las estructuras es en forma de la letra D, similar al patrón de asentamiento de estructuras en los sitios del Valle de Naco y la región de Sula en el sector del Valle de Quimistán. (Salvador Varela y David Durón, 2006)

Yaxkin Año 34, Vol. XXV, No. 1, 2009



Levantamiento 5. Sitio Casa Blanca tras las afectaciones, en el año de 1996



Levantamiento 6. Sitio Casa Blanca tras las afectaciones, en el año de 2007

Conclusiones

El conocimiento del pasado ha hecho que la sociedad moderna, vea a los sitios arqueológicos, como zonas de recreación cultural (donde día tras día el proceso de investigación arqueológica aporta conocimiento del pasado cultural del ser humano), creando nuevas perspectivas de desarrollo humano, de las comunidades cercanas a los sitios arqueológicos, a través de implementación de estrategias de desarrollo. La complejidad cultural de la zona, hablando estrictamente de los sitios arqueológicos, radica en su riqueza cultural la cual se ve plasmada en sus restos materiales, entre ellos el legado arquitectónico, que ha permanecido como testigo de una época pasada. Los reconocimientos de superficie en la Cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes principales y la llanura costera, que va desde La ciudad de La Ceiba hasta Jutiapa, nos dio como resultado el registro de 9 sitios arqueológicos⁵ (Ver Mapa 3), de los cuales tres de ellos, Casa Blanca, La Colorada y El Corazón, presentan arquitectura del tipo monumental ceremonial, dominados por montículos de entre 3 y 4 metros de altura, así como una complejidad en la distribución de las estructuras en superficie, las cuales delimitan muy probablemente espacios en el interior de los sitios. La segunda clasificación de sitios para esta zona del Cangrejal, la constituyen los sitios cuya complejidad es diferentes con relación a su distribución espacial, los cuales, en el caso de Los Limpios y La Hacienda, presentan juegos de pelota sobre terrazas elevadas, los cual implican un uso ceremonial en la cosmovisión mesoamericana. La tercera clasificación de sitios arqueológicas para esta zona, lo constituyen los sitios como: La Mangas, enclavado en la cuenca del Cangrejal, y los dos que están en la llanura costera, Las Piedras y El Perú, los cuales presentan una influencia muy parecida a los asentamientos arqueológicos del la llamada área intermedia, constituyéndose básicamente por terrazas habitacionales y de cultivo, dominados por una sola estructura o basamento piramidal, así como elementos megalíticos o tallas en las piedras.

El Patrón de asentamiento reconocido para la Cuenca, nos revela una interacción entre sitios con probablemente tradiciones culturales distintas, que compartían una zona entre la llanura costera, el pie de monte y la montaña, comunicados a través del paso natural que constituían las cuencas, que en forma

⁵ Casa Blanca fue registrado en el año de 1994 por el Lic. Alberto Durón; y el sitio de La Lucha no fue visitado dada la temporada de lluvias que imposibilitó la visita quedando pendiente su registro completo, sin embargo se incluye en la Propuesta de Zona Arqueológica de Río Cangrejal, sus afluentes y la Llanura Costera.

de rutas, penetraban la montaña desde la llanura y el mar, e iban adentrándose más en la montañas hasta comunicarse con otras cuencas más grandes como la de la Cuenca que forma el Valle de Río Aguan. Estas rutas eran quizás controladas por asentamientos que estaban ubicados en la entrada de las cuencas, como lo constituye Casa Blanca, en el principio de la Cuenca del Cangrejal, y el sitio de El Corazón, ubicado estratégicamente entre el mar la llanura y el principio de la Cuenca del Río Papaloteca.

Estas evidencia de sitios, a lo largo de la cuenca del Cangrejal y sus afluentes, nos hacen pensar que en las cuencas vecinas de los Ríos, Leán, San Juan, Cuero Salado, Cangrejal y Papaloteca, están ubicados asentamientos prehispánicos que las controlaban. La existencia del sitio arqueológico de San Juan⁶ ubicado en la llanura costera (igual que Casa Blanca y El Corazón) a la entrada de la cuenca del Río San Juan, nos hace fundamentar mas la hipótesis del control de la cuencas que conducían a otras más grandes como paso natural de personas y productos. Queda pues trabajo pendiente para continuar con el reconocimientos de las cuencas vecinas a la del Cangrejal, y la excavación de los sitios arqueológicos, para conocer mejor y tratar de entender la dinámica de asentamiento y la comunicación entre diferentes áreas culturales.

15. Distancias aproximada en kilómetros entre sitios arqueológicos

1. Casa Blanca a Las Mangas 8.1 Kilómetro
2. Las Mangas a La Colorada 9.0 Kilómetros
3. La Colorada a La Hacienda 2.0 Kilómetros
4. La Hacienda a Los Limpios 6.7 kilómetros
5. Los Limpios a Casa Blanca 23.1 Kilómetros
6. Las Piedras a Casa Blanca 9.6 Kilómetros
7. Las Piedras a Casa Blanca 19.4 Kilómetros
8. El Corazón a Casa Blanca 37.2 Kilómetros

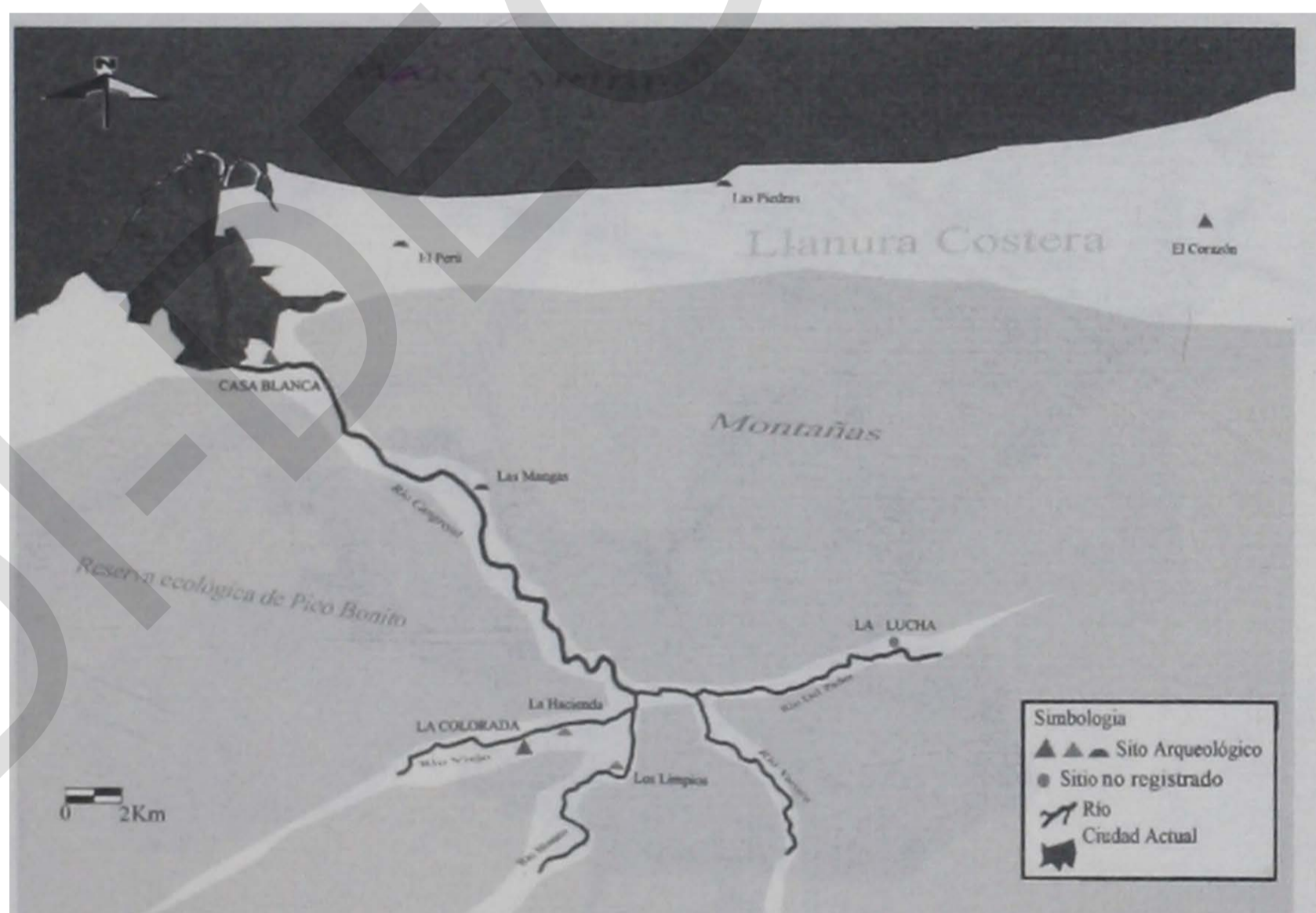
⁶ Este sitio fue visitado y registrado, pero no se incluye dentro de la propuesta de Zona arqueológica por estar muy alejado del Cangrejal.

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera

Propuesta de Zona Arqueológica de la Cuenca del Río Cangrejal, Afluentes principales y Llanura Costera.

Se registran 8 sitios arqueológicos, los cuales, cinco de ellos se encuentran en la cuenca y tres más están ubicados en la llanura costera, lo que hace de la zona, un área habitable, desde tiempos prehispánicos, donde convergieron grupos de diferente filiación cultural⁷, la propuesta surge por la inquietud de tener en la zona costera una zona arqueológica protegida como parte integral del sistema cultural y ecológico; además de ser un aporte al conocimiento del patrón de asentamiento humano en la cuenca del río Cangrejal y la llanura costera, a través del tiempo.

La propuesta de Zona Arqueológica de la Cuenca del Río Cangrejal, afluentes principales y llanura costera, también incluye una poligonal para protección del Patrimonio Cultural, teniendo un área protegida de 251 kilómetros cuadrados (véase mapa del poligonal). Esta propuesta de poligonal fue elaborada en el laboratorio, con base en mapas topográficos, fotografías satelitales y los datos recopilados por el proyecto arqueológico Cuenca del Río Cangrejal; por lo cual, es necesario realizar trabajo en campo, ubicando punto a punto, dejando testigos (mojones) en el sitio para una delimitación exacta. (Ver imagen satelital 3, Poligonal 1 y 2)



Mapa 3. de Ubicación de los Sitios Arqueológicos registrados en la Cuenca del Río Cangrejal, Afluentes y llanura costera.

⁷ Área Intermedia y Mesoamericana

Yaxkin Año 34, Vol. XXV, No. 1, 2009

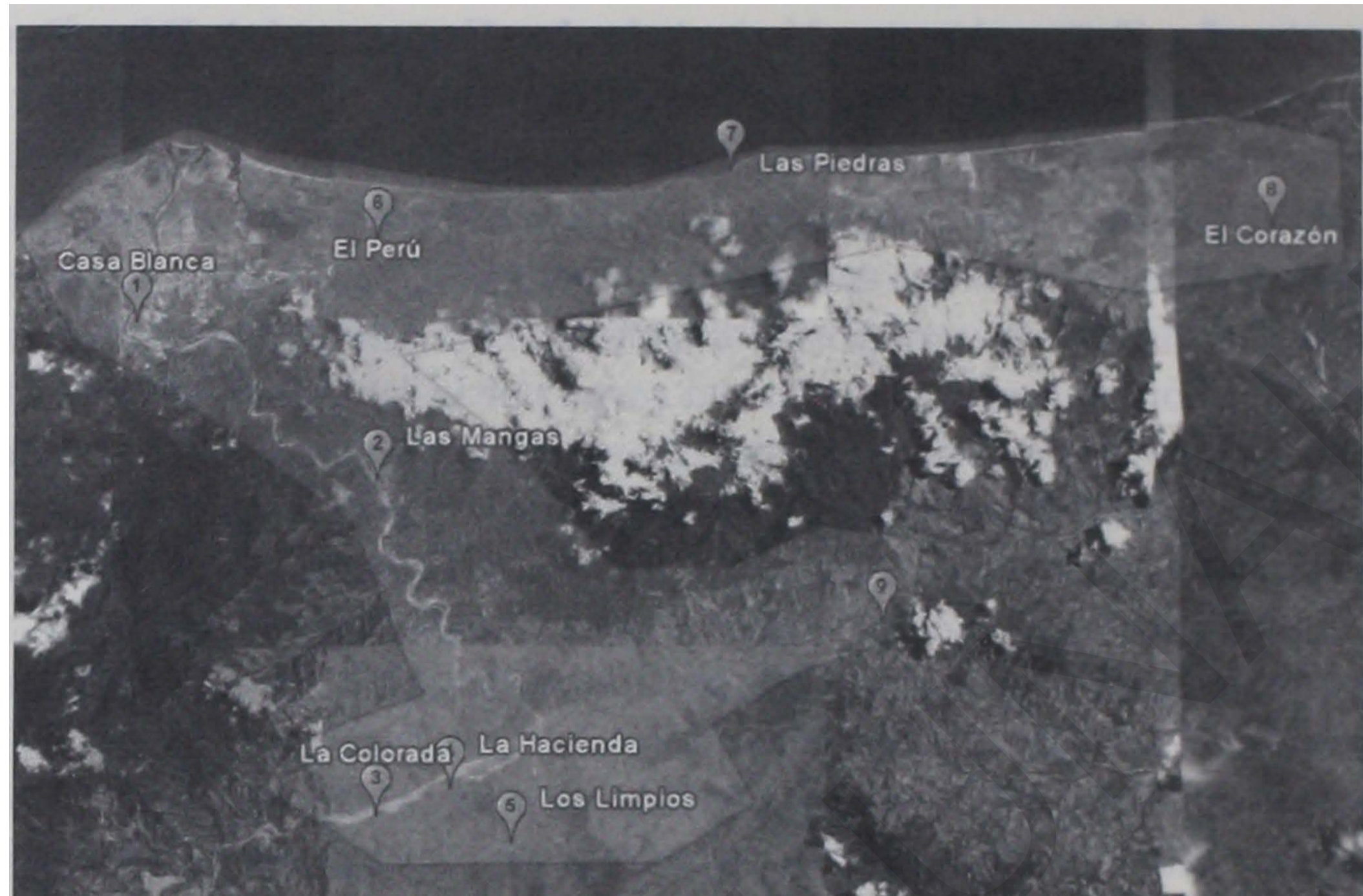
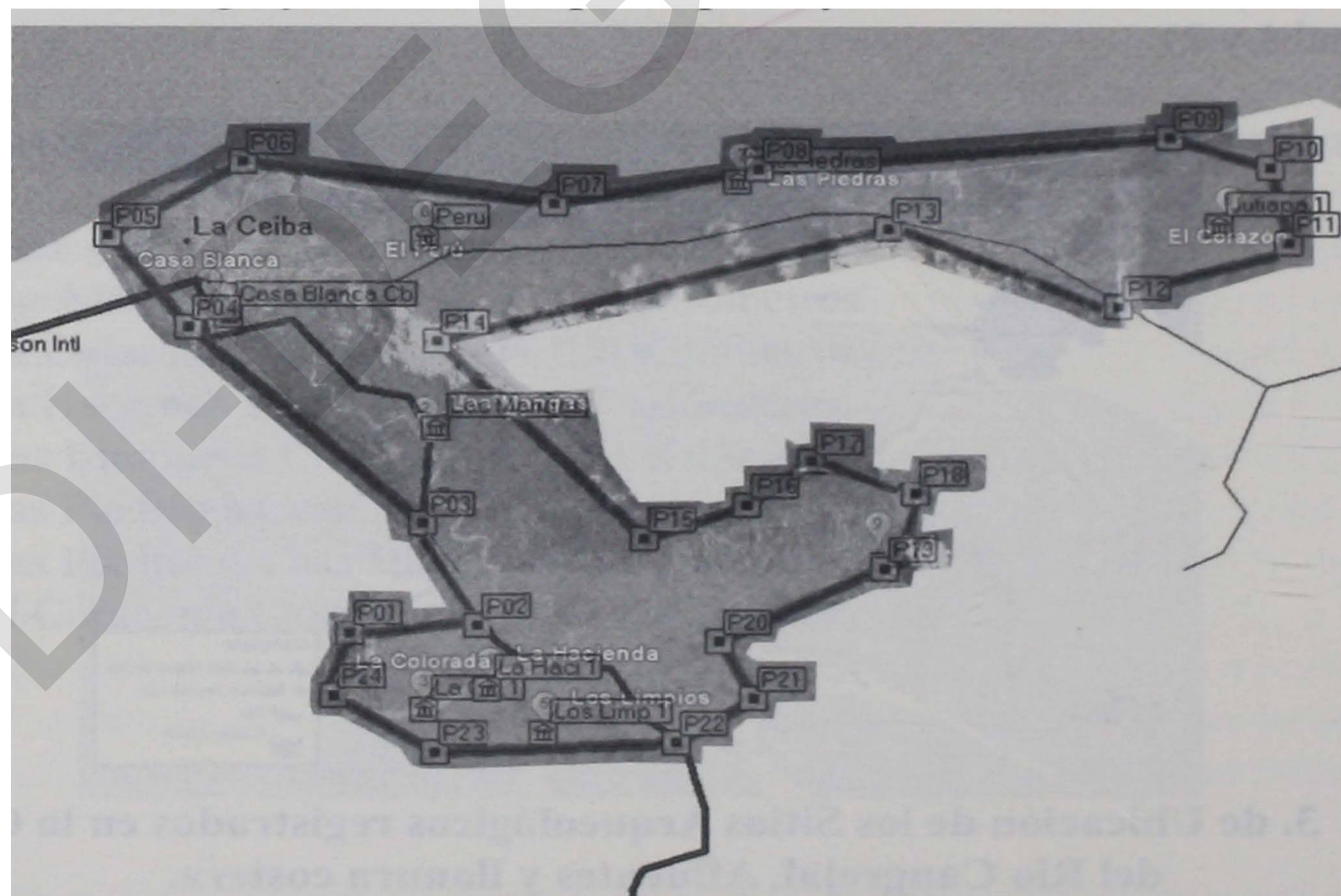
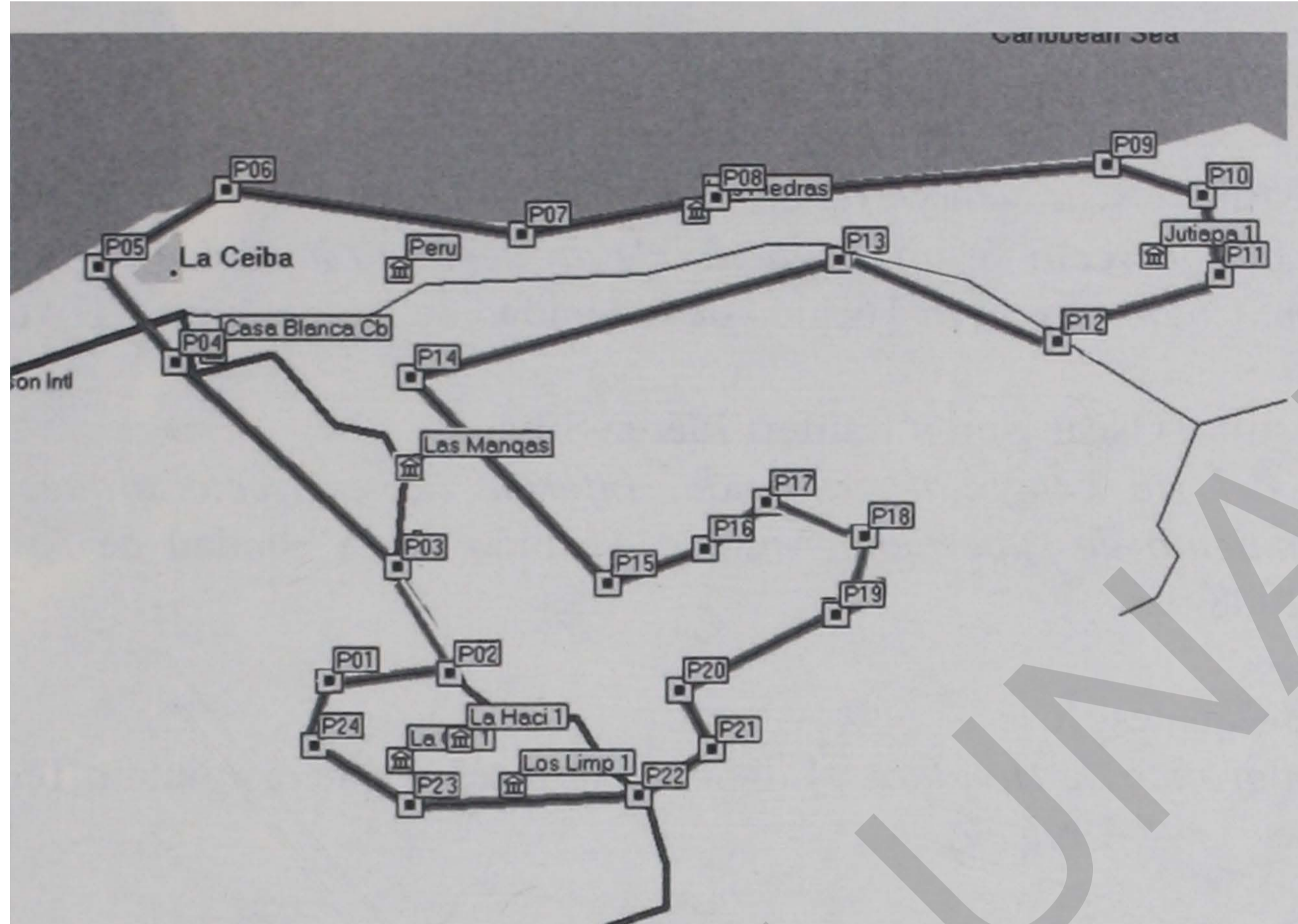


Imagen Satelital 3. Ubicación de la Zona Arqueológica de la Cuenca del Río Cangrejal, afluentes principales y llanura costera.

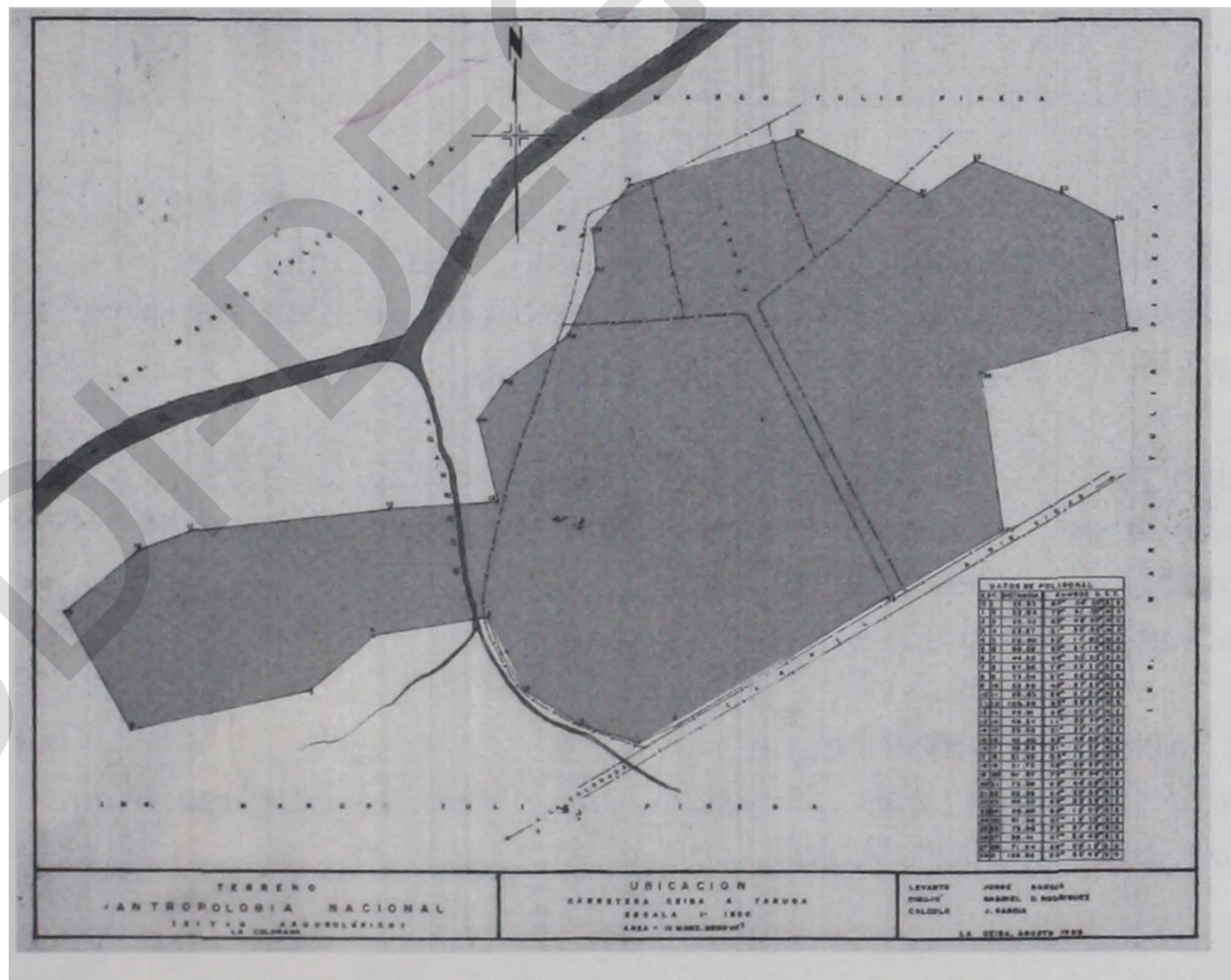


Poligonal 1. Mapa de superposición de la Ubicación de la Zona Arqueológica de la Cuenca del Río Cangrejal, afluentes principales y llanura costera.

Patrón de asentamiento en la cuenca del Río Cangrejal, sus afluentes y la llanura costera



Poligonal 2. Mapa de Ubicación de la Poligonal de la Zona Arqueológica propuesta de la Cuenca del Río Cangrejal, Afluentes principales y Llanura



Poligonal 3. Delimitación del sitio arqueológico de La Colorada.

Bibliografía

Cruz Castillo, Oscar Neil y Francisco Rodríguez Mota
Informe del proyecto de investigación de arqueología histórica en la ciudad de Trujillo, Colón. Archivo Técnico de la Unidad de Arqueología. IHAH, 2007

Cruz Castillo, Oscar Neil y Ranferi Juárez Silva
Cuenca del río cangrejal, Atlántida, Informe del proyecto arqueológico de reconocimiento de superficie, Archivo Técnico de la Unidad de Arqueología. IHAH, 2008

Modesto Canales, José
Atlas geográfico de Honduras. Ediciones Ramsés. Primera edición. Tegucigalpa, Honduras. 1994-1995.

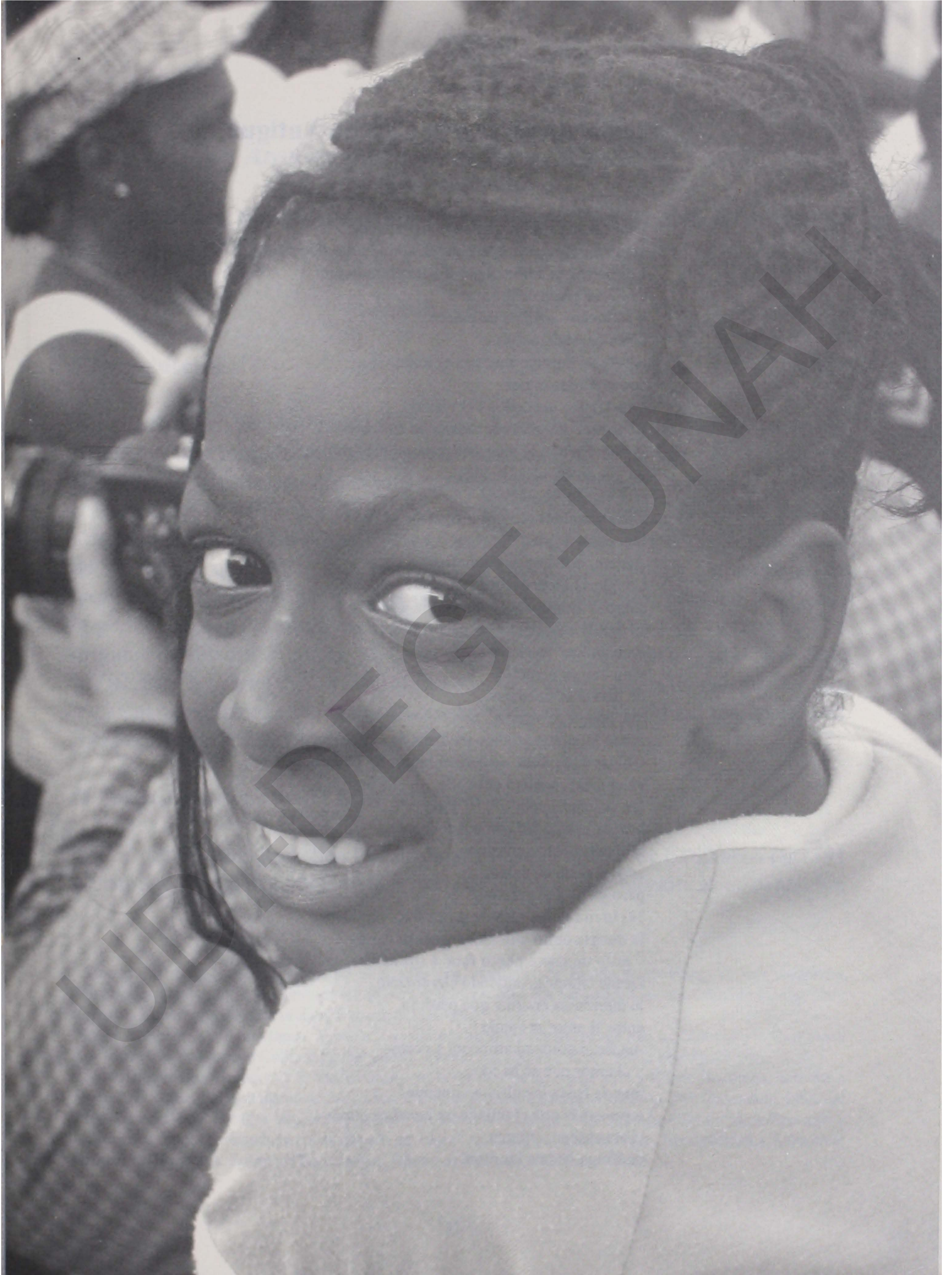
Pineda Portillo, Noé.
Geografía de Honduras. Tercera edición, Tegucigalpa, Honduras. 1997.

Reyes Massoni, Roberto
Introducción a la Arqueología de Honduras. Editorial Nuevo Continente. Tegucigalpa, Honduras. 1976.

Rodríguez, Francisco y Oscar Neil Cruz
«Un sitio con petrograbados en Trujillo, Colón, Honduras: Primer acercamiento», en: *Memorias del VIII Coloquio Guatemalteco de Arte Rupestre,* Escuela de Historia USAC, Septiembre de 2007

Stone, Doris
Arqueología de la Costa Norte de Honduras, Memorias del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard, Vol., 9, No. 1. Cambridge, Publicación del Museo, 1943.

Varela, Salvador y David Duron
Informe del Excavaciones de rescate en el sitio AT-14 Casa Blanca La Ceiba, Atlántida, Marzo, 2006, IHAH.



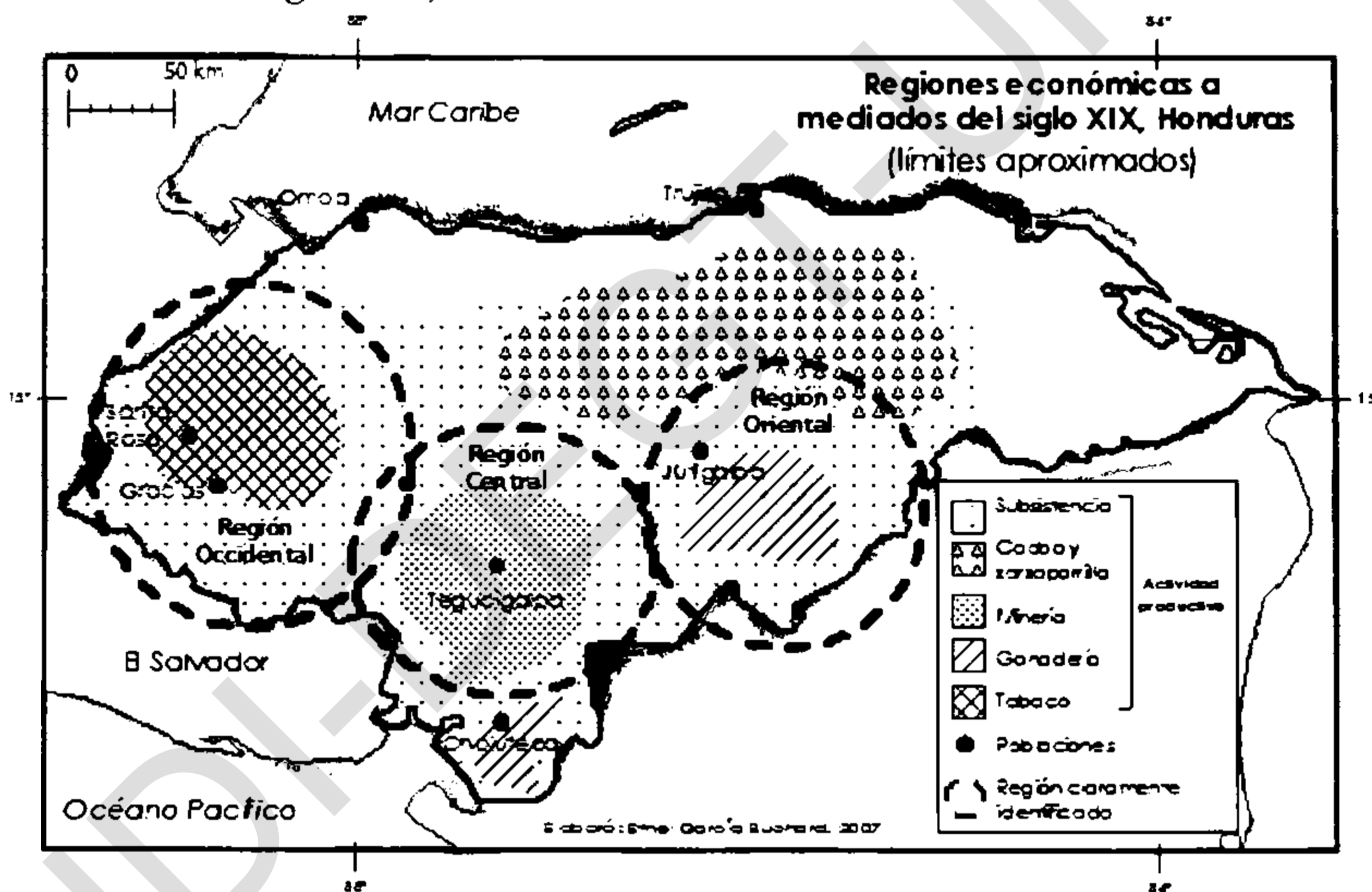
Elegia al volver a la Casona Antigua

Justiniano Vásquez

Esta casona antigua, de salones callados,
como en espera de que alguien comience a decir algo.
Los balcones abiertos por donde entra la luz,
con leve carga de aromas
y pequeños arrullos de palomas.
El empedrado patio,
donde un naranjo mueve sus hojas
como verdes orejas
tocadas por los dedos del viento.
El portón que no cede a los ojos curiosos;
la hamaca donde duermen lejanas inquietudes,
un par de espuelas mudo,
colgado en su alcayata
y los humildes ojos de los perros
húmedos de cariño.
Afuera, está la plaza soñolienta.
La iglesia blanca, como un cisne echado
sobre la amplia esmeralda de la grama.
El Señor Cura, afanoso y delicado,
recreándose en su obra,
y un viento juguetón
de párvulas andanzas,
que pliega su sotana,
como un niño agitando pedazos de la noche.
Un gavián pirata, acelera el motor de su codicia,
en el cielo pacífico del valle.
Un desolado potro,
hiende la soledad con sus relinchos...
Todo está como entonces,
es el paisaje de antes,
pero ya no es lo mismo:
No lo miran los ojos de mi padre;
la muerte entró una tarde hasta su cama
y puso un grave punto final a sus afanes.
Desde entonces entiendo claramente,
la diferencia enorme que perdura,
entre el amor presente
-nadie lo cuida ni alimenta a veces-
y el amor que se ha ido:
inunda hasta los últimos rincones
y pesa más que el mundo en nuestras almas.
¡Esta casona, amigos,
naufraga en una lágrima!

de Los Llanos. Se desconoce la fecha exacta del poblamiento de Santa Rosa de Copán.⁴ En el Archivo Nacional de Honduras hay documentos que datan de 1698 que mencionan una remeida de un terreno en la jurisdicción de Santa Rosa. En el censo de 1801, realizado por el Gobernador Intendente de Comayagua, Coronel Ramón de Anguiano, Santa Rosa aparece con el nombre de Santa Rosa de Los Llanos, siendo Subdelegación del partido de Gracias que comprendía los Departamentos de Ocotepeque, Intibucá y Lempira. En 1802 Santa Rosa de Copán obtuvo la categoría de municipio, desligándose de Quezailica. El título de Ciudad fue dado el 12 de abril de 1843.

Mapa 1, Regiones Económicas de Honduras a mediados del Siglo XIXa mediados del siglo XIX, Honduras



Fuente: Ethel Garcia Buchard, Política y Estado en la sociedad hondureña del siglo XIX (1838-1872) (Tegucigalpa: IHAH, 2009), p. 316.

⁴ La historia de Santa Rosa se puede explorar en Arturo Rendón Madrid, Santa Rosa de Copán: La Sultana de Occidente (Tegucigalpa: Secretaria de Turismo, 1985), y Mario Bueso Yescas, Santa Rosa de Los Llanos: Cuna de la República (San Pedro Sula: Graficentro Editores, 1996).

Arquitectura vernácula en Honduras

El Significado del Mesón Casa de los Bueso y el Centro Histórico de Santa Rosa de Copán¹

Darío A. Euraque

I. Introducción

Hoy en día, la ciudad de Santa Rosa de Copan es una de las urbes regionales más importantes de Honduras. Es más, en la actualidad es sede de uno de los centros históricos declarados monumentos nacionales, declarado como tal en diciembre de 1991 (La Gaceta No. 27027, 24 de abril, 1993). Ese espacio urbano aun conserva muy antiguas casonas, como es el caso del Mesón Casa de los Bueso, que, como la Casa Guell en Manto Olancho, es emblemática de arquitectura vernácula patrimonial de Honduras.² El Mesón Casa de los Bueso le pertenece a una prominente familia de la región occidental de Honduras. Los orígenes de diferentes ramas de la familia Bueso se remontan a fines del siglo XVIII. Para los siglos XIX y XX, diferentes personajes de esta reconocida familia nacional se registran en la historia social y política no solo de esa región sino en San Pedro Sula y Tegucigalpa.³

II. Antecedentes de Santa Rosa de Copán

El censo eclesiástico levantado por Fray Fernando de Cadinanos en 1791 registro que Santa Rosa de Copán pertenecía al Curato de Quezailica con el nombre

¹ Este perfil es una representación de la arquitectura vernácula de Honduras, producto de una redacción, diagramación, fotografías e investigación de varios autores: Arq. Iris Hernandez, el Ing. Eduardo Flores, Nery Fernando Lopez y Darío A. Euraque, Gerente del IHAH.

² Darío A. Euraque y Juan Manuel Aguilar, "Significado histórico del pueblo de Manto, Olancho y la Casa Guell como parte del Patrimonio Cultural de Honduras," Yaxkin, IHAH, Vol. XXIV, No. 2 (2008): 89-101.

³ Sobre importantes sectores de la familia Bueso en la historia de los siglos XIX y XX en Honduras, consulte a Darío A. Euraque, *El Capitalismo de San Pedro Sula y la Historia Política de Honduras* (San Pedro Sula: Editorial Guaymuras, 1996). Detalles también se perfilan en Darío A. Euraque, "La Metamorfosis de una Oligarquía y las Elites de Poder de Honduras en la Década de 1980," en Euraque, *Estado, Poder, Nacionalidad y Raza en la Historia de Honduras: Ensayos* (Tegucigalpa: Ediciones Subirana, 1996), pp. 43-45.

Arquitectura vernácula en Honduras



Terreno con vegetación dispersa en el solar.



Vegetación en paredes del interior.



Muro de adobe sector este del Mesón



Detalle de pedestal de piedra-ladrillo.



Corredor original sector norte del mesón.



Vista sur del mesón, paredes de adobe destruidas.

Yaxkin Año 34, Vol. XXV, No. 1, 2009



Servicios sanitarios y pilas
construidos. Posteriormente.



Paredes de bahareque destruidas.



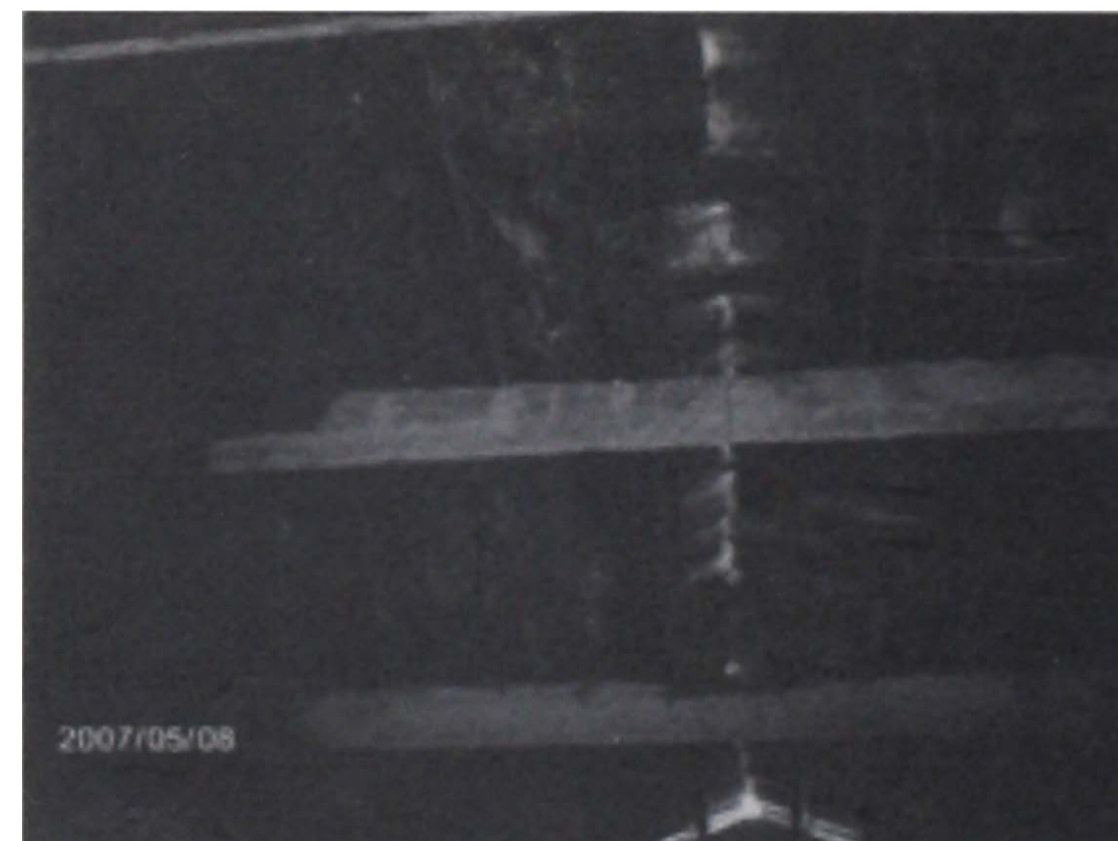
Corredor original.



Pared de bahareque y puerta de
madera.



Repello interiores en mal estado.



Techo de madera y teja de barro,
afectados por la humedad y
podredumbre.

Descripción de los exteriores del Mesón los Bueso.



Fachada principal Oeste



Repellos y canecillos en mal estado.



Repellos del sόcalo en mal estado. Puerta de vano con arco. La condici3n de las pinturas es regular.

En 1812, se creó el primer ayuntamiento y el 19 de diciembre de 1823, obtuvo el título de Villa Nacional de Santa Rosa, mediante decreto #53 de la Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas de Centro América. En el siglo XIX, por su ubicación geográfica cerca de la Frontera de Guatemala, Santa Rosa se constituyó en un punto estratégico en las campañas militares que Honduras en muchas ocasiones tuvo con Guatemala. También fue sede del gobierno en dos ocasiones, 1862 y 1863, de hecho, cuando se centraliza el poder y se conformaba el Estado moderno de Honduras.⁵

A finales del Siglo XVIII Santa Rosa era una aldea habitada por cuatro o seis familias, que se dedicaban al cultivo del tabaco, cuya explotación generaba beneficios cada vez mayores y en consecuencia el número de habitantes aumentó rápidamente. Santa Rosa de Copán es por derecho una Ciudad del Siglo XVIII. Una de las razones para que se estableciera una factoría de tabaco fueron los gastos que ocasionaba trasladar el tabaco a Gracias Lempira, y regresar para entregarlo a las factorías de Guatemala. El inmueble para la primera fábrica terminó de construirse en 1795 y se supone que el sitio que ocupó la factoría es donde está el Parque Central y el antiguo Edificio de Correos y Gobernación, hoy en día Agencia Estratégica de Desarrollo Local ADELSAR. Esta situación se considera decisiva para el desarrollo de la ciudad como tal, puesto que desde ese entonces fue desplazando a Gracias como el eje de comunicación terrestre el occidente (Mapa 2). Ya para mediados del siglo XIX, Santa Rosa también desplazaría el muy antiguo papel importante de las economías de La Esperanza e Intibucá. Este proceso se consolidó cuando, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, la economía de Santa Rosa de Copán se vinculó con la incipiente economía bananera del Valle de Sula, y el puerto de Omoa, primero, y luego, Puerto Cortés.⁶

Desde 1999, el Instituto Hondureño de Antropología e Historia, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD-ASDI y la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, a través de su Escuela de Arquitectura, conjuntamente con la Municipalidad de Santa Rosa de Copán, lograron elaborar un Plan cuyo gran objetivo es el de preservar la arquitectura e identidad de la Ciudad de Santa Rosa. El proceso se inició con un Acuerdo Ejecutivo que declaró el centro histórico

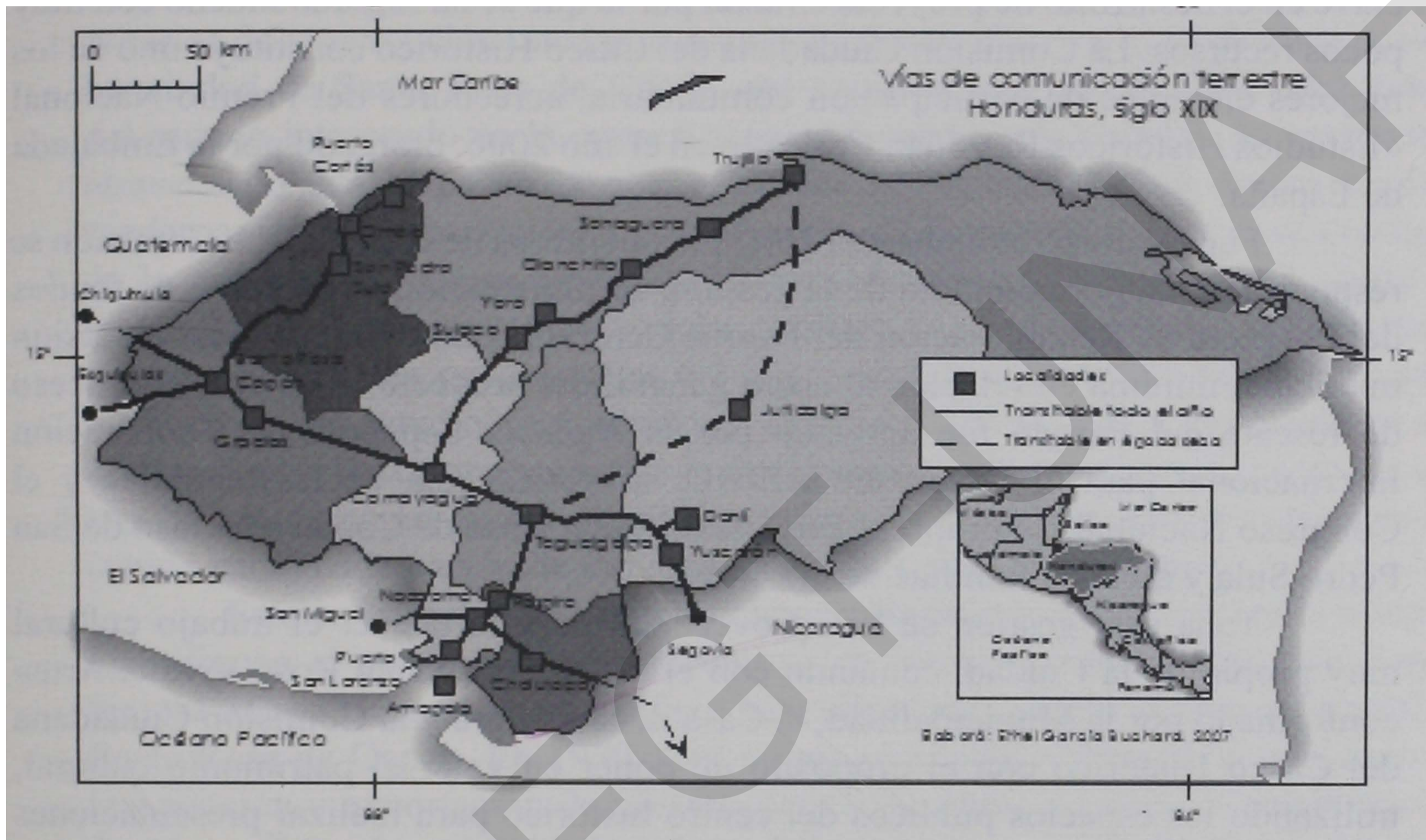
⁵ Ethel García Buchard, *Política y Estado en la sociedad hondureña del siglo XIX (1838-1872)* (Tegucigalpa: IHAH, 2009), pp. 136-176.

⁶ El proceso se analiza en Francisco Guevara- Escudero, *Honduras en el Siglo XIX: Su Historia Socioeconómica, 1839-1914* (Tegucigalpa: Universidad Pedagógica "Francisco Morazán", 2007).

Arquitectura vernácula en Honduras

como Monumento Nacional siguiendo la creación de la plataforma para contar con el Plan de Preservación del Casco Histórico.⁷

Mapa 2, Vías de Comunicación Terrestre en Honduras, siglo XIX. Honduras, siglo XIX



III. Preservación del Centro Histórico como Patrimonio Cultural

Gracias al fuerte trabajo de rescate de sus edificaciones, la regulación de la imagen urbana e integración de nuevas construcciones, se genera en la actualidad un ambiente limpio, ordenado en donde se puede apreciar la historia de la ciudad inscrita en sus fachadas que datan de principios del siglo XIX. Dicho trabajo ha despertado el interés de la Empresa Privada al integrarse con diversas propuestas de servicios turísticos de calidad, manteniendo el carácter tradicional de la Ciudad. Tal es el caso que Santa Rosa ofrece a sus visitantes hoteles con un

⁷ Este proceso, resumido en los subsiguientes párrafos, puede consultarse en Iris Alicia Hernández, Santa Rosa de Copán: La Experiencia en el rescate de su Centro Histórico (Tegucigalpa; Ediciones Guardabarranco, UNDP/ASDI, 2003).

impresionante rescate de edificios antiguos, restaurantes de calidad y una variada vida nocturna.

La Municipalidad de Santa Rosa, fuerte impulsora de este Plan, continúa su esfuerzo y en conjunto con el Instituto Hondureño de Antropología e Historia ha dado cabida a un proceso en donde la participación de la Comunidad ha sido clave en el desarrollo de proyectos, razón por la que se ha logrado mucho con muy pocos recursos. La Comisión Ciudadana del Casco Histórico constituye uno de los mejores ejemplos de participación comunitaria, acreedores del Premio Nacional «Estudios Históricos Rey Juan Carlos I» en el año 2006, otorgado por la Embajada de España.

Fue así como a finales del 2003 los miembros de la susodicha Comisión se responsabilizan por completo de la gestión, administración y ejecución de fondos del Proyecto de Rehabilitación del Parque Central La Libertad, con una inversión municipal mínima en relación al costo general del proyecto. A su vez, el proceso de rescate del Parque fue apoyado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo AECID, la Presidencia de la República y el Congreso Nacional, la Empresa Privada de Santa Rosa de Copán e incluso de San Pedro Sula y algunas familias de la Ciudad.

Toda esta gestión se ha aprovechado para fortalecer el trabajo cultural muy propio de la Ciudad, contando con el «Programa Santa Rosa Vive el Arte» conformado por la Municipalidad, la Casa de la Cultura y la Comisión Ciudadana del Casco Histórico con el propósito de poner en valor el patrimonio cultural, utilizando los espacios públicos del centro histórico para realizar presentaciones artísticas de calidad, para el deleite de toda la población, con el objeto de fortalecer la visión local del patrimonio cultural como capital social. De hecho, este proceso en Santa Rosa de Copan representa no solo salvaguardar el Mesón Casa los Bueso, sino su entorno. Así debe hacerse con otras casonas en otras regiones de Honduras, como la del pintor Pablo Zelaya Sierra en Ojojona, Departamento de Francisco Morazán, la de Jose Cecilio del Valle en el centro histórico de Choluteca, y otras en el propiocentro histórico de Tegucigalpa.⁸ Es más, igual merece decirse sobre la arquitectura domiciliaria de San Pedro Sula.⁹

⁸ Daniela Navarrete, «Arquitectura Modernista en Tegucigalpa,» Yaxkin, IHAH, Vol. XXII, No. 1 (2007): 117-123. Esta arquitectura modernista es posterior a otra arquitectura decimonónica y colonial de Tegucigalpa cuyos monumentos y rasgos puede aun apreciarse. Ver Daniela Navarrete, Tegucigalpa a pie: Guía Histórica (Tegucigalpa: IHAH, 2008).

⁹ Ángela María Stassano Raquel, Adobe, Madera y Ladrillo en la Arquitectura de San Pedro Sula: Un Vistazo Actual a la Arquitectura Creada entre 1900 y 1950 (Tegucigalpa: Editorial Transamerica S.A., 1997).

IV. Mesón Casa de los Bueso

Basados en las investigaciones técnicas del Plan de Preservación del Casco Histórico se cuenta con un Inventario de Edificaciones dentro de los límites establecidos, esto es parte del denominado «Catálogo de Edificaciones», en donde por su importancia histórica-arquitectónica se establecen 7 diferentes categorías siendo las más importantes la I y II y sucesivamente llegando a la última cuyos criterios de intervención quedan enmarcados dentro del concepto de integración. La ciudad de Santa Rosa de Copán, así como el resto de ciudades del país y del mundo interesado en la conservación del patrimonio cultural, se encuentran atravesando una etapa en la que se debate la implementación de las técnicas modernas de construcción y la conservación de los pocos o muy pocos testigos de lo que un día representaron las técnicas de construcción antiguas a base de materiales del sitio, como ser: adobe, madera, cal, barro, piedra, teja de barro y otros. El plan de preservación del casco histórico de Santa Rosa de Copan, a través de sus estudios y normativas especiales encaminados al rescate de sus edificaciones, busca precisamente la integración de nuevas construcciones y a la vez la conservación de los elementos más representativos que den a la ciudad cabida para la adaptación de «lo moderno» sin perder su identidad.

Esto es importante porque es muy probable que las generaciones actuales identifiquen el patrimonio arquitectónico los Bueso en esta ciudad más con la famosa «Casa Bueso», cuyo Edificio Comercial aun adorna el parque central de Santa Rosa de Copan. En 1930, este último inmueble albergaba el comercio de importación y exportación de víveres, ferretería, ropa, y también la exportación de tabaco.¹⁰ Según publicidad comercial de esa época, «más de 50 empleados y 100 operarios» realizaban el trabajo en ese Edificio Comercial- ¿sucesor del más antiguo comercio en el Mesón Casa los Bueso? Ya en la década de 1940, ya el Mesón Casa los Bueso no se registraban en los inventarios del comercio de Santa Rosa de Copan. El protagonista económico era el Edificio Comercial. Según un conocedor de esa época: «Las principales casas comerciales son las siguientes: mercadería en general Casa Bueso, netamente hondureña; Domingo Handal y Cía.; Jose Handal y Emilio Bueso Hermanos, también hondureña. Es esta ciudad el centro comercial de Occidente. El transporte de mercaderías se hace a lomo de mula y por la vía aérea.»¹¹ Este tema merece una investigación histórica, puesto que a diferencia de otras casonas en aéreas rurales de Honduras, como el caso de

¹⁰ Guillermo Bustillo Reina y J. Bascom, Compiladores, Propaganda Pro-Honduras (Habana: Molina y Cia., 1930), p. 231.

¹¹ Jesus Membreño, Monografía del Departamento del Copan (Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1946), p. 19.

la casa en la Hacienda El Suyate en Olancho, construida en 1875, el Mesón Casa los Bueso forma parte de un centro histórico urbano.¹²

V. Identificación del Mesón Casa los Bueso

Como parte del Inventario de Edificaciones se encuentra un inmueble identificado como Categoría III. La propiedad ubicada en el Barrio Mercedes de Santa Rosa de Copán, pertenece a la Sociedad Mercantil Casa Bueso, conocido tradicionalmente en la localidad como el «Mesón Los Bueso» ya que aunque originalmente fue una vivienda, el uso tradicional por casi todo el siglo XX fue de mesón, seccionando internamente la distribución física del inmueble para diferentes familias, contando a partir de ese entonces con un uso mixto, vivienda-comercio.¹³ Aún con los diferentes usos y las repercusiones estructurales que esto ha podido ocasionar en el inmueble, así como el mismo paso del tiempo, el Mesón representa fielmente un distintivo de su época, conservando los materiales tradicionales con los que fue construido y aunque con mucho deterioro, la distribución original de sus espacios internos. Esto también ha sido producto de las obras de mantenimiento mínimo pero en este caso importante para la conservación que los propietarios le han brindado al inmueble.

La oficina de Conservación Regional del Instituto Hondureño de Antropología e Historia realizó un análisis técnico y fotográfico del inmueble, valorando la entereza con que el edificio ha enfrentado los cambios de uso, el tiempo y sus debilidades estructurales para presentarse en la actualidad como muestra y testigo fiel de su época en el que fue edificado únicamente a base de materiales de construcción y técnicas de la localidad y que data aproximadamente de 1900. En un esfuerzo por integrarse a los objetivos del Plan de Preservación del Casco Histórico, los propietarios se encuentran trabajando en definir una propuesta para poner en valor el edificio a través del aprovechamiento de sus espacios, respetando la integridad y el valor que posee para el contexto e identidad de la Ciudad de Santa Rosa de Copán. Ese proyecto es en un modelo para las ciudades de Honduras, y la diversidad patrimonial en las ciudades de Honduras.¹⁴

¹² Abelardo Lobo Palacios, «Leyendas de la 'Casa de Azoros' en los Antiguos Llanos El Suyate,» *La Tribuna*, Tegucigalpa (6 de septiembre, 2008), pp. 2B y 3B.

¹³ Esta infraestructura arquitectónica era común a las casonas de familias de esta clase social en otras regiones de Honduras en esta época. Ver el historial de la casona de la familia Fortín y su genealogía en Yuscarán en Victor Cruz et al., «La Casa Solariega del Siglo XIX como símbolo de posición social: el caso de la Familia Fortín,» *Yaxkin*, Vol. VII, No. 1 (1984): 61-80.

¹⁴ Daniela Navarrete Cálix, *Diversidad Patrimonial en las Ciudades de Honduras*, Colección Centros Históricos (Tegucigalpa: Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008).

A través de Madeira, las Antillas y Centro América Memorias de viaje e investigaciones¹

Jegór von Sivers

Nota introductoria

En el libro «*Ueber Madeira und die Antillen nach Mittelamerika. Reisedenkwürdigkeiten und Forschungen*» («*A través de Madeira, las Antillas y Centroamérica*») del viajero alemán Jegór von Sivers (1861), se encuentra un apartado descriptivo que corresponde a la narración de los diferentes lugares recorridos en Honduras, fragmento literario donde el autor nos ofrece una visión general de la geografía, el costumbrismo y los movimientos de las diferentes clases sociales en una sobria descripción narrativa con una calidad «fotográfica» que sigue el orden cronológico del viaje, acompañado de una sutil finalidad: la de expresar, hacia el lector del texto, toda una gama de información acerca de cómo se hacen las cosas en ese momento en los distintos lugares de la costa caribeña hondureña. Es así que en todas las páginas del escrito obtenemos una detallada información de ese conglomerado caleidoscópico que va más allá del elemento arquitectónico, de las calles, de los mercados, del puerto; igualmente, es más determinante para el viajero contar sobre los habitantes a través de una múltiple descripción de los distintos elementos que conforman el entramado social y económico de la época.

En este texto, la ciudad- puerto de Trujillo se vuelve más densa al cargarse de estas descripciones sociales y culturales. Otros lugares como Omoa o Cienaguita, por ejemplo, se desbordan y se multiplican en las descripciones de von Sivers, con la particularidad que caracteriza las narraciones viajeras, donde la distancia social - cultural del autor hace posible que describa con *ojos extranjeros* los modos de sus habitantes y las características de todas esas manifestaciones cotidianas del comportamiento humano. Pero quizás será en el periplo entre los distintos lugares costeros donde irrumpe con más elocuencia el escrito entre lo

¹ Jegór von Sivers: *Ueber Madeira und die Antillen nach Mittelamerika. Reisedenkwürdigkeiten und Forschungen*; Leipzig, Verlag von Carl Fr. Fleischer. 1861.

que se vive y lo que se espera de la próxima estancia, misma que el autor viajero imagina sobre el lugar que pronto visitará.

La lectura de este escrito nos ofrece una mirada sobre la Honduras decimonónica, distinta a la que dan los urbanistas y los historiadores. Es la experiencia del viajero, es el aprendizaje para cruzar territorios desconocidos y confrontarse con la multiplicidad cultural que se mezcla en los países centroamericanos y caribeños de mediados del siglo XIX.

Miguel Barahona²

Trujillo, Omoa, el pueblo caribeño Cienaguita, las islas de Bonacá³, Roatán, Utila.

Trujillo

Al Sur-Este de la *Turtleing Bay* en la isla de Roatán, precisamente por la desembocadura del Río Cristales, se encuentra el puerto de Trujillo que tiene siete mil habitantes. Es la segunda ciudad más grande de Honduras, luego le sigue Omoa. Trujillo es el puerto más importante de este Estado. A pesar de ser un puerto adecuado para toda clase de embarcaciones, se va despoblando año a año, ya que sus habitantes blancos huyen del aire tropical funesto; y los que se quedan no tienen el interés de hacer florecer el comercio. La planificación y la arquitectura de la ciudad hace que recuerde a Comayagua por la forma perimetral y la organización de los edificios con unas herrumbradas paredes de ladrillos rojos, que parecen necesitar una renovación. Los techos de las edificaciones que no están expuestos al peligro del peso de la nieve europea, que no ocurre en lugares tropicales como Trujillo, se construyen de forma plana, por lo que las tejas que se usan para cubrirlos, necesitan un clavo como soporte, sino que permanecen

² Miguel Barahona es Máster en Filología Hispánica, Artista visual, Docente universitario e Investigador, además un estudioso de la literatura viajera Centroamericana, especialmente la del siglo XIX. Asimismo dejamos constancia, por parte del IHAH, nuestro agradecimiento por su valioso entusiasmo y colaboración al descubrir este texto y presentar a nuestra institución la posibilidad de la traducción parcial, que se hace por primera vez en Honduras del libro de **Jegór von Sivers**, cuyo ejemplar original impreso pertenece a la colección bibliográfica privada del investigador.

³ Guanaja.



Trujillo. Grabado antiguo. Cortesía de Miguel Barahona.

en su lugar por su propio peso. Las tejas profundamente ahuecadas no tienen un lado doblado hacia atrás, como en Alemania, sino que se colocan la una al lado de la otra, para que el canal visible entre las dos, se cubra con otra capa de tejas en posición invertida. Un techo así pesa el doble, pero tiene la ventaja de ser muy fuerte.

Las calles de la ciudad son desiguales y no muy anchas. También observé aquí en Trujillo muchas casas en ruinas tal como aquel edificio aduanero de viejas paredes enladrilladas que miré durante una estancia en Omoa. Las construcciones más grandes de esta ciudad puerto son un hospital y dos conventos. Herrera (p. 35) y Remesal (p. 22) cuentan que Trujillo se empezó a construir en el año 1524 por Francisco de las Casas y obtuvo el nombre por parte de los conquistadores españoles, quienes generalmente procedían de Extremadura. Conforme a la memoria y a las notas que publicó Diez de la Calle, en 1646 (p. 128), sabemos que Cortés terminó la construcción de la ciudad. En los tiempos que dice este autor, Trujillo estaba habitado por 30 ciudadanos de origen castellano. Los edificios públicos eran el Convento de la Merced, una iglesia parroquial, un hospital, la sociedad del San Pancrancio y del Rosario. Hasta 1561, Trujillo tenía una iglesia principal. La sede episcopal, fundada aquí por el año de 1539 por el Papa Paulo III, se trasladó después hacia la ciudad de Comayagua. El distrito tenía una extensión de 500 leguas españolas, contaba 145 pueblos con 8,000 indígenas, quienes diezmaban un salario de 3,000 piastras (=3,990 rublos) al obispo. En esos tiempos, la ciudad de Trujillo era el puerto principal para recibir los barcos europeos en la Costa Atlántica de Centro América. La ciudad tenía dos alcaldes ordinarios, un alguacil mayor, tres regidores, un provincial de la hermandad, un escribano público del cabildo y del registro, además de dos capitanes un sargento mayor con una compañía de soldados compuesta por españoles y mulatos. Alrededor de estas fechas la presidencia del territorio de la provincia de Honduras dependía directamente de este lugar pero luego se revocó posteriormente en tiempos de Diego de Acuña, cuando los holandeses asaltaron este puerto.

La vida en Trujillo es muy simple y ofrece poco entretenimiento y para quien desee evadir el aburrimiento debe buscar nuevas distracciones en la naturaleza y en la lectura. El mayor interés en una ciudad habitada por comerciantes es por supuesto el negocio y éste representa la única actividad durante todo el día. Así es común ver, atracar en el muelle, barcos procedentes de Boston, de Nueva York, de Nueva Orleans y de La Habana, y que se cargan o descargan. Siempre hay en el muelle un comerciante que se ocupa del envío de la carga de productos al interior del país, por ejemplo a la ciudad de Comayagua. Entonces durante la faena las

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

calles se llenan de mulas y de muchos arrieros fuertes de descendencia indígena que andan semidesnudos. Mientras los arrieros guían a los animales se revela ante mis ojos una escena cotidiana acompañada por los sonidos rítmicos de campanas mezcladas con los gritos de aquellos hombres que lideran la lenta caravana que marcha serpenteando el largo camino hacia la montaña. En estas horas laborables se acercan al muelle trenes repletos de productos hondureños que provienen del interior de las provincias, estos trenes transportan valiosas mercaderías como: oro, plata, añil y pieles, entre otras, que llegan para almacenarse en las bodegas que están en las afueras de la ciudad, cerca de las pequeñas plantaciones de caña de azúcar.

La forma de vida en esa ciudad hondureña se puede describir de la siguiente manera: en la mañana se toma el café negro con pan, a las once de la mañana se consume una comida que consiste en carne, pescado, arroz, plátanos y huevos y entre las tres y cuatro y media de la tarde se disfruta de una sopa deliciosa de macarrones, pollo, frijoles, arroz y carne de oveja, cabra o res como cena. Las familias más acomodadas en la comida de las tres de la tarde toman vino tinto francés, que tiene un precio de 3 ½ a 5 piastras por una caja de doce botellas o de tres a cuatro reales por cada botella. El que quiere gastar menos por su bebida, se toma un vino tinto catalán (cuya botella vale de uno a dos reales = 16 ½ a 33 kop.⁴), esta bebida es una de las preferidas por los españoles que viven aquí. Ambos vinos se toman mezclados con agua, y no recomiendo a nadie disfrutar del vino tinto de un real sin haberlo hervido. Para mantener la salud hay que tomar un trago de coñac puro o mezclado con agua hervida en un vaso grande varias veces al día. Tomar agua corriente en estas latitudes tiene un efecto purgante para los europeos y según se dice por aquí, sólo a los indígenas y a los negros no les hace daño tomar agua sin hervir. El cigarro de Honduras hecho con el tabaco de Santa Bárbara, Gracias y Olancho es el más preferido por los compradores. El cigarro se hace envolviendo el tabaco en unas hojas de maíz, siendo esta la forma española más popular de fumar; esta costumbre de fumar se usa con mucha frecuencia entre las mujeres y hombres. El olor a tabaco contribuye enormemente a alejar los mosquitos y zancudos.

A pesar del número elevado de hombres blancos, casi no se encuentran mujeres del mismo tipo, y las pocas que están, no son similares a las amas de casas alemanas. No hablo aquí de una vida familiar, ya que el matrimonio en este clima tropical es tan raro como un pedazo de hielo. Los blancos al igual que los caribes

⁴ Kopek, unidad monetaria que equivale a centésima parte del rublo.

y los indígenas emplean una mujer por tiempo definido quien desde la noche hasta la mañana brinda sus servicios como pareja y, desde la mañana hasta la tarde hasta un poco entrada la noche, cumple con los servicios de una criada y cocinera. Esta mujer nunca acompaña a la familia a la mesa y se viste dependiendo de su jornal. Si el señor de la casa es acomodado ella usa vestidos lujosos y también tiene otras criadas bajo sus órdenes. Estas mujeres fuman cigarrillos, usan faldas coloridas con mucha decoración, se cubren los brazos que están desnudos con un chal blanco que se desliza desde sus hombros hasta el vientre, enseñando un poco más de lo que el sentido de la belleza prefiere. Lo más hermoso de la vestimenta femenina hondureña es este pañuelo largo con flecos que cubre el cuerpo y ellas siempre lo giran por sus hombros con una refinada elegancia. Si el señor se muestra satisfecho con la muchacha, el contrato conyugal se prorroga y siguen juntos hasta que la muerte los separa, igual que en Europa. Recuerdo que en una noche tranquila durante mi estancia en la casa de un comerciante acomodado, este se separó de su mujer bajo mutuos reclamos, escena que se llevó a cabo en el patio de la casa y entretuvo, como en las ferias, a un gran público. Siguió una discusión bastante fuerte en la que salieron palabras como *carajo*, *puñetera*, *puta* y, al final él le dio una bofetada y la orden de abandonar la casa *ipso facto*. Después de un cuarto de hora, varias mujeres sacaban las posesiones como el armario y un órgano (el piano de la señora de la casa), deshaciéndose así, los señores, del olor a matrimonio.

Respecto a la educación, aquí en Honduras he visto que los niños no aprenden nada y esa falta de instrucción es la forma de vivir. Los padres acomodados mandan a sus hijos a estudiar a la gran París, donde gozan de más diversión que de la educación y el conocimiento de la ciencia.

Unas imágenes lindas que evocaron de las calles de Trujillo son aquellas escenas de niños que hasta la edad de cinco años caminan por allí sin ropa. Son niños y niñas de diferentes estratos sociales, pobres y ricos, pequeñas criaturas de un color que sería una mezcla entre amarillo y marrón, quienes muestran al aire sus vientres con zacate pegado a la piel. Con seguridad esta es la ropa más sana y menos costosa. En las colonias inglesas se mantiene una regla con los infantes y es que las niñas por lo menos tienen que usar una camiseta, y los niños deben usar por lo menos un pantalón, esta ha sido una disposición bien calculada ya que aumentó intensamente el consumo de las telas de algodón inglesas.

Honduras es un Estado libre. La ley no hace diferencia entre las personas y la libertad personal se garantiza a todos por igual. Sin embargo, es usual aquí, como en la República de Perú y otros lugares, que el indio de la montaña se robe a los niños de la comunidad donde convive incluyendo los de su propia sangre,

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

a estos infantes los trasladan a la ciudad como hordas para venderlos. Por estos niños cuyas edades oscilan entre cinco a siete años en promedio y dependiendo de los talentos que tengan, los compradores pagan entre 7 y 15 piastras (9 rub. 30 kop. hasta 19 rub. 95 kop.). El señor rico después de comprarlos enseguida los manda a unos indígenas conocidos que viven en las haciendas cercanas, con la finalidad de domesticarlos en diferentes quehaceres y, también para acostumbrarlos a las comidas citadinas como plátanos, casabe y otras raíces. Si uno quisiera obligar a estos infantes a comer los alimentos citadinos desde el principio, se morirían como pájaros salvajes a quienes les hace falta su comida ordinaria dentro de la jaula. Después de siete a doce meses, las criaturas ya están domesticadas y se trasladan a la ciudad. Así que aquí un niño siempre disfruta de un buen tratamiento, ya que ninguna ley permite perseguirlo y apresararlo después de que él logra huir del cautiverio. En la «Novelle aus Central-Amerika»⁵, la que publicó Gutzfom en su libro «Unterhaltungen am häuslichen Herd»⁶ intenté demostrar cómo es la vida indígena por estas latitudes y me esforcé en gran manera de no manifestar al lector lo grotesco de la realidad. La mezcla romántica de la jungla y la realidad que existe en este escrito, es el producto manifiesto que viví aquí bajo los rayos de un sol que se vuelve más febril y cuyas llamas se extienden a través del paisaje en esta espesa selva tropical.

Omoa

Según me contó el Sr. Follin (Cónsul norteamericano y además el mayor arrendatario de la mayoría de los aserraderos de caoba de Honduras) el Sr. Friedrich de Brot, es un holandés que nació en Curaçao quien es el comerciante más acomodado y activo de este pueblo. Durante la estancia, el cónsul me agasajó con la mejor hospitalidad y amabilidad. Además del Sr. Follin, también conocí al Sr. Pierre Renaud (de descendencia francesa) y su compañero, el médico del pueblo, el Sr. Tornen (cuyo hermano es un afamado galeno por sus escritos médicos allá en Francia), con estos dos hombres me comuniqué en francés. Otros comerciantes que conocí fueron unos españoles criollos del interior de Centro-América; con

⁵ *Novela de Centro-América.*

⁶ *Conversaciones en la cocina.*

quienes aproveché la oportunidad de seguir practicando mis conocimientos de la lengua castellana.

En la calle principal de Omoa están las casas de la población blanca, casas construidas con ladrillo o madera según sea el estatus económico de los propietarios. Los habitantes negros y los de color trigueño viven más allá de la calle principal justo en un campo donde se destaca la gran cantidad de palmeras del tipo *Pinanga*. Estas chozas las construyen con cuatro palos que hacen de esquinas y dos palos al centro que forman la entrada, estas construcciones tienen unas paredes desiguales que están hechas de barro entretejido con lianas y el techo esta fabricado con unas largas hojas de palmeras; techos que mucho se parecen a los techos de paja de las casas en Estonia y Letonia. El propósito de tener techos robustos e inclinados es para proteger a los ocupantes de los torrenciales aguaceros que se dan a lo largo del año. El viento en este clima tropical es un huésped no bienvenido, que se cuele por todas las hendiduras de las paredes de casas y chozas.

Aquí también al igual que en Trujillo, hay niños desnudos y pocos vestidos (es muy común en Honduras que los infantes hasta la edad de 7 años andan casi siempre desnudos). En este lugar también veo: perros, patos, mulas, pollos, caballos, ovejas, burros, bueyes, vacas y muchos otros animales que ladran, muerden, graznan, braman, relinchan, balan, gruñen, croan y cacarean todo el día en las calles. En Omoa solo las casas y chozas construidas por la colonización hacen la distinción entre la ciudad y los prados selváticos aledaños.

En la noche, después de la lluvia se escuchan los ruidos repugnantes de un tipo de rana aborigen, ruido que más se parecen al graznar de los patos o de los gansos que al croar de las ranas. Cuando en mis largas horas de vigilia nocturna provocada por el insomnio tenía que escuchar y soportar los bullicios de esas ranas que hacían fiestas nocturnas en los grandes pantanos de Omoa, y durante todo el desvelo deseaba con ahínco que estuvieran aquí aquellas maravillosas ranas de los pantanos de Alemania, que según recuerdo en el cuento de Kopisch, cerraban la boca la una y la otra para que su distinguido amo y señor pudiese dormir placidamente. A veces por la madrugada, observo a través de las ventanas, que por cierto carecen de cristal, un hermoso ambiente romántico pero de repente cesa mi ilustre observación cuando un asno regala una gran serenata, misma que tengo que suavizar a punta de pedradas, acto que enfurece a los dueños del animal.

Por su ubicación, Omoa es un valle medianamente plano de muy escasas pendientes, es un lugar insalubre ya que el agua, que desciende desde las montañas y montes cercanos, la mayoría de las veces sigue la ruta hacia al mar a través de pequeños arroyos y canales, que a su paso van dejando las calles llenas de grandes

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

agujeros y de charcos cubiertos de maleza: La brisa del mar, que siempre resulta tan refrescante para estos climas tan calientes, apenas llega a las casas, por lo cual el aire que respiramos dentro de las estancias resulta bastante asfixiante.

Desde la declaración de la Independencia de la Madre Patria España, sucedieron varias sublevaciones en el centro de esta región contra el gobierno federalista centroamericano, insurrecciones iniciadas por los negros, que pronto fueron reprimidos por iniciativa de los confederados quienes tomaron por asalto la fortaleza de San Fernando de Omoa en el año de 1831. Hoy día Omoa, un lugar otrora floreciente, está a punto de desaparecer del mapa. Mientras la Omoa de aquella época de sublevaciones sangrientas, contaba con alrededor de 3,000 habitantes en todo el valle, hacia el año de 1847 sólo tenía aproximadamente 1,100 habitantes y, hoy en día, según mis cálculos, su población se reduce a tan sólo 1,000 habitantes.

La población de este lugar y alrededores, al igual que el resto de Honduras, se caracteriza por tener una gran mezcla racial. Aquí se encuentran indígenas que conviven en grandes grupos, repartidos a lo largo y ancho de los territorios en el interior de la República y que conforman un gran conglomerado de población migrante hacia las grandes ciudades. Estos indígenas migran en busca de empleos en las plantaciones. Diré también que los caribes de estas regiones (que son las tribus de negros que tienen su propia lengua) no tienen nada que ver con aquellos caribes que encontraron los conquistadores españoles en el siglo XVI.

Los caribes se asentaron en las costas y hoy se dedican a la pesca y a otras labores como peones contratados en los grandes aserraderos de caoba administrados por los ingleses. La ascendencia de otros caribes hondureños es desconocida, creo que sólo unos estudios profundos de su lengua, que realice algún erudito, podrá iluminarnos sobre su procedencia ancestral. Estos caribes que he conocido, como los otros indígenas de la región de Honduras, son personas pacíficas y honestas en comparación con los guatemaltecos y nicaragüenses. Estos indígenas no han participado en las grandes sublevaciones que mencioné al principio, ya que esas insurrecciones solamente fueron iniciadas y apoyadas por una parte de la población negra que había arribado en años recientes procedentes de la isla española de Santo Domingo y de otros estados antillanos esclavistas. Aquí en la costa es bastante numeroso el grupo de los criollos superando a estos, el grupo de los llamados negros, quienes se destacan de los demás grupos respecto a la comprensión y al talento, pero lástima que son los más inútiles. Aquí a los descendientes producto de la mezcla entre blanco e indígena les llaman *ladinos*, y a los descendientes de un negro y un blanco les dicen *mulatos*. Los ladinos

generalmente son de constitución débil ¡con talento, pero no tienen carácter! Galindo al respecto nos dice que en Honduras los blancos nativos, en 1835, eran como 60,000; entre ellos se contaban también a los comerciantes individuales de origen europeo y norteamericano.

Omoa tiene una forma de construcción simple y pobre, pero ofrece una vista bonita desde el fuerte español construido muy cerca del mar. Esta fortaleza está separada del pueblo por un prado, y se destaca entre los montes y montañas situados a ambos lados. Llama mi atención cómo sobresalen, entre las palmeras los techos grises de las chozas. Este es un lindo paisaje de verdes donde resaltan los incontables tipos de follajes que presentan las plantas nativas de la región. Hay árboles de limón y naranja, de deliciosas frutas dulces, también hay palmeras de coco y árboles de mango que rodean todo este lugar. Las hojas grandísimas de las matas de banano que están sembradas en las plantaciones cercanas hacen el contraste más precioso que he visto, al igual que los tamarindos, acacias y mimosas que crecen excesivamente por todos lados. Descendiendo al pueblo no se extraña la mano de un cuidadoso jardinero y es que: ¡La naturaleza hace todo y el arte nada!

Aquí un zoólogo se admiraría de las grandes cantidades de mariposas que revolotean por las calles y los jardines del pueblo; los moluscos del campo, por el contrario, hacen falta. De no ser por una succinea de un cuarto de pulgada, que se parece a la *S. Amphibia Livlands*, no he encontrado nada significativo. Una bandada de mosquitos zumba alrededor del explorador atrevido que se detiene en medio del paraje con el propósito de observar los arbustos y a los árboles con ojo crítico, pero también este explorador debe cuidarse de las peligrosas serpientes, reptiles muy propios de estas tierras húmedas de poca sombra. Para entrar a este bosque, recomiendo que indispensablemente todo forastero debe ser acompañado por un guía indígena y además debe llevar un machete y un fusil para protegerse, en caso muy probable de encontrarse con el tigre centroamericano o con el jabalí que aparece de forma repentina en hordas multitudinarias. En el área de Omoa se encuentran los civetos o pecarís *dicotyles*, específicamente *d. Torquatus haveli* y *d. Albirostris gauvilla*. Una especie menos peligrosa y un poco tímida es el *tapir* (danta). Durante mi estadía en Honduras solamente tres veces tuve la fortuna de escuchar el *tapirus pinchague*, la última vez fue un macho y una hembra. Erróneamente, en el atlas H. Berghaus (VI. 6), se describe que el *tapirus americanus* o *suillus* se puede encontrar a 15 grados de latitud y el otro tipo a 17 grados de latitud hacia el norte, pero sabemos que ambos *tapirus pinchague* aparecen hasta más arriba en la provincia de Vera Paz de Guatemala y al Norte del

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

lago del Petén, en Yucatán, en los grandes bosques que envuelven unas majestuosas ruinas indígenas de estructuras enormes, mismas que sirven de protección a los animales en contra de los cazadores humanos. El corzuelo rojo *cervus rufus*, con su cuerpo delgado y elástico, es el contraste del tapir. El *cervus rufus* mide 4 pies y 6 pulgadas, en la grupa 2 pies y 2 pulgadas, en el lomo 2 pies y 4 pulgadas y carga en su cabeza una cornamenta de 4 pulgadas. La cierva sale, frecuentemente de la selva, con sus cervatillos de manchas blancas, y pacen en las grandes sabanas a la orilla de los ríos. Con facilidad, este delgado animal corre ágilmente entre arbustos y árboles evadiendo a los perros y a cazadores que los persiguen. Y es que en la selva, después de una agotadora jornada, comer asadas al fuego las piernas de venado se convierten en un delicioso y exótico manjar. A la especie de las corzuelas pardas, a la que, además de la corzuela roja, también pertenece el *ciervo americano* más pequeño, que mide de solamente 3 pies y 9 pulgadas de largo y 2 pies de altura, y el *cervus nemorivagus* que se parece a una oveja, según se estableció recientemente por los científicos. Ambos animales pertenecen al grupo de los almizcleros, ya que las hembras más numerosas que superan a los machos en una proporción de número diez veces, eran objeto de caza por tiradores furtivos. Cuando finalmente los científicos examinaron machos cabríos se creía que eran animales jóvenes por la cornamenta pequeña. Las corzuelas rojas, cuyas especies se encuentran en una cantidad reducida, se extienden geográficamente por el Sur de México, en las provincias de Chiapas, Soconusco, Tabasco, Centro América y América del Sur hasta las tierras del archipiélago de Chiloé. También aquí podemos encontrar el *cervus gymnotis*, que más al Norte de Centroamérica se reemplaza por *c. Mexicanus*, y *cervus simplicornis*. La cornamenta de este ciervo, (que afortunadamente pude ver en cada estado de su desarrollo) es de lo más digno de verse, ya que para la mayoría de los lectores de este texto es poco conocida. Cuando el cráneo del animal ha alcanzado una estructura fuerte, en ambos lados del hueso frontal se eleva la piel dejando excrecencias parecidas fracturas de la pierna. Después en poco tiempo esas elevaciones finas crecen, ampliando la piel del encima. Las estrías que observamos en la superficie de la cornamenta les sirven para que se formen durante su desarrollo numerosos vasos sanguíneos. Al terminarse el proceso de crecimiento del ciervo se forman jorobas como coronas en el paso de las cornamentas al cuerpo, las cuales detienen el flujo sanguíneo hacia arriba por ser muy estrechas las venas. La capa peluda de la cornamenta muere y se seca y, después, se cae dando paso a un cuerno de forma perfecta.

La caza de mariposas es un juego muy popular entre los infantes de 2 hasta los 11 años, porque la niñas mayores ya cargan a sus crías. Aquí los niños

indígenas se dieron cuenta de mi interés por el juego, y pronto me convertí en el mejor cazador de mariposas de todo el pueblo. Así mientras dediqué tiempo a explorar y atrapar mariposas en el bosque, miré animales de todas las especies: monos, pájaros, serpientes, lagartijas y ranas. Además recuerdo haber llevado a casa de mis anfitriones caracoles, mejillones y escarabajos que los niños recibían con júbilo escandaloso. Cuando caminaba por el pueblo hacia mi casa los chiquillos me entregaban sus adquisiciones del día. La más generosa fue una niña de una belleza seductora, quien tenía entre ocho a nueve años, (según los indígenas ella ya tenía la edad del *pescado frito*). La dulce niña me recibió con una sonrisa tímida que mostraba sus dientes blancos, ella a mi gusto era un ángel marrón, se acercó para saludar. La única prenda que cubría su cuerpo era una camiseta y así me percaté que era una niña hermosa con piernas delgadas. Con entusiasmo y una sonrisa en su rostro, me mostró entre manos su caza de mariposas y gritando con orgullo exclamó: -«¡Señor, señor! mire ¡mariposas bonitas!». Agradecido recibí de esas manos amorosas, esos insectos que ya no tenían alas como un símbolo del más allá. Después de entregármelas ella se fue feliz saltando por el camino, y así su pelo negro y grueso se movía como el viento de un lado al otro. «Very nice girl», diría un inglés, ya que «*nice*» es la expresión más tierna que tienen los británicos al observar el «*nil admirari*». El razonamiento de estos señores tan sabios que conocen aspectos tan variados de la vida quienes saben de todo, por ejemplo conocen el bistec clásico, las obras modernas. Los británicos tan poderosos que conocen los mejores poemas, las deliciosas salsa de tomate, la rápida máquina de vapor de alta presión, ellos que escriben extensas cartas de amor sensual y sobre todo que conviven en la ciudad de Londres con todo su vaho de hulla y la neblina que generan las brisas del mar Báltico; todo esto se puede denominar con sólo decir «*nice*» que equivale a decir tierno y anteponiendo el «*very*»; se forma la mejor frase para que nuestro «*gentleman*» pueda denominar con palabras la belleza suprema.

Entre otras rarezas que me han mostrado en Omoa se pueden mencionar dos cráneos, uno de los cuales era de un caimán y el otro de un puma. Lo más raro de esos dos cráneos era el cuento que se echaba mi amigo el doctor, al decir que estos dos animales se batieron a duelo a puños mordiscos hasta morir, dejándose intacto los dos cráneos. Estos cráneos fueron traídos por un indio desde la selva hasta la ciudad. Lo más importante que perdí de ver aquí fue a un ave, según me contaron, recién la habían cazado y que solo tenía una pata en medio del vientre. Lastimosamente habían enviado a este fenómeno de la naturaleza al Museo Nacional de Boston tan sólo ocho días antes de mi llegada. ¡El que dude, que viaje

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

a Boston para convencerse! «¡Le gremlin était diablement beaux! – ¡crenon d'un chien!»⁷ finalizó mi anfitrión el doctor.

Camino al sur, saliendo por la derecha de la carretera de Omoa hacia Comayagua, divisamos varios campos de maíz y banano cultivados por indígenas y negros. Estos cultivos producen la alimentación para el pueblo de Omoa. La papa, la batata dulce (*Convolvulus batatus*), y la enorme ñame (*Dioscorea alata*) al igual que una gran cantidad de frutas, que crecen en las tierras húmedas de Belice, es bastante raro encontrarlas aquí. Pienso que plantándolos en estas tierras hondureñas podrían dar enormes cosechas. El comercio de exportación de Honduras, realizado a través de los puertos de Omoa y Trujillo, y también otro pueblo (cuyo nombre no recuerdo) que está a 32 millas alemanas⁸ ó 224 verstas⁹ al este de Omoa, ascendía a 461,812 piastras totales en el año de 1846. En esa fecha se exportaron los siguientes productos:

1) Oro refinado en granos y arena	32,000 piastras
2) Plata (en conos planos)	245,000 piastras
3) Zarparrilla 2,500 pacas y 4 ½ arrobas de 4 ½ piastras	47,812 ½ piastras
4) Pieles (48,000 piezas) por 1 ½ piastras	72,000 piastras
5) Madera brasileña (de 40 a 50 toneladas) por 40 piastras	2,000 piastras
6) Caoba, alrededor (de 800 a 1,000 árboles) por 8 piastras por tronco	8,000 piastras
7) Ganado (de 5,000 a 6,000 unidades) por 10 piastras	55,000 piastras

En Honduras no es muy frecuente encontrar el cultivo de la vainilla, pero la vainilla cultivada es de una excelente calidad. Hasta ahora esta planta trepadora parasitaria que forma parte de la especie de las orquídeas se resistía al cultivo en estas zonas de América, pues sólo existían unas pocas plantaciones en la costa caribeña mexicana de Veracruz. Si miramos así el ejemplo de Bruselas y de otros lugares de europeos, donde la cultivan en invernaderos, la dedicación puesta al

⁷ ¡El villano era diabólicamente bello! – ¡Maldita sea!

⁸ Antigua medida alemana. Una milla alemana equivale a 7,4216 kilómetros.

⁹ Versta: antigua unidad de longitud rusa, equivalente a 1,066.8 metros.

cultivo dio como resultado unas vainas de una mejor calidad. ¿Pero quién se puede ocupar de cultivar y cuidar esta vainilla aquí en Honduras? La vainilla y el cacao requieren un clima caliente y húmedo, así como es el caso en las costas de Tabasco y de Honduras. Pero el cultivo de la vainilla es muy complicado en estas tierras de selvas desforestadas debido al efecto del aire caliente del trópico que hace que la planta se marchite y muera. Por esta razón las plantas deben cultivarse a la sombra. En Honduras diferencié entre dos especies de cacao, una la *Theobroma Cacao*, cuya planta tenía envolturas de frutas muy lisas y tienen un borde rojo, y la otra tiene una envoltura muy áspera de color amarillo-verde. A la vainilla, los indígenas la llaman *Mechusachil*. Fácilmente, cuando me mostraron las vainas de la cosecha reciente, pude comprobar la existencia de cuatro especies de vainilla. Si mal no recuerdo, la primera que observé fue a la *Epidendrum Vanilla*, por la cual se paga entre 8 piastras ó 10 rublos con 64 kopek a los indígenas, quienes la traían desde selva adentro. Para llegar a convertirse en producto aromático tan apreciado y tan caro, la vainilla tiene que pasar por un proceso bastante cuidadoso que a continuación describo: las vainas largas ya redondeadas y esquinadas se asolean cuando el sol entra en el cenit, colocadas en un tejido tubular para que se aireen. Al finalizar la tarde, justo cuando el sol se oculta, las vainas se envuelven cuidadosamente en pedazos largos de franela, una por una, teniendo el cuidado que ninguna quede junto a la otra. Cuando el clima se vuelve húmedo o lluvioso se ponen cerca de un brasero encendido y se da manualmente una ventilación de aire caliente reemplazando así el calor natural del sol. Si después de este proceso a la vaina le quedan manchas verdes, se las quitan con un tratamiento local que consiste en enrollar esas partes verdes en un pedazo de tela y se deja en reposo hasta que toda la vaina toma un color café uniforme. Conservar la vainilla, después de tratarla, tiene sus dificultades, ya que en este clima tropical, que es demasiado húmedo, produce una especie de moho cuando se está procesando la vainilla y si no se logra evitar el moho, toda la producción del aceite aromático se daña. La flor de esta planta se destaca por sus pétalos brillantes de un color verde claro que aparece con una gran elegancia a través de las frondosas hojas. La vainilla en Honduras crece en las tierras que están a una altura por los 3,000 pies sobre el nivel del mar.

En este país las cosechas de cacao son muy insignificantes si las comparamos con las cosechas logradas en la zona del Océano Pacífico, especialmente en las tierras de Soconusco, que fue por mucho tiempo zona en litigio entre Guatemala y México. Más adelante volveré a hablar sobre esta planta. A los minerales, al ganado y a la caoba ya les brindé, con anterioridad, su debido espacio, pero de la

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

zarzaparrilla deseo agregar lo siguiente: dicha planta, que se usa como medicinal crece a la orilla de los ríos centroamericanos, especialmente en lugares costeños calientes. Comercialmente la zarzaparrilla hondureña se paga a mejor precio y esto lo entendí por completo cuando me explicaron que las razones se debían a la preparación y a la limpieza cuando se empaca. El proceso de producción comienza con las raíces fibrosas del tamaño de una larga pluma de ave, estas raíces son desenterradas por los indígenas, quienes las cortan un poco más arriba del nudo inferior del tallo. Después las trasladan hacia la ciudad en fardos que son grandes y largos. Así la zarzaparrilla llega a la ciudad y se hace trueque por artículos nacionales, europeos o norteamericanos. Durante las visitas hechas con Sr. de Brot muchas veces encontré indígenas lavando y cortando las raíces de la zarzaparrilla. Las raíces, así lavadas, se colocan en fardos de 3 pies de largo, los que se sujetan con cuerdas y se unen con otros fardos. Con la ayuda de una prensa fijada con lazos, los fardos se atan con correas de una piel suave de buey para su traslado a la ciudad.

Posterior a la declaración de Independencia de España, el comercio en Honduras quedó en estado calamitoso y decadente. El cuadro comparativo siguiente da fe de ello:

Producto	EXPORTACIÓN			
	1835		1845	
	Cantidad	Valor	Cantidad	Valor
Oro y plata	--	600,000	--	280,000
Zarzaparrilla en quintales	6,000	60,000	2000	28,000
Pieles, unidad	6,000	6,000	--	57,000
Caoba	--	--	--	50,000
Ganado	--	20,000	--	10,000
		749,000		426,000

En el año 1846, a pesar de una reducción temporal, la exportación de la caoba se aumentó en 35,800 piastras en total. Todavía la importación desde Belice tenía un valor mayor de 100,000 piastras.

El hecho de que el país no pudo mejorar su economía bajo las condiciones mencionadas arriba, se explica por sí mismo. La razón por esto no se tiene que buscar en la demanda, sino que en la falta de las producciones nacionales requeridas por la población.

La importación a través de los puertos de Omoa y Trujillo era de los

siguientes bienes, en 1846:

De Belice:	dry goods ¹⁰ ingleses, especialmente productos de algodón	360,000 piastras
De La Habana:	licores, vino español, frutas, aceite, cera, productos de seda, joyas, libros, papel	80,000 piastras
De Norteamérica (Nueva York y Boston):	alimentos, harina, carne salmuera; tejidos de algodón	560,000 piastras

Así con estos datos de forma fehaciente observamos que en Honduras se consume de un cuarto a un octavo más de lo que produce y por esa razón este país siempre termina en una completa bancarrota. Del consumo total, dos tercios se realizaron en Omoa y un tercio en Trujillo (a pesar que este puerto es más grande pues tiene más de 6,000 personas que Omoa). Pero ser mayor en número no hace superiores a los habitantes de Trujillo, pues estos son muy inferiores a los pobladores de Omoa, en cuanto a su afán y perspicacia.

Los comerciantes hondureños aceptan productos nacionales como si fuera dinero en efectivo; siendo los precios estimados así:

Oro por onza	16 piastras
Plata por libra	17 a 18 piastras
Pieles de bueyes, unidad	1 a 1 ¼ piastras
Pieles de jaguar, puma y otros	1 a 5 piastras
Zarzaparrilla, por arroba	2 ½ a 3 piastras
Concha de tortuga, 1 libra	3 a 3 ½ piastras
Madera brasileña, 1 quintal	3 ½ a 4 piastras
Añil, por surrón	120 a 130 piastras
Tabaco en hojas por libra	1 ¼ a 1 ½ reales

El dinero en efectivo es muy raro, ya que todos los ingresos inmediatamente tienen que salir a Belice. El comercio más común entre Omoa y Belice es el negocio de las comisiones. Los comerciantes de Belice prestan bienes por 8 meses, mientras que los negociantes de Norteamérica y La Habana permanentemente piden envíos de vuelta, por lo que los compradores hondureños ganan en negocios comunes 2½

¹⁰ Bienes secos.

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

centésimos por venta, 2½ centésimos por envío de vuelta y 1 real por pieza por almacenaje.

También la mayoría de los comerciantes de esta zona son comisionistas de la misma casa comercial extranjera, además de la comisión de representación, ganan el 12½ céntimas por almacenaje, lo cual hace que el comerciante tenga una ganancia redonda.

Pienso que cuando aumente la producción nacional hondureña no habrá necesidad de construir nuevos puertos porque los existentes tienen una gran capacidad de recibir más barcos. ¡A veces, por semanas, no se ve ningún barco! La pereza es bastante visible en Honduras y es que la noble naturaleza alimenta a los habitantes sin que ninguno de ellos se preocupen de cultivarla ¿para qué trabajar entonces? Por ejemplo: el banano una vez que se planta en tierra, la naturaleza hace que crezca sin ningún contratiempo. Transcurridos nueve meses llega la primera cosecha, y después en las distintas estaciones no deja de producir varios racimos anualmente, (al racimo de bananos los franceses le llaman grappes). Cada cosecha puede dar de 50, 75 ó 100 libras, siempre y cuando se corten los tallos viejos para dar paso a una nueva planta. A partir del segundo año, en torno de cada mata de banano, crece un nuevo grupo de tallos de distintas alturas hasta llegar a un máximo de 25 pies. Así, al mismo tiempo, hay tallos con racimos de bananos y otros creciendo y de tal suerte de siempre habrá cosecha de bananos. Los conquistadores españoles exterminaron en esta zona costera todas las plantaciones de banano con la finalidad de forzar a las poblaciones indígenas a trabajar en la agricultura y que no dependieran de un cultivo tan cómodo y fácil. Pero ni el método forzoso, ni tampoco la educación mental, lograron que este perezoso hijo del trópico trabajara con afán. Y es que sólo el inmigrante del norte, el que vive en las zonas más frías de la tierra, va a traer hasta aquí una voluntad física y mental diferente a la del nativo. El inmigrante se conserva bien, mental y físicamente, ya que vive alejado de las zonas costeras del trópico caliente y húmedo, y este ambiente frío hace que se mantenga siempre saludable. Considerando que mi país natal cuenta con una población nacional de 73 personas por milla cuadrada, se generará una gran oleada inmigratoria hacia estas tierras tropicales, y esta inmigración cambiará de forma radical a este país.

El pueblo caribeño Cienagueta

Aproximadamente a 4 ½ leguas españolas (casi 17 ½ verstas) al este del puerto de Omoa, por la bahía de Puerto Caballos, se encuentra el pueblo caribeño

de Cienaguita, lugar desde donde, se ha proyectado, partirá el ferrocarril que recorrerá transversalmente el territorio hondureño, hasta llegar al Golfo de Fonseca ubicado en el Pacífico. Haciendo compañía a un comerciante local, partí de la ciudad de Omoa, en un largo viaje montado en mula. Atravesamos extenuantes caminos que se bifurcan y serpentean a lo largo de la Costa Atlántica. No se borra de mi recuerdo cuando a mitad del trayecto pasamos por en medio de un gran bosque repleto de árboles cuyos troncos están numerosamente decorados con verdes lianas, agaves, anthurium, dracontium y además unas hermosas orquídeas que se elevaban a grandes alturas por los costados del camino, brindando una agradable y refrescante sombra al agotado viajero. Este sendero que está en medio de nuestra larga ruta, recorre empinadas cuestas y numerosas curvas sin tener el menor rastro de ser una carretera construida con la finalidad de transitarse a diario, y es que a veces el trazo del mismo sendero se pierde en el bosque complicando por completo nuestro avance, porque los arbustos y las espinas obstaculizan a cada rato el paso del viajero y el equipaje que transportan a lomo los animales de carga, al mismo tiempo que los nativos que guían a las mulas deben, a cada paso, abrir las brechas ayudados por filosos machetes. Aquí en Centro América se carece de unas buenas vías de acceso entre las grandes ciudades, esta escasez de caminos impide el desarrollo local y el progreso económico de estas naciones. Este tramo que recorrimos es el que llaman el camino real mismo que nos lleva a través de espesos montes y llanuras extrañas, camino que es muy extenuante para nuestros animales de carga, por sus cuestas empinadas y el sinnúmero de lugares escabrosos que dominan a lo largo del camino. Mi compañero de viaje, el comerciante local, me cuenta con gran afán como el gobierno actual se esfuerza en el mejoramiento de las vías de acceso en diversas regiones del país; por ejemplo nombra un camino del interior de la república el cual recientemente ha sido macadamizado, camino que hasta hace pocos meses era una vía intransitable en tiempos lluviosos, estas obras las hace el gobierno con la finalidad de facilitar el periplo a todos los comerciantes y viajeros.

En las partes húmedas de esta selva encontré varias especies de *Cannáceas con flores* de distintos tipos de rojo. Aquí miré a la *Canna warszewieczy*, la cual hace un año fue descubierta en Guatemala, por el jardinero artístico polaco Warszewiez, quien ahora reside en Varsovia. Después divisé unas *Cannáceas* blancas, flores que nunca había visto en los invernaderos europeos. Todo aquí es ¡un paraíso de arbustos y heliconias! La *Cannácea* blanca me provocaba tanto poseerla, que regresé a este lugar unos meses después con el fin de llevarme sus semillas, pero para mi sorpresa las plantas habían sido destruidas por una horda de

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

mulas que habían atravesado este campo.

En el trayecto del camino divisé varios asentamientos indígenas, el primero lo miré en medio de los bananales, y los otros en medio de la espesa selva que ya había sido deforestada. Nuestro viaje a través de elevadas montañas hace que divise también varios árboles gigantes que aún tenían las copas florecidas, a pesar de que los troncos estaban totalmente ennegrecidos y carbonizados por la acción del fuego de los grandes incendios que los nativos habían provocado en medio de la selva, todo con el afán de colonizarla. En los tramos donde no había selva aparecían grandes milpas con plantas tan grandes que ocultaban a los jinetes.

Aproximadamente a 2 leguas (7 verstas) de Omoa se ubica una alfarería y una tejera indígena donde hay muchos de estos productos de excelente manufactura. Antes del siglo XII, los primeros indios ya dominaban este arte de la alfarería, tal como atestiguan las numerosas vajillas de barro encontradas en ruinas y en tumbas de las ciudades centroamericanas más antiguas. Entre los objetos encontrados en los vestigios de las ciudades indígenas, están unas especies de cazoletas de pipa y boquillas para cigarros fabricados con muchos detalles, a todos estos artículos como: los cuencos para el sacrificio, las vasijas para la bebida y los jarrones de todo tipo, les hace una excelente referencia Tiedemann en «Die Geschichte des Tabaks»¹¹. Hasta el día de hoy, aquí en Honduras se mantiene el arte de trabajar el barro. En la alfarería indígena miré jícaras y apastes bien elaborados, estos utensilios sirven para que las mujeres mayores y las muchachas transporten en su cabeza el agua, desde fuentes lejanas hasta sus casas, esta actividad me llamó mucho la atención porque es frecuente y común en todos los lugares hondureños visitados. Las vasijas o apastes siempre se conservan dentro de las casas a la sombra, con la finalidad de que el transparente líquido contenido se mantenga relativamente frío, constituyéndose una buena costumbre, teniendo en cuenta que a cada rato se toma agua en estas altas temperaturas a las que llega el clima en este trópico, que supera fácilmente los 27° C.

Todas las tejas fabricadas en las alfarerías se producen sin clavos, esto se debe a la técnica de construcción de los techos de todas las casas y de los edificios, techos que son poco inclinados, siendo esta la razón por la cual los tejados no se caen. Las tejas tienen forma muy simple, son curvadas sin ningún borde, se colocan en los tejados de la forma siguiente: se hacen varias hileras verticales de

¹¹ *La historia del tabaco.*

tejas, que recorren el techo de arriba hacia abajo, entre cada una de esas hileras se deja un espacio del tamaño de una teja, que ya volteada unirá las hileras verticales, resultando todo este entejado el doble de peso que soportarán las vigas del techo. Aquí, en este poblado, observo que los techos de paja y los revoques con cal no son comunes.

Una vez durante el viaje me enojó mucho la actitud del compañero comerciante, quien era descendiente de españoles, este en forma petulante, tal vez por tener la tez blanca y el puesto de alcalde, en un movimiento rápido con su fusta le asestó un golpe directo a la espalda de un indio que osaba pasar por el mismo camino, éste indio se comportó más sumiso que un perro domesticado, porque el perro al ser maltratado por su amo no lo muerde, pero si le gruñe.

Desviándonos por el brazo occidental del Tulián, que es el río que recorre la larga franja costera caribeña en esta parte de Honduras, es un afluente tan caudaloso que la única forma de atravesarlo ese día fue con la invaluable ayuda de unos briosos caballos. Al llegar a la ribera opuesta encontramos una casa que sirve como especie de aduana, esta casa estaba construida de paredes de arcilla y el techo de hojas de palma. Esta casa de peaje es la primera parada obligatoria para aforar todos los productos que son enviados desde Omoa hacia la capital hondureña, Comayagua. Hasta aquí, en este punto, la carretera deja de ser de un solo tramo porque después se divide: el camino de la derecha lleva hacia el interior del país, pero nosotros seguimos el camino de la izquierda que transita a lo largo de la orilla del mar por en medio de los otros dos brazos del Río Tulián, hasta llegar a Cienagueta. Poco a poco nos fuimos acercando y el panorama se iba haciendo tan encantador sobre todo como se iban destacando las casas con techos de palmas construidas a la orilla del mar, en una playa tan limpia y blanca y con los patios de hermosos jardines verdes. Durante el recorrido de entrada a Cienagueta, todo mundo nos saludaba, pues ¿quién no conocía al rubio don Federico el alcalde, el hombre más acomodado de Omoa?

Durante nuestra estancia aquí nos hospedamos en la casa de un próspero caribeño que vivía en buenas condiciones económicas. Aquí degustamos de comidas muy apetitosas convertidas en un grato manjar; considerando nuestra situación viajera en medio de la inmensa selva, al estar tan alejados de la civilización que quedaba a muchas leguas. Nuestro anfitrión se negó rotundamente a recibir pago alguno por los servicios prestados, no tanto, por ser amable y hospitalario, la razón del trato preferencial se debía a que él ya había considerado muy inteligentemente que tener huéspedes tan importantes y bien atendidos servirían de referencia personal para futuras relaciones. Las comidas consistían en filete de tiburón asado

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

(mismo que se pesca abundantemente en la bahía de Puerto Caballos) huevos de gallina, plátanos, arroz, y otras veces, comíamos una deliciosa sopa de pescado bien condimentada acompañada de casabe, esta sopa es una comida muy típica de la región, otras veces comimos carne de res asada (que rara vez se sirve en la mesa por estos rumbos).

La preparación del casabe, actividad sobre la que no había informado antes, es muy curiosa, por lo que a continuación voy a describirla: la planta, de la que se hace ese pan que aquí llaman tortilla es parte de la familia de los *Euphorbiaceae* y es muy parecida a varias plantas como *ricino* y *crotoncillo*, las dos son útiles para fabricar un aceite de efecto laxante, asimismo la planta se parece al *boj*, de las que fabrican unos tablones, al igual se parece a la *Crozophora tinctoria*, la que nos da el colorante azul conocido aquí como tornasol, y a la planta *Siphonia*, que produce distintos tipos de caucho. La yuca, que ya usaban antiguamente los aborígenes de América, químicamente es una fécula al igual que todas las especies del sagú (*Maranta arundinacea*) y que según los médicos modernos han producido muchas enfermedades en varios países de estas regiones, al ser consumidas sin tener el cuidado requerido. Pero también estas raíces de yuca sirven como alimento nutritivo, y de hecho en la fécula se hallan sustancias complementarias como las que se encuentran en el pescado y la carne. Johnston, al comparar los ingredientes dice que se pueden encontrar en las siguientes proporciones:

	Carne fresca	Carne seca.	Arenque.	Tortilla/casabe.
Agua	78	--	--	45
Fibrina o				
Pegamento	19	84	92	6
Grasa	3	7	8	1
Sangre				
Total	100	100	100	100

Para hacer comestible el casabe, pues tiene sustancias venenosas, la yuca, se somete al siguiente proceso: la raíz recién extraída se corta en trozos con un hacha y después estos pedazos se lavan varias veces y en seguida se procede a rayarlos en una tabla larga de caoba que tiene incrustada por un lado varias piedrecillas duras y puntiagudas. El producto ya rayado se parece a un puré, éste se tiene que volver a lavar varias veces y en seguida se vierte todo el puré lavado en una especie de tubo, llamado rugama o culebra, fabricado de la corteza de árbol de balaire entretrejida en cruz, con la finalidad de secar la masa. Una vez

que la masa se ha secado suficientemente, se vierte en una criba para cernirla. Después queda la harina blanca muy fina que se amasa con agua fresca. Esta masa se moldea en formas redondas de un diámetro de aproximadamente tres pies y cuando se ha secado, se asa en un comal sobre el fuego y está lista cuando tiene un color dorado en la superficie. Debido a que este tipo de pan blanco no tiene un sabor propio (pareciéndose a nuestro pan de harina de trigo) sabe mucho más rico mojándolo en una sopa, en la que a pesar de su dureza, se deshace inmediatamente. Por la sequedad del producto se puede guardar mucho tiempo y se conserva en perfecta condición. Además de los alimentos ya mencionados, en Cienagueta, se cultivan los frijoles negros cuyas semillas contienen una sustancia muy deliciosa, se cultivan también guisantes, bananos, piñas, arroz y la caña de azúcar que tiene un jugo muy dulce. Esta última usualmente es cultivada por indígenas en grandes extensiones de tierras. La caña se propaga mediante la plantación de trozos de caña, de cada nudo sale una planta nueva idéntica a la original; una vez plantada la planta crece y acumula azúcar en su tallo, el cual se corta cuando está maduro. La planta retoña varias veces y puede seguir siendo cosechada por alrededor de 80 años si la tierra donde se cultiva es fértil y húmeda. La caña la cortan cuando se ha desarrollado por completo y se procesa a mano. El jugo se obtiene porque se machacan los trozos de caña. De vez en cuando, los Caribes preparan su azúcar extrayéndola de la caña. El proceso se hace de la siguiente forma: dos cilindros de madera enchapados con láminas de acero, se mueven por medio de una polea, al girar simultáneamente los cilindros hacen una enorme presión en los trozos de la caña y hacen que salga el jugo de la caña que es recogido en un recipiente de arcilla. En Cienagueta hay varias de estas máquinas extractoras de jugo de caña, todas al aire libre. El jugo extraído se hierve en grandes calderos (en Livonia se llaman *Grapen*) y luego se cristaliza sin agregarle otros ingredientes. El producto obtenido aquí en Cienagueta es muy similar al azúcar mascabado¹² de La Habana, que también tiene el característico color marrón.

Cuando estaban preparando la comida, o después de comer, yo caminaba por el pueblo, donde encontraba las casas muy separadas y con muchas áreas

¹² El azúcar mascabado es el nombre de un azúcar producido con un método artesanal, todas las fases respetan el principio de producción biológica. Se exprime la caña y se concentra el zumo por evaporación del agua usando como combustible los residuos de la caña. Tiene muchos principios nutritivos que normalmente se pierden en el refinado del azúcar blanco. Es rico en sales minerales, en particular hierro. La melaza le confiere su color oscuro y su aspecto no cristalino. Característica especial del azúcar mascabado es la presencia de pequeños granos.

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

verdes entre ellas, que servían de pastizal a nuestras mulas y al escaso ganado del lugar.

El pueblo de Cienagueta, que se extiende planamente por los dos lados de la boca del Río Cienagueta, está rodeado de mangos (*Mangifera indica*) y palmeras de coco que dan sombra a los techos de las casas. Pero los Caribes no aprecian las palmeras como plantas, sino por su utilidad. Estas palmeras requieren de un gran espacio, contemplé que diez de estos árboles requieren todo un campo de cultivo, ya que mes a mes, a lo largo del año y durante todos los años, aparece una nueva palmera que genera una cosecha entre 15 a 20 nueces de coco. Cada palmera de coco empieza a dar frutos a partir del sexto año de cultivo, cuando tiene un tronco de una altura de 2 a 4 pies y todas sus nueces no se reducen en tamaño hasta cuando comienzan a envejecer a los 30 años. Un cesto de 8 a 9 nueces dan un *Stof*¹³ de aceite, un quintal de aceite actualmente cuesta 13 rublos, dando una ganancia entre 6 a 8 rublos por palmera, así que nadie pone en duda la gran importancia que tiene una plantación de palmeras de coco para cada propietario. Por esto, todos los dueños de cultivo de palmeras, plantan nueces de coco hasta donde pueda permitírsele el espacio del terreno. Tomando en cuenta la enorme ganancia comercial que proporciona el cultivo de la palmera de coco, considero impropio la costumbre de los Misquitos, quienes a la muerte del padre de familia, los hijos cortan todas las palmeras que el difunto plantó a lo largo de su existencia, esto si me parece una acción de bárbaros. En Cienagueta son pocos los que tienen ganancia de sus plantaciones de palmeras de coco, claro que podrían ganar si fueran más activos; porque el resto de la población consume las frutas como alimento. Una vez que se corta una nuez de coco, el agua de coco se mantiene fresca cinco días, siendo esta poca duración que lo hace improbable exportarla a Europa, esta duración haría que los cargamentos embarcados llegaran en mal estado. En las zonas costeñas donde no llueve durante los meses secos, solamente el agua de coco sirve como agua potable a los habitantes.

Otro uso efectivo del coco puede ser la producción de vino como el *Toddy* que preparan los aborígenes al otro lado del mundo. Preparado por los indígenas, el *Toddy* se consume en varios países en las costas del Océano Pacífico, especialmente en la India Oriental. El *Toddy* o *Caraca* se extrae de los espádices de la flor de la palmera de coco, cuando el tallo todavía se encuentra en estado de desarrollo, los espádices miden aproximadamente 2 pulgadas de ancho y 4 pies

¹³ Medida antigua de la Prusia; 1 *Stof* equivalente a 1.15 litros.

de largo. Un hombre trepa al tronco, dobla las espigas de la flor hacia abajo, las fija con un cordón, corta la punta del tallo y en el extremo ata una calabaza donde se recoge y guarda el jugo. Cuando el flujo se disminuye, lo que puede pasar fácilmente en un clima húmedo y caliente, se van cortando partes de los espádices hasta que se ha agotado el jugo. Cada palmera mensualmente da de 1 a 3 *Stof* de jugo, que es muy similar al agua de coco, y después de unas horas se empieza a fermentar. En la provincia Bahar de la India, así como en África Central se usa la palma datilera para extraer el jugo. Se corta cerca de la corola, igual como se hace con el arce sacarino o el abedul. Hablando de palmeras, quiero mencionar la *Areca oleracea L.* o *Euterpe oleracea*, el *Cabbage tree* de los ingleses, el *Choux palmiste* de los franceses, la palmera de *Asaí*. La *Asaí* es una de las palmeras más altas, con una altura de 200 pies y se destaca por toda la selva, los españoles que siempre son tan poéticos la denominaron *palma real*. La mayoría de las palmeras tienen las hojas grandes que crecen directamente del tronco verde o marrón. Una palmera de esta zona, que es muy pequeña (los guatemaltecos la llaman *ternero*) se distingue por tener entre el tronco gris y la corola un cuerpo verde y redondo, formado por varias brácteas tubulares que ya traen en el interior hojas en estado de formación. Esta masa compuesta por envolturas blancas parecida al marfil es el conocido corazón de palmera, que es consumido crudo con aceite, vinagre y pimienta y también se puede comer cocido, teniendo una delicada consistencia como los espárragos, con ese sabor característico bastante similar a la alcachofa.

Otra especie de la palma es la *Areca*, cuya fruta pequeña es color rojo y les sirve de alimento a los indígenas y Caribes, igual que la nuez de la conocida como corozo y la nuez de la palmera llamada *Elaia oleacea Jacq.* De la nuez de la *Elaia oleacea Jacq.*, que tiene un recubrimiento exterior dulce y de color amarillo, se extrae un aceite rojo-amarillento; y del tronco y del pedúnculo de esta palmera se puede extraer un vino que tiene un sabor exquisito.

Después de cocer los frutos de la palma, se forma una grasa espesa color blanco a la que se le denomina ácido palmítico, y me parece maravilloso que una planta también proporcione exactamente el mismo producto que se obtiene químicamente del sebo de las reses y de los machos cabríos. Esta sustancia, la estearina, es la misma grasa que tienen nuestros animales domésticos, los animales salvajes y la nata de la leche, las yemas de los huevos y el aceite que utilizamos para cocinar. El ácido palmítico y la estearina se encuentran igualmente en las grasas de los gansos, en la mantequilla y en el cuerpo humano. En todas las grasas vegetales, las proporciones de estas dos sustancias son variables, por ejemplo en el aceite vegetal se encuentra la misma proporción que las del cuerpo humano,

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

pero en el aceite de palma y el ácido palmítico es el principal. Concluyo que en todos los productos comestibles, ya sean de origen animal o vegetal, encontramos una enorme cantidad de diversos compuestos de grasa, similares a las sustancias pegajosas de las plantas y a la fibrina que procede de la carne de los animales que ya mencioné arriba.

En la playa de Cienaguita se encuentran varios *coccoloba uvifera*, árboles que los Caribes e indígenas llaman la «uva de playa». Estos árboles dan frutas muy parecidas a las cerezas, son ácidas y de color rojo hueso, frecuentemente se consumen por las personas de este lugar. El jugo es muy tonificante y tiene un efecto astringente. También son comunes los árboles de tamarindo y un árbol similar a éste, que los Caribes le llaman *sireguella*; también abundan los limoneros.

En Cienaguita conocí, por primera vez, la *marimba*, un instrumento típico que consiste en 21 flautas de madera de caoba afinadas en modo mayor a pesar de que no es un instrumento de viento. Estos tubos le sirven para producir el sonido y están colocados como los de la *siringa* y cubiertos, en la parte superior, por la misma cantidad de teclas de caoba. Las teclas y los tubos están fijados al marco que se coloca entre las rodillas del ejecutante, mientras que hay un arco estrecho, fijado al marco, rodea la figura del músico con el fin de evitar que la marimba se deslice mientras se ejecuta. Debido a la forma de construcción de este singular instrumento musical, solamente será posible describirlo en forma gráfica, agrego aquí: los listones del marco, en el que están los tubos, están cubiertos por acolchonados largos y estrechos. Cada flauta está perforada abajo, el agujero está rodeado con cera dejándolo libre, cerrado por una membrana delgada que sirve para perfeccionar el sonido. El afinado de la marimba no es tan detallado, este se realiza mediante un estrechamiento o una ampliación de los agujeros. La flauta más larga mide 13, la más corta $1 \frac{3}{4}$, la tecla más larga 9, la más corta 5 pulgadas, la longitud de todo el instrumento es de 2 pies y dos pulgadas. El sonido curioso de la madera es obtenido por medio de unas masas que golpean las teclas.

A Roberto Martínez, el comandante negro de Cienaguita, le gustaba relajarse con esa la música, que indudablemente puede compararse con un concierto europeo. Roberto utiliza el sombrero Panamá como es la costumbre aquí, se viste con una camisa inglesa muy colorida y con un moderno pantalón a rayas de tela de algodón. Nuestro anfitrión usaba botas de tacones, calzado que tiene muchos detalles decorativos que hacen destacar la delicadeza de este fino caribeño. Él se sienta en una banca de caoba, cerca de una ventana de la sala de la amplia casa. Coloca el instrumento musical sobre sus rodillas, se arremanga la camisa y toma entre sus manos tres mazos delgados de ocho pulgadas de largo, en

extremo tienen unas pelotas negras de goma, del tamaño de una nuez. Luego de colocar un mazo en la mano izquierda y los otros dos en la mano derecha, estos últimos separadas por el dedo índice, Roberto comienza su concierto de marimba, resultando tan impresionante que de pronto pienso que a nuestro Sebastián Bach se le haría muy difícil imitar a este músico hondureño. Roberto mueve el cuerpo y la cabeza al ritmo de la música al mismo tiempo que comienza a cantar con una melodiosa voz apasionada, a veces con tonos lentos y melancólicos, con un timbre de tonos suaves que es muy peculiar en los cantantes de estas regiones. Así él sigue cantando con una característica que aporta cadencia al entorno musical, aunque él no lleve una sincronía entera en cuanto al ritmo y la forma de tocar y cantar. Lamentablemente la canción entonada es de un lenguaje nativo caribeño, por lo cual no entiendo ninguna palabra y aunque Roberto, a petición personal, escribe la letra de la canción en un cuaderno de apuntes, esta letra la perdí cuando extravié algunos de mis apuntes de viaje escritos meses antes, cuando fui víctima de un naufragio. La marimba que conocí en este lugar me recuerda a un instrumento japonés que describió el británico Dr. Crotch que se llama *gambang kayu* que, igual que la marimba, se ejecuta con un martillo.

Así deseo destacar que los caribes no cantan y tocan la marimba al mismo tiempo, y algunas canciones tienen coros que se repiten regularmente. Otros instrumentos musicales que encontré en la región, además de la marimba, fueron unos grandes tambores que se fabricaban de gruesos troncos ahuecados y que muchas veces son el único acompañamiento del baile. En el puerto de Omoa, más civilizado, los bailarines se entretienen al ritmo de la música de órgano, de flauta, de tambor y de bombo.

Cienagueta, es un poblado pequeño, cuenta con unos cientos de habitantes. La mayoría trabajan fuera del lugar, empleados como jornaleros en los grandes aserraderos del lago Izabal en Guatemala y en Belice en la Honduras Británica, a otros les toca laborar a lo largo de la franja Costera Atlántica hondureña en la pesca y en la horticultura. Aún así, con esta emigración laboral, el pueblo siempre se observa muy activo. La gente pasa todo el día bajo los dinteles de las puertas a la entrada de las casas. Cuando el día está opaco o el sol se va a ocultar por la tarde la gente sale a las calles. Parece que todos los días el pueblo siempre celebrara un eterno domingo de feria. Por las calles admiro un carnaval de rostros alegres, los fuertes cantos eternos, la música de tambores y timbales y unos atractivos y coloridos bailes que son ejecutados en improvisadas pistas bajo los grandes árboles.

Los negros que viven en las Antillas inglesas y en la Honduras Británica

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

son feligreses que pertenecen a distintas sectas protestantes, pero los caribes de aquí en Cienaguita son muy buenos católicos, como los demás habitantes de Honduras, que se refleja en la veneración a muchos santos. Un día mientras caminaba por el pueblo, de repente, escuché los sonidos de un tambor acompañado por cantos a los que les respondían, en otra dirección una campana. En seguida apareció un desfile de gentes que acompañaban la imagen de un santo tallado en madera, este santo era venerado con humo de incienso y banderas. Según me contaron esta procesión se dirigía a cierto lugar del bosque que se había consagrado al santo. Las personas que formaban la procesión eran varones, pero había también muchos del sexo más bonito. Había algunas mujeres mayores que no eran bellas.

Por supuesto me uní al desfile guardando una distancia prudente bajo las inquisitivas y curiosas miradas de las señoras. Había gente que no formaba parte del desfile, sino que eran simples curiosos que tan solo atisbaban desde las puertas y las ventanas, viendo el paso de la larga procesión. Durante la caminata distintas personas se unieron a la marcha, acumulándose en gran número hasta llegar a la iglesia católica, misma que consistía en una simple cabaña con techo de palmera, distinguiéndose de las otras cabañas por un gran crucifijo de madera que tenía colocado exteriormente en lo más alto del techo. El interior del templo es muy estrecho, el altar está decorado con muchos crucifijos y otros objetos religiosos de variados colores y es el único lugar iluminado con unas grandes velas que se afirman en el piso de tierra; la iglesia no tenía baldosas ni pavimento. En el interior de la iglesia había mujeres arrodilladas rezando frente al altar. Un anciano negro de pelo blanco era el encargado de dirigir el rito litúrgico. De repente se escucharon cantos religiosos y la campana comenzó a repicar permanentemente.

Al rato me salí de la iglesia para conversar con los niños de la comunidad. Ellos estaban desnudos mostrando sus vientres gordos y sentí que eran similares a unos hermosos Cupidos, que revoloteaban alrededor de los profundos algodones. Al ver a los niños no pude evitar pensar en la maravilla natural del esbelto cuerpo de los caribes adultos, quienes en su infancia fueron unas criaturas obesas, al contrario de Europa donde los niños son más que encantadores y poseedores de cuerpos bien formados, y luego, al envejecer se desarrollan unas figuras deformes de grandes vientres y piernas delgadas como péndulos; esas son las «virtudes» de nuestra educación.

En Cienaguita es posible encontrar muestras de la civilización tal como lo indican unos fusiles de pistón y los utensilios de comida como el llamado cuenco de loza de Fayenza, las vajillas de loza, las botellas de vidrio y los cuchillos y los tenedores; todos son productos de manufactura alemana, comprados en

una ferretería de Omoa, casa comercial que distribuye numerosas y diferentes mercancías provenientes de Hamburgo.

La casa de nuestro anfitrión (que es un hombre muy trabajador) a diferencia del estilo de las otras cabañas, es muy limpia y ordenada. La pared que separaba el dormitorio de la cocina era de caoba, madera que se vende en los aserraderos locales, y es muy apreciada por encima de otras dada su duración y belleza. Del mismo material eran las mesas y las bancas. La casa no tiene cielo falso, solo posee unas cuantas vigas al descubierto y de estas cuelgan dos grandes argollas de metal de las cuales pende una hamaca y para decorar había redes, pieles y ropa. A cada rato, dentro de la casa, pasan las gallinas, ya que estas van a poner huevos en la cocina, en el piso terroso al lado del fogón. Las gallinas ponen huevos todo el año, pero sólo los incuban durante los meses secos.

La ignorancia o la superstición del pueblo fueron demostradas cuando un día tuve la idea de imitar el canto del gallo para provocar a otro que estaba fuera, en el patio. Luego de mi primer intento, una mujer caribe, que estaba al otro lado de la sala, se asustó y levantándose estrepitosamente salió corriendo cuando repetí mi «obra de arte». Inocente y mirándome de soslayo me dijo -«¡un espíritu malo se ha posesionado de usted señor!»- Ella se había convencido de que yo había sido poseído por un mal espíritu, a pesar de los vanos intentos del ilustrado cónyuge para hacerla cambiar de opinión. No volvió a entrar en casa hasta que nosotros los blancos abandonamos el pueblo.

Bonacá, Barbareta, Santa Helena, Roatán, Utila y Morat

Estas son cinco islas inglesas que pertenecen al archipiélago de las Islas de la Bahía; estos territorios marítimos están en la ruta de viaje al partir de la costa de Belice hacia la Mosquitia. Estas islas se encuentran entre 16° 10'' y 16° 30'' de latitud, entre 85° 45'' y 87° al oeste de Greenwich, a 8, 10 y 15 millas alemanas del puerto de Trujillo, en la Costa Norte de la República de Honduras. En la actualidad las Islas de la Bahía están pobladas por aproximadamente 2,000 habitantes. El descubrimiento de las mismas sucedió en el Cuarto Viaje de Cristóbal Colón, cuando por recomendación de los cubanos, el navegante decidió buscar tierra firme en dirección sur-occidental.

Después de navegar por el Cayo Largo, cerca de los Jardinillos del Rey, al este Colón encontró una isla habitada y al ver una abundante foresta de pinos que crecían en todo el territorio la denominó « Isla de Pinos» que hoy en día se conoce como Bonacá. En esa época de descubrimiento y colonización, los habitantes de

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

todas las islas tuvieron un triste destino al convertirse en los primeros esclavos indios que los españoles enviaron hacia la isla de Cuba. En 1517, cuando los indígenas fueron sometidos para realizar trabajos pesados de minería. El comercio de esclavos en la época del siglo XVI se inició por órdenes del monarca español. Según las anotaciones del historiador guatemalteco Galindo, fue en las Islas de la Bahía donde se dio el último bastión rebelde de caribes, quienes se sublevaron contra los conquistadores europeos. Estos caribes fueron sometidos y enviados prisioneros, bajo la jurisdicción de la corona Británica, hacia las islas Antillanas de San Vicente y después de un tiempo fueron trasladados a *Port Royal* en Roatán, con la finalidad de domar por completo a estos sediciosos esclavos.

Meses después los españoles se ocuparon de estos caribes y los trasladaron desde la isla de Roatán hacia Trujillo, donde fueron afincados en varios caseríos que se extendían a lo largo de toda la franja caribeña centroamericana de este a sur: desde Belice, al norte por Lívingston, Punta Gorda, Northern Standing, Stan-Creek, Mullins, Manatí y Sibun y a lo largo de la costa de La Mosquitia y aún más allá del territorio hondureño.

Todos los caribes que observé en cada poblado de la costa de la Honduras Británica, así como en la boca del Río Manatí, Northern-Standing en Lívingston, en Cienagueta, también cerca de Omoa y en el puerto de la Mosquitia por Cabo Camarón y el cabo de Falke en la desembocadura de los ríos Croatch y en el Dockwara-Creek, tenían la piel negra y el pelo ensortijado. Aquí les llaman generalmente *negros*. Estos nativos hablan su propia lengua y además observan sus propias costumbres. En varias ocasiones escuché canciones compuestas por los negros, cuya letra y melodía parecen muy sencillas, ingenuas y originales.

Los caribes descritos por los conquistadores eran de tipo indio, con una piel cobriza y el pelo liso y grueso, por lo tanto, no se deben confundir con estos caribes descritos quienes son los negros deportados desde la isla de San Vicente. Humboldt ya expresa una sospecha en el caso de que los caribes antillanos se tratan de una mezcla de descendientes de caribes y zambos, quienes a su vez fueron engendrados en la relación que se dio entre los indígenas antillanos y los primeros esclavos negros que se habían importado desde lejanas tierras tórridas del África. De nuevo repito: el gobierno inglés se deshizo de estos caribes antillanos al dejarlos abandonados en Roatán.

Colón describió como «gente negra», a los pacíficos habitantes de la Isla de la Española (Haití). Todas las pistas acerca del origen de los negros caribes nos llegan específicamente de las Antillas Menores. En ninguno de los documentos de viajes, posteriores al descubrimiento y la exploración, se vuelve a mencionar a esta

«gente negra», descrita por Colón; hasta que finalmente Balboa los menciona en un viaje de descubrimiento por las tierras del Darién, en la provincia de Quareca, quien da cuenta de que los negros son esclavos de los señores caciques. Fue en este viaje de exploración y conquista donde los aborígenes hicieron entender al explorador español que también él podía encontrar grandes cantidades de «gente negra» en las tierras cercanas mas allá de sus dominios pues resulta que estos negros ya estaban en guerra con los aborígenes del Darién. Romara explica que «creía que se habían visto negros en la India», lo que confirman los autores contemporáneos: todo se debió a una inmigración desde Filipinas e Indonesia, pero hay muy pocas pistas para justificar esta teoría. Pienso que se debe tener mucho cuidado al hacer meras suposiciones de la procedencia de la gente negra, ya que sólo una investigación científica de la lengua puede iluminarnos sobre el pasado de los caribes de hoy.

En la actualidad las islas de Guanaja, Roatán y Utila están habitadas por pocos negros, quienes viven de la pesca y la recolección de cocos que se encuentran en grandes cantidades en las playas. Los barcos que anclan en las bahías isleñas, especialmente en *Turtleing-Bay*, Roatán, se llevan cientos de toneladas de cocos por año que sirven para llenar los espacios vacíos que quedan entre la caoba hondureña que transportan en grandes buques. Recuerdo que hay otros lugares costeros en tierra firme hondureña donde se encuentran más cocos, pero dada su lejana ubicación más allá del mar abierto y por una zona de traicioneros bancos de arena, se hace más difícil la tarea de recolectarlos y embarcarlos. El fruto del coco que resulta tan difícil de hacer germinar y crecer en los invernaderos europeos, al parecer aquí, en estas tierras del trópico, no es muy esquivo para el cultivo.

En este lugar hay miles y miles de nueces de coco que caen de la palmera por efecto de los torrenciales aguaceros, es así estimado lector, que no será tan difícil imaginar las grandes cantidades de nueces de cocos que es factible encontrar en las blancas playas de estas islas. En cuanto al retoño del coco que surge del interior de la nuez, es una palmerita de dos hojas que aún sin raíces no ha logrado romper por completo la dura cáscara. Después al ser expuesta al calor del trópico, el núcleo tiene suficiente fuerza para romper la dura cáscara. Del sexto al octavo año, la palmera da sus primeras cosechas.

En las costas lejanas con bahías bajas, allí donde el mar es más tranquilo, las palmeras de cocos se vuelven mucho más resistentes a las tormentas. Igualmente se observan en abundancia las palmeras *Rhizophora*, pobladas por bastantes hojas que sirven de protección y de sombra a las tierras pantanosas costeras del Caribe hondureño.

A través de Madeira, las Antillas y Centro-América

Los comerciantes ingleses construyen en estos territorios de ultramar pequeñas casas con techos de palmas que sirven de refugio y bodega cuando hacen presencia personal en estos lados de las islas. En las plantaciones inglesas de las Islas de la Bahía encontramos cultivados una variedad grande de vegetales, que son una delicia y que no será posible encontrar en Europa. Igual como hacen con el espárrago en mi país, así hacen aquí con la palmera del coco. Una vez que las primeras hojas verdes han roto la cáscara, se entierra en el suelo en un agujero de dos pies de profundidad, luego se corta y se come el tallo tierno que tiene hojitas suaves se cortan y se comen, así como se hace con el tallo del espárrago.

En estas islas, también, se han encontrado vestigios de antiguas civilizaciones como los pedazos de cántaros de barro, igual que imágenes de diferentes ídolos, todas estas piezas las hallaron en el interior de los bosques isleños, y al parecer todos estos vestigios dan fe de que las civilizaciones de aquí tienen el mismo origen que las antiguas civilizaciones de tierra firme.

Fue en año de 1855, cuando se inició la batalla legal entre Inglaterra y Norteamérica. Estas dos grandes naciones peleaban el derecho a poseer los territorios de las Islas de la Bahía. Esta disputa concluyó por el año de 1856, cuando ambas naciones reconocían que para el año 1821, la recién independizada provincia de Honduras, era la única heredera natural de los territorios insulares de la Corona Española en el caribe hondureño. Sin embargo, estas islas siguen hasta el día de hoy en poder de los británicos; cuentan que el recién nombrado gobernador de la Corona Inglesa para los territorios de la Honduras Británica llegó a tomar posesión de su cargo a Belice el 30 de marzo de 1857 y de inmediato se trasladó a la isla de Roatán, llegando el primero de abril, donde declaró bajo juramento, siguiendo los pasos de su antecesor, que asumía como gobernador de su Majestad en todos los territorios de las Islas de la Bahía.



Mapa de Centroamérica 1832. Elaborado por J. Haefkens

A propósito del viaje

«Analogía y subjetividad en Exploraciones y Aventuras en Honduras»

Miguel Barahona

Resumen

El artículo se centra en tres aspectos:

El primero, donde se ve un panorama sobre la configuración del viaje como una búsqueda asociada con la figura del viajero junto con el propósito de la travesía. En segundo lugar aborda al viajero autor que narra los aspectos más llamativos que encuentra dentro de la sociedad visitada y en tercer lugar, desde una perspectiva de la descripción auto referencial, se identifican ciertos textos donde William Wells acoge una amplia gama de comentarios y comparaciones a partir de una crítica a la sociedad hondureña.

Palabras claves:

Literatura de viajes- Exploraciones y aventuras en Honduras- Wells, William V,
-Viajeros por Centroamérica siglo XIX.

La literatura de viaje¹ es un subgénero dentro de la narrativa que ha existido a lo largo de los siglos y que ha ido evolucionando. A través de este subgénero literario, se puede conocer, desde variados puntos de vista, la geografía, la cultura y la historia de los países; así también la personalidad del autor en conjunto con los datos autobiográficos.

¹ Miguel Ángel Pérez Priego (1984:217-230) quien ha sido uno de los primeros impulsores del inusitado interés por la literatura de viajes, va a definir las constantes de este género en los siguientes puntos:

- a. Los relatos de viaje se articulan sobre el trazado y el recorrido del itinerario
- b. Dicho trazado se ordena a partir de una cronología que indique el desarrollo del viaje
- c. La descripción será el elemento principal en todos los relatos de viaje
- d. La existencia de discreciones, que se presentan en especial cuando estas se enfocan a la descripción de la mirabilia.

El vínculo que existe entre el viaje y la aventura hace que esta literatura siempre haya sido recibida con beneplácito por el público lector en diferentes épocas. De esta forma las diferentes modas, sucesos históricos, descubrimientos de distintas culturas se daban a conocer desde el punto de vista del viajero.

Aproximadamente a la mitad del siglo XIX, aparecen ciertos viajeros entre los que sobresalen: políticos, comerciantes, militares y aventureros; quienes se lanzan a recorrer los países centroamericanos, en busca de oportunidades comerciales, de inversiones y el establecimiento de relaciones diplomáticas bilaterales. Es indudable que a estos viajeros les favorecían los vientos post independistas vigentes, esto se debe a que la región² estaba cambiando considerablemente, de esta forma sucedían cambios en la economía, en la sociedad,; sumado a lo anterior la debilidad en la organización política y administrativa en las cinco naciones del istmo, debido a diversos enfrentamientos ideológicos que dan lugar a guerras intestinas entre los bandos que estaban a favor y en contra de la Federación Centroamericana.

Un interés por conocer todo lo referente al viaje y a su intertextualización en la época decimonónica, es lo que ha dado a pie a la realización de este artículo sobre el viajero norteamericano William Vincent Wells³, quien visita el territorio hondureño en el año 1854, después de una estancia por tierras nicaragüenses, quien posteriormente publica el libro: *Explorations and adventures in Honduras, comprising sketches of travel in the gold regions of Olancho and review of the history and general resources of Central America*. (Wells, 1857). Esta propuesta de trabajo intentará contestar a tres aspectos fundamentales:

² Héctor Pérez Brignoli (1985:90-92) señala que para esta época, en el istmo habían ocurrido tres importantes acontecimientos históricos: la independencia de España (15 de septiembre 1821), la posterior anexión de los estados de Centroamérica a México y la ruptura de la misma en julio de 1823; finalmente la desintegración de la Federación Centroamericana, acaecida en el año de 1840

³ Wells, William Vincent, author, born in Boston, Massachusetts, (2 January, 1826- 1876). He was educated in the common schools of his native city, and became a sailor and then an officer in the merchant marine. Afterward he engaged in mining and commercial enterprises, and was an agent for American capitalists in obtaining grants from foreign governments. In these capacities he has travelled since boyhood in various parts of the world, and has been four times shipwrecked. He went to California in 1849, where he built and commanded the first steamboat in that state, and he was afterward consul-general of Honduras in the United States. Mr. Wells has owned and edited several newspapers in San Francisco, has corresponded with various journals from different parts of the globe, and is the author of a narrative of «Walker's Expedition to Nicaragua, a History of the Central American War» (New York, 1856); «Explorations and Adventures in Honduras» (1857); and the «Life and Public Services» of his great-grandfather, Samuel Adams, with extracts from his correspondence, state papers, and political essays (3 vols., Boston, 1865). <http://www.famousamericans.net/williamvincentwells/> consultada el 14 de junio 2006.

A propósito del viaje

El primero, pretende realizar un panorama sobre la configuración del viaje como una búsqueda asociada con la figura del viajero junto con el propósito de la travesía. En segundo lugar abordaremos al viajero, donde el autor va a narrar y referir los aspectos más llamativos que encuentra dentro de la sociedad visitada. Al final, desde una perspectiva de la descripción auto referencial, se van a identificar ciertos textos donde William Wells acoge una amplia gama de comentarios y comparaciones a partir de la crítica a la sociedad hondureña, desde una óptica particular donde prevalece la ideología moral y religiosa cultivada en la sociedad de donde es originario el autor viajero.

I El viaje como descubrimiento

Una de las características esenciales de los viajeros decimonónicos es su inquietud por la curiosidad universal de explorar, conocer y convivir a su manera; dentro de la cultura visitada. Por lo cual a medida avanzamos en el texto de «*Exploraciones y aventuras en Honduras*» (Wells: 1960) se encontrará a un autor que va narrando una serie de episodios con un orden cronológico muy definido, con un itinerario y la presencia de descripciones geográficas, que servirán de marco general a todo el relato. De esta forma, Julio Peñate, indica la existencia de una serie de operaciones macrodiscursivas⁴ al interior de la literatura de viajeros, que se encuentran dentro del plano del contenido (Peñate Rivero, 2004:24-26), de las cuales van a sobresalir en el escrito de Wells, las siguientes:

I a. La existencia de un desplazamiento físico:

El desplazamiento realizado por el protagonista que supone un cambio por diversas etapas (espacio y/o situaciones). A continuación unos ejemplos extraídos del libro *Exploraciones y Aventuras en Honduras*:

«Con vistazos ocasionales hacia la costa, ora deslazándose a la vera de borrosos perfiles de las montañas del interior ya bordeando los promontorios de México y Guatemala, entramos al décimo tercer día de navegación en el pequeño puerto de San Juan del sur, siendo una tormenta borrascosa nuestra primera experiencia de las peculiaridades del clima centroamericano, significativo prelude de lo que podía esperar en el

⁴ Suelen concentrarse en un punto particular de dicho protagonista, sus motivaciones u objetivos, y más bien a la hora de empezar el viaje que al terminarlo (Peñate, Rivero, 2004:24)

futuro.» (6). «Dejamos el pequeño valle y subimos por las colinas que rodean la montaña chispeando aquí y allá...» (139)

I b. El Proyecto (destino y fines)

El viaje surge como un elemento dinamizador, que tiene una sola finalidad.

«A principios de 1854 salí de San Francisco, California , para visitar Centro América con el propósito de obtener ciertas concesiones mineras y comerciales del Gobierno de Honduras...La empresa, que surgió de un comerciante de Nueva York, había pasado de mano en mano , hasta que los papeles y los documentos relacionados con la misma fueron a parar a california ...Se consideraba la oportunidad como peculiarmente favorable a una feliz negociación con el pueblo de Centro América, y especialmente con el de Honduras. (5-6)

I c Los medios de transportes usados y sus posibles implicaciones

Estos medios de transportación son descritos de acuerdo al momento de su utilización:

El viaje por el mar:

«...con esas cartas y una deficiente información que pude obtener de los pocos libros realtivos a Centroamérica en aquel entonces aseguibles en California, me embarque en el vapor «Cortez»...salimos del puerto y luego surcábamos por las aguas azules del Pacífico».

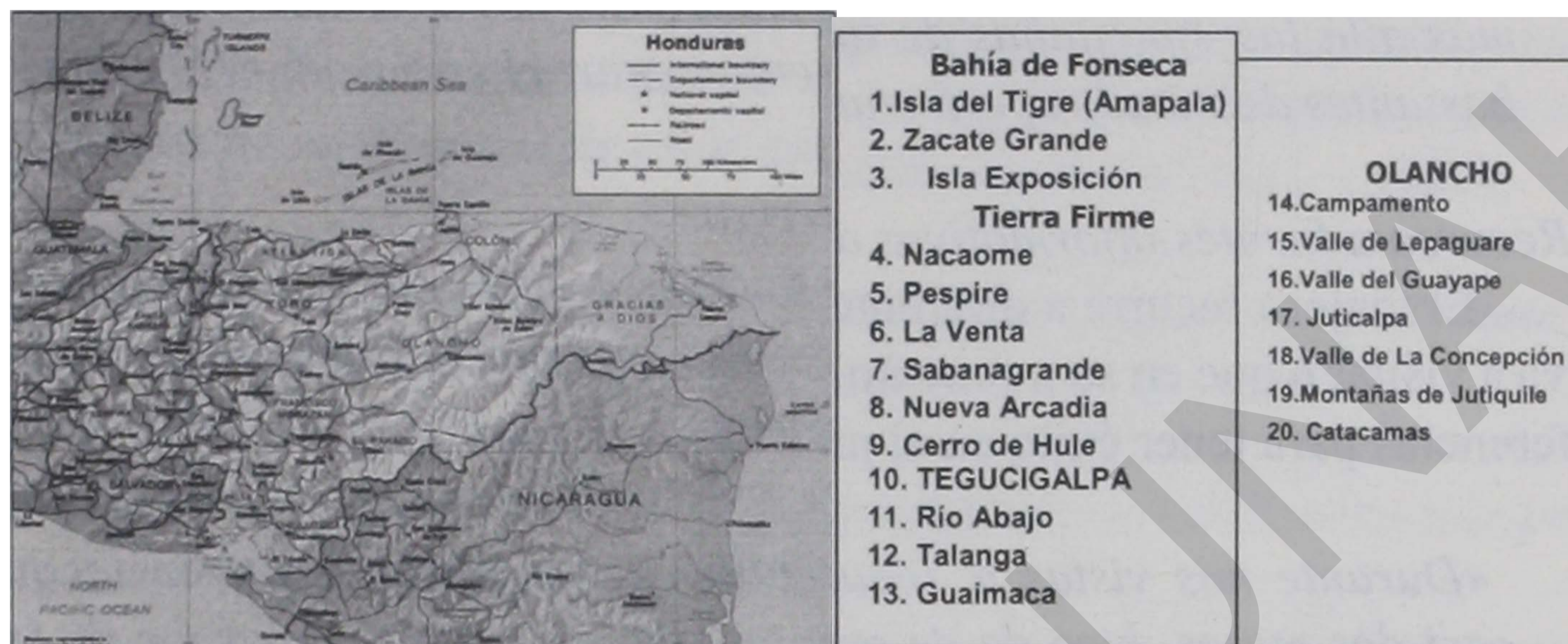
«Impulsados por la fresca brisa, la tripulación diseminada en el bongo y abandonada a la libertad de la hora cantaba algunas tonadas típicas del país» (94)

El viaje por tierra:

«El cayuco era una mera piragua, pero en él nos metimos con todo el equipaje y, dejando las mulas al cuidado de nuestros sirvientes nos echamos al río...» (196)

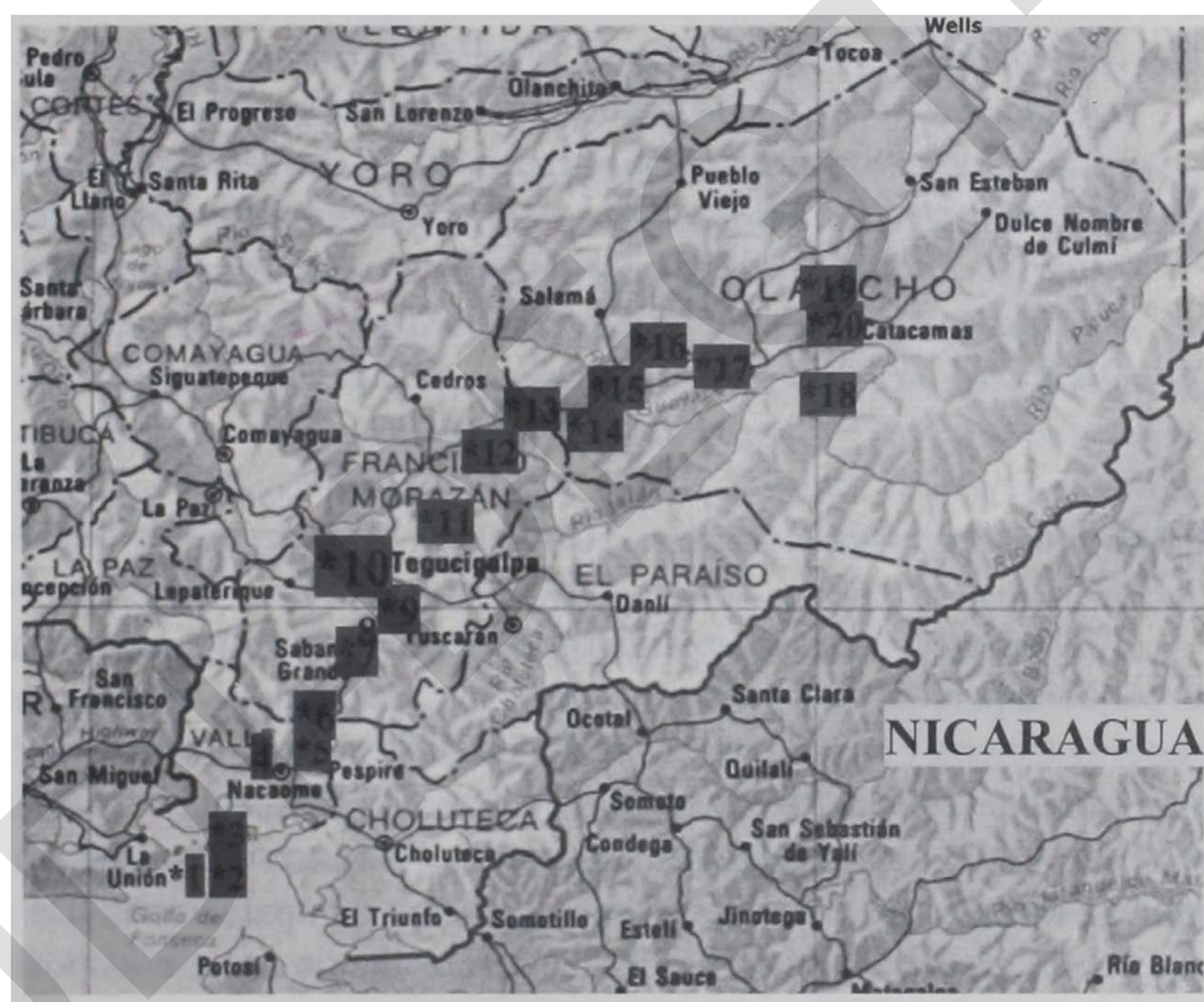
«Al dejar la pequeña aldea continuamos con nuestro rumbo al noroeste y

Lugares de Honduras visitados por William Wells



Mapa General de la República de Honduras

Tabla 1 Listado de poblaciones



Detalle de Mapa de la República de Honduras (Departamentos de Choluteca, Valle, Comayagua, La Paz, Francisco Morazán, El Paraíso, Yoro y Olancho)

después de viajar dos leguas, a través de un aparentemente interminable laberinto de montañas empinadas llegamos al Río Grande...El paso de las mulas ha hecho una serie de gradas tan regularmente marcadas, como si hubieran sido marcadas artísticamente. Desde su cima contemplamos más allá las «montañas de los Ranchito» hacia el Este, con sus cumbres bastantes delineadas perfectamente contar el éter azul. (217)

I d Recurso a fuentes informativas diversas

El viajero recurre a diferentes fuentes de información acerca de la región que va a visitar o que en su momento recorre, esto con la finalidad de obtener datos y referencias para tener éxito en el proyecto:

«Durante mis vistas a Tegucigalpa y sus alrededores, en la que gasté casi dos meses, hice de de gran acopio de notas y extractos de las obras españolas y guatemaltecas relacionadas con la historia de las minas de plata y la condición política del pueblo» (160) »Con este propósito, antes de mi partida de California me había preparado, consultando cartas geográficas» (245)«Con estos datos, completados en la conversación que tuve con los nativos mejor informados que pude encontrar, hice los preparativos para dejar la ciudad...»(211).«...pero mis sencillos informantes muy pronto me dijeron que no sólo el Guayape era el único río que arrastra oro en Olancho...» (232)

II El viajero como protagonista

«Siempre que nos acercamos al hombre, para comprender , aunque sea las más pequeña parcela de su vida- escribió Gómez Arboleya-advertimos que en ella se moviliza, tácita y calladamente , su realidad última y constitutiva» (1952:42). Lo anterior fundamenta los principios del viajero y los elementos del desplazamiento, que le permitirán conocer en ese nuevo territorio que recorre, una realidad que se despliega a través de múltiples observaciones y comparaciones. De esta manera el viajero va creciendo en su itinerario, desarrollando todas esas posibilidades de pensamiento y de acción.

Wells, como autor narrador va a entregar una experiencia al lector, por un lado un viaje físico con un itinerario real y por otro lado va a presentar una completa exploración de ese nuevo territorio, en dos categorías: la social y la

A propósito del viaje

cultural.

En este viaje físico, el autor acoge una amplia serie de consideraciones, como por ejemplo los apartados temáticos sobre la secuencia del recorrido, por lo que es trascendental señalar los diferentes aspectos graduales según la marcha, así por ejemplo aparecen diferentes aproximaciones de tiempo transcurrido, y eso lo hace mediante la indicación de un avance cronológico que es medido en horas:

«Después de media hora de estar así, el dueño de la casa...» (181);

En días:

«tres días permanecemos en la hacienda de el Quebracho y durante ese lapso me inicié en los misterios de la caza y la pesca...»(325).

Asimismo lo mide en semanas y meses:

«Varias semanas después de mi llegada a Juticalpa» (307) «Al pasar por la hacienda dos meses después...» (247).

Y al final, en años:

«Un año después, al navegar por esta bahía...aproximé mi bote a la orilla oeste...»(95)

Las distancias descritas en diferentes medidas y los parámetros geográficos que se incorporan acertadamente como componente responsable de la vertebración informativa del avance que hace el viajero dentro del territorio:

«Como a dos leguas de Lepaguare, cruzamos un pequeño río(.261). «De Lepaguare a Juticalpa hay una distancia de más o menos treinta millas»(273). «El vasto llano se pierde en el horizonte aunque esta limitado por montañas boscosas que apenas alcanzamos a divisar, se extiende hacia el Este y el Norte...»(277). « El camino lleva una dirección casi hacia el Este y va sobre dos o tres serranías...(350).

Así; al considerar lo que dice Luis Albuquerque «Si la narración consiste en relatar con palabras los sucesos que los seres llevan a cabo, la descripción, por el contrario, trata de «pintar» con palabras de manera que el receptor pueda ver mentalmente la realidad descrita. Así la descripción se suele reunir en tres fases: observación, reflexión y expresión adecuada» (Albuquerque, 2006:79). De igual forma, en el recorrido por Honduras, Wells, muestra a los lectores abundantes descripciones⁵ de espacios y territorios de grandes extensiones de valles con

⁵ Miriam Alvarez indica que «El autor tiene que observar previamente lo que pretende describir. Así pues, la observación parece ser una de las cualidades que debe ejercitarse para describir» (Avarez, 1993:39)

elementos de relieve con un sinnúmero de tópicos de vegetación y topónimos:

«Estas características se repitieron en las sierras del departamento de Olancho, en donde la región de los pinares se extiende más baja que la del pacífico... los bosques de Honduras son de escaso crecimiento, los árboles se yerguen varias yardas aparte y, por lo común se ahogan en la maleza... Del vado seguimos nuestra ruta al Noroeste y pasando por la hacienda San Juan, también propiedad de los Zelaya, encontramos un extenso llano rodeado por una serranía de montañas conocido como el Valle de Lepaguare. Es como un parque que florece de un suelo muy rico, suficientemente amplio para sustentar a la población de un Estado comercial agrícola. Hacia el norte esta situada la hacienda de Lepaguare... La hacienda estaba enzacatada pero dejaba de frente un extenso espacio abierto, por donde avanzaba nuestra pequeña cabalgata... Grupos de árboles se sucedían a corta distancia, diseminados en el valle; el bramido del ganado llegaba débil con el viento de la tarde; voces casi pérdidas en la lejanía, venían de la hacienda y en el llano los hombres a caballo aparecían como pequeñas manchas.» (212-213)

El viaje conlleva una serie de recorridos, que hacen al aventurero contemplar la naturaleza y la sociedad que se presentan a su paso. De esta forma, Wells toma conciencia de cada lugar donde habitan diferentes asentamientos humanos, cuyas costumbres reflejadas en los habitantes, hacen reflexionar al viajero, al mismo tiempo que describe diferentes cuadros pictóricos:

«A las nueve de la mañana llegamos a un pequeño grupo de cabañas que se llama Cofradía. Nuestra ruta desde Río Abajo era casi hacia el N.E y siempre en ascenso gradual... (219). El viajero asimismo da cuenta de otros poblados, diferentes a los primeros (aldeas y caseríos) y nos describe la ciudad con datos de elementos y relieve es decir la situación los edificios, la antigüedad, los habitantes famosos, leyes costumbres dando atención a la geometría, los colores, los movimientos: «Llegamos y cruzamos por el puente de piedra que atraviesa el río a la entrada de la ciudad. El Río Grande aumentado con las aguas del Guacerique y las del río Chiquito... El puente tiene diez arcos y los estribos terminan en filo para desviar las fuerzas de las aguas... Entramos por una calle pavimentada bordeada de casas bonitas de piedra y adobe rebocado, y las paredes pintadas de azul,

A propósito del viaje

rojo, crema o blanco según el gusto de sus propietarios. Los balcones con rejas ;estrechas y herbosas las aceras; los techos entejados, los patios empedrados, el estilo peculiar y sencillo de la arquitectura , el grito de los vendedores ambulantes , el despliegue ecuestre y los rostros de ojos negros, con mantilla que contemplan indiferentes desde las residencias frías como prisiones...Todas las calles de Tegucigalpa tienen nombre, y la ciudad me impresionó a primera vista como una excepción de las consabidas ciudades centroamericanas, arruinadas y de apariencia desierta...»(153)

El encuentro con el territorio hace que el autor interactúe como un filtro de experiencia de lo que ha observado y vivido, así de esta forma el escrito se convierte en un componente informativo. Wells escribe lo que ha conocido, lo que sabe, convirtiendo ambas cosas en una experiencia que va a textualizar después. El autor trata de transmitir al lector⁶ por medio de la descripción⁷, esa realidad observada y ajustará a su posición de observador y en buena medida a su propia perspectiva, en este sentido va a prestar atención a los individuos, la sociedad, la cultura como una constante. Va a entregar detalles acerca de los habitantes, comercio, leyes y costumbres. William Wells, describe personas de varios niveles sociales, diferenciando no sólo su estrato social, sino que también un nivel jerárquico y de género, entregando información detallada:

«Las mujeres del mercado permanecen alrededor en grupos, y pasan su tiempo platicando unas con otras, o a menudo riendo a carcajadas con los soldados o con los holgazanes que siempre se encuentran congregados bajos los aleros» (164)

«las indias de plácida apariencia, empeñadas en sus quehaceres nos observaban...» (242)

⁶ José Da Silva, aporta ciertos aspectos que se deben reflexionar como lectores, al instante de interpretar esa «realidad» que muestra el viajero al momento de transmitir sus descripciones, muy propias de ese universo que esta recorriendo: «Arrebatados ao contexto que lhes conferia significado sociológico, os factos recolhidos pelos viajantes foram confiados a leitores que os assimilaram, reinterpretaram e, por vezes rejeitaram sumariamente. O nosso conhecimento das sociedades «diferentes» começa por ser o resultadote efeitos refração, de um processo de selecção e metamorfose que as subordina aos imperativos do nosso olhar.» (Gomes Da Silva , 1989 :39)

⁷ «la descripción o écfrasis es el enunciado que describe vivamente – que pone ante los ojos – la realidad mediante la enumeración de sus características reales o ficticias más destacadas»(García Barrientos1998:70)

Más explícitamente, el viajero norteamericano describe el comercio que observa en Tegucigalpa, haciendo diferencia entre el mercado y las tiendas de abastos:

«El mercado está pletórico de frutas durante la mañana y temprano de la tarde. Estas consisten, en parte, de limas, naranjas, nísperos, papayas, cocos, limones, bananos, jochotes, higos, piñas y melones que se despliegan en tentadora profusión sobre grandes lienzos de tela, en cueros o canastas, a lo largo del vestíbulo de las barracas que se encuentran al lado de la plaza de la parroquia. Con un medio de plata (seis centavos de oro) se puede comprar toda la fruta...» (163-164) Los establecimientos comerciales de las ciudades más importantes de Honduras, están provistos todos de los mismos artículos; con unas pocas diferencias en cuanto a su tamaño y disposición, es describirlas a todos. Rodean el establecimiento sendos estantes y en el centro, detrás del mostrador, se halla el señor o a menudo la señora, tranquilamente sentados... Las mercaderías que se exhiben para la venta no son suntuosas ni caros, y consisten en su mayor parte de ropa para el uso tal cómo géneros de algodón, «osnaburgs», mantas, calzados y los artículos corrientes... Casi todos combinan mercaderías de boticario, comerciantes de géneros, abarrotero, sombrerero, vendedor de calzado, talabartalero, librero, confitero y artículos de escritorio, pero con una provisión extremadamente limitada de cada una de éstas líneas...»(198)

También Wells menciona y describe sobre algunas leyes y castigos observados en Honduras

«El castigo más severo que ahora puede aplicarse por un crimen, es el de 500 azotes...se coloca al hombre abrazado a un árbol del diámetro justo para que las muñecas se encuentren en el lado opuesto y puedan ser sujetadas firmemente. Los pies se aseguran con lazos cerca de la raíz. Entonces se desnuda al culpable hasta la cintura. El instrumento de castigo consiste en una vara pesada, flexible y resistente. El verdugo también desnudo a la cintura, se coloca a tal distancia del prisionero y en posición que le permitan descargar todas sus fuerzas en cada golpe. Dada la señal, la vara descende sobre la espalda del condenado...la apaleada se hace entre dos o tres verdugos, los cuales se relevan entre sí al quedar agotados con el esfuerzo...»(202-203)

A propósito del viaje

La descripción etnográfica como distinción, significa que el autor entrega información compleja al lector, de todos esos seres que pertenecen a esa sociedad que conoce durante su viaje. Willam Wells, aporta datos específicos de los habitantes por medio de diversos tópicos. A continuación el texto va a mostrar como son los hombres de Honduras a mediados del siglo XIX:

«Yo no sé de un cuadro más admirable que un olanchano de familia distinguida cuando monta en uno de estos fuertes y bien enjaezados caballos...su cuerpo erguido en la silla como si fuera una estatua, la punta de los pies descansados ligeramente en los estribos, su sarape de a colores echado correctamente sobre sus hombros, su rostro bronceado chispeando orgullo bajo su sombrero alón colocado vistosamente» (260-261). Lo anterior contrasta al comparar los hombres del campo con los hombres de la ciudad: «Los caballeros hondureños visten a la usanza norteamericana, pero de vez en cuando aparecen modas anticuadas que lo hacen a uno sonreír ante los esfuerzos imitadores de Beu Brummel de las grandes ciudades» (201)

«Los hombres mas amanerados que yo he encontrado en el mundo lo vi entre las personas educadas en Honduras. Sus caracteres más sobresalientes son en una buena crianza, la urbanidad y el deseo de ser agradables en las reuniones...» (188-189)

En relación con la descripción de las mujeres, el narrador va a distinguir con mucha agudeza los distintos estamentos sociales que la van a definir. Wells evoca diferentes aportaciones que conforman al género femenino dentro de la sociedad hondureña, como por ejemplo sus cualidades, sus acciones, y sus vestidos:

«...en las damas refinadas aquellas que fui presentado se hallaban muy a menudo ataviadas con tal refinamiento como se puede imaginar un extranjero. En toda época del año los vestidos blancos o color rosa pálido o de gaza diáfana celeste son los que predominan...»(189-200) «El vestido de la mujer humilde de Honduras es de un material ordinario tal como la guinga o la zaraza... En la calle siempre lleva mantilla y no es sino de reciente el uso de la sombrilla» (186). «Las mujeres, limpiamente vestidas con chales de colores chillantes, se hincaban dando el rostro hacia el altar

y murmurando muy quedo sus rezos» (298).

Asimismo Wells hace acopio del carácter y la manera de ser de la mujer hondureña:

«Creo que todo viajero atestiguará el carácter generoso y el noble corazón de las mujeres...por lo general reúnen cualidades de dulzura, buen carácter y sinceridad...» (189).

Además el propio autor va a entregar aspectos físicos sobresalientes de las mujeres:

«Las manos, los brazos bonitos son demasiados comunes para ser tomados como marcas distintivas de elegancia. Sin embargo en varias ocasiones observé que las damitas se tomaban el trabajo especial para exhibir esas ventajas...La cabellera se lleva preferentemente en moño trenzado...» (200)

Desde el punto de vista descriptivo etnográfico, conforme a su posición de viajero observador, Wells tratará de reproducir en el texto, la descripción de personajes importantes de la época, a través de la etopeya:

(El presidente José Trinidad) «Cabañas en este tiempo tenía cincuenta y dos años. Sus compatriotas siempre han tenido una incommovible confianza en su gestión pública, a la que aún sus peores enemigos de su política liberal, nada le pueden tachar ya que inspira los más sanos propósitos. Cuando le agradecí sus gentiles expresiones de bienvenida tan «antiespañolas» en su evidente sinceridad, sentí que cuando menos estaba frente a un hombre cuya carrera pública no había sido manchada por una sola crueldad o rebajada por un solo acto traicionero o indigno» (156).

El autor de igual forma utiliza en su descripción la prosopografía:

«Don Francisco Zelaya, Don Chico, es monarca «de todo lo que explora». Es alto, delgado, con un porte y aspectos dominantes, ojos azules, frente amplia y cabellos rizados, vigorosos y de color de acero...» (242)

A propósito del viaje

¿Qué elementos son los que constituyen en una nación extranjera, los tópicos de la sociedad? Las costumbres, la cultura, las conductas sociales y la religión, entre otros. Estos elementos el autor los incluye dentro de la perspectiva de las costumbres sociales y los va a señalar con cada una de las características del lugar, de esta manera Wells, va a conquistar el interés del lector con las descripciones representan una imagen particular de la cultura:

«Todas las divisiones sociales se olvidan a la puerta de la iglesia, ricos y pobres se arrodillan de lado a lado...Esta gente me parecía a mi menos camandulera que las otras secciones de Centro América que había visto, fieles observadores de los ritos pero no esclavos de la iglesia ...» (298)

El autor abre los ojos al lector, al entregar las típicas costumbres de peleas de gallos y corrida de toros que observa en Honduras:

«Los juegos de gallos comienzan con la pascua el 25 de diciembre y, por lo común, continúan hasta los últimos días de Marzo...este deporte no es considerado ofensivo a la dignidad de los más altos oficiales, y hasta los curas en sotana se les puede ver apostando un puñado de pesos... (189). «A las diez de la mañana el primer toro fue soltado en la plaza, donde estaban dos picadores e igual número de hombres a caballo con lanzas...la fuerte barrera de roble construida para la ocasión estaba abarrotada de gente, que se encaramaba en todo lugar concebible para poder ver desde allí el desarrollo de los eventos. Los toros habían estado vendados y sin alimento desde el día anterior y se hallaban bramando de furia ...los toreros estaban en guardia...(299).

III Auto referencialidad cultural confrontada con la realidad.

Una auto referencialidad cultural surge de la evocación emotiva donde el código de escritura por parte del autor va entregando una imagen al lector. Se trata de un código de lectura híbrido que se relaciona estrechamente con la sociedad de donde proviene el viajero, así en una lectura superficial se va a identificar como el autor textual se va transformando dentro de varios procesos a través del texto. Primero el autor narrador se ubica socialmente como un observador y después, paradójicamente se pasa de la ética del viajero explorador al del viajero con el compromiso histórico social, que identifica a la sociedad norteamericana como el

modelo de transformación. Así el autor se convierte de inmediato en el sujeto que traslada un nuevo tipo de cultura, con la idea de cambiar las normas de la sociedad visitada; para fundar una nueva.

Wells lleva implícita la idea de cambio, de intromisión, y comparación:

«Recurrentes los hispano-americanos a la finesse y a la lisonja para llevar a cabo sus propósitos, especialmente hacia los extranjeros. Uno debe por consiguiente, agarrar a don fulano por el lado flaco y combatirle por sus propias armas. El amor a su país no es menos que el que tienen los norteamericanos por el suyo. Para él los picos pelones de sus montañas y sus cielos azules, el profuso verdor de sus tierras bajas o la vegetación raquítica de sus serranías, son tan queridos como para nosotros las estimadas instituciones de nuestra patria.» (131-132)

Cuando observamos el discurso de Wells a lo largo del libro, se denota un gran deseo del autor, de fomentar una inmigración de compatriotas para lograr cambiar a la sociedad de Honduras:

«...es mi convicción que en Olancho, el problema de la colonización por ciudadanos industriales del norte, será pacífica y felizmente resuelta...» (282)

Sofía Carrizo explica porque sucede este fenómeno de la comparación y autorreferencialidad en los relatos de viaje: «contamos pues, en principio, con una serie de información acerca de una sociedades decir que se constata la presencia de nivel documental. Pero los elementos seleccionados para estas informaciones responden a dos modalidades. En los casos en que se reflejan la realidad, son acompañados con expresiones de desdén, a mostrarlos como signos de inferioridad...» (Carrizo Rueda, 1997:41)

Veamos en los siguientes textos el proceso de cooperación narrativa donde el interpretante autor nos va suscitando un estereotipo cultural, el cual va requiriendo de un sentido y por ello de un sistema de valores que lo afiance en la mente del lector. De esta manera la escritura la hace desde un sujeto interpretante que esta definido en el texto:

«En Centro América nadie puede comprender el objeto de las preguntas que uno hace y la respuestas en general para todo es universal: Por

A propósito del viaje

supuesto! Muchas veces se ocupa una hora de hábiles preguntas y un mundo de paciencia a fin de averiguar un hecho tan sencillito tal, por ejemplo, la época en que se debe sembrar la yuca, o la profundidad de un río en determinada estación. Desgraciado aquel que interroga si pierde su paciencia o muestra la menor petulancia ante las respuestas tardías o inesperadas a sus indagaciones» (159)

El autor va a presentar y a transmitir una identidad particular. Pero no responde el texto únicamente a la lógica del autor, básicamente por que no vemos desarrollarse una completa descripción siendo ello substituido por un difuso, aunque no por ello menos auténtico, intento de acceder a interpretar todo el ser de la cultura. Es por medio de atisbos descriptivos etnográficos donde la reflexión se une a las obsesiones del autor:

«Todo el mundo es cortés, no sólo entre las más altas sino entre las más bajas clases sociales. El más sucio vagabundo sin zapatos, emplea un lenguaje comedido cuando se dirige a uno y parece imbuido de un sentido innato de fineza. ...Las reyertas y disputas en la sociedad son casi desconocidas, y si una nueva persona llega a una reunión, todo el mundo se pone de pie y lo saluda» (188-189)

Frente al sujeto, el autor opta por verter una serie de pequeños detalles de la identificación básica, todos estos detalles provienen de una caracterización personal radical de espectador y haciendo así posible una visión sectaria y por lo general transmite esa idea particular aplicada a la sociedad en general:

«En cuanto a la salud y robustez de las personas, el nativo de Honduras, aunque por lo general de buenas carnes y bien formado, no esta físicamente capacitado para soportar los efectos agobiantes del clima, como bajo las mismas circunstancias lo estaría un norteamericano. Esto proviene de la dieta de frutas y aguachirre de las clases más pobres» (170)

El contacto con ese «otro», genera una profunda reflexión por parte de Wells y esto posibilita la generación de discurso textual con soltura y conciencia. La experiencia involucra los pensamientos más íntimos del autor, al observar una propia emotividad del sujeto observado, es decir, aquello que suele ser totalmente ajeno pero por otro lado será extrañamente familiar y cotidiano. Wells define esta

cuasi experiencia antropológica como la búsqueda de la experiencia absoluta. A continuación unos extractos textuales donde el autor retrata a la mujer⁸ hondureña en general:

«Creo que todo viajero en Centro América atestiguará el carácter generoso y el noble corazón de las mujeres hospitalarias, gentiles y sufridas, sobre ellas recae una gran parte del trabajo que se hace en los cinco estados. Alguien ha observado que bien puede decirse de la mujer centroamericana: «Crio, hizo tortillas y murió» Esto desde luego no se aplica a las familias de mujeres acomodadas. Las mujeres de las clases pobres son, de hecho, las esclavas en el país. En Tegucigalpa el agua que se emplea en los diarios menesteres es acarreada por ellas desde el río, de una distancia de cien pies, cuesta arriba, donde a menudo observé su afanosa marcha y su fatigada respiración. Con la excepción de la política y de la guerra que han arruinado Centro América, las mujeres soportan la mayor parte de las cargas de la vida, pero alegres y felices, se hallan siempre conformes con su condición social. No recuerdo jamás haber oído una palabra descompuesta o procaz de ninguna mujer de Honduras. Su índole es franca y alegre...»(188)

En este marco general, el autor inserta los aspectos educacionales de las mujeres en el área centroamericana:

«En el país falta educación para la mujer⁹, a la que poco se le enseña y cuando una damita puede tocar el piano o la guitarra, bailar y bien aparecer «a la mode» en sociedad es segura candidata al altar; es entonces cuando comienzan sus deberes como matrona... Pero aún con las pocas o ninguna ventajas que otorgan los países instruidos, las mujeres centroamericanas

⁸ Pratt, explica que en el siglo XIX fue especialmente limitante respecto a la representación de las mujeres en los discursos oficiales de construcción de la nación, y en configuración de imaginarios culturales. Definidas desde una óptica anodina, por su capacidad reproductiva, las mujeres fueron excluidas del ejercicio de la ciudadanía, al mismo tiempo que sus cuerpos se convirtieron en sitios propicios para múltiples formas de intervención y apropiación. Cfr, Mary Louise Pratt, *Woman, literatura, and National Brotherhood*, en VV.AA., *Women, Culture, and Politics in Latin America*, Berkeley and Los Angeles, University of California press, 1990, p. 49-52.

⁹ Resulta evidente que el autor contrasta con la ideología de la época. Eva Figes retrata la educación de la mujer en esta época de la siguiente manera: «La insípida vida de la mujer de sociedad a pesar de la educación que se les daba a las muchachas, estaba limitada a las artes necesarias para conquistar un eventual marido, como podían ser la música, el baile...» (Figes, 1970: 8)

A propósito del viaje

nunca dejan de interesar al viajero, por su gentileza característica y la dignidad de su porte tanto como por su talento innato y por su receptividad a la cultura» (201)

El modo en que Wells enfrenta la construcción de su textualidad viene dado por la superposición de un pensamiento cultural unido al deseo de dar cuenta del «otro» desde el yo. Esa experiencia antropológica no puede ser restringida al relato de la forma en que vemos a ese «otro» sino como el «otro» se construye desde la subjetividad del autor observador y se forma en un texto. El viajero autor intenta comprender y transmitir al lector:

«Para ese tiempo las ceremonias de la iglesia habían comenzado y todo el que no podía entrar al templo se quedaba en la plaza con la cabeza descubierta, respondiendo con fervor y persignándose a intervalos...Esta gente me parecía a mí menos camandulera que las de otra secciones de Centro América que había visto; fieles observadores de los ritos, pero no esclavos de los mandatos de la iglesia»(298)

A continuación presentamos un fragmento del escrito de Wells, donde el autor clasifica los hechos observados dentro de una óptica cultural propia. Este fragmento es un claro ejemplo de la comparación entre las razas. Llama la atención cómo el autor también nos describe sus puntos de vista de los «errores» sobre mezcla étnica.

«El sistema de mezclar las sangres se ha introducido en Honduras durante los últimos treinta años casi ha borrado la línea divisoria entre los blancos y los negros. Esto es quizás, la mayor desgracia que ha podido sobrevenirle al país .La mezcla de los vástagos del negro, del blanco y del indio ha perpetuado en esa república una raza que recorre la gama de colores del chocolate a la crema. Se puede ver en raras ocasiones un blanco entre los descendientes de las viejas familias aristocráticas de España que, celosamente, han evitado matrimonio con indios o con negros, pero en estos casos excepcionales y con el actual aumento numérico de las otras razas, pareciera que se contempla la exterminación eventual de la raza caucásica con un resinado desaliento... Como todos los españoles o mestizos españoles, son grandes tahúres, y si muchos se han arruinado por este vicio, pocos escapan de su influencia Esto les viene de sus ancestros; y

en relación con los hábitos de pereza en un gran sector de la clase media... En descargo de Honduras debemos decir que el juego que se lleva a cabo allí no es una pizca más del que se practica en las otras repúblicas de Centro América.» (169 -176)

A continuación se hace evidente la descripción del autor sobre personas y lugares, donde se puede apreciar de forma inmediata, un ejemplo con un atisbo etnográfico, por medio de la «representación y descripción», donde el autor pretende caracterizar todo un modo del ser cultural, en este caso la vida cotidiana:

«Muchas personas se aventuran ahora a salir de sus casas y vagar sin rumbo por las calles con el paso típico que no se ven sino en las regiones españolas e italianas o en las de sus descendientes, deteniéndose a conversar un momento con un conocido dispuesto como ellos a comentar el chisme del día o a cambiar noticias sobre la revolución, o son algún viejo decrepito, a través de los barrotes de la ventana de la calle. Grupo de chicos panzones, algunos con solo la camisa y otros en estado de completa desnudez, de piel brillante como lustrosa caoba, saltan en la calle, mientras un grupo de espigadas y bien formadas mujeres encienden sus cigarros y, pausadamente, murmuran con la señora de la posada. De pronto la hora de la oración suena en la torre de La Parroquia. Al instante se acalla toda voz; los niños cesan en sus juegos como por instinto; un súbito silencio se impone y el movimiento de los labios con el murmullo rápido y mecánico de las formas acostumbradas para orar, se oye entre el grupo de las personas descubiertas. Una corta pausa y las campanas resuenan de nuevo en un alegre repicar; las conversaciones y juego se reanudan donde habían cesado, la noche avanza; una tras otra las puertas y ventanas se cierran y se atrancan; las calles se tornan desiertas...» (57)

Para finalizar se puede determinar que en los diferentes textos, donde Wells manifiesta una descripción etnográfica, esta suele ser de tipo fragmentario. Así, el lector percibe una totalidad a partir de fragmentos de la experiencia de la observación, los cuales están directamente condicionados de manera histórica, social y, por supuesto cultural, desde el punto de vista del autor. Esto tiene que ver con la pretensión de quien escribe, que captura un todo cultural a través de una imagen.

A propósito del viaje

Bibliografía

- Albuquerque, Luis. 2005: «Consideraciones acerca del género «relato de viajes» en la literatura del siglo de oro», en *Actas del congreso «El siglo oro en el nuevo milenio»* tomo I, Carlos Mata y Miguel Sagasti (eds), Pamplona: Eunsa, 2005, 130-142.
- Albuquerque, Luis. 2006: «Los libros de viaje como género literario», en *Estudios de la literatura de viajes*, Madrid, CSIC, 79-96.
- Álvarez, Miriam. 1993: *Tipos de escrito: Narración y Descripción*, Madrid, Arcos Libros, 1993.
- Carrizo Rueda. Sofia.1997: *Poética del relato de viajes*, Kassel, Edición Reichenberger.
- Figes, Eva.1970: *Actitudes patriarcales. Las mujeres en la sociedad*. Madrid, Alianza Editorial, 1970.
- García Barrientos. José Luis, 1998: *Las figuras retóricas. El lenguaje literario 1*, Arcos Libros, 1998.
- Gómez Arboleda. Enrique.1952: *Breve meditación sobre el viaje* en Cuadernos Hispanoamericanos. N° 35. Madrid, Instituto de Cultura Hispánica,41-54.
- Gomes da Sylva, José Carlos.2003: *Orissa antropología e literatura de viagens*, Lisboa, Ministério da educação.
- Peñate Rivero, Julio (ed.).2004: *Relatos de Viaje y Literatura Hispánicas*. Madrid, Visor Libros.
- Pérez Brignoli, Héctor. 1990: *Breve Historia de Centroamérica*, Madrid, Alianza Editorial.
- Pérez Priego, Miguel Angel.1984: «Estudios literarios de los libros de viajes medievales» en Epos I, *Revista de Filología / Universidad Nacional de Educación a Distancia*, Facultad de Filología Románica, 1984, 217-230.
- Wells, William V.1857: *Explorations and adventures in Honduras, comprising sketches of travel in the gold regions of Olancho and review of the history and general resources of Central America*, New York,Harper & Brothers publishers.
- Wells, William V. 1960: *Exploraciones y aventuras en Honduras*, Tegucigalpa, Edición del Banco Central de Honduras.



Paraguay: danza de muchachas Macá.

La vida y los viajes de Federico Lunardi

Pierleone Massajoli

Muchas cosas se pueden esperar de un nuncio apostólico, en su rol de religioso y de diplomático al mismo tiempo; pero quizás sea insólito pensar en un nuncio viajero, etnólogo y arqueólogo. Sin embargo, éste es el hábito con el cual queremos evocar a Monseñor Federico Lunardi, éste es el aspecto que queremos honrar y dar a conocer a los estudiosos italianos por medio del análisis de parte del vasto material por él recogido a lo largo de más de treinta y ocho años de permanencia en el continente americano.

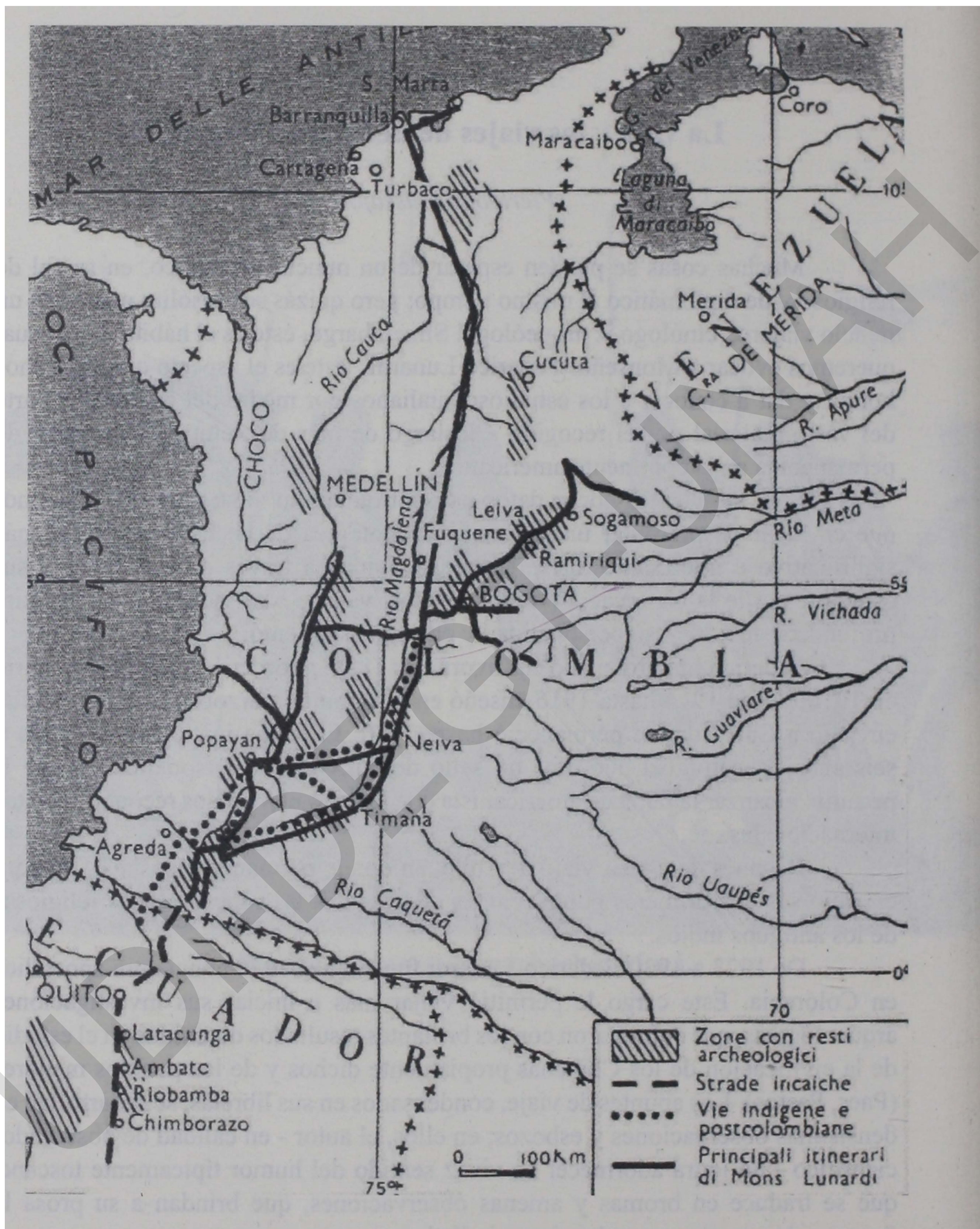
Son suficientes pocos datos para introducir su vida; pero consideramos que en lugar de presentar una sucesión cronológica de hechos, puede ser más significativo e interesante interpretar su actividad a través de sus viajes y sus estudios; desde la observación de los hechos, ya que este método nos permitirá profundizar mejor en su personalidad y en su pensamiento.

Federico Lunardi nació en Livorno en 1880, se ordenó sacerdote ordinario en 1910; desde 1914 hasta 1916 enseñó en el seminario arzobispal. En 1916 fue enviado a Cuba, donde permaneció hasta 1920. En Cuba inició, a los treinta y seis años, la actividad que dio un sello definitivo a su personalidad y que le permitió alcanzar la fama de americanista que le valió numerosos reconocimientos internacionales.

Después de Cuba, viajó a Chile, en donde permaneció hasta 1923; aquí escribió sus dos primeras publicaciones dedicadas a las supersticiones religiosas de los antiguos indios.

De 1923 a 1930 Federico Lunardi fue auditor en la nunciatura apostólica en Colombia. Este cargo le permitió viajar más e iniciar sus investigaciones arqueológicas, que culminaron con los brillantes resultados obtenidos en el estudio de la civilización de los Chibchas propiamente dichos y de los pueblos menores (Paes, Pastos). Los apuntes de viaje, condensados en sus libretas, se desarrollan en densísimas observaciones y esbozos; en ellos, el autor - en calidad de observador científico - no logra adormecer su vivaz sentido del humor típicamente toscano, que se traduce en bromas y amenas observaciones, que brindan a su prosa la frescura de una correspondencia periodística.

En este periodo viajó con frecuencia en el territorio de la gran república



El mapa de Federico Lunardi sobre la arqueología y la prehistoria de Colombia.



Un indio muestra a Monseñor Lunardi el uso del arco y de las flechas..

sudamericana, a veces en visita oficial, como en 1927, cuando anduvo, junto con el Presidente de la República, en las zonas occidentales del país para la inauguración de una nueva línea ferroviaria. Las dificultades no lo asustaban; utilizó todos los medios de locomoción, sobre todo el caballo, sus únicas preocupaciones eran: poder usar su cámara fotográfica de todas las formas posibles y tomar sus notas.

El mismo Presidente de la República Colombiana bromeaba afablemente con él por ésta su incansable vivacidad. En el mismo año '27 realizó un viaje en hidroavión hacia el norte de Colombia: le entusiasmó. Su piloto, un ruso campeón de la primera guerra mundial, sobrevoló todas las montañas de las tres cordilleras, siguió los perfiles de los volcanes nevados, y él tomó nota de todo, apuntó en las libretas: «escrito en el avión el día...».

El avión, no muy seguro en aquella época, le inspiró algo de temor, que confesó en las notas, pero, aun así, no dejó de describirlo con destacada precisión:

«...El avión es un biplano grande, lo mejor que hay en Colombia. El aviador igual. Es como un gran pájaro con dos alas encima y dos debajo, dos grandes pies de casi seis metros de largo. Las alas medirán unos quince metros, y más o menos lo mismo, la carlinga desde la cabeza hasta la cola. Adelante está el motor. Inmediatamente después el puesto del mecánico con dos sillas: en el centro tomamos lugar yo a la derecha, que peso sesenta quilos, y a la izquierda el Ministro argentino, que pesa ciento diez. Me temo que el aéreo esté un poco desbalanceado...»

Pero Colombia no representó solamente viajes, o la estadía en Bogotá, ciudad que por su cultura se autodefine «Atenas de América»; significó, sobre todo, San Agustín, un pequeño poblado, centro de una importante zona de hallazgos arqueológicos. Allí cumplió un relevante trabajo de investigación y de estudio, del cual derivaron algunas publicaciones, tales como «El macizo colombiano», «Fauna monumental prehistórica del macizo colombiano» y «La vida en las tumbas». Con éste último quiso poner en relieve la gran importancia arqueológica e histórica de los monumentos existentes en las tumbas, únicos medios hasta ahora conocidos que nos permiten reconstruir la vida de ese antiguo pueblo.

Lunardi contribuyó significativamente al conocimiento de Colombia con un mapa geográfico con reveladoras anotaciones de carácter arqueológico e histórico-etnológico; y aún más, entre los ríos que corren entre Ecuador y Colombia reconoció al río Angasmayo, el río que, según los primeros cronistas de

La vida y los viajes de Federico Lunardi

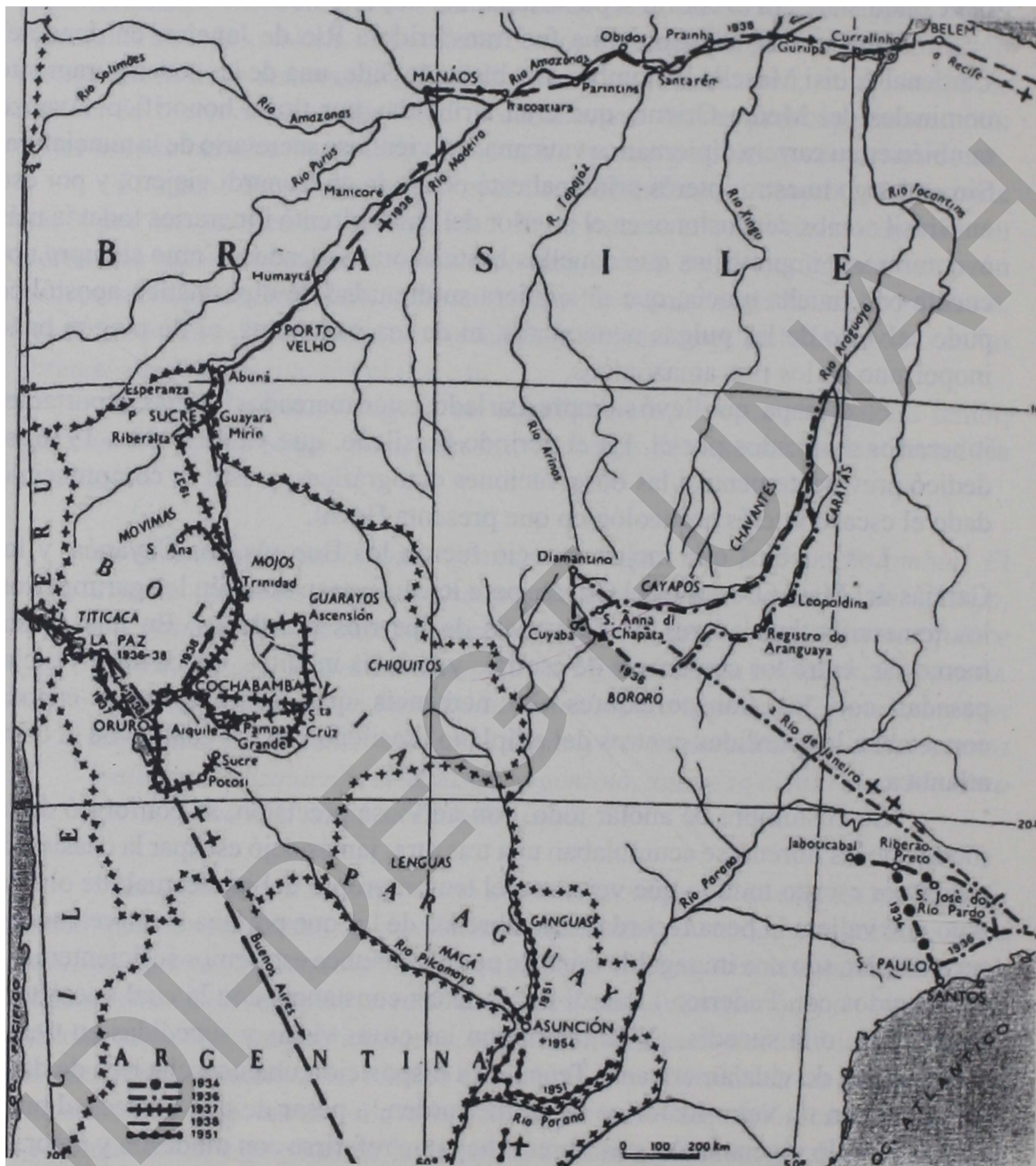
la «Conquista», era el confín septentrional del imperio inca.

Una vez dejada Colombia fue transferido a Río de Janeiro, en donde el Cardenal Aloisi Masella lo nombró arzobispo de Side, una de las sedes puramente nominales del Medio Oriente que eran atribuidas por título honorífico. Avanzó también en su carrera diplomática vaticana, volviéndose secretario de la nunciatura. Sin embargo nuestro interés principal está centrado en Lunardi viajero, y por eso en Brasil no nos desilusiona: en el interior del país enfrentó itinerarios todavía más aventureros e imprevistos que aquellos hasta ahora ilustrados. Como siempre nos cuenta con mucha gracia, que ni siquiera su dignidad de diplomático apostólico pudo salvarlo de las pulgas penetrantes, ni de los mosquitos, ni de ningún baño inoportuno en los ríos amazónicos.

En el mapa, que llevó siempre a su lado, están marcados los más importantes itinerarios realizados por él. En el periodo brasileño, que va de 1930 a 1936, se dedicó prevalentemente a las observaciones etnográficas, y esto es comprensible, dado el escaso interés arqueológico que presenta Brasil.

Los pueblos que mejor conoció fueron los Bororós, los Cayapós, y los Carajás del Mato Grosso y del Goyaz, pero lo cautivaron también los garimpeiros, los temerarios buscadores de diamantes de los ríos brasileños. En una de sus memorias, entre los centenares de escritos y todavía inéditos, evoca las vivencias pasadas con los transportadores de mercancía que, sobre grandes canoas, conectaban los perdidos centros del altiplano brasileño con los centros de la costa atlántica.

Su costumbre de anotar todo, con nerviosa precisión, se conformó de tal modo que las libretas se acumulaban una tras otra; jamás dejó escapar la ocasión de poner por escrito todo lo que veía, con el temor, propio del intelectual, de olvidar algo que valiera la pena recordar. Las libretas, de las que portaba siempre consigo un ejemplar, son una impagable mina de noticias. Nunca estaremos suficientemente agradecidos con Federico Lunardi por la tenaz constancia con la cual anotó todo cuanto veía o le sucedía. ¡Y tantas fueron las cosas vistas y sucedidas en treinta y ocho años de vida americana! Tenemos a disposición una cosecha rica de datos que alcanzan un valor histórico de primer orden, a pesar de que a veces algunos hayan perdido vigencia. A estas libretas hay que referirse con modestia y amor: su lectura no es fácil. Las dificultades técnicas en el llenarlas, se han reflejado en el texto, despedazando la unidad de exposición, alterando la caligrafía del escritor, y a veces poniendo a dura prueba la paciencia de quien lee. Están escritas en varias lenguas, principalmente en español, y luego en portugués o en italiano; y presentan otras dificultades lingüísticas. Por no hablar de las preciosísimas anotaciones en



Los viajes de Federico Lunardi en Brasil, Bolivia y Paraguay.



Guatemala. La antigua: convento de San Francisco.

La vida y los viajes de Federico Lunardi

«Hay todavía más fuertes». Luego entramos en una corriente tan furiosa que sus ondas nos elevan en alto, se rompen contra la canoa, entran dentro, nos mojan. Pregunto una vez más: «¿Es ésta la más fuerte?», y me responde: «Hay todavía algo más tremendo». Y efectivamente entramos en una corriente tan furiosa, que embate la canoa, y ésta pega contra un escollo, salta, el agua entra adentro y me moja los pies y la libreta sobre la que estoy escribiendo estos acontecimientos y episodios que me habían interesado mucho. Los remadores maniobran, giran, evitan el gran banco, entran en la corriente nuevamente y finalmente salimos de ésta sanos y salvos».

Y otras más:

«No puedo describir todos los otros detalles interesantísimos de los que tomé nota en estas libretas. Estoy bajo un pequeño cobertizo, sentado sobre un travesaño de la barca, con los pies apoyados sobre algunas cañas. Atrás están las pieles de «tigre» y de otros animales que con el calor dan un olor repelente. No estoy cómodo. El calor quita el apetito; de vez en cuando encontramos agua limpia para beber...».

También la estadía en Brasil se concretó, más que en las muchas anotaciones de las cuales hemos reportado solamente algunos fragmentos, en las publicaciones de algunos estudios, entre los cuales se encuentra el siguiente, con el título bélico de «Táctica de guerra con flechas incendiarias y gas asfixiante de los antiguos Tupí-Guaraní», y otros menores.

Dos pequeños volúmenes de observaciones recogen una parte de sus notas extraídas de un viaje en avión realizado en 1938 para alcanzar Budapest, sede de un congreso eucarístico. Cualquiera otra persona, no apasionada del americanismo, debiendo dirigirse de Río de Janeiro a Budapest, habría tomado el medio más directo y cómodo. No así Federico Lunardi, que aprovechó de su viaje hacia Hungría para conocer la Amazonia; una vía más bien indirecta, osamos decir, pero que le permitió entrar en contacto con el gran «infierno verde» de América del Sur, y, luego, la publicación de dos pequeños volúmenes que se intitulan precisamente «De la paz a Belém do Pará en avión» y «De La Paz a Manaos».

En 1936, Monseñor Lunardi se convirtió en nuncio apostólico. Recordamos esto hechos para enmarcar sus movimientos en el continente americano. En calidad de nuncio residió en La Paz, capital de Bolivia. La estadía de dos años fue muy breve, pero él la aprovechó, extensa e inteligentemente. Desarrolló investigaciones sobre la misteriosa civilización de Tiahuanacu, el gran centro megalítico sobre las

las lenguas amerindias.

Pero si se superan estas dificultades de interpretación, que son inevitables, también por la extensión del trabajo cumplido, se vislumbra una voluntad sistemática de conocimiento, un amor por la ciencia, un interés por la humanidad tan cálido y continuo, y al fin se vuelven una lectura apasionante para todos.

Por supuesto hay que tomar en cuenta el valor psicológico de los escritos, porque a través de su lectura comparada, se nos revela el hombre Lunardi, una figura cuya adhesión a una religión (y además en función de representante oficial de la misma) no le impidió nunca ser imparcial en la observación ni en la comprensión humana hacia las civilizaciones y cultos tan disímiles de los nuestros.

De una memoria intitulada «Uma viagem interessante e maravilhosa pelo sertao diamantífero brasileiro», extraemos algunos pasos, de fuerte interés:

«Son las seis de la tarde y el sol se ha escondido detrás de nosotros; al oriente, donde vamos, se eleva terrible la pared del altiplano que debemos alcanzar. El cielo está opalino. Un campo verde, donde pasa agua clara, buena y muy fresca. Aquí nos detenemos a cenar, de frente a la gran muralla. Eran muchos días que no tenía apetito, y aquí como bien, siento fresco, se olvida el calor insoportable. Parece que aquí fuera el paraíso.

Después viene el purgatorio. Porque Odilio, el conductor, me dice que de aquí en adelante hay una zona arenosa de diez kilómetros. Efectivamente, poniéndonos en marcha, nos quedamos inmediatamente encallados. La arena fina no deja caminar al automóvil; el pie se hunde como en el agua. Imposible avanzar, especialmente de noche. Odilio se ha equivocado de camino, y ha tomado la vieja calle por la cual no se puede ya pasar. Estamos en el «portón del Infierno»: es una pared que da miedo, y hay un camino entre dos grandes paredes, que sube rápidamente. Da miedo, pero aquí queremos dormir. Odilio dice de repente: «Aquí hay muchos tigres (jaguares) y muchas «oncas» y gruesas serpientes». Yo cierro la capota del auto, pero hace calor y pongo los pies fuera, y me digo: «Si viene el «tigre», seré el último en ser comido».

Durante el viaje en canoa, sobre el Río Araguaya, anotó: «Pregunto si ya pasaron los rápidos, pero Raimundo me responde que no, que estamos por entrar en ellos, y a remar más febrilmente en el agua un poco más tranquila.

De repente veo agua muy violenta y pregunto si ya estamos adentro, pero me responde: «No, más abajo es todavía más duro». Ahora entramos en la plena violencia del agua; el mayor trabajo es el de dirigir bien la barca con el remo. Veo que el agua es todavía más violenta y pregunto nuevamente: «¿Es ésta la más violenta?» (efectivamente veo como ondas de mar enfurecido), y me responde:



Guatemala: estela de Quiriguá.



La Antigua: muchacha guatemalteca.



riveras del lago Titicaca, que tanta curiosidad e interés ha suscitado y continúa suscitando en los estudiosos de todo el mundo. Allí recogió además preciosas observaciones y hallazgos arqueológicos, que todavía hoy forman parte de la colección que, debidamente, lleva su nombre. También atravesó las fronteras en Perú, en el Cuzco, Ayacucho, y Arequipa, y visitó las poblaciones quechuas.

Del altiplano boliviano descendió numerosas veces hacia los llanos, que se extienden hacia oriente, para visitar las misiones esparcidas en las localidades más remotas, donde los misioneros vivían casi completamente aislados en medio de las tribus de indios. Vivió algún tiempo entre los Guarayos, los Chiquitos, los Mojos, pero sobre todo entre los Sirionos, a los cuales dedicó un opúsculo, rico en información sobre la vida de este pueblo.

* * *

No podemos seguirlo en todos sus movimientos: fueron tantos y se prolongaron bastante en el tiempo, sin embargo nos reservamos presentar sucesivos estudios, más curados, sobre determinadas regiones y sobre específicos pueblos visitados.

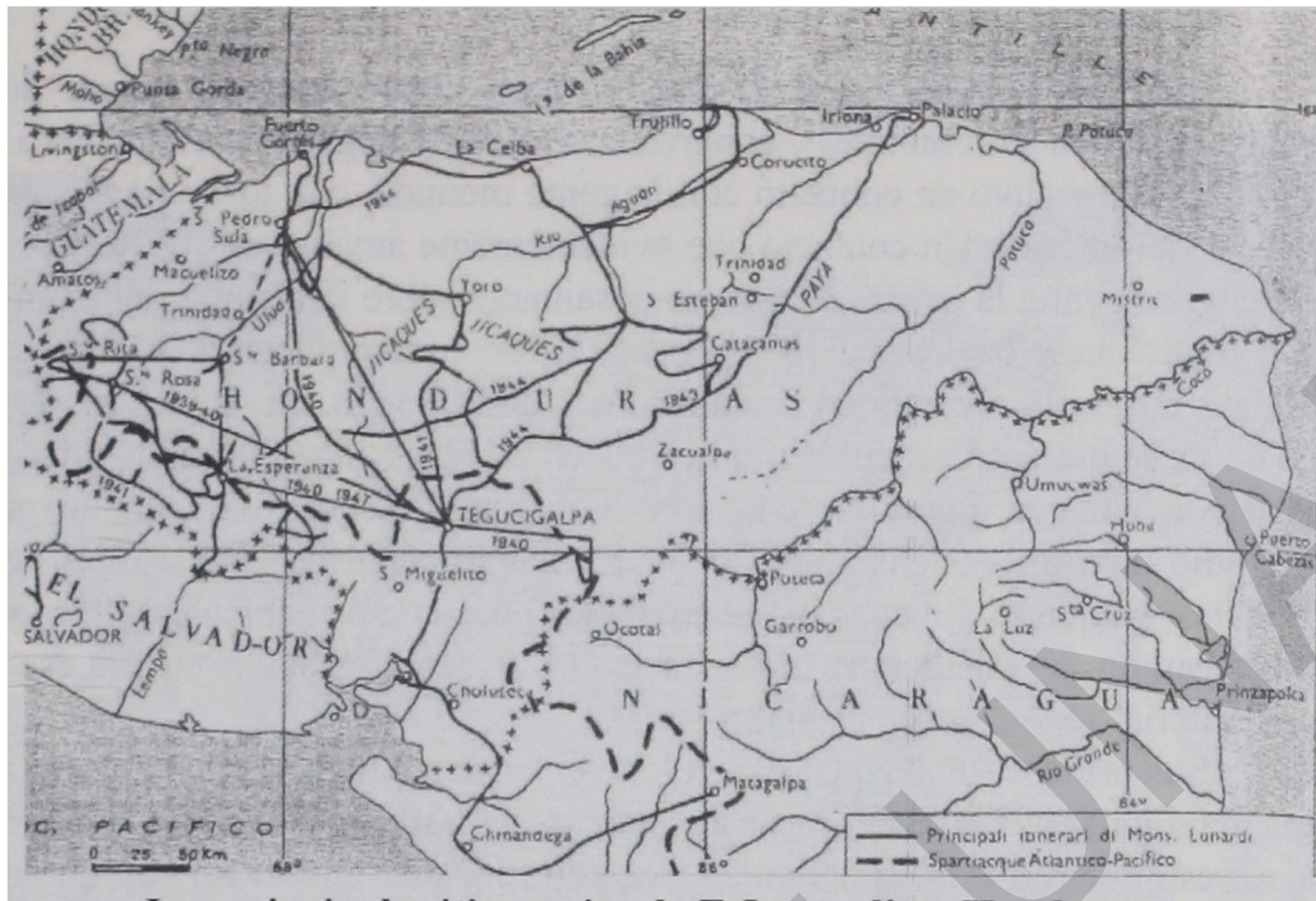
Con el inicio de 1939, termina su periodo boliviano, y él fue transferido, siempre en calidad de nuncio apostólico, a Tegucigalpa, en Honduras.

Lunardi permaneció en Honduras de 1939 a 1948, casi un decenio, y fueron años muy fructíferos por sus búsquedas científicas. Mientras Europa estaba envuelta por la segunda guerra mundial, él tuvo la fortuna de vivir años suficientemente tranquilos que le permitieron dedicarse a sus estudios con mayor profundidad y amplitud.

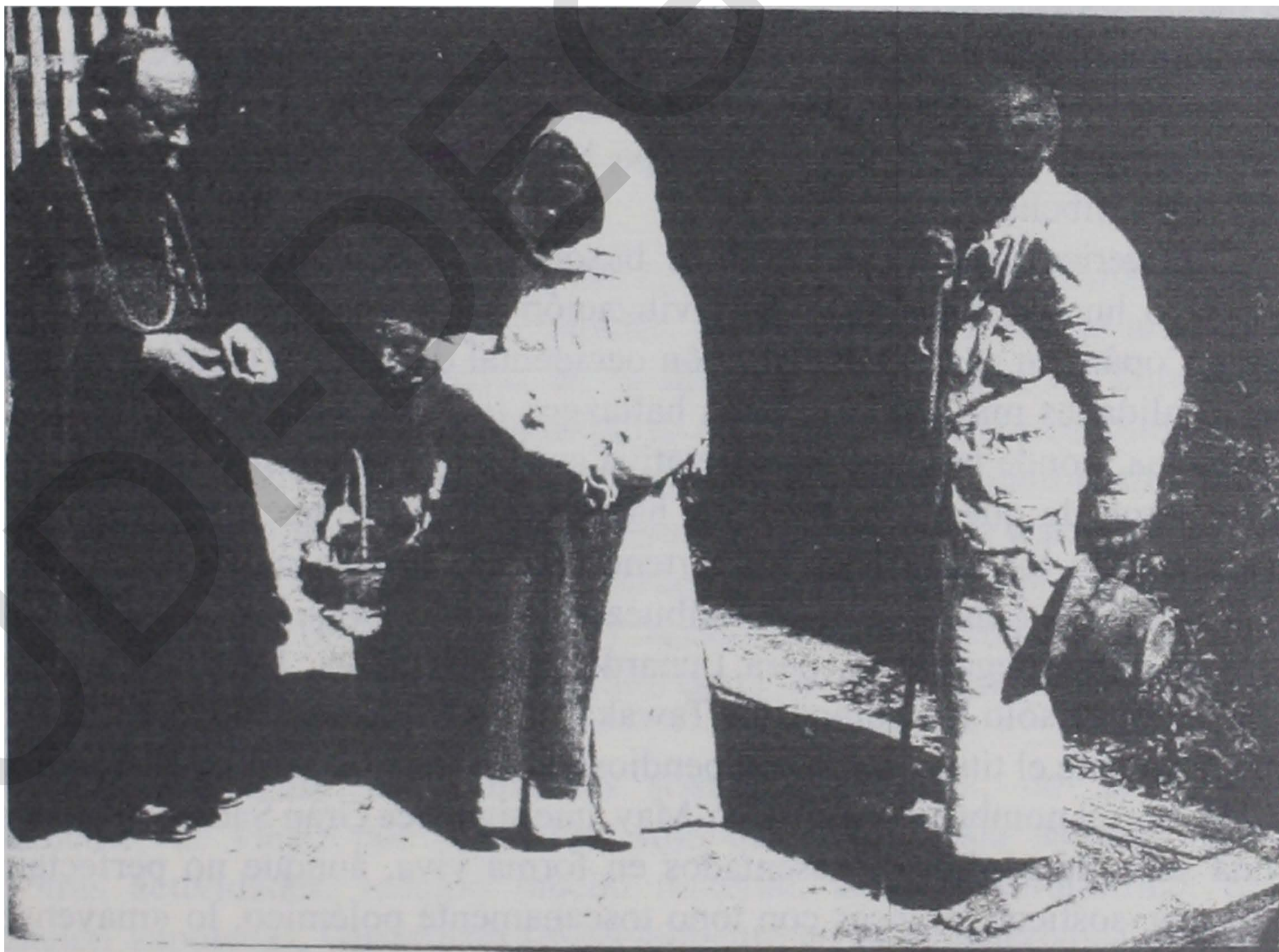
Había alcanzado los sesenta años, pero la edad no incidió en su vitalidad y en su dinamismo; ya había adquirido una larga experiencia en el continente americano, había perfeccionado su método con resultados positivos, había logrado un congruente número de publicaciones, había estrechado relaciones de mutua colaboración con estudiosos e institutos de todo el continente.

Se encontró frente a un país que desde el punto de vista arqueológico y etnológico tenía todavía mucho qué decir y que debía ser en gran parte estudiado: aquello no pudo dejar de estimular su curiosidad y renovar su entusiasmo.

Recorrió el país a lo largo y ancho y la edad avanzada no le impidió continuar sus viajes capilares con todos los medios a su disposición, no excluyendo sus propias piernas, como cuando en 1947, con sesenta y siete años, debió enfrentar algunas excursiones a las sierras de la Honduras occidental.



Los principales itinerarios de F. Lunardi en Honduras.



Honduras: regalo de dos indígenas a F. Lunardi.



Guatemala: escenas del mercado.

Iba con frecuencia a Copán, el gran centro cultural maya, donde participó también en reuniones y congresos; a menudo llegaba en avión. Pero más continuamente estuvo en contacto con la gente menuda, con los peones, con los milperos del interior. Un contacto que evidentemente amaba, ya que no se cansó de encontrar gente; la interrogaba minuciosamente sobre la historia de la familia, sobre tradiciones locales, sobre leyendas, sobre sus convicciones religiosas y sociales. Y todo lo escribía en sus notas, contando, luego, en parte, todo lo que recogía en numerosos artículos publicados en periódicos y revistas hondureñas. Logró convencer a algunos médicos y biólogos para que fundaran un grupo de estudio para un análisis antropométrico más racional de las medidas de los habitantes, ya que se dio cuenta que en el país pocos datos habían sido recogidos en este campo, y consideraba que para la clasificación de las razas era esencial tener material seguro sobre el cual trabajar.

Sus primeros hallazgos arqueológicos en áreas lejanas con respecto a las áreas marginales en las cuales hasta aquel entonces habían sido encontrados restos mayas, estimularon más su actividad. A este propósito, en efecto, hay que decir que Honduras ha sido comúnmente considerada como tierra de contacto entre el área maya –a occidente- y las áreas ocupadas de las otras actividades, a oriente. Hasta entonces, solamente el área occidental, la región habitada por el pueblo de los Chortís, era considerada de pertenencia maya, mientras las otras tribus estaban conectadas o al grupo Xinca o al grupo Macro-Penuto o eran reconocidas por afinidades Chibchas.

Federico Lunardi extendió la búsqueda arqueológica a otras regiones, y encontró huellas indudables de civilización maya en puntos bien lejanos del área de Copán, en casi toda la sección occidental del país, y también en muchas otras localidades más lejanas. Estos hallazgos (y especialmente los del Valle de Comayagua, donde también por iniciativa suya surge un museo arqueológico) lo convencieron de que toda Honduras había que considerarse conducido al filón maya. No sólo los Chortís, cuya pertenencia a la estirpe maya es indiscutible, sino también los Lencas, con los Intibucanos y los Guajiquiros, los Jicaques, los Payas, los Chorotegas eran, para Lunardi, pueblos maya. De esta clasificación quedaban fuera sólo los Sumos, los Tawakas y los Miskitos. Y «Honduras Maya» es precisamente el título de un compendioso volumen que publicó en Tegucigalpa en 1948, con el nombre maya de Can-May, que significa Gran Sacerdote, en donde, en una serie de capítulos presentados en forma viva, aunque no perfectamente armónicos, sostiene, a veces con tono toscanamente polémico, lo «mayense» de toda Honduras.

La vida y los viajes de Federico Lunardi



Honduras: honores militares para F. Lunardi (1947).

* * *

Si no se puede decir que sus afirmaciones son del todo confirmadas, es necesario reconocer su actualidad, también porque ellas finalmente arrojan luz sobre la importancia de Honduras en la historia de las culturas, importancia que hasta ahora había estado en gran parte descuidada por los estudiosos. Sus enunciaciones tuvieron en Honduras una vasta resonancia y suscitaban naturalmente aprobaciones y entusiasmo, ya que sus resultados, además de traer una sensible contribución al conocimiento de la civilización meso-americana, catalizaban el sentimiento patriótico de los hondureños, revalorizando sus valores nacionales y ennobleciendo su origen con la afirmación de la determinante huella de la gran civilización maya.

Para confirmar las afinidades sostenidas por él, no se contentó, naturalmente, de viajar por Honduras, sino que llegó hasta México (donde, entre otras actividades, recogió mucho material, también fotográfico, de la civilización zapoteca), Guatemala (especialmente en la característica ciudad de Chichicastenango), El Salvador y Nicaragua.

Durante su estadía en Honduras viaja a los Estados Unidos, Canadá y Cuba.

En todos los años de su vida americana, pero particularmente en Honduras, monseñor Lunardi reveló, entre otras, una cualidad, que para nosotros ha resultado preciosísima: la de apasionado y óptimo fotógrafo. Por cada uno de sus viajes recogió una rica documentación visual de todas las personas y cosas notables vistas, para un total que supera ciertamente las cien mil fotografías, enumeradas sistemáticamente por él y citadas en los textos. Esta actividad sustituyó la de sus primeros años americanos, cuando todavía no tenía su «Rolleiflex», y buscaba fijar los paisajes y los vestuarios en pequeños bocetos a colores, dotados de cercanía a la realidad y de un cierto gusto pictórico.

Pintorescos algunos de sus experimentos naturalistas. Cuando algunos indios le dijeron aterrorizados que su zona estaba infectada de vampiros, que de noche chupaban la sangre humana, no perdió el ánimo. Recogió un pequeño grupo de los más valientes, se adentró en una gruta indicada como madriguera de vampiros y capturó dos vivos. Luego, se los llevó consigo, y los tuvo en su cuarto algunas noches, para verificar si era verdad todo lo afirmado sobre su agresividad. Pero los animales, quizá asustados por su inusual «método experimental», lo dejaron perfectamente tranquilo, y así él pudo fácilmente alejar los miedos de los indígenas.

En 1948 se vio obligado a marcharse de Honduras, donde dejó pesar y simpatía, para volver a Roma, a la Ciudad del Vaticano. Pero la ciudad del Vaticano ya no era, evidentemente, lugar para él. Había pasado demasiados años en contacto con sus «Indios» y con las investigaciones arqueológicas: si es verdad que en muchos se manifiesta el llamado «mal de África», bien podemos decir que en él debió existir y ser muy fuerte un análogo «mal de América». Así, en 1949, se hizo enviar nuevamente a su continente predilecto, revestido de nuncio apostólico a Asunción, capital de Paraguay.

Llegó setentero, pero la edad no le impide continuar los viajes de búsqueda y de estudio, al contacto con las gentes amerindias. También de este periodo tenemos numerosas series fotográficas dedicadas a los pueblos Macá, Caingúa y Chulupí. Publicó todavía algunos estudios, reelaborando material precedentemente recogido en sus estadías en Bolivia, Colombia y Honduras, y participó en 1952 en el Congreso histórico interamericano, que se tuvo en la ciudad de Trujillo, en República Dominicana.

Mientras esperaba regresar a Italia, a finales de 1954, murió en Asunción, casi para demostrar que para aquél que había invertido en el continente americano

La vida y los viajes de Federico Lunardi

más de la mitad de la vida, no podía haber fin más consecuente que una muerte en tierra americana.

* * *

Sus preciosas colecciones, llevadas a Italia, y amorosamente custodiadas por sus herederos, son desde hace poco más de un año expuestas al público en Génova, en un museo privado que, si bien pequeño en sus dimensiones, es altamente significativo por el valor histórico de las piezas que conserva.



Un gracioso mico de noche capturado por F. Lunardi.

Bibliografía

Obras de Federico Lunardi:

Colombia.

La vida en las tumbas. Río de Janeiro, 1935.

El macizo colombiano. Río de Janeiro, 1935.

Costumbres mortuorias del macizo colombiano. Río de Janeiro, 1935.

Estatuas prehistóricas pintadas. Santiago de Chile, 1934.

O. Angasmayo. Río de Janeiro, 1935.

Fauna monumental prehistórica del macizo colombiano. Lima, 1936.

Civilizaciones andinas.

Las calaveras. Santiago de Chile, 1934.

Animales monstruosos. Santiago de Chile, 1934.

El rayo y su culto en los Andes. Santiago de Chile, 1934.

Bolivia.

Los Sirionos. Florencia, 1938.

Brasil.

A primeira missa na America. Río de Janeiro, 1928.

De La Paz a Manaos en avión. Buenos Aires, 1944.

De La Paz a Belem do Pará en avion. Buenos Aires, 1944.

La pesca maravillosa de los antiguos indígenas por medio de rémoras y de tambó. Génova, 1954.

Tácticas de guerra con flechas incendiarias y gas asfixiante de los antiguos Tupi-Guaraní. Lugano, 1950.

Honduras.

Lempira, el héroe de la epopeya nacional de Honduras. Tegucigalpa, 1942.

Los misterios del Valle de Comayagua. Tegucigalpa, 1941.

Los misterios maya del valle de Otoro, 1943.

Choluteca. Tegucigalpa, 1945.

El valle de Comayagua. Tegucigalpa, 1943.

La fundación de la ciudad de Gracias a Dios y de las primeras villas y ciudades de Honduras. Tegucigalpa, 1946.

El sol diurno y nocturno de los Mayas. Tegucigalpa, 1946.

Hueitlapallan. Tegucigalpa, 1946.

Miscelánea Maya. Tegucigalpa, 1946.

Tres vasos Mayas con cabezas en relieve del valle de Comayagua. Tegucigalpa, 1946.

La majestad como insignia de poder entre los Mayas. Tegucigalpa, 1946.

Honduras Maya. Tegucigalpa, 1948.

Notas geográficas sobre los ingleses de Río Negro y el comercio de la caoba en Honduras durante la época colonial

Craig S. Revels

La caoba de hoja ancha (*Swietenia macrophylla*) del istmo centroamericano creció enormemente en el mercado global durante los últimos años del siglo XVIII y continuó en el siglo XIX haciendo eco de un período de grandes cambios, conflictos y desarrollo. Altamente valorada por su color marrón y su madera resistente, la caoba fue un recurso bastante perseguido en las afueras de la bahía de Honduras, remodelando el paisaje físico, económico, político y cultural a través del largo curso del período del boom del siglo XIX. Para la misma Honduras el ascenso del mercado de la caoba tuvo (y sigue teniendo) un profundo impacto en las áreas escasamente pobladas de la costa norte. Poca atención se le ha dado sin embargo a los inicios del mercado de la caoba en Honduras, en particular a los procesos y acontecimientos que desde el comienzo momento atrajeron los valiosos recursos madereros yacentes en el espeso bosque aluvial. Estos primeros hechos se desarrollaron en el contexto de amplios aspectos políticos y económicos entre los grandes poderes de Europa, cuyas ambiciones imperiales fueron frecuentemente protestadas en el nuevo mundo.

El más relevante de estos aspectos es la larga disputa entre España e Inglaterra sobre la presencia inglesa en la bahía de Honduras, primero enfocada hacia el problema de Belice. Esta disputa luego giró la atención hacia el lucrativo negocio de palo Campeche (*Haematoxylum campechianum*) el cual a finales de 1600 había llegado a ser de vital importancia para la economía europea del colorante. Pero el mercado de la madera Campeche por sí mismo había tenido solamente un impacto indirecto en Honduras. Es más, el campamento inglés de la madera Campeche en Belice animó una amplia actividad económica en la costa misquita, y fue el motivo de muchas maniobras políticas y militares entre los poderes coloniales, e indiscutiblemente dio lugar al inicio de la cultura inglesa del corte de madera en el Caribe occidental. Para Honduras la actividad comercial de la madera Campeche fue sin duda la única y más importante influencia que condujo al desarrollo de la extracción comercial de la caoba. En particular, la

influencia del comercio de la madera Campeche fue más sentida con entusiasmo en el litoral de las bajas tierras del este de Trujillo, en Río Negro (Ilustración 1). Fue en esta remota área que los cortes de madera ingleses fueron capaces de establecerse por sí mismos, más allá del alcance de la soberanía española, y también fue aquí que los bosques de tierra baja y los márgenes del río eran abundantes en caoba, cedro y otras maderas preciosas. Este artículo detalla el proceso y los eventos que establecieron las bases del comercio de la caoba en Honduras durante el siglo XIX, con énfasis particular en los patrones de asentamiento, conflictos territoriales y factores geográficos que limitaron su desarrollo hasta el período de la independencia, cuando la caoba llegó a ser la actividad económica principal en el norte de Honduras.

Belice y el palo Campeche en el siglo XVIII

El desarrollo de la ocupación de los ingleses en Belice estableció las bases para las actividades de tala de madera en Honduras. Aunque la antigua historia de Belice está directamente vinculada con el refugio de piratas en el Caribe occidental, su poblamiento tomó fuerza solamente después de que la piratería desapareció en el Caribe occidental. El Tratado de 1670 de Madrid, mediante el cual España reconoce oficialmente las posesiones inglesas en el Caribe Occidental, señaló definitivamente la caída de la piratería en esa región (Galvin 1999). Muchos antiguos piratas pasaron de ser traficantes de palo Campeche a comerciar ellos mismos ese producto desde Belice hasta Yucatán. A finales del siglo XVII el comercio del palo Campeche de Belice había crecido al grado que llegó a acabar con el monopolio español de los tintes (McJunkin 1991, Camille 1996). Todavía más importante, el desarrollo comercial del palo Campeche en Belice consolidó la presencia inglesa en el Caribe occidental, que ahora incluye Jamaica (ocupada desde 1655) y una extensión de pequeños asentamientos comerciales de la costa misquita, tanto como los cortes del palo Campeche en Belice (Parsons 1954). En la primera mitad del siglo XVIII, el comercio del palo Campeche alcanzó su máximo nivel histórico, y un triángulo comercial bien desarrollado existió entre los tres focos de la ocupación inglesa (Camille 1996, Naylor 1989). Los españoles, en vez de cruzarse de manos, mientras su soberanía era desafiada en la Bahía de Honduras, hicieron numerosos intentos por perseguir e interrumpir los cortes de palo Campeche en Belice, y los asuntos diplomáticos entre España e Inglaterra frecuentemente aluden al problema de la existencia de esos asentamientos (Naylor 1989).

Notas geográficas sobre los ingleses de Río Negro y el comercio de la caoba en Honduras durante la época colonial

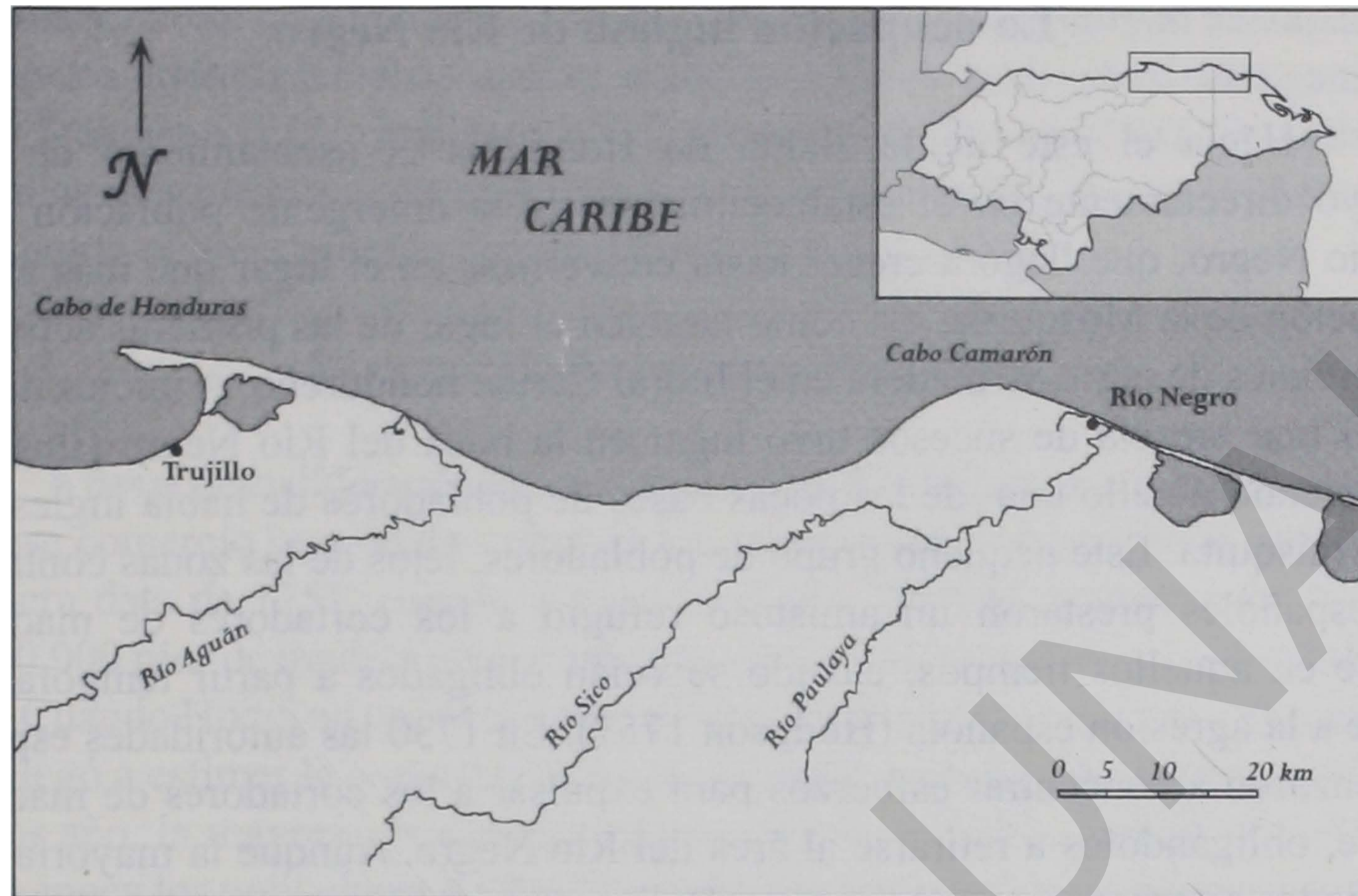


Ilustración 1. La proximidad de Río Negro al este de Trujillo durante la época colonial.



Ilustración 2. Perspectiva de Palacios, el sitio de Río Negro y los establecimientos ingleses durante la época colonial (vía C. Friedle, cortesía de S. and J. Collins).

La ocupación inglesa de Río Negro

Hacia el este de la Bahía de Honduras el asentamiento de Belice influyó directamente en el establecimiento de la emergente población inglesa de Río Negro, que llegó a crecer hasta convertirse en el lugar que más atrajo la población de la Mosquitia, así como también el lugar de las primeras actividades comerciales de corte de madera en el litoral Caribe hondureño. A inicios del siglo XVIII una mezcla de sucesos tuvo lugar en la boca del Río Negro (Ilustración 2) haciendo de ello una de las pocas bases de pobladores de habla inglesa en la costa misquita. Este pequeño grupo de pobladores, lejos de las zonas controlados por españoles prestaron un amistoso refugio a los cortadores de madera de Belice en aquellos tiempos, cuando se veían obligados a partir temporalmente frente a la agresión española (Hodgson 1757). En 1730 las autoridades españolas comenzaron a concentrar esfuerzos para expulsar a los cortadores de madera de Belice, obligándolos a retirarse al área del Río Negro. Aunque la mayoría de los refugiados retornaron con el tiempo a Belice, otros permanecieron en Río Negro, alegres de evitar más contactos con los españoles. Uno de los que permanecieron fue William Pitt, ampliamente conocido por ser uno de los verdaderos fundadores de la población del Río Negro. Posteriores huidas desde Belice aumentaron el número de pobladores en Río Negro e hizo de la situación de los asentamientos una especie de estación para los barcos que comerciaban entre Jamaica y Belice (Gipson 1946). En cuatro décadas el asentamiento habría incrementado la población de la costa a más de dos mil, incluidos esclavos traídos para trabajar en las propiedades de azúcar y algodón que allí se habían establecido (Offen 2000).

Siendo el más dinámico centro del comercio para los pobladores ingleses en la Costa, Río Negro se convirtió lógicamente en el más importante centro político y social de la región. Después del fin de la Guerra de la Oreja de Jenkins en 1748, Río Negro fue escogido como la sede de la Superintendencia Británica para la Costa de la Mosquitia (1749-1786). La superintendencia fue creada oficialmente para salvaguardar el bienestar de los británicos en la Mosquitia, así como de sus aliados indígenas los misquitos, y para administrar la autoridad británica en el área, pero en realidad su principal objetivo fue facilitar la continuidad y desarrollo del comercio británico en el Caribe occidental (TNA: PRO 1744).

Los pobladores de Río Negro se involucraron en una amplia escala de actividades económicas, algunas legales, otras ilegales. Río Negro jugó un significativo rol en el próspero negocio del contrabando, formando un conducto para el comercio ilícito desde el interior hasta más allá de Trujillo (Mack 1998).

Los pobladores del área también cazaron tortugas carey y recogieron zarzaparrilla, mientras los líderes plantaban azúcar, algodón y añil, y también criaban ganado y mulas (Trelawney 1751, Hodgson 1757, Jones 1768, Dixon 1785). Su actividad económica más lucrativa, sin embargo, fue el corte de caoba, la cual se realizó tan pronto como el asentamiento fue establecido (Otway 1765).

El comercio de caoba en Río Negro

A pesar de su liderazgo en la economía del Río Negro, poca documentación sobre ese comercio ha sido descubierta. La primera señal real sobre el negocio de la madera data de 1751, cuando Robert Hodgson informó al Duque de Bedford que 500,000 pies de madera eran exportados anualmente desde la Costa (Hodgson 1751). Cuando Hodgson escribió sobre su largo recorrido por la Costa misquita de 1759, llegó a estimar la exportación anual de caoba en aproximadamente 200,000 pies por año, la mayoría procedente del área de Río Negro (Hodgson 1757). Ya por esa época los pobladores de Río Negro habían establecido un vigoroso entorno comercial disponiendo al menos de veinte veleros adquiridos con sus propios esfuerzos. La mayoría de ellos navegaban cargados para Inglaterra, Nueva York o Jamaica, aunque hacían paradas en Belice para cargar palo de Campeche. Aunque claramente impresionado por el potencial del comercio de madera desde Río Negro y la costa misquita en general, Hodgson fue también el primero en valorar la naturaleza de la caoba hondureña. De acuerdo a Hodgson la coba encontrada en Honduras

«No es tan reconocida como la de Jamaica, la razón probablemente se deba a que la de la isla crece en seco, en tierra rocosa... y debido al suelo es de un lento crecimiento y de madera compacta; pero aquí ha sido cortada convenientemente en tierra baja, cerca del agua y en esa condición el crecimiento es rápido y su textura menos dura, aunque la caoba cortada en tierra alta es igualmente buena (Hodgson 1757: 65)».

A pesar de las dudas de Hodgson sobre la calidad de la madera hondureña, un permanente desarrollo del mercado europeo continuó el aumento de la demanda y el corte de la caoba en la región se expandió fuertemente en la próxima década. Hacia 1769 la caoba fue la exportación más valiosa de Río Negro (tabla 1). Un detallado recuento de veleros comerciales en Río Negro en los primeros nueve meses de 1770 indica que alguna cantidad de caoba fue incluida en cada cargamento

hacia el exterior (TNA: PRO 1770). Aunque los detalles son comúnmente faltos de documentación, algunos residentes aseguraron que el comercio anual había crecido hasta un millón de pies hacia mediados de la década de 1780 (TNA: PRO 1786).

Tabla 1. Exportaciones de Río Negro por los colonos ingleses, 1750 - 1786

Año	Caoba		Zarzaparilla		Cáscara de tortuga		Otro	Total
	pies	valor (£)	libras	valor (£)	libras	valor (£)	valor (£)	(£)
1750	500.000	n.d.	40.000	n.d.	5.000	n.d.	-	27.000
1757	200.000	5.000	120.000	12.000	6.000	3.000	7.500	27.500
1761	446.000	5.575	150.000	7.500	12.600	3.150	7.092	23.317
1763	650.000	n.d.	110.000	n.d.	8.000	n.d.	1.500	n.d.
1769	789.000	19737	195.300	17.902	9.600	3.840	22.319	61.048
1786	1.000.000	15.000	n.d.	n.d.	n.d.	n.d.	n.d.	n.d.

Fuentes: Hodgson 1751, 1757, Speer 1765, Otway 1764, PRO 1786, Offen 2000

Sin embargo la promesa de esta primera etapa de la economía de la caoba en Honduras quedaría incumplida. A pesar del progresivo desarrollo de la población de Río Negro, los ingleses dispersos a lo largo de la costa misquita resultaron menos importantes para la corona británica que el asentamiento en Belice, donde el corte del palo Campeche y la caoba crearon las primeras bases de un desarrollo de reexportación. Bajo la Convención de Londres, firmada en 1786 los británicos acuerdan evacuar todos los asentamientos en la costa misquita con el fin de asegurar su posesión de Belice. Más allá del anunciado final del comercio, la oportunidad del momento de la retirada aumentó la severidad de las pérdidas frente a los cortadores de caoba de Río Negro. La extracción de caoba en el trópico ha estado históricamente ligada con la llegada de la temporada de corrientes que conducen la madera desde los bosques hasta el lugar de la costa, donde es cargada y enviada en barco hacia el mercado (Henderson 1811, Squier 1855, Revels 2002). Esta temporada de corrientes llega normalmente en junio, en la costa norte de Honduras; los británicos comenzaron su evacuación de la costa a comienzos de la primavera de 1787. Como consecuencia de ello, los cortadores de caoba no pudieron trasladar la madera talada desde el lugar donde habían

trabajado, y por lo tanto perdieron toda una temporada de trabajo. Las pérdidas también se combinaron con mucha madera de la temporada anterior; las corrientes necesarias nunca llegaron en 1786, y esa madera quedó igualmente abandonada en los riachuelos de Honduras (Lawrie 1786, TNA: PRO 1786).

La colonización española de la costa misquita¹

Pese al supuesto éxito respecto de la presencia británica en la costa misquita, los intentos españoles de beneficiarse de su nueva administración fueron inefectivos y en algunos casos desastrosos. La próspera población antes conocida por los ingleses con el término de «Black River», cambió como reflejo del control español, aunque la recuperada Río Tinto llegó a parecerse más a una base militar que a un centro poblacional dinámico. Aislada y en la periferia del control español de Honduras, la mayoría de los colonos españoles fueron enviados a Río Tinto a enfrentar duras condiciones y a vivir en constante miedo del ataque de grupos misquitos. Las relaciones entre los españoles y los misquitos fueron históricamente de resentimiento y con los nuevos planes poco había cambiado. Los españoles temían una insurrección general de los grupos nativos, los misquitos vieron poco beneficio en el trato con los españoles y desdénaron los pequeños gestos y regalos ofrecidos por los nuevos amos del imperio. A todas luces, gran parte de la actividad económica centrada alrededor de Río Tinto resultó insignificante, salvo por el negocio del contrabando con el interior (Sorsby 1972, Mack 1997). No existe información de que los españoles hayan hecho algún esfuerzo para continuar con el comercio de la caoba ni que se preocuparan por trasladar la madera talada que anteriormente habían dejado los antiguos ocupantes de Black River.

Por su parte, las autoridades británicas mantuvieron contactos no oficiales con sus antiguos aliados de la región, quienes fueron animados a rechazar el

¹ Los habitantes de Black River, una vez trasladados a Belice, no fue fácil que abandonaran el comercio. A mediados de los años 1750 los cortadores de Belice, ante el prolongado declive en el comercio de la caoba, comenzaron a explotar agresivamente el palo Campeche. Hacia 1771 el palo Campeche superó a la caoba como la más importante exportación de Belice y con la llegada de los evacuados de la costa misquita fue el principal foco comercial en el asentamiento (Burdon 1931, Camille 1996). El aumento de la competencia local, en la forma de los cortadores de Black River, impulsó una agitación de nuevas relaciones concernientes al comercio en Belice. Entre las más notables, la nueva competencia condujo a la explicación de codificación, por primera vez, de las obligaciones legales para las obras de caoba (Burdon 1931) y realzó los planes para la administración de la justicia en Belice, focalizados en gran parte en procedimientos para regular la embarcación de la caoba desde el asentamiento por la llegada de los nuevos pobladores.

control español de esa zona (Floyd 1967, Naylor 1989). En el renovado conflicto de 1790 entre España y Gran Bretaña se aumentó las tensiones a lo largo de la costa incitando el temor a un inminente ataque británico, y Río Tinto llegó a contar con más soldados entre los pobladores que cantidad de habitantes (Sorsby 1972). Al final de la década, toda la costa este de Trujillo, salvo Río Tinto fue deshabitada, sólo quedaron unos dispersos asentamientos indígenas y los recién llegados garífunas (Parsons 1954, Floyd 1967, Davidson 1979). Finalmente, en septiembre de 1800 sucedió la largamente prevista insurrección de los misquitos y los españoles desistieron de sus fracasados intentos de colonizar la costa misquita. Con la atención de los poderes imperiales dirigida a la Guerra Napoléonica, poco interés fue dedicado a los remotos lugares del Nuevo Mundo y el norte de Honduras cayó a la deriva, sumiéndose en la tradición de los asuntos políticos y económicos de Centroamérica (Naylor 1989).

Del aislamiento a la Independencia

Al abrigo de estos sucesos políticos, algunos antiguos pobladores británicos evacuados emprendieron esfuerzos para volver a sus posesiones (TNA: PRO 1793). Como estos antiguos residentes comenzaron poco a poco a volver a la costa en los precarios años de la ocupación española, el tímido retorno significó que la mayoría del comercio sostenido durante ese período fue local y relativamente sin importancia (Sproat 1803). No obstante, la reanudación del una vez lucrativo corte de caoba mantuvo una atrayente posibilidad para los antiguos pobladores así como para los que comerciaban con Belice, donde el corte de caoba estaba ampliamente extendido. Bien consciente de la potencial riqueza yacente en los bosques del este de Honduras, los que dirigían el comercio de la madera en Belice resolvieron mantener relaciones con varias facciones de los misquitos, quienes acababan de entrar en un período de relativa estabilidad después de años de conflictos y de luchas internas (Burdon 1934, Naylor 1989). Estas relaciones significaron absolutamente un aumento en la tala de caoba en la costa; el informe de un agente importador en Londres citó un ligero aumento del precio de la caoba en 1812, mayormente en respuesta a la alta importación de caoba española en los dos años anteriores (Burdon 1934). Aunque es casi seguro que las importaciones de caoba en Inglaterra incluían caoba de Honduras, vale también mencionar que éstas incluían igualmente las de Guatemala. Hacia comienzos de 1800 algunos comerciantes de casas de Belice estuvieron explotando el territorio sur de los ríos Deep y Mojo en los límites territoriales de Belice (Camille 2000), y no

Notas geográficas sobre los ingleses de Río Negro y el comercio de la caoba en Honduras durante la época colonial

existen informaciones si por ese tiempo se trataba de madera de Honduras o de Guatemala.

La caoba procedente de Honduras también llamó el interés de las autoridades navales de Gran Bretaña. Además, en 1812 John Wright estableció un contrato con la Marina para entregar 350 toneladas de caoba de la costa de Honduras para entregarse en los muelles de Londres. La caoba suministrada tenía que ser evaluada por la Marina británica para considerar sus capacidades para la construcción de barcos, con más contratos posibles probaría la más apropiada para los propósitos oficiales. Wright aparentemente se propuso el contrato para obtener una comisión personal como agente público en la costa misquita, con el cual además ampliaría sus posibilidades financieras; esto sugiere definitivamente que Wright intentó extraer preferiblemente caoba de Honduras que la de Belice. Sin embargo, dos años después de la firma del contrato Wright aún no había adquirido la madera (SRO 1813, Wright 1814). Hacia 1818 los comerciantes de caoba de Belice, con la intención de proteger su cuota de mercado de la competencia de los territorios controlados por España, comienzan a exigir cambios en las regulaciones arancelarias para la caoba. Una reunión pública en julio resolvió que un arancel de veinticinco libras jamaquinas por cada mil pies sería cargado en cortes de caoba realizados fuera de los límites territoriales y después embarcados en las aduanas situadas en Belice (TNA PRO 1818). Otros intentos agresivos en orden de controlar el mercado serían establecidos en las siguientes décadas a medida que los comerciantes beliceños enfrentaban en aumento de la competencia de la caoba hondureña entre las décadas de 1830 y 1840 (Naylor 1989, Revels 2002).

Finalmente, incluso el bien documentado caso de Gregor MacGregor y el esquema de asentamiento Poyais da fe de la continua estafa de la caoba en la región de Río Negro. En el bien conocido intento por atraer inversores para este proyecto, Thomas Strangeways escribió un encantador relato de los recursos de la nueva colonia, que incluían vastos trechos de caoba y otras maderas (Strangeways 1822). El capitán del segundo barco que trasladó colonialistas a Poyais también cita los abundantes recursos naturales del área, especialmente caoba y zarzaparrilla (Crouch 1823). A pesar de tal potencial, la colonia por sí misma fue un desastre y la concesión fue rescindida en 1823, quizás a sugerencia del comerciante beliceño Marshall Bennett, quien jugaría un significativo rol en el emergente mercado hondureño de la caoba (Frederick 1823, Hasbrouck 1927, Naylor 1989, Revels 2002, 2003).

Comentarios finales

El resurgimiento del interés sobre la caoba de Honduras continuaría en el período de la Independencia, y el siglo XIX puede muy bien ser considerado el período del boom para el comercio de la caoba hondureña. Aunque temporalmente interrumpido debido a sucesos históricos en la segunda mitad de los años 1700, el desarrollo del comercio de la caoba fue solamente retrasado. La cantidad de caoba disponible en Honduras era simplemente enorme para ser ignorada. Los eventos que transcurrieron alrededor de la bahía de Honduras y en las áreas remotas de Trujillo, en las cercanías de Río Negro en los primeros cien años —especialmente el prolongado conflicto Anglo-Español sobre la soberanía y el comienzo de las actividades comerciales del corte de madera— abrieron a Honduras al emergente mercado de la caoba y lo estableció como una importante fuente regional para una nueva economía de la madera preciosa, iniciando muchos de los procesos de cambios de paisaje que continúan hasta hoy en día.

Bibliografía

- Burdon, John A. 1931. *Archives of British Honduras*, vol. 1. London: Sifton Praed and Co, Ltd.
- _____. 1934. *Archives of British Honduras*, vol. 2. London: Sifton Praed and Co, Ltd.
- Camille, Michael A. 1996. *Historical Geography of the Belizean Logwood Trade*. Yearbook, Conference of Latin Americanist Geographers 22: 77-85.
- _____. 2000. *The Effects of Timber Haulage Improvements on Mahogany Extraction in Belize: An Historical Geography*. Yearbook, Conference of Latin Americanist Geographers 26: 103-115.
- Craig, Alan K. 1969. *Logwood as a Factor in the Settlement of British Honduras*. Caribbean Studies 9(1): 53-62.
- Crouch, Henry. 1823. *Statement on the Territory of Poyais*, Edinburgh, August 21, 1823. Scottish Record Office (SRO) GD 50/184/104, nf.
- Davidson, William V. 1984. The Garifuna in Central America: Ethnohistorical and Geographical Foundations. In *Black Caribs: A Case Study of Biocultural Adaptations*, ed. M.H. Crawford, pp. 13-36. New York: Plenum Press.

Notas geográficas sobre los ingleses de Río Negro y el comercio de la caoba en Honduras durante la época colonial

- Dawson, Frank G. 1983. *William Pitt's Settlement at Black River on the Mosquito Shore: A Challenge to Spain in Central America, 1732-1787*. *Hispanic American Historical Review* 63(4): 677-706.
- Dewar, Alfred, ed. 1928. *The Voyages and Travels of Captain Nathaniel Uring*. London: Cassell and Co. Ltd.
- Dixon, Alexander. 1785. *Letter to Lord Sydney*, London, March 5, 1785. The National Archives (TNA): Public Record Office (PRO) CO 123/3, nf.
- Douglas, James. 1823. *Account of the attempt to form a settlement on the Mosquito Shore, in 1823*. *Transactions, Literary and Historical Society of Quebec*, 1868-69: 25-39.
- Floyd, Troy S. 1967. *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Frederick, Robert Charles. 1823. *Proclamation of the King of the Mosquito Shore*. SRO GD 50/184/104, nf.
- Galvin, Peter R. 1999. *Patterns of Pillage: A Geography of Caribbean-based Piracy in Spanish America, 1536-1718*. New York: Peter Lang.
- Gipson, Lawrence H. 1946. *British Diplomacy in the Light of Anglo-Spanish New World Issues, 1750-1757*. *American Historical Review* 51(4): 627-648.
- Hasbrouck, Alfred. 1927. *Gregor MacGregor and the Colonization of Poyais*. *Hispanic American Historical Review* 7(4): 438-459.
- Henderson, Capt. George. 1811. *An Account of the British Settlement of Honduras*, 2nd. ed. London: R. Baldwin.
- Hodgson, Robert. 1751. *Letter to Duke of Bedford, Jamaica, April 21, 1751*. TNA: PRO FO 137/57, 550-551.
- _____. 1757. *The First Account of the State of that Part of America called the Mosquito Shore in the year 1757*. TNA: PRO CO 123/1, 55-79.
- Jones, Robert. 1768. *An Account of the late intended insurrection of the Indians on the Mosquito Shore, Jamaica, August 3, 1768*. TNA: PRO CO 137/35, 24.
- Lawrie, Captain James. 1786. *Letter to Governor Clarke, Black River, October 14, 1786*. TNA: PRO CO 137/86, 156-159.
- Mack, Taylor E. 1997. *Ephemeral Hinterlands and the Historical Geography of Trujillo, Honduras, 1525-1950*. Unpublished Ph.D. dissertation, Louisiana State University, Baton Rouge, LA.
- _____. 1998. *Contraband Trade through Trujillo, Honduras, 1720s-1782*. *Yearbook, Conference of Latin Americanist Geographers* 24: 45-56.

- McJunkin, David M. 1991. *Logwood: An Inquiry into the Historical Biogeography of Haematoxylum campechianum L. and Related dyewoods of the Neotropics*. Unpublished Ph.D. dissertation, University of California, Los Angeles.
- Naylor, Robert A. 1967. The Mahogany Trade as a Factor in the British Return to the Mosquito Shore in the Second Quarter of the 19th Century. *Jamaica Historical Review* 7: 40-67.
- _____. 1989. *Penny Ante Imperialism*. Rutherford: Farleigh-Dickinson Press.
- Offen, Karl H. 1999. *The Miskitu Kingdom: Landscape and the Emergence of a Miskitu Ethnic Identity*, Northeastern Nicaragua and Honduras, 1600-1800. Unpublished Ph.D. dissertation, University of Texas, Austin.
- _____. 2000. British Logwood Extraction from the Mosquitia: The Origin of a Myth. *Hispanic American Historical Review* 80(1): 113-135.
- Otway, Joseph. 1764. *Letter to Lords Commissioners for Trade and Plantations, Black River, July 12, 1762*. TNA: PRO CO 137/33, 232-235.
- Parsons, James J. 1954. *English Speaking Settlements of the Western Caribbean*. Yearbook, Association of Pacific Coast Geographers 16: 3-16.
- Revels, Craig S. 2002. *Timber, Trade, and Transformation: A Historical geography of Mahogany in Honduras*. Unpublished Ph.D. dissertation, Louisiana State University, Baton Rouge, LA.
- _____. 2003. *Concessions, Conflict, and the Rebirth of the Honduran Mahogany Trade*. *Journal of Latin American Geography* 2:1-17.
- SRO (Scottish Record Office). 1814. *Papers respecting Mr. Wright's Contract for Mahogany with the Navy Board, Navy Office, March 30, 1813*. SRO GD 51/2/502, nf.
- Sorsby, William S. 1972. Spanish Colonization of the Mosquito Coast, 1787-1800. *Revista Historico de America* 73-74: 145-153.
- Speer, Lt. Joseph Smith. 1765. *An Account of the Mosquito Shore*. TNA: PRO ADM 7/837, nf.
- Sproat, Robert. 1803. *Letter to Thomas Barrow, New Egypt, April 4, 1803*. TNA: PRO CO 123/15, nf.
- Squier, Ephraim G. 1855. *Notes on Central America; Particularly the States of Honduras and San Salvador*. New York: Harper and Bros.
- Strangeways, Thomas. 1822. *Sketch of the Mosquito Shore, Including the Territory of Poyais, Descriptive of the Country; with some Information as to its Productions, the Best Mode of Culture, etc., Chiefly Intended for the Use of Settlers*. Edinburgh: W. Blackwood.

Notas geográficas sobre los ingleses de Río Negro y el comercio de la caoba en Honduras durante la época colonial

- TNA: PRO 1744. *Report to the Lords of the committee of Council, upon a Letter from Gov. Trelawney, to the Duke of Newcastle, proposing that an independent company should be kept on the Mosquito Shore, Whitehall, May 3, 1744.* TNA: PRO CO 123/1, 3.
- _____. 1770. *List of Vessels arrived at, and sailed from, Great Black River (the Chief British Settlement) on the Mosquito Shore, Commencing with the first that arrived or sailed in January 1770.* TNA: PRO CO 137/66, 129.
- _____. 1786. *Settler's Committee to Captain James Lawrie, Black River, October 14, 1786.* TNA: PRO CO 137/86. 161.
- _____. 1787. *Sketch of a Plan for Regulating the Police in the Honduras District, Belize, 1787.* TNA: PRO CO 123/4, 62-78.
- _____. 1793. *Petition of the late Settlers on the Mosquito Shore to William Pitt, British Honduras, August 13, 1793.* TNA: PRO CO 137/92.
- _____. 1818. *At a Public Meeting of the Inhabitants, Belize, July 7, 1818.* TNA: PRO CO 123/43, nf.
- Trelawney, Edward. 1751. *Letter to Lords of Trade and Plantations, Jamaica, July 17, 1751.* TNA: PRO CO 123/1, 14.
- Wright, John. 1814. *Letter to Commissioners of the Navy, Cheapside, January 26, 1814.* SRO GD/51/2/502, nf.

UDI-DEGT-UNAH

Gestores de la correspondencia
El Museo Británico, la Oficina de Relaciones Exteriores y
las Ruinas de Centroamérica

Robert D. Aguirre

Llamamos valiosos a esos objetos que resisten nuestro deseo de poseerlos.

-GEORG SIMMEL, *The Philosophy of Money* [La Filosofía del Dinero]

En nuestras culturas el «ir arrastrando papeles» es la fuente de un poder esencial que constantemente escapa a nuestra atención ya que es ignorado materialmente.

-BRUNO LATOUR, «*Drawing Things Together*» [«Esbozando el Conjunto de las Cosas»]

El 17 de julio de 1851 el secretario de relaciones exteriores británico, Lord Palmerston (1784-1865), envió un despacho a su *chargé d'affaires* en Guatemala, Friederick Chartfield, informándole que el gobierno deseaba una colección de ruinas Mayas para el Museo Británico. A partir de esto, se puso en movimiento un secreto complot de catorce años de duración cuya finalidad, asombrosamente, ha pasado desapercibida¹. Esto se debe en parte a que el complot no tuvo éxito y al final no se logró ningún monumento. Sin embargo, también es resultado de la rígida lógica del cuidado de los archivos imperiales; el conjunto de los documentos relevantes, algunos sesenta despachos, memorandos, informes y cartas que no se encuentran en el Museo Británico, entre otra correspondencia concerniente a antigüedades, sino en los archivos de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales (Foreign and Colonial Office) –que no es el primer lugar donde se buscaría material arqueológico. Terminaron ahí debido a que el esquema fue dirigido no desde Bloomsburry sino desde la calle Downing. Este aspecto curioso de la organización de archivos no es incidental sino constitutiva, invitándonos a considerar cómo el pillaje de las ruinas mesoamericanas ocurrió bajo el control administrativo e ideológico de funcionarios políticos, y cómo por lo tanto el archivo imperial funcionaba no sólo como un depósito de información, sino como una forma de acumulación de conocimientos y como una estructura del poder, siendo

tan enormemente facilitadora como fatalmente defectuosa. Intercaladas entre memorandos sobre exportación de caoba, maniobras navales y las rutas del canal y el ferrocarril a lo largo del istmo centroamericano, las cartas sobre las ruinas pre-Colombinas facilitan el examen de la declaración, que mientras por un lado el «‘poder’ de la burocracia es misterioso», por otro la ‘oficina’ es algo que se puede estudiar empíricamente», quizás incluso hasta el punto de explicar cómo el poder puede acumularse «sólo al observar los archivos»². Los archivos en cuestión aquí, sin embargo, constituyen una forma particularmente compleja de «inscripción»: los despachos, una forma de escrito cuyo intercambio entre una intrincada red de comunicación permitió ese rasgo de quintaesencia de los imperios globales, la habilidad de manipular a las personas y las cosas desde lejos.

El despacho de Palmerston provee un valioso acceso a estos temas, incluso al concretar cuestiones específicas sobre el mismo complot. Dada la otredad de las ruinas Mayas y su alejamiento de los cánones estéticos adoptados, ¿cómo llegó a producirse una noción de su valor de deseables? ¿Qué argumentos se utilizaron para justificar su extracción, y cómo se organizaron estos argumentos en un plan de acción para una campaña imperial similar a la que pueda encontrarse en las páginas de una novela de aventuras? ¿Cómo los escritos diplomáticos –sus protocolos y procedimientos, sus iteraciones en los sistemas de almacenaje y recuperación, su función como garantes del destino imperial, su propio estilo- aparecen en el intento de apropiación de los monumentos? ¿Y en qué maneras la amplia relación de los británicos con Centroamérica dio forma a los motivos y a los medios del complot? He aquí las primeras líneas del despacho de Palmerston:

He aquí que adjunto una copia de la correspondencia [24 junio 1851] que he recibido del Vizconde Mahon donde sugiere que sería deseable obtener para el Museo Británico algunos ejemplares de las ciudades en ruinas de Centroamérica y expone que las esculturas principales a las cuales se refiere pueden encontrarse en un sitio llamado Copán, cerca del río de ese mismo nombre, al final de la Bahía de Honduras y al Sur del asentamiento británico de Belice.

Por tanto tengo que pedirle que realice las indagaciones sobre los aspectos prácticos para obtener ejemplares de las esculturas referidas en la correspondencia de L[ord] Mahon a mi persona y que me informe sobre el resultado, junto a cualquier información adicional que usted pueda obtener en relación a esas esculturas. Las esculturas son descritas de la página 134 hasta la 144 del primer volumen de una narración de viajes por Centroamérica del Sr. Stephens, un ciudadano de los Estados Unidos que visitó las ruinas entre 1839-1840³. (ver figuras 16-18)

Gestores de la correspondencia



Figura 16

Figura 16. Frederick Catherwood, estatua de piedra, Copán, de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán] (1841).



Figura 17

Figura 17. Frederick Catherwood, estatua de piedra, Copán, de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán] (1841).



Figura 18. Frederick Catherwood, Altar Q, Copán, de John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán] (1841).

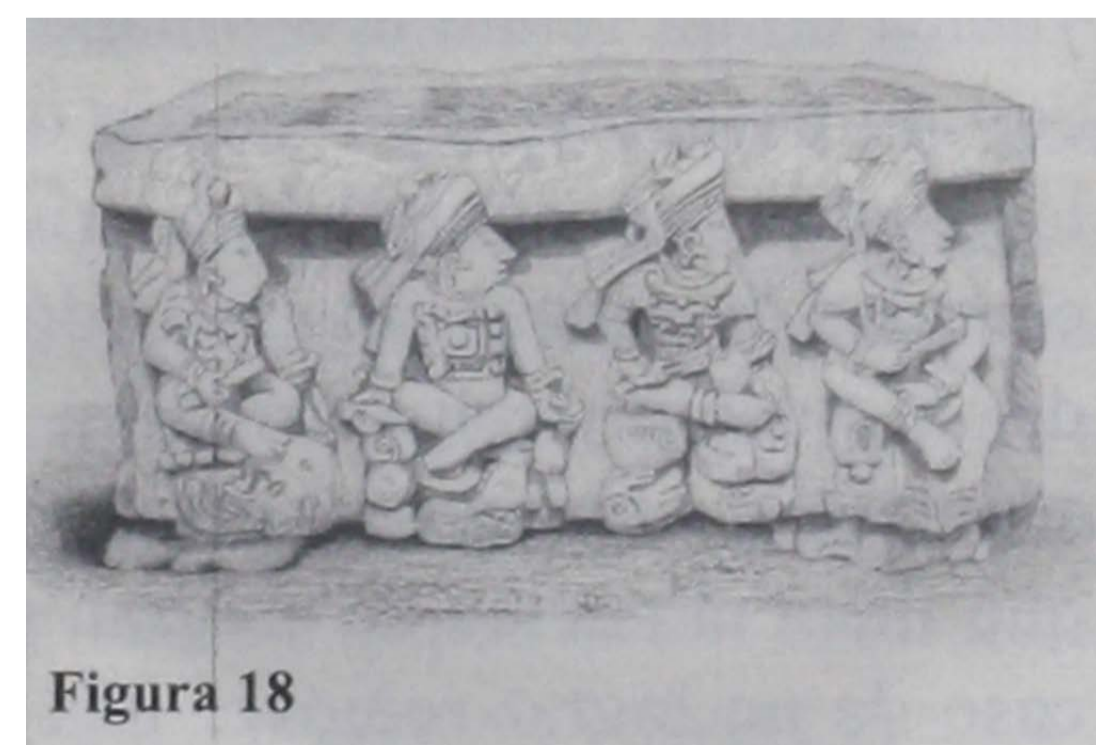


Figura 18

Como lo deja en claro Palmerston, había sido recibida una petición por parte del Vizconde Mahon (Philip Henry Stanhope, 1805-1875), apoderado del Museo Británico, presidente de la Sociedad de Antigüedades de Londres y de los últimos fundadores de la Nacional Portrait Gallery (Galería Nacional de Retratos). La correspondencia de Mahon vinculaba las ruinas de Centroamérica con las exploraciones arqueológicas del oriente, y por lo tanto con la tradición de aventuras orientales que, como ya lo hemos visto en relación con Bullock, ha asegurado a las antigüedades un sitio en el imaginario imperialista. Si el Museo Británico lograba tener éxito en remover las ruinas Mayas, escribió Mahon, las esculturas conformarían «una noble prenda para lo que recientemente hemos obtenido de Nieve» (FO15/75, f. 40) –joyas preciosas para adornar el gabinete nacional de antigüedades en Bloomsbury, un premio para ilustrar su dominio sobre el Oriente y el Occidente.⁴

Mahon supo sobre las ruinas a través de *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* [*Incidentes de un Viaje por Centro América, Chiapas y Yucatán*], publicado en 1841 por el cronista de viajes y abogado norteamericano John Lloyd Stephens con ilustraciones del arquitecto británico Frederick Catherwood.⁵ Aunque Stephens y Catherwood no fueron los primeros en describir las ruinas, sí aumentaron la fama de éstas. Edgar Allen Poe, quien ya le había felicitado por las anteriores crónicas de Stephens sobre sus viajes por el Cercano Oriente, declaró que el nuevo texto sobre Centroamérica era «quizás el más interesante libro de viajes alguna vez publicado»; Prescott, al escribirle a Stephens, predijo que el trabajo daría forma a «un cierto tipo de *carte du pays* para el futuro viajero»; y Wilkie Collins obtuvo de Stephens lo concerniente al tema sobre Centroamérica en «The Perils of Certain English Prisoners» [«Los Peligros de Ciertos Prisioneros Ingleses»] (1857), escrito con Charles Dickens, y en *The Woman in White*⁶ (1860). De hecho, *Incidents* [*Incidentes*] rápidamente se convirtió en una de las obras mejor vendidas sobre viajes del siglo y aún se considera un clásico de la narrativa arqueológica. Pero la narración de Stephens también se vuelca en un relato apasionante de deseo y pillaje, explicando cómo, equipado con un pasaporte diplomático de los Estados Unidos, él compró los terrenos en los cuales se encontraban las ruinas de Copán (actualmente en Honduras) por la cantidad de apenas cincuenta dólares. Su objetivo era «remover los monumentos de un pueblo desaparecido en una región desolada en la cual se encontraban sepultados, ubicarlos en el ‘gran emporio comercial,’ y encontrar una institución que fuera el núcleo de un gran museo nacional de antigüedades americanas⁷. En caso de no lograr remover una ciudad por completo, él proponía «exhibir cada

Gestores de la correspondencia

ejemplar: cortarla en pedazos y removerla por piezas, y hacer uso de las otras» (2:115). Se trataba entonces de destruir la integridad de los monumentos construidos destinados a un paisaje particular y estilizarlos con los mismos materiales. Si los museos europeos podían apropiarse de los tesoros de Egipto, Grecia y Roma, muchos de los cuales caían en estas mismas categorías de estar cimentados en los respectivos territorios, los de los Estados Unidos adquirirían los monumentos de las grandes civilizaciones del hemisferio Occidental y las exhibirían de la misma sinecdótica manera: una colección de partes desmembradas colocadas en complejos cóncavos, pequeñas piezas cuyo contraste con la monumentalidad de los museos en los cuales son exhibidas, expresa un engranaje básico del poder imperial. Nueva York y Washington se unirían a Londres y París en el rango tope de los museos capitales, incentivando el prestigio de los EE.UU. en el exterior y asegurando su confianza cultural en casa.

Stephens justificaba su ambición a través de un argumento poderoso: ya que las ruinas yacían sin reclamarse en una región «desolada» y escasamente poblada donde los funcionarios centroamericanos eran pocos, los monumentos no podrían ser atribuidos a ningún gobierno. Y ya que las personas del lugar no eran conocedoras de su historia, tampoco habían reclamado su posesión. Stephens creía que las ruinas «nos pertenecen a nosotros por derecho,» y «resuelvo que deben ser nuestras» (1:115-16). Stephens veía la guerra civil que en ese entonces sacudía Centroamérica como evidencia para su tesis, permitiéndole rechazar las leyes de una nación soberana al declarar que Centroamérica no poseía un gobierno viable, a la vez que simultáneamente reforzaba la dicotomía entre civilización/barbarie examinada en los capítulos previos al contrastar la grandiosidad austera de las ruinas con la anarquía y la violencia de los centroamericanos contemporáneos. La acusación de la falta de leyes en Centroamérica fue repetida insistentemente en los relatos británicos y americanos del siglo XIX. En 1850, por ejemplo, *Household Words* [*Palabras desde el Hogar*] de Dickens describió a Centroamérica como una «región de gente pequeña azotada por la pobreza, [donde] no había *ni leyes ni gobierno*»⁸. Esta postura continúa teniendo sus seguidores, y la justificación de Stephens y Catherwood por haber tomado lo que «encontraron» continúa siendo enaltecida. Lincoln S. Bates, por ejemplo, escribe que aunque el gobierno mexicano había prohibido la exportación de antigüedades, Stephens y Catherwood «con su típico empuje desafiaron la veda», y más recientemente, Larzer Ziff, en su bien recibido estudio de los cronistas de viajes americanos, apoya la declaración de Stephens: «no había un gobierno centroamericano y la población local no se interesaba en exponer las ruinas y era incapaz de preservarlas»⁹. Volveré tanto a la

cuestión de la legalidad así como a si los nativos estaban «desinteresados» en las ruinas, pero baste decir que los argumentos de Stephens así como su reiteración en los estudios americanos sobre crónicas de viajes, justifican la condición de desposeídos de los criollos y los indígenas por igual y trivializan las tradiciones legales que buscaban proteger la propiedad intelectual.

Actualizando a la vez que enriquecía las formulaciones de Stephens, Palmerston enfoca su discusión básicamente en el aspecto del «valor»:

A partir del relato de Stephens parece que estas ruinas están cubiertas por árboles y otra vegetación y se les tiene poca o ninguna *estima* por parte de los nativos del país, y parece probable por lo tanto que la mayor dificultad que será encontrada para remover los ejemplares de las esculturas consistiría en proveer medios para transportarlos a cualquier lugar para embarcarlos. Usted por lo tanto debe ser cuidadoso en sus indagaciones en concordancia con esta instrucción para no conducir a las personas del país a que agreguen cualquier *valor imaginario* a cosas que ellos consideran actualmente como sin *ningún valor en absoluto*. (FO15/69, f. 53; mi énfasis)

Mientras por un lado asumía el significado de las ruinas para Gran Bretaña –un despacho más adelante se referiría al plan como «uno al que el Gobierno de su Majestad [HM] otorga gran importancia» (FO15/82, f.24)- Palmerston cuestiona sordamente la capacidad de los «nativos» de estimar su propio pasado al permitir que las ruinas fueran invadidas por la vegetación. Tanto para estos viajeros y funcionarios, las ruinas «reclamadas» por la naturaleza dejaban real o legalmente de pertenecer a cualquiera, y por lo tanto la cuestión de su posesión carecía de los complejos aspectos legales y políticos concernientes a las relaciones exteriores y derechos de propiedad y se reducía simplemente a un problema de logística, un área en la cual los británicos eran excelentes. El único valor que se les permite reconocer como calidad de estima a los nativos es el monetario, mientras que la disposición de los británicos de pasar dificultades en busca de las ruinas –sin siquiera mencionar el embarque de éstas hasta el otro lado del mundo- significaba una valoración refinada del pasado, una característica de las culturas avanzadas. Desestimar la soberanía de las naciones en cuestión podría también justificarse sobre las bases de la superioridad cultural; en 1848 Palmerston declaró que Gran Bretaña se encontraba «a la cabeza de la civilización moral, social y política. Nuestra tarea es señalar el camino y dirigir la marcha de otras naciones.»¹⁰ Para Palmerston, la adquisición de tesoros culturales era la prerrogativa de los civilizados, un privilegio moral reflejado en cada estilo de sus escritos, con su estudiado uso de

Gestores de la correspondencia

la voz pasiva («las ruinas son mantenidas»); sus finas discriminaciones («poca o ninguna estima»); y los firmes pero gentiles imperativos («usted por lo tanto debe ser cuidadoso»). Aunque en 1851 las ideologías y formas literarias de este tipo de incursión arqueológica de larga distancia se habían convertido en axiomáticas en el discurso Británico de México y Centroamérica, el despacho de Palmerston las cristalizó y preservó en la política oficial.

Y aunque Palmerston estaba convencido, y antes de él también Stephens, que las personas locales eran indignas de heredar su pasado, también temía que su «estima» sobre las ruinas (y el precio por el cual las venderían) surgiría una vez que advirtieran el interés del gobierno británico, y de ahí sus llamados de atención a Chatfield de evitar cualquier mención al respecto. Este tipo de estimación lo definía en términos de «valor imaginario», una apreciación basada meramente en el conocimiento del deseo competitivo. Aún así, como lo sugiere la correspondencia de Mahon y Palmerston, las ruinas ya estaban inmersas en una dinámica competitiva. El interés británico por las ruinas, al igual que su relación más amplia con el imperio español que existió en el pasado, fue tardío; a diferencia de Inglaterra, fue España la que introdujo materiales pre-Colombinos a Europa y la que conquistó México y Centroamérica¹¹. Aquí, sin embargo, el sucesor inmediato no fue España o Portugal, sino el propio hijastro colonial británico, los recién estrenados Estados Unidos, en busca de dominación cultural en su avanzada en lo que después se conocería como su dominio territorial en la región. Conspicuamente ausente de estas rivalidades imperiales, están los mismos centroamericanos, quienes, debido a que se aferran sólo a nociones simples del valor, son desplazados fuera de la estructura del deseo competitivo.

El complot para llevarse las esculturas, que se encuentran actualmente en Guatemala y Honduras, llamó la atención de las autoridades británicas desde 1841, diez años antes de la nota de Palmerston a Chatfield, hasta 1851, cuándo el plan fue finalmente abandonado. Como tal, señala un caso significativo de intervención directa del gobierno en la pesquisa de antigüedades pre-Colombinas, mostrando que las investigaciones de los anticuarios británicos en las Américas descansaban no sólo en los esfuerzos de individuos, como Elizabeth Williams ha argumentado, sino también en la vasta maquinaria administrativa del Colonial Office [Despacho Colonial], la Foreign Office [Oficina de Relaciones Exteriores] y la Royal Navy [Naval Real].¹² Este esquema, aún más, ejemplifica particularmente bien la dimensión cultural del informal imperialismo británico en Latinoamérica, la cual se consolidó como una contraparte simbólica de la extracción de los recursos (minerales, caoba y más adelante el petróleo) y el movimiento de capital

y mercancías a lo largo del Atlántico recalado por los teóricos de la dependencia económica. Varios contextos fueron dando forma a este complot, particularmente la aguda, frecuentemente áspera relación entre Gran Bretaña y los Estados Unidos sobre el estratégicamente importante istmo centroamericano. A partir de la década de 1940 en adelante, la Royal Geographical Society [Real Sociedad Geográfica], respondiendo a las demandas de sus colonias en el Pacífico en relación a la extensión del alcance del servicio de correos, apoyó activamente varios esfuerzos británicos por establecer una ruta que atravesara el istmo¹³. A pesar de un acuerdo formal con los Estados Unidos para cooperar en la construcción de cualquier canal, varios de estos esfuerzos se llevaron a cabo con la intención de frustrar los planes de los EE.UU. en la región. La rivalidad entre las dos naciones se intensificó por la adquisición de Oregón por parte de los EE.UU., su triunfo en la guerra mexicana de 1846-1848, y los británicos temían que los Estados Unidos extendieran su territorio hacia el Sur de Panamá. Los americanos igualmente tenían una actitud sospechosa. Cuando Ephraim George Squier fue nombrado en un puesto diplomático en Nicaragua, Charles Eliot Norton escribió preguntando: «¿Estarás seguro en esa nación hecha por los hombres de Chatfield y Palmerston o peores que ellos, -todos ansiosos y deseosos de ensartar sus dagas en los corazones de cada americano?»¹⁴ Las tensiones competitivas se vieron exacerbadas por el descubrimiento de oro en California y la repentina petición de tránsito a través del istmo, colocando a Centroamérica «en el centro de la atención mundial.»¹⁵ A pesar del Tratado Clayton-Bulwer de 1850, el cual prohibía a Gran Bretaña y Estados Unidos que adquirieran más territorio en Centroamérica, las tensiones llegaron a altos niveles, conduciendo en algunas ocasiones a conflictos violentos. En 1856, por ejemplo, durante un episodio bien conocido, el aventurero americano William Walker, después de autoproclamarse dictador de Nicaragua, se confrontó al asentamiento británico de Greytown a lo largo de costa misquita. Palmerston quería que la naval británica impusiera un bloqueo a Greytown, un acto que hubiese conducido a Gran Bretaña a un conflicto mayor con los Estados Unidos. Sólo la mente fría de Clarendon y el desdén de Washington hacia Walker previno el conflicto¹⁶. La lucha por el control de las antigüedades de Centroamérica (y por lo tanto de su pasado) se cruzó con estas estas llamaradas. El surgimiento de los Estados Unidos como un poder territorial y cultural expansionista extendió la conocida dinámica de rivalidad imperial a lo largo del Atlántico, con los recursos y antigüedades del Nuevo Mundo como recompensas deseables.

Así como la obsesión británica por las antigüedades mexicanas en la década de 1820 estaba mezclada con las formas cambiantes del museo y el

Gestores de la correspondencia

panorama, el deseo por poseer las ruinas centroamericanas también estaba envuelto de manera significativa en una situación compleja: el despacho, una palabra cuyas múltiples acepciones (enviar hacia fuera o al exterior; poner fin a; remover impedimentos; completar a velocidad eficiente; una carta oficial) captura tanto la noción Latourana del paquete plano así como las relaciones complejas entre la agencia y el epistolario, la escritura y la gobernación imperial. Los documentos relevantes coinciden con tres grupos amplios: despachos intercambiados entre las Secretarías Extranjeras y Coloniales y sus respectivos subordinados diplomáticos en Guatemala y Honduras Británica; correspondencia entre el Museo Británico y funcionarios gubernamentales; e incluso correspondencia entre los anteriormente mencionados funcionarios y Kart Ritter von Scherzer (1821-1903) y Moritz Wagner (1813-1887), los científicos suizo y alemán a quienes el Museo Británico eventualmente contrató para explorar las ruinas. Además de estar almacenados en lugares donde uno no esperaría encontrarlos fácilmente, muchos de estos documentos son de difícil acceso, incluso para los investigadores experimentados y persistentes¹⁷. Uno de mis objetivos, por lo tanto, es poner estos documentos a disposición *como* historia, y utilizarlos para contar un casi desconocido relato sobre la movilización de investigación británica sobre antigüedades en Centroamérica. Pero en vez de aproximarnos a estos documentos como lentes transparentes a través de los cuales podríamos observar una realidad histórica que podría conocerse, me gustaría tratarlos, siguiendo la línea de Dominick LaCapra, como «textos que complementan o reelaboran la ‘realidad’»¹⁸ —o, como lo argumentaré, textos cuyo rasgo predominante es su estatus de *escritos*, textos cuyo poder extraordinario y (CRIPPLING) dañadas limitaciones residen tanto en su forma como en cualquiera de sus contenidos putativos.

Redescubriendo a los mayas

A mediados de siglo el interés del Museo Británico en las ruinas de Copán, Quiriguá y Tikal formó parte de un giro más amplio en el interés de los anticuarios británicos desde los Aztecas hacia los Mayas, correspondiente por su parte a un giro de interés territorial desde México hacia Centroamérica, cuya importancia estratégica se vio impulsada a partir de la competencia entre naciones por encontrar una ruta entre los océanos Atlántico y Pacífico¹⁹. Aunque la presencia británica a lo largo de la costa oriental de Centroamérica data de mediados del siglo XVII, se había aclarado poco el panorama de las culturas pre-hispánicas,

tampoco se sabía mucho del interior de la región, la cual permanecía como *terra incognita* en los mapas y la cartografía europea²⁰. Como la Royal Geographical Society [Real Sociedad Geográfica] lo expresó en 1836, existen «pocas partes del globo habitable, con las cuales nosotros aún no estamos muy familiarizados como con el interior, así como con las costas, de Centroamérica». La sociedad confió, sin embargo, en que la creación del «gran canal oceánico» transformaría a Centroamérica en una «autopista de naciones»²¹.

En busca de ciudades enterradas, los viajeros arqueológicos mapearon los terrenos geográficos y demográficos de Centroamérica, completando el proyecto Humboldtiano de cartografiar las regiones interiores, así como las costas de América. Aunque los viajeros visitaron las ruinas Mayas desde fechas tan tempranas como el siglo XVI, la verdadera indagación arqueológica data de la Ilustración española; durante la década de 1780 los viajeros y anticuarios criollos exploraron y estudiaron una variedad de sitios a través del sur de México y Centroamérica²². Este conocimiento, del que estaban familiarizados sólo un pequeño número de funcionarios y estudiosos, fue ampliamente diseminado después de la independencia (1821), cuando varias piezas del rompecabezas arqueológico fueron ensambladas juntas. En 1822, dos años antes de la exhibición de Bullock, apareció en Londres un volumen titulado *Description of the Ruins of an Ancient City, Discovered near Palenque* [*Descripción de las Ruinas de una Antigua Ciudad, Descubierta cerca de Palenque*]. Esta fue una transacción de un informe escrito en 1787 por el Capitán Antonio del Río, hecho a petición de José Estachería, presidente de la Audiencia de Guatemala. Palenque, localizado en el sureño estado de Chiapas, estaba sobre cubierto de vegetación, pero los intrincados bajorrelieves esculpidos que decoraban sus muros exteriores se encontraban considerablemente bien preservados²³. El trabajo de del Río tuvo una amplia difusión durante el siglo XIX; fue reseñado en Gran Bretaña y América, citado en la narrativa de viaje de Bullock y discutido por Stephens y Catherwood. En una formulación frecuentemente encontrada en el discurso británico sobre Centroamérica, el «Prefatory Address» [«Apartado del Prefacio»] adjunto a la traducción al inglés del informe argumentaba que el gobierno español encubría información sobre sus antigüedades con la esperanza de «enterrar en el total olvido cualquier circunstancia que pudiese conducir a despertar la curiosidad, o ejercitar la avaricia de naciones más científicas y emprendedoras»²⁴. El informe de del Río, que iniciaba como un documento del nacionalismo Centroamericano, ahora había sido traducido al idioma familiar de la Black Legend [Leyenda Negra].

La figura destacada en 1830 fue Juan Galindo, un irlandés descendiente

Gestores de la correspondencia

de españoles quien más tarde se naturalizó como ciudadano de la Federación Centroamericana. Descrito como el «primer arqueólogo en el ámbito Maya», Galindo combinó una compleja carrera política como patriota centroamericano interesado en la búsqueda de antigüedades, cuyos frutos publicó en los anales de las instruidas sociedades británicas, americanas y francesas y en los periódicos populares²⁵. Al igual que las elites criollas en México, Galindo encasillaba la búsqueda arqueológica dentro del nacionalismo, esperando elevar la estima de la nación en el exterior mientras ahondaba en la reverencia de la gente por su pasado. Sus actividades políticas en representación de la federación lo pusieron en contacto con el Secretario del Exterior Palmerston, quien se reunió con Galindo en 1835 y 1836 durante la última jornada diplomática en nombre de la Federación. En enero de 1836, esperando lograr una resolución favorable al conflicto limítrofe, Galindo ofreció al gobierno británico la información completa «concerniente a los exámenes y a los proyectos para abrir un canal a través del istmo americano», advirtiéndole que Estados Unidos seguía adelante con sus propios planes (FO15/18, f 199). Pero las publicaciones arqueológicas de Galindo también expresan la ambivalencia de los escritos criollos y británicos sobre la cultura pre-Colombina, una mezcla de la alabanza y de denigración, de deseo y repulsión quizás intensificados por el propio hibridismo político y cultural de Galindo. Influenciado por el espíritu Británico [Britishness], pero enajenado del mismo, ante el cual como irlandés nunca podría poseer completamente ni, paradójicamente, escapar siendo un centroamericano por opción, no por nacimiento, Galindo era una figura liminal; sus escritos muestran tanto el orgullo cultural por los logros pre-Colombinos de su tierra adoptada así como el desdén ante el «indio» encontrado con frecuencia en el discurso científico europeo²⁶. En un anuncio inicial publicado en la *Gaceta literaria* Galindo declara –teniendo a Robertson y De Pauw evidentemente en mente– que llegar a un acuerdo sobre las ruinas de Palenque «reivindicará a la antigua América de la acusación de barbarismo» ya que era el centro de una «nación civilizada, comercial y extendida». Aún así él también describió a los «salvajes: indios como «una tribu incivilizada y tímida» y a los indios «sometidos» como «igualmente en una baja escala de mejoría». Galindo informa que cuando se les preguntaba quién había construido las ruinas, los indígenas presentaban una alienación de su pasado no menos chocante que aquel señalado por Bullock en Teotihuacán. Allí, los indígenas habían destacado a San Francisco como el probable constructor; aquí, señalaban «al diablo»²⁷. Sin embargo, como lo argumento al final de este capítulo, puede ser un error leer esa respuesta demasiado literalmente.

Buscando elevar las culturas pre-Colombinas de América Central sobre las

de México, Galindo argumenta que las regiones maya conformaban «la mayoría de la porción civilizada de América», un comentario que refleja tanto el gran giro del siglo XIX hacia lo Maya como el orgullo de Galindo como centroamericano²⁸. Él había sido designado para examinar las ruinas de Copán por Mariano Gálvez, el jefe de estado guatemalteco²⁹. Tal como él lo precisa en otras partes: «Ahora que los dirigentes de estas regiones tienen un interés directo y afectivo en la fama [de las ruinas], nos dedicamos a estudiar[las].»³⁰ Aún así en un artículo para la Real Sociedad Geográfica, de la cual era un corresponsal extranjero, Galindo expresa una total indiferencia por la gente local. Acerca del río de Usumacinta, el tema de su artículo, él escribió que los indígenas permanecían en una «ignorancia casi total» y sabían poco sobre el curso del río, sus ramificaciones y su posición³¹. En el ámbito privado, Galindo podría ser incluso más mordaz. En una carta inédita a Thomas Winthrop, el presidente de la Sociedad Americana de Antigüedades, él expresa haber encontrado al indígena «casi al borde de; extremo del barbarismo»; son «despreciablemente estúpidos» y no tienen «ninguna idea de quiénes fueron los arquitectos de este restos»³².

Después de Galindo, las figuras más importantes del redescubrimiento de las ciudades Mayas durante el siglo XIX son, como ya se ha mencionado, Stephens y Catherwood, cuyas investigaciones hacia finales de la década de 1830 han sido popularmente entendidas como las que «inventaron» esa área de investigación. Esto no es sólo efectivamente incorrecto, al no tomar en cuenta el trabajo de precursores centroamericanos importantes como Del Río, Galindo y de otros citados por el mismo Stephens, sino también es un síntoma de las tendencias hagiográficas de la historia de la arqueológica, que continúan destacando las hazañas de los intrépidos aventureros victorianos que atravesaban la selva para «descubrir» y «sacar a la luz» a las ciudades enterradas y a las civilizaciones perdidas³³. Recientemente, eruditos en estudios literarios y culturales tales como Bruce Harvey, David E. Johnson y Jennifer L. Roberts han traído una fresca perspectiva a los estudios de Stephens y Catherwood, centrándose en las implicaciones ideológicas de la etnografía del salvamento (Roberts) y en las implicaciones del imperialismo de los EE.UU. en la región (Johnson y Harvey), y en el proceso desmitificador de la teoría del «gran hombre» del trabajo arqueológico, en sí misma un producto del siglo XIX³⁴.

Aquello que requiere un énfasis adicional, sin embargo, es el sentido de competencia sobre los descubrimientos y las posesiones arqueológicas bajo el cual fue situado el viaje de Stephens, y que es nombrado tan claramente en los despachos de Palmerston. Quiriguá fue descrito por Stephens, por ejemplo,

Gestores de la correspondencia

como «no visitado, no explorado y completamente desconocido», y su interés en las ruinas es un asunto simplemente «personal» (2: 123-24) -trivialidades del recorrido arqueológico que datan desde los viajes de Bullock. Aún así estaba obligado a reconocer el contexto competitivo en el cual aconteció su deseo. Narciso Payes, el centroamericano en cuyas tierras fueron localizadas las ruinas, rechazó obstinadamente los intentos de Stephens de separarse de los intereses del gobierno que lo había enviado. Esta fue una jugada astuta, ya que Stephens no sólo había sido enviado a Centroamérica como parte de una misión diplomática, sino también, según lo observado anteriormente, él vinculó su búsqueda de las ruinas con un plan para fundar un museo nacional en los Estados Unidos. Muy a pesar de la consternación de Stephens, Payes estaba bien informado sobre el mercado internacional de antigüedades; según Stephens, él «consultó al Cónsul General de Francia, quien estableció un exagerado valor por las ruinas, en base al gasto de varios cientos de miles de dólares realizado por el gobierno francés para el transporte de uno de los obeliscos de Luxor de Thebes a París. «Stephens, que había esperado un precio cerca de «unos pocos miles de dólares», al parecer le hizo una oferta a Payes, expresando su confianza de que para cuando sus páginas «llegasen a manos del lector, dos de los monumentos más grandes estarían en su propia ciudad [Nueva York]» (2:124). De esta forma la producción de su texto se adhiere así explícitamente a su capacidad de entregar los objetos que describió. *Incidentes* tejió en una misma tela a la nación, la narración y la apropiación³⁵.

La retórica de Stephens basada en un «esquema de especulación[es]» y «exagerando el valor» (2:124) deja claro cómo el mercado internacional de antigüedades daba forma a la investigación arqueológica. Y su táctica al presentarse como un simple investigador después del descubrimiento, desligado de cualquier interés nacional, recuerda los sucesivos esfuerzos británicos desde Bullock hasta Palmerston en el marco de esquemas de apropiación bajo la excusa desinteresada de la «ciencia». Stephens va un paso más lejos y atribuye tales sentimientos a los mismos ciudadanos locales. Stephens escribe que Payes creía que las ruinas «no habían sido apreciadas» en su propio país, y «deseoso contribuiría a la causa de la ciencia en el nuestro» - es decir, los Estados Unidos (2:124). En otras ocasiones Stephens se aprovechó de su misión diplomática para facilitar el desarrollo de su trabajo arqueológico. En Palenque, él nota que el «respeto por mi carácter oficial, el tenor especial de mi pasaporte, y las cartas de las autoridades mexicanas, me brindaron todo tipo de facilidad», persuadiendo a las autoridades locales a que creyeran que el gobierno de los EE.UU. le había enviado «expresamente para explorar las ruinas» (2:305), mientras que, de hecho, esto era una ficción

conveniente adaptada a las demandas del momento. Como él señala en el prefacio a *Incidentes*, estaba «en la libertad a viajar» solamente una vez que su misión diplomática «hubiese sido satisfecha» (1:1). Dichos giros entre las identidades «personales» y «oficiales» eran centrales en la práctica del viajero arqueológico, enmascarando los más grandes proyectos de auto-moda nacional ante los cuales prestaba servicio la investigación arqueológica.

Un episodio curioso en la búsqueda internacional de las ruinas comenzó cuando Stephens y Catherwood llegaron a Honduras Británica el 30 de Octubre de 1839 para emprender su viaje a través de Centroamérica. Tras el aterrizaje en Belice, Stephens y Catherwood discutieron sus planes con el superintendente británico, Coronel Alexander MacDonald, indicando su intención de visitar las ruinas de Palenque, pero sólo después de viajar al sur de Honduras para investigar la ciudad maya de Copán. Actuando desde su propia iniciativa en aras de preservar el prestigio científico británico y para ampliar el dominio colonial británico en Honduras Británica al dominio cultural en la vecina Centroamérica, MacDonald envió el 9 de noviembre un despacho (después del hecho) al secretario colonial Lord John Russell, informándole que había organizado una pequeña expedición para aventajar a los americanos en Palenque. Para entonces, escribió que las ruinas «conforman ahora un gran punto de interés entre los ilustrados de los Estados Unidos, y entiendo que similares sentimientos impregnan a los curiosos en Europa»; el periódico semanal de los asentamientos, *Belize Advertiser* [*Publicista de Belice*], reafirmó el propósito patriótico del viaje, observando que el «diseño de Sr. Catherwood ha despertado los celos entre nuestros habitantes»³⁶. Los hombres asignados para la expedición, Patrick Walker y John Caddy, llegaron a Palenque antes que Stephens (más adelante Walker desempeñó un papel clave en el establecimiento del protectorado británico sobre la Mosquitia, discutido anteriormente [FO53/44; 28 Abr 1845]). Archivaron un informe oficial, concluido posteriormente en 1840, el cual después de algunos retrasos logró captar la atención de Russell. Pero aunque Stephens y Catherwood llegaron después a las ruinas, fueron los primeros en publicar. La edición en 1841 de *Incidentes de un viaje*, embellecida por los espléndidos dibujos de Catherwood, hizo que el informe rendido de Walker y Caddy fuese discutible y encendió la chispa competitiva por obtener los monumentos para los gobiernos extranjeros.

Mientras que *Incidentes* aparecía en Nueva York, John Baily, ingeniero británico y oficial naval asignado a Guatemala, inició un segundo intento por eliminar el inminente control de los EE.UU. sobre las ruinas. Baily promovió enérgicamente los intereses británicos en Centroamérica de formas que sugieren

Gestores de la correspondencia

una sinergia entre la norma formal de Gran Bretaña en Honduras Británica y su sacudimiento informal en países vecinos: él tradujo al inglés un importante trabajo sobre la historia guatemalteca; produjo varios mapas; examinó posibles rutas para el canal; escribió los artículos para la Real Sociedad Geográfica; publicó un libro en Centroamérica, que llamó la atención de la inmigración británica hacia la región, e intentó remover las ruinas mayas para trasladarlas a Londres.³⁷ En una carta de cuatro páginas escrita para George Ure Skinner, un comerciante escocés y recolector de orquídeas que residía en la ciudad de Guatemala, Baily describió los monumentos de Quiriguá en detalle. La carta, cuyos bosquejos incluían algunos monumentos³⁸, representaban las esculturas como si hubiesen sido labradas con «un grado mucho mayor de habilidad en ejecución y más íntimamente relacionado con el arte culto» que algunas antigüedades mexicanas comparables. Su retórica sobre el interés internacional fue cercanamente paralelo al de MacDonald: su publicación «estimularía una gran parte de la atención científica» en Europa (CA el 21 de mayo 1841). El mes siguiente, Baily escribió a James Bateman, el especialista en orquídeas celebrado de Knypersley Hall, Staffordshire, cuya colaboración con Skinner en la búsqueda de orquídeas centroamericanas produjo el más amplio y quizás también el más importante libro sobre flores del siglo. El tamaño gigantesco y las impresiones extraordinarias de *El Orchidaceae de México y Guatemala* (1837-43) da testimonio de esa extravagancia relacionada con los mediados de siglo, la caza de las orquídeas tropicales, que al igual que las ruinas fueron buscadas a través de Centroamérica por los entusiastas recolectores³⁹. Los puntos paralelos son sugerentes. Antes de que la llegada de los buscadores de orquídeas a Guatemala era una «mina inexplorada de la historia natural», según Bateman; aunque después podían encontrarse extensas zonas del bosque que habían sido taladas en la búsqueda de especies de orquídea que crecían solamente en los ramos superiores del bosque canopy⁴⁰. George Cruickshank, quien dibujó algunas de las viñetas del trabajo de Bateman, estableció la conexión, irónicamente representando al *Orchidaceae* siendo alzado a través de bloques y trastos, como si fuera un monumento o una pieza de gran tamaño de una ruina (cuadro 19)⁴¹.

Baily había conocido a Stephens en Centroamérica y había advertido, usando los propios términos de Stephens, que en los Estados Unidos las ruinas ya habían ocasionado «mucho especulación» (CA el 30 Jun 1841). En 1854, Chatfield afirmó que las ruinas también habían sido buscadas por sociedades de eruditos francesas y belgas (FO15/84, f. 33). Aunque Baily se sumó a la ahora-familiar demanda de «promover el conocimiento general», su mención de la especulación vincula el valor material de las ruinas con la más amplia contienda entre Gran

Bretaña y el extenso territorio de los Estados Unidos, por los recursos y la influencia política en Centroamérica. De hecho, en la misma carta, Baily menciona haber visto a Stephens «en Nicaragua el año pasado, cerca del probable sitio del tan mencionado canal» – un lugar que tanto Baily como Stephens habían examinado en nombre de sus respectivos gobiernos⁴². Portátiles, raras, convenientes para la ilustración y la exhibición, las ruinas, como las orquídeas, servían como marcas simbólicas de la más amplia influencia buscada por los imperios que competían en la región, pero como productos de la cultura humana ellas también eran mucho más importantes, sugiriendo tanto la grandeza como la fragilidad del pasado antiguo, y, porque muchas de ellas estaban inscritas con figuras, las culturas de la escritura y la historia.

Esta primera correspondencia oficiosa, pasando entre una floja e informal red de oficiales navales, colectores de la orquídea, hombres de negocios y viajeros, fue traducida rápidamente a las formas y a la lengua del discurso oficial. En 1842 Skinner apeló directamente a los administradores británicos del museo para comprar las ruinas y para traerlas a Londres (CA el 12 de febrero. 1842)⁴³. Él observó que las ruinas se encontraban cerca del río Motagua, el cual, según las cartas de almirantes, era navegable, y que el trabajo de remover y de transportar los monumentos se podría hacer por el Caribe, que podrían enviarlos río abajo al igual que los cortes de caoba –el cual por mucho tiempo se había consolidado como un sustento principal de la economía extractiva británica en Honduras. Skinner también observó que George Ackermann (hijo de Rudolph, el editor de la imprenta de fino arte en Londres) había sido autorizado por Narcisso Payes, quien aún poseía las tierras en las cuales se encontraba Quiriguá, para que actuara en su favor para vender la ciudad por completo⁴⁴. Skinner creyó que entre ochocientas y novecientas libras serían suficientes para comprar el conjunto, incluyendo el derecho de excavación y el de remover cualquier cosa de valor que se encontrara. Finalmente, Skinner reveló que él había discutido ya la materia con Lord Aberdeen, una figura que caracteriza los permeables límites de las esferas anticuarias y políticas británicas. Un clasicista con cierta capacidad, Aberdeen desempeñó un papel dominante en la compra de las estatuas del Partenón para el museo británico, situación que no le hizo sufrir ningún desprecio a excepción de señor Byron, su primo. En *English Bards and Scotch Reviewer* [*Bardos ingleses y revisores escoceses*] (1809) Byron lo etiquetó (virulentamente en este contexto) «Thane es quien ha viajado, Aberdeen es ateniense», y en *Childe Harold's Pilgrimage* [*Peregrinaje de Childe Harold*] (1812) en conjunto con el mismo Elgin lo señalaron como, «el último, el peor y el más obtuso saqueador»

Gestores de la correspondencia

de antigüedades griegas.⁴⁵ Aberdeen había sido presidente de la Sociedad de Antigüedades y administrador Museo Británico desde 1812; a partir de 1841 hasta 1846, fue Ministro de Asuntos Exteriores, y Primer Ministro a partir de 1852 hasta 1855⁴⁶. Los administradores del Museo Británico, convencidos de que el gobierno se negaría ante la solicitud de fondos, declinó la oferta de Skinner. A pesar de otras súplicas de Skinner a Aberdeen, el tema parecía acabar ahí; después que Aberdeen dimitiera de la presidencia de la Sociedad de Antigüedades en 1846, Lord Mahon fue su sucesor, y durante cinco años no se escuchó nada más sobre las ruinas⁴⁷.

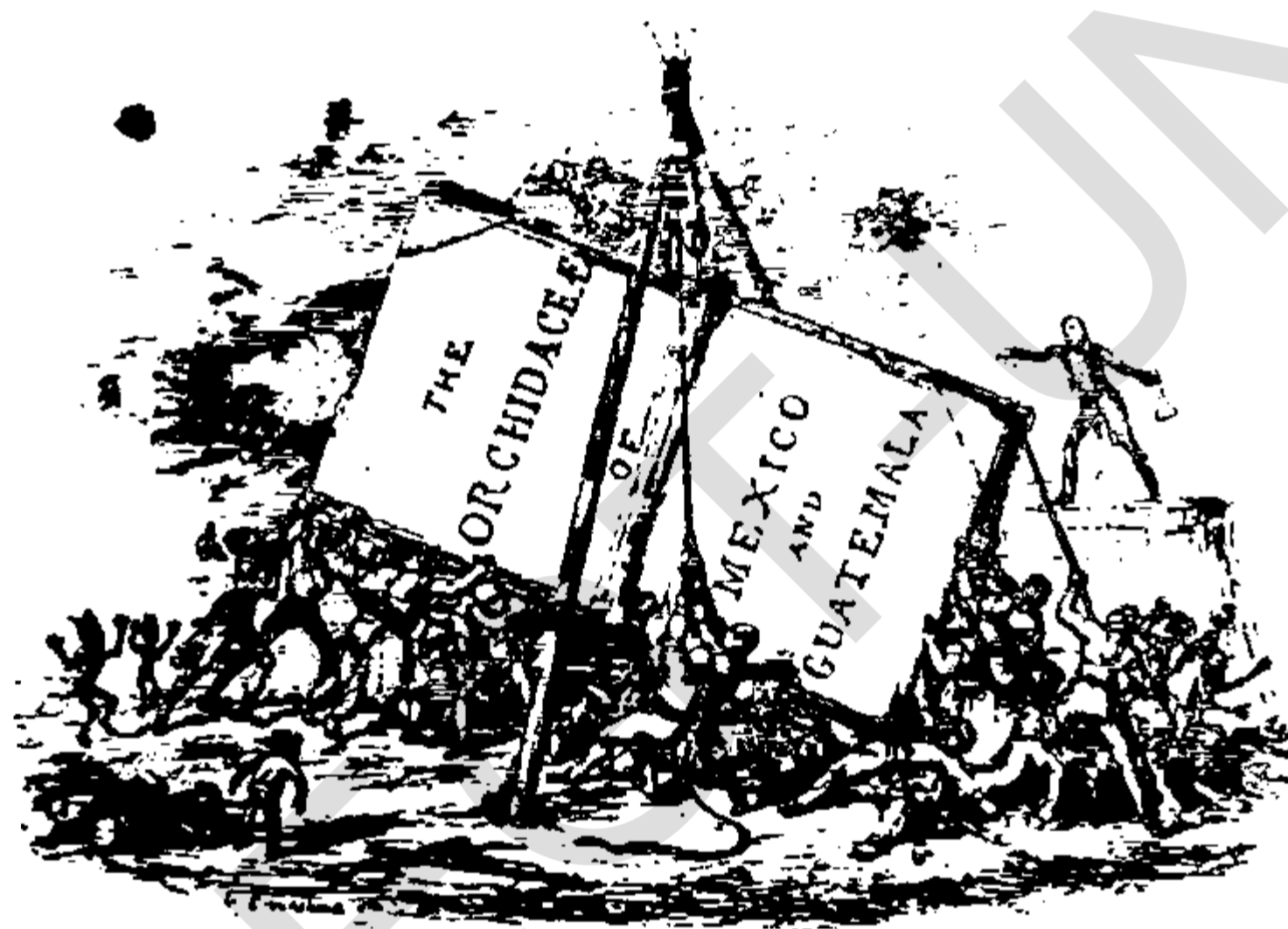


Figura 19. George Cruickshank, «Monumental Orchids» [«Orquídeas Monumentales»], de *Vignettes from Mr. Bateman's* [Viñetas del *Orchidaceae del Sr. Bateman*] en «de México y de Guatemala»] (1844). Cortesía de la colección de Harry Elkins Widener, biblioteca de Houghton de la biblioteca de la universidad de Harvard, DESBASTA 3-1.18.

Gestores de la correspondencia

En testimonio ante el Selecto Comité sobre la India de la Cámara de los Lores en 1852, John Stuart Mill solicitó una concentración absoluta en los escritos del proyecto imperial: no sólo es «el gobierno de la India por completo... que ha realizado la narración», sino que también «no existe una sola acta hecha en la India, razones por las cuales tampoco se encuentran en los archivos. «Para Mill,

la disciplina de los escritos y registros afirmaban «una mayor seguridad del buen gobierno presente frente a casi cualquier otro gobierno del mundo, ya que ningún otro cuenta con un sistema de archivos tan completo»⁴⁸. Esta visión era muy frecuente. Henrio Taylor, Oficial mayor de la Oficina Colonial de mediados del siglo XIX, lo expresó de esta manera, cristalizando el análisis razonado detrás de los archivos británicos del imperio meticulosamente guardados: «Pocas preguntas son bien consideradas hasta que se les pone bien por escrito»⁴⁹. En términos de Latour, lo descrito por Mill y Taylor no es el Estado por sí mismo sino la encarnación de él a través «de la construcción de las amplias redes a través de las cuales los numerosos expedientes fieles circulan en ambas direcciones, registros que son, alternadamente, resumidos y exhibidos para ser convincentes»⁵⁰. El complot examinado aquí es un ejemplo excelente de esta entidad mediada por la correspondencia. Inmediatamente ejecutado y preservado por escrito, era inconcebible sin la tecnología especial de los despachos y de las burocracias (Museo Británico, la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office]) que confiaban en el sistema como un medio primordial para realizar los negocios imperiales. A pesar de que la actividad del gobierno se registraba por y a través de la escritura, la demanda de Mill era con frecuencia una cuestión angustiosa. Debido a que los despachos tuvieron que ser remitidos, podían llegar retrasados, perderse, ser mal colocados o ser robados; debido a que tenían que ser interpretados, estaban sujetos a malas lecturas por voluntad o accidentalmente. Los sistemas de distribución e interpretación de los cuales dependían introdujeron el error e inhibieron sus acciones. Esta inestabilidad fundamental estuvo presente durante el período examinado aquí mientras una proliferación de despachos minaba la capacidad del imperio para gobernar desde lejos. El complot -y su tecnología cultural –sugieren así límites conceptuales de un imperio en sus ámbitos territoriales, comunicativos, un alcance imperial que contribuiría eventualmente al debilitamiento del control de Gran Bretaña sobre las naciones independientes de América Latina.

Debido a que mi interés aquí en cómo la escritura de cartas se vincula al complot, y aún más con deseos de distintas clases, quiero considerar brevemente la carta como género literario e instrumento diplomático. Los estudios de la novela epistolar subrayan correctamente el papel crucial de la correspondencia en la construcción de la subjetividad de la clase media y la negociación de la entrada de las mujeres a la cultura impresa⁵¹. Aún así como Amanda Gilroy y Will Verhoeven han precisado, el foco en la novela burguesa, y sus valores acompañantes de aislamiento, interioridad y domesticidad, obscurecen el «tema

Gestores de la correspondencia

epistolar masculino,» y junto con él los gestores de la correspondencia en la labor del imperio⁵². Aquí, puede ser útil considerar lo que Harold Love llegó a llamar las comunidades de «escribanos»: «grupos de individuos semejantes [unidos] en una comunidad, una secta o una facción política, que intercambian textos manuscritos para alimentar un sistema compartido de valores y para ennoblecer lealtades personales»⁵³. Para los administradores imperiales, «los textos manuscritos» son esa forma especial de correspondencia, el despacho, quien escribe, la respuesta y el recordatorio de que no sólo llevó a cabo su trabajo principal, sino que también, como Mill declaraba, dio forma y trama al gobierno imperial. Durante el siglo XIX, el crecimiento del imperio amplió seriamente este tejido. Al igual que el archivo imperial descrito por Thomas Richards⁵⁴, la información -bajo la forma de despachos, informes, memorandos- ingresaba más rápidamente de lo que podía ser procesada; los archivos resguardados amenazaban con colapsar; los archivos se derrumbaron casi bajo su propio masivo peso. Tal como observaron los historiadores de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office] del siglo XIX, los nuevos sistemas del almacenaje, la indexación de direcciones, la organización y la recuperación tuvieron que ser instalados para manejar la sobrecarga⁵⁵. Dado que la capacidad del imperio de actuar desde la distancia dependía del intercambio de despachos, el problema de la gestión de la información se convirtió en una preocupación central de la burocracia imperial.

Es así como los problemas de los administradores solamente magnificaban la inestabilidad de toda la comunicación epistolar. Al igual que las cartas, los despachos implicaron la ausencia física del receptor y las distancias que tuvieron que viajar crearon un retraso temporal entre la escritura y la contestación. La incertidumbre y la fragilidad del intercambio epistolar retardaron el ejercicio del gobierno imperial, empantanándolo, embotando su eficacia. Al igual que creció el imperio, así también lo hicieron los problemas -más cantidad de despachos siempre de más diversos lugares. En las lejanas periferias, los despachos podrían tomar meses en llegar desde Londres, momento en el cual las circunstancias que se habían descrito podrían haber cambiado en su conjunto. Una vez llegados, los nuevos despachos todavía tendrían que ser puestos en «acción,» lo cual significó a menudo la escritura de más cartas, dirigidas a funcionarios locales, a los encargados de negocios, a los jefes de estado y al propio superior de vuelta en Londres. Mientras tanto, los nuevos despachos con nuevas instrucciones llegaban con cada paquete del correo. La confianza del gobierno en actuar *por* los envíos impidió paradójicamente su capacidad de actuar *con* los envíos, a la vez que permitió que el «hombre sobre el terreno» actuara independientemente de sus superiores en el

país.

Palmerston, quien sostuvo la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] (la figura retórica burocrática es significativa) a partir de 1830 hasta 1834, a partir de 1835 hasta 1841, y otra vez a partir de 1846 hasta 1851, veía el problema con gran claridad y su respuesta capta no sólo el espíritu centralista de la escritura en la mente imperial sino más radicalmente el deseo de imponer, a través de un *control* centralizado de la escritura, un orden magnífico, un orden totalitario, un régimen de poder ejercitado a través de muchas manos que actuaban como una, y de una mano que controlaba los muchos -una imagen del ejercicio del gobierno imperial en sí mismo. Palmerston trabajó como Hércules para dominar cada esquina alejada de la política británica, que significó, por cuestiones prácticas, posar su panorámico ojo sobre cada trozo de correspondencia entrante y saliente. Su pasión por el trabajo era legendaria; Kenneth Bourne señala que «él reconoció por sí mismo haber leído la mayor parte de la correspondencia política entrante y los borradores o al menos los puntos destacados de todas las contestaciones y memorandos»⁵⁶. A los Ministros del interior se les debía proporcionar los extractos y los boletines de la correspondencia importante (los cuales fueron copiados a mano); cuando se le preguntaba si cierto envío debía ser copiado para el ministro en París, él contestaba, «todo debe ir al señor Granville a menos que yo dé una orden especial contraria»⁵⁷. Todo esto ocurría, por otra parte, mientras se daba un aumento sin precedentes en el volumen de despachos enviados y recibidos en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office]; los despachos enviados por un subsecretario «aumentaron de 200 en 1829 hasta 700 para 1831 y más de 1.500 para 1832»⁵⁸. Esta situación llevó a los dependientes y subsecretarios hasta sus límites, conduciendo a uno, al hijo más joven de Walter Scott, a quejarse con Maria Edgeworth sobre que Palmerston «le tenía aversión a todos por debajo de él -cada uno bajo una discordia insoportable que gritaban hacia fuera contra él tan ruidosamente como se atrevían y maldiciendo profundamente hacia adentro»⁵⁹. Si todo esto ahora suena un poco perverso, encaja perfectamente con el culto del deber de una clase aristocrática convencida de su propia superioridad e influenciada por lo que ha llamado Linda Colley «un regocijado sentido por ampliar el poder británico en el mundo»⁶⁰.

El relato más revelador sobre la rabia de Palmerston por el orden proviene de uno de los últimos archivistas victorianos en la en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], Edward Hertslet. Hertslet observa secamente que Palmerston era «muy particular respecto a la escritura a mano»⁶¹, y continúa proporcionando los antecedentes históricos de la obsesión desde la cual el destino

Gestores de la correspondencia

del imperio parecía por momentos depender del uso apropiado del punto y la coma. «Protocolo Palmerston», como lo llamaban los dependientes de la FO [Oficina de Relaciones Exteriores por sus siglas en inglés], devolvía los despachos ilegibles o pobremente escritos a cónsules en el exterior con las instrucciones para su resumen -Frederick Chatfield, el cónsul británico en Guatemala, fue uno de éstos que sufrió sus reprimendas. En varias ocasiones Palmerston «envió circulares a los ministros y a los cónsules en el extranjero, expresando su deseo de que escribieran con una caligrafía grande, redonda, legible y que utilizaran tinta negra»(77). Los despachos que él juzgaba como «copia legible» fueron dados a los dependientes para que los reescribieran en base al «estilo aprobado». En un despacho pobremente escrito él acotó: «Diga al Sr. W __, por 'Aparte,' que la persona que transcribe sus despachos hacia el exterior debe dar forma a sus cartas conectando los bordes inferiores con las líneas visibles en la parte superior en vez de las líneas paralelas que él pretende representar» (78). Según Hertslet, a todas las «manos» de la FO se les exigió «tomarse más molestias para elaborar sus cartas distintamente» (79), y se vieron acorralados por una pomposa dicción y por oraciones sobrecargadas. El régimen de Palmerston incluía conferencias sobre el orden apropiado de las palabras: «Las oraciones deben ser construidas para iniciar con el nominativo, para continuar con el verbo y para finalizar con el acusativo» (82). En 1851, un Palmerston enfurecido escribió:

Escriba al Almacén de la Oficina para que envíen una provisión suficiente de detenimientos, de puntos y comas, y de comas completos; pero sobre todo de puntos y comas, para el uso de los dependientes escribanos de la Oficina; yo proveo de estas cosas desde mis propios almacenes privados, cuando tengo tiempo de revisar los despachos para la firma, pero no cuento siempre con el suficiente tiempo ocioso como para llenar esas deficiencias (81).

Ni un ápice ni una jota quedaban fuera del alcance de su aviso.

Éstos no son simplemente los desvaríos de un hombre obsesionado con el trabajo, orientado al detalle, sino una tentativa por aferrarse a algo y en última instancia un vano intento por ejercer control sobre algo que estaba en última instancia más allá de su control -los acontecimientos a distancia, que el trabajo de Palmerston como Ministro de Asuntos Exteriores le obligaban a conocer e influenciar a través del frágil instrumento de la correspondencia, la escritura y lectura de despachos enviados a través y a lo largo de una dispersa e inestable red de comunicaciones. La dificultad de estandarizar esa empresa se vio aumentada

por la escarpada variante de las manos humanas, las manos que compusieron y copiaron los despachos entrantes y salientes, que se deslizaron hacia la voz pasiva, y formaron cada letra en sus propias idiosincrásicas maneras. De ahí la reservada referencia de Palmerston a la tecnología de impresión, imaginándose a sí mismo como el compositor que mantiene fuentes adicionales de tipo movable en la mano con la esperanza de llevar a cabo la totalidad de la composición. El lenguaje figurado de Palmerston, por otra parte, refleja exactamente un momento en la administración imperial al momento en que la imprenta prometía una estandarización a través de sus diversas formas – los Libros Azules Parlamentarios, la correspondencia confidencial editada y elaborada para el parlamento, y *Los Documentos de Estado* de Hertslet –estaba incursionando pero aún debía suplantar la cultura irregular aunque tradicional de la caligrafía a mano que había prevalecido a lo largo de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office]. En la década de 1840 la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] estaba utilizando la impresión confidencial; y en la década de 1860 el aumento del material impreso en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] hizo necesario realizar agendas elaboradas para no perderles el rastro; mientras en 1870 la impresión de *Los Documentos de Estado y Tratados* de Hertslet había llegado a treinta y siete y once volúmenes respectivamente. La dominación gradual de la imprenta prometió no sólo estandarizar sino también conservar los expedientes históricos. Hertslet observa que Palmerston estaba particularmente concentrado en construir un archivo en el cual los despachos «serían preservados para todos los tiempos» (77). En 1849 escribió Palmerston: «Mi opinión sobre los expedientes de la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] es que deben contener por completo todo de que lo que ocurre y los motivos y los verdaderos argumentos de los acontecimientos»⁶². Palmerston conocía de primera mano la importancia de la preservación: Hertslet informa que durante un ataque contra su política extranjera en la Cámara de los Comunes Palmerston envió al bibliotecario y a su personal a buscar toda la noche a través de 3,000 volúmenes de manuscritos ciertos precedentes (72). Casi fue como si Palmerston hubiera estudiado a su Latour, o Latour a su Palmerston: «un hombre cuyos ojos dominaban los expedientes a través de los cuales una cierta clase de conexiones se establecían con millones de otros que podrían decirse *dominados*»⁶³. Esa dominación fue efectuada desde el control del despacho, el cual era instrumento y depósito de la memoria institucional, un artefacto irremplazable en el archivo imperial.

Sin embargo, el tan fetichizado despacho también fue situado en una coyuntura crítica de intimidad, la jerarquía y el poder masculino. La Oficina

Gestores de la correspondencia

de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office], debe reiterarse, constaba solamente de *hombres* quienes escribían a otros hombres: hombres de la misma clase, educados en las mismas escuelas, muchos de las mismas pocas familias, unidos firmemente en un estrecho mundo de títulos, favoritismo, patrocinio, nepotismo, mentores y rivalidad –en resumen, un mundo de enlaces homosociales cuidadosamente cultivados. Como Bourne precisa, «más de un Rolleston, Staveley y Hammond formaron parte del F.O. del siglo XIX, y numerosos Bidwells y Hertslets»⁶⁴. Durante la mayor parte del siglo XIX, la mayoría de los reclutas en las Oficinas en el extranjero eran los hijos más jóvenes de la aristocracia; algunos comenzaron sus carreras a los dieciséis o diecisiete, la mayoría un año o dos más adelante. Los nuevos reclutas eran infantilizados rápidamente; un cuarto especial, puesto a un lado para aliviar la servidumbre del escritorio de copiado, era conocido burlescamente como el «cuarto de niños»⁶⁵. Los miembros de este club sólo para hombres también se especializaron, no es de sorprenderse, en la masculinización. En un relato Hertslet cuenta que una vez Palmerston tuvo la invención de solicitar contra el procedimiento de la oficina de sujetar los papeles junto con los pernos que «todos los pernos en esta oficina se coloquen inmediatamente en la zona femenina del establecimiento» (82). El lenguaje de la jerarquía, de la rivalidad, y de la intimidad homosocial era una moneda común en los centros de poder, y cumplió la importante función ideológica de reforzar el mundo de la aventura imperial como dominio masculino contra el doméstico, feminizado del espacio del hogar.

Se puede dar un vistazo a qué tan incestuoso podría ser ese mundo a través de un breve examen de algunas relaciones en el enclave dominante. Mahon, según lo anteriormente precisado, fue el sucesor de Aberdeen en la presidencia de la Sociedad de Antigüedades en 1846, en la cual le habían elegido como socio en 1841. Al igual que Aberdeen, él también fue administrador del Museo Británico, y estuvo ligado así al proyecto del «depósito nacional» (FOI5/84, F. 69). En 1834 y 1835 él también sirvió al Duque de Wellington como subsecretario en la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], en donde cruzó camino con Palmerston, quien estaba encargado como Ministro de Asuntos Exteriores. Lord John Russell era el secretario colonial en la administración de Robert Peel cuando por primera vez las ruinas llamaron la atención del gobierno en 1839, y primer ministro a partir de 1846 hasta 1852, cuando el asunto retomó otra vez importancia. Ocasionalmente, los movimientos dentro y fuera del gabinete adquirieron la elegante simetría del chiasmus: Aberdeen fue el sucesor de Palmerston como Ministro de Asuntos Exteriores, mientras que Palmerston fue el sucesor de

Aberdeen como primer ministro. Un pequeño grupo de individuos circulaban dentro y fuera del gabinete. El Museo Británico fue igualmente heredado; cuando Mahon escribió a Palmerston sobre la disposición de su plan para apropiarse de las ruinas, él observó que la idea había sido tramada en la conversación entre dos o tres «fraternal administradores» (FO15/75, f. 40). Las intimidaciones consolidadas por la sociedad de la clase dominante se extendieron, por otra parte, a la periferia colonial. Palmerston, para tomar un ejemplo, se encontraba en Harrow con Aberdeen y también Edmond Wodehouse, Parlamentario de Norfolk, y el padre de Philip Edmond Wodehouse, el superintendente de Honduras Británica desde 1851 hasta 1854. Poco después de haber llegado a su nuevo puesto, el *filis* de Wodehouse escribió a su padre solicitando que utilizara su amistad con Palmerston para impulsar la carrera de su hijo en el exterior asignándole un papel importante en el complot para la apropiación de las ruinas. Como lo señalo con mayor detalle más adelante, el favoritismo de Palmerston a su amigo colegial dio forma a los eventos de manera significativa. Otra red de afiliaciones entre la metrópoli y la colonia vinculaba a Baily, el oficial y el topógrafo naval; a Skinner el recolector de la orquídeas y hombre de negocios en Guatemala; a Bateman, el especialista en orquídeas de Staffordshire; a Ackermann su editor, y a Aberdeen, el anticuario y el político.

Como agentes secretos que estaban al acecho tras la niebla de Londres, estas figuras ensamblaron juntas en un complot, en el sentido que era una historia compleja y en el sentido sugerido por el francés *complot*, un diseño o una acción secreta, un maquinación o un encantamiento. En efecto, el hecho de que permaneciera oculto resultaba central a partir de la visita de Walker y Caddy a Palenque, aunque la correspondencia enviada por Palmerston a Chatfield no decía nada sobre el interés del gobierno británico en las ruinas⁶⁶. Aún así, al igual que la cultura más amplia de la correspondencia diplomática bosquejada anteriormente, el complot también se debe entender de forma genérica. Primero, su estructura en el ámbito del deseo se encuentra en paralelo a la búsqueda de la narrativa masculina del siglo XIX, la cual según lo esbozado por Peter Brooks, exige tanto una altamente cargada y libidinosa búsqueda de un objeto valorado (generalmente una mujer), al igual que la resistencia o las fuerzas de la frustración que difieren, solamente si aumentan, su consumación⁶⁷. En segundo lugar, el complot, con sus elementos secretos, exóticos y de pillaje, permitió a sus participantes actuar dentro de cierta clase de historia de aventura que tiene sus raíces profundas en el imaginario masculino, el cual, como Martin Green discute, «preparó a los hombres jóvenes de Inglaterra para salir a las colonias, a gobernar, y a sus familias

Gestores de la correspondencia

a regocijarse de sus destinos lejos de allí». El término de Joseph Bristow para estos actores es conveniente: «Muchachos del Imperio»⁶⁸. Ellos escribieron las historias y las vivieron a través de la aventura imperial en el exterior. Tercero, además del ritmo masculino del despertar casi sexual, la consumación y la quietud que sigue, la conspiración también se fue formando en medio de complejas rivalidades eróticas, internas y externas, dando tanto su forma a las identidades de sus participantes como su resultado. Aquí nuevamente, la novela proporciona un modelo útil en la estructura erótica de la convención del doble-pretendiente, donde dos hombres compiten por la mano de una mujer. En tales triángulos, según René Girard, el enlace que vincula a los rivales es tan potente, quizás más incluso, que cualquier otro que les vincule con el amor por el objeto deseado. Como lo expresa Eva Sedgwick, la estructura de la «emulación e identificación» puede ser útil para «describir *cualesquier* relación de rivalidad», si «las entidades que ocupan las esquinas del cuadrilátero son héroes, heroínas, dioses, libros, o lo que sea». Siguiendo la línea de Sedgwick en relación a que el «deseo» da nombre a «una fuerza afectiva o social... aun cuando su manifestación es hostilidad u odio o algo menos emotivamente cargado, el cual da forma a una importante relación»⁶⁹. Esta definición ampliada de la rivalidad erótica permite ver las múltiples facetas de luchas tales como la que se examina aquí, donde la búsqueda de los objetos y los territorios produjo enemistad al igual que emulación. Stephens basó sus nociones del museo nacional en una imitación del Museo Británico. El Museo Británico, por su parte, intentó frustrar a los americanos tomando las ruinas que Stephens había publicado. De nuevo, sin embargo, debemos observar que estas estructuras eróticas excluyen a los centroamericanos, quienes siguen siendo invisibles, estando fuera del lugar, aislados.

Por todo su poder constructivo dentro del sentido de competencia anglo-americano, la rivalidad homosocial también funcionó *dentro y entre* las instancias reclutadas para conseguir las ruinas para Gran Bretaña, reflejando internamente el erotismo de la competencia, la agresión y el deseo, que ocurrían fuera de los bordes del imperio. En respuesta a la carta inicial de Mahon, Palmerston envió las instrucciones en julio de 1851 tanto a Frederick Chatfield, su agente en Guatemala, como a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], con la petición que las instrucciones similares se utilizasen con el superintendente en Belice (C0I23/84, f 335). Ésta fue una buena estrategia, y demuestra cómo el imperialismo informal de la clase que estamos examinando aquí engranó con y dependió ocasionalmente de forma absoluta de las directrices coloniales. El asentamiento en Belice era una posesión británica clave en Centroamérica, y dada su proximidad con las ruinas,

sería necesario para al éxito de cualquier plan en esa región. Sin embargo el movimiento de Palmerston estimulaba la competencia, no la cooperación. Según lo observado anteriormente, Philip Edmond Wodehouse, recién llegado a su puesto en Belice, visualizó la oportunidad de escribir privadamente a su padre con la esperanza de hacer avanzar su carrera diplomática, lo cual también significó obstruir a Chatfield, su contraparte de FO en Centroamérica (FO15/75, f. 115; 19 Sep 1851). El día después de que los pedidos llegaran de la oficina colonial, él escribió a su padre. Pero se retrasó un mes antes de aceptar como recibidas esas instrucciones del gobernador Charles E. Grey, quien era su superior inmediato colonial en la oficina en Jamaica (C0I23/83; 15 OCL 1851). Mientras tanto, pasó más de un mes antes que Chatfield tuviera la oportunidad de contestar al despacho de Palmerston –la correspondencia llegaba a la ciudad de Guatemala un mes más tarde que a Belice (FOI5/72, f. 142; 24 Oct 1851)⁷⁰. El retraso de Wodehouse animosamente hizo uso de las incertidumbres de la correspondencia colonial, permitiendo que él elaborara su propio avance antes de contestar a sus superiores en la oficina colonial.

En otro esfuerzo por minar la autoridad de Chatfield, Wodehouse se aprovechó de las incertidumbres de la geografía centroamericana. Las instrucciones de Palmerston a Chatfield (FOI5/69, f. 53) - copiado a Wodehouse (C0I23/84, f. 335) – colocaban a las ruinas de Copán cerca del río de ese mismo nombre, al final de la Bahía de Honduras y al Sur del asentamiento británico de Belice». Esta vaga identificación dejó a la localización exacta del lugar en el aire, ya que el río de Copán atravesaba tanto Honduras como Guatemala, de forma indeterminada, detalle que Wodehouse explotó inmediatamente evocando el conflicto entre los estados y precisando que Chatfield, quien estaba ubicado en Guatemala, «está, como Lord Palmerston bien debe saberlo, siendo visto desde una perspectiva muy antipática» desde Honduras. Asimismo, Wodehouse también mencionaba que Chatfield se había visto evidentemente «lesionado» por sus primeros contactos con los gobiernos centroamericanos, ya que solicitó a Wodehouse que se comunicase «solamente a través de él». Volviendo al tema de las ruinas, Wodehouse continuó diciendo que aunque él dudaba de que Honduras emprendiera una negociación como un «asunto nacional,» sus buenas relaciones con el gobierno de Honduras facilitarían una visita a Copán en caso de que él «lo solicitara como un asunto personal», tal como lo había intentado Stephens una década atrás. Sería más probable que tal estrategia tuviese éxito ya que se realizaría fuera del «canal diplomático regular» -es decir, de Chatfield. Wodehouse concluyó solicitando que Palmerston sugiera esta línea de conducta a la Oficina

Gestores de la correspondencia

de Relaciones Exteriores [Foreign Office], logrado a la vez que la petición fuese iniciada por él, canalizada luego por su padre, y pasada finalmente a Palmerston. A cierto nivel, la estrategia tuvo un brillante éxito, pues Palmerston pidió que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] designara a Wodehouse mientras que el propio despacho de Chatfield estaba cruzando el Atlántico -tres días después de que Palmerston le escribiera por primera vez. Sin embargo en última instancia Wodehouse no fue enviado a examinar las ruinas, debido a que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] no lo dejaría desatender sus deberes para con los asentamientos británicos. El Secretario Colonial Earl Grey solicitó que enviaran a algún otro, y aún más, que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] pagara la cuenta. Un resumen de las discusiones fue enviado al gobernador Charles E. Grey a Jamaica en diciembre de 1851, y las copias de los despachos relevantes se enviaron al mes siguiente a Mahon. Los administradores decidieron no tomar acciones adicionales hasta que la persona enviada a las ruinas desde Belice archivara su informe (F097/89, f. 4). Siete meses habían transcurrido hasta entonces desde el despacho inicial de Palmerston. No se había logrado ningún progreso significativo; el complot se había atascado; el deseo del museo se había incumplido.

Descubrimiento por poderes

El imperio medio-victoriano fue tan eficiente como torpe, capaz de mantenerse a través de extensas distancias a la vez que propenso a obsesiones miopes sobre comas y tinteros. La rivalidad interna planteó una amenaza constante para la simple coordinación entre las ramificaciones del gobierno. Los papeles, en los que Mill tenía tanta fe, se acumulaban a un ritmo aterrador, estorbando la capacidad del imperio para actuar a través de despachos. Así mientras que la noción de Latour de actuar desde la distancia a través del intercambio de los móviles inmutables (despachos) proporciona una rúbrica útil, pues es importante reconocer los enormes problemas creados por la abrupta acumulación del papel. Esto se ve ilustrado muy bien durante la siguiente etapa del complot maya, la cual culminó en la contratación de dos científicos extranjeros quienes coincidentemente viajaban a través de Centroamérica. Nada menos que ojos móviles, extensiones del Museo Británico en el exterior, Karl Ritter von Scherzer y Moritz Wagner actuaban como apoderados, personificando la confianza en la mediación que había sido central para el complot desde sus inicios. Aunque sus cartas a los administradores británicos del museo habían estado repletas de tonos dulces y frases íntimas del

discurso homosocial, realmente nunca llegaron a los administradores con quienes se correspondían. Existieron, en cierto sentido, como prueba epistolar, incluso virtual, de los temas, caracterizando el conocimiento y la apropiación a menudo limitada de Gran Bretaña sobre los territorios que intentaba controlar. Scherzer y Wagner, sin embargo, finalmente lograron la misión deseada -alcanzando una ruina y reportando sobre la misma, pero al hacerlo decretaron el fracaso del complot. Su relato sobre la dificultad y el costo de obtener las ruinas mayas, junto a su desdén por el valor artístico de las ruinas, persuadió a los administradores de desechar el plan. Pasarían décadas antes que el Museo Británico realizara el sueño de agregar ruinas mayas al depósito nacional.

En los meses inmediatamente preliminares a la contratación de Scherzer y Wagner, el complot parecía haber sufrido otro tipo de muerte, desapareciendo en medio de los archivos de la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office] (la guerra en Crimea también hizo disminuir el entusiasmo). El 14 de febrero de 1854, dos años y medio después de que el complot hubiese iniciado, Henry Ellis, el bibliotecario del Museo Británico, escribió a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] para investigar si había sido recibido algún informe sobre las ruinas de Copán (FO15/84). Wodehouse, antes superintendente en Belice, ahora estaba de vuelta en Londres aguardando su siguiente cita de ultramar (continuó desempeñando servicios en Guayana Británica, Sudáfrica y en la India). Cuando es cuestionado por la Oficina Colonial [Colonial Office] –a quienes también había llegado la solicitud de una actualización - él explicó por qué no se había archivado ningún informe, recordando a sus superiores que él no había recibido ningún fondo y que la Secretaría Colonial le había prohibido ir a él mismo (FO15/84, F. 7). Pero esto era solamente una verdad a medias. Según lo observado anteriormente, y según lo corroborado por un dependiente extranjero de la Oficina que buscó a través de los expedientes (FO15/84, f. 5), la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] había consentido en pagar los costos de un viajero, que no se tratase de Wodehouse, ya que su presencia era necesaria en Belice. Esto, entonces, nos plantea una pregunta: ¿fue el resentimiento ante la no correspondencia de su esquema de auto avance lo que causó que Wodehouse enterrara el asunto por completo en vez de señalar que alguien más había sido asignado? ¿O fue una simple falla en la comunicación? No podemos saberlo, pero al explicar éstas ocasiones fallidas a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] del Museo Británico logró un entierro burocrático exquisito: «Su Eminencia [Clarendon] ha comprobado, en la investigación en la oficina colonial, que *las dificultades fueron interpuestas* a la misión proyectada de alguna persona

Gestores de la correspondencia

de Belice a Copán» (FO15/84, f. 9; énfasis mío). Perdido en medio de los pasivos, los asuntos individuales se fueron borrando. Los complots, los cuales requieren de gestores, aún permanecían quietos. La acción perdió su nombre.

Dos meses más tarde, un Mahon exasperado escribió otra vez a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], señalando los tres años que habían pasado desde su primera carta a Palmerston. Aunque él pudo observar el pantano en el cual su petición se había hundido, conservó un poco de esperanza aunque fue desde una malentendida fe en la correspondencia como medio para lograr que las cosas se hicieran. Habrá que notar que Chatfield ahora se encontraba de vuelta en Londres al haber finalizado su cargo en Guatemala, y pidió que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] le solicitara elaborar un memo, para «ser incluido en el expediente en las Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office] (aunque la pregunta se encuentra en cierta medida suspendida entre los dos)» (FO15/84, F. 21). El complot había ido mal debido a una mezcla de ineptitud y rivalidad homosocial. La solución, como siempre, fue más correspondencia: más memorandos, cartas, e informes -toda registrada, debidamente conocida y «colocada dentro del expediente». Tan completo fue el apego a los memorandos que a nadie se le ocurría imaginar una salida de ellos, aunque el «recordatorio» fuese tanto parte del problema como la solución. El Museo Británico, no menos que la Oficina de Relaciones Exteriores y Coloniales [Foreign and Colonial Office], estaba a tono con la escritura y la preservación de las estructuras burocráticas. Después de conservar a Scherzer y Wagner, los administradores les recordaron que debían seguir una cadena de mando terminante: el museo escribiría a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], la cual se comunicaría con el cónsul en Guatemala, Charles L. Wyke. Scherzer y Wagner, por su parte, deberían encargarse de Wyke, quién entonces informaría a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], la cual entonces reportaría de vuelta al Museo Británico. No es de extrañarse que George Ure Skinner, el recolector de orquídeas y algunas veces anticuario, se refiriera a Bloomsbury, como el «Museo Burocrático»⁷².

Con el memorando de Chatfield (FO15/84, f. 33), el complot se sacudió en su avance, volviendo a los mismos asuntos que habían preocupado a los funcionarios desde sus inicios. Quiriguá y Copán una vez más emergieron como los sitios más prometedores, aunque de nuevo, los funcionarios británicos se dieron cuenta que tendrían que lidiar con el deseo de otras naciones. En este contexto, Chatfield restableció el lenguaje figurado de Palmerston del «valor imaginario», refiriéndose a la competencia internacional como algo que no era nada más

que un mero «rumor» creado para aumentar el precio (F. 35). Una vez más las gentes del lugar, cuando apenas se les menciona, no aparecen como herederos o ni como dueños de su pasado, sino solamente como trabajadores silenciosos. Señalaba Chatfield que las ruinas podían ser cargadas en sus cabezas, al igual que los «carruajes, los pianos» y el resto de «mercancía abultada» (F. 36). La única cosa nueva es la mención de Tikal, una ciudad maya magnífica situada en las alejadas regiones norteñas de Guatemala, al oeste de la frontera con Honduras Británica. Debido a que Chatfield dirigía su memorando a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], Mahon presentó a la Sociedad de Antigüedades un extracto traducido de un informe escrito sobre ese sitio en 1848 por Modesto Méndez, magistrado guatemalteco de la región de Petén, donde descansaban las ruinas de esa ciudad. Chatfield había entregado a Mahon el informe, al igual que varios dibujos, que todavía están en la biblioteca de la sociedad⁷³. Méndez, notable patriota en la lucha por la independencia de España, publicó originalmente el informe en el periódico oficial *Gaceta de Guatemala*, como un testimonio de la importancia del sitio para dar forma al sentido del pasado de la nación⁷⁴. Aunque como en el caso del informe de Del Río, discutido anteriormente, Méndez fue rápidamente obligado a servir a los intereses británicos, que lo utilizaron para identificar las ruinas que intentaban trasladar a Londres. El conocimiento local se convirtió de nuevo en conocimiento imperial.

Durante los meses próximos, el Museo Británico y la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] discutieron sobre quien debía designar a una persona para examinar las ruinas y analizaron las razones por las que nadie había sido enviado antes. El museo reafirmó su deseo de hacer que la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] eligiera a alguien; la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] pensaba que el museo debía hacerlo. Al final, Mahon intercedió otra vez, preparando el borrador de una carta para los administradores que fue enviada a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] bajo la firma de Ellis, la cual resumía los acontecimientos hasta la fecha y sugería una manera para seguir adelante (FOI5/84, F. 69; 15 Ago 1854). Después de tres infructuosos años y más de cuarenta cartas y despachos, el complot se reasumió nuevamente. El imperio una vez más se acopló para actuar; aún así, su gestión fue decretada a través de la correspondencia. El reformulado complot ahora se fijó en Copán como el mejor sitio. La firmeza de su piedra hacía más fácil extraerla, los otros sitios (Quiriguá y Tikal) al parecer estaban compuestos de «una estructura desmenuzable que los hacía poco aptos para la extracción o la preservación» (F. 69). Nuevamente, los administradores propusieron que la Oficina de Relaciones

Gestores de la correspondencia

Exteriores [Foreign Office] refiriese el asunto a su delegación en Guatemala, recapitulando que en fechas anteriores el superintendente en Honduras había ofrecido visitar esas mismas ruinas. Los administradores, sin embargo, con mucho tacto colocaron el asunto de la responsabilidad por un lado, atribuyendo las faltas anteriores al retiro de Lord Grey de la oficina y a «otras causas subsidiarias» (F. 70).

Pero al recomendar que la selección del apoderado quedase en manos de la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office], los administradores también reafirmaron un aspecto ideológico importante: la inferioridad de las antigüedades mesoamericanas respecto a las clásicas, lo cual significó que la persona designada no tenía la necesidad de contar con una «preparación literaria especial», mientras que para las antigüedades griegas o romanas «era indispensable un conocimiento preliminar completo y claro» (F. 70). En 1845 el acuarelista Stephanoff dio una expresión visual de gran alcance a estas ideas, demostrando la jerarquía de los estilos esculturales maya al parecer de origen primitivo frente a la superioridad artística reconocida en los mármoles del Partenón (figura 20). Cuando fue exhibida en la Antigua Sociedad de la Acuarela en 1845, la pintura fue ilustrada de la siguiente manera:

En la base del cuadro están los ejemplares de la escultura Hindú y Javanesa, y en ambos lados se encuentran las figuras y los bajo-relieves colosales de Copán y de Palenque; sobre ellos están las de Persépolis y Babilonia, seguidos por piezas egipcias, etruscas de la temprana época Griega, superados por el pedimento de Aegina... y terminando en una porción del bajo-relieve ecuestre de la procesión Panatenaica hacia el templo de Minerva.⁷⁵

La colocación de las esculturas de Copán y de Palenque en el fondo de esta jerarquía no significó, por supuesto, que fuesen indeseables; se les persiguió, como hemos visto, con gran energía. Significó, más bien, que el deseo por poseerlas fue expresado dentro de una exacta ideología del valor, colocada en una escala en base a estándares que aseguraban la preeminencia del europeo y de las tradiciones de clásicas. El contexto más amplio de la jerarquía cultural (dentro del cual la jerarquía estética fue una característica) sostuvo que las justificaciones habían sido invocadas para arrebatar las ruinas a sus legítimos dueños. Los estándares de la belleza clásica y europea, que el mismo Museo Británico se imaginaba representar, estaban cercanamente correlacionados con las nociones del valor cultural y por lo tanto a la lógica de la diferencia cultural que subscribía el proyecto imperial⁷⁶.

Finalmente, la pintura de Stephanoff, realizada en algún momento anterior a 1845, imagina prolépticamente la extracción de los objetos para ser llevados a Gran Bretaña, lo cual no se había dado a conocer entre un público europeo más amplio en 1841 y no fueron perseguidos activamente por el Museo Británico sino hasta 1851. En la pintura, el museo ya poseía otros objetos, incluyendo posiblemente el más famoso de los mármoles del Partenón, a la vez la pintura sugiere que sólo es cuestión de tiempo antes que Copán y las esculturas de Palenque formen parte de la colección.



Figura 20. James Stephanoff, *An Assemblage of Works of Art, from the Earliest Period of the Time of Phydias, a Watercolor* [Un montaje de Obras de Arte, del Período Inicial de los Tiempos de Fidias, una Acuarela] (1845). Copyright del Museo Británico.

Gestores de la correspondencia

Puesto que el objetivo en Centroamérica era «simplemente adquirir y asegurar ante posibles daños futuros algunos de los pocos registros de una raza extinta de hombres y de una esfera enteramente separada de la civilización» (FOI5/84, f 70), no se juzgaban necesarias ningunas calificaciones estéticas especiales, sólo un conocimiento del español (siempre considerado una lengua menos sofisticada), y ello sólo con el fin de realizar las negociaciones con los locales. El museo estaba dispuesto a pagar de cinco a seiscientas libras por las esculturas, pero advirtió a la Oficina de Relaciones Exteriores [Foreign Office] que mandara a sus gestores para actuar con «gran precaución y juicio,» a fin de contener la subida de precio una vez que se supiera que un gobierno extranjero estaba interesado en las ruinas. El museo reafirmó su misión del salvamento arqueológico: preservando y protegiendo, almacenando y guardando a salvo, haciendo que la valiosa información estuviese disponible para el estudio de otras culturas. Aún así no admitió ninguna contradicción en la recomendación, ni en la eficacia de la técnica practicada en Nineveh por Layard, quien, al descubrir que las esculturas estaban talladas solamente en un lado, encontró medios para «transportar lejos... los pedazos grandes del otro lado y reducirlas de su condición de rocas a losas (F. 71). Esta práctica de la reducción selectiva del todo a las partes, empleada ya por Stephens y Catherwood al quitar linteles de Kabah y de Uxmal, llegó a ser popular entre viajeros y arqueólogos británicos - aunque no más que la utilizada entre los saqueadores actuales, quienes acortan el trabajo a través del uso de motosierras⁷⁷. En cada caso, la integridad del sitio cultural se destruye, escribiendo sobre sus fachadas la figura reducida a decoración, los signos a diseños.

Con la contratación de Scherzer y Wagner a finales de octubre 1854, los administradores colocaron la búsqueda de las ruinas dentro del marco de la teoría racial de mediados de siglo, un tema que exploro más detalladamente en el siguiente capítulo. Arraigada en la compilación de datos craneales y en la convicción de la superioridad cultural y racial europea, la etnología observaba a la arqueología para contar con pruebas adicionales de la jerarquía cultural, mientras que afirmaba su propio centralismo ante la nueva ciencia de la arqueología. Scherzer, quien viajó bajo patrocinio de la Academia Imperial de Ciencias en Viena, era uno de los principales etnólogos y viajeros científicos de Europa (el obituario de la Real Sociedad Geográfica se refirió destacadamente al «gran valor» que aportaron sus investigaciones en Centro América)⁷⁸. Después de terminar su trabajo para el Museo Británico, navegó alrededor del globo como el científico principal en la expedición *Novara* (1857-59), para la cual elaboró un manual etnológico

influyente: *On Measurements as a Diagnostic Means for Distinguishing the Human Races* [Sobre la Medición como un Medio Diagnóstico para Distinguir las Razas Humanas]. El manual de Scherzer parte de un ambicioso esquema para crear un banco de datos etnológico «a una escala más grande de lo que se ha hecho siempre hasta ahora», el cual establece setenta y nueve medidas individuales por cada tema humano, como el «principal medio de comparación del Caucásico *Normal* con el Malayo, el Mongol, el Papúa, el Neozelandés, el Hindú y otros *Normales*»⁷⁹. Entre quienes elogiaron este plan se encontraban Alexander von Humboldt y el etnólogo británico John Barnard Davis. Aún así aunque los imperativos raciales de los informes de Scherzer para el Museo Británico quedan claros, simplemente lanzan ideas sobre la raza y la cultura ya implícitas en la opinión británica sobre la gente centroamericana.

Dentro del rango de un mes a partir de su contratación Scherzer y Wagner sometieron el primero de varios informes substanciales sobre el valor y la factibilidad de remover las ruinas⁸⁰. Copán, escribieron, fue imposible de visitar debido a una guerra entre Guatemala y Honduras. Una visita a Tikal, asimismo, tendría que ser pospuesta al año siguiente, después de la estación de lluvias. Las perspectivas fueron mejores en Quiriguá, en parte porque Wyke había asegurado el permiso oficial para excavar (FOI5/84, 29 Oct 1854). Aún así tras un extenso examen del sitio, todo lo que Scherzer y Wagner pudieron encontrar de valor fueron tres «ídolos portátiles». Para obtenerlos sin inflar el precio, Scherzer aconsejó la táctica común, recomendado a Wyke no tratar directamente con la familia de Payes, quien todavía poseía la tierra, sino contratar a una tercera persona -en efecto, otro apoderado «de quien no se sospeche que negocia para una institución extranjera real» (FOI5/82, f. 374). Empleando un popular estereotipo cultural, él también advirtió sobre la «dificultad y la gran dilatación del tiempo que la gente española requería para llegar a una decisión» (FOI5/82, f. 374), un rasgo que más adelante nombró como «manía de los Neo-españoles de la vacilación y la desconfianza» (CA el 10 Dic 1854). Es en parte debido a esto, por supuesto, y gracias a esa desconfianza que las ruinas permanecen hoy en Guatemala.

Scherzer vuelve al aspecto del sistema de valor establecido tan vívidamente por Palmerston en 1851, pero en vez de exponer la distinción entre la valoración de Gran Bretaña de las ruinas y las personas naturales, él gira alrededor de un asunto más complejo: la diferencia entre el valor estético y etnográfico. Esta diferencia, crucial de modo general, para la asociación de los museos y de la antropología durante el siglo XIX⁸¹, es también central dentro del marco ideológico en el cual el significado de las antigüedades centroamericanas fue

Gestores de la correspondencia

construido y percibido. Aunque Scherzer afirmaba que mientras las esculturas en Quiriguá merecían la atención del «arqueólogo y del etnógrafo», eran mucho menos interesantes desde un «punto de vista artístico», «el gusto y la habilidad de los artistas» indicaban un «bajo desarrollo de la cultura» y un «estado bárbaro del arte»⁸². Por lo tanto una separación fundamental, ensayada infinidad de veces en museos nacionales y provinciales: la segregación de trabajos juzgados como estéticos (elevados, trascendentes, transhistóricos) de aquellas consideradas simplemente etnográficas (contingentes, primitivas, inextricablemente atadas al aspecto racial). Las colecciones pre-Colombinas del Museo Británico, para tomar un ejemplo a mano, cayeron bajo articulación del departamento de Etnografía, una división del museo que durante el siglo XIX ahuyentó en varias ocasiones a los críticos que deseaban disolverla y durante el XX fue exiliada del sitio principal del museo en Bloomsbury a un edificio al otro lado de la ciudad en Piccadilly.

Con respecto al arte africano, Annie Coombes argumenta que antes que finalizara el siglo XIX se había formado un consenso ideológico alrededor de la «efectividad» de exhibiciones etnológicas en Gran Bretaña. El establecimiento del museo promovió la cultura material y su custodia «simultáneamente»: material para el estudio científico y comparativo de la cultura presumiblemente desinteresado; como «prueba» de la inferioridad racial (y por lo tanto como justificación de la intervención colonial), pero también en su capacidad como objetos de delectación exótica; placer estético y, con mayor frecuencia... espectáculo»⁸³. Las nociones de esta ideología del museo ya son evidentes en la división de Bullock entre el México «antiguo» y el «moderno»; aquí Scherzer lo lleva un paso más allá correlacionando el adelanto racial y cultural. Scherzer creyó que todos los monumentos centroamericanos fueron creados por «la misma raza», y probablemente eran del «mismo período»⁸⁴. Él argumentaba que ninguno de los monumentos «está más finamente trabajado o con mayor habilidad que los otros. Nada en estas esculturas indica un sentido de la belleza, redefinido o mejorado por [su] propia perfección o por modelos extranjeros» (CA el 18 Dic 1854, f. 27). Scherzer nos recuerda así que el deseo de poseer las ruinas mayas no era incompatible con el deseo igualmente ambicioso de colocarlas en su lugar, debajo de las culturas antiguas del viejo mundo.

¿Pero qué pasó con el complot del museo británico para extraer las ruinas de Copán, las de Quiriguá, y quizás incluso las de Tikal? Existen varias conclusiones posibles para elegir. La más directa, aunque en cierto modo la menos satisfactoria, aparece en 1855, cuando el superintendente Guillermo Stevenson, en Belice, escribe el despacho oficial sobre el asunto, informando a su supervisor inmediato,

el gobernador Henrio Barkly, en Jamaica, que hará todo lo posible para remitir los objetivos del museo británico (FOI5/87, F. 180). Dos años más tarde, Stevenson donó una colección de noventa objetos de Honduras Británica al Museo Británico – una importante y significativa colección, pero no la noble y «pendiente» que Mahon y los administradores habían deseado. Los grandes monumentos de Copán, de Quiriguá, y de Tikal permanecieron en su lugar⁸⁵. Una segunda conclusión posible aparece en 1875, cuando el viajero británico John Boddam-Whetham, mientras viajaba por la región de Petén, compró dos linteles de madera tomados de Tikal; éstos fueron primero al Museo del Sur de Kensington y posteriormente al de Bloomsbury⁸⁶. La tercera, y la más importante, se refiere a un grupo de artefactos mayas que llegaron al Museo Británico a través de Alfred P. Maudslay, cuyo trabajo en la región maya durante la década de 1880 se reconoce por haber traído rigor científico moderno a la disciplina. Introducido a Centroamérica por el naturalista Osbert Salvin, cuyas fotos estereográficas de Copán fueron publicadas en 1863⁸⁷, Maudslay amontonó una extraordinaria colección durante el trabajo de varios años en la región maya, incluyendo un impresionante busto tallado de Copán que el modernista crítico de arte Roger Fry comparó con la «escultura más importante de Europa»⁸⁸. Los linteles de los bajo-relieves de Yaxchilán, y más de 400 moldes del yeso de otros objetos. Todo eso está ahora en Bloomsbury; los linteles de Yaxchilán, ya que caen dentro de la actual frontera de México, se exhiben en la galería mexicana del museo. El trabajo arqueológico de Maudslay no fue financiado por el gobierno británico, ni hay ninguna evidencia de que haya sido inspirada o influenciada por el complot examinado en este ensayo. Aún así las ideologías del valor que he seguido aquí reverberan a través de su trabajo. En su narrativa popular del recorrido, *A Glimpse at Guatemala* [*Una Mirada por Guatemala*], leímos lo siguiente:

Las ordenanzas publicadas de vez en cuando por el gobierno [de Guatemala] prohibiendo las excavaciones y el retiro de esculturas y de la cerámica han sido confirmadas por los indios y ladinos bajo la creencia de que los montículos contienen tesoros ocultos, y el resultado puede fácilmente ser desastroso, porque es probable como que los indios mismos lleguen a excavar entre las ruinas en busca del tesoro que no existe, y en ese proceso destruirán muchas cosas que, aunque no tengan ningún valor para ellos, tienen la más alta importancia para los arqueólogos⁸⁹.

Para Maudslay, al igual que para Stephens y Palmerston y para el establecimiento de los museos durante el siglo XIX, ni los indígenas ni los ladinos

Gestores de la correspondencia

eran capaces de valorar correctamente las ruinas. Este es un privilegio reservado a los arqueólogos y a los encargados extranjeros del museo⁹⁰.

Reverencia y reticencia

¿Pero qué hay de las elites criollas y aún más las indígenas, juzgadas por Scherzer, en una carta a los administradores, de ser una «clase de gente perezosa» a quienes les interesaba más el «tono de la Marimba, su instrumento favorito» que el «sonido del martillo o del destal» (CA 10 Diciembre. 1854)? Mientras que la teoría postcolonial ha discutido apropiadamente que es imposible hablar para el Otro, el énfasis británico por la correspondencia y los registros nos exige la pregunta sobre la conexión entre los monumentos y la gente local, quienes son constantemente representados sin ley alguna y desprovistos de la escritura y del sentido histórico. Para que pueda observarse la completa complejidad del encuentro imperial, necesitamos completar lo mejor posible los vacíos y los silencios en los expedientes del archivo, recordando que el archivo en sí mismo es una construcción, formada tanto por lo que excluye como lo que preserva. Primero las elites criollas: a pesar que los viajeros y oficiales del gobierno británicos afirmaban que Centroamérica no contaba con un sistema de leyes y se encontraba en estado ingobernable, las elites guatemaltecas y hondureñas utilizaron las leyes como medios primarios para proteger el patrimonio cultural de sus naciones. Tales leyes tenían raíces en la jurisprudencia española, la cual provenía del siglo XVI, a partir del asentamiento colonial y que fueron continuamente actualizadas a lo largo del período de la post independencia. Ellas derivaban del principio de que el poder legal de un estado se basa en su autoridad sobre su gente y su territorio, una autoridad que internamente es autenticada y por lo tanto no está sujeta a la validación de otros estados, aunque para el momento en que los Británicos estaban interesados en los monumentos habían reconocido formalmente la soberanía de Guatemala y Honduras y por lo tanto sus leyes internas. El 4 de octubre de 1831 Mariano Gálvez, el jefe de estado guatemalteco, anunció la formación de un museo «que podía ser el almacén de las curiosidades, las cuales abundan en el suelo guatemalteco, y que conformarlo es de gran interés y muy apropiado para un país civilizado»; durante los años siguientes Gálvez también envió expediciones para recolectar información sobre los sitios arqueológicos de Guatemala⁹¹. Galindo, como hemos visto, también estuvo activo a lo largo de la década de 1830. Honduras aprobó la legislación que protegía los monumentos explícitamente situados en el valle de Copán en 1845,

muy probablemente como resultado del intento de Stephens de llevarse las ruinas y el miedo de que otros gobiernos pudieran seguir el juego. Según la legislación 1874 que amplió la ley anterior, «esos monumentos se declaran propiedad de la Nación»⁹². Este es un ejemplo maravilloso de la fuerza de palabras, la ley declara los monumentos encontrados en Honduras como propiedad de la nación, decretando lo que proclama. Cuando la legislación fue ampliada más adelante ese mismo siglo para establecer un museo nacional, se discutió directamente sobre el problema de que los monumentos preciosos salieran del país «para enriquecer museos extranjeros» -una referencia inequívoca a las décadas del depredación extranjera en nombre del «trabajo de rescate»⁹³ arqueológico y museológico de Europa y de los EE.UU. Aunque las elites criollas que abarcaban círculos oficiales centroamericanos contaban con ideas contradictorias sobre el pasado indígena, claramente intentaron protegerlas, especialmente contra los viajeros extranjeros y los agentes consulares que les asistían. El hecho de que en muchos casos no lograran hacerlo, algunas veces incluso a través de la venta de su propio patrimonio cultural, se debe más a las asimetrías económicas y políticas persistentes que a cualquier indiferencia para con el pasado.

La respuesta indígena al pillaje imperial es más difícil de comprobar, dado que el archivo tal como lo tenemos, y no es de asombrarse, está sesgado para acentuar su pasividad y silencio –eso cuando siquiera se les hace notar. El «indio» inescrutable (la nomenclatura en sí misma esta malinterpretada) es una característica constitutiva del discurso europeo en las Américas, debemos tener cuidado, como advierte Sara Suleri, eso de que al centrarse en la idea de la «intransigencia» simplemente «no repliquemos lo que en el contexto del discurso imperialista era la familiar categoría de lo exótico»⁹⁴. Aún así para entender el potencial y las limitaciones de ese discurso debemos examinar esos momentos dentro del mismo, donde la voz del indígena, por muy silenciada y ventrílocuada, podía ser oída. Incluso dentro de la maquinaria imperial de la correspondencia y de los despachos que intentaron robar al indígena de su historia, aún se preservan rastros de reverencia hacia su pasado. Hay dos momentos que destacan, uno al principio del complot, otro cerca de su final. En la primera respuesta de Chatfield al directorio de Palmerston (FOI5/72, f 142), obedientemente divulga los pasos que ha tomado para asegurar las ruinas para el Museo Británico, a la vez que observa, tal como he enfatizado a lo largo de este recuento, que a las ruinas «los nativos del país le tienen poca o ninguna estima». Esto se repite casi en la mayoría del arbolado lenguaje de Palmerston, en parte derivado de la primera carta de Mahon y más allá de la crónica de viaje de Stephens. Ésta, en otras palabras, es la

Gestores de la correspondencia

línea oficial, una formulación sucinta de manera que el discurso europeo incluye al Otro indígena. Pero algunos párrafos más adelante, dentro de los márgenes del texto de Chatfield, surge una noción compensatoria, un reconocimiento del afecto indígena que ni siquiera su obediencia escrupulosa a las ideologías culturales británicas puede reprimir completamente: «Puede no ser sin interés el mencionar, que en Nicaragua la gente local hace generalmente una reverencia profunda al pasar frente a cualquiera de estas esculturas, y están muy renuentes a permitir su extracción; sin duda tienen alguna profunda tradición que les hace respetarlas, pero es difícil lograr que hablen sobre el tema». En cierto nivel ésta es una clásica ilustración de las diferenciadas relaciones de poder en el contexto imperial, poniendo en contraste al funcionario que escribe ante los subalternos que siguen siendo silenciosos. Pero la negación de la gente local a hablar o asistir también sugiere su respeto por la historia como algo vivo y vigente, su oposición al complot imperialista que extraería los remanentes de su patrimonio cultural, y su negación de abrirse ante sus amos imperiales. Tienen dentro de sí como lo demuestran estos pasajes, aquello que no se puede apropiarse, quitar, o exhibir en un museo extranjero. La reluctancia y el silencio se pueden leer como técnicas de la resistencia, armas del oprimido.

La observación de Chatfield recuerda los comentarios de Bullock en su narrativa del recorrido sobre el efecto de desenterrar la estatua del *Coatlicue*, la manera en que le otorga un raro sentimiento a la voz indígena, puede darle un brillo especial al recuento de Chatfield sobre la reverencia y reticencia de los indígenas. Bullock cuenta que durante el tiempo que *Coatlicue* fue expuesto él prestó especial atención a la conducta de los «indios»:

Presté mucha atención a los gestos de sus caras; ni una sonrisa se les escapó, o incluso alguna palabra -todo era silencio y atención. En respuesta a una broma de uno de los estudiantes, un viejo indio comentó, «¡es cierto que tenemos tres muy buenos dioses españoles, pero aún así se nos podría haber permitido guardar algunos pocos de los de nuestros antepasados!» y fui informado que los nativos habían colocado ramos de flores en la figura, los cuales por la tarde habían robado de un poco más lejos, sin ser vistos, para ese propósito⁹⁵.

Bullock continúa su lectura algo convencional sobre lo que había informado, argumentando que eso demostraba que a pesar de 300 años de Catolicismo español «allí aún permanece una cierta corrupción de la superstición pagana entre los descendientes de los habitantes originarios»⁹⁶. Pero viniendo

después de esta vigorosa descripción, esta explicación suena hueca. Ciertamente lo que llama la atención de Bullock no es el espectáculo de la creencia pagana sino el poder de un objeto en reanimar la conexión entre los indígenas mexicanos contemporáneos y los «habitantes originarios», una conexión que ni la peor crueldad del colonialismo español pudo suprimir completamente. La resistencia a la opresión colonial, como *Coatlicue* en sí mismo, se encuentra apenas debajo de la superficie, esperando para entrar en erupción.

La ambivalencia indígena hacia el interés de los extranjeros en los monumentos -qué he llamado en capítulos anteriores el inconsciente colonial- aparece con frecuencia en el discurso británico sobre Centroamérica, compitiendo en contra de la opinión normativa que la gente local es incapaz de valorar o de entender el pasado y su encarnación en artefactos. Al final de su culminante informe sobre Quiriguá (CA el 18 Nov 1854), Scherzer también observa la resistencia indígena a los diseños extranjeros en sus ruinas (estos pasajes están entre esos omitidos dentro de la versión publicada en 1936):

Es con vacilación que los indios han asistido como guías a través de los bosques, en donde existen tales restos, los cuales prefieren mucho más ocultar que mostrar. Su mirada llega a ser de lamento siempre que ven a un *blanco* copiando los trazos de las misteriosas rocas. (F. 41; énfasis en original)

No sólo le causó aversión a la gente local el interés en las ruinas despertado por estos viajeros, sino también sus intentos de copiar los trazos ellos mismos. Como lo comenta Bustamante sobre el copiado de las vistas discutido en el capítulo 2, el malestar indígena en relación al copiado puede sugerir que se dieron cuenta que cuando los europeos llegaban con papel y lápiz, los cajones del embalaje no estaban muy lejos, los cajones que cargarían las piedras talladas, la historia registrada de los antepasados, para ser exhibidas a otra parte. Podían también haber temido la desfiguración de los trazos en los monumentos mismos. Boddam-Whetham divulga eso cuando visitó Copán en la década de 1870, donde encontró las palabras «J. Higgins» talladas en los monumentos en «caracteres en negrilla»⁹⁷; abundan relatos similares de desfiguración en las crónicas de viajes del siglo XIX. En dichos contextos, la escritura y el mirar son con frecuencia inseparables del deseo, del despojo y de la apropiación. Que la yuxtaposición del silencio indígena y de la escritura occidental por sí misma haya sido registrada en una inscripción puede ser entendida como una estrategia de contención, pero también como muestra de la manera en la cual la escritura oficial emplea sus mejores

Gestores de la correspondencia

esfuerzos por tachar a la gente local como incapaz de expresar su valoración de las ruinas aparte de un mero precio de contado, o del «valor imaginario.» Apareciendo como contrapartes de estos «trazos misteriosos» de las alternativamente esculturas inmóviles, los silencios ilegibles del indígena -irreducible, obstinado y resistente a la apropiación- exigen una calidad de reverencia que el despacho no puede contener.

Notas

A pesar de que pocos historiadores se han referido al complot, nadie, según mi conocimiento, lo ha discutido en detalle, ni examinado la gran masa de evidencia documentaria en los archivos del Gobierno británico. Para noticias breves, ver John Eric Sidney Thompson, «A Note on Scherzer's Visit to Quiriguá,» *Maya Research* 3, no. 3 (1936): 330-31; Frans Bloom, «Explanation,» *Maya Research* 3, no. 1 (1936): 92-93, describiendo el complot como «incidente más encantador y divertido»; Adrian Recinos, «Evocación del viaje de Scherzer y Wagner a Centroamérica, 1853-5,» *Anales de la sociedad de geografía e historia de Guatemala* 27 (1953-54): 137-41; Victor Von Hagen, *Search for the Maya: The Story of Stephens and Catherwood* (Farnborough: Saxon House, 1973), 173; Edward Miller, *That Noble Cabinet: A History of the British Museum* (Londres: Andre Deutsch, 1973), 221-22; y Mario Rodríguez, *A Palmerstonian Diplomat in Central America: Frederick Chatfield, Esq.* (Tucson: University of Arizona Press, 1964), 361. Más reciente, Ian Jenkins caracterizó el complot como «nunca más que solamente de medio corazón,» y Ian Graham como simplemente una «insignificancia reprensible» (Jenkins, *Archaeologists and Aesthetes in the Sculpture Galleries of the British Museum, 1800-1939* [Londres: British Museum Press, 1992], 211; Graham, *Alfred Maudslay and the Maya: A Biography* [Norman: University of Oklahoma Press, 2002], 79).

Bruno Latour, «Drawing Things Together,» en *Representation in Scientific Practice*, ed. Michael Lynch y Steve Woolgar (Cambridge: MIT Press, 1990), 54.

Palmerston a Chatfield, FO15/69, f. 53. Como en el ejemplo anterior, material de los archivos de Foreign Office (FO) y Colonial Office (CO), guardados en

Public Record Office en Kew, se citarán en el próximo texto según sigue: (clase, volumen, pieza, y, donde está disponible, folio). Si no aparece el folio, el data se dará. Correspondencia de entrada y salida de los archivos centrales del Museo Británico en Bloomsbury también será citada incidentalmente, abreviado como CA y seguido por la fecha.

⁴ El Museo Británico primero adquirió artefactos de Nineveh en 1847; durante los próximos años la colección creció constantemente, culminando con el establecimiento de una habitación especialmente diseñada para su exposición en 1853. Con respecto a estas colecciones y el papel de Austen Henry Layard, quien laboró como sub-secretario del Foreign Office en 1852, ver Shawn Malley, «Austen Henry Layard and the Periodical Press: Middle Eastern Archaeology and the Excavation of Cultural Identity in Mid-Nineteenth Century Britain,» *Victorian Review* 22, no. 2 (1996): 152-70; y Fredrick N. Boehrer, «The Times and Spaces of History: Representation, Assyria, and the British Museum,» en *Museum Culture: Histories, Discourses, Spectacles*, ed. Daniel J. Sherman y Irit Rogoff (Minneapolis: University of Minnesota, 1994), 197-222.

⁵ Palmerston, no obstante, además de su interés activo en la minería de Centroamérica, ya se había familiarizado con las ruinas precolumbinas en su segundo período como secretario exterior (1835-41), cuando se encontró varias veces con el patriota y aficionado anticuario centroamericano Juan Galindo, quien, como discuto después en este capítulo, en ese entonces estaba realizando investigaciones arqueológicas serias. En 1838 también intercambió cartas con Jean-Frédéric Waldeck, quien estaba efectuando investigaciones arqueológicas en México. La librería Newberry en Chicago contiene una carta de 1839 del sub-secretario de Palmerston, William Fox-Strangways, para Waldeck, informándole a él que «la caja de dibujos y papeles de tu pertenencia han llegado de México y ahora están depositados cuidadosamente en esta oficina» (W. Fox-Strangways para Jean-Frédéric Waldeck, 18 de julio de 1838, Ayer Ms. 1238, Colección de Edward E. Ayer, Librería Newberry, Chicago). Como explica Robert Brunhouse, habían copias de dibujos arqueológicos originales, luego confiscados por oficiales mexicanos, quienes temaban que Waldeck estaba planeando contravenir la ley contra la exportación de antigüedades enviando artefactos hacia el extranjero (*In Search of the Maya: The First Archaeologists* [Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973], 76). Waldeck mandó los dibujos a Londres con la ayuda de Charles Ashburnham, un oficial consular británico en México quien acumuló una colección grande de antigüedades mexicanos que luego se donaron al Museo Británico en 1856. Para más información sobre Waldeck ver Claude F. Baudez,

Jean-Frédéric Waldeck, Peintre: *Le premier explorateur des ruines Mayas* (Paris: Hazan, 1993).

⁶ Edgar Allan Poe, «Review of New Books,» *Graham's Magazine*, agosto de 1841, 91; William Hickling Prescott, *The Correspondence of William Hickling Prescott*, ed. Roger Wolcott (Boston: Houghton Mifflin Company, 1925), 240. Para Dickens, Centroamérica había estado en su mente por un tiempo. En 1851 Henry Morley, trabajando desde Stephens and Catherwood, describió las ruinas de Copán para *Dicken's Household Words*. «¿Qué muro de Titanic es este cuya imagen está reflejada en el río?...la mirada fija de una cabeza esculpida enorme nos encuentra ... una estatua de doce pies de altura, cargada de ornamentos jeroglíficos y grotescos. ... Estas son las ruinas de Copán» («Our Phantom Ship, Central America,» *Household Words*, 22 de febrero de 1851, 518). Para los préstamos de *The Woman in White* de Stephens, ver Richard Collins, «The Ruins of Copán en *The Woman in White: Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatán,*» *Wilkie Collins Society Journal* ns 2 (1999): 5-17 de Wilkie Collins y John Stephen.

⁷ John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatán*, 2 vol. (Nueva York, 1841), 2:115. Informaciones más detalladas acerca de este trabajo se encuentran en el texto.

⁸ [William Weir y W.H.Wills], «Short Cuts across the Globe,» *Household Words* I (1850): 66; mi énfasis.

⁹ Lincoln S. Bates, «Pioneering Adventures,» *Americas* 38 (1986): 37; y Larzer Ziff, *Return Passages: Great American Travel Writing, 1780-1910* (New Haven: Yale University Press, 2000), 91.

¹⁰ Citado en W. Baring Pemberton, *Lord Palmerston* (Londres: Batchworth Press, 1954), 141.

¹¹ Con respecto a la pregunta de viajar en relación a retraso, ver Ali Behdad, *Belated Travelers: Orientalism in the Age of Colonial Dissolution* (Durham: Duke University Press, 1994).

¹² Elizabeth Williams, «Collecting and Exhibiting Pre-Columbiana in France and England, 1870-1930,» en *Collecting the Pre-Columbian Past*, ed. Elizabeth Hill Boone (Washington: Dumbarton Oaks, 1993), 123-40.

¹³ Robert A. Stafford, *Scientist of Empire: Scientific Exploration and Victorian Imperialism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989), 85-87

¹⁴ Charles Elliot Norton a Ephraim G. Squier, 2 de noviembre de 1851, Ephraim George Squier Papers, Library of Congress.

¹⁵ Ralph Lee Woodward, Jr., *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of*

Guatemala (Athens: University of Georgia Press, 1993), 231

¹⁶ Para la historia diplomática relevante, ver Richard W. Van Alstyne, «British Diplomacy and the Clayton-Bulwer Treaty, 1850-60,» *The Journal of Modern History* II, no. 2 (1939): 149-83; ídem, «The Central American Policy of Lord Palmerston, 1846-48,» *Hispanic American Historical Review* 16, no. 3 (1936): 339-59; y Robert A. Naylor, «The British Role in Central America Prior to the Clayton-Bulwer Treaty of 1850,» *Hispanic American Historical Review* 40, no. 3 (1960): 361-82.

¹⁷ El archivo central del Museo Británico es un caso pertinente. Durante el periodo que yo lo estaba usando (1997-2000) el archivo sólo estaba abierto dos días la semana de 10 a.m. a 4 p.m., disponiendo de asientos solamente para dos lectores. La oficina del Archivo Nacional, al contrario, que tiene otros archivos del Gobierno, gobernados por el Decreto del Archivo Nacional, está abierta para investigación seis días la semana. A pesar de que el museo podría aumentar el acceso a sus archivos por transfiriendo su archivo a la oficina del Archivo Nacional, donde correctamente pertenece según la Ley Británica, no lo ha hecho.

¹⁸ Dominick LaCapra, *History and Criticism* (Ithaca: Cornell University Press, 1985), 11.

¹⁹ Para la competición más amplia entre los Estados Unidos y Gran Bretaña ver J. Fred Rippy, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America, 1808-1830* (Londres: Milford, 1929).

²⁰ Para una bibliografía detallada de trabajos sobre Centroamérica del siglo diecinueve ver Ralph Lee Woodward, Jr., *Central America, a Nation Divided* (Oxford: Oxford University Press, 1998); para las mapas ver Kit S. Kapp, *The Printed Maps of Central America up to 1860*, 2 vols. (Londres: Map Collector's Circle, 1974-75).

²¹ Juan Galindo, «On Central America,» *Journal of the Royal Geographical Society* 6 (1836): 119.

²² Para la historia de la arqueología maya ver Robert L. Brunhouse, *Search*; ídem, *Pursuit of the Ancient Maya: Some Archaeologists of Yesterday* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1975); Ignacio Bernal, «Maya Antiquaries,» en *Social Process in Maya Prehistory: Studies in Honour of Sir Eric Thompson*, ed. Norman Hammond (Londres: Academic Press, 1977); ídem, *A History of Mexican Archaeology: The Vanished Civilizations of Middle America*, traducido por Ruth Malet (Londres: Thames and Hudson, 1980); Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, 3ra. Ed. (Nueva York: Freeman, 1993); y Jorge Cañizares-Esguerra, *How to Write the History of the New World:*

Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth Century Atlantic World (Stanford: Stanford University Press, 2001).

²³ El reporte de Del Río fue traducido al inglés gracias a los esfuerzos unidos de un Dr. McQuay, quien lo trajo a Londres, y el vendedor de libros Henry Berthoud, quien lo estableció con diecisiete grabados hechos por Waldeck (Brunhouse, Search, 14).

²⁴ Antonio del Río, *Description of the Ruins of an Ancient City, Discovered near Palenque...* (Londres, 1822), viii.

²⁵ Ian Graham, «Juan Galindo, Enthusiast,» *Estudios de cultura Maya* 3 (1963): 12. Ver también William Joyce Griffith, «Juan Galindo, Central American Chauvinist,» *Hispanic American Historical Review* 40, no. 1 (1960): 25-52. Galindo también quitó monumentos de sitios mayas y los trasladó a Gran Bretaña. Un catálogo de antigüedades del año 1847 en la Sociedad de Antigüedades de Londres enumera el regalo de Galindo de cuatro lápidas de ornamentos tomadas de Palenque, las cuales presentó el 7 de junio de 1832 (Albert Way, *Catalogue of Antiquities, Coins, Pictures, and Miscellaneous Curiosities in the Possession of the Society of Antiquaries of London, 1847* [Londres, 1847], 55). Para una descripción más detallada de esos artefactos, ver Juan Galindo, «A Short Account of Some Antiquities Discovered in the District of Petén, in Central America,» *Archaeologia* 35 (1834): 570-71.

²⁶ El estatus de Galindo como ciudadano británico eventualmente destruyó su intento de ayudar a la Federación Centroamericana. En un momento crucial durante sus negociaciones con Palmerston, fue apartado del Ministerio de las relaciones exteriores de Gran Bretaña ya que ningún ciudadano británico pudo representar otro país.

²⁷ Juan Galindo, «Ruins of Palenque,» *Literary Gazette*, 15 de octubre de 1831, 665-66.

²⁸ Juan Galindo, «Description of the River Usumacinta, in Guatemala,» *Journal of the Royal Geographical Society* 3 (1833): 62. Sin embargo, como expresa Ignacio Bernal: «No era necesario reivindicar la cultura anciana [de los mayas] ya que esta cultura no había sido atacada [como habían sido los aztecas], pero admirad desde el principio, al menos considerando su arte» (Maya,» 26).

²⁹ Para el fundamento político de expediciones de ese tipo y una discusión de Miguel Rivera Maestre, un científico, ingeniero y geógrafo guatemalteco, quien tenía una papel clave en esas, ver Robert H. Claxton, «Miguel Rivera Maestre: Guatemalan Scientist-Engineer,» *Technology and Culture* 14, no. 3 (1973): 384-403. Para las políticas liberales de Gálvez, ver Miriam Williford, «Las luces y la

civilización: The Social Reforms of Mariano Gálvez,» en *Applied Enlightenment: 19th Century Liberalism*, ed Margaret A.L. Harrison y Robert Wauchope, Middle American Research Institute Publications, no. 23 (new Orleans: Tulane University, 1972), 33-41.

³⁰ Juan Galindo, «Central America,» *Literary Gazette*, 18 de julio de 1835, 456. En una versión de este artículo publicada por la Sociedad de Antigüedades Americanas, el patriotism del autor fue incluso más obvio. Agregó que «el gobierno de Centroamérica pensaba publicar en castellano un reporte largo que yo redacté con relación a las ruinas y la historia de ese lugar con varios planos, vistas y copias de figuras e inscripciones» («Carta del coronel Galindo al hondureño Thomas L. Winthrop, Presidente de la Sociedad de Antigüedades Americanas, Boston, Massachusetts,» *Archaeologia Americana. Transactions and Collections* 2 [1836]:545). Sylvanus G. Morley discute el destino de este reporte y lo imprime con notas explicativas, en *The Inscriptions at Copán* (Washington: Carnegie Institution, 1920), 593-604.

³¹ Galindo, «Description,» 59. Este artículo dispone de la primera descripción publicada de las ruinas de Yaxchilán, en la orilla de Usumacinta, justamente al otro lado del río del actual Guatemala. Más tarde en el siglo, como discuto abajo, Alfred P. Maudslay quitó derrumbes de piedras grabadas de Yaxchilán y los envió a Londres, donde hoy día están expuestos en el Museo Británico.

³² Juan Galindo a Thomas L. Winthrop, 25 de abril de 1831, Galindo MSS, Sociedad de Antigüedades Americanas.

³³ Es típico lo siguiente: Stephens y Catherwood «dieron luz a la ciencia de arqueología americana ... levant[ando] la cortina de la jungla que había ocultado por siglos la civilización anciana de los maya» (Richard O'Mara, «The American Traveller,» *Virginia Quarterly Review* 74, no. 2 [1998]: 221).

³⁴ Bruce A. Harvey, *American Geographics: U.S. National Narratives and the Representation of the Non-European World, 1830-1865* (Stanford: Stanford University Press, 2001); David E. Johnson, «'Writing in the Dark': The Political Fictions of American Travel Writing,» *American Literary History* 7, no. 1 (1995): 1-27; Jennifer L. Roberts, «Landscapes of Indifference: Robert Smithson and John Lloyd Stephens in Yucatán,» *Art Bulletin* 82, no. 3 (2000): 544-67.

³⁵ Entre los objetos que enviaron de vuelta Stephens y Catherwood se encontraron derrumbes de madera grabada de los sitios de Kabah y Uxmal; fueron destruidos en el fuego que consumió el panorama de Catherwood en Nueva York (Bernal, «Maya,» 34; Carl C. Dauterman, «The Strange Story of the Stephens Stones,» *Natural History*, diciembre de 1939, 288-96).

Gestores de la correspondencia

³⁶ Citado en David M. Pendergrast, *Palenque: The Walker-Caddy Expedition to the Ancient Maya City, 1839-1840* (Norman: University of Oklahoma Press, 1967), 31, 33.

³⁷ J. Baily, «On the Isthmus between the Lake of Granada and the Pacific; Being an Extract from a 'Memoir on the Lake of Granda, the River San Juan, and the Isthmus between the Lake and the Pacific Ocean, in the State of Nicaragua, Central America',» *Journal of the Royal Geographical Society* 14 (1844): 127-29; ídem, *Central America; Describing Each of the States ... Their Natural Features, Products, Population, and Remarkable Capacity for Colonization ...* (Londres, 1850); ídem, *Map of Central America ... Shewing the Routes between the Atlantic and Pacific Oceans ... with Additions from the Latest Surveys of the Admiralty* (Londres, 1853); y Domingo Juarros, *A Statistical and Commercial History of the Kingdom of Guatemala*, traducido por J. Baily (Londres, 1823).

³⁸ Preservada en la Colección Brinton en la Universidad de Pennsylvania está una copia del manuscrito, hecha por Karl Hermann Berendt, de «Sketches from Quiriguá,» de Baily, la que incluye algunos de los dibujos de Baily. Ver pieza 4042 en John M. Weeks et al., *The Library of Daniel Garrison Brinton* (Philadelphia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, 2002).

³⁹ Ver Luigi Berliocchi, *The Orchid in Lore and Legend*, traducido por Leonore Rosenberg y Anita Watson (Portland: Timber Press, 2000), y Merle A. Reinikka, *A History of the Orchid* (Coral Gables: University of Miami Press, 1972).

⁴⁰ James Bateman, «Substance of an Address Delivered before the Royal Horticultural Society at South Kensington, on Tuesday, February 19th, 1867, by James Bateman, Esq. E.R.S.,» en *Orchid History Reference Papers*, no. 7, ed. R.M. Hamilton (Richmond, B.C.: R.M. Hamilton, 1992), 2; y Peter Hayden, Biddulph Grange, Staffordshire: *A Victorian Garden Rediscovered* (Londres: George Philip, 1989), 46. En agosto del 2002 el periódico New York Times reportó que se había descubierto una nueva especie de orquídea en la tierras altas de Perú. Dentro de tres días de su descubrimiento, «lo que había sido una ladera musgosa de 500 de las nuevas orquídeas desmontadas [por cazadores de orquídeas], incluso de plantas de semilleros del tamaño de pulgadas» (Carol Kaesuk Yoon, «New Orchid Species Leaves Admirers Amazed,» *New York Times*, 13 de agosto de 2002, <http://www.nytimes.com/2002/08/13/science/life/13ORCH.html> [del 13 de agosto de 2002]).

⁴¹ Orquídeas y antigüedades fueron encontradas juntas en muchas colecciones británicas privadas. La Knypersely Hall de Bateman contenía una colección de ruinas centroamericanas, probablemente coleccionada por Skinner (Hayden, Biddulph Grange, 123).

⁴² El renombrado arqueólogo americano Ephraim George Squier –quien, como Stephens, disfrutó de un puesto diplomático en Centroamérica- buscó capitalizarse con su conocimiento de Nicaragua formando una compañía de tránsito con enfoque e esta región. Stephens dedicó sus energías y capital a la ruta de Panamá.

⁴³ Por las labores de R.M. Hamilton, historiador de orquídeas canadiense, una selección de las cartas de Skinner está disponible impreso ahora. Especialmente interesantes son las cartas de Skinner a William Hooker en Kew, las que muestran la interrelación estrecha entre las culturas de la historia natural y el interés emergente en la arqueología precolombina. Ver George Ure Skinner, *Orchids and Ordeals in Guatemala and England, 1830-1867: 260 Letters by George Ure Skinner and Friends*, ed. R.M. Hamilton, Orchid History Reference Papers, no. 12 (Richmond, B.C.: R.M. Hamilton, 1993).

⁴⁴ Para las aventuras de Ackermann en Latinoamérica, ver John Ford, Ackermann, *1783-1983: The Business of Art* (Londres: Ackermann, 1983), 84-89.

⁴⁵ Las poemas de Byron están citadas de *The Poems and Plays of Lord Byron*, 3 vol. (Londres: J.M. Dent, 1910), 1:227 y 2:35, respectivamente.

⁴⁶ Muriel E. Chamberlain, *Lord Aberdeen: A Political Biography* (Londres: Longman, 1983); y Lucille Iremonger, *Lord Aberdeen: A Biography of the Fourth Earl of Aberdeen, K.G., Prime Minister 1852-1855* (Londres: Collins, 1978).

⁴⁷ George Ure Skinner a Lord Aberdeen: 23 de julio de 1842; 25 de septiembre de 1845; y 27 de septiembre de 1845. Add. Mss. 43239 y 43244, Librería Británica. En 1844, el capitán Evan Nepean escribió a Aberdeen describiendo una colección grande de las antigüedades mexicanas cuales había adquirido de la Isla de Sacrificios, cerca de la costa del Este de México. La carta y un análisis de la colección de Samuel Birch, un conservador del Departamento de Antigüedades del Museo Británico, fueron publicados en la revista de la Sociedad de Antigüedades. Componiendo más de 1,000 objetos, la colección de Nepean fue adquirida por el Museo Británico en 1844. Ver Evan Nepean y Samuel Birch, «Letter from Captain Nepean, to the Right Hon. The Earl of Aberdeen, K.T., President, Communicating an Account of Certain Antiquities Excavated, under His Direction, in the Island of Sacrificios: Followed by a report Upon the Examination of Them, by Samuel Birch,» *Arquaeologia* 30 (1844): 138-43.

⁴⁸ Cámara de los Comunes, « Report from the Select Committee of the House of Lords, Appointed to Inquire into the Operation of the Act 3 & 4 Will. 4, C. 85, for the Better Government of Her Majesty's Indian Territories,» *Parliamentary Papers, 1852-53*, 21 de junio de 1852, vol. 30, 301. El enlace entre escribir, influencia desde lejos, y administración imperial también es evidente en un reporte

Gestores de la correspondencia

extraordinario por la Cámara de Comercio sobre Latinoamérica, elaborado en 1846, que estaba compuesto casi enteramente de extractos textuales de cuentas de viaje británicas. El reporte no se limitó a asuntos económicos, pero dirigió las maneras, costumbres, y características raciales de gente latinoamericana, todos filtrados por los prejuicios y exclusiones de escribir de viajes. Ver Cámara de Comercio, *Commercial Tariffs and Regulations, Resources, and Trade, of the Several States of Europe and America, Together with the Commercial Treaties between England and Foreign Countries. Part the Sixteenth. States of Mexico* (Londres, 1846).

⁴⁹ Citado en D.M. Young, *The Colonial Office in the Early Nineteenth Century* (Londres: Longmans, 1961), 137.

⁵⁰ Latour, «Drawing,» 55.

⁵¹ Ver, entre otros: April Alliston, *Virtue's Faults: Correspondence in Eighteenth-Century British and French Women's Fiction* (Stanford University Press, 1996); Elizabeth Heckendorn Cook, *Epistolary Bodies: Gender and Genre in the Eighteenth-Century Republic of Letters* (Stanford: Stanford University Press, 1996); y Robert Adams Day, *Told in Letters: Epistolary Fiction before Richardson* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1966).

⁵² Amanda Gilroy y W.M. Verhoeven, edc., *Epistolary Histories: Letters, Fiction, Culture* (Charlottesville: University Press of Virginia, 2000), 6, 13.

⁵³ Harold Love, *Scribal Publication in Seventeenth-Century England* (Oxford: Clarendon, 1993), 177.

⁵⁴ Thomas Richards, *The Imperial Archive: Knowledge and the fantasy of Empire* (Londres: Verso, 1993).

⁵⁵ Ver Young, *Colonial Office*, 137, 285-86; Ray Jones, *The Nineteenth-Century Foreign Office: An Administrative History* (Londres: Wiedenfeld and Nicolson, 1971), 23-39 y Apéndice B; y Anne Thurston, *Records of the Colonial Office, Dominions Office, and Commonwealth Office* (Londres: HMSO, 1995), 30-40.

⁵⁶ Kenneth Bourne, *Palmerston: The Early Years, 1784-1841* (Nueva York: Macmillan, 1982), 430.

⁵⁷ Citado en Kenneth Bourne, «The Foreign Office under Palmerston,» en *The Foreign Office, 1782-1982*, ed. Roger Bullen (Frederick, MD: University Publications of America, 1984), 21.

⁵⁸ *Ibidem*, 20.

⁵⁹ Citado en Bourne, *Palmerston*, 420.

⁶⁰ Linda Colley, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837* (New Haven: Yale University Press, 1992), 178. Para más información sobre este tema, ver su

capítulo 4, esp. 177-82.

⁶¹ Edward Hertslet, *Recollecting of the Old Foreign Office* (Londres: John Murray, 1901), 77. Más referencias acerca de este trabajo están citadas en este texto.

⁶² Citado en Bourne, *Palmerston*, 477.

⁶³ Latour, «Drawing,» 56; énfasis en original.

⁶⁴ Bourne, *Palmerston*, 446.

⁶⁵ *Ibidem*, 422.

⁶⁶ El astuto Chatfield arregló tener un negociador británico quien poseía una mina cerca de Copán, y fungió como su testaferro. Le dijeron que tenía que hacer una oferta para la tierra, diciendo que sus intereses eran el rasguño de reses y la cultivación de tabaco.

⁶⁷ Peter Brook, *Reading for the Plot: Design and Intention in Narrative* (Nueva York: Knopf, 1984).

⁶⁸ Martin Green, *Dreams of Adventure, Deeds of Empire* (Nueva York: Basic Books, 1979), 38; Joseph Bristow, *Empire Boys: Adventures in a Man's World* (Nueva York: HarperCollins Academic, 1991).

⁶⁹ René Girard, *Deceit, Desire, and the Novel: Self and Other in Literary Structure*, traducido por Yvonne Freccero (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1972); Eve Kosofsky Sedgwick, *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire* (New York: Columbia University Press, 1985), 23,2.

⁷⁰ El uso de la carta privada de Wodehouse no hubiera parecido raro a Palmerston, quien era conocido por animar a ministros a escribirle inoficialmente, a la consternación de la reina Victoria.

⁷¹ En el reporte parlamentario del año 1835 sobre el Museo Británico –una de varias investigaciones importantes del siglo diecinueve sobre la institución- el tema del científico extranjero se levantó durante la pregunta de J.G Children, conservador de las colecciones zoológicas. Pregunta: «¿No ocurre a veces que naturalistas extranjeros de eminencia serían muy complacidos de llegar a un entendimiento con el Museo Británico a coleccionar por ellos en sus viajes y excursiones de descubrimiento? ... No tengo ninguna duda de que se cierto, y que encontraríamos muchos que participarían en esa correspondencia» (Cámara de los Comunes, «Report from the Select Committee appointed to inquire into the Condition, Management and Affairs of the British Museum,» *Parliamentary Papers*, 1836, vol. 10, 225).

⁷² Skinner, *Orchids*, 173.

⁷³ Norman Hammond, en continuación al trabajo de Ian Graham, escribe que la apariencia de este reporte y los dibujos en Londres resultó de la publicación del

Gestores de la correspondencia

reporte de Méndez en Berlín en 1853 junto con una serie relacionada de dibujos. Mi investigación sugiere que emergieron de la consulta del Museo Británico al Ministerio de relaciones exteriores de Gran Bretaña sobre el estatus de su complot maya («Nineteenth-Century Drawings of Maya Monuments in the Society's Library,» *Antiquaries Journal* 64 [1984]:86).

⁷⁴ *Ibidem*, 97-101. El reporte se reimprimió en *Anales de la Sociedad de geografía e historia de Guatemala* 7, no. 1 (1930): 88-94.

⁷⁵ Citado en Jenkins, *Archaeologists*, 61.

⁷⁶ Nancy Leys Stepan observa que entre los álbumes de fotografías de tipos raciales, que conservó Louis Agassiz para sus estudios científicos, se encontraban fotografías de estatuas clásicas como la Venus de Milo y Apolo Belvedere, encajadas con fotografías de perfil de otros raciales para ilustrar la lógica contrastiva del pensamiento racial (*Picturing Tropical Nature* [Ithaca: Cornell University Press, 2001], 94).

⁷⁷ Ian Graham describe la extracción de uno de los derrumbes de Yaxchilán de Maudslay así: «como para el derrumbe, con un peso estimado de todavía alrededor de una tonelada aunque fue reducido por la mitad de su grosor por Maudslay, no había ninguna otra manera de llevarlo como azotado a un polo cargado en los hombros de hombres. No sorprendió que los hombres se tardaron varios días en llegar a Sacluk. Allí, Maudslay fue capaz de reducir su grosor un poco más con un serrucho que compró de un leñador. ... [Eventualmente fue]llevado por diecisiete indios hasta El Cayo, Honduras británica, de donde se podía llevar a lo largo del río para abajo hasta Belice para envío» (Maudslay, 105).

⁷⁸ «Dr. Karl Ritter Von Scherzer,» *Geographical Journal* 21, no. 4 (1903): 463. Una contribución notable de Scherzer fue la publicación de una versión en español de Popul Vuh en 1857, la que encontró en la librería de la universidad en Guatemala. Esta fue la primera publicación del texto, aunque su existencia está probada desde finales del siglo dieciocho (Las historias del origen de los Indios de esta Provincia de Guatemala ... [Londres, 1857]). Para el papel de Scherzer en publicar el texto, ver Sylvanus G. Morley, ed., «Popul Vuh»: *The Sacred Book of the Ancient Quiché Maya* (Norman: University of Oklahoma Press, 1950).

⁷⁹ Scherzer, *On Measurements as a Diagnostic Means for Distinguishing the Human Races* (sin imprenta: 1858), 2; énfasis en original. Ver también Joseph Barnard Davis, «On the Method of Measurements, as a Diagnostic Means of Distinguishing Human Races, Adopted by Drs. Scherzer and Schwarz, in the Austrian Circumnavigatory Expedition of the 'Novara,'» *The American Journal of Science and Arts* 2do, ser. 29, no. 87 (1860): 329-35. Un resumen de los logros

de Novara elaborado para la exhibición internacional de 1862 observó que «debe crear un sentimiento de orgullo y satisfacción en la mente de un alemán el hecho de atestiguar que es la raza gemela anglosajona a la que parece que ha sido reservada la difusión de una nueva vida encima del mundo» (Exhibición Internacional de 1862, *Outline of the Principle Aims and General Scientific Results of the Novara Expedition, Undertaken During the Years 1857, 1858, and 1859* [sin imprenta: 1862]), 6.

⁸⁰ En 1936, el periódico *Maya Research*, en base del manuscrito incompleto de la librería de la Universidad de Tulane, publicó una parte del reporte más largo y más importante de ellos, tomado del diario de Scherzer (Carl Scherzer, «A Visit to Quiriguá,» *Maya Research* 3, no. 1 [1936]: 92-101). Según mi conocimiento, el reporte que sometió Scherzer a los fideicomisarios del Museo Británico (42 páginas, con fecha del 18 de noviembre de 1854) nunca ha sido publicado, aunque seleccionó de él en un folleto publicado en Viena en 1855 (*Ein Besuch bei den Ruinen von Quirigua im Staate Guatemala in Central-Amerika* [Viena: 1855]). Por facilidad de referencia, donde hay un acuerdo entre la versión publicada y el manuscrito en el Museo Británico, cito lo anterior con páginas. Por lo demás, proporciono números de folio del manuscrito enviados a los fideicomisarios, que ahora se encuentran en los archivos centrales del Museo Británico.

⁸¹ Ver Annie E. Coombes, *Reinventing Africa: Museums, Material Culture and Popular Imagination in Late Victorian and Edwardian England* (New Haven: Yale University Press, 1994), 43-62.

⁸² Scherzer, «A Visit,» 98.

⁸³ Coombes, *Africa*, 44.

⁸⁴ Scherzer, «A Visit,» 98.

⁸⁵ Para la donación de Stevenson, ver los registros en el Museo Británico, Departamento de Etnografía (1857.4-14). Durante las próximas décadas, la colección etnográfica del museo tronó, aumentando de 3,500 a más de 38,000 hasta finales del siglo. Entre las colecciones mexicanas más importantes que entraron al museo era la que se legó por Henry Christy en su muerte en 1865. Christy se había encontrado con Edward B. Tylor en La Habana y los dos viajaron juntos a través México en mediados de los años 1850, hacia el final del complot examinado aquí; el reporte de Tylor aparece en *Amahua: Or, Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern* (Londres, 1861). La colección de Christy era a alcance global, pero las antigüedades mexicanas ancianas, muchos de los que están expuestos en la Galería Mexicana, están particularmente renombrados.

⁸⁶ Para estos objetos, ver John W. Boddam-Whetham, *Across Central America*

Gestores de la correspondencia

(Londres, 1877), 301; Valerie Meyer-Holdampf, *Tikal-Abenteuer und Entdeckung: Auf den Spuren der Alten Mayavölker* (Frankfurt: Fouqué Literaturverlag, 2000), 138-71; y Sylvanus Griswold Morley, *The Inscriptions of Peten* (Washington: Carnegie Institution, 1938), 77-83.

⁸⁷ Una colección de estereógrafos guatemaltecos y los folletos acompañantes (*Description of a Series of Photographic Views of the Ruins of Copan* [Londres, 1863]) están guardados en la librería de la Universidad de Princeton. El diario guatemalteco de Caroline Salvin, su esposa, ahora se publicó en una edición espléndida bilingual (Caroline Salvin, *A Pocket Eden: Guatemalan Journals 1873-1874* [South Woodstock, VT:Plumsock Mesoamerican Studies, 2000]).

⁸⁸ Roger Fry, *Last Lectures* (Cambridge: Cambridge University Press, 1939), 87.

⁸⁹ Anne Cary Maudslay y Alfred Percival Maudslay, *A Glimpse of Guatemala, and Some Notes on the Ancient Monuments of Central America* (Londres, 1899), 86. Sobre los indios, Alfred Maudslay dijo lo siguiente: «Ignorantes, perezosos, sucios, y ebrios, así como es esa gente sin duda, me parecen alegres, amables y honestos» (139).

⁹⁰ El desdén magistral de Alfred Maudslay para los oficiales centroamericanos quienes pasaban para observar su trabajo (129-31) está repetido por su contemporánea Zelia Nuttall, quien se quejó ampliamente sobre las condiciones bajo las que el gobierno mexicano «acepta el trabajo científico voluntario,» que incluyó el requisito que sus excavaciones tienen que ser vigiladas por el inspector de monumentos arqueológicos, requerido así por la ley mexicana («The Island of Sacrifices,» *American Anthropologist* 12, no. 2 [1910]: 257-95; ver esp. 277-79).

⁹¹ Citado en Williford, «Las luces,» 38. Para las expediciones, ver Claxton, «Miguel Rivera Maestre,» 393-94; y J. Antonio Villacorta C., *Historia de la República de Guatemala (1821-1921)* (Ciudad de Guatemala: sin imprenta, 1960), 354.

⁹² «Disposiciones oficiales que se han venido dictando desde el año de 1845 para la conservación de los monumentos y vestigios arqueológicos existentes en Honduras,» *Revista del archivo y biblioteca nacional de Honduras* 18, no. 4 (1939): 180; para la historia de esas leyes, ver Daniel F. de la Borbolla Rubin y Pedro Rivas, *Honduras: Monumentos históricos y arqueológicos* (Ciudad de México: Consejo Internacional de la Filosofía y de las Ciencias Humanas, 1953), 16, 27.

⁹³ «Disposiciones,» 180. Para una revisión detallada de estas leyes y la depredación que se pensaba que contenían, ver Ricardo Agurcia Fasquelle, «La depredación del patrimonio cultural en Honduras: El caso de la arqueología,» *Yaxkin* 8, no. 2 (1984): 83-91.

⁹⁴ Sara Suleri, *The Rhetoric of English India* (Chicago: University of Chicago Press, 1992), 12.

⁹⁵ William Bullock, *Six Months' Residence and Travels in Mexico* (Londres, 1824), 341-42.

⁹⁶ *Ibidem*, 342.

⁹⁷ Boddam-Whetham, *Central America*, 179. Cf. Maudslay y Maudslay, *Glimpse*, 131.

Historia e identidad en Honduras¹

Rafael Murillo Selva

I Parte

Introducción

Algunos apuntes sobre ese volátil concepto de la identidad:

- ...Desde hace largo tiempo hemos venido sosteniendo que nuestra sociedad, la hondureña, como cualquier otra, contiene (y ha contenido siempre) perfis, signos, usos, costumbres, que la singularizan. Cuando se dice que aquí «somos diferentes» se está en lo cierto, como lo estaría cualquier otra afirmación similar aplicada a otro grupo social.
- ...Hemos afirmado también que todo grupo social es portador de una cultura, puesto que esta es el resultado no de abstracciones idealizadas sino de las manifestaciones concretas de la vida. El hecho que estas formas con los que la cultura se expresa estén invisibilizadas para los otros, o bien que no encajen en patrones generalmente aceptados con relación a lo que se entiende por signos identitarios, ello no significa que se carezca de «cultura» y por tanto de «identidad».
- ...A esta «identidad» no pueden atribuírsele signos de permanencia inalterable, porque ello equivaldría a condenar las formas en los que la cultura se expresa a una repetición mecánica y estéril que termina por despojarla de su aliento vital. Una de las características especiales de la cultura, justamente, es el de estar en constante movimiento y transformación, cambios y transformaciones que se operan sobre la base de lo que ha sido, de lo que es y de lo que se espera ser.
- ... Sobre el empleo del término («identidad») he señalado que habría que encontrar otro que traduzca más claramente lo que con él se pretende significar, puesto que este por su misma ambigüedad suele emplearse de manera confusa y

¹ Este trabajo fue preparado originalmente para ser publicado por partes en la prensa local, por lo cual carece del estricto rigor académico que requiere la historia. La segunda parte se encuentra en curso de preparación.

hasta arbitraria. Parecería que cualquier cosa cupiera en ese término. Se le utiliza a menudo, por ejemplo, como consigna política sin considerar los préstamos, los tejes, entretejes y contradicciones que se establecen casi continuamente en el campo de la cultura y en el intercambio de sus bienes. En ocasiones se le enarbola desde posiciones humanistas y en otras se le alza para defender y rescatar «tradiciones» negadoras de la libertad y la dignidad humana. Con ella se suele azuzar el más regresivo y pedestre chauvinismo y al mismo tiempo puede darnos la clave para comprender las inevitables relaciones que tenemos con «el otro». En ocasiones la defensa de la «identidad» se convierte en un frente de batalla contra «lo moderno «lo cual, si no fuera por la inocencia o la buena intención «romántica» que la anima, pensaríamos que un nuevo fundamentalismo el cultural se nos viene encima.

- ...En nuestro país últimamente se ha desatado una cierta fiebre por el rescate y defensa de la «identidad» y en pos de ese empeño se corre el riesgo de caer en posiciones tan idealizadas como aquella del regreso a una supuesta «felicidad y gozosa inocencia en la que vivían nuestros ancestros pre-hispánicos» lo que, como toda persona debe saber, no fue tal. Nuestros ancestros indígenas también hacían guerras, mataban, torturaban, esclavizaban y eran a su vez esclavizados.
- ...Hasta rescatar el juego del «enchute» así como revalorizar al mondongo y al tamal, como la culinaria «auténticamente nacional», se han convertido en batallas por la «identidad», lo que no está del todo mal, si con ello se lograra atajar el veneno globalizado que contienen las «fast food» y se lograra rescatar el sentido lúdico y la imaginación de aquellas niñas y aquellos niños cuya capacidad de crear por sí mismos está siendo reducida a cero por los mismos medios de comunicación que con «afán patriótico» ayudan a «rescatar lo nuestro».
- ...Lo que habría que aclarar, en todo caso, es que esas comidas y esos juegos no son del todo «auténticamente nuestros», sino que surgieron como producto de cruces en los que intervinieron culturas diversas y en algunos casos culturas en conflicto. Es bueno recordar que uno de los elementos más representativos de una cultura es su culinaria y en el caso nuestro muchos de los elementos que la integran son producto de la conquista y de la colonización, de igual manera varios ingredientes de la culinaria europea, es decir de los conquistadores, contienen aportes de las culturas indígenas y negras, baste pensar en el maíz, la papa, el chocolate.
- ...Lo que es evidente es que el término está siendo tan usado y manoseado en los tiempos actuales que corre el riesgo que termine por convertirse en un concepto difuso y sin sentido. Quizás sea necesario encontrar otro que pueda indicar con

Historia e identidad en Honduras

mayor precisión las contradicciones que en el campo de la cultura se están dando en el mundo actual. En este sentido lo que habría que tener siempre presente es lo equivocado que puede ser el encajonar los términos de cultura e identidad (los cuales caminan al mismo paso que la vida) con criterios estratificados o idealizados.

- ...Con relación a los estudios y discusiones que desde hace más o menos tres décadas se vienen realizando, en ciertos círculos, sobre la problemática de la «identidad cultural» puede advertirse que los resultados de los mismos les son ajenos a los sectores mayoritarios de la población. Este asunto de la identidad es quizás un problema más de académicos y de ciertos sectores sociales reducidos, que del «pueblo pueblo». En efecto, los sectores que conforman este último, en el proceso de sus propias vivencias, no suelen preguntarse si lo que hacen, o lo que piensan, responde a actitudes vinculadas o no con la «identidad». Ellas y ellos simplemente hacen y son. Esto es así porque las formas culturales, sin preguntar sobre su origen, las personas se las apropian o las reelaboran en la medida que son útiles para colmar sus necesidades y expectativas, tanto materiales como espirituales. Esa es y ha sido siempre la lógica de la vida en todos los tiempos, en todos los espacios, en todas las culturas. Sobran los ejemplos históricos que dan cuenta de este hecho.

Rastrear la Historia para medio comprender

«El que no observa a un pueblo mas que en su actual posición es como el que no ve a un hombre mas que en un acto solo de su vida. Para conocer un hombre es preciso verle en todos sus periodos, y para conocer a un pueblo es necesario observarle en todas las épocas de su historia».

(José Cecilio del Valle)

Durante mucho tiempo los estudios e investigaciones sobre el periodo colonial en la provincia de Honduras fueron, si no inexistentes, muy escasos. Recientemente algunos investigadores han abordado el tema, fundamentados en documentos de la época a través de los cuales podemos darnos una idea de lo que fueron esos tres siglos que en una ocasión denominé el largo bostezo colonial. Conocer de lo que fue la vida social e individual de ese periodo es un asunto de particular interés puesto que, en cierta medida, parte de «la identidad» que ahora portamos la mayoría de las hondureñas y hondureños empezó a fraguarse en esa época. Esos tres siglos no podrían haber pasado en vano.

Es cierto que esos informes y documentos al estar elaborados por autoridades hispánicas, es decir por la parte interesada, corren el riesgo de asumir posiciones parciales. Aun así pienso que si a algunas de esas informaciones se les liga con los acontecimientos sucedidos durante la época republicana, constataremos que buena parte de lo que en ellos se consigna no carece de fundamento.

En esos documentos existen bastantes puntos de coincidencia como lo son los señalamientos de la singularidad de ciertos eventos que le acaecieron a esta provincia. Se da cuenta, por ejemplo, sobre el carácter particularmente anárquico y turbulento de lo que fue el descubrimiento, la conquista y los primeros cincuenta años de la colonia (Chamberlain Roberts, Olga Joya 1992,141-114); de su difícil geografía y, en consecuencia, la imposibilidad de penetrar totalmente su territorio; su alarmante y precipitado despoblamiento y su corolario: escasez de mano de obra para la producción y por ende la renuencia de los españoles a quedarse en «esta tierra desventurada»(Joya 1992,117); la diversidad de lenguas, (derivadas de familias troncales diferentes) y tribus que en ella habitaban y la ausencia de hegemonía de cualquiera de ellas (Linda Newson 2000,33); de lo aislado de la provincia y lo incomunicados que se encontraban sus diversos poblados; de la corrupción de las autoridades; de su pobreza secular; del surgimiento del mestizaje y la mayoría alcanzada por la población mestiza particularmente de la mulata (o sea el Mulataje).

Desde el inicio fue el caos, la corrupción y la pobreza

Desde el inicio todo parece haber sido particular y hasta insólito en esta provincia de Honduras. Lo que sucedió aquí, en relación con los sucesos sociales políticos y económicos, al menos en el área de Centro América, contiene sesgos y perfiles tan diferentes a la de otras comarcas coloniales, que desde entonces nuestra historia ha sido marcada por una cierta singularidad que «desentona». Para lo que interesa en este trabajo nos detendremos particularmente en el fenómeno del Mestizaje no sin antes tocar, de pasada, otros acontecimientos que de una u otra manera se relacionan con este. Entre estos últimos merecen atención especial el despoblamiento de la provincia, la violencia, corrupción y desorden que marcó a la conquista y a la administración colonial, así como el crónico estado de pobreza en el que se vivió desde el inicio hasta el fin de la época «civilizatoria».

La matanza y el robo entre los mismos conquistadores que invadieron la provincia fue uno de los más «irracionales» del continente, se hizo gala en ella

Historia e identidad en Honduras

de una violencia poco comprensible para un territorio (o quizás debido ello a la denominada «influencia telúrica») «áspero y fragoso» «doblado y montoso» y que si bien al inicio, como presa de conquista, había generado ilusiones doradas en los invasores, no pasó mucho tiempo para que se develaran sus «limitadísimos» recursos.

Cuatro o cinco conquistadores, enemigos entre sí, entran a la provincia amparados con títulos otorgados por «autoridad competente» y se batan como bestias. El caos fue tal que en 1542 la provincia tuvo tres gobernadores al mismo tiempo (Joya 1992.138).²

La legalización de títulos opuestos por lo demás, ha sido y continúa siendo un hecho recurrente a lo largo de nuestra historia. El actual desbarajuste de los títulos de propiedad para el caso se «inspira» en el secular desorden que caracterizó a la administración colonial.

En 1536 Andrés de Cereceda informa a la Corona que:

«poca gente se queda aquí pues los más se van a Guatemala, Nicaragua o Perú (...) pues a muchos les parece poco el oro que se sacaba y además tenía los inconvenientes de las constantes peleas entre los conquistadores»

(Joya 1992.125). En otro informe anterior (1530) señala:

«Poner orden (...) ningún año pasa sin dos o tres sublevaciones (de Españoles) contra la justicia real. La anarquía reinante de esta pequeña población llega a extremos (...) hasta el escribano del gobernador se sentía libre de hacer todo tipo de atropellos y falseaba los escritos y cuentas del gobernador (...) ignorándole este (el gobernador) por necesidad. (...) de manera que el que ha de castigar los vicios es maestro de ellos» (Joya 1992.124).

Como comentario al margen de lo que Cereceda señaló en aquel lejano año de 1530, podría parecer una ficción en la que una máquina del tiempo nos hace ver que, en lo que a corrupción se refiere, durante quinientos años, los de antes continúa siendo como lo de ahora.

Las cifras que arroja el despoblamiento indígena no dejan de consternar,

² *Siendo ya república Honduras tuvo debidamente legalizados tres presidentes simultáneos en un mes.

a pesar de lo mucho que se ha dicho y escrito sobre el genocidio perpetrado en América. En 1530 Andrés de Cereceda y en 1547 el obispo Pedraza, citados por Linda Newson (1992,181) informan que:

«Vasco de Herrera le había hecho la guerra a los indígenas de Trujillo y había esclavizado tantos que en pueblos que anteriormente habían 1000 almas quedaron apenas 30 y que «en los alrededores de Trujillo pueblos con una población de varios miles habían sido reducidos a 150 o 180 personas» (...) Un pueblo de 900 de casas, señala, Cereceda, «había sido despoblado a tal punto que la única sobreviviente era la hija de un Cacique que se había escondido debajo de un bote» (...) por su parte el obispo Pedraza relata que «Cuando Cereceda entró al valle de Naco habían entre 8.000 y 10.000 hombres pero que para 1539 quedaban apenas 250.» Para 1586 la gran provincia de Naco «había sido reducida a menos de diez indígenas» (L. Newson 1992,181).

Linda Newson por su parte y a manera de conclusión asevera que:

«En el occidente y centro de la provincia se produjo una reducción de indígenas del 95% y en la parte oriental de 33 al 50%, siendo ésta una proporción más alta que la registrada en los estados de la Sierra Central de México y en los Andes Centrales, también es una proporción mayor que al de los otros cacicazgos como la de los chibchas» (L. Newson 1992,486).

Abundan los documentos que dan cuenta de l estado crónico de la pobreza que envolvió, desde el inicio hasta el final, la vida de la provincia ,el religioso dominicano Thomas Gage de su viaje por Honduras en 1630 señala:

«esta provincia llena de bosques y montañas muy malo e incómodo para el viajero y además muy pobre no habiendo allí otras mercancías que cueros, cañafistula y zarzaparrilla (...) en Comayagua, sede del obispado no hay en el lugar más de 500 habitantes (...) me di cuenta que ese país es el más pobre de toda América» (de D'ans 2002, 90).

Casi tres siglos después del informe anterior el gobernador intendente Juan Antonio de Tornos señala en 1816:

«La extensión de la provincia es extraordinaria respecto a su población que aproximadamente ascenderá a cien mil almas (...) siendo muy corta la de los españoles y mucho mayor que ésta y la de Indios la de las llamadas castas que abraza negros y mulatos (...) es tal la miseria de la provincia (...) que no pueden dar de comer a estos jueces (...) a doscientos noventa y dos años de conquistada esta provincia de Honduras difícilmente podrá creerse su atraso en el cultivo y labranza de la tierra siendo tal la fertilidad de ésta (...) pero son casi invencibles la pereza y desidia de sus habitantes(...) Industria: Si expusiere a V.E. que es desconocido hasta este nombre en esta provincia (la palabra industria...) entre todos los oficios necesarios para la vida cómoda no se conoce un solo hombre que pueda llamarse maestro.» (Leiva 1991.303)*

LA COLONIA: Una empresa mercantil fracasada. La Gran Copulación. Surgen nuevas formas culturales.

Treinta y cinco años antes de la independencia, es decir en 1789, el obispo Cadiñanos señala:

«De hallarse tan separados unos fieles de otros, metidos en lo más oculto de las montañas y retirados de los pueblos, se origina el vivir totalmente abandonados a la ociosidad y encenagados en los más abominables vicios. Los amancebamientos públicos son en número excesivo, los pecados de incesto hasta en los grados más prohibidos son muchos (...) el odio y aborrecimiento que tienen a la observancia de los preceptos divinos, reales y eclesiásticos es constante (...) la ninguna utilidad que estos vasallos resulta a V.M. ni a la república se deja conocer (...) por todas estas razones y por hallarse la provincia en el más infeliz estado de pobreza (solicita) que todos o la mayor parte de estos fieles sean reducidos y obligados a vivir en poblados» (Leyva 2003.9)

Parece ser que desde el inicio hasta el final la autoridad que representaba al estado español se caracterizó, cuando llegaba a ejercerse, por la debilidad o la indiferencia. Por ello las leyes que prohibían a los peninsulares vivir en los reductos indígenas (y a la inversa) nunca fue cumplida. Nosotros podríamos pensar, que esa indolencia o debilidad pudieron deberse al poco interés que esta

provincia ofrecía. En efecto, Centroamérica fue desde siempre la más pobre y aislada de las provincias de la colonia Española y Honduras fue la más aislada dentro del aislamiento y la más pobre entre las pobres. Para el afán de lucro que la empresa (eso es lo que fue) conquistadora y colonizadora llevaba implícita esta provincia era de poco interés.

Es fácil imaginar que desde entonces para los peninsulares viajar a ella podría ser algo así como la última alternativa o bien, exagerando un poco, algo parecido a un castigo. Esta provincia incógnita y remota en aquella época, igual que ahora, podría parecer algo así como el Macondo que describe García Márquez en las últimas páginas de su novela. A estas tierras no se arrimaba nadie y los que lo hacían venían como funcionarios de muy bajo escalón, con muy raquíticos salarios en comparación al que se ofrecía en otras regiones, o bien como religiosos enviados por la autoridad a esta tierra «impenetrable». No es descartable tampoco que esta provincia, (tal como continúan siéndolo varias regiones del país) por su aislamiento y «remotidad», haya sido territorio privilegiado para forajidos, perseguidos y para espíritus ermitaños poco emprendedores pero enamorados del aislamiento y la libertad.

Dadas las condiciones económicas imperantes en la provincia es dable suponer que lo señalado por el Obispo Cadiñanos no solamente sería atribuible a los Indios(as) negros(as) que, escapando de los vejámenes sufridos por la empresa de la conquista, se habían refundido en íngrimas soledades. Como la empresa colonizadora desde sus inicios estuvo signada por el fracaso mercantil a muchas personas peninsulares les había tocado también ser «Pobres de Nación». Según Linda Newson:

«...a principios del siglo XIX únicamente el 32% de las familias de Españoles vivían en los pueblos y de estos apenas un tercio vivían en Tegucigalpa y Comayagua». (Newson 1992,244) Y agrega que «en la Capital de la Provincia eran pocos los Españoles (que vivían) y estaban reducidos a vivir de la caridad» (Newson 1992,242).

Por la falta de medios para poder generar riqueza en los poblados se produjo una migración hacia espacios más rurales todavía; y señalo el término más, porque los diminutos poblados nunca dejaron de serlo. Entre estos migrantes algunos fundaron haciendas, otros fueron a vivir a los pueblos de indios y muchos se asientan y refunden en parajes distanciados.

En cuanto a aquellos que fundan Haciendas la mayoría, siendo que era

tan limitada la actividad mercantil y escasos los recursos, vivía prácticamente (tal como ahora lo hace una gran parte de la población) bajo una economía de «semi subsistencia».

Imposible reconocer «lo que era una republica rural Española y una republica rural Indígena» (L. Newson 1992,286).

Era imposible, a fin de cuentas, reconocer la prevalencia de ningún color y sobre todo de ninguna cultura entre las tres primarias que intervienen en el rostro del Mestizaje.

El Amancebamiento (La Chanfaina)

Desde muy pronto la mayor parte del territorio y de sus gentes se había convertido en un gran caldero en el que se cocinaba pan, maíz, carnes, vísceras y pezuñas. Este plato (al cual le falta cocción todavía) se caracteriza por ser pobre y democrático ya que ninguno de sus ingredientes prevalecía sobre los otros. El amancebamiento y «el libertinaje» con que se mezclan sus ingredientes no fueron la excepción sino la norma. Señalaremos de paso que hasta hace algunos años con frecuencia se consumía en Honduras un plato dominguero que era más o menos síntesis de esos ingredientes y al cual, en algunas regiones, se le otorga el significativo nombre de Chanfaina.

Puede decirse que para todas y todos (blancos, indígenas, negros) vivir en la más confinada de las provincias les significó un quiebre, una ruptura, una nueva vida, de cuyos fundamentos se irían tejiendo las bases de su futura identidad. Indios (as) y negros (as) huyen, se esconden y trabajan cuando les da la gana; los blancos empobrecidos, por su parte, se desplazan, emigran y en un solo festín nucleado a través del cuerpo y sus memorias se juntan, se amanceban. El resultado de esa democrática copulación se le verá muy pronto: crecerá tan rápidamente que a mediados del siglo XXVII esos descendientes de público concubinato empiezan a convertirse, numérica y culturalmente, en el segmento poblacional preponderante con la decisiva particularidad, además, de que la mayoría de ellos y ellas crecerán, y vivirán, deseando, añorando o rechazando, a la ausente figura del «pater».

Es la mujer, desde entonces, quien medio «estabiliza» y sostiene. Ese sigue siendo el caso, por lo demás, de la mayoría de la población actual y una de las razones que podrían explicar la génesis y la vigencia del machismo.

Sea como fuere: acomodándose y acoplándose sin ley y sin orden, aislados en minúsculas comarcas distanciadas entre sí, el mestizaje irá tejiendo una cultura muy próxima a la cimarrona. Al final del periodo colonial el 80% de

la población vivía prácticamente en cimarronaje, es decir, libre, sin autoridad que no fuera la que ellos y ellas mismas se ofrecían, sin sentirse parte de las estructuras administrativas, políticas o económicas de los «civilizados». Esto es lo que Cadiñanos califica en su informe como irracional. Irracional por supuesto según «una lógica» incapaz de comprender que esa cultura del «concubinato» y «amancebamiento» (figuras estas que continúan predominando en el país) respondía a su propia lógica, portaba su propia racionalidad. Es desde esa simiente libertaria de donde comenzaron a fraguarse una buena parte de los signos con los que una gran mayoría de hondureñas y hondureños, antes y ahora, nos manifestamos y expresamos. En ese fogón en el que caldearon «sangres revueltas» (expresión de Marcos Carías Z) brotarían las líneas que terminarían por dibujar nuevas formas, actitudes y visiones. Al surgir el «ladino» y el mulato como entidades brota un nuevo lenguaje mediante el cual se irán creando nuevas sintaxis, diferentes articulaciones y propuestas para percibir, concebir y manifestar el espacio, el tiempo, las emociones, la moral, las relaciones, el gesto, el Eros, la razón y la lógica, la vida y la muerte.

El mestizaje, en síntesis, es creador de una nueva cultura, diferente y a la vez parecida a las anteriores de las cuales surge y cuyas manifestaciones nucleares, aunque ello pueda parecer contradictorio con su posterior historia sangrienta, son la opción libertaria y un sentido lúdico de la vida. El cuerpo y el gesto como depositarios de la memoria y vehículos para expresar, en sustitución de la palabra lo que se siente y se piensa, son otros de sus acentos significativos. En este caso no ha sido el verbo lo primero, ni la «lógica» occidental el único vehículo.

Posteriormente apuntaremos otras reflexiones que aluden a la cosmovisión que sobre varias esferas de la vida y de la muerte han ido surgiendo, en ese proceso que dio origen al mestizaje y el cual, a lo largo y ancho, continúa hirviendo a todo vapor. Esas reflexiones emanadas algunas de ellas de hipótesis intuitivas las iremos insertando al continuar discurrendo en el desarrollo de este artículo, casi instalado ya en el periodo histórico que corresponde a la separación política de la provincia de su ya casi agonizante vínculo con la metrópoli. Antes de ello, haremos otra aclaración previa, sobre lo que precedentemente hemos venido hilvanando.

Dado el fracaso mercantil de la empresa colonial, donde nada o poco se movía, es fácil imaginar que esta provincia vivió, al menos durante doscientos cincuenta años, en un letargo que ha de haber parecido interminable. Sin embargo, y por desgracia, esas montañas de pasividad y energía acumulada durante tanto tiempo, terminarán por desatarse con pasión destructiva inesperada, apenas pocos años después de que «un sagaz observador» español había informado, a diez años

Historia e identidad en Honduras

de iniciarse las montoneras, que «el carácter de los habitantes (de Honduras) es dócil y sumiso pero más inclinado al ocio que al trabajo». (Leyva 1991.293)

Cuán difícil, me digo, es penetrar estas confinadas Honduras, víctima frecuente, por lo demás, de juicios tan ligeros como el del «enviado especial» y gobernador intendente Juan Antonio De Tornos en 1816.

La modernidad

La nación, el estado

Cuando en los tiempos de la modernidad surgen, en algunos países europeos, los nuevos proyectos de nación y de estado se deben, sobre todo, a que los mismos se han vuelto necesarios para amplios sectores de la población, y además, porque existían ciertas condiciones que los hicieron posibles. En efecto la existencia de un cierto mercado nacional así como la presencia de una clase hegemónica (la burguesía) con el suficiente poder para articular, muchas veces por la fuerza, las diversas partes en un todo. A nivel cultural se dio una cierta homogenización y una tradición compartida durante muchos siglos, lo que permitió que diversos componentes pudiesen articularse para dar origen a una nueva entidad denominada nación.

Este cambio histórico, como todos los cambios profundos, no se realizó sin conflictos ni vicisitudes, pero al final las demandas y exigencias de las nuevas formas productivas de la época terminaron por imponerse. Esas necesidades y exigencias, por otro lado, así como surgieron pueden a su vez modificarse, lo que provocaría que la nación tal como se conoció en sus inicios, tendería a transformarse o simplemente desaparecer, como parece estar sucediendo en estos tiempos en los que por exigencias y necesidades concretas, sobre todo económicas, se pretende organizar e instaurar una macro sociedad globalizada.

«Identidad Nacional» e «Identidad Cultural»

Los conceptos de identidad cultural e identidad nacional suelen confundirse. Aunque si bien es cierto que en ocasiones se complementan no por ello significan lo mismo. Lo nacional, como ya se señaló, es una categoría política de reciente surgimiento en la historia, por otro lado la cultura es tan antigua como la historia misma del «homo sapiens», y no desaparecerá hasta cuando los seres humanos dejemos de serlo.

Elaborar una reflexión entre ambas identidades es lo que nos interesa

continuar desarrollando en este trabajo, en el entendido que con esos términos se alude a la relación entre lo real y lo formal, o entre lo que es un proyecto (nación/estado) y la identidad.

El país formal y el país real

*«Gobernar no es copiar las providencias que se dictan en otros pueblos, de climas, modalidad, carácter y hábitos diversos»
(José Cecilio del Valle).*

En el caso de América Latina, y particularmente el de Honduras, la creación de un estado y la formación de una nación surge únicamente en las mentes de un reducido grupo de personas (los criollos) los cuales, sin contar además con el poder suficiente, quisieron aplicar para su beneficio y el de su «patria» («la patria del criollo») las instituciones y principios vigentes en aquel entonces en los países más «civilizados» de la época. De esta forma, sin preguntarse sobre la realidad en la que estaban viviendo, copiaron instituciones, legislaciones, maneras de ver y de pensar en el supuesto de que con ellas se avanzaría hacia una sociedad más ilustrada, menos injusta, más equitativa. Sin embargo, la realidad en la cual se movía la mayor parte de la población, en la provincia de Honduras, estaba mucho de estar preparada para asimilar los discursos con los que se anunciaban las venturosas nuevas surgidas de la «Ilustración». No porque esas venturas no se desearan sino porque la forma de interpretar la vida y el mundo de esa población «no mucho» tenía que ver con la clase social que abanderó el proyecto.

Con pocas excepciones, la de José Cecilio del Valle por ejemplo, los primeros forjadores del estado y la nación en Honduras para concretar sus objetivos poco consideraron la realidad de los sectores sociales mayoritarios. Al no atenderla e ignorarla y obstinarse en reducirla a sus propios principios y propósitos lo que se produjo fueron contradicciones casi insalvables que generaron su ruina o lo inacabado o deforme del proyecto. Con frecuencia las reacciones frente al nuevo orden que se quería implantar fueron «bárbaras» y «anárquicas».

De tal suerte que desde el inicio de su vida «independiente» se operó en esta provincia de Honduras una separación abismal entre lo que era el país real y los fundamentos teóricos (jurídicos, políticos, económicos) con los que se pretendió organizar el estado y definir la nación.

Cuando después de 1821 por medio de asambleas y congresos se intenta organizar el nuevo país creando nuevas instituciones tales como: los

Historia e identidad en Honduras

congresos deliberativos, el ejercicio del sufragio, la libertad del comercio y de los mares, la supresión de impuestos y se evocan como nuevos paradigmas de la felicidad humana la igualdad, la libertad y la fraternidad, se está queriendo volver «contemporánea una sociedad cuya «identidad» (política, económica, cultural, educativa) se encontraba casi totalmente al margen de todo ese proceso que en otras regiones permitió desembocar en la modernidad.

En efecto, el arribo a la «modernidad» en ciertos países europeos fue precedido de un largo trayecto cuyo inicio podían establecerse desde el momento en que ciertos sectores sociales, principalmente los comerciantes, que habitaban los «Burgos (las ciudades) empezaron a adquirir poder. Este poder económico terminaría por romper las estructuras del régimen jerárquico, vertical y cerrado en el que se asentó durante más o menos ocho siglos la cosmovisión feudal del universo.

Ese movimiento que llevaría al poder político a la clase burguesa, estuvo marcado por grandes conflictos, guerras, transformaciones científicas y culturales profundas, apertura de espacios, acumulaciones de capital, entre otros.. A modo de generalización esa época significó un camino abierto hacia la libertad individual y colectiva al tiempo que magnificó el uso de la razón y el conocimiento como partes de sus principales fundamentos. El «saber» desde entonces, y no desde ahora como se está pregonando en lo que han dado en llamar la época post-moderna, se convirtió en una de las sustentaciones del nuevo poder económico, que a su vez requirió de prolongados regímenes despóticos, aunque «ilustrados», para afianzarse. Esta nueva era generó sus propias estructuras, su propio imaginario, sus símbolos, su propia cultura, todo ello acorde a esa nueva realidad que había sido forjada.

Ese largo proceso, a su vez, fue acompañado en el asalto final hacia el poder político por grandes sectores de una población consciente de las necesidades del cambio y preparada no sólo para participar en el mismo sino para asumir sus consecuencias.

En nuestra comarca, en cambio, aunque llegaban coletazos de lo que estaba sucediendo en otras partes de la tierra, poco o nada la vinculaba a ese mundo externo salvo el de haber estado atada, en calidad de colonia, a uno de los países europeos, el cual, por lo demás se encontraba atrasado o rezagado en relación a las buenas nuevas edificadas, lanzadas y abanderadas por Inglaterra, Francia, Holanda y otros países.

André Marcel D'ans resume, en cierta medida, el estado social de la provincia de Honduras al arribar al momento de la independencia:

«Geográficamente desarticulada, sub-ocupada, poco poblada, hombres de magros recursos, desperdigados en núcleos de población aislados, privados de tradiciones culturales y generalmente ignorantes debido a la inexistencia de un sistema público de educación(...) se heredan unos mosaicos de comarcas muy contrastadas que se ignoraban entre sí»(D'ans 2002,106)

Lo que el autor señala es del todo cierto, salvo en la apreciación referida a la «ausencia de tradiciones culturales». Así como algunos de los criollos que tomaron el poder en la nueva nación, él (autor) asume que las tradiciones culturales «de verdad» son aquellas en las que se fundamenta la «cultura occidental». En tal sentido habría que volver a señalar lo que se ha venido repitiendo en este artículo: en esta parte del mundo se gestaron formas y tradiciones diferentes, con sus propios códigos y estructuras, y por el hecho que no se parezcan o no encajen e inclusive que corran a contracorriente de las de los «otros», no significa que no hayan sido y que no continúen siendo ¿qué?

Acorde con la perspectiva con que la élite criolla asumió la formación de un nuevo estado y el lineamiento de una nación, es evidente que lo que se produjo fue una fisura provocada por la intención de querer «encorsetar» una realidad leyes, instituciones y sistemas frente a las cuales la mayoría de la población no tenía ningún arraigo. Lo que se dio en ese caso fue un vacío de pertenencia. Puede decirse que las condiciones no estaban dadas para levantar el edificio.

Lo que García Granados pudo observar sobre las orejas de algunos de los próceres

Se han señalado ya algunas de las particularidades, tanto políticas, económicas y culturales que marcaban la vida social de Honduras en aquel entonces, pero para abonar en algo más lo que hemos venido sosteniendo lancemos una mirada a la educación formal en la provincia, tal como lo hizo el obispo Alonso de Vargas y Abarca en 1639 cuando apuntaba que:

«Y porque aun es más necesario en la ciudades sabrá nuestra majestad que en toda la provincia no hay ciudad que pueda sustentar un maestro de escuela, ni tienen con qué pagar los niños de los españoles»

(Leyva 1991,200).

Historia e identidad en Honduras

Más adelante, casi dos siglos después, en 1816, Juan Antonio de Tornos apuntaba que:

«La educación (en la provincia) está en el último punto de abandono»
(Leyva 1991.293)

Por su parte Miguel García Granados, criollo ilustre, quien para Ramón Oquelí «fue el alma de la reforma liberal que inflamó los dormidos ánimos de Centroamérica en la época del 70, testigo presencial de los acontecimientos de 1821 nos dejó en sus memorias algunas observaciones y reflexiones sobre los actores principales del hecho independentista:

«La propiedad territorial pertenecía, en su casi totalidad, a las antiguas familias del país, personas por lo común ignorantes, pero con humos de nobleza, bien que, en algunas la raza africana, asomase (en) la punta de la oreja, en muchas de estas familias su lenguaje era tan vulgar como en la clase más ínfima del pueblo». (Oquelí, 1991.57)

García Granados hace alusión a lo que él pudo observar en la ciudad de Guatemala, ahora bien si las cosas eran así en la capital, como habrán sido, nos preguntamos, en provincias como la nuestra, la más olvidada de todas y en donde la raza africana no asomaba en algunas orejas sino en la mayoría de ellas.

Querer en semejante país, continúa García Granados:

«Establecer una república democrática y ultra liberal bajo el sistema complicado y peligroso federativo, fue de todos los desatinos políticos el más grande que se pudo imaginar (...). Por lo demás yo estoy persuadido de que los hombres de que podía disponer el país no eran competentes para organizar el edificio social cual se tenía en mira (...) había en verdad algunos pocos con talento, y otros a quienes no les faltaba instrucción, aunque esta fuese incompleta, pero eran teóricos y más o menos ilusos, con falta de experiencia política, y por lo tanto incapaz de conducir al país por la senda de la libertad» (Oquelí, 1991.57).

La carencia de conocimientos era tal que para administrar el dominio público, el 28 de agosto de 1834 la asamblea ordinaria de Honduras decretó que

los servidores públicos:

«Tendrán que conocer la aritmética por los menos hasta la aplicación de una regla de tres» (D'ans 2002, 143)

El decreto en cuestión, sin importar por el momento su sentido excluyente al dejar por fuera a casi toda la población de la posibilidad de ser funcionario de la administración pública, podría continuar siendo útil todavía si consideramos que una buena cantidad de los funcionarios actuales ignoran, con seguridad, esa famosa regla de tres.

Por su parte, una de las más admiradas personalidades no solo de su época sino de toda nuestra historia, Don Dionisio de Herrera, nuestro primer Jefe de Estado, desesperado, quizás, por la evidencia de unos hechos que contrariaban sus ilusiones, su pasión y sus sueños sentenciaba en 1826 que:

«No hay país en el mundo donde haya más apatía, más pereza en los negocios y menos espíritu público que en Honduras» (Oquelí, 1991, 40)

El liberalismo en Acción: Morazán

En relación con la participación de la mayoría de la población en los sucesos políticos que dieron pie a la separación de Centroamérica de España, García Granados en sus memorias continúa señalando que:

«El pueblo no tomó ninguna parte en aquel movimiento al cual se mostró verdaderamente indiferente» (Oquelí, 1991, 55)

Sobre esto último no creemos que esa indiferencia haya sido tan absoluta, baste recordar que «un hijo del pueblo», el negro Vicente Ártica, en 1812 en Tegucigalpa, fue quizás el primero en lanzar un grito de independencia, al exclamar en público «Viva Francia, Muera España»(¿), acción por la cual fue castigado en plaza pública a recibir 200 azotes. Como el de Ártica otros hechos similares han debido registrarse en las otras provincias que formaban parte de la Capitanía. Estas excepciones, sin embargo, no contradicen la afirmación de García Granados en el sentido que a la mayoría de la población los actos que posibilitaron la independencia, tal como se dice ahora, les «valieron»... Esta actitud del me «vale» será, por lo demás, una constante de las gentes frente a la gestión pública

posterior, excepto en aquellos momentos en que entraba en juego algún privilegio personal que del Estado–Gobierno pudiera derivarse.

En el caso que nuestras apreciaciones tengan algún fundamento una pregunta, sin embargo nos obliga. Si es cierto que «la apatía», «la indiferencia» y el me «vale» frente a las instituciones y la gestión pública, reinaban desde siempre ¿Cómo entonces explicar la gesta morazánica? Un empeño como el del héroe en efecto hubiese sido imposible llevar a cabo si su proyecto no hubiese sido compartido por amplios sectores sociales y es en este sentido que quisiera aventurar una hipótesis: Podría ser que esa apatía o desidia, de la cual se han venido haciendo señalamientos desde la época colonial hasta ahora, no respondían al carácter «dócil y sumiso» del que hablaba el Gobernador Intendente Juan Antonio de Tornos en 1816, ni a la indiferencia que señala García Granados en sus Memorias, más bien (creemos) esos comportamientos respondían a una manera de saber «hacerse el tonto». Es decir una simulación o una manera de esconderle «al otro» lo que estaba hirviendo o gestándose en las conciencias para después explotar, cuando la ocasión fuese propicia, con una energía desatada a niveles casi de vértigo. Esa ocasión se las brindó no la teoría, sino el liberalismo en acción. La simulación se bordaba con tan buena forma que nadie sospechó en ese entonces, que esos hombres considerados pocos años antes por el gobernador intendente como cosa inerte, acompañarían, hasta la muerte, al General en su epopeya.

Por su propia esencia y dinámica esa cultura del mestizaje que aquí se fraguó, aunque disimulada frente a las autoridades, desde un inicio fue abierta y liberal, entendido este último término en su más amplio sentido, sentido que supo encarnarse, en su momento cúspide, en la figura del General Unionista.

En esta nuestra provincia de Honduras, entiéndase también el término en su mayor amplitud, no se formó la suficiente «tradición» como para nutrir mentalidades conservadoras. ¿Qué tradición debía conservarse? Muy poco o nada, ya que la única viviente, si así puede llamarse, fue la del mestizaje cimarrón.

El liberalismo en acción, como actitud, como conducta, fue el medio o el vehículo apropiado en ese entonces, para cumplir y realizar sueños, expectativas y esperanzas de ese mayoritario porcentaje de la población. Es por ello que aquí, con íngrimas excepciones, al inicio, casi todo el mundo fue liberal. Diferente sucedió en otras provincias de la capitania donde durante la colonia pudo afianzarse una cierta tradición «occidental» conservadora, la cual se opuso y combatió al liberalismo. Aquí en cambio los dos partidos mayoritarios y posteriormente contrarios se nutren de la misma raíz y son fruto del mismo tronco.

Morazán y su proyecto caen como anillo al dedo en el sentido de otorgarle

al mestizo* una pertenencia histórica que «deposa» la del pequeño localismo lugareño, con lo cual un nuevo signo de identidad aparece en su historia. Morazán y su partido en ese caso, (y no el estado, ni el gobierno, ni la nación) pasan a ser factores aglutinantes e identitarios ; medio se abandona lo ingrimo para articularse en una acción colectiva conducida por la acción y la palabra de un hombre que en gran medida supo comprender y asimilar esa nueva e insólita cultura surgida del mestizaje.

El mestizaje en ese momento irrumpe en la historia con su propia cosmovisión y su propio caudillo. Se reencuentra con su «pater» ausente, pero esperado y soñado y cuya imagen continuará buscándola a través de los caudillos que vendrían después. Morazán fue el primero y el de más dimensión. La mayor parte de los caudillos posteriores, no serán sino simulacros, ficciones, como lo serán el estado y la nación que ellos pretendieron representar. La gesta del héroe quedará lejos, de ella solo su espíritu pervive.

Los partidos políticos, los caudillos y la «identidad»

Los «caudillos» que aparecieron después, se convertirán en «Pater» disminuidos, mutilados ellos mismos, pero a través de quienes se obtienen favores, protección, prebendas a cambio de obediencia y respaldo solidario. «Te doy, pero si me das», será la nueva consigna en las relaciones entre el «caudillo» y sus «hijos». La política deja de ser una acción de servicio para convertirse en un negocio, casi tribal, aplicado a todos los niveles de la escala social. El nuevo «pater» no es quien moviliza conciencias sino quien acciona con fuerza y bravura en pos de un botín de cuya repartición, se supone, se beneficiarán quienes han sido solidarios en el empeño.

El nuevo elemento del dame y te doy revela uno de sus roles esenciales: Los partidos políticos devienen algo así como empresas, cada vez menos primarias, que protegen y garantizan a sus clientes ya inscritos (y a los por venir), dividendos de la operación, los cuales estarán directamente relacionados al volumen de los aportes.

Pero no todo podría ser tan deforme y negativo en el accionar de los partidos tradicionales y sus caudillos. Si existen todavía es porque han sido necesarios, lo que no ha sido el caso en la mayoría de los otros países de nuestra América en donde ya han desaparecido o están en vías de hacerlo. Es que aquí efectivamente y por ahora, somos diferentes.

En cuanto a los partidos políticos y la «identidad», y aunque pueda parecer

Historia e identidad en Honduras

repetitivo, vuelvo sobre el tema con el afán de ampliarlo. A los partidos llamados tradicionales habría que abonarles el haberse convertido, por la fuerza de las cosas, en depositarios de identidades, individuales y colectivas, ya que ha sido a través de ellos, para bien o para mal, que las mayorías se han sentido vinculadas a una estructura concreta que le otorga un nuevo sentido a su vida. A falta de un rostro de nación definido que debilita su pertenencia, es el partido quien la sustituye. A él se aferra porque ofrece la posibilidad de llenar esa necesidad vital que tenemos los seres humanos, de sentirnos historia, de otorgarle, mas allá de lo cotidiano, un sentido a la existencia.

Esto mismo, y dados los resultados que pueden constatarse en el desarrollo de nuestra vida política, podría ser considerado también como una ficción. Es posible que así sea, con la diferencia que esta identidad, que algunos considerarían «alienada», (lo que no es el caso, simplemente existe), es viva, concreta; en cambio la que podría derivarse de la ficción que ha sustentado el concepto de nación (ficción de la cual hasta ahora se está emergiendo) ha sido invisible dado que siempre permaneció en el limbo de las abstracciones.

Esta identidad que los partidos políticos han otorgado a sus miembros se ha venido transmitiendo de padres a hijos, de familias a familias, de generaciones a generaciones. Es por lo tanto una tradición anclada en las conciencias casi de una manera atávica y visceral... Entendido así pertenecer a un partido político tradicional no es únicamente una operación de dame y te doy, sino que además contiene elementos simbólicos y espirituales que en muchas ocasiones rebasa el marco de lo estrictamente material. Es en este sentido que podrían ser considerados como pilares fundamentales de la «sociedad» que hemos podido construir. En una sociedad que nació desarticulada, fragmentada, los partidos crearon símbolos (eso es lo que también son: símbolos), unificadores, aunque sus colores hayan sido diferentes. Es como que si se dijera : Al ser o pertenecer a un partido ..Soy.

Cuenta E. Guzmán en sus crónicas que en 1876 ya siendo casi eminente la llegada de Marco Aurelio Soto al poder se insta a los liberales armados, acampados en Amapala (se pretendía iniciar un gobierno de conciliación) a que se quiten los colores que los identificaban lo cual no pudo lograrse ya que «los soldados de Amapala no han querido quitarse las divisas rojas».

En otro aparte Guzmán señala: «Cuestión delicadísima es en Honduras ésta de llevar en el sombrero una cinta roja o verde» (Oquellí, 1991, 71).

El clientelismo o la política como transacción

Habría que hacer también una pequeña reflexión sobre esa figura tan particular en nuestra vida política como lo es el clientelismo. Como ya se señaló se trata de ofrecer prebendas, ganancias a cambio de votos. Este fenómeno podría analizarse desde varias perspectivas. Una de ellas, la más importante, es la de la crónica pobreza que ha marcado la vida del país desde sus inicios. Además de los otros factores señalados previamente, es ella la que impulsa esa relación que se establece a través de su figura. «Si el partido gana el poder, algo (aunque sea mínimo) también ganaré». Esto último de ninguna manera habría de considerarse como un acto irracional impulsado por la ignorancia, es más bien una actitud de supervivencia. En relación con esto último valga la pena citar lo que un eminente ex presidente de la república afirmó hace algunos años: «lo peor que le puede suceder a un ciudadano es quedar fuera del presupuesto.»

Sin haber fuentes de creación de riqueza que pudiesen ofrecer trabajo a grandes sectores de la población, el botín que el gobierno administra pasó a convertirse en la más importante fuente de ingresos y por lo tanto de empleos, así como el impulsor de obras de infraestructura que ayudarían a las comunidades a ver un poco de luz en el camino del «progreso».

Esta situación, que pareció ser inalterable, se está modificando en la medida que otras opciones han brotado en los últimos años: nuevas alternativas y nuevos vínculos partidarios de carácter político han surgido últimamente.

Podría sostenerse que en la medida en que la economía del país se «desarrolle» y pueda romperse el cerco feudal y mercantil que la ha limitado, los partidos tradicionales tendrán que ir modificando sus estructuras y estrategias si no quieren perder su clientela. Esta última, en efecto, no es la misma que la de hace apenas veinte años y ello es así porque el carácter de las fuerzas productivas se ha también modificado.

Podría asimismo sostenerse que una vez lograda la independencia económica de los individuos frente al erario, el clientelismo, tan rural y cimarrón todavía, gradualmente irá disminuyendo. De tal forma si no hay «desarrollo», la vigencia del fenómeno continuará para rato. El clientelismo es una de las manifestaciones del atraso económico y no como suele afirmarse, del atraso cultural.

2 Parte

Notas sobre algunos otros signos identificadores

Lógica, lenguaje, gesto y cuerpo.

Hemos venido señalando sobre el vacío de escolaridad durante el período colonial, el cual no ha sido llenado ni cubierto todavía. En ausencia de una educación «formal» que enseñase al menos a leer y a escribir, las gentes inventan elaboran y codifican su propio lenguaje. Este lenguaje amasado durante el cimarronaje continuará vivo y seguirá enriqueciéndose y criando su propia articulación y sus bellas y concisas metáforas. En esta nueva forma de decir y pensar el cuerpo y el gesto juegan un rol de gran significación. Si según la «lógica» tradicional es la palabra el vehículo por el cual se expresa el pensamiento, en nuestro país esta palabra, en buena medida, ha sido sustituida por otros signos que a muchos de los «ilustrados» podrían parecerles carentes de sentido y de «razón».

Entre nosotros por ejemplo el discurso desarrollado a través de la palabra es discontinuo, no finaliza, se queda a «medio palo» y pasa a otro asunto sin pedir permiso, en el entendido de que quien escucha ha comprendido lo que no se ha expresado. Es, por decirlo así, un discurso vertebrado a través de una «lógica ramificada» en la que el gesto, el cuerpo y muchas veces el silencio, ocupan el lugar de la palabra. En este sentido me agrada citar algunos ejemplos con los que con frecuencia los hondureños y hondureñas a través de un lenguaje no del todo «discursivo» comunicamos un «incomprensible» sentido del tiempo, del espacio y de la vida. Se trata de los diálogos siguientes:

¿Qué tal vos?
Pues, aquí,
¿Y vos?,
Pues allí

Nosotros sentimos lo que ese profundo diálogo significa, y al sentir, comprendemos que su contenido va más allá o más acá, de la lógica con que suele articularse la palabra. Lo que podría considerarse paradójico en relación a aquellos y aquellas que en este continente nuestro suspiran continuamente con las «vanguardias», es que esto mismo (la ruptura del lenguaje con la «lógica») en nuestros andurriales es un asunto tan cotidiano que nadie le para bola al tanto

que en Europa, por los años sesenta y ochentas del siglo pasado, es decir apenas ayer, fue considerado una gran «revolución» de la vanguardia. El allí y el aquí en efecto, no habría que entenderlos como referencias de un punto determinado, son más bien símbolos de la inmovilidad, la eterna repetición en el espacio absoluto como bien lo expresan los cuadros de nuestro pintor Antonio Velásquez.

Es lo mismo pues, que la «nada» de los existencialistas o el eterno absurdo de la espera, tan bien y angustiosamente expresado en la obra cimera de Becket, «Esperando a Godot». La diferencia entre ambas posiciones existenciales, consistiría, quizás, que en nuestro caso, en ese vacío cabe todavía, paradójicamente la esperanza y además que esa nada no provoca susto ni trágicos desgarres. Ha sido tan cotidiana desde hace varios siglos que forma parte ya (y por ahora,) de la vida diaria, al grado tal que cualquier discurso «filosófico» o «metafísico» sobre la misma, lo que podría provocar es risa...

Con Igual óptica podemos apreciar el dialogo siguiente:

¿Qué tal vos?

Pues ahí.....poco a poco... pero hay vamos...

Ese vamos permite varias interpretaciones. Una: que efectivamente «vamos», a la hondureña, poco a poco, a un ritmo que desquicia a los «otros» por su lentitud. En cuanto a ello pienso que es posible que en el subconsciente de las hondureñas y hondureños de ahora se encuentren anclados rastros de esa pesadilla que significó la «acción» de los más de cien años de guerra civil terminada apenas en 1936 y de la cual se terminó exhausto, con crónica fatiga, no del todo ausente todavía. Entendido así es válido pensar que esa paciencia que alarma y enoja sea el resultado de una prudencia sabia que conoce los desastres que pueden ocasionar la «valentía» y el vértigo de la acción.

Además, ese acelere del mundo ¿hacia dónde conduce? Esa es una pregunta que se la formulaba mi padre quien anduvo en montoneras, también me la hago yo sin haber andado en ellas, e imagino que también un enorme porcentaje de hondureñas y hondureños del presente se lo han de preguntar también.

Otra posible interpretación, en alguna medida ligada a la anterior, es el pensar que efectivamente no se sabe para dónde se va, si al centro, al sur, al norte, para arriba, para abajo, para atrás o para adelante. Se va, sin rumbo ni objetivo fijo, «adonde lo lleve el viento»; algo similar al rumbo de nuestros más recientes ancestros, los vaqueros, los trabajadores mulatos y mestizos de las haciendas y los trabajadores libres de las minas que en tiempos de la colonia:

«(Desprovistos de estatus)...vegetaban en la periferia de un mundo del cual nada esperaban (...) circulaban continuamente por el campo, nómadas, frugales, e independientes» (D'ans 2002,89)

El arte de «saber hacerse el.....»

En la provincia, determinada por su propia realidad, cuando por casualidad se encontraban con cualquier «autoridad», real o aparente, las mayorías «nacionales» se habían inventado y construido (como suele suceder con todos los humanos, pero aquí hacemos uso de nuestro propio «modito») maneras de ser engañosas, lenguajes de doble cara, en donde lo expresado, lo dicho y lo asegurado, correspondía poco y muchas veces nada a lo que de verdad se es, se piensa o se quiere. Es el arte de la simulación o lo que aquí se conoce con el nombre del «taimado» muy propio de nuestra cultura «urbana,» la cual, por lo demás, continua campeando en numerosos sectores, principalmente en los círculos políticos y burocráticos. En este sentido recuerdo a nuestra poeta Clementina Suárez, quien por su manera tan directa y franca de ser (maneras socialmente inaceptadas todavía y remarco el todavía) fue víctima del escarnio en ciertos sectores de la sociedad. Ella con el fin de darnos un protector consejo, hace apenas 20 años, nos decía:

«cuidate y aprendete bien esto: «aquí (se refería a Tegucigalpa), para «triunfar,» hay que conocer el arte de saber hacerse el pendejo».

Quizás eso, lo de saber hacerse, fue lo que don Juan de tornos no supo comprender al no captar sino lo aparente, ya que en lo «real» se encontraba también «el otro», es decir aquel que con una energía que en nada se parecía al «ocio», ni a la «docilidad», ni a la «desidia», pocos años después al de su «diagnóstico» estaría guerreando, con pocas pausas, por más de cien sangrientos años. Años cruentos que, como el de ciertos pasajes del lenguaje, para la mayoría de la población desembocaron, en «la nada». Ese momento fue, por así decirlo, el cimarronaje desatado en una de sus formas «civilizadas».

El «me vale»:

La cultura informal que en nosotros se expresa muy efectivamente con

la expresión del «me vale», se origina justamente cuando lo formal, en términos generales no ha pasado de ser una mascarada, una mala comedia o en todo caso una ficción. Esta contradicción empezó a gestarse entre nosotros desde los inicios de la vida colonial. Acordémonos no más de las leyes «de indias» y la mayoría de las disposiciones enviadas por la corona a sus territorios de América. En general y con las excepciones de siempre, esas disposiciones a las autoridades peninsulares que administraban América «les valían». Son muchos los documentos de la colonia que sustentan esta afirmación. En este sentido podríamos imaginarnos que si ello fue así para los peninsulares, lo sería con mucha más razón en la sociedad de los colonizados. Desde entonces, entre las gentes y los gobiernos se hablaban lenguajes diferentes: lo formal en los papeles y lo real («lo otro») en la vida. Es por ello, quizás, que se haya vuelto tan popular en nuestra comarca y desde siempre, aquel dicho que sentencia. : «como dijo Santo Tomas hasta no ver no creer.»

En cuanto a la época republicana, y fracasado transitoriamente el proyecto Morazánico, la actitud expresada en esa frase del «me vale», retornará e irá nutriéndose y desarrollándose paralelamente al desencanto y frustración surgida de esa historia tejida de lágrimas de la cual nos habló Rafael Heliodoro Valle. Gentes y gobiernos continuarán hablando lenguajes diferentes, el foso siguió ampliándose con la misma rapidez en que se creaban constituciones, leyes, instituciones y proyectos de desarrollo nunca terminados. Los diferentes gobiernos creaban todo lo anterior sin el menor sentido y casi siempre al gairete.

Al tanto que se hablaba de democracia, por ejemplo, no se tuvo «empacho» en realizar 135 cambios de gobierno desde el inicio del estado en tiempos de Dionisio de Herrera hasta el momento actual del Lic. Ricardo Maduro. Hubo ocasiones que en un mismo mes ejercieran el poder tres presidentes diferentes. Y en cuanto a las acciones de armas:

«...desde 1827 hasta los finales de la época de los años 80 de el siglo pasado, hubo en el país 400 acciones. Desde el 16 de diciembre de 1875 a la fecha (septiembre 1876), señala el cronista Nicaragüense E. Guzmán: se han sucedido en Honduras ocho Presidentes» (Oquelí, 1991,73).

Al tanto que se constitucionalizaban los principios de igualdad y fraternidad se excluían a los que carecían de patrimonio, de la posibilidad de llegar a ocupar un puesto en la administración pública, tal como lo señala el artículo No.25 de la Constitución de 1848, el cual prescribe que:

Historia e identidad en Honduras

«...para ser senador se requiere ser mayor de 30 años, natural o vecino del departamento, y ser dueño de un capital libre que no baje de mil pesos».
(Oquelí, 1991, 29)

Similar a los tiempos actuales, agregamos nosotros, en los que para ser diputado hay que pagar, ya que las diputaciones están sujetas a las leyes de la compra-venta; o de la oferta y la demanda, y no digamos para ser Presidente: hay que tener disponibles una considerable cantidad de millones, no tanto en votos, sino en dinero.

El respeto a la Constitución les ha «valido» tanto a algunos «conspicuos» dirigentes, que hace apenas unos tres o cuatro años, un presidente que fue de la Cámara de Representantes proclamó que:

«La Constitución se viola cada vez que sea necesario»,

expresión cuyo contenido es parecido a lo que otro líder del Congreso hace algunas décadas pensaba de la constitución:

«Que es pura babosada».

De tal suerte que si ello ha sido así para un buen sector de los «ilustrados», que han dirigido y continúan dirigiendo el país, con qué criterio se le puede pedir al pueblo que por favor no «les valga», «que respeten las leyes» que sean «honrados, éticos, fieles, respetuosos» «que tengan valores».. Parafraseando lo expresado por un político actual habría que preguntar: «de que se asustan señores y señoras que al pueblo casi siempre le haya «valido ver...» lo formal».

El trabajo* y lo lúdico

Linda Newson señala que en 1789:

«...los trabajadores libres en las minas de Tegucigalpa fueron descritos como llenos de inconstancia, veleidad y «disbortinaje» y en 1795, un oficial español reportó que «los vecinos ya estaban cansados de tener

* como, acotación al margen*La palabra trabajo se origina en la voz latina "tripalium" que en tiempos pretéritos significaba un instrumento de tortura, contrario a las lenguas germanas cuya raíz significa acción.

que conquistar a los trabajadores libres ofreciéndoles salarios más altos, cuando con frecuencia huían, dejando su trabajo inconcluso, generalmente los patronos se quejaban que los trabajadores libres iban y venían a voluntad. Y eran difíciles de disciplinar» (Newson, 1992, 262).

Tal, señalamos nosotros, como ese sinónimo de la libertad que es el viento.

Hasta el día de hoy ha venido transmitiéndose, de poder a poder, que al indio (léase mestizo) «no le gusta trabajar» y que «es vago y perezoso por naturaleza». Esto último es una afirmación que podría ser considerada como un rasgo de «identidad». Tanto es así que es común escuchar comentarios hechos por personas de adentro como de afuera, en países vecinos como por inmigrantes, que aquí, en Honduras «somos la riata para el trabajo». Es en ese sentido que nos interesa realizar el intento por desentrañar o interpretar lo que los textos y las declaraciones ocultan o aclaran.

En cuanto a que los trabadores libres «huían dejando inconclusos los trabajos» aunque se les ofreciera «salarios más altos» encontramos acertado lo que en relación a ello advierte Linda Newson al indicar que:

«...se desplazaban libremente de un sitio de trabajo a otro según mejoraban sus ofertas salariales (...) los trabajadores libres se daban cuenta de su poder de negociación» (Newson,1992, 262).

Esta apreciación parece estar apegada más a la realidad que aquella otra según la cual estaban llenos de «inconstancia», «veleidad» y «disbortinaje». Y es que, aunque en la afirmación de esto último hubiese algo de cierto, la misma podría explicarse por el espíritu de libertad e individualismo gestado durante los casi trescientos años de cimarronaje.

Estos hombres y mujeres, esas castas «frugales», «nómadas» e independientes y cuyos antepasados recientes habían sido esclavos o encomendados o blancos excluidos y a quienes el régimen colonial les había «desprovisto de estatus» retaban constantemente, aun en la cotidianidad, a un orden político, económico y cultural que no solo rechazaban sino que no sentían hacia él ningún vínculo de pertenencia. En tal sentido este comportamiento «veleidoso» podría interpretarse como una forma de ver y afirmar un carácter poco amigo de los horarios «disciplinados» impuestos por el poder. En este caso, la libertad de movimiento y acción adquieren un valor incomprablemente más alto que la escasa

Historia e identidad en Honduras

retribución salarial.

De igual manera habría que considerar otro aspecto que suele no tomarse en cuenta en los estudios cuando se habla de «ocio» y «haraganería». En cuanto al primero diremos que en lugar de considerarlo como una degradación es más bien una conquista. En otros tiempos el ocio fue un privilegio o un lujo para aquellos quienes podían dárselo, es decir para quienes poseían suficientes rentas. Costó mucho trabajo el lograr que el concepto de ocio, aunque sea a medias, se democratizara. En las culturas esclavistas y aun en cierta medida en la de los siervos era negado como derecho humano. De tal forma que cuando en las crónicas coloniales y en muchos de los juicios que actualmente se vierten, se insiste en llamar ociosos a los indios, a los negros y a los mestizos es dable sospechar que lo hay de fondo es un problema de mentalidad que considera como insólito que los «irracionales» tengan derecho a ese tiempo propio.

Para los ladinos, aunque quizás se extralimitaran en el ejercicio de ese derecho y quisieran llevarlo todo «muy al suave», no hay duda que significó, en relación a lo que había sido la vida de sus antecesores, un espacio conquistado a la libertad. En ciertas circunstancias «el ocio» y «la haraganería» convertidos en pasividad podrían a su vez interpretarse como una forma de rechazo o resistencia a formas culturales impuestas y contrarias a una manera de apreciar las cosas, forma esta que había venido modelándose en oposición a los principios de una institucionalidad que convertía en esclavo, siervo o asalariado mal retribuido a quienes no formaban parte del poder.

Lo que habría que preguntarse, en todo caso, es que si fuese cierto que los trabajadores de este país son como piensan o como se les ha venido señalando por algunos círculos de poder ¿por qué entonces, las doscientas o trescientas mil personas, hombres y mujeres, que trabajan en los EE.UU., son inmunes a esos «defectos»? Lo que resulta paradójico en todo caso, es que las remesas que envían esas hondureñas y esos hondureños que laboran en el exterior, colaboran de manera sustancial para que a este país, no se lo lleve el diablo del todo.

Las cifras de esas remesas, si se comparasen, superan largamente lo que aportan la mayoría de los empresarios reunidos, muchos de los cuales no solo desestiman «lo nuestro», sino que alardean con pesadumbre sobre el empeño y sacrificio, («a pesar de la haraganería de sus trabajadores (as)») que realizan por el bien del país.

Si lo anterior es así, y estimo que lo es, cabría, en tal caso otra pregunta y es la siguiente ¿por qué allá sí y aquí no? Responder a esa interrogante no presenta dificultad alguna. Se trata que allá existe la expectativa (al menos eso) que después

de algunos años de «sacrificio» se obtendrá un fruto que lo pueda justificar, en cambio aquí, en términos generales, ese sacrificio terminara en « la nada» (otra vez la nada). En ese caso, si de la nada se trata, es mejor quedarse «aquí» o «allí» en la repetición y en la inmovilidad del espacio absoluto

Otra reflexión sobre la clase de relación que se tiene sobre el trabajo en amplios sectores de la población, se origina en la raíz misma del sentido lúdico gestado tiempos atrás y el cual es todavía palpable en muchos de los actos que hilvanan nuestras vidas.

Es difícil explicar a través de una lógica unívoca, la aparente sin razón de una sociedad como la nuestra, la cual a pesar de sus descalabros y miserias mantiene todavía, cada vez que es posible, el sentido del juego, del relajamiento y del goce. Ya W. Well viajero que anduvo por Honduras en 1856 y para quien el país le pareció «una celda de ermitaños» y azorado por los altísimos niveles de miseria que había observado en su trayecto entre Tegucigalpa y Guaimaca observa, sin embargo, el carácter afable y cordial de sus habitantes y la destreza que manifiestan para gozar del baile y de la fiesta.

Otra viajera Marie Lester, quien se hacía llamar «la soltera», después de señalar, en 1878 lo que ella considera criticable en la sociedad hondureña, (la indolencia, la lentitud) termina apuntando, después de participar en una fiesta en San Pedro Sula, que lo mejor que sabemos hacer las gentes de esta tierra es bailar y gozar.

Algunos dichos de la cultura garífuna, y caribeña en general, podrían sintetizar ese hermoso valor de la existencia y de lo anclado que el mismo se encuentra en las conciencias. Uno de ellos dice así:

«...si trabajas para vivir porque entonces te matas trabajando».

O bien lo que se consigna en la letra de aquel famoso merengue dominicano que los habitantes de nuestro país hicieron suyo llamado «el negrito del batey» para quien:

*«el trabajo para mí es un enemigo,
por eso se lo dejo todo al buey
porque el trabajo lo hizo Dios como castigo»*

En efecto castigo y muerte fue el trabajo «institucionalizado»* para la mayor parte de nuestros más recientes ancestros, indios, negros, mulatos

Historia e identidad en Honduras

mestizos, blancos empobrecidos. Esos dichos y canciones aluden a ello. Pero en cambio cuando la labor deja de ser alienada, compulsiva y sinónima de muerte y se convierte en un medio de creación y realización, en ese caso (como para cualquier persona por lo demás), no se conocen límites, evasiones ni reticencias para laborar hasta los últimos esfuerzos.

Es ese profundo sentido de lo que debe ser el trabajo lo que nuestro pueblo, a pesar del cerco que amenaza con ahogarle o asfixiarle, lucha por mantener vivo todavía. Esto último habría que asumirlo como un combate, en el cual, por la dirección que se le está imprimiendo al «desarrollo», el goce en la existencia corre el riesgo de perderse. Perderse, siempre y cuando, pensamos, nos dejemos hacer y que «nos valga.»

* Se señala trabajo institucionalizado, ya que si nuestros ascendientes, a su manera, no hubiesen trabajado del todo, nosotros simplemente no estaríamos contando este cuento.

Lo lúdico es el más profundo signo de nuestra identidad y cultura, y es lo que más nos vincula con el resto de las poblaciones de nuestra América. Si en algo nos diferenciamos los americanos es justamente en eso: en el de haber conservado, hasta ahora, con terquedad de mula el «valor» de que la vida «con todo y todo» es también para gozar y reír y no solamente para sufrir o cumplir. Ese es, quizás, el más profundo aporte que podemos brindarle a la cultura universal.

Sobre esto último señalaré un asunto de gran significación como es el siguiente: Por diversas razones que no es el caso mencionar ahora, el elemento gozoso de la vida en aquellos países llamados ricos y desarrollados cede terreno casi vertiginosamente a los embates de poderosas fuerzas que por su propia dinámica se obligan a negar el placer en la existencia. Siendo que nosotros poseemos todavía (y remarco el todavía), como reserva, ese «don» podríamos brindárselo a aquellos que lo están perdiendo. Con ello pagaríamos, y sobraría, gran parte de lo que adeudamos.

Nota

Aquí terminaría la primera parte de este artículo. En un próximo trabajo podrían desarrollarse otras reflexiones e ideas vinculadas al tema que nos ocupa, tales como: el fútbol como cohesionador de un sentido de pertenencia nacional,

la vigencia de la figura «del pícaro» como figura emblemática y admirada socialmente. De la poca importancia concedida a los valores éticos en el ejercicio de la administración pública y como esto mismo ha tenido (utilizo el verbo en pasado porque en el presente hay indicios de cambios en este sentido) sin cuidado real a la mayoría de la población. Así mismo sobre el marginamiento de las gentes «honradas» en el ejercicio de la función pública y como este comportamiento es apreciado y las posibles razones que lo explican, por amplios sectores de la población.

Nuevos fenómenos como la compulsión al consumo, la nueva religiosidad, la emergencia de rasgos culturales vinculados a lo urbano; la función de los administradores públicos actuales en su relación con el poder, a escala mundial, de los organismos de crédito internacionales, la nueva violencia, lo global.

Habría también que puntualizar algunos otros comentarios sobre aspectos relacionados con la herencia dejada por los próceres y los positivistas. Así como reflexionar sobre la cohesión nacional, la cual, desde nuestro punto de vista se ha venido fortaleciendo desde el régimen del abogado y General Tiburcio Carías Andino quien gobernó al País desde 1933 a 1948; y en relación a esto último, afirmar que la imagen borrosa e indefinida de nación, poco a poco ha venido dibujando sus perfiles con mucha más claridad ya que los vínculos de pertenencia a esta entidad, en los tiempos actuales, son mucho más palpables y concretos. En tal sentido pensamos que lo formal y la ficción de nación de antes, se ha venido desvaneciendo para dar paso a una realidad que cada vez se vuelve más visible. Por ello mismo el fenómeno de la «identidad nacional» ha emergido como una realidad política imposible de soslayar. Esta «identidad nacional» (y no la identidad cultural la cual, por cierto, siempre ha sido muy vigorosa) ha madurado ya su propio imaginario y sus símbolos los que han sido incorporados y anclados en las conciencias colectivas de la mayoría de la población. Y si ello es así, en esta perspectiva cabría preguntarse lo siguiente: ¿la consolidación de la nación en los tiempos actuales de tendencias supra nacionales, es históricamente indispensable? ¿no es acaso un asunto fuera de tiempo?

¿En cuanto al Estado «libre», «soberano» e «independiente»? no sólo no ha dejado de ser una ficción sino que me temo que nunca dejará de serlo, es por ello que las discusiones sobre ese tema serían mentirosas y por lo tanto vanas.

Senderos del mestizaje¹

Irma Leticia de Oyuela

El aporte africano y la minería

Fray Bartolomé de las Casas llega a América como un segundón que participa como encomendero en el pueblo de Baracoa, Cuba, en aquellos precisos momentos en que don Hernán Cortes es Alcalde de Guanabacoa, población también recién conquistada en esa isla caribeña. Ambos españoles, sienten el detonante para generar sus propios destinos, de acuerdo con la interpretación que ambos poseen del mundo de ese momento, el Renacimiento había hecho que el ser humano viera la vida como el desarrollo personal de esa propia interpretación de la visión trascendente de hacer de sí mismos los protagonistas de grandes aventuras, así como de la ejecución de sus grandes utopías.

De esa manera fue como Hernán Cortes decide traicionar a su amo, el adelantado Diego de Velásquez y buscar tierra firme, conquistarla y hacer de ella una tierra nueva con un proyecto nuevo, para honra y gloria de su Majestad Imperial, de la misma

Manera que le Las Casas retoma el principio de la búsqueda de una nueva arcadia, poblada por seres autóctonos de esa misma tierra para hacer de ella un proyecto al servicio de Dios. Como se puede apreciar, todos los personajes de la Conquista ponen sus fuerzas al servicio de una utopía que se va escindiendo entre la percepción del mundo como laico y en otra como religioso, que embarga las mentes de tal manera que si ponemos atención en el juicio de visita incoado a don Pedro de Alvarado –en el México del siglo XVI- podemos advertir que don Pedro también entro a América como miembro de la Iglesia, habiendo testigos de haberlo conocido con el hábito de Santiago que encubría una visión militar del mundo, ocultando sus excesos.

Sin embargo, es Fray Bartolomé de las Casas, el que cumple a cabalidad los esfuerzos por la realización efectiva de esa utopía. En sus viajes a España influye para que sea posible la abolición de la esclavitud de los aborígenes, en

¹ Oyuela, Leticia de: *Senderos del mestizaje*. Ediciones Subirana; Choluteca, Honduras, 2005.

aquellos precisos momentos en que el Cesar Imperial Carlos V, estudiaba con su maestro Adriano de Utrecht, algunos principios filosóficos que dieron paso a las teorías del Humanismo aceptadas plenamente por el asentista alemán Kart Fugger, quien como interprete de los sistemas de producción considera que las teorías de Gines de Sepúlveda, eran totalmente obsoletas, ya que el mundo de la producción no puede sostener a aquellas grandes masas de esclavos a quienes hay que mantener toda la vida, para lo cual se hace necesario crear peones u obreros que trabajen diez

Horas por un salario determinado, surgiendo así la visión etnocentrista propicia a favorecer a los blancos como amos de la humanidad. Fugger, en esos momentos gozaba de la concesión de las minas de oro de Almazán en España y allí empezó a probar su sistema de trabajo encadenado y el rendimiento y provecho de ese sistema, que inmediatamente fue apoyado por los Barones alemanes de la liga haseática, que disfrutaban de grandes concesiones en las minas vecinas al Rin, pensamiento auspiciado por los nuevos seguidores de Lucero, que dieron una visión práctica al recién nacido protestantismo sajón.

Así fue con Fray Bartolomé de las Casas ganó una batalla pírrica, liberando a los indios de los sistemas esclavistas, contenidas en las llamadas «Leyes Nuevas», que convirtieron al esclavismo de los indios en ilegal, pero a su vez aceptando la esclavitud de los negros. La iglesia como institución acepto esta nueva forma de esclavitud, exceptuando doctrinas más sensibilizadas teológicamente como las del padre Vitoria, que sin lugar a dudas fue uno de los campeones más importantes de la libertad.

Los que se desprende un redoblamiento con tendencias urbanas (relación de poblados), que se desplazaron por el camino de la mixteca y huasteca, pobladores muchos de ellos emigrados de la Oaxaca de la Antequera, en aquella idea de repoblar, zonas abandonadas y marginales –para la época-, por la mítica riqueza de las minas descubiertas en la región llamada Taguzgalpa, que se conoció gracias al informe que envió a Su Majestad el oidor Diego García de Palacios.

Todo esto acontece temporalmente en la primera mitad del siglo XVII, tal como se puede comprobar por la obtención de matriculas de los poblados que nos proporciona la firme idea de que todas las poblaciones actuales subsistentes del periodo colonial, tienen los permisos de doblamiento, sobre todo en la Alcaldía Mayor, en los lustros relativos al siglo.

Venturosamente, el área de la Alcaldía Mayor no tuvo mercado de esclavos, ya que se situó en el limite jurisdiccional de éste, que era la ciudad de León en nicaragua, mediante una concesión dada a José Miguel de Portocarrero, quién

Senderos del mestizaje

compra esclavos, para el laboreo de minas en el mercado situado en Nassau, Gran Bermuda, siendo sus proveedores principales miembros de la Casa de Orange, emparentados con la Casa Real Inglesa por el matrimonio concertado en tiempos de Enrique VII con Ana de Cleaves.

Así fue como ingresaron a Honduras los primeros esclavos africanos, muchos de ellos pertenecientes a diversas tribus bosquimanos, radicadas en Madagascar y en el Senegal, que llegaron ya cristianizados, de tal manera que podemos ejemplarizar, mediante la escritura de testamento y dación de un terreno, situado en las «haldas» de la Reducción de Talanga, en el que los señores Julián del Castillo y su esposa María de Meneses, quienes «conceden la propiedad de un ható, menor de una caballería a su esclavo Juan Carias, que les ha acompañado en la soledad de su ancianidad, sembrando y labrando dicho ható para darles de comes, en razón de que su hijo mayor don Felipe, graduándose de abogado en la Audiencia de Guatemala, se ha quedado a vivir allá, y su hija María Antonia profesó como monja en el Convento de los Capuchinos en Santiago de los Caballeros de Guatemala, no pudiéndolos atender y tampoco necesitar, por la razón de su estado, creyendo conveniente entonces, ceder la tierra, con el correspondiente título otorgado por la Audiencia, y haciendo eficaz el pago de composición, con el nombre «Lo de Carias» (véase I.L. Oyuela, Fe, Riqueza y poder, Edic, Cultura Hispánica, 1992).

Rafael Leiva Vivas en su libro *El tráfico de esclavos negros a Honduras*, Ed. Guaymuras, demuestra como el Real de Santa Lucía, cercano a la Villa de Tegucigalpa, se coloreó con la presencia de esclavos africanos en menos de diez años. Estos ejemplos, permiten inferir que la Iglesia no estuvo interesada en la conversión de esclavos por ser en su mayoría «cristianos viejos», tal como lo asegura el mayordomo de la Cofradía de la Virgen del Rosario, la Santa Veracruz y San Benitos, fincada en el Convento de La Merced y en el que comparece personalmente Florencia Crías, ante el notario Antonio de León y Moratalla, en 1711, para firmar la escritura de compra-venta de una imagen labrada San Benito y una pintura al óleo de la Santísima Virgen del Rosario, que será donada para la nueva Capilla de ese Convento, y la imagen del Señor de la Humildad, cuyo pago excede, incluyendo el transporte de la ciudad de Guatemala a la de Tegucigalpa, a un precio de quince pesos y dos ochavos (véase Valladares, R, Juan. *Historia Documentada de la Virgen de Suyapa*, Documentos anexos. Imp. Aristón, Tegucigalpa, 1954).

Al revisar el libro del Fabrica de la Iglesia Los Dolores, así como también el Testamento de don Pedro Mártir de Celaya, emitido ante el escribano real don

Gabriel de Irías, otorgado en la Villa de Tegucigalpa, en 20 de noviembre de 1775, se puede comprobar, como funcionó la Alcaldía Mayor, la esclavitud africana, que fue considerada, sobre todo por la Iglesia como «Esclavitud de una sola vía», surgiendo de esta manera los libertos procedentes de la segunda generación, gracias a un sistema paternalista, del que la Iglesia fue el principal impulsador.

Este criterio es fácil de constatar a través de cientos de documentos encontrados en la acervo del Archivo Judicial, que nos permite una óptica típica de la época, mediante la cual el esclavo comprado para servicio en la mina, en su mayoría casados y con hijos, eran temporalmente liberados –sobre todo los menores de edad- para ser dedicados a tareas domésticas en una gama tan amplia, como cocineras, ayudantes de cocina, jaladores de agua e inclusive despachadores de tienda o mandaderos. La segunda generación de estos libertos pasó a pertenecer a los gremios de artesanos, de tal manera que si se atiende la inscripción que exorna la Iglesia de los Dolores, construida en la Tegucigalpa de 1732, ya se consigna la participación «de los pardos del pueblo debajo de Tegucigalpa», como constructores y decoradores de lo que mas tarde se convertiría en Parroquia.

El rico minero don Pedro Mártir de Celaya realiza importantes donaciones de tierras a esos pardos y mulatos, razón por la cual se puede decir que es el primer fundador de lo que ahora llamamos Barrio Abajo, cuyos confines eran limítrofes con la reducción de indios del Pueblo Abajo de Tegucigalpa, que sin lugar a dudas por razones eminentemente biológicas se mezclaron con los descendientes directos de esos esclavos que fueron la mano de obra central de toda la industria minera de la Alcaldía Mayor.

Para esa misma fecha, la venerable Orden de San Agustín, confía gran parte de su acción a misionar los pueblos chinos, incluyendo la Provincia Filipina, en ese momento bajo el dominio español, estableciendo una nao de rutina que surcaba el Pacífico hasta el Puerto del Ángel en la playas de Huatulco, que transportaba mercaderías e inclusive chinos libres, que también llegaban en la otra nao del Atlántico vía La Habana hasta Veracruz, ejerciendo un comercio libre y transportando también chinos, en calidad de trabajadores libres, como mano de obra operacional en sus grandes haciendas y beneficios agrícolas, llegando algunos para beneficios. Mineros, como aquellos que fueron también contratados por lo conventuales de La Merced en el preciso momento en que la Orden decayó o se contagio de la fiebre minera que se vivió en la Honduras del siglo XVIII.

Para el Orbe Hispánico del siglo XVIII (sobre todo para la Iglesia Ilustrada), no era desconocido la multiplicidad de etnias y razas, de tal manera, que si los habitantes de un país eran tendientes a una visión etnocentrista del mundo, razón

Senderos del mestizaje

por la cual se pretendió, políticamente crear sociedades impermeables, la Iglesia en cambio, siempre fue pluralista en todos aquellos aspectos que condujeran a una política generalizada y evangelizadora de todas las castas y clases sociales, de manera tal que según observa el historiador Juarros, cuando se funda el Convento de La Merced de la Comayagua del siglo XVII, «se conmovió al ver sentados en el suelo, rezando revueltos a indios, negros y españoles, que continúan en servicio litúrgico con gran devoción».

A pesar de que la política de la burocracia peninsular manifestó una fuerte tendencia a una visión etnocentrista del mundo, la Comayagua del siglo XVII, tiene como gobernador al licenciado Adán Ulloa Callejas, propuesto por el Colegio de Todos Los Santos y trasladado, de gobernador de Las Filipinas a Comayagua, llevando consigo a su esposa, dona Dolores Perera, de origen tagalo, quien convivió, en dicha ciudad de la Provincia de Honduras, pacíficamente hasta su retiro a la ciudad de Guatemala, donde falleció.

Son múltiples los casos que comprueban no solo el mestizaje, sino también la responsabilidad de muchos de los españoles para dejar bien establecido aquel concepto castellano "de que la sangre no ande por allí perdida", como ejemplo, en 1734, siendo alcalde mayor de Tegucigalpa don Antonio de Arroyave, el 10 de noviembre del mismo año comparece don Antonio de Rivera, alférez del Partido de Olancho, comprando dos esclavas mulatas llamadas Gertrudis de ocho a diez años y María de Mercedes de siete, a don Francisco Rodríguez Curiel, tutor de los menores hijos del capitán don Antonio de Rivera, por ser sus hermanas menores puestas en esclavitud por equivocación.

Desde principios del siglo XVIII y desde que fue alcalde mayor de Tegucigalpa don Clemente Arauz, los ingleses que permanecían en los establecimientos de Black River y La Criba, buscaron aglutinar, hasta formar un batallón de 576 hombres invadiendo Olancho y Danlí a fin de intranquilizar los nuevos poblados, para que al crear conflictos de guerra no se tuviera evidencia del comercio ilícito que impregnaba las zonas mineras de la región (Durón, Rómulo E. «Bosquejo Histórico de Honduras». Edit. Baktun, Tegucigalpa, 1982).

Desde 1638, se hizo sentir el poder criolla, cuando llega al poder municipal don Baltasar Matas de Escoto, hijo directo de aquel capitán del mismo nombre que habían sido paladines de la conquista de Olancho El Viejo, y cuyos hijos ya eran consignados por los personeros de la Audiencia, «sin limpieza de sangre», razón por la cual ha dificultado a los investigadores encontrar sus datos genealógicos, porque en los círculos burocráticos de la Audiencia aun privaba el criterio etnocentrista, que posiblemente llegó a esta parte de América por el camino

de los regionalismos, de las comunidades ibéricas, sobre todo los vascos, que tal como se puede ver en el capítulo relativo a la Fundación de la Cofradía de «Santa María Aranzazu», se encargaba en su capítulo noveno relativo a su constitución «de entregar fondos de dote para aquellas jóvenes sin fortuna hijas de súbditos del Reino de Vizcaya, que encontrándose en situación de merecer, no se desposaran con indios ricos y gente de color quebrado, por necesidad». La devoción a la Virgen de Aranzazu, no prospero en el devocionario popular, encontrándose que inclusive desapareció el lienzo donado por la colonia vasca y depositado para su devoción en la Santa Catedral de Comayagua. (Guía de Documentos del Archivo Episcopal de Comayagua, Arrigunaga Coello, Maritza. Hispanic Collection, Univ. Arlington, Texas, USA).

Esa proliferación de razas y etnias, aparece en forma muy temprana, si revisamos la Quinta Relación firmada por don Hernán Cortes, y dirigida a Su Majestad, informando sobre su visita a Honduras, en las que declara que a su retorno se ve constreñido por la premura del viaje a asentar en los bosques naturales de plátano de la planicie de Gracias a Dios, a sus leales guerreros de origen trastalteca, que los acompañaron en azaroso viaje, lo que nos permite inferir, que el poblado cercano a dicha ciudad fue conocido popularmente como mexica-7 nos o mexicapas, fue posiblemente una reducción de esta etnia, cuyas consecuencias posteriores tuvieron que haber afectado otros grupos étnicos ya residentes.

Si analizamos este dato, se torna obligatorio que pensemos que estos mexicanos sedentarizados, se conviertan en un conflicto directo que tuvo que incidir entre los grupos de lenca ubicados previamente, ya que los mexicanos estaban castellanizados, al poseer lengua y religión, de lo que puede ser resultante una confrontación cultural que da origen a la palabra «mame», que denomina «Xicamputle», termino que se usa en el área y es equivalente a «mandón o abusón».

La evangelización y sus resultados: indios, negros y chinos

La evangelización se inicia en la siguiente mitad del siglo posterior a la primera misa celebrada en Trujillo. Los hermanos Colon, indiscutiblemente fueron los protagonistas de ese evento —tradicional para la cultura católica—, que al abrir la etapa de las expediciones, posiblemente se repitió el evento, cada vez que un explorador descendía a reconocer la costa, pero que fue la que desato la corriente evangelizadora, hasta inducir a los aborígenes pobladores a la aceptación de un

Senderos del mestizaje

nuevo credo, haciendo por lo tanto que la nueva religión se convirtiera en elemento fundamental de la aglutinación de las distintas etnias dispersas, de lo que ahora es el territorio hondureño. Coherencia que divide a la población aborígen únicamente en una visión dicotómica: Los castellanizados, neófitos católicos y los alzados o rebeldes llamados comúnmente «Hicaques». Coincidiendo con la formación de los poblados, y cuando ya la Audiencia de los Confines ha sido trasladada a Guatemala, los adelantados y los primeros pobladores que se radican en ellas, poseían esclavos negros, comprados en los diferentes mercados periféricos. Como estos esclavos de procedencia africana, en su mayoría eran conversos, no tuvieron una aceptación directa, por los doctrineros y misioneros, convirtiéndose por ende en una población meramente marginal a la evangelización, que prácticamente esta dedicada el indio, pero que si participaban directamente del culto, en que ya también se incorporaban los aborígenes, empezando a surgir las diversas castas, producto de la mixe-ginacion de los diferentes grupos demográficos ya asentados.

Las poblaciones fundadas por los castellanos —y sobre todo por extremeños— se desarrollaron con pretensiones de formar sociedades impermeables, "donde cada quien ocupara el lugar que le correspondía, de acuerdo al rol que se le asignaba" tal como lo expresa el obispo Cortes y Larraz, en el informe de su visita canónica por Guatemala, honduras y El Salvador.

La presencia africana en la Provincia de Honduras, realizó) aportes de gran importancia en la mixe-ginación de la cultura religiosa hondureña. Formas distintas de interpretación del mundo y sobre todo de su percepción, de tal manera, que en la Comayagua del siglo XVII, ya se planifica la construcción de la Ermita a la Virgen de la Caridad de Illescas, dedicada al culto y cumplimiento liturgico de negros, sambos, mulatos y pardos de esa ciudad y en el mismo momento en que se desarrolla el mineral del Rosario de Opoteca.

Resulta muy difícil entender que uno de los mayores condicionamientos económicos, del desarrollo cultural hondureño, radica en los momentos de que podemos llamar "una fiebre del oro" que impregno todos los estratos institucionales de la sociedad, para el caso, vale la pena señalar al gobernador don Manuel de Castilla y Portugal, quien re-nuncia a su carrera burocrática y administrativa para convertirse en el dueño y señor de ese mineral del Rosario de Opoteca, cuyo excedente económico se convirtió en el patrocinador directo de la mayoría de las construcciones religiosas de la ciudad de Comayagua, influenciando de tal manera a los miembros del clero, sobre todo el diocesano recién surgido, que hizo que inclusive las ordenes religiosas se convirtieran en banqueros de minas, tal como se ha podido comprobar en los documentos, que muestran la propiedad de la mina

de "Mololoa" en el Real de Santa Lucía, en la jurisdicción del Real de Minas de Tegucigalpa, en que la orden de La Merced, no quiso participar en la compra de esclavos negro, razón por la cual contrato chino y tagalos, con carácter de servidores libres asalariados, que también se integraron irremisiblemente al proceso de mestizaje local.

Las grandes construcciones para blancos de la ciudad de Comayagua, se apoyan en la producción minera de otras como son: La Enriqueña y la Valenciana, cuyos tributos se constituyeron en base sustantiva al mantener altos costes de la fábrica de la catedral de Comayagua y que ya en el siglo XVIII, gracias al criterio desarrollado por los obispos ilustrados, se transformaron en obras de beneficio para el bien colectivo, como son el sostenimiento del seminario San Agustín, becas para hijos e hijas de indios principales, saneamiento de aguas e inclusive proyectos de irrigación del valle, hasta la conformación del celebre hospital de San Juan de Dios, su botica, herbolario y jardín botánico

No es extraño por ningún momento una tercera etnia, porque debe recordarse que el camino del poblamiento hondureño, fue en su mayor parte el camino que comunica la Puebla de Los Ángeles con la Oaxaca de la Antequera, de donde no solo llegaron contingentes humanos, sino toda una cultura previamente confirmada, y que incide en la mentalidad popular, como para el caso la devoción muy antigua hacia el arcángel San Miguel, la advocación de la virgen de la Soledad e inclusive la de aquella Santa Catalina de San Juan, que tuvo tanto éxito en el México del siglo XVI, cuya imagen histórica recoge don Francisco de la Maza en su interesante libro titulado: «Santa Catalina de San Juan, china poblana, santa y visionaria» (cit. Octavio Paz: *Vislumbres de la India*, Fondo de Cultura Económica, 1996), nacida como Mitra Borah, de origen hindú a quien se atribuye haber traído de su lejana tierra el mole y los mangos. Toda esta riqueza del tránsito de ideas, usos y costumbres se inscribe en el espacio de una multiplicidad de razas y creencias, que al mezclarse fueron transformando el sentido mismo del culto católico, donde precisamente cada raza o grupo étnico aporta en esa mixejiación total o global que realmente conformó, por lo tanto, un nuevo credo.

A medida que crece el interés por la minería, los negros van ocupando un papel de gran importancia, en los nuevos poblados del istmo centroamericano. La orden de la Merced, que poseía gran experiencia –por su carácter de orden hospitalaria- en el norte de África, mantenía talleres en los mismos hospitales de Tánger y Marruecos, donde permanecían hospitalizados Excelentes escultores coptos que producían imágenes que eran generalmente adquiridas por agentes de la casa real para ser enviados a América, a aquellos poblados donde existía

Senderos del mestizaje

persistencia de mano de obra africana, de tal manera que fue el punto de apoyo para la difusión del culto a los «Cristos negros», de lo cual es muy fácil seguir la ruta de ellos en relación con los pueblos mineros que iban surgiendo. El mismo obispo don Francisco de Marroquín, cuando planifica la creación del santuario de Esquipulas, encarga al escultor Quirio Cataño, «un Cristo de piel morena, acompañado de la madre, la santísima virgen María y el apóstol predilecto San Juan, realizando en madera de achagüite» ubicado dicho santuario en un lugar estratégico, para la devoción, y que facilitara la circulación de peregrinos de todo el Reino de Guatemala.

El sentido del santuario de Esquipulas, plantea por sí mismo la visión multiétnica, dentro de los parámetros de una iglesia que comprende una política de santuario, que conlleva una función económica a través de las ferias, como punto de reunión para compra y venta de mercaderías y productor de la tierra, que es al mismo tiempo una evocación de los antiguos «tianguis», punto central de la visión multiétnica se expresa en el mismo momento de la solemne bendición del santuario, cuya acta de dedicación está firmada curiosamente, además del referido obispo, por don José de Moctezuma, descendiente directo del emperador de Tenochtitlán, de infausta memoria y Miguel Antonio de Santaelices, como el ilustrado mestizo, del que ya hemos dado noticias.

Del obispo Marroquín, como Cortés y Larraz, por ser miembro de la orden franciscana, por sus acciones podemos deducir que padecen de un fuerte temor a la idolatría de los aborígenes, razón por la cual prohíbe, en una carta pragmática enviada a todos los curatos «que los oficiales artistas, taladores, escultores y pintores, reproduzcan aquellas imágenes que representen animales, para evitar que los naturales, reverencien ay adoren a sus antiguos anales, so pretexto de adorar o venerar al santo».

Sin embargo el santuario de Esquipulas no tuvo originalmente el resultado esperado sus ferias y tianguis, de acuerdo a las fechas incorporadas en su tradición y mediante su propio sentido del tiempo, tiempo que se manejaba en derredor de la interacción que se establece entre siembra y cosecha. En el libro de confesionario de Fray Luis de Cañizares, obispo de Comayagua, se destaca una anécdota de gran importancia, que nos refleja la mentalidad del indio: Juan Rivera, indio que fue encomendado de don Diego de Manzanares, habitaba una choza, en la entrada del Camino Real de Comayagua, cuando paso el Ilmo. Fray Luis de Cañizares y vio con sorpresa –deteniendo su mula– que en el patio del indio, crecía un inmenso árbol de naranjo y confió a su secretario, que como de ese hermoso tronco se podría hacer una imagen de San Antonio para su capilla en el convento del mismo

nombre. Obsequioso, el secretario, con deseo de hacer cumplir los deseos del señor obispo, envió dos hombres de la Santa hermandad, para que cortaran el árbol, dejando tiradas en el suelo las hermosas ramas, y llevando el tronco al escultor, para que hiciera una talla de San Antonio. El indio sollozo y gimió por su árbol, pero conformándose se dispuso a tallar de una de las ramas un cabo para su machete. Al año siguiente, el indio Juan pierde a su mujer y entra a hurtadillas en la capilla del Ilmo. Y entre llanto e hipos decía: «Tu San Tonito, que eres primo hermano de mi machete, consuélame ahora que estoy solo, para que vuelva a encontrar una nueva mujer, que me apañe y ayude.» Así fue como el buen obispo comprendió «que el que conoce el palo no adora al Santo».

Alan el día de hoy, en la que hemos dado por llamar la «zona lenca», sita en la planicie de Gracias a Dios (Lempira) están vivas en el imaginario popular esa síntesis de las viejas creencias precolombinas, con la religión católica. Los mercedarios entronizaron en su capilla y convento, la advocación de nuestra señora de Las Mercedes, que fue llamada por sus contemporáneos como «La Gobernadora», que nos recuerda la idea de la infortunada doña Beatriz de la Cueva sin que se interrumpa el mito precolombino de Itchel, la madre tierra que aparece en el firmamento después de cada nueve lunas, guardando las joyas y el manto de la madre tierra, y regando esta con su leche, para que surja el maíz, alimento del hombre. En la mayoría de los poblados de esa región siguen aun en lamente popular proliferando los tzipitillos, duendecillos del bosque, que continúan una vida sin amor buscando la «he-lencia», antigua Comizagual, deidad femenina que oculta –como latina faunesa– proclamatoria del amor carnal.

Todas estas imágenes mestizas, mezcladas o revueltas, perviven en el imaginario popular. En el pueblo de la Campa, como en otros muchos pueblos de Honduras, aún persiste el Guancasco, danza ritual, de un idioma perdido, que se expresa en un castellano anacrónico y olvidado, donde los «negros» son los villanos, estando su presencia en la multiplicidad de ojos, de los habitantes de la villa, que por lo tanto son villanos. En La Campa aún se rinde culto y subsiste la cofradía del patrón «San Matías Marinero», que es ejemplo vivo de ese sincretismo religioso, que adora y sirve a un apóstol –San Matías–, marinero sin mar, posiblemente culto influenciado por aquel misionero don Francisco de Orellana, que vio en la Honduras del siglo XVII, como un mar vegetal de encrespadas olas, que aturde la mente por tantas subidas y bajadas, en todos los tonos posibles del verde, que se significa bajo un cielo purísimo de un azul intenso, que es el necesario contraste de ese mar vegetal.

Así es como se fue mezclando una cosmovisión, nunca paralela, sino

Senderos del mestizaje

integrada en una totalidad de creencia, raza y atavismo, donde los esfuerzos «por purificar» esas creencias son solo ataques directos a esa identidad multiétnica y policultural, que hace de Honduras una evidencia histórica y de la religiosidad popular, un hito significativo.

Los pardos en la anarquía republicana

El primer mestizaje habido en los momentos de la conformación de los poblados, tuvo una intensidad tal, que conformo un proceso de síntesis que impregno, dándole características propias a la primera evangelización que va del siglo XV al XVI, continuando para el siguiente siglo XVII y XVIII con una política, que podríamos llamar del criollismo, en que se avizora la toma de conciencia del nacido en la tierra que busca un plausible desarrollo económico, que transcurre en una lucha permanente por las dos antagónicas formas de producción. Ese criollismo tiende a la formación de un oligopolio, que se mantiene hasta el momento en que se inicia también la desacralización de la metrópoli, elemento desconcertante para la mentalidad criolla y que a pesar de que sea el posible detonante de la ruptura de las instituciones, nos lleva a un punto de partida determinado y sumamente crítico: que es la aceptación de que la población en general solo se puede desarrollar en función de una visión integradora multiétnica y policultural.

Tanto como los pardos como los mulatos ocuparon un espacio fundamental en el nuevo orden. En el arte, y con las restricciones económicas que tuvo la Iglesia, se dejó de lado los temas religiosos para dar paso a una nueva sensibilidad, en este caso fue el retrato. Proveniente de la ciudad de León, Nicaragua, llegó a Honduras un pintor de segunda fila, que contradictoriamente era protegido del Obispo García de Jerez, que se asienta en Comayagua, y pinta varios retratos de los caudillos del nuevo orden, entre los que se encuentra uno de Dionisio de Herrera, hoy propiedad de la Escuela Agrícola El Zamorano, otro del Obispo Hipólito Casiano Flores, un retrato imaginario y muy comprometido con el nuevo orden de cosas del Obispo Cristóbal de Pedraza y uno de don Pedro Pablo Chávez, cuya originalidad no se puede discutir, porque la mayoría de ellos tienen texto incorporado, ofertándonos la idea que el pintor vivió la Honduras republicana de la primera mitad del siglo XIX. Tal como se puede deducir de estos testimonios, tanto el ciudadano Herrera y don Pedro Pablo Chávez evidentemente eran mulatos o pardos, por la prosopografía implícita en los cuadros.

Este periodo hace notorios los conflictos de clase y especialmente los interétnicos, que se habían venido agravando desde los momentos de la crisis

económica que atravesó la provincia, tanto por la decadencia de la minería, como por la crisis ganadera, etc., que incluyo además la quiebra de las cofradías, tal como lo hemos dicho anteriormente. En el mismo espacio artístico se puede inferir que las artes artesanales también fueron víctimas de las crisis económicas, ya que si se revisa el censo de 1898 se puede comprobar que en la ciudad de "Tegucigalpa casi existía un platero y un sobredorador de puerta a puerta. Viéndose el cambio en el censo del Licenciado Mallol levantado en 1821, cuando estos talleres de platería se transforman en pulperías, siendo sus propietarias en su mayoría, las mujeres abandonadas por sus maridos, que muchos de ellos las habían dejado solas para ingresar en los diferentes ejércitos, especialmente el ejército federal.

El poder político sigue siendo objeto particular de las clases altas criollas, que en la confusión institucional apoyan directamente a los mulatos como base manipulada por esos miembros de grupos de poder, de tal manera que gracias a la iniciativa de José Flamenco, vecino de Choluteca en los quince años inmediatos a la Independencia, ya tienen establecido el derecho a votar, convirtiéndose en especie de mesnadas guerreras al servicio de todos aquellos ganaderos y banqueros de minas, que en forma muy racional abandonaron el proyecto de consolidación nacional, para usar el poder únicamente para su poderío personal.

Cuando asciende al poder el pardo capitán general José Santos Guardiola, se ve clara la Ley de Libertad de Cultos, gracias a la presión ejercida por la corona británica, sumamente interesada en el país por la necesidad que este imperio tenía de las riquezas madereras de Honduras, especialmente la caoba, que convirtió a la capital inglesa, en una de las capitales más elegantes del mundo, gracias a las generosas contratas que le fueron concedidas para la obtención de esa madera. En ese periodo la vacilante Iglesia hondureña ya tiene conformado un cuadro interno de curas diocesanos, también de origen pardo, entre los que se cuenta el vicario Miguel del Cid, quien convoca a todos los adeptos del país para un levantamiento armado, que ha pasado a la historia con el nombre de «la guerra de los curas», que incremento la brecha entre los patricios libértales y los representantes del poder eclesiástico.

La segunda mitad del siglo elige como gobernante a José María Medina, hijo natural de un criollo del sector occidental del país, rico ganadero y añilero, de apellido Castejón, elección que se realizó con el beneplácito del hombre fuerte de Guatemala, llamado «caudillo de los indios»: Rafael Carrera, quien pretende mediante su influencia dominar a las vacilantes repúblicas del istmo centroamericano. Para esas mismas fechas la Iglesia estaba prácticamente quebrada económicamente y sin liderato, porque el Obispo Hipólito Casiano Flores cometió

Senderos del mestizaje

el error de solicitar la devolución de los bienes incautados en la única carta pastoral de visita eclesiástica que desgraciadamente no consta en ningún archivo.

El Obispo Flores falleció, convirtiéndose en un mito su muerte, ya que el pueblo aceptó la conseja de que había sido envenenado, siendo enterrado sin honras fúnebres de ninguna clase, a medianoche, desapareciendo también misteriosamente las diligencias que testimoniaban su extraña muerte, en 1857. Todas estas circunstancias, más bien de corte político y que apenas nos dejan entrever la crisis que atravesó la Iglesia en ese período oscuro, que va de 1829 al 50, apenas nos dejan colegir la virulencia de una situación, que además no recobra su curso normal por la ausencia de relaciones entre el estado de Honduras y el Vaticano.

A su vez Guardiola, inició los trámites diplomáticos precisos para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano, que no pudieron concluirse por haber muerto asesinado en 1862, pero fueron concluidas hasta en el periodo de don José María Medina, cuando se elige como Obispo a Fray Juan Félix de Jesús Zepeda, gracias a la eficaz intermediación realizada por el Obispo de el Salvador Vitedi y Ungo, quien gozando de la amistad con el presidente Medina, fue portador de una cantidad de obras religiosas, que sustituirían las perdidas en constante pillaje de que fueron objeto las iglesias en ese convulso periodo.

A partir de 1871, Guatemala había recibido un impulso que buscaba la consolidación de los estados nacionales, a la que se llamó «Reforma Liberal» impulsada por el gobernante Miguel García Granados, quien había tenido entre sus ministros de gobierno a dos jóvenes hondureños: Marco Aurelio Soto Martínez y Ramón rosa, quienes decidieron jugarse la aventura presidencial para realizar en su país el primer proyecto de consolidación nacional, apoyándose en una visión positivista de la existencia, que daba mayor sentido al espíritu científico, en un ambiente de confraternidad y ausencia de prejuicio que si bien es cierto desligaron del todo los espacios entre Iglesia y poder público, contribuyeron en gran medida a la creación de un pensamiento laico.

Ramón Rosa se preocupó por revitalizar la Universidad, dentro de los conceptos más estrictos del positivismo, pero sin embargo, como descendiente directo del padre José Trinidad Reyes, buscó realizar un camino de reconciliación, considerando la Iglesia como uno de los entes principales y positivos de la tradición nacional.

Con un gabinete integrado en su mayoría por jóvenes iniciados en la misma universidad que fundara su antecesor, vio la Iglesia desde la perspectiva, no solo de la tradición, sino también como elemento aglutinador de la identidad,

en un lineamiento de conservación de valores morales y éticos, que fueran el referente obligado para la convivencia.

No solo cultivo una estrecha amistad con el anciano Obispo don Félix de Jesús Zepeda, cuyos consejos atendió llamándolo «Filólogo insigne», rememorando aquel hecho que consta en su segunda visita canónica en que el prelado se dedicó a cambiar nombres impropios para aquellas poblaciones surgidas en el clímax de la explotación minera y que habían llamado, por ejemplo, al actual Valle de Ángeles, la Marranera, y al poblado San Juan de Flores, con el nombre de Cantarranas. Al decir de Rafael Heliodoro Valle, Fray Félix de Jesús Zepeda al cambiar los nombres de determinados pueblos, por otros más poéticos y más de acuerdo con el paisaje, ofertó a los pobladores una nueva esperanza de vida.

Tanto Soto como Rosa fueron víctimas de las pulsiones de los distintos grupos que se habían desarrollado en el transcurso de la praxis liberal, que terminaron por atacarlo echándole en cara su amistad, tanto con el Obispo Zepeda como con su sucesor, Manuel Antonio Vélez, quien manejó la Iglesia con las antiguas visiones de los obispos ilustrados del siglo XVIII.

Un personaje sumamente importante, que se integró en el proceso de reforma liberal, es sin lugar a dudas Antonio Ramón Vallejo, que se vio obligado a abandonar el seno de la Iglesia, en el periodo que fungía el Obispo Flores por considerar que la Iglesia no correspondía, en sus intenciones, con su rol histórico.

Vallejo fue pieza decisiva en el gabinete de los reformadores, convirtiéndose en la piedra fundamental de la constitución, no solo de las reformas universitarias, constituyéndose en la piedra fundamental de la historiografía nacional, a través de su gestión que lo llevó no solo a crear el Archivo Nacional, sino también la "historia de bronce", muy al estilo de la Escuela de los Anales de París, tan en boga en ese momento, cuyo concepto se centra en una visión de la libertad conquistada a través de la Independencia, con su consecuente visión antihispánica y en la cual se sedimenta el viejo concepto de un anticlericalismo inhibitorio del estudio de los usos y las costumbres, que llegó a ser punto central en una cultura metropolitana, que considera la urbe como culta y la periferia como antinomia y característica de lo bárbaro y salvaje.

Con todo y todo se debe a la Reforma la firma del primer Concordato que regula las relaciones entre Iglesia y Estado que desgraciadamente se vuelven a interrumpir a finales del XIX, cuando Monseñor Vélez tiene que salir emigrado hacia El Salvador, falleciendo pocos años después.

El mestizaje en la cultura Hondureña

La cultura hondureña se caracteriza no solo por su grado de civilización sino por el carácter testimonial que queda plasmado, hitos que impregnan los usos, costumbres, la cosmovisión o experiencia frente a las circunstancias aleccionadoras de la vida y en el sentido de trascendencia de la vida y de la muerte, donde esta se manifiesta como herramienta cultural. De la anterior narración se puede deducir como la evangelización mestizo a la iglesia llegada del viejo continente, remozándose gracias al proceso de síntesis que provenía del sentimiento de religiosidad de los primeros habitantes autóctonos. La mayoría de las órdenes religiosas habían adoptado el símbolo de la cruz, que los trajo a América. Es importante recordar que la cruz era también símbolo de la moneda y principio absoluto de la cristiandad, que además aparecía en todo lo que fuera Real, galeones, banderas y estandartes en la unidad de un mundo cuyo lenguaje común se centraba en el espacio religioso, en el tiempo de la iglesia.

Las comunidades que se encontraban en Honduras, al momento del descubrimiento y la conquista eran en su mayoría políticamente señoríos dispersos, que quedaron después de la etapa imperial Maya-Tolteca, donde sus habitantes estaban prácticamente aculturizados en zonas decantadas y cuyos elementos unitarios eran apenas la lengua y el sentimiento religioso. Según el testimonio de Bernal Díaz del Castillo, quien nos testimonia haber encontrado tanto en Naco como en la región de Gracias a Dios cruces realizadas por un método de poda de los grandes árboles de Ceiba y de Macuelizos en flor que semejaban grandes cruces camineras, lo que ha permitido que algunos historiadores decaigan en la peregrina idea de existió un cristianismo previo al descubrimiento de América, por elementos coincidentes con el culto especialmente católico, olvidando que para la mentalidad primitiva de todo ser humano la cruz es un símbolo normal de ordinalidad que lo ubica en una necesaria visión que marca los cuatro puntos cardinales, que especialmente se manifiesta en una línea corrida que marca norte sur, este y oeste, lo que posiblemente se asimilo facilitando el necesario proceso de síntesis.

Por otra parte algunas de las ordenes religiosas —tanto los dominicos, como los agustinos— fueron ordenes pacíficas, que se integraron a la observación de esas decantadas religiones autóctonas haciendo que tanto la evangelización, como los primeros contactos, evitaran la violencia para integrar un credo con otro, surgiendo de ese intercambio experimental algunas actitudes, que alimentaron aun mas el proceso de síntesis, como búsqueda sustitutiva de elementos básicos en

el credo, tales como: Aceptación de la visión politeísta del mundo, que del lado católico se inclinaba a la aceptación de los santos — sobre todo aquellos que poseían elementos casi mágicos - especialmente en cuanto a su influencia sobre las fuerzas de la naturaleza, de donde surge la aceptación y culto a Santa Barbará, el patrón de los navegantes San Sebastián y algunos cultos curiosos como el de San Matías Marinero, patrón del pueblo de La Campa, hasta el día de hoy donde su cofradía ha subsistido hasta los tiempos actuales.

Así fue como también se conformó y proliferó el culto a la virgen María, que sustituye a Itzchel, que sin lugar a dudas recuerda el fenómeno mismo del sincretismo realizado en la antigua Tonatzin, madre creadora del universo, que conformó la idea inicial de la virgen de Guadalupe.

El sentido de una Madre del Universo, que genet-6 previamente el mito grecolatino de GEA, que es en trasfondo el sentido de la madre tierra. El Indio en sí, privilegia la idea de la Madre de Dios, sufrida y doliente y ubicada en el nuevo testamento, sin que exista ningún aparente interés en la sucesión de santos comprendidos en la narración del viejo testamento, que excluye por ende alguna visión veterotestamentaria, que el indio por sí siente lejana y alejada de su realidad.

Si se revisan con cuidado tanto los títulos de tierras como las toponimias hondureñas, así como nombres de haciendas ganaderas y de cofradías, encontramos la presencia de la virgen de Los Dolores de igual forma que la advocación de la virgen de La Candelaria, que es posiblemente de donde surge y se impenetra en el imaginario popular la virgen de Suyapa, que es hasta el siglo XIX que se integra como una virgen de la Concepción, negando el antiguo culto de la Candelaria, virtual culto a la luz que rompe la oscuridad, tan sensible a los cultos, precedidos de un proceso previo de aculturización.

La virgen de Suyapa, es parte y reacción a la política desarrollada e impuesta por el obispo guatemalteco don Francisco de Marroquín, quien promulga en su célebre visita canónica por el reino de Guatemala y en donde —por las experiencias habidas— prohíbe el culto a las imágenes, que conlleven todo tipo de bestias salvajes "a fin de evitar que los naturales hagan uso del recurso de adorar al santo, para hacerlo con sus nahuales o figuras zoomorfas". Esto incentive más bien la creatividad de los artistas, surgiendo así la visión de un San Miguel sin dragón, más bien posado sobre una voluta de humo, y las vírgenes triangulares iberoamericanas, que sustituyen a las arcanas figuras de las vírgenes medioevales envueltas en sus anacrónicos y flotantes velos, incidiendo inclusive en la liturgia como por ejemplo la devoción a Santa Ifigenia, que no sabemos hasta donde —y

Senderos del mestizaje

a pesar de que la figura representa una negra— sea un trasplante del mito de la princesa griega.

Después de la remoción que realizó el Concilio Vaticano II (1962-1965), la iglesia parece haber vuelto a los viejos caminos misioneros, al encarnar por si misma la antigua opción por los pobres, despertar que la obligó a resistir la crisis que se des-arrolló en la década de los años setenta. Tal como el lector lo podrá advertir, Honduras ha sido a lo largo de su historia una especie de país de tránsito, camino transitado por todas etnias, razas y costumbres, que lo convierte en un sitio donde se prodiga eternamente como madre iglesia en donde no puede, ni le queda, otra opción que salga de la esfera de ser lo que siempre fue, modeladora cultural y taumatúrgica señora de la esperanza.

El día de hoy está sujeta a un rol sumamente difícil, por los vientos que conforman un nuevo orden mundial que se establece en prolongar un estatus político que se ha dado en llamar neoliberalismo y que en su trasfondo es la búsqueda de una hegemonía mundial Ramada con el termino de globalización, donde se pretende crear, lo que se llama «pensamiento único», que proclama además «la muerte de Dios», en la inútil idea de tratar de entender no solo la gran diversidad del planeta, sino también el respeto inaplazable a la identidad de todos los seres, correspondiente a la visión de hijos del creador, que aún perdura en lo más profundo del corazón y que por tanto hace al hombre señor de la historia.

Esta amenaza —más bien presentida—, obliga a la iglesia y a sus directores y protagonistas a buscar el camino de la unidad, sobre todo a la búsqueda de una unidad interna que sea tierra abonada y fértil para el surgimiento de un debate continuo que sea como fe en otras épocas para el teólogo Atanasio Kitchner que creyó que la voz de Dios siempre esté presente en esa construcción musical que llamo «misurgia universalis», y cuyos ecos resuenan aun por los espacios siderales, como una invitación constante y preciosa, para que la humanidad entera, siga luchando para construir ese espacio armónico en que se desarrolla el Ser.



Danza garífuna, La Ceiba. Foto de Víctor Manuel Ramos.



Niños pech en la escuela. Las Marías, Olancho. Foto de Víctor Manuel Ramos.

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

(Sitios de interés arqueológico)

Jesús Ricardo Rodríguez Rivera

Resumen Ejecutivo

La intención de escribir este breve ensayo es la ir determinando los pasos básicos para la recolección de datos que estarían conformando parte de las coberturas base que el IHAH requiere para realizar diferente tipo de análisis, los cuales conllevan a mejorar la toma de decisiones, conservación y protección del patrimonio.

El ensayo inicia mencionando algunos aspectos generales orientándonos a entender que es un Sistema de Información Geográfico (SIG), como también los beneficios que tendríamos al implementar una herramienta de este tipo.

La idea central es seguir ciertos pasos para la conformación de la cobertura de los Sitios de Interés Arqueológico, los cuales en un futuro se pueden y deben combinar con diferentes capas de información existentes o en proceso de creación ayudándonos a realizar una planificación adecuada la que se concreta en la toma de decisiones.

Finalizo este ensayo haciendo una pequeña reflexión sobre la diferencia entre los fenómenos naturales y sus consecuencias: los desastres.

Es importante mencionar que todas las imágenes mostradas en este breve documento han sido hechas por el autor del mismo las cuales fueron superpuestas en la cobertura política administrativa departamental oficial obtenida del IGN, para crearlas utilice Arcview GIS 3.3.

Aspectos Teóricos, Ventajas de un SIG

Durante la década de los 90's se pusieron muy de moda en Honduras los Sistemas de Información Geográficos (SIG), herramienta sumamente poderosa,

convirtiéndose en un eje transversal, o sea tiene injerencia en todas las áreas de trabajo, de diferentes profesionales e instituciones la cual facilita la toma de decisiones a Gerentes, Directores, Ministros, Presidentes, etc.

En mi ensayo anterior definía lo que es un SIG, pero lo mencionaré nuevamente para retomar el concepto y partir del entendimiento sobre que es un Sistema de Información en general: «A geographic information system is a combination of elements designed to store, retrieve, manipulate, and display geographic data—information about places. It is a package consisting of four basic parts: robust hardware, powerful software, special data, and a thinking explorer.»¹

Haciendo una traducción libre de la definición anterior tenemos: Un Sistema de Información Geográfico es una combinación de elementos permitiéndonos almacenar, recuperar, manipular y visualizar datos geográficos, información de lugares; el objetivo primordial de un Sistema de información cualquiera que sea su ámbito es la facilitar información (datos relevantes) para la toma de decisiones.

Una vez que hemos comprendido que es un SIG, podemos avanzar a la siguiente etapa, su construcción. Hay algunos elementos básicos de los que debemos hablar y comprender antes de construir esta herramienta, como ser: información base, mapas base, mapas temáticos, modelación, planificación entre otros.

Hay que tomar en cuenta que en un SIG lo importante no es generar un mapa, por el contrario lo importante es facilitar información (datos relevantes) necesaria a los tomadores de decisiones, esto conlleva a generar diferentes insumos básicos y temáticos, modelación relativa a los diferentes temas en estudio, logrando efectuar la planificación, proyección y finalmente la implementación de las medidas necesarias para proteger, administrar, etc.

Como mencionamos en nuestro ensayo anterior: La implementación de un SIG institucional, como proceso informático, no es la mecanización de los procedimientos administrativos antiguos sino la introducción de nuevas herramientas tecnológicas que nos trasladan a una nueva dimensión en organización y análisis de la información.

Con la implementación del SIG tendremos muchos beneficios entre ellos:

¹ *GIS in K-12 Education, An ESRI White Paper—March 1998*

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

- Incremento en la calidad de la información;
- Incremento en el acceso a la información;
- Un eficiente flujo e intercambio de la información;
- Incremento de la productividad;
- Reducción de costos a largo plazo;
- Personal capacitado en las tecnologías de SIG

Como Recolectar los datos para la Cobertura Base

En el caso del IHAH, es posible que se cuente con algunas coberturas base, sin embargo explicaremos como podrían recolectarse dichos datos para conformar una capa inicial con la cual deberán irse integrando diferentes capas temáticas para sus correspondientes análisis.

Para la recolección de los datos que conformarán las coberturas base es necesario analizar qué tipo de datos son realmente los que requeriremos, es preciso señalar que un SIG trabaja con tres tipos de datos o topologías: puntos, líneas y polígonos.

Cada uno de ellos tiene un objetivo y facilita la representación de los elementos sobre la tierra como por ejemplo casas, iglesias, escuelas, carreteras, ríos, cobertura de bosque, áreas de incendios, etc.

Es de suma importancia determinar la escala de trabajo ya que de eso dependerán los detalles que podremos observar en nuestros mapas, no es lo mismo trabajar para elaborar un mapa a una escala de 1:500,000 y un mapa a una escala de 1:10,000. Esto significa que los elementos que antes representábamos con un punto (1:500,000) ahora deberán representarse con un polígono (1:10,000).

Para nuestro caso de ejemplo a implementarse en el IHAH, nos interesa la generación de una capa base de sitios de interés arqueológico con una topología poligonal de tal manera que nos permita efectuar el cálculo de área como también la combinación o álgebra de mapas con una gran cantidad de capas disponibles o por generar.

Para desarrollar este trabajo se puede hacer de diferentes maneras, dependiendo de la experiencia, conocimientos, herramientas institucionales (programas, gps, etc), insumos disponibles (fotografía aérea, imágenes de satélite, mapas impresos, etc), en tal sentido un profesional con amplia experiencia en sensores remotos podría identificar los sitios de interés arqueológicos a través de una imagen landsat, ikonos, quickbird u otras disponibles en el mercado, esto no implica que el trabajo de campo no se debe realizar, pues sumamente valioso para

validar el trabajo de escritorio normalmente realizado con el algoritmo isodata de Erdas Imaging o de cualquier otra herramienta para tratamiento de datos de sensores remotos como ArGis, Ilwis, PCI, etc.

Dependiendo la calidad, precisión, detalle de los elementos a representar debemos seleccionar las herramientas, cantidad de muestras, cantidad y rutas de los transeptos de recorrido para el trabajo de campo.

Inicialmente supondremos que el primer polígono a recolectar es de forma regular (cuadrado o rectángulo, triángulo equilátero) que son los más fáciles al momento de la toma de los vértices que lo componen, ya que en el caso de los cuadrados y rectángulos es suficiente con tomar cuatro puntos, y en el triángulo equilátero tres puntos para determinar su forma y área.

Ejemplo

Tenemos un sitio de interés en el departamento de Yoro, como se muestra en la Figura 1

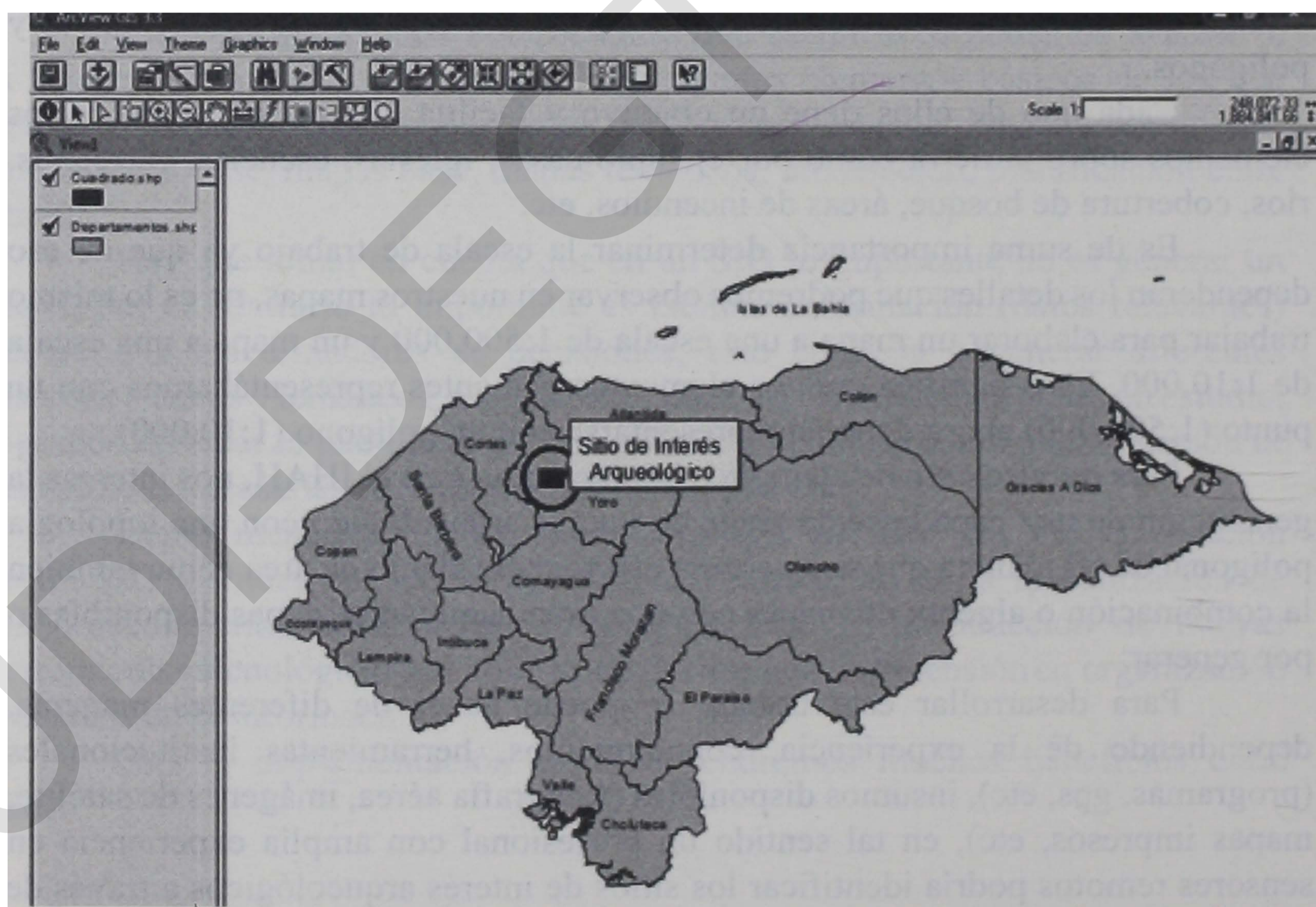


Figura 1. Mapa de Honduras mostrando un sitio de interés arqueológico

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

Si a este realizamos una ampliación para ver mejor los detalles del polígono de interés, podremos visualizar con mejor detalles el polígono en sí (figura 2), como también si esta capa se combinara con otras con las que podamos efectuar un análisis bien sea de riesgo, vulnerabilidad, amenazas, conflictos de uso, concesiones mineras, áreas protegidas, etc, con lo que al final el tomar de decisiones podría determinar que acciones se deben tomar para impedir mayor deterioro, implementar medidas de mitigación (estructurales o no estructurales), prevención, ordenación del territorio, etc.

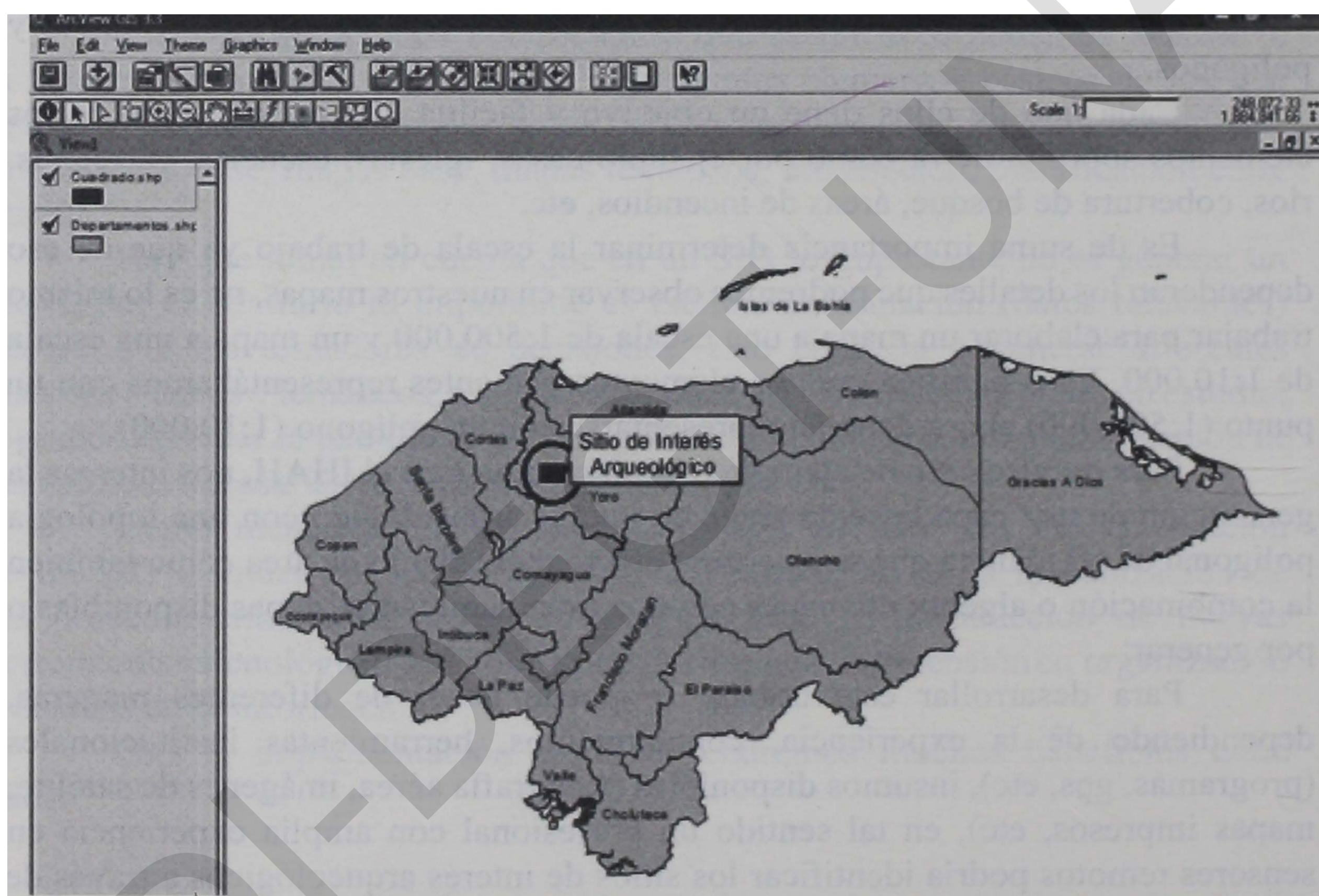


Figura 2. Ampliación mostrando las coordenadas en UTM de los vértices del polígono de interés

Cuando la forma de los polígonos a recolectar no sea regular, se recomienda realizar un recorrido por el perímetro del polígono logrando obtener las coordenadas de cada uno de los vértices que lo conforman, tomando en cuenta que entre menor sea la distancia entre vértice y vértice la calidad y precisión del polígono será superior, aunado a esto también hay que tomar en cuenta la precisión del GPS

utilizado, triangulación realizada, corrección diferencial ya sea en tiempo real o en un proceso por lotes, a continuación un ejemplo de un polígono irregular.

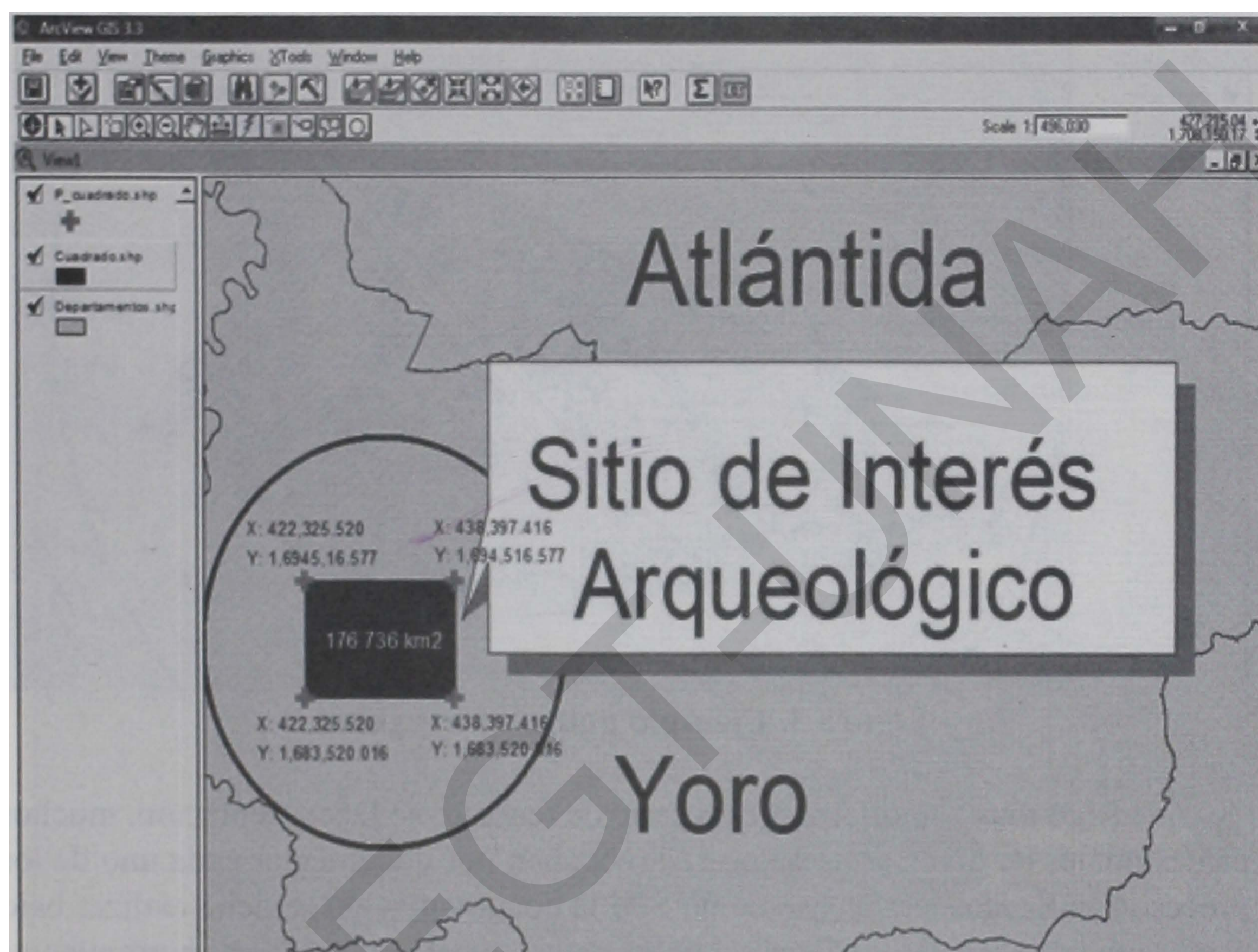


Figura 3. Ejemplo polígono irregular

Algo muy importante y necesario de realizar es: Documentación, muchos profesionales de diversas áreas no se preocupan por documentar cada uno de los procesos realizados, en el caso de un SIG la documentación se debe realizar bajo el esquema de Metadatos (datos sobre los datos), existiendo diversas herramientas para tal finalidad, inclusive las nuevas versiones de herramientas para manipulación de datos geográficos ya cuentan con un módulo de documentación.

Para la realización o levantamiento de datos en campo se recomienda se haga por un equipo conformado por varias cuadrillas, las cuales al mismo tiempo están efectuando toma de datos en diferentes partes del país donde los sitios de interés arqueológicos se hayan determinado con el trabajo de escritorio (percepción remota), o donde ya se tenga conocimiento que en la zona existir tales sitios.

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

Una vez finalizado todo el levantamiento, se deben bajar los datos recolectados con los GPS, dependiendo la marca, modelo, capacidad, estos datos pueden ser trasladados al computador electrónicamente, caso contrario se deberá hacer su ingreso manualmente.

Es importante destacar que a pesar de tener un GPS sofisticado y de última generación siempre es recomendable llenar una ficha por cada punto recolectado, lo que al final forma parte de un diccionario de datos, nuevamente, la documentación de todo el proceso es de suma importancia tanto para las personas involucradas, como para personas ajenas o nuevas en el ejercicio.

Una de las cosas que podríamos iniciar a resolver es el trabajo relacionado con las concesiones mineras, combinando la cobertura de sitios de interés arqueológicos con la cobertura de concesiones mineras, determinando si es posible otorgar un permiso para explotación minera o no.

Viéndolo gráficamente tendríamos algo similar a la Figura 4:

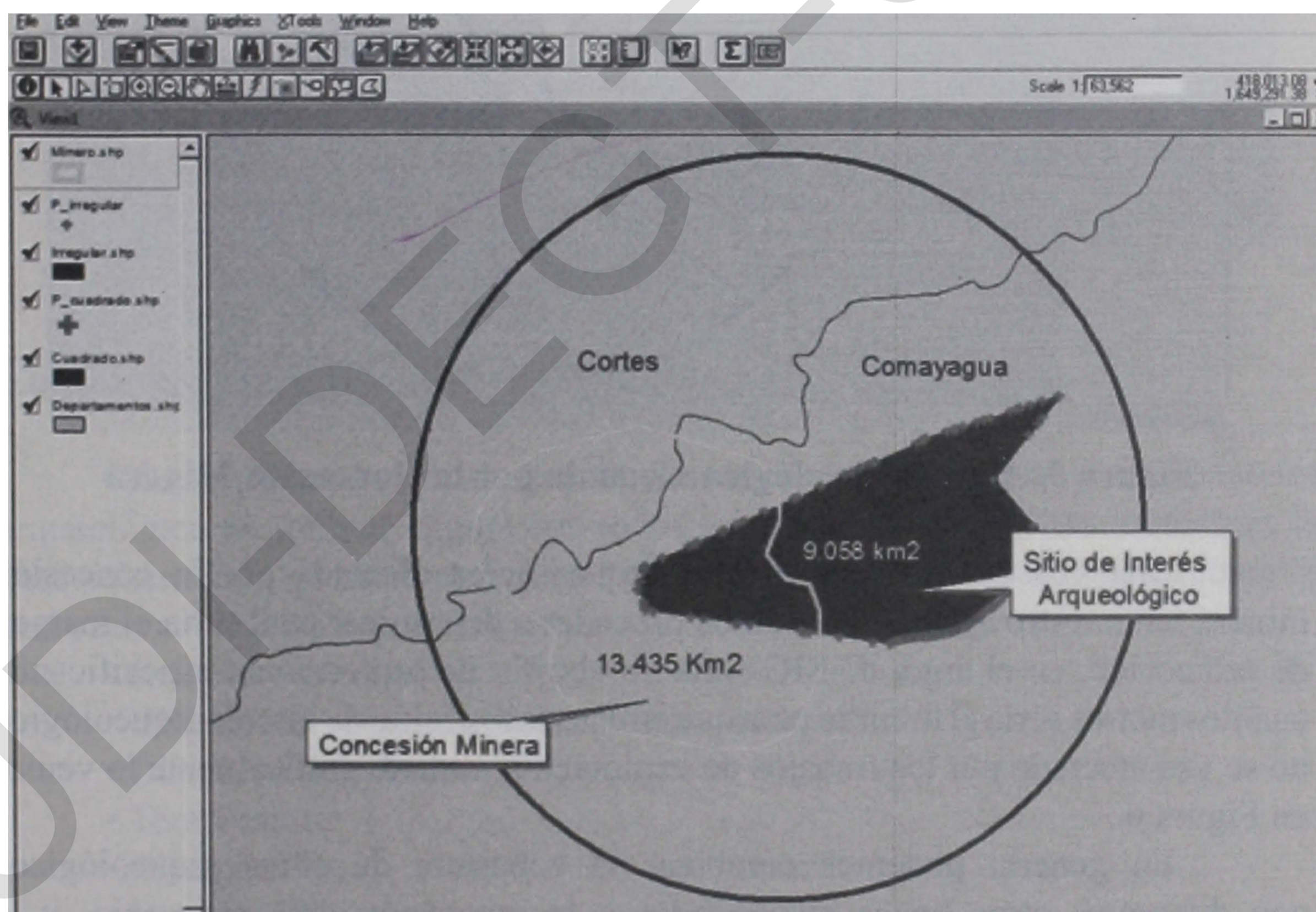


Figura 4. Ejemplo de combinación de coberturas

Teniendo ambas cobertura podemos determinar si se debe conceder una

licencia o permiso para efectuar trabajos de explotación minera en una zona donde existe patrimonio nacional, pudiendo determinar el área de la concesión minera que estará afectando o dañando del sitio arqueológico, impidiendo entonces que los trabajos mineros se realicen.

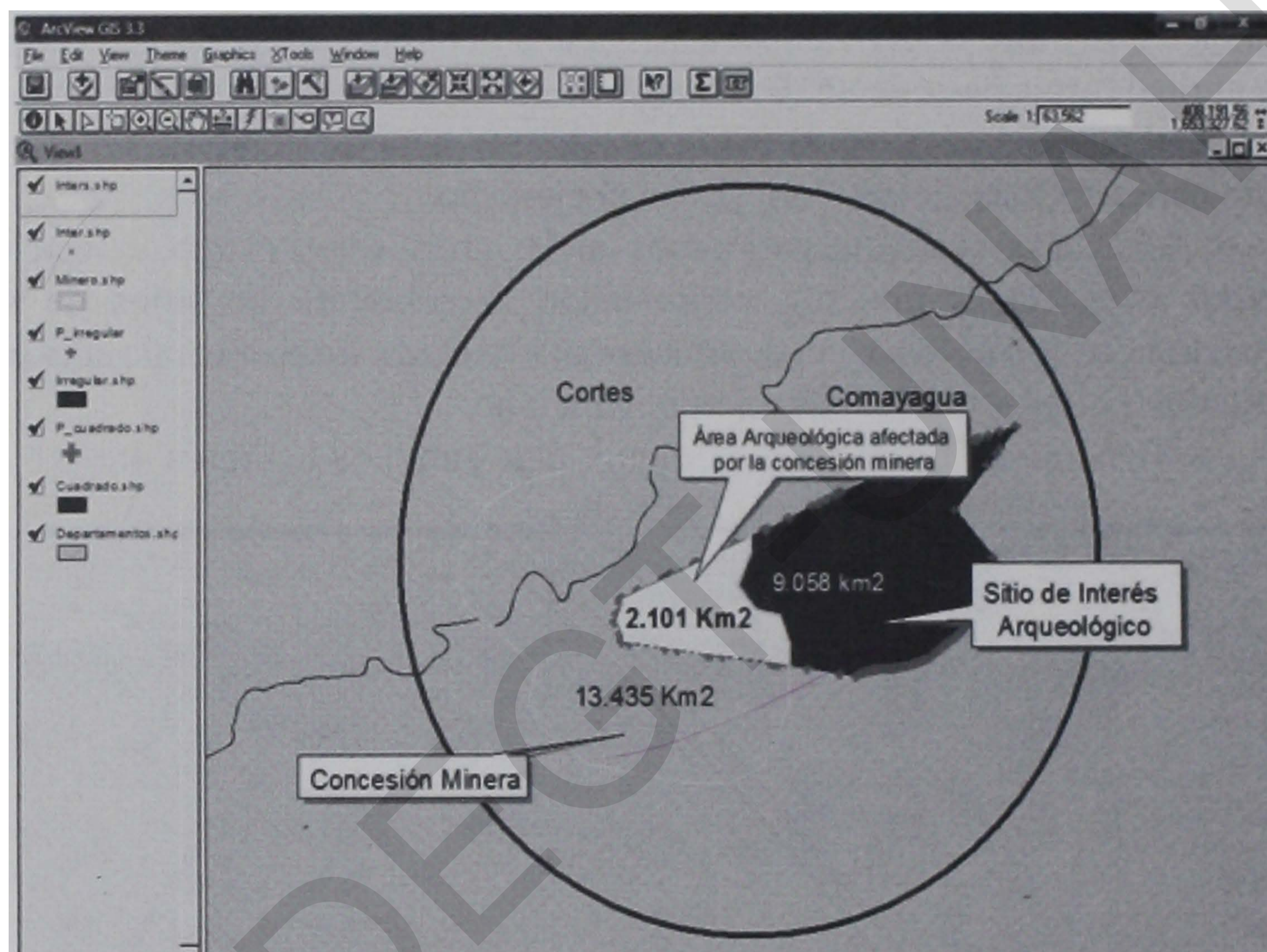
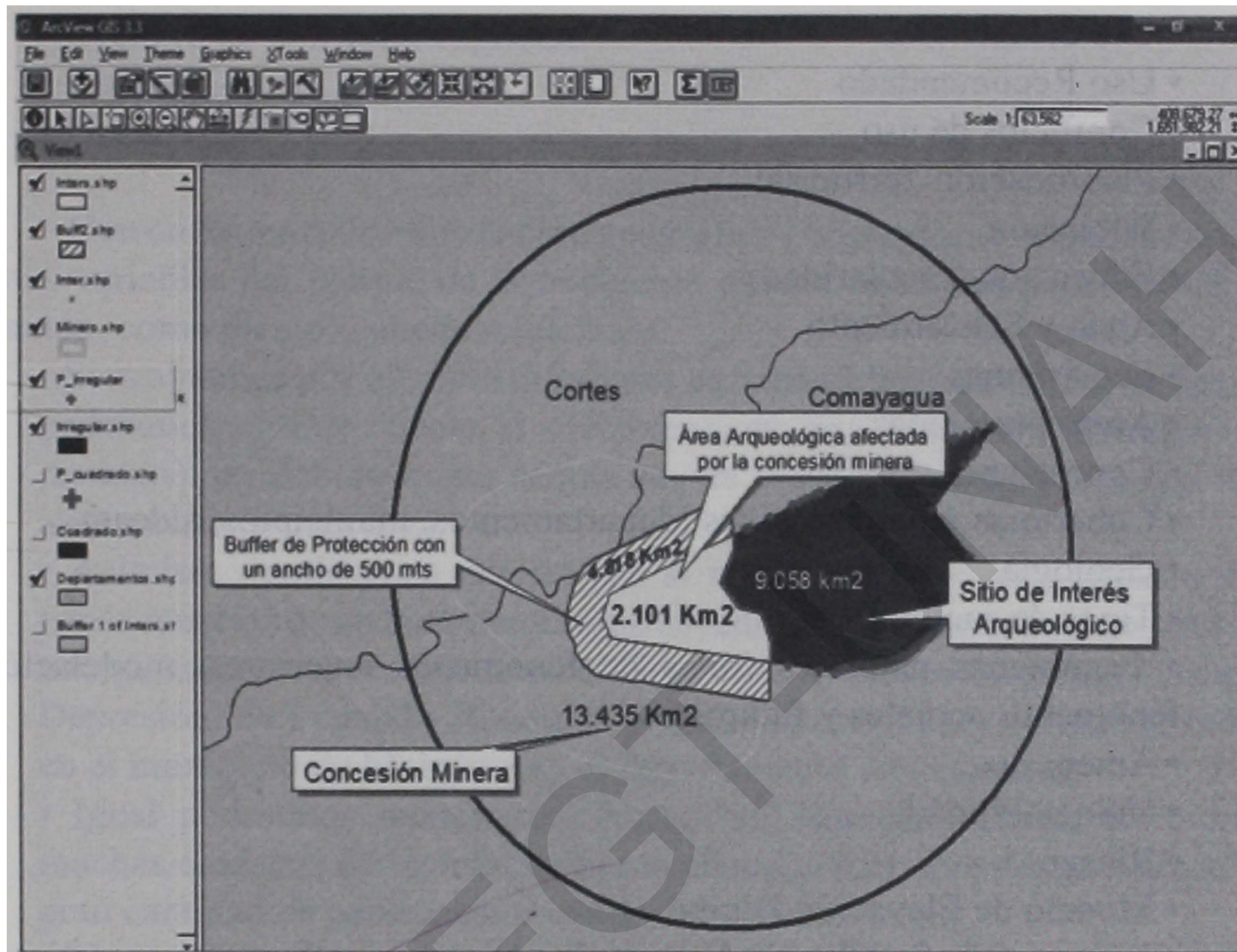


Figura 5. Área Arqueológica afectada por la Concesión Minera

Una vez determinada el área arqueológica afectada por la concesión minera (en nuestro ejemplo) debemos proceder a determinar cuál sería el margen de protección, en el argot de SIG sería un «buffer de protección», especificando cuantos metros sería el mínimo para que en este caso el sitio de interés arqueológico no se vea afectado por los trabajos de explotación minera, gráficamente lo vemos en Figura 6.

En general podemos combinar la cobertura de sitios arqueológicos con diferentes otros temas relacionados a la protección del patrimonio, y la implementación de diferentes medidas estructurales y no estructurales.

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio



Combinación de Temas, Preparándonos para el Análisis

Supongamos que finalmente tenemos toda la cobertura de sitios de interés arqueológico en formato digital con todos los datos necesarios que conforman la base de datos de los diferentes sitios, afinados y disponibles para ser conjugados con otras coberturas necesarias como ser:

- Cobertura forestal
- Hidrografía (cuencas, ríos, caudales, etc)
- Dirección del viento
- Temperatura
- Precipitación
- Humedad Relativa
- Curvas de nivel (topografía)
- Red vial
- Pendientes

- Uso actual
- Uso Recomendado
- Conflictos de uso
- Planificación Territorial
- Población
- Educación (escolaridad)
- Agua y Saneamiento
- Ecosistemas
- Áreas protegidas
- Concesiones mineras
- Coberturas administrativas (departamentos, municipios, aldeas)
- Geología
- Tipos de suelo
- Fenómenos naturales (rutas de fenómenos anteriores, modelación de fenómenos actuales y futuros)
- Amenazas
- Vulnerabilidad
- Riesgo
- Modelo de Elevación Digital
- Imágenes de Satélite y/o Fotografías Aéreas cuando sean necesarias
- Otras necesarias y disponibles

La combinación de capas (álgebra de mapas) nos permitirá efectuar una modelación de diferentes aspectos que nos facilitará la planificación de acciones a tomar (toma de decisiones) para garantizar la protección adecuada del bien patrimonial.

Existen diversas metodologías que nos permitirían combinar las capas anteriormente mencionadas siendo capaces de efectuar análisis relacionados con Riesgos, Amenazas y Vulnerabilidades como también análisis en diversas áreas:

- Incendios
- Inundaciones
- Deslizamientos
- Erosión
- Sequía
- Población afectada por los fenómenos
- Aproximación o Cuantificación de daños materiales que podría ocurrir
- Deforestación

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

- Avances de la frontera agrícola
- Ordenación del territorio
- Otros

Con un Sistema de información geográfico podríamos ser capaces entender algunas variables del porque de la evolución de una sociedad, extinción de una población, como ejemplo puedo mencionar:

- Si evaluamos por ejemplo diferentes variables climatológicas por ejemplo podríamos darnos cuenta si efectivamente una población abandono sus instalaciones debido a una sequía severa y como consecuencia una crisis alimentaria (hambruna).
- Asimismo podríamos determinar si una ciudad fue embestida por las consecuencias de un fenómeno como sucedió en 1998 durante el embate de la naturaleza a través del Huracán Mitch en todas sus fases (Huracán, Tormenta, Depresión, etc) cuando Honduras perdió la población y su infraestructura en el municipio de Morolica en el departamento de Choluteca.
- Igual podríamos mencionar el caso del Huracán Fifi en 1974 donde muchas ciudades de Honduras fueron abatidas fuertemente, generando una gran cantidad de pérdidas humanas, infraestructura, etc.
- Medición de consecuencias relacionadas al fenómeno ENOS, el cual trae como consecuencia periodos secos o periodos lluviosos, donde la población se ve afectada por escases de alimentos, inundaciones, enfermedades de diferentes tipos (respiratorias, intestinales, etc)
- De la misma manera podemos entonces cuantificar los bienes de nuestro patrimonio (tangibles e intangibles), generando diferentes tipo de información que nos permita hacer cosas parecidas a los temas mencionados anteriormente, como también implementar un sistema de monitoreo de cada una de las piezas arqueológicas por ejemplo, instalando un microchip de seguimiento como se hace con algunos animales salvajes bajo estudio, el cual se monitorearía utilizando la red de satélites de GPS.

En ensayos futuros podríamos profundizar tanto sobre las metodologías, como la ejecución del algebra de mapas para efectuar los diferentes análisis que el IHAH requiere en la búsqueda de la conservación y protección del Patrimonio.

Fenómenos Naturales y Desastres

Deseo finalizar mi ensayo con algunas reflexiones sobre los mal llamados Desastres Naturales, analicemos algunas definiciones:

Amenaza

«Un evento (...) de la naturaleza, tal como un terremoto. Existen amenazas de dos tipos, primaria y secundaria. La primaria afecta asentamientos humanos. La secundaria surge con posterioridad a la primaria y contribuye a aumentar las pérdidas y el sufrimiento.»²

En pocas palabras la amenaza es la probabilidad que ocurra un fenómeno.

Vulnerabilidad

«Condición en la cual los asentamientos humanos o las edificaciones de encuentran en peligro en virtud de su proximidad a una amenaza, la calidad de la construcción o ambos factores.»³

O sea los pobladores, edificios, montañas, casas, iglesias, carreteras, esculturas, edificaciones de civilizaciones antiguas, que están expuestas ante la probabilidad que ocurra un fenómeno.

Riesgo

«El grado relativo de probabilidad de que ocurra un evento amenazador. Una zona de ¿falla activa será un área de alto riesgo.»⁴

La información sobre el riesgo se obtiene al efectuar la combinación de los resultados de los cálculos sobre las amenazas y la vulnerabilidad.

² *Los Desastres No Son Naturales*, Compilador: Andrew Maskrey, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina 1993

³ Ídem

⁴ Ídem

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

Fenómeno Natural

Es toda manifestación de la naturaleza. Se refiere a cualquier expresión que adopta la naturaleza como resultado de su funcionamiento interno. Los hay de cierta regularidad o de aparición extraordinaria y sorprendente. Entre los primeros tenemos las lluvias en los meses de verano en la sierra, la llovizna en los meses de invierno en la costa, etc. Ejemplos del segundo caso serían un terremoto, un "tsunami" o maremoto, una lluvia torrencial en la costa peruana, etc.⁵

Esto quiere decir que desde la creación de nuestra casa, ésta se ha visto expuesta a diferentes actividades de las cuales no tenemos ningún control como ser: lluvias, huracanes, movimientos sísmicos, erupciones volcánicas, tsunamis, maremoto, etc.

Desastre

*«Las definiciones existentes de desastre, por lo general, se refieren a las consecuencias y no a las causas de estos fenómenos. La Oficina Nacional de Atención de Emergencias (ONAE) de la Presidencia de la República, basándose en la UNDRR, define desastre como un "evento identificable en el tiempo y el espacio, en el cual una comunidad ve afectado su funcionamiento normal, con pérdidas de vidas y daños de magnitud en sus propiedades y servicios, que impiden el cumplimiento de las actividades esenciales y normales de la sociedad." Otras definiciones, resumidas por Wijkman y Timberlake (1985:23), incluyen el número de personas muertas y heridas, así como el valor de las pérdidas materiales. Otras consideran el carácter imprevisto de dichos fenómenos, la impreparación de los gobiernos para enfrentarlos y los traumatismos sociales o políticos que pueden ocasionar (Cuny 1983:140)».*⁶

Lo anterior quiere decir que cuando una población no está preparada para hacer frente a un fenómeno ocurre el desastre, pues al finalizar el fenómeno nos encontramos que muchos de nuestros compatriotas han perdido la vida, que muchas de las infraestructuras (casa, edificios, carreteras, puentes, etc.) están destruidos, en este momento ocurren diferentes otros desastres, pues muchos iniciamos a padecer

⁵ Ídem

⁶ Ídem

de enfermedades mentales debido a la incapacidad de recuperar, reconstruir lo que hemos perdido (familiares, bienes, etc), otros sufren otras consecuencias que pueden finalizar quitándonos la vida como lo son las enfermedad respiratorios, intestinales, en la piel, etc.

Parte de nuestra tarea aún cuando no laboráramos en una institución dedicada a la protección (en este caso del patrimonio cultural de Honduras) es la de proteger todo tipo de bienes: ambientales, económicos, recursos naturales, patrimonio, sociedad, culturales, etc.

Después de leer y comprender las definiciones de cada uno de los aspectos que deben estudiarse para el entendimiento de los Fenómenos y los Desastres, concluimos que los Desastres no son Naturales, los desastres son simplemente una consecuencia de la incidencia negativa del ser humano en su entorno como ser: deforestación, uso de químicos, uso de aerosoles, contaminación de diversas formas, quemas innecesarias o mal intencionadas, etc.

¡El patrimonio es nuestro, protejámoslo!

Los sistemas de información geográficos como herramienta para la administración del patrimonio

Bibliografía

- Los Desastres No Son Naturales*, Compilador: Andrew Maskrey, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina 1993.
- GIS in K-12 Education*, An ESRI White Paper—March 1998
- Arentze, T.A., A.W.J. Borgers & H.J.P. Timmermans (1996), *Integrating GIS into the planning process*. In: M.M. Fischer, H.J.Scholten & D. Unwin, eds., *Spatial analytical perspectives in GIS*, pp. 187-198. London: Taylor and Francis (GISDATA SERIES 4)
- Burrough, P.A.: *Principles of Geographical Information Systems for Land Resources Assessment* Oxford: Clarendon Press, 1986.
- Carstensen, L.W.: «Developing Regional Land Information Systems: Relational Databases and/or Geographic Information Systems» in *Surveying and Mapping*, vol. 46, no.1 March 1986.
- Chambers, D. «Overview of GIS Database Design» in *GIS Trends*, ARC News Spring 1989. Redlands, California: Environmental Systems Research Institute 1989.
- Frank, A.: «Integrating Mechanisms for Storage and Retrieval of Land Data» in *Surveying and Mapping*, vol. 46, no. 2 June 1986, pp. 107-121.
- Grothe, M, *Keuze voor ruimte, ruimte voor keuze. De ontwikkeling van GIS-applicaties voor locatieplanning; een objectgeoriënteerde analyse*. Vrije Universiteit Amsterdam, 1998
- James A.: *Análisis y Diseño de Sistemas de Información*. McGraw-Hill Interamericana de México,S.A., México, segunda edición, 1992, pp 942.
- James, M.: *Planeamiento Estratégico de Sistemas de Información*, Tomo II: Planeamiento y Análisis, Estados Unidos, 1990, pp 497.
- Rojas, E., et al.: "Land Conservation in Developing Countries: Computer Assisted Studies in Saint Lucia" in *Ambio*, vol. 17, no. 4 1988, pp. 282-288.
- United States Environmental Protection Agency (EPA): *Geographic Information Systems (GIS) Guidelines Document*. Washington, D.C: EPA, 1988.
- White, M.S. Jr.: "Technical Requirements and Standards for a Multipurpose Geographic Data System" in *The American Cartographer*, vol. 11, no. 1 (1984),pp. 15-26.
- Zwart, P.: "User Requirements in Land Information System Design-Some Research Issues" in *Surveying and Mapping*, vol. 46, no. 2 (1986), pp. 123-130.

Publicaciones recientes



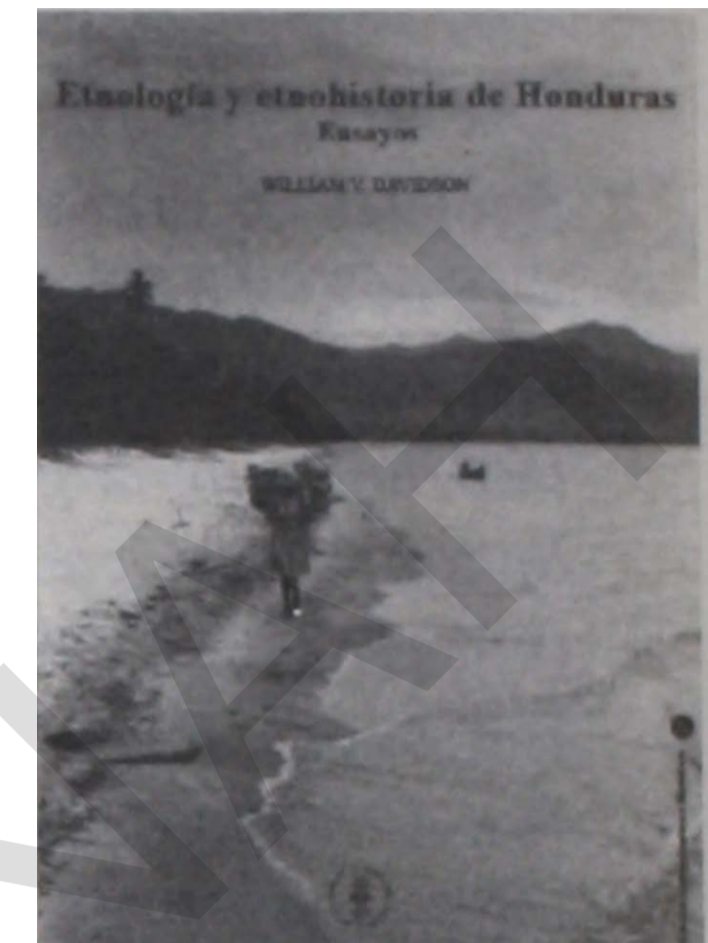
Documentos clasificados de la policía secreta de Carías



Surcando los cielos tras la democracia en Honduras



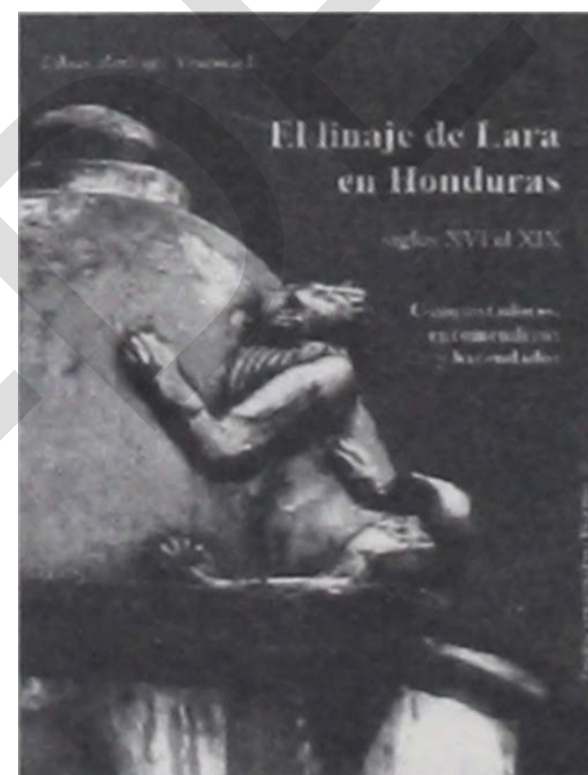
Guía del archivo de la correspondencia de Rafael Heliodoro Valle



Etnología y etnohistoria de Honduras. Ensayos.



Los tawahka de la Mosquitia centroamericana: movilización política indígena



El linaje de Lara en Honduras. Conquistadores, encomenderos y hacendados



Gracias a Dios (1536-1700): Del Centro a la periferia.



Precios y pedidos



Yaxkin

Revista multidisciplinaria sobre el patrimonio hondureño del Instituto Hondureño de Antropología e Historia

De venta en las diversas oficinas del IHAH y en las principales librerías del país.

Lugar	Precio de Revista		Envío postal	
	Lps.	US \$	Lps.	US \$
Extranjeros	300.00	20.00	300.00	20.00
Nacionales	300.00	20.00	50.00	5.00

Desprendible para pedidos

Nombre y apellidos:

Institución:

Dirección:

Teléfono:

Fax:

Correo electrónico:

Números solicitados:

YAXKIN

Favor consignar su pago al Instituto Hondureño de Antropología e Historia (IHAH) o proponer revistas o libros en canje.

Para mayor información comuníquese con nosotros: publicaciones@ihah.hn

Normas para los colaboradores

La Revista Yaxkin invita a presentar sus artículos y revisiones bibliográficas sobre temas relacionados con la historia, cultura, arqueología y antropología.

La Revista publicará números monográficos. Se anunciarán los temas con la debida anticipación. Las propuestas de colaboración (original y dos copias) deben tener en cuenta los criterios editoriales y las normas de presentación y redacción que se indican más adelante.

Los autores deberán solicitar los permisos escritos para la reproducción de materiales sujetos a copyright procedente de otras fuentes, este copyright debe transferirse al Instituto Hondureño de Antropología e Historia.

A los Autores

Se considerarán todos los manuscritos recibidos, que serán revisados en forma anónima. Para asegurar el anonimato, el nombre del autor, la institución a que pertenezca y otras fuentes de identificación se incluirán sólo en la primera página.

El autor enviará además una breve reseña biográfica de cinco líneas con el nombre, dirección, teléfono, fax, correo electrónico, cargo académico y obras o colaboraciones recientes.

Los artículos que se aceptan para su publicación estarán sujetos a cambios estilísticos que no afectan el contenido esencial del texto.

Normalmente los trabajos no deben superar las 20 páginas, tamaño carta, letra Times New Roman, pt. 12. Pero habrá flexibilidad en relación con la extensión.

Los autores deben ser propietarios de sus trabajos y cederán el copyright al Instituto Hondureño de Antropología e Historia en el caso de publicación. No se devolverán originales no publicados.

Se aceptará un original y dos copias, por una sola cara, a doble espacio, numerados.

El texto debe mostrar las características del texto (entradas, cursivas, versalitas, etc.). Se acompañará un disco con el texto en MS Word.

Los cuadros estadísticos, cuadros y fotografías se recibirán en hojas aparte, numeradas consecutivamente en el orden en que se citan.

Los autores recibirán dos ejemplares del número en que aparece su colaboración. No se pagan honorarios, con excepción de aquellos artículos

Normas para colaboradores

solicitados expresamente y no asumimos responsabilidad por costos asociados o compensaciones por la pérdida de material original.

Las notas se incluirán al final del texto. La referencia que aparecerá en el texto será el nombre del autor y el año de la publicación, por ejemplo:

Pérez (1998) que se encontrará al final del artículo en referencias. En el caso de indicación de páginas se hará como el ejemplo: Pérez (1998), pág. 43. Si se citan varias publicaciones del mismo autor se separarán con punto y coma: Pérez (1998, pág. 43; 2001, pág. 95).

Las referencias bibliográficas se harán según los modelos con la secuencia siguiente: apellido y nombre (en versalitas), año de publicación, título del artículo entre comillas o título de la obra en cursiva, ciudad, editorial, número de página.

Libro:

Brenner, D. (1998), la edición en español, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, págs. 114-129.

Capítulos de un libro:

Bradlawsky, C. y Cosse, G. (2002), «*Las actuales reformas educativas en América Latina: cuatro autores, tres lógicas y ocho tensiones*», en *Reformas Educativas en Honduras desde 1990*, Tegucigalpa, Fondo Editorial UPNFM, págs. 3-38.

Artículos en una revista:

Luke, A. (1994), «*On Reading and the sexual diversion of literacy*», *Journal of Curriculum Studies*, 26 (4), págs. 361-381.

Colaboradores

Alessandro Pezzati es Director de Archivo en el Museo de la Universidad de Pennsylvania, donde dirige los registros del trabajo de campo del Museo, sus colecciones y la historia administrativa. Es autor del libro *Adventures in Photography*, expuesto en el Museo. Escribe para *From the Archives*, en la revista del Museo Expedition.

Craig S. Revels es Doctor en Geografía por la Universidad de Louisiana. Actualmente da clases de Geografía en la Universidad de Portland.

Darío Euraque. Doctor en Historia Latinoamericana, con enfoque en Honduras. Gerente del Instituto Hondureño de Antropología e Historia y Profesor de Trinity College. En el 2002 se le otorga la «Corona de Oro, José Miguel Gómez», de la Fundación para el Museo del Hombre Hondureño. Libros: *Conversaciones Históricas con el Mestizaje en Honduras y su Identidad Nacional*, en 2004: *El Capitalismo de San Pedro Sula y la Historia Política de Honduras, 1870-1972*, en 2001: *Estado Poder, Nacionalidad y Raza en la Historia de Honduras*, 1996.

David W. Sedat es bacario consultor en la Sección Americana del Museo de la Universidad de Pennsylvania. Ha realizado excavaciones arqueológicas para el Penn Museum en Chalchuapa, El Salvador, en Quirigua y en las tierras altas de Guatemala, y más recientemente como Director de Campo del Early Copan Acropolis Program en Honduras.

Irma Leticia de Oyuela. (1935-2008) Investigadora en el área de la Historia. Obra: *Cuatro Hacendadas del siglo XIX (elección de cuatro capítulos de la mujer en la hacienda)*. (1989). *Historia mínima de Tegucigalpa* (1989). *José Miguel Gómez, pintor criollo* (1992). *Mujer, familia y sociedad* (1992); *Ramón Rosa: Plenitudes y desengaños* (1994); *Un siglo en la hacienda* (1995); *La religiosidad popular, base de la identidad*. (1995). *La batalla pictórica* (1995). Ha realizado estudios superiores en México diplomada en Historia de España y América por el Instituto de Cultura Hispánica Madrid y la Facultad de Ciencias Estéticas de Historia del Arte en el Instituto Antonio Gramsci, Roma. Promotora de la Sociedad para la Conservación del Patrimonio Nacional, miembro fundador del Museo del Hombre Hondureño. *Dos siglos de amor* (1997). *Confidente de soledad* (1998).

Colaboradores

Jesús Ricardo Rodríguez Rivera (<http://jesus-ricardo-rodriguez-rive.econozco.com/>) tiene más de 10 años de experiencia en las áreas de sistemas de información, teniendo como profesión principal Informática Administrativa. Su experiencia es específica en las áreas de Sistemas de Información Geográfica (SIG) en los que ha realizado trabajos de aplicación del sistema a proyectos de ordenamiento territorial, bases de datos, recursos naturales, medio ambiente, gestión municipal, servicios públicos, entre otros.

Jorge Bueso Arias es Licenciado en Administración de Negocios. Es originario de Santa Rosa de Copán. Actualmente es el Presidente y Gerente General de Banco de Occidente. Entre sus cargos más sobresalientes están, ser el fundador de la fabrica de puros «La Flor de Copán», haber sido miembro de la Junta Directiva del Banco del Ahorro Hondureño, ser candidato a la Presidencia de la República por el Partido Liberal en 1971, ser el Presidente de la Fundación Teletón capitulo de Santa Rosa de Copán desde 1987, fue ministro de Economía y Hacienda. En 2009 le fue entregada la Placa Conmemorativa de la Hoja Liquidámbar.

Justiniano Vásquez. Nació en San Andrés, Departamento de Lempira, Honduras. Abogado de profesión ha escrito poesía que ha sido recopilada en varias antologías. En 1951 publicó su libro de poemas «*Confesión de la sangre*»

Miguel Barahona es Máster en Filología Hispánica por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España, Licenciado en letras con especialidad en literatura UNAH Honduras, tiene un Diplomado en Literatura por la Universidad Tecnológica de Bolívar Cartagena de Indias. Colombia, un Diplomado en Educación Superior Universitaria UPNFM. Actualmente estudia un Diplomado Superior en Identidades. Ciudadanía y Globalización Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica – Universidad Centroamericana Nicaragua- Fundación Ford, Diplomado en Antropología por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. España, Diplomado en Taller cinematográfico Casa Comal Guatemala/UPNFM 2007, Diplomado en taller de elaboración de Guiones Casa Comal Guatemala / UPNFM 2008.

Oscar Neil Cruz. Arqueologo Mexicano egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con mas de 17 años de experiencia de Investigacion, en Mexico y Honduras, ha publicado diversos trabajos sobre arqueologia Historica y Prehispanica, actualmente se desempeña como Jefe de la Unidad de Arqueologia

en el Intituto Hondureño de Antropología e Historia.

Rafael Murillo Selva es Doctor en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es Embajador de Honduras en Ecuador. Tiene una maestría en Historia Económica por la Universidad de Paris (La Sorbonne). Se ha destacado como Director de Escena Teatral en varios países latinoamericanos. Fue Sub-Director de la UNESCO para América Latina y El Caribe en el área de Cultura, así como Director del Proyecto Rescate de la Cultura Garífuna, Proyecto de la Inter American Foundation, Washington, D.C. Obtuvo el Premio Nacional de Arte de Honduras, la Distinción «Gente del País» otorgado por el Banco del País, Tegucigalpa. Ha escrito ensayos para la prensa y ha publicado en otros lugares.

Ranferi Juárez Silva. Arqueologo Mexicano egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con mas de 13 años de experiencia de Investigacion, en Mexico y Honduras, ha publicado diversos trabajos sobre arqueologia Historica y Prehispanica, actualmente se desempeña como Investigador de la Unidad de Arqueologia Intituto Hondureño de Antropología e Historia.

Ryszard Kapuściński (Pinsk, Bielorrusia, entonces parte de Polonia, el 4 de marzo de 1932 - Varsovia, 23 de enero de 2007) fue un periodista, escritor y ensayista. Estudió en la Universidad de Varsovia historia y arte, aunque finalmente se dedicó al periodismo. Colaboró en Time, The New York Times, La Jornada y Frankfurter Allgemeine Zeitung. Compaginó desde 1962 sus colaboraciones periodísticas con la actividad literaria y ejerció como profesor en varias universidades. Fue maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada y presidida por Gabriel García Márquez. Fue corresponsal en el extranjero hasta el año 1981. Falleció el 23 de enero de 2007 a causa de una grave enfermedad. Premios y distinciones: Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, 2003 por «su preocupación por los sectores más desfavorecidos y por su independencia frente a presiones de todo signo, que han tratado de tergiversar su mensaje». Doctor Honoris Causa por la Universidad de Cracovia, Universidad de Gdansk, Universidad de Silesia en Katowice, Universidad de Wroclaw, Universidad de Barcelona y la Universidad Ramón Llull. Premio Letterario Elsa Morante (2005). Miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes.

Robert D. Aguirre (Doctor por la Universidad de Harvard) da clases de estudios culturales, estudios museográficos y literatura en la Wayne State University en

Colaboradores

Detroit, Michigan (EE.UU.). Ha recibido becas de investigación de John Carter Brown Library, en Providence, Rhode Island, y del Consejo de Bienes Públicos (PGC) de la Universidad de Michigan, Ann Arbor. Sus artículos han sido publicados en *Victorian Studies*, *PMLA*, *Biography*, *Genre*, *Dictionary of National Biography* (Oxford), entre otros.

Dr. Robert Sharer trabaja como arqueólogo en el Museo de la Universidad de Pennsylvania. Ha realizado investigaciones arqueológicas en El Salvador, Guatemala y Honduras para revelar los orígenes y el desarrollo de las sociedades precolombinas, incluyendo el Early Copán Acropolis Program, del cual fue Director desde 1989. Es autor de más de 100 artículos académicos y de 12 libros. Su última publicación se titula *The Ancient Maya*, escrita con su esposa y colega arqueológica, Dr. Loa Traxler.

Víctor Manuel Ramos. Actual Jefe de la Unidad de Publicaciones del Instituto Hondureño de Antropología e Historia. Es narrador de cuentos para niños y merecedor de varios premios literarios. Dicta cátedra en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

UDI-DEGT-UNAH

Se terminó de imprimir Yaxkin 25, No. 1 en Trinity Printshop (trinityprintshop@yahoo.com), Tegucigalpa, Honduras, en el mes de Mayo del 2011. Su tiraje fue de 500 ejemplares, mas sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado de Victor Manuel Ramos y Christine Schweers.

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH



**Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Bo. Buenos Aires, Villa Roy, Tegucigalpa,
Teléfono (504) 2222-1668 Correo Electrónico: ihah2003@yahoo.com**